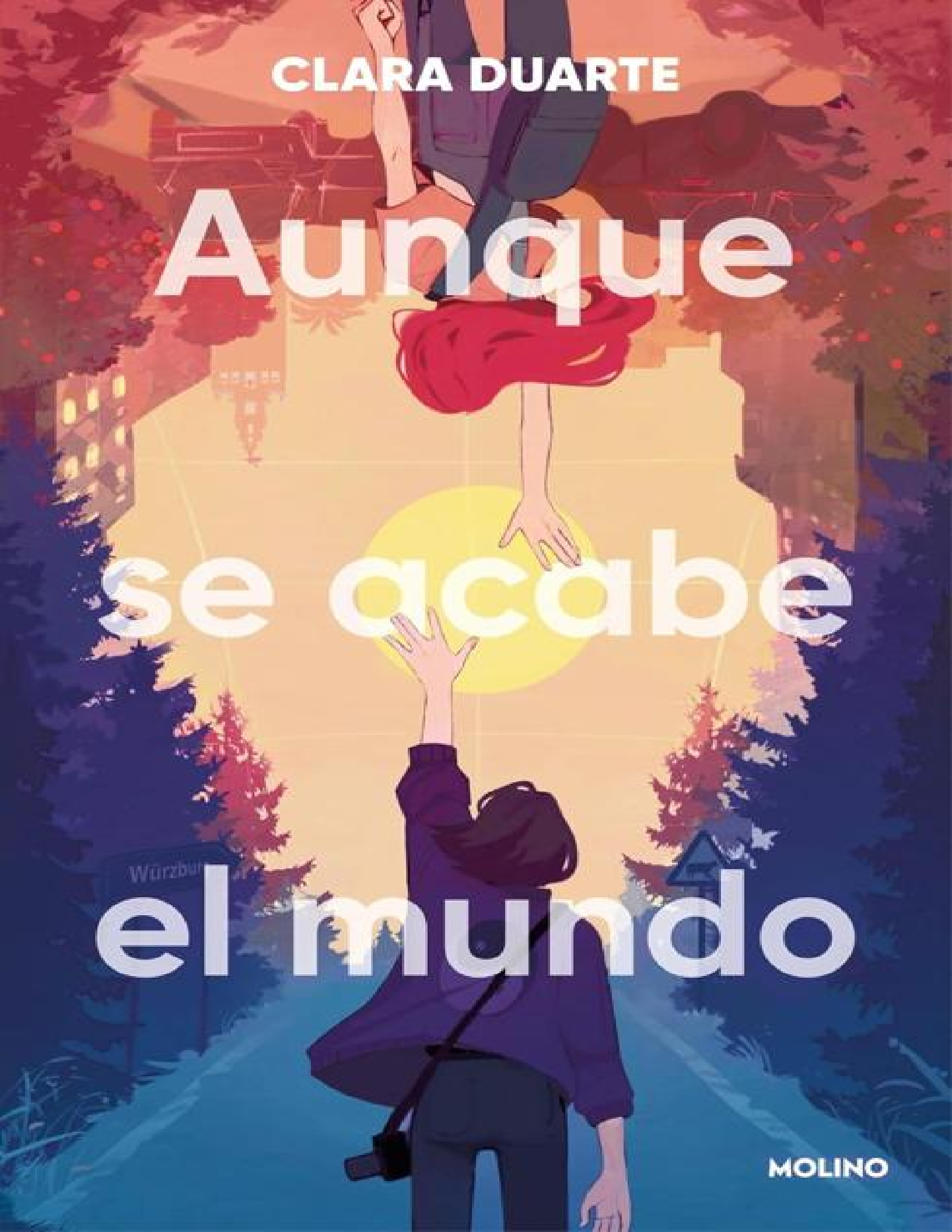
CLARA DUARTE

Aunque se acabe el mundo



MOLINO

CLARA DUARTE

Aunque se acabe el mundo

MOLINO

OceanofPDF.com

A Sevilla

OceanofPDF.com

El ternero de dos cabezas

Mañana, cuando los chicos de la granja encuentren este
fenómeno de la naturaleza, envolverán su cuerpo
en papel de periódico y lo llevarán al museo.

Pero esta noche está vivo y en el campo norte
con su madre. Es una perfecta
noche de verano:
la luna alzándose sobre
la huerta, el viento en la hierba. Y,
mientras él contempla el cielo, hay
el doble de estrellas que de costumbre.

LAURA GILPIN

OceanofPDF.com

«Así es como acaba el mundo:
no con una explosión, sino con
un quejido».

T. S. Eliot,
Poemas escogidos, 1925

OceanofPDF.com

Laia



Estaba volviendo a casa en BlaBlaCar el día que empezó a acabarse el mundo.

Diana me había dicho: «A lo mejor tenemos que aplazar lo del cumpleaños». Yo le había respondido: «¿Vas a aplazar lo de mi cumpleaños?». El 2 de mayo era mi cumpleaños y será siempre mi cumpleaños: los mundos no tienen el poder de acabar con esas cosas.

Sé que el teléfono de Diana tiene tres cincos. Empieza por seis cinco tres, pero no me lo he aprendido nunca entero. Hemos dejado en general, como animales, de memorizar números. Hemos abandonado las velas en las tartas. Si tuviese un teléfono ahora; si los móviles funcionasen y hubiese uno en mi mano; si tuviese la pantalla encendida y Diana estuviese viva y no se hubiese convertido en algo distinto a Diana, con los labios de Diana, la voz de Diana, la mancha de nacimiento de Diana sobre la esquina de la frente; no podría llamarla igualmente, porque no me sé su número.

—¿Y qué estudias tú? —preguntó la chica del BlaBlaCar—. En Córdoba.

Yo apagué la pantalla del móvil. Le sonreí un poco.

—Veterinaria.

—Anda —dijo. Los carteles de la autopista rezaban «Écija»—. Pero ¿no hay de eso en Sevilla también?

—Qué va, tía.

—Qué fuerte. ¿Y cuántos años son?

—Cuatro —le dije—. O más, con el máster. No sé, según te lo gestiones, ¿no? Que de normal es… pues malamente.

—Yo estuve en una FP de Historia. Hace dos años, sí, sí —me contó—. Lo dejé porque eso se alarga… Que tampoco tengo tiempo para eso, ¿sabes?

—Ya.

—Pero está bien, ¿no? A ti te gusta.

—¿Veterinaria? Sí. Me tiene que gustar, vamos.

Se rio sin reírse de verdad. El coche olía a ambientador de pino y ella masticaba un chicle de menta.

—¿Y tienes…? —El sol. Los árboles. Sus ojos giraron un segundo—. ¿Y abres perros y todo?

—¿Qué? No. —Me reí en un golpe—. No, qué bestia. O sea, a lo mejor en un futuro. Pero las prácticas ahora las hago en una granja.

—Ah, vale, bueno. Rollo vacas y esas cosas.

La pantalla seguía en blanco. Diana no respondía, porque habíamos discutido y no iba a volver a España por mi cumpleaños, y se iba a acabar el mundo una tarde de abril en la que no hacía ni frío ni calor.

—Sí —dije—. Rollo vacas.

A veces tengo un sueño recurrente. Es de día y la gente anda en línea recta por la calle. Lo hacen en grupo, a una distancia casi programada de coreografía. El cielo está distinto y dividido en cuadrados.

Yo estoy corriendo sobre la alfombra del salón.

Salto el sofá y tropiezo con la mesa. Se cae el cristal y estalla en más cristales. Estoy corriendo en mi casa. (La lámpara se vuelca). Algo me persigue. Tengo miedo de que sea más rápido. Nunca llego a saber el qué, pero me alcanza y tira de mí, y llego a la puerta y todo esto sucede en un instante, como el mecanismo simple y predecible de una cerilla.

Cuando despierto, no sé por qué me duelen las palmas de las manos. Estoy sentada en la cama llamando a mamá.

Me ha pasado en todas partes. En tiendas de campaña, en viajes de autobús y habitaciones de hotel. Una noche, desperté al padre de Diana y se presentó en el cuarto armado de un paraguas. De pequeña me daba tanta vergüenza que ocurriera que me negaba a hacer pijamada en casa de nadie, ni siquiera en la de mi prima Olivia. Era un bochorno de mancha de regla en el pantalón, esa fragilidad que no controlaba y exigía de repente una madre. Cuando teníamos diecinueve, Alma buscó el significado del sueño en internet y dijo que era porque me sentía culpable. ¿Culpable de qué? El sueño llegó antes que ninguna culpa. No quería ir al campamento del instituto. El González, que era mi tutor de tercero de la ESO, creyó que me meaba en la cama y me regaló pañales.

Mamá venía cuando me oía. Siempre vino.

Se acostaba junto a mí, en una cama de noventa centímetros tan incómoda, con una niña a la que le silbaba a ratos un orificio de la nariz. Mamá no evaluaba nunca las gravedades de las cosas. Me decía, ya medio dormida:

—No te preocupes, gusanito. Vamos a intentarlo otra vez.

Supongo que esperaba de mí misma recordar el nombre de la chica del BlaBlaCar ahora que existe una línea específica en la que acaban los recuerdos.

Recuerdo otras cosas en su lugar: la lámpara del sueño está en el suelo. Diana tiene los ojos grises, grises de verdad, y yo estaba cabreada con ella ese día porque había tomado otra de esas decisiones tranquilas y suyas, muy racionales. No iba a volver del Erasmus para el 2 de mayo. Le había dicho: «Hablamos por la noche», pero no quería decir: «Hablamos por la noche», quería decir: «Háblame ahora y dime que vas a volver a España para mi cumpleaños».

Yo iba a pasar ese fin de semana en Sevilla con mi madre.

Llevaba puesto el peto vaquero y una camiseta con el dibujo de una gamba que arrastraba desde la adolescencia. Así te pillan los eventos importantes. Nadie quiere eventos importantes. Ni siquiera la gente que estudia una FP de Historia.

—Pero, oye, ¿estás segura? —le pregunté a la chica—. Que no es ningún lío, te lo juro. Que tengo el bonobús aquí…

—No, si es que —me explicó— justo me viene bien porque ahora sigo hasta Cádiz con otra chavala, y me dijo que en el Prado. O sea, que te dejo y le mando ubi.

—¿De verdad?

—Que sí, muchacha. —Sonrió—. No te rayes.

—Vale —le dije—. Pues genial. Qué bien, tía, gracias. Pues me dejas casi en la puerta.

Ella le echó un vistazo a mi pantalla, ya entrando en Sevilla.

—¿No te ha hablado tu novia aún?

Yo abrí WhatsApp y lo cerré otra vez. César había mandado una foto del atardecer en Cazalla por el grupo.

—Qué va. —Me froté la frente—. Si es que es un caso aparte, mira, yo ya…

—¿En Alemania no es otra hora?

—No, no. Es que es más recta que un boli, eso es lo que le pasa…

—Bueno —dijo la chica del chicle y el coche—. Ahora la llamas y os aclaráis. Pero no me sufras, mira, te subo a Amaral que viene al pego. —Subió el volumen de la radio y yo le sonreí por cortesía—. «Quiero vivir, quiero sentir, quiero na-na…». A mi madre es que le encantan. Los he visto en Chiclana ya dos veces.

—Anda.

—¿Tienes calor?

—No, estoy bien.

El mundo se iba a acabar, estaba sonando Amaral y olía a ambientador de pino de taxi.

La chica me dejó en la calle que subía hasta casa y yo me eché la mochila al hombro. Le di las gracias, creo. No sé si se las di, en realidad. Pasé al lado del bar con las sillas de aluminio y Diana no me había escrito nada, así que le escribí yo:

Ya estoy en Sevilla
21:02 ✓

No le llegaba el mensaje. Esperé un minuto. Suspiré y no miré siquiera la calle mientras andaba y clicaba sobre su número, porque las calles son algo muy estable. Las calles no van a cambiar. Pitido, pitido, pitido. Contestador de voz. Lo volví a intentar. Nada.

—Hola, eh… No me lo estás cogiendo —le dije, en un audio—. No sé si no tienes batería o qué, pero… Bueno. Llámame. Antes de mañana, ¿vale? Porque quiero hablarlo. Que mamá estará en casa, así que… Avisa, si es muy tarde. Y eso.

Hubo un segundo de espacio y ruido en el que no le dije: «Te quiero». Luego le di a enviar.

Los coches, la acera estrecha, el restaurante japonés. El quiosco con *souvenirs* para británicos y la iglesia de Santa María la Blanca. Llegué al portal de casa y, cuando saqué las llaves, me di cuenta de que me había traído las del piso de Córdoba.

—Joder… —Chasqueé la lengua—. Joder…

Llamé al porterillo y no me respondió nadie. Era casi una costumbre familiar, así que esperé a que un vecino saliera para entrar detrás de él. Le di las gracias. No sé si se las di. Sé que le mandé a Olivia otro audio que decía:

—Tía, hoy ha sido un drama. Adivina quién no vuelve a Sevilla. En fin, ahora te cuento… ¿Estás en el cortijo? Bueno, ya me dices. Diana siendo Diana, tía, y… Yo qué sé. Yo qué sé. Ahora te cuento.

Pasó en el ascensor.

Lo que sea que pasó, pasó en un viaje de ascensor; en todas partes, menos en el vacío estático e inalterable del ascensor. Lo sé porque antes de eso no pasaba nada. Estaba Sevilla, y la gente aparcaba en paralelo y se sentaba en bancos. La chica del BlaBlaCar esperaba a alguien que se dirigía a Cádiz. Un vecino se marchaba hacia algún sitio. El mundo se reorganizaba solo, eliminaba todo esto y se redefinía fuera del ascensor, mientras yo me miraba las uñas mal pintadas de negro y jugaba con mi piercing en el centro del labio. Si no hubiese cogido el ascensor, ¿habría pasado de otra forma? ¿O habría llegado a otro lugar? Lo pienso ahora, a veces lo pienso. He ascendido a este sexto piso del que no he conseguido bajarme.

Las puertas se abrieron.

Debajo del felpudo seguía el adoquín roto y mal colocado, en el que mi madre siempre escondía una llave para emergencias.

Entré en casa. Dejé la mochila junto a la pared.

Me estiré un poco y fui a la cocina a buscar un vaso de agua mientras desbloqueaba el móvil. Diana seguía sin responder. La nota de voz para Olivia no se había enviado y a un lado todavía giraba el círculo de carga. Me di cuenta entonces de que era mi móvil al no le llegaba internet. Abrí los ajustes y no iban los datos ni iba la wifi de casa, y de pronto me encontré en la encimera una caja de ibuprofeno abierta y los blísteres desparramados por el suelo. Mis zapatos habían pisado uno y habían triturado una pastilla. Retrocedí.

Dejé el vaso y volví al salón, y ahí, al otro lado del pasillo, vi a mi madre.

—¿Qué ha…? —empecé a preguntarle, mientras andaba hasta la alfombra—. Pensaba que no estabas. Hay pastillas tiradas en la cocina. He llamado dos veces porque me he dejado la llave en el piso, me he traído la llave que no era. ¿Qué ha pasado en la cocina?

Mamá no se movió, al principio.

Sigo recordando eso, eso lo recuerdo: su cara en blanco y lo de luego, pero sobre todo el minuto entero que no se movió.

—¿Estás con la migraña todavía? He oído que hay un virus… A lo mejor es un virus. No lo sé. Oli dice que el tío está con gripe. Así que a lo mejor hasta papá, vete a saber. César lo llevó al médico el otro día, al tío, pero ellos están bien en Cazalla. O sea, no se lo han pegado. —Me senté en el sofá del salón, distraída, dándole la espalda a mamá. Toqueteé el móvil—. ¿No hay cobertura aquí o qué? ¿Desde cuándo?

¿Buscas otra novela?

Busca **Inepub** en Google y empieza a explorar.

La lavadora estaba encendida. Ese fue el ruido que hizo el mundo al acabarse: silencio. Lavadora. Centrifugado.

—Te voy a llamar al Orange en serio, porque ¿tú cuánto pagas? Es que no es normal. Que estamos en el centro de Sevilla, que no es que esto sea un garaje…

Mamá de pie en el pasillo. La luz del móvil en mi cara y mi fondo de pantalla de Diana haciéndole fotos a las hormigas, y de pronto empezó a no tener sentido. Clicó eso en mi cabeza: el silencio.

Seguí pulsando cosas en los ajustes. Pregunté:

—¿Mamá? Te estoy hablando. Mamá, ¿qué te…?

Sus manos me cubrieron la cara y me bloquearon la entrada de oxígeno.

(Las farolas perderían la luz esa noche).

Mi madre me agarró por detrás y me pegó el cuello al respaldo. Me tapó la nariz y la boca con los dedos; empezó a asfixiarme y yo abrí tanto los ojos que se me secaron. El móvil se me cayó al suelo. «¿Qué?». Tardé un segundo, pero me aferré a sus muñecas, y mi madre me apretaba tanto que iba a romperme la mandíbula. «¿Qué?». No podía respirar. Me estaba ahogando. Veía su sombra tras mi sombra reflejada en el televisor apagado, y me moví, me tiré hacia delante todo lo que podía, y sus brazos hicieron efecto cinturón. Sus uñas se me clavaron en las mejillas.

El sofá se volcó hacia atrás.

Mi madre tenía fuerza.

Ambas lo descubrimos entonces, los músculos y todas sus prolongaciones que yo no sabía que tenía mi madre. Vivimos borrando de nuestra cabeza la capacidad de matarnos que tienen todas las personas.

Rodé por el suelo.

Cogí una bocanada y me erguí, y todo daba vueltas, la estantería y la figura de mi madre de pie delante de mí.

—¿Qué haces? —jadeé—. ¿Q…Qué haces? ¿Qué haces, mamá? ¿Estás loca? Mamá, ¿qué…?

El sofá estaba en una posición extraña, impropia, y podía ver su envés.

Mamá se activó de nuevo. Me agarró del cuello y me empujó hasta la pared.

El impacto me vibró desde el cráneo hasta el final de las piernas. Habíamos montado ese sofá juntas, el día que inauguramos la nueva casa. El gotelé se me clavó en la espalda.

Yo era Laia Bayón. Estaba terminando Veterinaria en la Universidad de Córdoba. Tenía veinticuatro años y era vegetariana y relativamente intolerante a la lactosa, en ese nivel en el que se te olvida cuando solo queda yogur en la nevera. No tenía aire. Miraba a mi madre y entendía sin entender todo lo que pasaba de golpe en golpe: mamá está a punto de matarme. Mamá me miraba a los ojos y su cara no era la suya. Si tuviésemos una cara en el espacio sin nombre que hay antes de nacer, sería esa cara concreta, una versión de fábrica, de humano desactivado y por configurar. Los labios rectos. Las pupilas dilatadas. Yo me intentaba deshacer de sus manos y no podía, y pensaba: «¿Qué?», «¿Qué?», «¿Qué?», «¿Qué?», «¿Qué?», «¿Qué?», «¿Qué?», «¿Qué?».

—Mamá… —No me salía la voz—. Ma… má… ma… ma…

Le di un rodillazo en la boca del estómago.

Mamá me soltó, pero no emitió una sola queja.

Había algo profundamente antinatural en todo eso: el sofá tumbado hacia atrás, su carne blanda; yo hundiendo mi rodilla en la carne blanda del estómago de mi madre. Salté el sillón y me tropecé. Me goteaba la boca, me sabía a sangre porque el piercing me había abierto la encía. Me latía el corazón por primera vez.

El salón bailaba alrededor y yo agarré la lámpara encendida sobre la mesita junto al televisor. Me lloraban los ojos. ¿Qué se puede evitar con una lámpara en la mano? Decía:

—¡Mamá! ¡Respóndeme! ¡Mamá, por favor, no quiero…! ¡Mamá!

Vino. Como si estuviese programada para hacerlo, lineal, con ángulos: vino. Yo quise retroceder. Mamá agarró el panel de cristal que cubría la mesita del café y lo levantó sobre su cabeza. Iba a romperme el cristal encima.

Corrí.

Salté el sofá.

Volaron los trozos.

Me estrellé contra la pared y luego contra el suelo de mármol frío, y me clavé los cristales en las palmas de las manos.

He tenido el mismo sueño siempre: estoy corriendo en mi casa. Algo me persigue.

Era abril y Diana no había respondido al teléfono, y nadie respondería a los teléfonos ya, y yo había vuelto a Sevilla para pasar el fin de semana. Mi madre no era mi madre: era un interruptor. Mi madre era un mecanismo encendido que viene y viene y viene, y yo hui a la cocina y la golpeé con la tostadora, pero no sabía golpearla; no podía aprender a golpear a mi madre un viernes cualquiera a las nueve de la noche.

Forcejeamos. La empujé.

Seguía habiendo ibuprofeno en el suelo.

No te preocupes, gusanito. Vamos a intentarlo otra vez.

Corrí hacia la entrada y me agarró de la muñeca. Tiró de mi brazo. («Es mamá»). Agarré la mochila con el portátil. («No es mamá»).

Le di en la cabeza con ella.

Su cráneo chocó con el marco de la puerta y entonces recordé el día en el que le hicimos agujeros juntas a la tapa de mi caja de escarabajos. La sangre salpicó el suelo. ¿Era mía? «Es mía». Tenía cristales clavados en las manos. Llegué a la puerta y salí con el impulso de todos los órganos de mi cuerpo, y algo decía, algo grande, dentro de mí, que despertaba de sus sueños a todas las Laia que ya había sido: mamá. MAMÁ. MAMÁ. MAMÁ. MAMÁ. MAMÁ. MAMÁ. MAMÁ.

Abrían los ojos y lo repetían como un eco.

Cerré la puerta tras de mí. Mamá siguió viniendo desde el otro lado. La sentí pelearse con el pomo, como un viento encarcelado. El aire me salía a golpes y me temblaban las piernas, y saqué la llave del bolsillo y no sé cómo la encajé en la cerradura. La puerta vibraba y el pomo giraba solo, y yo retrocedí dos pasos y me alejé, del felpudo y el ruido como de abejas que empezó a llenar el rellano.

El 4.º B, a mi lado, estaba encendido y abierto. Recuerdo la entrada vacía y un montón de ropa por limpiar tirada al fondo de un pasillo. Sentí que no debía estar viendo nada de eso, que era una intimidad ajena que no me pertenecía. La señora que vivía allí salió entonces de una habitación y comenzó a venir; quise pedirle ayuda, pero venía.

Todos ellos tienen esa forma de moverse: la cara en blanco, nunca rápido, nunca lo suficientemente lento. Le brillaba la sangre al final de las manos. Lo que moría en el suelo no era ropa.

Di otro paso atrás. Hui hacia las escaleras.

Había nacido de pronto dentro de mí un conocimiento instintivo sobre la huida: estaba huyendo de mi madre. Estaba ardiendo el bosque, algo

animal, como ya instalado en el final de los nervios. Aún viene a mí por las noches la silueta de esa mujer y las manchas de sangre en un delantal de flores; el silencio con el que se fueron abriendo puertas en el edificio y salieron todos, todos salían, todos iban e iban y vienen.

Pulsé el interruptor del portal. Los oía detrás, descendiendo.

La gente en la calle estaba tirada sobre la acera.

Había gente muerta, como un hormiguero pisado, y gente sin expresión andando en línea recta a otra parte, siguiendo a gente, yendo. No son como en las películas, los muertos. Son como un golpe en el nervio del codo, la vergüenza de una desnudez que no quieres encontrarte.

«Diana —pensé—. Olivia, papá, César».

Una chica giró en mi dirección. Un hombre estrellaba a otro hombre contra la papelera. El camarero del bar de enfrente tenía un cuchillo en la mano y todos ellos habían perdido la voz.

Yo corrí. Seguí corriendo. Gente y sangre. Sabía que la única respuesta a eso era correr.

Venían.

Se movían por el ruido de los que aún podíamos hacerlo, girando la cabeza en ángulos exactos. Oí un grito en algún sitio y alguien cayó de una ventana. No lo miré: corrí. Calle abajo, el quiosco y la iglesia y la acera estrecha. Sillas de aluminio bajo árboles con naranjas.

El coche de la chica del BlaBlaCar seguía en el mismo sitio en el que me había dejado. Otro coche se había estrellado contra él y ahora era acero arrugado y humo. La chica del chicle estaba aún en su interior. Me metí en un impulso: abrí la puerta y entré en el coche, y me agaché en el hueco de los asientos traseros. Allí dentro, la radio seguía encendida y emitía un ruido como de espuma, entrecortado. Quise llorar, pero me pudo la

vergüenza estúpida de hacerlo frente a una desconocida, y luego me di cuenta de que la chica del BlaBlaCar estaba muerta sobre el salpicadero.

El día que empezó a acabarse el mundo me colocaron en un lugar relevante en la vida de una persona de la que no puedo recordar el nombre. Siento que le debo eso, un último instante de permanencia. Yo estaba enfadada con Diana porque no iba a volver por mi cumpleaños. Le dije: «Hablamos por la noche», pero no hubo noche. Estallaron las cosas. Se apagaron los teléfonos y hubo sobrecarga en las centrales eléctricas. Se cortaron las comunicaciones y estábamos a dos mil kilómetros de la otra.

No salí de allí en diez horas. Pasé la noche abrazándome las piernas en un coche con un cadáver.

Eso fue lo que pasó, al inicio del sueño.

OceanofPDF.com



Iba a llamarte a las diez.

Me ibas a decir: «Me parece que esto es mucho más importante». Y seguro que era mucho más importante que cualquier otra cosa. No seguí impulsos hasta que necesité tener impulsos, Laia, y hacía horarios incluso para discutir contigo, para encajar las emociones en espacios aprovechables. Me dijiste: «Hablamos por la noche». Debería haber sido otra persona y haberte dicho: «No». Debería haberte dicho: «Me han seleccionado para asistir a este congreso de documentales y me importa tanto, y quiero sacar algo de todo este no hacer nada; quiero volver a casa siendo más que antes; y, en realidad, por encima de todo, no había caído en que ese fin de semana es también tu cumpleaños».

Se le acaban de gastar las pilas a la cámara, que contenía mi último reloj. Así que ya no puedo elaborar más horarios.

El mundo se acabó algún día de abril. El treinta y cinco por ciento de la humanidad se volvió loca.

En realidad, nadie sabe de porcentajes ahora. Puede que fueran más o puede que fueran menos. Fueron bastantes más que cero, que eran los que esperábamos. El término correcto tampoco es «loca»: tres mil millones de personas perdieron algo que nos hace ser personas y empezaron a atacar sistemáticamente a los que quedamos siéndolo. Había niños y ancianos entre ellos también. Había gente en camas de hospitales. No respondían, ni distinguían, ni reaccionaban a nada. Todos tenían la misma cara: los ojos fijos, las bocas rectas, y caminaban con la espalda erguida a velocidad estándar.

Eran humanos vacíos. Avanzan hasta matar. No frenan, hasta que matan. Y luego siguen.

Estuve toda esa tarde terminando una práctica de Realización en mi cuarto.

Internet fue lo primero que se fue, creo, antes que las líneas de teléfono. A mí se me había roto la cámara en el autobús que cogí con Alma en Berlín y no te lo dije porque estabas enfadada conmigo. Tenía la mente en tantos sitios: la cámara rota, cómo pedirle el dinero a mis padres para que dejase de estar rota, y montar el reportaje, y la práctica inútil. Me dijiste: «Hablamos por la noche». El día de tu cumpleaños tenía billetes para ir a Hamburgo. Era un congreso anual de documentales y nunca te lo conté, porque hago esta cosa de convertirme en un gestor de banco cuando hay un conflicto y me lo has dicho mil veces. Me habían elegido a mí para el *screening* de nuevas voces y tenía el reportaje casi terminado. Lo habrías entendido, o no lo habrías entendido, pero lo habríamos solucionado.

—Vale —te dije, sentada frente al escritorio. Se hizo un silencio entre mi móvil y el tuyo—. ¿Cuándo…? ¿A qué hora te deja el Blabla en Sevilla?

—Pues no sé, Diana. No sé… Por la noche.

—Vale.

—A las nueve o así. No sé —suspiraste—. En fin, que tengo que… terminar la mochila y bajar el cartón y pues eso. Que lo hablamos ahí porque la verdad que no sé ni qué decirte. Porque pensaba que te veía en nada y tenía pilladas cosas… Así que eso, necesito pensar.

—Vale.

—Necesito pensarlo.

—Lo hablamos entonces, si quieres. Te llamo a las diez.

—Vale. —Debería haber dicho algo. Esperaste a que lo dijera—. Bueno. Vas diciéndome. Adiós.

—Adiós, Laia. Te quie…

Pero ya habías colgado. Y yo estuve toda la tarde terminando una práctica inútil.

Lo que pasó ese día ocurrió progresivamente, en un silencio que nadie notó: primero se fue internet. Luego las comunicaciones: el teléfono, la radio y la televisión, y poco después también las personas. Para el final del día ya se habría ido la electricidad.

—¿Sí?

Mi móvil sonó a las ocho y media. Era Jesús, con la voz medio distorsionada por la música de Sara de fondo, o eso creí entonces. Recuerdo esa llamada como una mezcla incómoda de ruido e interferencias.

—¿Has comprado los huevos? —me preguntó—. ¿Tú tienes huevos?

Jesús nunca saludaba, te lo conté. No me gustaba eso de él, pero yo les sacaba tres años a todos ellos. «Están en otro momento. Van a otra cosa», te dije. Había tanto silencio desparramado sobre mi escritorio.

—Eh…, creo que sí.

—¿Vas a subir?

—¿Ya? —Miré la hora en el portátil—. No son ni las nueve.

—Sin ti no tenemos para la tortilla. Oye, oye, tía, esa es mi manta… —le dijo a alguien. Oí a Celia detrás, hablando a gritos—. No, que la llevé a lavarse. Ochenta euros, sí, costó eso, no, pues te lo digo. Diana, vente ya, ¿va? ¿Estás liada?

—Estaba con la práctica.

—Bueno, pero ¿vas a subir? ¿Te esperamos?

Me froté los ojos y pensé en ti. En tu foto de perfil en WhatsApp y en los horarios de la semana siguiente.

—¿Cuántos huevos?

Mi habitación en la residencia de Wurzburgo era pequeña y contenía siempre una cantidad comprensible de frío. Me gustaba esa habitación. La persiana estaba rota y nunca bajaba ni subía, y el armario no se podía cerrar del todo. Tenía una nota tuya pegada en la lámpara de la semana que viniste sin avisar y te quedaste aquí, aunque no podías quedarte. Había otra nota en la entrada de la residencia en la que ponía «NO VISITORS PAST 7 PM».

Te dije que podíamos coger un Airbnb y tú saliste y entraste por la ventana todos los días; llevo toda la vida viéndote salir y entrar por ventanas de sitios. Escribiste una X en el pósit de la lámpara y no me lo llevé; tampoco es que me llevase nada de allí.

La habitación de la residencia de Wurzburgo me gustaba y era mía. Mi compañera se había ido después del primer cuatrimestre y no había entrado nadie más. Era mi espacio pequeño, con mi cama pequeña, en mi ciudad pequeña en el centro de Alemania. Un cubículo diseñado para grabar y dormir.

Salí de ella y ya nunca más volví a pisarla.

—Me voy a morir de un puto disgusto —decía Alma en el audio que me había dejado—. Y que me lo cuenta mi madre, por supuesto, el día que tengo el turno largo. El día del turno largo, para que me dé todo el jari. Pues

venga. No, si es que siempre… Y me dice: «Llama tú a tu hermano». Pero, bueno, ¿yo en qué me he graduado? ¿Que tengo cara de de de… de *coach*, de *Masterchef Kids*? ¿Me he comprado yo un *Tamagotchi*? Venga, vamos. ¿Qué quiere que le diga? Luego que no fume, que no fume… —La oí fumar —. Que se ha ido a Málaga con un amigo. Y que se queda allí, dice el niño… El niñato. Y mi madre loca, pues, claro, el día del turno largo. Espera, que saco el puto gatchetobrazo y pillo al niño por el polo desde Berlín.

Giré por la esquina del pasillo y me dirigí hacia el ascensor. Pulsé el icono del micro en la pantalla.

—No fumes —le ordené, aunque Alma había fumado siempre y fumaría siempre—. Estaba con la práctica… Perdón. Te he oído ahora. Llama a Halim, que te lo va a coger. Está bien seguro, tiene veintipico. Tú sabes cómo es tu madre con él… Haz con el mono lo que te dije, Alma, si pasa esto, come regaliz. Te lo tienes que integrar. Mañana te llamo y hablamos de lo de mayo, y… Bueno, ya te cuento. Te llamo mañana.

César había mandado una foto del atardecer en Cazalla por el grupo.

Las puertas del ascensor se abrieron.

La residencia estaba tranquila esa noche. Los viernes la gente colapsaba el ascensor y religiosamente cada fin de semana se atascaba, y Sara, que no se perdía el desalojo de ningún atasco, decía: «¿No van a cambiarlo ya?». Esa noche, la noche que se acabó todo, no había casi nadie dentro. Alma nunca recibió mi mensaje.

Lo que tuvieron en común todos fue la migraña. Se transformaron todas las personas que llevaban dos semanas con migrañas.

—*¡Espagnola!*

Coincidí con Jolie Lemaire en el ascensor. Era la chica francesa que iba en silla de ruedas y quizá te hablé de ella o la viste cuando viniste. Jolie

fumaba maría de madrugada en una ventana del pasillo de la primera planta y habíamos charlado alguna vez porque chapurreaba español. Se recogía las rastas en la nuca y tenía un piercing como el tuyo en la nariz que le brillaba, plateado, sobre la piel negra. Eso para mí la hacía más familiar, de alguna forma.

—Tus amigos están arriba. *Wu, wu, wu*… —canturreó Jolie—. Mucha música.

—Sí. —Le sonreí—. Ya.

—Hacéis ruido, españoles, ¿no? Como… Camión de la basura.

—Lo sé. *Pardon*.

Se rio de mi francés mientras se liaba el porro.

—*Très drôle*… Te insulto y ni te importa.

Las luces del ascensor parpadearon. Los otros dos chicos que subían con nosotras se asustaron durante un segundo, pero luego siguió subiendo como si nada. Jolie, que no se había inmutado, bajó un brazo entonces y me dio un toque con los nudillos en las botas.

—Está bien, *espagnola*. Tienen que atarse los zapatos —dijo—: Atarse, ¿no? Tus amigos, con la música. Porque hay que correr.

Me sonreía de una manera que no pude entender. Pero eso fue lo que dijo, Laia.

—¿Qué? —le pregunté, ladeando la cabeza.

Nos sonreímos un segundo más. Las puertas se abrieron entonces y ella se marchó repitiendo: «*Très drôle*…».

Cuando llegué a la habitación 321, Jesús me abrió y me dejó entrar sin saludarme. Era cierto: la música de Sara estaba altísima. Mis amigos del Erasmus tenían los tímpanos atrofiados y tú siempre me dijiste que no tenían nada que ver conmigo, que eran personas casuales que no tenían

nada que decirme. Alberto estaba tirado en la cama sin camiseta. Celia me rodeó el cuello con los brazos y se apoyó en mi hombro.

—¡Didi! —decía—. ¡Qué responsable, que haces las prácticas y nos *tocas* los huevos!

—Van a venir los de recepción —los avisé—. Otra vez. Porque se oye desde fuera.

—¿Tú tienes datos? —me preguntó Jesús, llevándose los huevos a la cocinilla de la habitación—. Que no se me manda nada.

—Se ha caído Instagram —dijo Alberto—. Y WhatsApp.

—La tortilla fea que le va a salir a Jesús tampoco estará para fotos.

—Celia, guapa: vete a tomar por el culo.

—Estaba viendo… ¡Tía! —Alberto se incorporó un poco en la cama de Sara—. ¿Te suena? Diana. Diana, chist. ¿Hola? —Me volví y estaba enseñándome la pantalla de su móvil—. Giorgia. Que va a Audiovisuales contigo.

Yo intenté enfocar la foto de la chica en bikini.

—A lo mejor. No lo sé, porque… —Cambiaron la canción y cerré los ojos un segundo—. Oye, ¿podemos bajar la música? Van a avisar los de al lado.

—¡Tía, la ha puesto Sara! —dijo Jesús—. ¡Sara está con sus cosas, tiene la migraña, es como una terapia mental suya! Dice que le ayuda, ¿qué le voy a decir? Le duele y es en serio. —Él iba moviéndose de un lado a otro, cogiendo los platos de la estantería—. Lleva con eso como una semana, pues que se ponga lo que quiera, si le sirve.

—¿Le doy la vuelta? —decía Celia, que vigilaba la tortilla.

—¿Se ha tomado algo? —pregunté.

Jesús hizo un gesto con la mano que podía significar cualquier cosa. Yo me acerqué al baño, que era el único espacio en el que Sara podía estar

escondida y llamé:

—Sara, ¿cómo vas? ¿Estás bien?

—No va TikTok tampoco —dijo Alberto.

—El otro día descubrí el TikTok del Aldous. —Celia se rio y se abrió otra cerveza. Aldous trabajaba en recepción—. Y, flipas, eran todo… Eran fotos de salchichas, *collages* así de salchichas, yo qué sé. Una alemanada.

—¿Puedes no querer follarte al Aldous? —dijo Jesús—. Por favor.

—Es un buen señor. Tiene su bigotito, ¿no? Su morcillona…

—Podría ser tu abuelo.

—Pues como Diana.

Sara estaba encerrada en el baño.

Todo dentro de ese cuarto era ruido y voces y el pitido que me dejó en los tímpanos lo conservo todavía.

Pasé tantos meses de Erasmus en Wurzburgo y ahora mismo siento que tan solo me desplacé a cualquier lugar lejano para sentir que hacía algo nuevo y arriesgado fuera de casa. Solo hice amigos españoles y no fueron realmente mis amigos, fueron turistas, parte de un imaginario con fecha de caducidad. Quizá era una cuestión de poder hablar y luego, algún día, despedirnos de una forma que entendiéramos todos. La noche que saliste con nosotros, me dijiste: «Nadie te ha llamado Didi nunca». Pero todo se explicaba con que yo tenía veinticuatro años y era mi segunda carrera, y después de Wurzburgo ninguno de nosotros nos veríamos más.

Nos recuerdo allí, sin saber que era la última vez para cualquier cosa. Recuerdo a Jesús con sus gafas empañadas, aún, cocinando.

—¿Cómo me como esto? —preguntó Alberto.

—Como una pizza. —Jesús subió una pierna a la silla y cogió su trozo de tortilla con la mano—. Así. Están todos los tenedores sucios.

—Eres un puto guarro.

—Pues vale. Sobrevivirías tú mucho en la selva.

—¿Qué hablas de selva, pringao? Que eres de Sanxenxo.

Me levanté y fui a limpiar los tenedores. Jesús, con la boca llena, dijo:

—No, Diana.

—¡Diana, no vayas tú! —Celia chasqueó la lengua y miró a Alberto—. Siempre va Diana, tío. Podrías mover el culo, que no es tu madre.

—¡Que estoy encerrado, mira! —se defendió él, desde la esquina de la mesa—. ¡Mira dónde estoy! Tendrá que levantarse alguien, ¿no? ¿O salto por encima? O soy yo una tortuga ninja.

El agua fría salía siempre helada de los grifos de esa habitación. Me duchaba allí los días que fallaba mi termostato y Sara, que no se perdía ninguna queja a recepción, decía: «¿No van a cambiarlo ya?». Cuando volví, le di su tenedor a Jesús y partí el blíster con dos pastillas que llevaba en el bolsillo.

—Para el botiquín —lo avisé—. Guárdalo.

Él sonrió.

—¿Llevas ibuprofeno en los pantalones? —Negó con la cabeza y siguió comiendo—. Diana, colega…

—Eso es súper de Diana —se rio Celia—. Es la vieja confiable.

—Diana, este rollo tuyo de hermana mayor, nunca sé si me raya o me pone.

Me senté de nuevo a la mesa, mirando a Alberto.

—¿Qué pasa con la chica de Audiovisuales?

Alberto vivía a un paso de estar contento y esa era su condena, que vivirá, de estar vivo aún, enfadado para siempre. Le asomó una sonrisa como de vergüenza en la cara.

—A ver, que el otro día…

Celia dijo:

—Que se quiere liar con una italiana y ha descubierto que aún no se sabe limpiar el culo.

—No —bufó él—. Que me siguió el otro día, ¿no? Y me sonaba, y la seguí de vuelta, y me dijo: «¿Tú estás en la segunda planta?», y pensé: «Claro, pues de la lavandería». Porque la he visto ya y a tu facultad no voy. O del bar, no sé, bueno. ¿Qué les gusta a las chavalas de Audiovisuales?

Bebí de mi vaso de agua.

—Que les pregunten qué les gusta, seguramente —respondí, y Celia se rio y le hizo una ovación humillante—. ¿Seguro que estudia Audiovisuales? No me suena de nada.

—Que sí, que lo tiene puesto en… —Alberto sacó el móvil de nuevo y se quedó en silencio mientras movía el pulgar por la pantalla—. Joder. Ahora no hay ni datos.

—Te lo he dicho —dijo Jesús, con la boca llena—. Ha habido apagón alemán. Están cerrando Alemania.

—Soy de Movistar, iluminao. Eso no tiene sentido.

Saqué el móvil solo entonces y lo encendí. Vi que a Alma no le había llegado mi respuesta y tú no me habías escrito. Ya eran las nueve y media. Toqueteé los ajustes, escribí algo aleatorio en el buscador de Google.

—Yo tampoco tengo —dije.

Sara desbloqueó el pestillo en ese momento. Abrió la puerta del baño.

Recuerdo que la vi caminar hacia la encimera de la cocina y coger algo del fregadero como una sombra en la esquina de mis ojos. Los demás ni la oyeron tras el ruido de la música. Celia seguía comiendo y decía:

—Pues hoy me subían una nota, así que como no me la suban por la broma…

—Tiene pinta —contestó Alberto.

—Bueno, no me decís nada de mi tortilla, pero está de puta madre.

—Le falta cebolla.

—Sara, cariño, ¿cómo estás? —le preguntó Celia—. La resaca de tu vida. —No la miró. No la miramos. La vimos venir de reojo con el cuchillo para la carne en una mano—. Ven a alimentarte. Alberto está contando lo de la italiana y el mensa…

Mató a Jesús.

Esto fue lo que pasó: Sara salió del baño de la habitación en la segunda planta y le clavó a Jesús un cuchillo en la nuca.

Él hizo muchos movimientos que nadie procesó. Durante un par de segundos, creo que no entendimos que había un cuchillo y que salía de la garganta de Jesús como una aleta brillante. Era una imagen imposible, así que la anulamos. Alberto siguió mirando el móvil y Celia comiendo, y yo iba a coger mi servilleta y la música seguía sonando. Jesús se llevó las manos al cuello, las manos manchadas de tortilla. Quiso gritar, pero le salió algo parecido a un ruido de burbujas humillante. Luego, Sara tiró del mango y le clavó el cuchillo otra vez, con los ojos vacíos, y la sangre salpicó la mesa, y la cabeza de Jesús cayó sobre el plato. La sangre nos llegó a todos a la cara y sobre la comida. Salía como de un grifo, primero unas gotas y luego una corriente, de una forma en la que yo no había visto caer la sangre.

Nos levantamos los tres. Alberto se cayó de espaldas, sin camiseta. Celia chilló. Yo me choqué con la estantería.

Jesús no saludaba nunca a nadie. No era una persona con la que, lejos de allí, fuese a mantener el contacto. Tú me dijiste, en la cama individual de mi habitación pequeña: «Jesús no te cae bien, pero eres tú». Sonreías. La luz entraba en líneas tras la persiana rota y te iluminaba el pelo recién teñido de rosa.

No sé cómo me caía Jesús, no sé si lo conocía siquiera. Llevaba gafas y se rompieron en el plato cuando su cabeza chocó con la mesa. Tenía acento gallego y un poco de barba perfilándole la mandíbula. Murió en una residencia de Wurzburgo en una silla de plástico, sobre una tortilla sin cebolla, con mi pastilla de ibuprofeno guardada en el bolsillo.

—¿¡Sara!? —gritó Celia—. ¿¡Q… qué cojones…!? ¿¡Qué cojones!? ¡Dios!

Alberto tuvo una arcada en el suelo. Mis manos estaban frías por el agua del grifo.

Sara cogió el cuchillo y fue primero a por Celia porque era la que más ruido hacía, la que más se movía de todos. Celia la llamaba y trastabilló, tropezó con la cama. Se manchó un brazo de vómito.

—¡Sara! ¡Sara, por favor! ¿¡Qué haces!?

Empujó la silla, intentando frenarla.

No arrojan cosas. No hacen nada que los ponga en peligro. No se tiran desde las ventanas ni se estrellan contra las paredes. Tampoco pueden encontrar unas llaves y encajarlas en su puerta. No pueden construir una cadena de acciones. Solo vienen. No dejan de venir.

—¡Llama a alguien! —gritaba Celia—. ¡Diana, párala! ¡Párala, Alberto!

—¡No funciona! —gritaba Alberto, con el móvil en la mano, temblando —. ¡No hay cobertura, no…!

—¡Va a matarnos!

—¡No funciona! ¡Vámonos!

—¡Sara! ¿¡Qué está pasando!? ¿¡Por qué…!? ¿¡Qué haces!?

Alberto lloraba como si volviera a ser un niño.

Sara, o Sara desprovista de Sara, rodeó la silla y a Jesús, que tenía dentro una cantidad ingente de sangre; goteaba desde la mesa y avanzaba por las baldosas. Yo lo miraba, lo miraba, agarraba la manta limpia que él había

llevado a lavar («Ochenta euros, sí, costó eso») de la estantería. Fue como volver a conocerlo. No puedo unir esa imagen a la de Jesús cocinando una tortilla; no pueden ser lo mismo, el cuerpo y la persona.

Reaccioné de golpe y le tiré la manta a Sara. Eso la cegó un segundo.

Alberto reptaba por la cama y lloraba:

—Jesús… Jesús, joder, joder…

—¡Sara, déjame irme! —le pedía Celia—. ¡Sara, por favor!

Sara dio un golpe a ciegas con el cuchillo. Le alcanzó el brazo a Celia, que gritó del dolor. Sus pies descalzos se resbalaron con el charco y se cayó al suelo. Alberto ya se iba, dejando la puerta abierta. Lo último que recuerdo de Alberto fue el tatuaje de flores de su espalda.

—¡Diana!

Miré a Celia.

—¡Diana!

Alargó un brazo. Tiré de ella y la saqué del hueco entre la cama y la cómoda.

No recuerdo decir en este proceso ni una sola palabra.

La música estaba tan alta y el pulso me latía en los ojos desenfocados, me escocían como infectados de cloro. Jesús sobre la mesa y la música; los gritos fuera y la música; Celia en el suelo y la música; los ojos de Sara en blanco sin estarlo. No sé explicarlo de otra manera: tienen una cara que se inventó esa noche. Había gente corriendo por el pasillo, Laia, ¿dónde estabas tú? Iba a llamarte a las diez. Debería haber sido otra persona y haberte dicho que te quería.

Celia se puso en pie y rodeamos la mesa. La cabeza de Jesús se ladeó y me miró una última vez.

Salimos al descansillo y corrimos.

Las habitaciones estaban abiertas esa noche. Vi a tres personas tiradas en el suelo sin moverse, sangre y cristales rotos, y luego todos los demás nos movíamos, nos chocábamos, corríamos hacia las escaleras. Alguien pulsó la alarma de incendios. Yo pensaba en ti y en Alma, pensé en Emma, en Nico, pensé en mis padres e, incluso, en Cristóbal. Por encima de todas las cosas, pensaba en Jesús agarrándose la garganta y en su ruido húmedo de burbujas.

El ascensor se atascó esa noche también. No sé qué pasó dentro.

Alberto se marchó y no volví a verlo nunca más, y a Celia la perdí para siempre entre la marabunta. Éramos muchas personas huyendo de otras personas que ya no eran personas, o algo así; o sí que lo eran, desde luego que lo eran. El problema fue que eran personas. Venían más despacio, pero venían, surgían de las puertas, se mezclaban con nosotros.

Mientras nos empujábamos por los escalones para llegar abajo, uno de ellos me agarró de la muñeca y no me soltó. Entre los brazos y el caos de cabezas, tiré para zafarme y se estrelló contra la barandilla, pero era incapaz de dejarme ir. Se han reconfigurado para eso. Sus dedos solo se arrastraron en una garra sobre la piel y me dejó un arañazo por cada una de sus uñas.

No quedaban recepcionistas en el vestíbulo. Las luces parpadearon y se encendieron los rociadores del techo.

La electricidad no se fue para siempre, pero se quedó intermitente a partir de ese día. La primera vez se fue sobre las doce y no volvió hasta las tres de la madrugada. Se veía poco con el filtro azul de las luces de emergencia, y nos estábamos mojando, tropezándonos y pisando a otros, todo junto y sin ritmo.

Esa noche, muchos de los que sobrevivimos a la masacre en la residencia nos dirigimos a la estación de tren. Sería porque éramos estudiantes y solo buscábamos salvoconductos que nos devolvieran a casa. En la estación sur

de Wurzburgo los trenes que cogíamos cada día nunca cumplieron el horario y Sara, que nunca se perdía un tren impuntual, solía decir: «¿No van a cambiarlo ya?».

Mientras corríamos, las farolas aparecían y desaparecían con su propia luz. Alrededor de mí, los coches derrapaban sobre las aceras y salía humo de las ventanas.

Había un único tren parado en la estación y todos intentamos caber en él. La gente se apartaba a codazos y gritos; éramos una fila compacta de humanos, un organismo desesperado que no se entendía. En aquel momento, todos pensábamos que fuera de Wurzburgo estaríamos seguros porque nadie puede imaginar que estalle todo en todas partes, y el pitido que anunciaba el cierre de puertas se oyó durante cinco minutos hasta que de pronto se cerraron y cortaron el organismo en dos.

—*Macht Platz!*[1] —gritaba el revisor—. *Macht Platz!*

El tren arrancó. Empezó a moverse. La gente fuera golpeaba los cristales.

Mi cámara rota se quedó en la habitación pequeña y también tu «X» del pósit pegado en la lámpara. A veces me consuela la idea de que esa habitación quizá siga cerrada; de que en esa habitación de Wurzburgo no pase nada jamás, nada más que tú y que yo y que la práctica sin terminar de principios de abril. No sabía a dónde estaba yendo. Seguía teniendo las manos frías y la cara salpicada de sangre.

Estaba de Erasmus en Wurzburgo, en medio de Alemania, y se empezó a acabar el mundo.

Me había metido en un tren que me dejaría en algún sitio, con gente herida y sudorosa y asustada, que no hablaba español. Llevaba el móvil encima, pero no tenía manera de ponerme en contacto con nadie. No había dicho nada desde la cena. El cuchillo me rebanó la voz.

Jesús no saludaba nunca, pero era un niño. Podría haber aprendido a saludar y a limpiar sus tenedores.

Había tantas personas dentro del vagón que mi frente tocaba la ventana.

(Jesús podría haber sido tantas personas).

Miré el paisaje de fuera. Los árboles pasaban rápido, como una sombra indistinguible.

Lo vi entonces, Laia, por primera vez: el cielo brillaba en ángulos rectos y antinaturales. Era una lámina transparente con reflejo que partía la luna en dos, sobre nosotros; una cúpula sin finales.

El cielo estaba dividido en cuadrados como en tus sueños.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



Diana vivía al otro lado de la piscina. Durante muchos años, el mundo se configuró así: yo, la piscina y Diana.

Había pocas cosas en el mundo por aquel entonces. El mundo era una urbanización y un colegio. A veces, los días especiales, el mundo podía llegar a ser una sala de cine.

La ventana de la cocina de Diana se veía desde el cuarto de mis padres y eso a mí me molestaba mucho, la idea de que nos pudiese mirar alguien, como si hubiese algo que estar mirando. Miraba yo a veces, subida a la cómoda, para comprobar que no lo hacía otra gente de vuelta: los vecinos de enfrente aliñaban ensaladas, limpiaban encimeras. Un hombre alto y una mujer, un bebé, un fantasma y una niña de pelo largo que hablaba con los ojos tan abiertos que yo creía que iban a caerse. Las gafas servían para mantenérselos en el sitio; los tenía puestos a rosca, pensaba. Ese era el año dorado en el que yo acababa de descubrir los tornillos y le aplicaba a todo su lógica por considerarlos indispensables.

La niña de los ojos a rosca intentaba hacer el pino después de cada cena y su padre le aplaudía un poco el intento. Luego tenían que frenarla para que no molestase al bebé. Desde mi punto de vista, eran una familia sin

sonido, con el volumen a cero, un cuadro con vida, y la mayor cantidad de vida la reconcentraba esa niña.

El fantasma, entendería años después, era Diana.

La piscina partía en dos el mundo.

—Está ahí, mira. ¿Lo ves? Ese, Oli. —Mi dedo apuntaba a cualquier sitio. Olivia miraba sin querer mirar, con las cejas levantadas—. Oli, ¿lo ves?

—Que no.

—Sí, que es ese.

—Que me da miedo. No quiero, oye, ¿podemos ir a comer los macarrones? Lilia…

—Es el blanco de todos, se ve ahí. Lo tienes que ver porque las dos tenemos pupilas.

—A mí no me han salido las pupilas…

—¡Mira! ¡Se mueve! ¿Lo ves? ¿Lo ves ahí, que se mueve?

La huella de mi nariz se grabaría en ese cristal para siempre.

A veces pienso en ella, en esa casa que es un sitio que ya no es mío, pero es mío, y la conciencia de que ningún sitio ha sido nunca mío realmente. Si Diana hubiese mirado hacia arriba entonces, los fantasmas habríamos sido nosotras, Olivia muy incómoda sobre el mueble y yo con la lupa que me había tocado en el ColaCao.

—Tiene pelo —decía Oli, bajito—. Los fantasmas no tienen pelos ningunos.

—Que sí tienen, hay muchos tipos. Si se mueren con el pelo, se lo quedan.

—¿Y con sombreros?

—No.

Los vigilábamos.

—Son aburridísimos… ¿Por qué ahora hay que mirarlos?

—Los fantasmas —seguía contándole yo— no tienen pies, Oli. Los pies de los fantasmas son de cortina. Y yo la he visto muchos días, tres o más, la cortina. Así que es un fantasma de verdad.

La mancha borrosa que aún no era Diana se comía un filete bajo mi lupa.

A veces dibujaba mi firma en el vaho sobre esa ventana como para que se enterase de que esa casa era mía. «Laia», y luego el sol arriba, y la «i» terminada en una flor. Ese día le escribí al fantasma «Te *beo*».

—Es un mensaje —explicaba, echando el aliento—, porque en este cuarto tenemos guardados doscientos euros.

—¿Y los fantasmas van a querer los euros?

—Todo el mundo quiere los euros, Oli. Por eso incluso se trabaja.

A mi prima Olivia le daba miedo casi todo. Le parecía bien casi todo, también, y así ha sido desde siempre.

Durante generaciones, la familia de mi padre ha arrastrado esta cantidad de pelo incómodo que no sirve para nada; cuando era pequeña, la madre de Olivia no sabía qué hacer con tanto nudo y se lo recogía en tres trenzas despeinadas sobre la nuca. Los seres humanos somos esponjas y no tenemos esencia ninguna: cambiamos y nos contradecimos y podemos llegar a ser lo que nunca imaginamos. Soy una carcasa de químicos y procesos que desconozco. Hace tres meses yo nunca habría clavado la rodilla en mi madre, pero ahora esto soy yo, y esta es mi rodilla.

Tres trenzas es posiblemente lo más marciano que puede ocurrirte en la vida aparte de que vaya y se acabe el mundo. Olivia las llevaba siempre, tan rubia con siete años que parecía un árbol de subrayadores. Nunca la vi llorar al caerse ni tampoco quejarse de su sorpresa del Huevo Kinder. Olivia, creo, incluso ahora, después de todo, nació con la forma de algo

diseñado para encajar en cualquier sitio, como las flores o los espejos o la punta afilada de un tornillo.

—¡Lilia!

La historia empieza así: a los siete años, convencí a Olivia de que los escarabajos tenían que despedirse de sus padres.

—¡Lilia! ¡Mira este! ¡Ven! ¡Que es muy grande!

—¡Tráelo!

—¡No puedo! ¡Ven!

Salté las piedras del río.

—¿Dónde?

—¡Está en las lechugas! —Para Oli a los siete todas las plantas eran lechugas—. ¡Ven! ¡Aquí, ven!

Érase una vez una familia con pelo. Érase, supongo, este lado de la piscina: mi padre y el padre de Olivia nacieron siendo gemelos idénticos.

Nadie supo diferenciarlos nunca sin el preludio necesario de una presentación. Mi abuela los llamó siempre a los dos «el Niño», como si hubiese tenido un solo hijo desdoblado, lo cual lo hacía todo más difícil. Pasaron la infancia negociándose los nombres hasta que llegó un momento en el que respondían a los dos. Se compraron el mismo coche a los veinte y vestían el mismo set de polos de colores. El mes que mi tío se dejó bigote por primera vez, mi padre tuvo un herpes en el labio hasta que se lo afeitó, y de forma casi periódica, hasta que cumplimos los doce, se estuvieron llevando a casa a la hija que no era, lo cual ya era una cuestión de no tener ni idea de quién es uno mismo.

Existe una línea extraña, una barra de acero invisible, que une a Ángel y a Juan Bayón como a figuras de futbolín. Cuando la abuela les dio el cortijo a las afueras de Cazalla, construyeron otro igual enfrente y allí pasamos todos los veranos.

Era un mundo paralelo al mundo, que aparecía bajo un sendero después de una señal de: «Cuidado, vacas». La casa de mi padre con la barbacoa y el porche, y la de Olivia con la piscina llena de musgo. Si bajabas por la colina y le ganabas la guerra a los matorrales, llegabas al riachuelo más mediocre de toda Europa.

—Es negro totalmente.

—Ya. Tiene muchas más patas que todos —dijo Oli, el día que encontró el escarabajo. Yo tenía el pantalón mojado y estábamos agachadas sobre el fango—. ¿Cómo se llama?

—Curro, a lo mejor.

—Vale.

—O a lo mejor Charmander.

Olivia confiaba plenamente en los nombres que yo les ponía a las cosas. Luego cogí el escarabajo con las dos manos y ella se irguió un poco.

—¡No me lo des!

—Tienes que encontrar su casa.

—¡Que no, porfa! ¡Pero yo no sé! ¡Lo he visto en las lechugas! ¿Y si es un abuelo?

—No hay abuelos en los escarabajos. Son todos niños porque luego se transforman en mariposa.

Olivia lo analizó poco convencida.

—Pues parece un abuelo.

La regla era: si íbamos a llevarnos a alguien a Sevilla, qué menos que comentárselo antes a sus padres. Yo le hablaba a todo por ese entonces, a los insectos y a los perros y a los árboles también, si los veía con ganas. Me importaba darles la oportunidad de responderme. Por las tardes, caminábamos campo a través hasta llegar a la finca de al lado, hasta las

vacas del vecino, que era lo más parecido a un límite donde se acababa la Tierra. Yo le decía a Oli, subida a la valla:

—Están encerradas.

Ella me decía, pero respetando mi opinión:

—Yo creo que no.

En Cazalla siempre hizo un calor que derretía las cosas, que las difuminaba como al fantasma debajo de la lupa.

Dos días después, a Olivia se le cayó su segundo diente y lo metió bajo la almohada de la casa del pueblo. A la mañana siguiente no había diente, ni había regalo que lo justificara, y yo estaba convencida de que habían sido los escarabajos peloteros. Teníamos a Curro Charmander metido en un tarro de tomate frito.

—¡Abuela, Lilia me está diciendo cosas de miedo!

—Es lo que pasó.

—¡No pasó!

—Laia, hija —intentó mi abuela, limpiando la cocina—, bébete ya de una vez el ColaCao. Y la tostada enterita, ¿te me enteras?

—Ya no tengo más hambre.

—Pues la vas a tener.

—¿A que no vinieron los escarabajos? —volvió a decir Olivia, nerviosa. Se encaramaba al respaldo de la silla como un mono—. ¡Abuela, yo lo vi en las lechugas, y que luego no sabía dónde estaba su casa ni nada!

La abuela dijo, con una declaración imposiblemente vacía:

—Yo escarabajos no he visto, pero si los veo pues ahí que se queden.

Yo me metí la tostada en la boca a presión.

—Se han enfadado los padres —dije—, porque Oli lo robó. Yo oí por la noche doscientos mil escarabajos.

—¡Mentira! ¡Abuela! ¡Lilia dice…!

—Y a veces se meten por la nariz.

—¡Abuela!

—Laia, no digas eso, ¿no ves que asustas a tu prima? A ver. A ver el ColaCao. —La abuela era pequeña, como diseñada para concentrar solo lo necesario—. No toquéis más bichos, que transmiten enfermedades, ¿me oyes claro? ¿No os gustan las muñecas del armarito? Que les tengo hecha hasta la ropita.

Yo contesté:

—No son bichos. Se dice que son insectos.

—¿Se van a llevar más dientes? —preguntó Oli, contándoselos—. ¿Y los que están puestos?

—Si se han metido por la nariz a lo mejor, o en tu coche. Pero si se han metido por la nariz, ya están metidos hasta las pupilas.

—Laia, que no le digas esas cosas —me reñía la abuela—. No engañes a tu prima. Esas cosas son mentira, Olivia, son inventos de la imaginación. Ahora viene tu madre y hacemos macarrones, ¿quieres macarrones para comer? ¡Tú! —Y se dirigía a mí, con sus ojos con cloro, del color de la piscina—. Termínate el ColaCao. Siéntate, Laia. ¡Laia, ven aquí! ¿A dónde vas a la calle? ¡Espera a tu padre!

—¡La leche la odio y luego vomito!

Todos los Bayón menos Olivia tenemos los ojos azules. Eso es, quizá, lo único en el mundo que a Oli le parece regular.

La abuela nos contó alrededor de cien veces que su abuelo había sido un hombre inglés (o medio inglés, o un cuarto de inglés; era una historia con licencias), y que había trabajado en la mina del Cerro, en San Nicolás. Decía, con la foto en la mano, pegada al pecho: «Y al final se murió por diabetes». Menos mal que solo nos dejó los ojos.

Cazalla era un pueblo pequeño y blanco entonces, como un tubo de pasta de dientes, perdido en la sierra de Sevilla. En la mayoría de las calles, apenas cabía un coche, y en la esquina en la que giraba el autobús yo pensaba siempre: «Hoy no lo consigue». Había una iglesia vieja que se dejaba conquistar por las plantas. Los cajeros desentonaban, eran el hierbajo conquistador de un mundo distinto.

Olivia intentó liberar a nuestro escarabajo pelotero esa noche. Abrió el tarro en la ventana de su cuarto, o casi lo llegó a abrir.

—¡Se quiere ir con sus padres! —me dijo, cuando yo se lo quité—. Van a venir a por él. Si te lo quedas te van a venir y además seguro que no se llama Curro Charmander.

—Tú no lo sabes. Eres una gallina porque él no sabe dónde está su casa.

—¡Pues no! ¡Pues, Lilia, él se quiere ir!

El escarabajo se levantaba y tocaba sus paredes de cristal. Todo era ruido y movimiento confuso para él. Como para nosotros, ahora.

—No se puede abandonar porque sí a la gente.

Me llevé a Curro Charmander a Sevilla.

A mi madre le hizo poca gracia porque un par de meses atrás había liberado un hormiguero en la alfombra y aún salía una fila de hormigas de los huecos del televisor. Papá, que de vez en cuando recordaba que yo seguía allí y no era de alquiler, dijo que había que apuntarme a clases de clarinete para que me olvidase un poco de las cosas que están vivas. «Los bichos —decía—, son una guarrería, Laia. Se comen las guarrerías». A mí la palabra clarinete sí que me parecía una guarrería de verdad.

Nadie tenía tiempo en casa para llevarme a ningún lado, de todas formas: mamá trabajaba por las tardes. Papá se ponía la chaqueta y me revolvía el pelo y se iba indefinidamente. Yo estaba en la urbanización, siempre en la urbanización, como un insecto nuevo y libre buscando vida y más vacas.

Cuando me plantaba en la caseta del portero y le robaba las cartas, él me preguntaba:

—¿Es que no hay nadie nunca ocupándose de ti?

—Pues tú, porque te pagan.

La casa estaba vacía. La puerta estaba encajada. Daba vueltas en bicicleta al rectángulo de edificios y a la piscina. A veces se hacía de noche; eran las once, de pronto, y no me habían llamado para cenar. Estaba sola. Si el viento cerraba la puerta, no podía entrar hasta que volvieran, y en ese momento nada daba miedo, ni siquiera eso, quedarse a vivir en los arbustos. Me hacía a la idea: viviré en los arbustos para siempre.

El resto de los niños salían a las cinco y desaparecían antes de las ocho de la tarde. Sus madres los miraban desde lejos y yo las miraba a ellas, sin entender muy bien qué querían, porque había que querer algo para mirar. Por ejemplo, yo quería que el fantasma se diese cuenta de que lo podía ver. Eso me ponía un paso por delante, en mi competición secreta con el fantasma. Las madres de los niños llegaban, los miraban, se los llevaban. Tenían un ritual raro y presencial que yo no entendía.

—¿Te has comprado los libros de primero? —preguntó mi padre en una cena—. Cómo molan, ¿no?

—Tercero —le corrigió mamá.

—Eso, tercero. Que es lo mismo.

Entre ellos existía una relación de conductores de autobús: se asentían y continuaban.

—¿Puedo llevarme a Curro Charmander a clase? —dije—. La profe me dijo que yo no puedo tener más porque se me murió Rosario, pero es que Rosario se tiró por la ventana.

—No es buena idea, gusanito, ¿vale? Está caliente, sopla. —Mi madre solo me vigilaba cuando comíamos sopa y eso tenía sentido para mí—. Te

vas a quemar.

Papá, mirando el móvil, murmuró:

—¿Ese Curro quién es?

El escarabajo estaba metido en una caja de zapatos. La habíamos decorado con tierra y hojas secas, mamá y yo, y hecho agujeros en la tapa.

—No lo saques ahora, Laia —dijo ella, cuando la abrí—. Que estamos cenando.

—Es que tiene calor.

—Estamos cenando.

—¡Papá, mira! Es grandísimo, pero es de Oli, lo que pasa es que se lo estoy guardando.

Mi padre se irguió en su silla mientras me obligaban a dejarlo en su sitio.

—Lilia —empezó a decirme—. ¿Qué hablamos sobre los bichos? No iban a entrar más bichos en casa, ¿no?

Levanté la cabeza y lo miré entonces, sin pestañear.

—Yo lo guardo en mi cuarto y se está callado todo el rato.

—No, pero hablamos de que no iban a entrar más bichos. ¿Tú te acuerdas de que te lo dije?

—No. Está viviendo en mi cuarto.

—¿Y tu cuarto dónde está? —Cuando mi padre quería reñirme entraba en bucles poco útiles, como limpiar los cubiertos con la servilleta—. Las casas valen dinero y el que paga el dinero se queda la casa, ¿no? ¿Tú estás pagando el dinero? A mí no me pagas dinero por tu cuarto. Entonces no es tu cuarto, es mío. Si quieres, un día me lo pagas, pero yo hablé algo contigo. En mi casa no quiero más bichos, ¿eh? Lo hablé contigo.

No recordaba haber hablado con él de nada nunca. La mesa de la cocina entre nosotros parecía infinita. Daba igual dónde estuviéramos: siempre

hubo una mesa de cocina entre mi padre y yo. Pensé: «¿Cómo no va a ser mía la casa, si firmo en los cristales?».

—Pero no es un bicho —le dije, bastante segura—. Es un insecto.

—Bueno, Laia, venga —dijo mamá—. Termínate la cena, anda, que se te enfrían los fideítos.

Él bufó, como si yo ya no estuviera ahí:

—¿Tengo que cenar con el bicho? ¿Ahora tengo que cenar con el bicho en la mesa?

Mi padre no sabía gritar. Habría sido más interesante si hubiese gritado algún día. Tenía ese tono estático, indiferente, de azafato de vuelo. Toda su amalgama de emociones sonaba a señalar dónde está el chaleco salvavidas.

Tampoco podía gritarle yo, en consecuencia, porque habría estado fuera de lugar. Era el director de marketing; decía: «Tiene que ir a clarinete», y se felicitaba: «¡Qué buena idea esa del clarinete!», y dormía mucho más tranquilo. Gritar pide un poco más de implicación. Pensé en algunas ocasiones, mirándolo hacer algo como apagar el rúter, que no podía estar segura de si no era, en realidad, el tío Ángel; y si era alguna vez el tío Ángel, pensaba luego, tampoco eso habría cambiado nada.

No teníamos álbumes de fotos en el salón. Mis padres eran despreocupados y pasivos e incapaces de gritarme. Habían establecido, algún día en el que se fueron y yo sobreviví, que podía hacerlo: aunque no me mirasen, yo me las apañaba y sobrevivía. Ninguno, en realidad, había nacido atento, pero mamá siempre respondía a mi llamada. Me decía tranquila, si tenía la pesadilla en la que veía todo esto:

—No te preocupes, gusanito. Vamos a intentarlo otra vez.

Papá tiró a Curro Charmander a la calle.

Al día siguiente, al volver de clase, ya no estaba allí. Encontré la caja de zapatos metida en la basura. Lo busqué debajo de las camas y en los

cajones, en la nevera y entre los cojines del sofá. Salí al patio. Corrí hasta la caseta del portero. Llamé al timbre de la casa trece, porque allí vivía Esther y se lo había enseñado el día de antes. Su madre me dijo que estaba en clase de clarinete. Empecé a buscar en los matorrales frente a mi casa y pensé que podía estar enterrado en la tierra, esperándome, y escarbé; me manché las manos y el uniforme del colegio de tierra.

En algún momento, alguien se acercó por el empedrado. Se me quedó mirando, primero, y yo no me volví. Luego dijo:

—Es tuyo, ¿no?

Diana Mena encontró, de alguna forma inexplicable, mi escarabajo negro.

Se caería al váter dos semanas después y a eso no sobreviviría, pero en ese momento estaba entre sus manos. La recuerdo allí, de pie, al otro lado de los arbustos recortados, con el pelo castaño y recto, un dedo por encima de los hombros. Me levanté a trompicones.

—¿Dónde estaba? Se fue muchísimo —le dije, atropellada—. Estaba mirando en todo y en el patio. ¿Dónde lo has visto?

—Por ahí —respondió—. Por el suelo.

—¿Se veía?

—Estaba en donde el césped y me acordé de que lo vi en tu caja.

Me lo intentó dar, pero el escarabajo se cayó al suelo y tuve que agacharme para atraparlo.

—Corre muy rápido porque tiene muchas patas. Es que es del campo —le expliqué—. Se llama Curro Charmander. A lo mejor se convierte en mariposa dentro de una semana o tres, más puede que tres.

Diana dudó un poco, atenta.

—Yo creo que los escarabajos y las mariposas son cosas distintas.

—No. Son los dos insectos.

No había hablado con ella en mi vida. No tenía ni idea, de hecho, de que Diana era mi fantasma. Un camisón blanco heredado de una hermana mayor visto de lejos hace mucho; todos los fantasmas pasan, antes o después, por ser personas.

Desde sus ojos, yo tuve que ser ese día esta mancha de pelo y barro con una falda gris del revés, pero ella, incluso entonces, era Diana.

Fue la primera vez que nos miramos.

Me dijo, señalando la puerta:

—¿Esta es tu casa?

Yo me volví.

—Sí.

—Se ve desde mi casa.

—No, porque yo no te he visto en la cocina.

—¿Qué? Sí, mira. Están enfrente.

Lo medité, mirando su puerta al otro lado de la piscina.

—Bueno, te enseño más a Curro otro día, ¿vale? Que me tengo que ir —le dije, y salté los escalones. Luego pensé, al contárselo a mi madre, que quizá había ventanas desde las que nos veía otra gente en las que yo no estaba firmando.

El mundo se configuraba así: yo, la piscina y Diana.

Nos apuntaron a las dos a natación el verano siguiente.

Durante tres meses de un año y nunca más, los vecinos de la urbanización decidieron contratar a la prima de la sobrina de alguien como profesora de natación infantil. Se llamaba Inés y usaba crocs verde fosforito. Esa era toda su identidad. Inés tenía la costumbre de aplaudir al final de cualquier cosa; si hablabas con ella también aplaudía al terminar la conversación, pero era un aplauso como de cierre, sin mucho cariño. Solía traerse a la piscina un altavoz pequeño para el móvil en el que ponía

flamenco, y era una experiencia rara escucharlo bajo el agua, en cada brazada. Cada día fabricábamos en natación un nuevo remix de flamenco.

—¡Laia Bayón! —me decía, cuando me veía llegar—. ¡El chiclecito a la papelera y para la ducha!

—¡No tengo hoy!

—¡Anda que no! ¿Y qué estás masticando?

—¡La lengua!

—¡Tienes tú más cuento que el Quijote!

Por aquella época yo me tragaba cinco chicles al día y si algo hizo Inés fue poner el suficiente interés como para quitármelos. Julio, que era incómodamente alto para tener ocho años, me contaba en las duchas:

—Un hombre se murió una vez porque se le pegaron los órganos de comerse los chicles.

Creo que no volvió a la piscina porque le respondí:

—Se muere mucha más gente nadando.

Al final de cada clase, los alumnos de natación hacíamos una competición para ver quién llegaba más rápido al otro lado de la piscina. Inés le regalaba al ganador un sobre de Peta-Zeta, que es, más o menos, el punto intermedio entre un jamón y un Ford Focus.

Diana ganaba siempre.

Yo estaba allí, en realidad, porque el clarinete requería que alguien hiciese un hueco en su horario que no había hecho nunca. A mis padres les habían prohibido la entrada al videoclub del barrio por no devolver una película en año y medio. Lo de la piscina, por lo tanto, era mucho más sencillo de recordar, ya que estaba pegada a la puerta. A mí el agua estática y reconcentrada en sitios siempre me había interesado más bien poco; veía la piscina desde la ventana como un trágico cementerio de avispas. Las

competiciones para llegar al otro lado, sin embargo, me las tomé tan en serio que estuve cerca de romperme un diente contra el bordillo.

—¡Laia, mira! —me llamaba Inés, y aplaudía—. ¿Has visto cómo se tira Diana? Con los brazos por delante, por delaaante.

—No me gusta tirarme así. ¿Cuándo vamos a aprender a tirarnos con volteretas?

—Pues nunca, cariño, porque para romperte la cabeza ya tienes el resto del día. —Inés Aplauso se entretenía y se agotaba conmigo. Diana volvía entonces, empapada y con las gafas de buceo, andando por el bordillo—. ¡Diana, enséñale a Laia un poquito, anda! ¡Las dos! ¡Poneos las dos! ¿Vale? ¡Lucía, los brazos primero! ¡Venga! ¡Seguimos! ¡Esther, a un pasito! —Inés me atrapaba y me colocaba con un tirón—. Laia, venga, cariño, pon de tu parte, que eres un dolor.

Mientras nos preparábamos, yo miraba a Diana de reojo. Me parecía un ente alienígena, completamente distinto a lo que yo era, que sabía tirarse de cabeza y se bajaba un peine a la piscina. Estaba preparada para todas las cosas del mundo. A mí nadie me había comprado gafas para bucear.

Inés soplaba el silbato.

—¡Al agua!

Diana entraba en la piscina como una ola. Yo me estampaba con un ruido de ventosa al vacío.

Diana Mena venía entrenada de otra vida en existir correctamente. Cuando teníamos ocho años (y ya no era un fantasma), se transformó en una idea aún más incómoda que, sin intentarlo siquiera, fue despertando en mí todas mis incomodidades adyacentes. Abría la cancela de la piscina a la primera y ordenaba sus cosas sobre el césped. Nunca dudaba al meterse bajo la ducha y hacía bien todos los ejercicios, incluso la mariposa de espaldas. Me fastidiaba que no le molestase lo poco que Inés nos dejaba

usar los churros de piscina; quería ver su rebelión rara y humana, que se tropezase en la escalera.

La observé mucho ese verano sin fiarme, y cuando coincidíamos en la ducha contaba hasta cinco para contestarle el saludo.

—Hola —me decía.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

—Hola —decía yo, y esperaba que hubiese entendido esa pausa.

Diana era silenciosa y atenta. Tenía una mancha roja y grande sobre el ojo izquierdo. Lucía Regalito, que la llamábamos así porque siempre llevaba un lazo en la cabeza, solo quería hacer equipo con ella y no la dejaba en paz. Diana le sonreía solo con los labios mientras se veía arrastrada por el bordillo.

En realidad, no necesitaba los churros de colores. No luchaba por ellos porque no los necesitaba.

Me hacía sentir una incomprensión inexplicable su manera de abordar el mundo, desde el extremo contrario, desde el color opuesto al mío, desde el otro lado de la piscina.

—¡Venga, cuando toque! ¡Ricardo, un paso atrás! ¡Tres, dos, uno…!

Recuerdo el ruido de motor de las piernas de todos nosotros estrellándose contra el agua y el flamenco, y mi corazón rápido en las costillas. El vacío botando de oreja a oreja. Volver la cabeza, estirar un brazo y estirar el otro y estirar el otro. El universo centrifugaba. De pronto, Inés soplaba el silbato y yo tocaba el bordillo y el suelo. Tocaba. Miraba hacia arriba. Cogía aire.

—¡Diana Mena!

Había ganado otra vez.

—¿Cómo te lo has hecho?

Hubo una tarde en la que las dos estuvimos sentadas en una tumbona mientras anochecía. La puerta de mi casa estaba cerrada porque no había nadie dentro, y no lo habría hasta las diez de la noche. Yo no tenía más que el bañador. La toalla de Hannah Montana no se secaba del todo, era una chapuza llena de tinte de mi madre.

Diana no me dijo por qué se quedaba ella, pero estuvo allí conmigo esa tarde, y sé que esperamos juntas en silencio un rato como si fuese a pasar un autobús.

Le analicé la cara de reojo. Luego se lo pregunté.

—¿El qué?

—Esto —le dije, y me señalé sobre el ojo—. La herida.

Pensó un poco, porque quizá nadie se había atrevido aún a preguntárselo.

—No me la hice —dijo—. La tengo desde siempre, desde que nací.

—¿Y no se ha curado en todo el tiempo?

Entre nosotras había un escaparate, un espacio vidriado entre su hombro y mi hombro.

—Es una mancha.

—¿Una mancha de qué?

—De la piel.

Había ganado también ese día. Yo pensaba entonces que escondía cosas y que manteníamos una competición no dicha pero muy importante, así que no podíamos sentarnos al lado y hablar sin más. Pero hablamos sin más.

Intenté fijarme en ella para encontrar su secreto, aunque pareciese tan solo una niña.

—¿Y duele? —pregunté. Diana negó con la cabeza—. Ah. Pues a lo mejor da muy buena suerte. —Balanceé las piernas y me las miré—. Mi abuela tiene un jarrón en su salón donde hay un muerto y dice que le da

muy buena suerte. Por eso gana al parchís, pero a veces gano yo mucho más.

—¿Tiene un jarrón tan grande?

—No, es pequeño, pero el muerto está derretido. —Me sentí un poco más inteligente que ella por saber eso. La mancha sobre su ojo era como un trozo de tarta de queso visto desde arriba—. ¿Tú crees que es un tatuaje?

—No —dijo.

—A lo mejor lo es.

—No, porque la tengo desde siempre. Hasta en las fotos de pequeña.

—¿En todas?

—Sí.

A mí me sonó a que algo escondía con eso.

—Pero cuando naces no te acuerdas de las cosas —respondí—. A mí mis padres me hicieron los pendientes y no me lo contaron. Si naces y te hacen un tatuaje, se queda para siempre porque es tinta y está debajo de la piel, y a lo mejor…, pues eso.

Diana no entendía por qué estaba intentando convencerla de que tenía un tatuaje.

—Mi madre dice que es una mancha de nacimiento —volvió a explicar —. A veces pasan porque es como un lunar. Sigue por aquí hasta debajo del pelo.

—¿En serio?

—Sí, mira.

Ella se apartó el pelo castaño y yo me acerqué para ver: la piel se le teñía de rojo debajo también. En ese momento, pegada a la cristalera de nuestro escaparate, sentí que Diana Mena me estaba ganando todo el rato en dos cosas: en la carrera de natación y en haber nacido con un tatuaje. Se oían ventanas cerrándose y el ruido de la depuradora de la piscina. El sol se

estaba yendo y, mientras miraba la mancha de Diana tan de cerca, me invadieron la vergüenza y el orgullo. Me erguí y me apoyé en las manos. Decidí, de golpe: «Ya no voy a hablarle nunca más». No quería que pensara que a mí su mancha de la suerte me gustaba en ningún sentido, como ella le gustaba a Lucía Regalito y a Inés y seguramente a Curro Charmander, mi exescarabajo. Yo tenía con ella una competición no dicha, pero muy importante, y todo lo suyo me parecía fatal.

—¿Te lo quieres comer tú? —dijo Diana, al cabo de un rato.

La miré. Me estaba ofreciendo el Peta-Zeta.

—Yo hoy casi gano nadando —le dije, mientras se lo arrebataba—, pero no tengo una pierna bien porque me picó una araña muy grande.

El jueves, al volver a clase de natación, salí de casa con la mitad de la cara pintada de cera roja. Inés, que ya tenía los resortes prefabricados para cada uno, me gritó que tirase el chicle y ni se fijó en mí, aunque la mitad de la cera se me borró en la ducha.

Cuando hicimos fila para tirarnos de cabeza a la piscina, Diana me miró. No puedo olvidar cómo lo hizo. Esa tarde yo estaba segura de que había encontrado el secreto, y la miré de vuelta y levanté la barbilla, en un desafío, porque quería ganarle y conquistar la piscina, y quería que ella lo supiera.

Diana y yo nos enamoraríamos algún día, y algún día ella estaría en Alemania y no me cogería el teléfono y, entonces, todos, hasta la gente de los anuncios de la televisión, descubriríamos que somos escarabajos en un tarro de tomate frito. Pero esa tarde, Diana tenía ocho años y me miraba antes de que yo me estampase contra el agua. De fondo se oía el murmullo de los pasos, de las voces y los chorros que rellenaban la piscina que dividía en dos el mundo.

Luego, al final de la clase, como todos los días, me ganó.



—¿Son ranas seguro? —me preguntaba Oli.

—Sí.

—Pero parecen pescaos.

—No, antes de las ranas son espermatozoides y luego les salen las patas.

—¿Y la cola se la quedan?

—Algunas solo.

—¿Y dónde dejan las que no se quedan?

—En el fondo marino.

Las semanas de ese verano que pasamos en Cazalla de la Sierra obligué a Olivia a meterse en la piscina del cortijo bastante más de lo que alguien debería meterse en esa piscina. Era un caldo de agua sin cloro y paredes de musgo, abandonado desde que el mundo era mundo. De vez en cuando le surgían renacuajos.

Como Oli me imitaba los ejercicios, asimiló que tirarse de cabeza era estrellarse, y se estrellaba muy contenta, por falta de referencias. Yo quería entrenar para ser la más rápida de natación al volver a casa.

—¡Ahora toca la voltereta!

Oli asentía con muchas ganas, apretando los puños del frío.

—¡Vale!

—Es solo para nueve años. Tú no la puedes hacer hasta tu cumple, ¿vale?

Si abrías los ojos en la piscina del cortijo, descubrías un sitio extraño y vivo. He pensado en eso estos días, en ese punto que conectaba con otro plano: la Vía Láctea y verde, con sus partículas planeta, entre un mar de

aspirantes a rana. Flotar ahí era como bajar al tiempo antes de la vida, pero luego necesitabas oxígeno.

—¡La has hecho casi! ¡Lilia! —Olivia se agarraba al bordillo—. ¡Ha sido muy guay pero casi has volado un montón!

—He tocado el suelo del final.

—¿De verdad? ¿Y hay cosas?

—Sí, pero se me ha caído el chicle y a lo mejor se pegan los espermatozoides.

Me acordé de él algunas noches de ese verano, de mi escarabajo con nombre compuesto que se había ido por el váter. De Diana, también, porque lo encontró. Todo lo que tenía que ver con Diana ahora me volvía detective. Me dije que quizá el que me dio ella era otro, pero eso no cambiaba el final del váter; y, en general, fuera quien fuese ese escarabajo, yo no creía que estuviese bien que alguien se fuese por un váter.

—Voy a fundar un zoológico —le expliqué a Olivia, cada una en su cama—, como El Castillo de las Guardas. Porque entiendo muchísimo a los animales, y cada vez ellos me entienden más. Porque estoy entrenando.

—Ya —susurró Oli—. Es verdad.

—Y además ahora puedo nadar muy rápido y así a lo mejor algún día nado con tiburones. —Volví la cabeza sobre la almohada y la miré. Tenía la ventana enfrente y podía ver sus ojos marrones y sus trenzas revueltas y rubias en la oscuridad—. Cuando yo haga mi zoo, tú me puedes ayudar a hacer entrada. Yo lo que quiero es que los animales entren todos los días y luego se vayan a la hora de cenar. ¿No se entiende perfectamente?

—Pero entonces se van a escapar.

—No —dije, y sentí que ya lo había entendido—. Si se escapan es que querían irse.

Olivia pestañeó, hecha una empanadilla de sábana.

—¿Y dónde van a irse a cenar los tiburones?

Las vacas seguían allí, como todos los años, en la finca de al lado. El calor las hacía parecer una de esas confusas postales en 3D, como si, al acercarnos a ellas, fuésemos a confirmar que nos las habíamos imaginado. Los días que no estábamos en el pueblo con la abuela, Oli y yo hacíamos el camino por el campo y nos subíamos a la valla para mirarlas. Revoloteaban los mosquitos y se oían las cigarras.

—Están encerradas —decía yo.

—Bueno —decía Oli—. Pero están comiendo muchísimo.

Una noche de esas, la convencí para hacerlo: había que dejarlas escapar.

Lo tenía muy claro, como el secreto de la mancha sobre el ojo, y después de ese tipo de secretos, cumples los diez años y ya no se consigue tener así de claro nada. Olivia se negó y luego aceptó, y luego dudó, y luego salió en medio de la noche conmigo, y luego se quedó ahí.

—Nos van a reñir, Lilia —susurró—. Porque son de otra gente y se pueden hacer daño.

—No son de gente. Las vacas tienen cerebro también.

—¿Y si viene la policía? ¿Y si nos siguen hasta Sevilla por lo menos? Yo tengo cole el cinco de septiembre.

Oli alzó las cejas y así me vio irme, con las cejas levantadas.

La valla de madera que rodeaba el terreno me raspó una pierna cuando la trepé. Todavía, si me la busco con los dedos, soy capaz de encontrar la cicatriz. Corrí en pijama y zapatillas hasta el establo del dueño de las vacas, que era una cabaña enorme bajo ninguna luz. Dentro se oía el murmullo de un movimiento conjunto y estable.

La puerta estaba abierta y, tras atravesarla, me las encontré a todas allí, separadas por un pasillo ancho y largo, dos bloques de vacas que no dijeron nada y no parecieron sorprenderse. Me miraron algunas y yo las miré. El

silencio del rebaño es un silencio cómodo, como el murmullo de la nevera en otra habitación.

Pasé un buen rato buscando una puertecilla y la encontré, al final del pasillo. Abrí el pestillo y entré a una primera zona llena de paja y pienso. Después les desbloqueé la puerta y me quedé allí, de pie. Las observé, con mi prisa humana, un rato en el que pensé que iban a ocurrir grandes levantamientos libertarios y migraciones.

Ninguna vaca hizo nada.

Muy rápido, retrocedí e hice lo mismo en el bloque de la derecha, y entonces estuvo todo hecho. Las puertas estaban abiertas de par en par. Les dije:

—Venga. —Me miraron. Ni siquiera eso: la mayoría siguieron dormidas —. Venga, rápido. Rápido. A salir.

Las vacas siguieron existiendo sin inmutarse y yo no lo entendí, porque estaban allí encerradas y parecía un sitio muy poco recomendable. Una de ellas, la que estaba más cerca de la puertecilla, era marrón y tenía una mancha blanca grande que le partía en dos el morro. La seleccioné. Tiré de ella como pude, dándole palmaditas para que saliera.

—Venga. Venga…

Fue un espectáculo tan lento que no tuvo ni gracia. Mientras recorríamos el pasillo, la vaca se fue distrayendo con los restos de pienso, y luego, cuando alcanzamos el exterior y la golpeó el aire, nos miramos.

La recuerdo. Su cara de frente, la mancha blanca, bajo la luna, tan grande.

—Vete —le dije—. Te tienes que ir, venga.

Le señalé el campo que seguía hasta convertirse en colina.

La vaca no se movió.

Se hizo un silencio enorme, de grillos y nada más, mientras las dos estábamos allí y nadie hacía nada, y yo no podía entender por qué no se iba.

—Venga, mira, te tienes que ir —le repetí—. Ya no estás encerrada. Ahora te puedes ir por fin con tu familia. Yo me llamo Laia Bayón. Y te veo por ahí cuando vengo y he venido a por ti para salvarte. Y ahora tú te vas. Venga. —Empecé a andar para ver si me imitaba—. ¡Venga!

He soñado también con esa noche: la vaca y el campo oscuro. El establo abierto detrás. Pensaba con tanta fuerza: «Hay que conseguir que las cosas no acaben yéndose por el váter», que intentaba transmitírselo con todo lo que yo era, y quizá ella, con todo lo que era, intentó transmitirme otra cosa también.

Pero eso fue lo que pasó: les abrí las puertas a las vacas y se quedaron quietas. No quisieron la libertad de no saber a dónde ir y separarse y descubrir que el planeta está preparado para hacerse grande y distinto bajo otra luz. Y ahora yo tampoco la quiero.

—¡Laia!

Olivia me chistó desde la oscuridad.

—Laia.

Di un paso atrás, asustada. Pensé: «Me ha hablado». Luego pensé: «La policía». Así que me fui corriendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Oli cuando me vio llegar—. ¿Te han mordido?

—No, ¿qué dices? Pero me he hecho daño antes. Ahora te lo enseño…

—¿Mucho?

—No, pero con sangre.

Antes de subir la valla y volverme al cortijo, me giré una última vez y la vi allí aún, la silueta quieta de la vaca que no se quiso ir. Mirándome.



Las clases de natación se habían acabado cuando volvimos a la urbanización. No quedé primera nunca: entrené y luego la piscina estuvo vacía.

Dos meses después, mis padres empezaron a separarse como si no hubiesen empezado a hacerlo mucho antes de empezar a juntarse. El cambio se pareció, en realidad, a devolverle al videoclub la película que nos habíamos quedado. Papá se fue a vivir a Cazalla y a partir de ahí solo lo vi un mes al año. Mamá me dejaría dormir en la cama grande y diría que no pasa nada, que probásemos otra vez. La tía Luisa obligaba a Olivia a llamarme, de pronto, y hablar con Olivia por teléfono era incomodísimo, incluso siendo mi persona favorita del mundo. Me preguntaba:

—¿Estás triste? Porque tu padre no está…

Yo le respondía:

—No. —¿Estaba la gente triste por eso?—. ¿Y tú?

Volví a ver a Diana el día del cumpleaños de Lucía Regalito. Quizá coincidimos otras veces en el aparcamiento o al salir por las mañanas para ir a clase, pero no hablamos otra vez hasta ese momento.

La madre de Lucía Regalito era una de esas madres que salían al patio con sus hijos solo para mirarlos fijamente. No le gustaba yo, porque llevaba una caja con bichos, y no le gustaba mi madre porque se olvidaba de las reuniones de la comunidad de vecinos. Ese año, y ningún otro, nos invitó al cumpleaños como compensación social por el divorcio.

No teníamos nada que ver, Lucía y yo, claro, y no íbamos a tener que ver solo porque compartiéramos un espacio específico. Me pasé la tarde en el sótano persiguiendo a una cucaracha y tuve la suerte de que Julio, que había huido de natación, me bajase zumos y sándwiches de Nocilla. Le perseguía

un niño muy pequeño que se pasó la mitad del tiempo intentando descubrir cómo funcionaban las escaleras. Luego Julio huyó otra vez, cuando la cucaracha se le acercó y su vida corrió peligro, y dejó al niño allí conmigo.

—Eh, tú.

Tendría cinco años, pero era valiente e intentaba tocar al bicho. Se metía debajo del sofá para alcanzarlo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntaba yo. Él iba a lo suyo, muy sonriente —. Eh, ¿cómo te llamas? ¿Sabes hablar?

Nicolás Mena era sordo. No sabía hablar yo con él.

Hacía ruidos por ese entonces, inconexos, y me lanzaba signos que yo no entendía, moviendo las manos. Era el bebé sobre la trona junto al fantasma. Yo pensé que estábamos jugando a alguna cosa y acabamos comunicándonos a nuestra manera. Cuando ya habíamos atrapado la cucaracha, Nico intentó decirme algo en lengua de signos y la señaló, y yo insistía en decírselo de otra forma.

—No. Cucaracha. Así porque tiene antenas, ¿ves? Son como pelos gordos.

Diana lo encontró allí conmigo, en el sótano oscuro. Yo me levanté al verla, nerviosa, porque teníamos un protocolo establecido y yo tenía que ser de alguna manera delante de Diana. Nico corrió a enseñarle la cucaracha en el vaso. Ella le dijo algo con las manos.

—Toma. —Se acercó para devolverme la cucaracha que pataleaba contra el cristal—. Gracias. Es que nos vamos a ir ya.

—No es mía, es de aquí. La hemos visitado porque estaba aquí sin nadie.

—¿La pongo en el suelo?

—No, dámela, porque a lo mejor… Pues a lo mejor le doy de comer y eso, que yo sé qué comen.

Después del verano de natación, me encontré con que no sabía extrapolar ninguna de mis pautas con Diana a ningún otro escenario que no incluyese ese verano y la piscina. Se transformó en una competencia vacía; le dio el frío y se solidificó. Cuando volví a tenerla enfrente, en la fiesta de cumpleaños de Lucía Regalito, sentí una vergüenza enorme que me estiró como un martillo. Quería darle un zumo y quería decirle que se mudara fuera de mi urbanización, todo junto, pero lo que le dije fue:

—¿Es tu hermano? —Diana asintió—. ¿Cómo se llama?

—Nicolás.

—¿Y no habla todavía?

—Sí —me dijo—, pero no te puede oír. Tienes que hablarle en lengua de signos.

—Ah. Claro, pues ya lo sabía.

—¿Sabes lengua de signos?

—No, pero casi sé. O sea, un poco, pero casi casi.

Diana tuvo que tocar la espalda de Nico para que dejase de arrastrar pelusas bajo el sofá. Hablaron de algo más y él recogió su jersey del suelo. Ella se despidió por ambos:

—Adiós, Laia.

Mi nombre en su voz me despertó un bochorno especial que hasta me enfadó. Luego me quedé viéndolos marcharse, allí tiesa en el sótano de otra persona. Un segundo antes de que empezasen a subir por las escaleras, tuve un impulso y le pregunté:

—¡Oye! ¿Qué significa esto?

Y traté de hacer con las manos el gesto que Nico había repetido con la cucaracha.

—«Insecto» —dijo Diana—. Es… —Lo repitió ella, mucho mejor—. Así. Insecto.

Abrí los ojos. Pensé: «Sí. Insecto». Al fin alguien reconocía la identidad de las cosas.



El tío Ángel no se fue de casa de Olivia. Me resultó raro el día que me lo contó, porque yo veía a su padre y a mi padre como dos proyecciones de una misma persona. No podía imaginarme que un día mi padre se movió y el tío Ángel se quedó quieto.

Tenían juntos una empresa de puertas.

Papá me vino a recoger al verano siguiente para llevarme a Cazalla y recuerdo parar por el camino en la nave de las puertas, que era un espacio enorme lleno de puertas y más puertas que no llevaban a ningún sitio.

La abuela me decía, untándome mantequilla en la tostada:

—A tu padre lo vas a entender tú. Le has salido tú para entenderlo. Desde pequeño un alma libre, un alma libre sobreviviendo a yo qué sé qué por aburrimiento. Se va a enterar algún día el Ángel.

—Mi padre es Juan.

—Pues lo que te he dicho.

La primera noche que soñé que se acababa el mundo, dormí en la cama grande con mamá y al día siguiente me desperté en su habitación. Tenía diez años. Soñé, en realidad, que algún día ella querría matarme.

Esa mañana, cuando me acerqué a la cómoda, vi otra vez, después de mucho tiempo, la cocina de los vecinos del fantasma. Ya no había trona junto a la mesa y sentí que era una imagen infinitamente más pequeña y estática de lo que yo creía que había sido. Era una ventana a una cocina de otra gente, nada más.

Diana estaba allí. Preparaba algo con leche sobre la encimera.

La miré un minuto, creo, o una docena, casi con la misma cara con la que había mirado al fantasma de los pies de cortina. Pensé en su mancha de nacimiento con forma de trozo de tarta de queso y en todos los tipos de magia que ahora se disipaban porque teníamos que crecer.

Entonces ella me miró a mí. Se volvió, como si lo notase.

«Te veo».

Yo me agaché tan rápido que me clavé un tirador en el nervio del codo.

Me encogí allí, tras la cómoda, con el corazón en la boca y la habitación de mi madre en completo silencio. Sentía el vaho al principio del estómago y un dedo limpio firmando su nombre en él. Los doscientos escarabajos me subieron por el brazo hasta el hombro.

Al principio, el mundo fue eso: yo, la piscina y Diana.

Eso era el mundo.

Era un buen mundo.

OceanofPDF.com



Los cadáveres emiten un ruido estático de cabina telefónica. Pantalla de carga de móvil, la mirada con el hueco de la máquina por el que caerá el cambio. Uno pensaría que un cadáver se mantiene en silencio y es mentira; de un cadáver solo se puede entender que, en algún momento, empezará a hablar.

Su ruido está en que no lo hace.

Estuve en el BlaBlaCar con la chica muerta hasta que empezó a amanecer.

Es curioso cómo la vida había empequeñecido su presencia en el asiento del conductor. Horas atrás, hablando sobre un concierto de Amaral, casi había sido capaz de no oírla en absoluto. Con la cabeza abierta sobre el salpicadero, bajo el zumbido de las moscas, ella era lo único que se oía en el mundo. Su cuerpo estático vibraba sobre las moquetas del coche. Me acompaña, todavía, como si siguiera aún ahí, quieta al otro lado de todas las puertas. Quiero pedirle que se vaya, pero sigo sin recordar su nombre.

Las farolas se apagaron a las doce de la noche. Revivieron luego, con un parpadeo, a las dos de la madrugada.

Uno de ellos, caminando en ángulos perfectos, paró junto al maletero cuando ocurrió el encendido. Me miró directamente a los ojos y yo sentí su

mirada atravesándome y viendo más allá de mí. Era tan solo una niña, con un traje de comunión manchado hasta las mangas de barro. Su gesto perdido y de nadie analizaba el chisporroteo nuevo de las farolas.

La niña me encontró y frenó, y dejó una marca de su respiración caliente sobre el cristal de la ventana. Luego se fue, sin haberme visto.

Son receptores de ruido y movimiento. Se chocan con los muertos del suelo como con las sillas volcadas en las terrazas de los bares. Han sido desprovistos de adornos y dejados en lo esencial. Si permaneces quieto en el centro de la calle, pensarán que eres un edificio. Las reglas ahora son las del escondite inglés.

La calle alcanzó el silencio al amanecer.

La gente dejó de gritar cuando se dieron cuenta de que no iba a venir ayuda. Se escucharon, a veces, sirenas, o eso quiero pensar, que no nos abandonamos entre nosotros tan rápido. Después entendimos que para sobrevivir había que callarse y nos callamos de verdad.

A mí me seguía sangrando la nariz del golpe que me había dado contra el asiento cuando un segundo coche había embestido el maletero. Si me preguntan ahora, no conservo ninguna de mis emociones de esa noche; el *shock* es un proceso extraño y blanco, un flas de cámara. Sé que estaba agazapada en el hueco de un coche como un transportín vacío para gatos. Me miraba las deportivas, el peto manchado en las rodillas, y me escocían los pómulos de las marcas de las uñas de mi madre. La sangre se me había solidificado como una costra alrededor del piercing de la nariz. Mi cabeza repetía una y otra vez el golpe de la mochila contra su cráneo.

Después de la moto que chocó con el retrovisor, no hubo nuevos accidentes.

Más tarde, cuando ya estaba a punto de amanecer, el cadáver de la chica se deslizó sobre el volante y cayó sobre la palanca de cambios.

Su hombro pulsó un botón.

(Piscina. Brazada. Brazada).

Empezó a sonar un CD de David Bisbal.

—¡Ave María, cuando serás mía…!

(Aire).

El susto me golpeó como una patada.

(Brazada. Brazada. Inés).

Corrí a trompicones a apagar la radio. Mis dedos pulsaron todas las teclas, temblando.

—¡Al mismo cielo yo te llevaré…! —Se apagó.

(Aire).

Desde el salpicadero, vi a un par de ellos girarse y andar hacia el coche, activados por el sonido. Lo hice sin pensarlo: me tumbé sobre la espalda fría del cadáver.

(Brazada. Aire. Brazada).

La chica olía a alguien que ya está dejando de ser alguien. Era similar a respirar el agua del fondo de la alberca verde de Cazalla. Estuve segura entonces de que iba a morir más que en ningún otro momento hasta ese instante, y eso me devolvió la consciencia limpia y urgente de que seguía viva.

(Brazada. Aire. Brazada. Brazada).

(Diana),

(Diana),

(Diana).

(«¡Diana Mena!», Inés aplaudía. Había ganado otra vez Diana»).

Los dos hombres vacíos se alejaron del coche al cabo de un rato. El pulso me chillaba en la garganta y los ojos me escocían de no pestañear siquiera.

Tumbada allí, lo vi por primera vez en toda mi vida: el cielo estaba seccionado en una red cuadriculada. Sus líneas grandes brillaban como una cúpula de plástico bajo la luz del sol, y me acordé de lo que hablamos aquella vez tiradas en la cama, hacía menos de un año: «¿Y si se acaba el mundo? Como en el sueño». La palma de la mano de Diana contra la palma de mi mano. Las puntas de sus dedos sobresaliendo tras los míos.

—Voy a volver a por ti —dijo, y luego, en lengua de signos: «Te lo prometo».

Tardé veinte minutos en atreverme a moverme.

Cuando estuve de nuevo escondida tras el asiento del conductor, rebusqué en mis bolsillos: tenía conmigo solo las llaves de casa y un paquete de chicles vacío. El móvil se me había caído en la alfombra, junto al sofá volcado. No podía contactar con nadie.

Salí del coche por el maletero roto. Cualquier otra puerta habría hecho ruido contra los restos en la carretera.

El corazón me bombeaba esta sustancia nueva e instintiva que no conocía y se parecía al miedo: me estoy moviendo y me tengo que mover. Se parecía al coraje, una mezcla de ambos. A lo lejos, y quizá dentro del supermercado que tenía las puertas reventadas, paseaban más de ellos, siempre yendo, yendo, yendo, en una eterna búsqueda de otros humanos movientes. La calle estaba vacía y los coches abiertos. Un autobús se había estrellado contra la valla de los jardines de Murillo.

El mundo es una casa abandonada, pero las papeleras siguen esperándonos, pinchadas en el suelo. Se habían abierto todas las puertas del establo, una noche cualquiera, y de pronto habíamos aprendido que no sabíamos correr. Una Laia más pequeña, con todo mucho más claro que yo, tiraba de mí y decía: «Venga. Te tienes que ir. Venga».

Me puse en pie y anduve hasta la acera.

Me agaché junto a un naranjo.

Gateando, llegué hasta el escaparate de enfrente y pegué la espalda a él como una lagartija. Avancé de lado, sin dejar de temblar. Cada vez que oía pasos, frenaba y esperaba, petrificada, para saber si eran los míos.

Me metí en el primer portal que encontré abierto. Estaba vacío, excepto por el hombre muerto tumbado en la entrada del ascensor.

Al tropezarme con él, la respiración se me atascó y retrocedí. Fue un horror y un alivio comprobar que ya no se movería más; la puerta del ascensor, confundida, se abría y cerraba en automático sin parar, golpeándolo en los riñones.

Había vuelto la luz en el planeta. Duraría tan solo ese día y luego la perderíamos una semana.

Agarrada a la barandilla, subí por las escaleras del edificio intentando calcular el sonido exacto que hacían mis suelas contra el mármol. La ventana junto a las dos puertas cerradas del primer piso daba a un patio de vecinos donde las sábanas de flores seguían tendidas y sin enterarse de nada. En el interior de una de las casas del segundo, oí el pitido de una nevera quejándose.

Seguí subiendo.

La puerta abierta fue la del 3.º A. Al lado, la del 3.º B aún tenía las llaves ensangrentadas metidas en la cerradura. Desde la entrada, se veía el telefonillo y una escoba y un trozo de salón con libros tirados. El sofá estaba intacto. El pasillo continuaba en una esquina tras la que podía esconderse cualquier cosa. Un día atrás, el 3.º A de ese bloque del que no me sabía el número había sido la casa de Lorena y Gregorio y Julia, y yo, una semana después de ese momento, encontré sus nombres escritos en una invitación a un bautizo que nunca se celebraría.

Fui dando pasos hacia el interior como si el suelo fuese a deshacerse debajo de mí. Agarré la escoba, apoyada en la pared amarilla, y la sostuve.

(Diana).

Yo estaba esperando a que apareciera.

Mi madre torcería la esquina y vendría directa hacia mí; vendría, y no tendría cara ya: sería un lienzo limpio de carne y cartílago.

Lo que pasó, en realidad, fue que una persona salió por la puerta de la cocina.

Nos miramos. Creo que, antes de todo, nos tanteamos quietos como gatos. Luego el chute de adrenalina nos sacudió a ambos de la manera más ineficiente posible: yo levanté mi escoba estúpida. Él descolgó de un tirón el telefonillo y lo sostuvo. Nos analizamos, esperando a que el otro avanzase, y no nos movimos ninguno durante un minuto de reloj.

El chico no podía llegar a los veinte años. Tenía el pelo rizado más sucio que había visto en años y eso no era justificable con solo doce horas de apocalipsis. Le crecían en la cara cuatro pelos. De lo alto y delgado que era se me asemejó a un saltamontes.

—Vete —me susurró, sin soltar el telefonillo.

Yo no podía saber entonces si él podía contagiarme lo que fuera. Posiblemente ya estaba contagiada y era tarde para mí. El chico fruncía el ceño y era la primera cara humana y viva que había visto en el nuevo mundo.

Agarré más fuerte mi escoba.

Solo en ese momento, en la entrada al 3.º A, me volvió todo el dolor que había aplazado: las piernas encogidas y la garganta arañada y los trozos de cristal de la mesa aún clavados en las manos.

—Vete —me ordenó otra vez.

—No. —Mi voz me sonó como de otra persona—. Me van a matar.

—¿Y qué me cuentas? Esto lo he encontrado yo. Estoy yo aquí. Vete.

La imagen de sus ojos vibraba bajo mis ojos secos. Llevaba horas sin beber agua y tenía desabrochados los cordones.

Se hizo un silencio en el que ya estaba todo dicho y yo no me iba a ir. Él no me iba a dejar quedarme. Asentimos, decidiendo que así sería, para entender que alguien tenía que golpear primero.

Entonces uno de ellos bajó por las escaleras y me agarró un brazo. Ninguno lo oyó venir.

—¡Joder!

Era otro hombre vacío que podría haber muerto en un ascensor. Alguien le había mordido la cara tanto que era imposible entender su gesto sin emociones. Era una máquina de matar con la respiración estable; era casi mi madre.

Todo pasó demasiado rápido: yo tiré de mi brazo y el hombre se vino conmigo.

—¡No, no, no! —gritó el chico.

Le estrelló el telefonillo en la cara. Una vez. Otra. No me zafaba. Están hechos para morir agarrando.

Tropecé y me caí al suelo y pateé sus piernas. El chico le rompió dos dientes a telefonazos. Arrancó la máquina de la pared. Le atizó con ella en la muñeca. El puño del hombre se abrió y me liberó. Yo me arrastré de espaldas sobre el suelo. El hombre intentaba agarrar ahora al chico por la garganta con sus manos mordidas por alguien que seguramente conocía. Tenía la fuerza de quien había sido entonces, ninguna más. Era el hijo de alguien y el padre de alguien y un brik de leche vacío.

El chico le dio otro golpe en el centro de la cara y el hombre perdió el equilibrio y cayó.

Luego cerramos la puerta.

El chico se volvió hacia mí.

Iba a echarme fuera con el hombre de nuevo, así que agarré la escoba y le di un palazo en la cara. La nariz empezó a sangrarle como una fuente.

—¡Joder!

Me puse en pie como pude, medio resbalándome. Él alargó un brazo y decía:

—¡Ven, hija de puta! ¡Me cago en…! ¡Ven aquí! ¡Ni se te ocurra!

Corrí hasta la esquina. Atravesé sin parar un pasillo oscuro con tres puertas y me metí en la última. Cerré tras de mí y eché el pestillo. El chico llegó un segundo después y aporreó la puerta durante un cuarto de hora completo, con una hemorragia nasal imposible, sin cansarse. Al rato, lo oí decir:

—Esto no para, no para de sangrar…

—Agárrate como una pinza —le dije— en el puente y mira para delante. Pon la cabeza para delante. No te la tragues.

—¡Me sabe la boca a puta sangre, me cago en tus muertos! ¡Me cago en tus putos muertos, hija de puta!

—No te la tragues.

Doce horas después de que se acabase el mundo, estaba sentada en el suelo de la habitación de una niña. Las paredes me miraban, forradas con pósteres de bandas de kpop, y todavía estaba encendido el flexo del escritorio cubierto de apuntes de Naturales. Había estado a punto de morir por culpa de David Bisbal. Enfrente de mí, en un espejo ondulado, se había sentado alguien desconocido hecho un desastre de heridas y sangre seca y el pelo recién teñido de rosa coral. Y era yo.

Después de eso, lo vomité todo sobre la alfombra.

OceanofPDF.com



Cuando era pequeña, mis padres solían olvidarme en sitios.

Se esforzaban mucho para que no se repitiera. Si íbamos al centro comercial, me colocaban el chaleco reflectante que olía a maletero. Tuvimos que acordar, por practicidad, que nuestro punto de encuentro en el supermercado era junto a la nevera de lácteos. «Tú eres la encargada de los yogures —decía mi padre—, y si no me ves por ningún lado te estoy esperando allí».

Mi nombre en los altavoces de cualquier sitio daba un tipo de vergüenza que no sé olvidar.

Estaban tan ocupados en esforzarse por todo, mis padres. Se desplazaban a una velocidad que casi los difuminaba, entre el trabajo, el colegio y las actividades extraescolares de tres niños. Se habrían olvidado a ellos mismos, si no hubiesen tenido más remedio que llevarse encima. Por las noches, sin haber terminado de cenar siquiera, se quedaban dormidos a la vez frente al televisor, y a mí me tranquilizaba de verdad comprobar entonces que aún mantenían una forma, que se habían quedado quietos de pronto y no habían perdido los contornos.

Luego Emma acababa sus salchichas con patatas y decía:

—¿Hay peras? ¿Quedan peras?

—¿Eh? —Papá se espabilaba—. ¿Eh?

—Mamá, ¿me pelas una pera? —Ella siempre molestaba al que no abría los ojos—. ¿Me pelas la pera? Que yo no sé. ¡Mamá!

Emma nació un 15 de agosto.

Mi madre siempre dijo que fue el día más caluroso de la historia y que en la radio del taxi oyó que hacía cincuenta y cinco grados en Sevilla. Papá nos miraba negando cuando contaba esa parte, pero la dejaba seguir: parió durante doce horas de verano. Después, Emma decidió llegar y lloró sin parar seis meses, el otoño y la Navidad y el fin de año; y un día de febrero, sin motivo ninguno, Emma terminó de nacer y se calló. A la mañana siguiente, en casa de la abuela, dijo su primera palabra delante de toda la familia, que fue: «No». Cuando aplaudieron para celebrarlo, Emma volvió a llorar y retomó lo de nacer, y Emma sigue naciendo todavía.

Nicolás nació un primero de marzo.

Mi padre lo recordaba muy bien porque ocurrió cuando estábamos en el cine viendo el estreno de *Monstruos, S. A.* Mamá rompió aguas en el clímax de la película y los dos se negaron a marcharse hasta que Mike y Sulley hubiesen dejado a la niña en su puerta; Emma quería más palomitas de caramelo y yo abarcaba la preocupación que les faltaba a todos. Papá repetía esta historia cada cumpleaños de Nico, traduciéndonos el tráiler a lengua de signos.

—Es muy buena —decía—. Muy profunda, porque al final de lo que estamos hablando es del sustento de una economía. Que hay familias de monstruos que dependen de eso. Muy inteligente, buenísima. Y tú saliste disparao para fuera, Nico, para verla, pues no me parece casualidad. No me lo parece.

Nadie recuerda mucho cómo fue cuando nací yo.

Coincidían en que pasó un septiembre. Cuatro años después que Emma y cuatro años antes que Nico, tuvo que haber un embarazo y tuvo que nacer alguien, porque desde luego éramos cinco en la mesa a la hora de cenar.

Yo surgí entre el sonido de dos conceptos muy grandes: Emma hablaba demasiado y Nico no hablaba en absoluto. Había tanto que hacer para resolver eso que a veces arrancaban el coche y no se daban cuenta de que yo no estaba dentro.

—El día que naciste —me contaba mi madre, mientras me arropaba con la sábana—, no recuerdo ni que doliera. Saliste y ¡puf! ya estabas aquí. Con la nariz y las manitas, y luego no lloraste y no nos despertaste nunca. Fue fácil fácil.

Desde la cama de al lado se oía a Emma:

—Hablaste supertarde. Yo hablé y no tenía pelo ni nada, era bebé.

Mamá me sonreía y pulsaba, por un segundo, su botón interior que le impedía oír a Emma. Mamá es la más menuda de todos nosotros. Tiene una voz que parece la voz que le saldría a una vela.

—El día que naciste —decía, peinándome con los dedos—, ya eras mi Diana.

Laia Bayón vivía en la casa de enfrente.

Era la niña que cargaba con una caja de bichos y se colaba por la ventana en la caseta del portero.

Cuando se hacía de noche y nos íbamos a cenar, ella seguía allí, entreteniéndose sola como los peces en los acuarios. Mi padre le llamaba la atención cada vez que la veía desde la ventana paseándose con la red de la piscina al hombro. Iba a otro colegio, pero no parecía que fuese a ningún colegio; me hubiese creído que aprendía de forma autodidacta las tablas de multiplicar, que sabía cosas importantes como encender un fuego. Julio, el

de la casa ocho, nos dijo una vez que no tenía padres y que vivía en un arbusto por su cuenta.

Eso es lo que recuerdo yo del día que nació Laia, porque para mí nació entonces, intermitente y con varios años: era un concepto raro y libre. No le tenía miedo a nada.

—¿Tú crees que es un tatuaje? —me preguntó la tarde que nos sentamos las dos en una tumbona después de la clase de natación.

Yo seguía esperando a que mi madre bajase a verme competir en una carrera que había terminado hacía media hora.

—No.

—A lo mejor lo es.

—No —le dije—, porque lo tengo desde siempre. Hasta en las fotos de pequeña.

Laia siempre ha respondido a las cosas con las cejas primero.

—¿En todas?

La recuerdo de pie detrás de Lucía Regalito, en la fila para tirarnos a la piscina, el día que se presentó con la mitad de la cara pintada de cera roja. Me miraba como intentando parecer más alta que la urbanización entera.

Fuera como fuese el día que nací yo, lo hice con el borrón encima del ojo izquierdo que parece una quemadura y aquí sigue. Mi padre decía que fue por un antojo y que tenía la forma del mapa de Alemania. Yo me hacía la raya del pelo a la derecha para tapármelo un poco porque daba miedo, a Lucía le daba miedo; a veces, cuando hablaba con la gente, podía notar que le hablaban a la mancha más de lo que me hablaban a mí. A todo el mundo le daba una porción asumible de miedo.

Laia Bayón, la niña de los escarabajos, pensó que mi mancha era mágica.

—Tengo que ir a gimnasia rítmica —declaró Emma durante una cena—, porque están Rocío y María Garrido y me quedo sin amigas si no voy.

—No va a pasar eso —respondió mamá, rellenándonos los vasos a todos —. ¿Cómo están los filetitos?

—Sí, porque ya están hablando muchísimo y hay otras niñas de otro sitio también. Y yo no las conozco, mamá. Y tengo que ir a gimnasia rítmica, porque además esto lo odio, odio estar aquí.

—Emma —la avisó mi padre, severo.

Se miraron un segundo y ella puso los ojos en blanco.

Emma lo hacía todo con ruido. No era capaz de poner la mesa sin chocar en el proceso cada uno de los vasos. Hablaba alto y con prisa, como si la gente se estuviese yendo ya a otra parte; pero en casa existía una norma no escrita de que todo lo que saliese por nuestra boca también tenía que decirse en lengua de signos.

—Quiero ir a gimnasia —repitió Emma, esta vez también con las manos —, porque están todas mis amigas y hoy he llorado en el recreo.

—¿Qué días son?

—¡Mamá! ¿Y qué importa? ¡Yo no quiero inglés este año! No voy a ir a inglés. Si voy a inglés, ¿por qué no voy a gimnasia? Si en inglés no hay nadie de nadie.

—Bueno, Emma. Dime los días y ya lo hablamos.

—¿Me juras que voy a ir a gimnasia rítmica? ¿Me lo juras por ti?

—Emma, yo no juro. Lo vamos a hablar, cariño, con tranquilidad.

—¿Qué dice Nico de un bicho? —me preguntó papá de pronto—. No para de hablar de que si un bicho, un bicho. ¿Habéis estado tocando bichos?

Desde la ventana de la cocina se veía una ventana de la casa de Laia, ahora oscura.

—En casa de Lucía una niña tenía uno y estaban jugando.

—¿Con quién? —Mamá se giró, contenta—. ¿Jugando con Nico?

—¿Qué niña?

—¡Mamá, pues si no es gimnasia que sepas que no voy a nada!

—Emma, ¿es necesario este mal rato?

—Laia Bayón —respondí yo.

Nico decía con las manos «insecto». Mi padre frunció el ceño.

—¿La terrorista que roba la red?

Emma consiguió que la apuntasen a gimnasia rítmica. Como eso cambiaba los horarios de todos, dejamos de poder ir las dos a la academia de inglés.

A mí el inglés me gustaba, pero tampoco me preguntaron nunca. En casa teníamos otra norma no escrita que decía que a veces había que cortar el cable correcto para desactivar a Emma y que no estallase. Mi madre me apuntó a lo único que ocurría en el polideportivo al mismo tiempo que la gimnasia rítmica: un equipo femenino de baloncesto.

Cuando llegué a los diez años, la ecuación era esta: dependiendo del contexto, yo era un añadido de Nico o un añadido de Emma. Nico y Emma, entre ellos, tenían ocho años y un parto invisible de distancia. Ese era un espacio imposible de salvar. Durante la primaria, mi ropa fue la ropa vieja de mi hermana, y sus camisones blancos y largos parecían en mí hábitos de enfermo de hospital. Nico no pudo compartir armario conmigo, así que yo acabé siendo la única en casa que no tenía nunca ropa nueva.

Lo bueno que tuvo pasarse a baloncesto fue que me compraron una equipación. Olía a fábrica, a envoltorio de plástico recién roto, y papá me cosió «DIANA, 1» en la parte de atrás de la camiseta.

—Estás que ni pintada, ¿ves? —me dijo la tarde que me la probé. Me levantó el mentón con un golpecito—. Dianichi. Vaya pinta de capitana.

Alma Hassan era la mejor jugadora del equipo de baloncesto. Cuando calentábamos, daba tres vueltas más a la cancha que todas las demás.

—Te tienes que quitar el «1» —me ordenó el primer día—, porque la capitana soy yo, si te das cuenta.

Lo primero en lo que me fijé de ella el día que la conocí fue en su pelo rizado y oscuro. Las costras de sus codos. Alma, en realidad, no era la capitana ni tampoco jugaba mucho. Se pasaba las tardes bufando insultos recién aprendidos en el banquillo. El entrenador la castigaba porque le pegaba empujones a todo el mundo, incluso a las vallas y la canasta.

—Yo tengo cuatro hermanos —me contó. Esa tarde me había torcido un tobillo y tuvimos que sentarnos juntas toda la hora—. Soy la más mayor, pero como son niños pues me pegan. Pero yo soy más alta y puedo pegarles más. ¿Tú te pegas?

—No.

—¿Ni con tu hermano?

—Es muy pequeño. Tiene solo seis.

—Pegarse es algo que puede hacerse a quien sea. Si le quieres pegar, que sepas que se puede.

—No quiero, gracias —le respondí. Ella me estudió, sentada sobre la valla tras el banquillo—. ¿Cómo se llaman tus hermanos?

—Yo qué sé. A veces lo llamo Polla si me enfado hasta que al final me odia.

—¿A cuál?

—A todos. Me enfado con todos a la vez. —Se apartó el pelo de la cara de un manotazo y suspiró—. Me caen fatalísimo, pero me aguanto, porque no se pueden ir de mi casa. Mi madre dice que no se pueden ir. Es un lío. Porque yo no voy a conseguir dinero para tener mi propia casa hasta que esté en la ESO por lo menos.

En la otra mitad del polideportivo, Emma practicaba su coreografía de gimnasia rítmica con su pelo largo muy bien recogido. Hacía el pino de una

manera que me enorgullecía.

—Mi hermana Emma está en la ESO —murmuré, mirándola—, pero no tiene nada de dinero.

De pronto, Alma Hassan se bajó del banco de un salto.

—¿Cuál es?

—¿Emma?

—Sí.

—Esa. La más alta.

—¿Esa?

—No, la de azul.

La vi fruncir el ceño con los brazos en jarras, asumiendo en un segundo las guerras de mis hermanos como suyas.

—Eres más guay tú —dijo. A mí eso me sorprendió tanto que me dio hipo—. Y además ni tiene dinero. Pues vaya cosa. —Luego se giró y me miró el tobillo—. ¿Te duele?

—Ya casi no.

—Si dices que te duele a veces te pueden dar Dalsy, que está riquísimo.

Alma asintió orgullosa de su conocimiento, y después trepó la valla de la cancha para gritarle al entrenador:

—¡Profe, se acabó! ¡Han pasado mil millones de horas! ¡Se acabó el castigo! ¿No?

Estoy segura de que Alma no supo quién era mi hermana Emma cuando la miramos las dos desde el banquillo. Ese día hizo sus cuentas, sopesó las opciones y consideró que yo le parecía mejor que todo el equipo de gimnasia.

Era verdad que Alma Hassan tenía cuatro hermanos y se pegaba con todos.

Yo empecé a ir a su casa algunos fines de semana, si mi padre podía llevarme, porque descubrimos que, sorprendentemente, nos entendíamos bien. Cuando la echaban por trampas en baloncesto, Alma se escapaba del polideportivo y compraba Risketos en el quiosco de la esquina. Después los compartía conmigo hasta que nos recogían a la salida del entrenamiento. De pronto, me vi dándole tres vueltas más a la cancha con ella, que me convencía casi todos los días para que la levantase por las piernas y la ayudase a agarrarse a la red de la canasta.

Alma iba a otro colegio, así que me hablaba de gente que yo no conocía, del niño de su clase que se había grapado un dedo sin querer y había hecho que se desmayase la tutora. También se pegaba con otra gente aparte de sus hermanos, con gente *por* sus hermanos, y me enseñaba luego los raspones de guerra. «Voy a ser una estrella del boxeo, como unos tíos de una película», decía, aunque al final terminó siendo camarera en Berlín.

—¡Amir, dame eso! —Alma le quitaba los cereales a su hermano—. Que no es para ti, ¿qué haces? Tú tienes lo tuyo, que eres un tonto.

—Yo de esto no quiero.

—Pues me importa tres huevos.

Amir lo intentaba de nuevo y se ganaba una colleja.

—*¡Au!*

—¡Alma! —la avisaba su madre, mientras tendía la ropa en la terraza. Le gritaba cosas en árabe que a mí me sonaban muy serias.

—¡Que son para Diana los Chocapic! ¡Que ellos ya han comido! ¡Van a explotar un día, de tanto jamar! ¡Ojalá exploten!

Amir era el más pequeño de todos los hermanos de Alma. Los días que yo iba a su casa, se dedicaba a robarnos la merienda y dejar caer la amenaza velada de que yo era «una niña». A Halim le daba tanta vergüenza hablarme que se escondía en la ducha y no podíamos utilizar el baño; la teoría de

Alma era que yo le había roto el corazón. Rafa y Omar se peleaban a codazos jugando una partida de Play eterna. Coincidí con el padre de Alma muy pocas veces, pero su madre estaba allí, moviéndose siempre de un lado para otro, con sus hiyabs de colores y una sonrisa enorme iluminándole la cara.

—¿Estás bien, Diana? ¿Te gusta? Te puedo sacar lo que tú quieras, tenemos galletas, tenemos tostadas… Un día te preparo *chebakia*, algo bueno, no siempre guarrerías de supermercado, ¿no?

La vi correr todas esas tardes, revisando cabezas y ocupándose en dos idiomas de un caos con demasiadas piernas.

—¿Vas a entrar a quinto también, Diana? ¿Vas a seguir en baloncesto?

—Sí. El año que viene nos han dicho que a lo mejor tenemos partidos.

—Pero es mentira —dijo Alma—. Seguro. El profe es un mierdas.

—No se habla así, Alma —la riñó su madre—. Habla sin palabrotas. Yo quiero que Halim juegue con vosotras. ¡Halim! ¡Ven a saludar a Diana! ¿Dónde está Omar?

Alma se irguió en su silla entonces, muy orgullosa.

—Mamá, ¿tú sabes que Diana ha sacado diez en todo en su colegio?

La casa de Alma era un espacio desordenado y con ruido donde nadie necesitaba chalecos reflectantes. Su madre me sonrió hasta con los ojos.

—Qué inteligente, ¿no? Qué bien, ¡muy bien! Tus padres estarán muy contentos. ¿Qué te han dicho tus padres? ¿Te han comprado regalos?

En los viajes de vuelta en coche después de haberme olvidado en algún sitio, mamá colaba la mano por el hueco del cinturón de su asiento y agarraba fuerte la mía. Me decía con eso: «Ya estoy aquí». Papá me comprobaba de reojo, mirándome por el espejo retrovisor. Había cierto silencio concreto y esa sin duda era la peor parte: los quince minutos de

culpa de después que se instalaba en sus voces y en sus caras y en todo. Eran la confirmación de que algo así no debía pasar. Pero pasaba.
He estado en una gasolinera antes.

En medio de ningún sitio, mirando los surtidores.

—¡Me voy a ir! ¡Me voy a hacer la maleta y me voy y no voy a hablarte nunca más!

—¡Emma, ya está! ¡Se acabó!

—¡Mamá, no puedo vivir!

—¡No me levantes la voz!

—¡No tengo sitio y me voy a morir, y me voy a ir y no me vas a ver!

El día que Emma descubrió que Nico llevaba cinco años sin dormir en una cuna, se pasó gritando toda la cena que necesitaba una habitación propia. Mi madre la siguió por la casa y pegaron unos cuantos portazos. Emma se encerró con pestillo en el cuarto de Nico y él tuvo que dormir en el nuestro.

Así se quedó para siempre, a partir de esa noche: Emma empezó una mudanza paulatina de la que nadie se quejó, como si no estuviera ocurriendo. Nico se lo tomó como unas vacaciones en las que de pronto dormíamos juntos.

Después de cada cena, ilusionado, se metía bajo la sábana de mi cama y compartíamos los auriculares de mi MP3. Nico apretaba el suyo en una mano y yo le traducía las letras a lengua de signos. La música le vibraba en el puño y él sonreía oyéndola tal y como lo que era. Nico y su silencio, que era de todo menos el silencio del resto.

Emma me despertó la noche que se llevó el último de sus coleteros. Me sacudió un poco un hombro y fuimos a su cama en la nueva habitación.

Estaba llorando porque Emma es una fuente de emociones sin filtro y me abrazó como si estuviese mudándose a otro continente.

—Yo no me he ido por ti —susurraba tan dramática—. Yo te quiero mucho. Tú puedes venir cuando quieras. ¿Lo sabes, Diana? ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

—Es que yo ya soy muy mayor.

Emma escribía «Diana» en sus coleteros porque decía que yo le daba suerte. Cuando se acababa la canción, Nico me decía en lengua de signos: «Me gusta escuchar contigo».

Nico y Emma eran dos conceptos grandes que ocupaban mucho espacio y yo nací un día en medio, da un poco igual cuándo y cómo. Nací en medio y ese siempre ha sido mi sitio. Nadie hubiese podido ocupar otro hueco en nuestra cadena de tres. Nico, Emma y Diana. Esa es mi regla no escrita.



Me encontré a Laia Bayón un día en el patio moviendo una caja muy grande.

No podía ser de escarabajos. La iba arrastrando por el suelo casi en horizontal y el cartón hacía un ruido como de lija sobre las baldosas.

—¿Te ayudo?

Paró en seco al oírme. Se giró y me vio allí, y pareció recomponerse un poco.

—No, si es hasta la puerta nada más.

—¿Pesa mucho?

—No —dijo. Reculó rápido—: Bueno, yo puedo. Pero es una estantería.

La ayudé a llevar la estantería hasta la puerta de la urbanización. La colocamos a duras penas contra el muro, junto al telefonillo, y luego ella se

deshizo la coleta y se la volvió a hacer. Estaba masticando chicle.

—¿Vas a fútbol? —me preguntó.

Yo me había olvidado de que llevaba la equipación puesta y me la miré.

—Ah, no. Es de baloncesto.

—Ah, pues qué guay —asintió—. El baloncesto está mucho mejor. Yo es que no sé si soy alta, entonces… Tú sí eres más alta.

—No soy muy alta, pero no hace falta serlo.

—Para ser alta dicen que hay que beberse la leche —dijo Laia—, pero yo he descubierto hace un año que soy intolerante a la lechosa.

Como no supe si me acababa de confesar una gran enfermedad, barboté:

—Lo siento mucho.

Ella se rio un poco, divertida con mi amago de preocupación.

—No, si de eso no se muere ni nada. Solo te lo decía.

Yo pensé que quizá era verdad que a veces vivía por su cuenta en un arbusto. Habían dejado en la puerta más muebles además de la estantería, cajas cuadradas con libros y bolsas de ropa. Le pregunté:

—¿Os vais a mudar?

Laia se volvió hacia el montón entonces, recordándolo.

—No, es que mi padre se fue de mi casa y ahora se está llevando las cosas. Va a venir a recoger esto en el coche… Porque lo pagó él todo esto, hace mucho. —A mí me pareció una idea triste, pero ella me lo contó como si se tratase del portero—. Oye, ¿quieres que te regale algo?

Yo pestañeé.

—¿De aquí?

—Porque me has ayudado, que pesaba y todo.

—No hace falta…

—Espérate.

Y empezó a buscar en el fondo de los bolsillos de sus pantalones. Por aquel entonces, Laia ya llevaba un clip negro de pendiente colgándole de una oreja; qué fuera de todas las leyes del mundo me resultó eso. Sacó un conjunto de cosas inclasificables de esos pantalones, papel plegado pasado por lavadora y envoltorios de chicles antiguos, y de entre todas ellas, escarbando, eligió un tornillo.

—Toma —dijo, y yo lo acepté.

La miré y Laia me miró a mí, sus ojos tan azules que parecían tajadas del cielo. Ella me sonrió y luego me tocó la mancha en la frente con el dedo índice.

—No se te ha ido. Tu tatuaje de la buena suerte.

La vi otras veces por la urbanización, dando vueltas con la bicicleta como si la esperasen en algún sitio. Algunos días, al aparcar, la encontramos hablando a las cámaras de seguridad del aparcamiento.

Hubo una noche en la que tuve que salir a buscar a Nico porque aún no había vuelto a casa y lo encontré con ella. Estaban tras la valla cerrada de la piscina y Laia se comunicaba con mi hermano con gestos exagerados. Eso entendí, desde lejos, mientras me acercaba: Nico agarrando el palo de la red de la piscina, que le pasó a Laia cuando me vio. Yo le dije en lengua de signos: «Hay que irse a cenar».

—¿Cómo se dice «Laia» con el idioma de las manos? —me preguntó ella. Intentó memorizarlo cuando se lo enseñé—. ¿Puedes decirle tú que me llamo Laia?

—Ya lo sabe. Ya se lo he dicho.

Sostenía la red de la piscina como si fuese una bandera. Recordé ahí el día en el que mi padre abrió la ventana para reñirle, y entonces, dos años más tarde, me volví hacia ella cuando ya íbamos a irnos.

—Laia —le dije, y ella me miró—. ¿Por qué la coges? El palo de la red.

Era la única niña del patio que había intentado hablar con Nico.

Laia Bayón tenía el pelo largo mojado. Una tirita con dibujos en la rodilla. Levantó el mentón, más alta, quizá, que la urbanización entera.

—Estoy rescatando a las avispas.

Hemos crecido como un músculo raro y externo en el cuerpo de la otra.

OceanofPDF.com



Había un bebé transformado en el tren.

La que parecía su madre lo tenía en brazos, envuelto en una toalla para que no pudiera moverse. Durante la mitad del trayecto, con los cadáveres de la residencia aún atascados entre los ojos, creí que era el mismo muñeco a pilas que Emma había pedido repetido durante tres Navidades. El bebé se removía bajo la toalla en una reiteración exacta de giro de articulaciones. Quería matar. Lo único que atisbó a hacer con ese instinto vacío, de mirada de nadie, fue girar la cabeza y morder a su madre con la encía.

Era mucho peor que la sangre de otros, Laia.

Cogí un tren de Wurzburgo a alguna parte.

Podríamos haber muerto todos ahí dentro, pero el único transformado que pasó la criba fue un bebé. A los diez minutos de arrancar, las puertas se abrieron, sin frenar la marcha, y la muchedumbre lanzó fuera a un hombre. Hubo algo sagrado entonces, más grande que la violencia, que hizo que nadie tirase al bebé.

Era de noche y los móviles no tenían señal, y yo te llamaba en vano, en bucle. Llamaba a mi madre y luego volvía a ti. El bebé de anuncio de Navidades me miraba sin mirarme. Una mujer a mi derecha recitaba en un zumbido:

—Vater unser im Himmel, geheiligt werde dein Name, dein Reich komme, wie im Himmel so auf Erden…[2]

Primera verdad del mundo nuevo: todos se transformaron a la vez. Nadie se retrasó dos días o dos horas. El único punto común entre todos ellos fue la migraña de las semanas anteriores. No se conocen casos nuevos.

—Bitte drängt euch nicht gegenseitig raus! Bitte drängt euch nicht gegenseitig raus![3]

El tren paró en una estación antes de llegar a nuestro destino.

En medio de la oscuridad, yo había podido distinguir otras estaciones que pasamos de largo y que estaban llenas de gente desesperada. Se tiraban a las vías pidiendo ayuda. El conductor no frenó en ninguna y la cúpula en el cielo me decía por qué: ya no existen lugares seguros en ningún rincón. Esto es grande y es para todos y solo corremos y corremos y corremos, no podemos huir de verdad.

En la estación en la que sí paramos había un único policía que hacía señas en el andén. No oí de lo que hablaron él y el conductor cuando se abrieron las puertas, pero algunos aprovecharon la pausa y se fueron. Después, la marcha se reanudó y continuamos nuestro camino, dejando otro par de paradas detrás.

He estado analizando esto. Una semana después, encontré en la sección de revistas de la gasolinera mapas ferroviarios de Alemania de hace dos años. Me dediqué a seguir con el dedo cada una de las líneas que abandonan Wurzburgo.

No tengo aún ni idea de dónde estuve, Laia.

No recuerdo el nombre del pueblo en el que nos hicieron bajarnos a todos. Esa noche es, en mi memoria, una mancha de farolas y gritos.

Las ruedas frenaron de nuevo frente a un andén y un grupo de policías empezó a tirar de los pasajeros. Ordenaban cosas en alemán que yo no

entendía y hubo un caos de quejas y ruido humano mezclado con la voz temblorosa de los altavoces.

—*Bitte drängt euch nicht gegenseitig raus! Bitte drängt euch nicht gegenseitig raus!*

El bebé había sacado los brazos de la toalla. Se agarró a la cara de un hombre buscando las cuencas de sus ojos.

Entre la gente, traté de encontrar las manos de Nico y Emma; ¿de qué puedo salvar yo, al final de todo, a Nico y a Emma?

Me sacaron a empujones del tren.

En un pueblo al noreste de Alemania, la población había organizado su apocalipsis en unas pocas horas. La policía local había conseguido aislar a casi todos los transformados en la estación y luego avisaron a las localidades adyacentes. Desde otros pueblos conectados, se encargaron de redirigir los vehículos con supervivientes allí. Algunos vecinos ofrecieron sus casas para alojar a quienes pudieran y el único pabellón de la zona fue habilitado como refugio para la noche.

Al pasar en muchedumbre junto a las ventanas de la estación, los vimos. Todos Ellos, lienzos en blanco, humanos quietos, pegados a los cristales de las tiendas como maniquíes. Solo movían los ojos para seguir nuestra trayectoria. Eran grandes y pequeños, viejos y demasiado jóvenes; heridos, enteros y algunos a punto de morir.

Menos mal que no los has visto, Laia. Menos mal que no los viste.



No conseguí que la sangre de Jesús se me borrase de la camiseta.

Estuve en el baño frotándola con jabón hasta que gasté el estampado y se le quedó una mancha blanca como de pasta de dientes. Luego me lavé las

manos diez veces. En algún momento, empecé a temblar tanto que tuve que sentarme en el pasillo.

Abrazándome las piernas allí para que no dejasen de ser mis piernas, casi entendí que todo lo que estaba pasando no estaba pasando en realidad, y que yo no estaba en ningún lugar, e incluso que no era. Podía verme a mí misma sentada a través de una pantalla extraíble de cámara de vídeo. Me encuadraba correctamente, corregía la luz. Una prisa rara me decía: «Antes del lunes tienes que entregar la última práctica de Realización».

En el pueblo sin nombre me asignaron una casa. Los policías nos fueron repartiendo y nos dejaron a otras cinco personas y a mí en la puerta de alguien.

Era un dúplex familiar de un matrimonio mayor donde habían preparado una cesta de primeros auxilios y colchones en el suelo. Entre nosotros, los supervivientes de algo, había un adolescente con el brazo lleno de cortes, una mujer que preguntaba sin parar y un hombre grande con una chaqueta que tenía grabado el yin yang en la espalda. El propietario de la casa había sido enfermero y le cosió la brecha que le sangraba en la frente.

En ese silencio y en ese ruido había una emoción sin nombre. No teníamos nada que decirnos. Yo seguía llamándote sin dar tono, como un gato tonto que le maúlla a la pared.

La luz se fue a la medianoche.

—*Hallo, bist du verletzt?* —me dijo la señora de la casa. Lo intentó en inglés—: ¿Me entiendes? ¿Estás herida?

Segunda verdad del mundo nuevo: se ha interrumpido la conexión con los satélites. No funciona internet. Los teléfonos no tienen señal y la electricidad está afectada por una fuerza magnética inestable que la hace intermitente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Yo no había dicho una palabra desde que el cuchillo había abierto la garganta de Jesús.

—¿Cómo te llamas?

—Diana —murmuré.

—Diana, ¿estás herida? ¿Te han hecho daño?

—No lo sé… No.

—¿De dónde vienes?

—Wurzburgo. Estudio en Wurzburgo.

Tenía la garganta seca.

—Diana, cariño, ¿dónde puedes encontrar familia? ¿Dónde está? ¿Me entiendes? ¿Familia, de ti?

Soy Diana Mena. Estoy esperando a que mi familia se dé cuenta de que no estoy en el coche.

—Son… Mi familia está en España. Soy de España.

Le había mentido, en realidad: todavía brillaba, en carne viva, el arañazo que me había dejado uno de Ellos en las escaleras de la residencia. La mujer lo vio bajo la luz de la vela que llevaba en la mano.

En ese momento, cuando aún no sabíamos nada, eso podía haberlo sido todo. Al salir el sol, ya hechos a otras reglas, algunos heridos fueron aislados y analizados y abandonados a su suerte. Me acuerdo ahora de sus facciones específicas, las de la mujer arrodillada enfrente, en la oscuridad del pasillo de la casa en la que estuve solo una noche. Tendría cerca de setenta años. Era robusta, expresiva y una buena persona por la que ser encontrada.

Me ofreció comida y la rechacé. Luego se marchó por las escaleras para traerme comida igualmente. Antes de que bajase las escaleras de nuevo, cuando ya me había dejado un bocadillo en las manos, le dije:

—¿Puedo usar el teléfono? —El inglés me salía torpe y de niña—. Por favor. ¿Puedo llamar a una persona? ¿Tenéis teléfono?

—No funcionan los teléfonos. En ningún sitio. No se puede llamar —me explicó—. Está pasando en todas partes.

Tú siempre has soñado con esto: el cielo dividido en cuadrados. La gente caminando como programada hacia los sitios, y algo nos persigue, y somos nosotros.

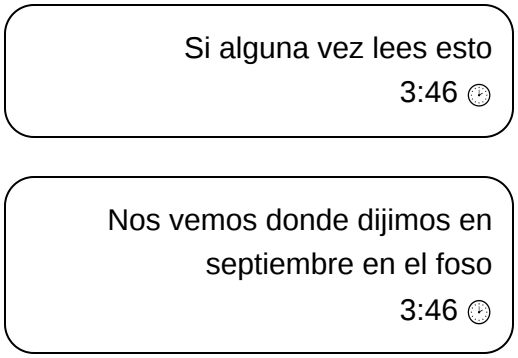
A lo mejor ya estás muerta, Laia. A lo mejor, si no estás muerta, ya ni siquiera eres tú.

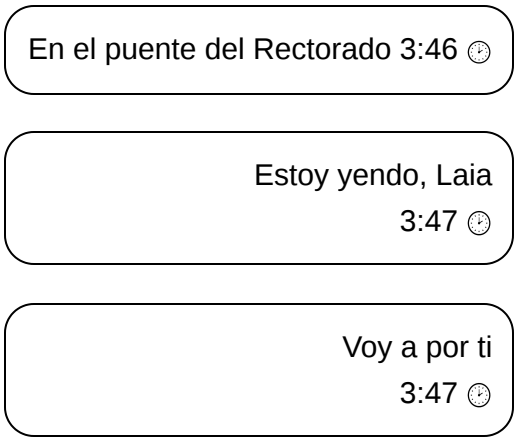
Esa noche, leyendo tu nombre de nuevo en una llamada que no se marcaba siquiera, te vi en mi fondo de pantalla con el pelo teñido de azul mientras sostenías una berenjena enorme. La sonrisa te llenaba la cara y lucías tu impresionante adquisición de la frutería en Cazalla de la Sierra; recordé, de pronto, la tarde antes de coger el avión y venirme aquí, cuando se hizo real que me iba de Erasmus. Cerramos la maleta juntas. Me despeinaste las cejas sobre la cama, concentrada. Luego dijiste:

—¿Y si se acaba el mundo? Como en el sueño. Y no estás aquí todavía.

No era una duda de verdad. Siempre hemos estado tan cerca. Tan cerca.

En el pasillo, en la casa, en el pueblo en ninguna parte de Alemania, abrí tu conversación de WhatsApp. Tenía quemadas las puntas de los dedos de frotar la camiseta bajo el grifo.





La mujer accedió a darme un mapa que conservaba de alguna Alemania anterior. Me señaló dónde estábamos y lo he olvidado completamente. Sé que era al norte, de camino a Berlín. Estuve estudiando líneas y líneas hasta que digerí que no podía procesar el idioma de los mapas; solo sabía entenderlos como una imagen abstracta para memorizar los nombres de los ríos de Andalucía.

Fue después de eso cuando se me acercó el hombre de la chaqueta del yin yang. El acento de su inglés lo hacía casi incomprensible.

—Eres de España —dijo—. Te he oído antes, ¿no?

Preguntó algo más, muy rápido, con palabras atropelladas.

—Perdón, no… No entiendo…

—Yo viajo desde Polonia —me repitió—. Voy en coche porque mi hija está en Marsella, es de tu edad. Voy a Francia para ir por ella. ¿Entiendes?

—Sí —asentí—. Tu hija.

—Te oí hablar antes que tu familia está en España. Puedo llevarte conmigo hasta Francia y continúas a España. ¿Quieres venir?

Bartek era sereno y grande. Llevaba una gorra de propaganda de banco que le cubría la brecha recién cosida. La mitad de su cara estaba tapada por la barba y su voz aguda tras ella se hacía pequeña, incoherente. Una esperanza sin filtros me reptó a la boca del estómago.

—¿De verdad? —le pregunté.

—¿Cómo llamas?

—¿Qué?

—Cuál tu nombre. Yo Bartek Nowicki. Bartek.

—Soy Diana. Diana Mena.

—Dianamena —dijo, aprendiéndoselo. Buscó mi aprobación—: ¿Bien?

—Sí. Dianamena.

—Dianamena, al salir sol, mi coche está fuera. Una calle allí. Ahora es peligroso porque ellos nos ven. Puedes dormir ahora y yo luego despierto, ¿bien? En Marsella, sí, a lo mejor hay autobuses a España.

—Gracias. —Lo miré a los ojos, incapaz de decirle más—. Muchas gracias. Vale.

—Al sol, salimos. Soy Bartek.

—Sí, Bartek. Bartek. Gracias.

Al cabo de un rato, Bartek volvió a la habitación con los vendajes y me limpió el arañazo del brazo. Sus dedos eran torpes y gruesos y poco hechos para esa delicadeza. Apretó demasiado la venda al cerrarla y yo no tuve el coraje de quejarme. Su dulzura no tenía sitio allí, era una manifestación extraña como el bebé vacío. Envuelto en papel film, junto a mí sobre el colchón, estaba el bocadillo que me había preparado aquel matrimonio alemán que nunca tuvo por qué dejarnos su casa.

Laia, espero que tú también lo estés viendo ahora. Hay algo que nos ha sacado de dentro una violencia horrible y sin motivos. Es en ese contexto de ser, sin filtro, lo que realmente somos, donde es fácil comprobar que también somos, sin motivos, buenos.

—Mi hija de tu edad —me dijo Bartek, sonriéndome un poco—. Me recuerdas. Mi hija Nina.

Cuando llegó la mañana, salimos hacia el coche. El reloj de mi móvil marcaba las siete. La batería estaba al diez por ciento.

Bajo el sol, la cúpula cuadriculada del cielo era más obvia que en la oscuridad y parecía la cubierta transparente de un panal gigante. Las horas de antes de que amaneciese, tumbada en la cama, estuve observando la puerta cerrada del baño donde me había estropeado la camiseta. Esperaba en calma a que Sara saliese con el cuchillo de allí. Pensaba: «Emma sabe correr muy rápido. Nico me necesita». Esto, por supuesto, fue antes de saber que se guían por el sonido.

Desde ahí pude oír la conversación en el piso de abajo de los que creo que eran la mujer que preguntaba y el chico de los cortes. Él era británico.

—Se ha dicho que esto es cosa de Rusia. Le pregunté a los policías, pero no dicen nada… Tienen información, pero no saben. A la gente de abajo no nos lo van a decir.

—¿Cómo? ¿No está pasando en Rusia? ¿Cómo puede controlarlo Rusia?

—No está bajo control. Es en la mitad de la población todo esto, en todo el mundo. Eso he oído. Yo creo que se les ha escapado un virus o un mecanismo que no saben; imagina la cantidad de cosas que se hacen y luego ¿quién las controla? ¿No? La Guerra Fría, todo eso, sigue pasando.

—¿Un virus de laboratorio?

—Pero está meditado, porque han interceptado la señal de los satélites. Es una guerra. No nos van a decir nada.

Al marcharnos de allí, vi por primera vez el pueblo. Era un puñado de casas marrones y blancas en aceras de piedra, una réplica empequeñecida de la esencia de Wurzburgo. Las calles estaban tan vacías que cualquiera hubiese pensado que ya los habían matado a todos, y las farolas habían revivido, pero duraron pocas horas.

Sin decir palabra, nos escondimos entre bultos hasta llegar al coche.

—¿Por qué tú aquí? —me preguntó Bartek, ya conduciendo—. En Alemania.

—Estoy haciendo un Erasmus. —Él no lo entendió—. Estudiando. Es como… Estudias un año fuera de tu país y luego vuelves.

—Aaah, sí, sí. —asintió—. Bien. Yo trabajo a veces en Alemania. Construcción.

—¿Construyes casas?

—No, presas y… Yo transporto. —Sonrió para sí mismo, rememorando —. Cuando antes de casarme, construí una casa en el bosque, todo de madera. Muy pequeña.

—¿Tú solo?

—Solo. Mira.

Me señaló un ramo de fotografías plastificadas que colgaban del espejo retrovisor. En una de ellas estaba él con un niño y en otra se veía una casa de madera entre los árboles.

—Qué bonita —murmuré.

—En invierno mucho frío. Yo quería vivir en el bosque, pero… joven. No se podía en invierno. —Bartek miraba la carretera—. ¿Qué es lo que tú estudias? ¿Universidad?

—Sí. Estoy… Es mi segunda carrera. Estudio otra carrera porque quiero hacer documentales. —Puso otra cara de no entenderme—. Películas, pero… del mundo. Grabar el mundo.

—Aaah, sí, sí. ¿Actriz?

—No, solo llevar la cámara. Grabar cosas, solo.

—Sí, bien. —Me sonrió y yo le sonreí—. Bonito.

Bartek condujo por una autopista en la que no había nadie sin saltarse ni una sola ley de tráfico. Algo tranquilizador de él era que no había entendido, o había decidido no entender, que lo que estaba sucediendo

destruía lo que sabíamos desde la base. Todas nuestras conversaciones fueron las que habríamos tenido en un mundo en el que nunca habríamos hablado. No me preguntó por lo que me había pasado doce horas atrás y yo nunca supe nada sobre su brecha recién cosida.

—¿Quieres pongo radio? —me preguntó, y cuando comprobó al encenderla que solo se oía estática, añadió—: No te preocupes, tengo disco aquí. Sex Pistols. No te preocupes: *rock and roll*.

El coche de Bartek era un espacio pequeño que olía a aceite. Su motor se quejaba en voz alta del número de seis cifras en el contador de kilómetros. Tras la primera hora de viaje, tuvimos que parar en una cuneta y bajar para recargarlo de nuevo de gasolina. Bartek sacó del maletero un bidón de diez litros casi vacío. La historia de la brecha tendría algo que ver con eso, supuse entonces: el plástico del bidón había sido rasgado y el contenido empapaba la moqueta. Lo oí maldecir.

—Hay que ir gasolinera. Depósito cien kilómetros nada más.

—Vale.

Antes de que volviésemos dentro, Bartek me colocó algo sobre los hombros. Era su chaqueta del yin yang, caliente y grande como la ropa heredada de Emma. Yo ni siquiera había notado que seguía temblando.

—Toma —me dijo—. Menos frío, ¿sí? No te preocupes.

Encontramos una gasolinera diez minutos más tarde. El bosque en esa zona era alto y denso y se comía los pocos retazos de humanidad. La gasolinera apareció como una mancha de chatarra descolorida entre el verde de los pinos. Nos acercamos a ella porque algo se movía tras los cristales.

—Hay gente —avisé a Bartek.

Él bajó la velocidad.

Un grupo de personas salió del interior al oír el sonido del coche y se apresuraron a llegar a los surtidores. Eran una mujer mayor que cargaba a

un niño de cinco años, un chico de mi edad y otro que rondaría los treinta años.

Nos hicieron señas desde lejos. Gritaban.

—¿Inglés? ¿Ok? —nos preguntó la mujer cuando paramos—. ¡Señor, estamos perdidos aquí! Nuestro coche se rompió antes, en el bosque. No encontramos a nadie dentro, se han ido. Mi hijo Edel —dijo señalando al chico que saludaba— está herido, tiene herida en la pierna. ¡Tenemos miedo!

—¿No funciona? —le preguntó Bartek—. ¿No hay gasolina?

—No se enciende la máquina. No sabemos. Llevamos aquí diez… —«Doce», le corrigió el de treinta—. Doce horas. No viene nadie, no hay coches. Nos atacaron en Berlín. Edel está herido y no podemos volver. ¿Dónde vais?

—A Francia.

—Nosotros Bremen. Por favor. Si nos acercáis a ciudad… Estamos perdidos, por favor, si…

—OK. OK.

Bartek se deshizo de su cinturón y me miró. No sé qué pudo ver en mi cara en ese momento. La mujer estaba apoyada en mi ventanilla e intercambiaba algo con los otros en alemán. El niño no dejaba de mirarme.

—Quédate aquí, Dianamena —me dijo Bartek—. ¿Bien? Yo voy a ver gasolina. Hablo con ellos…

—¡Nosotros te pagamos! —ofreció ella, antes de que yo pudiera responderle—. Tenemos billetes, tarjetas, todo. ¿Qué quieres?

Bartek salió del coche y dejó la puerta abierta. El aire empezó a soplar más fuerte y yo miré al cielo: las nubes habían cubierto la visión de la cúpula cuadriculada. Estaba chispeando. Los cuatro adultos hablaban frente al capó.

—Puedo dejar en Bremen —decía Bartek—, pero falta gasolina. Solo ochenta kilómetros. No hay espacio para todos.

—Yo puedo ir en maletero.

—Bien. Gracias. Voy a ver máquina para gasolina…

—No funciona, nosotros ya vimos.

—Bien, pero voy yo a ver…

El tal Edel golpeó primero.

Agarró a Bartek por la espalda, estrangulándolo, y el otro hombre le dio un rodillazo en el estómago. El mundo pasó a ser otro, Laia: pasó a ser el de siempre. Yo pulsé el cinturón y no salía. No salía. Tiré de él.

—¡Eh!

Me latía el arañazo bajo la venda apretada. Mis manos eran inútiles y solo el final de muchos nervios. Conseguí quitarme el cinturón y abrí la puerta del coche. Bartek se defendía como podía de los tres asaltantes. Eran más pequeños y más frágiles que él, pero eran tres. Tumbó de un golpe al hombre. La mujer lo hizo tropezarse y, junto a Edel, lo patearon y le reabrieron la brecha de la frente. La sangre salpicó el asfalto.

—¡Bartek!

Podía ver sus expresiones llenas y conscientes. El dolor en los nudillos se las encogía. Habían dejado al niño llorando, de pie, a un lado de las mangueras. El bebé del tren, atrapado en una toalla mientras intentaba agredir, era todo lo contrario y lo mismo a ellos: era un ser humano.

Corrí hacia Bartek.

Edel ya estaba metiéndose en el coche y nos lo robaba.

—*Das Mädchen! Das Mädchen!*[4]

La mujer me atrapó de la chaqueta.

Me estampó la cabeza contra el retrovi…

OceanofPDF.com



El año que terminé primaria, Emma tuvo una pelea fundamental con María Garrido. Fue algo sobre un brazalete para mejores amigas de la revista *Superpop*. A partir de ahí, Emma se negó a volver a gimnasia rítmica y el polideportivo se convirtió en un tabú en casa.

Los horarios cambiaron de nuevo.

Mi madre me quitó de baloncesto y guardamos la equipación al fondo del armario.

Nadie preguntó tampoco aquella vez si a mí me apetecía volver a clases de inglés: volvimos a inglés. Hubo un espacio pequeño, del tamaño de una cena, en el que intenté confesar que me gustaba la natación, pero solo mi padre me oyó y me dijo:

—Pues claro que sí, una lubina estás tú hecha.

Alma y yo dejamos de vernos en los entrenamientos.

Empezó a venir por su cuenta a la puerta de mi urbanización, algunas tardes, sin que nadie lo supiese: cogía el autobús y se acercaba, y traía los Risketos robados del quiosco. Teníamos doce años.

—Voy a ir a tu instituto —me soltó un día—, y se lo he dicho a mi madre ya. La estoy convenciendo, bueno, porque está más lejos… Pero hay que

hacerlo ya, hay que llenar unos papeles y no sé qué. Aunque sea tempranísimo. El puto patio es feo, ya lo odio.

Alma tardó un tiempo en saber colocar las palabrotas.

—¿Vas a venir? ¿En serio?

—Pues claro. Si tú eres mi mejor amiga de verdad.

—Y tú la mía.

—Ya. Eso ya lo sé, que lo sepas.

—Ya sé que lo sabes.

Durante mis últimos meses en él, nuestro equipo de baloncesto había perdido todos los partidos de la temporada. Alma encestaba, era la única que lo hacía; cuando estábamos jugando, sus ojos siempre me buscaban a mí para pasarme la pelota. Le robaba los bonobuses a su padre para verme y se sentaba al lado de señoras aleatorias para fingir que estaba con algún adulto.

—¿Te da miedo la ESO? —me preguntó, las dos sentadas frente a los coches aparcados junto a mi urbanización.

—No sé. Un poco, ¿no? Es más difícil.

—Sí.

—Y es en el cole nuevo. Con mucha más gente… —La miré—. ¿Te da miedo a ti?

—Qué va. Es que ya me lo han contado todo, hasta la cosa de las pajas. —«¿Qué son las pajas?», susurré—. Me da asco levantarme a las siete de la mañana, eso sí que es un coño. Y yo creo que para ser profesional del boxeo no hace falta la ESO ni nada. —Me pasó la bolsa y yo cogí más Risketos. Se hizo un silencio cálido, pacífico, entre las dos, mientras Alma se chupaba los dedos y yo masticaba—. Si alguien se mete contigo, le voy a pegar un petardo en los huevos.

—Yo no quiero que pegues petardos.

—Bueno.

—Alma —la avisé, preocupada—: quiero que sepas que yo no quiero que pegues a la gente.

Alma pegó a gente.

No a mucha gente, y no por mí.

Si algo recuerdo del primer día en el instituto son los zapatos grandes heredados de Emma que me bailaban a cada paso y el que se me cayó a la salida. Qué desnudez más tonta esa, a la pata coja en una escalera mientras bajaban las dos clases. La gente se atropellaba como la noche sangrienta en la residencia.

Alma y yo acabamos juntas en el grupo B.

Ella se sentaba en la primera fila y estaba horrorizada por eso, pero no lo suficiente como para no dormirse todos los jueves a primera hora en Naturales. El González, que debía ser el profesor con más capacidad de ofenderse de toda la plantilla, acabó poniéndole un parte y expulsándola una semana.

—¡Sin dormir me muero! —le replicó ella, la mañana que la echó al pasillo—. ¡Yo no elijo dormir, es que me muero! ¿Sabe usted qué sí se elige? ¡La célula procariota!

Alma se había preparado durante años para ese pasillo. Llamaba a la puerta cada quince minutos y preguntaba si podía volver, como en los entrenamientos de baloncesto.

Entre ella y yo se sentaba un chico que funcionaba de mensajero cada vez que Alma me pedía el *workbook* para copiármelo. Lo teníamos un poco esclavizado, porque de haber sido por Alma me hubiese copiado hasta las etiquetas de la ropa; copió hasta el horario de la agenda, al que ni le borró el añadido de las extraescolares de mis hermanos. En primero de la ESO, Alma

ya desarrolló todo un sistema de carraspeos para copiarme las respuestas de los exámenes tipo test.

—¿Me lees tu redacción, Alma? —le preguntó el de Inglés, una clase que pasó por cada mesa—. Fuerte, anda. Que se te oiga claro.

Alma dudó, inclinándose sobre su cuaderno.

—Dear penpal: jelo. ¿Jau ar yu? Mai neim is Diana, an ai… —Frenó ahí. Yo intenté esconderme bajo la sombra del estuche. La clase entera se reía por lo bajo y Alma levantó la cabeza y miró al profesor a los ojos—. Que me he equivocao. De nombre… Que se me ha ido un poco. Perdón. Es que ni duermo, por el don González. —Se giró para buscarme—. A lo mejor Diana tiene la mía…

—No —mascullé.

—Pues no. Pues esta es la mía.

En esa aula de la tercera planta no funcionaba el ventilador y no cerraban las ventanas del todo. Cualquier estación ahí dentro era un suplicio, así que la apodamos cariñosamente el Microclima. Al final de cada recreo, con los dedos manchados de Risketos, Alma rezaba:

—Y ahora otra vez a morirnos de sueño en el Microclima.

Alma tenía una anemia severa y lo descubrió en un giro de los acontecimientos cuando terminamos el primer curso. Eso explicó algunas cosas, pero tampoco tantas.

Estaba empezando noviembre el día que la chica que se sentaba a mi derecha me llamó:

—Eh, Diana. Oye. Tsss. —Me volví. La vi entonces creo que por primera vez; hasta ese momento, había sido una mancha rubia en la esquina de un ojo—. Que me ha pasado una cosa.

Yo esperé a que me la dijera. La Charo, de Matemáticas, estaba ya en la pizarra y casi había silencio.

—¿El qué?

—Me da mucha vergüenza.

Nos volvimos a mirar. Era como si quisiera decírmelo con su cara de preocupación enorme, pero a mí me resultaba intraducible. Cuando me volví para vigilar a la profesora, ella me agarró del brazo.

—Es que… Es guarrísimo. Es muy guarro de verdad.

—Vale.

—Es horrible.

—Si es algo de las pajas —le aclaré—, yo no sé mucho todavía.

—No, es que… Creo que me voy a morir.

Pestañeé.

—¿El qué?

—Me he hecho una herida, pero por dentro —me explicó—. Y es profundo porque no veo nada. Es una herida en los órganos profundos. A lo mejor ha sido por el bocata de caña de lomo.

—¿Te duele la barriga?

—No, que me sale sangre de los órganos.

—Pero…

—¡Diana! —me llamó la Charo. Yo me erguí—. ¡Las charlitas nos las guardamos y las dejamos para el recreo!

Ambas abrimos con prisa el libro por el tema dos. Aparcamos lo de morir hasta que se pudiese.

No sé ni cómo acabamos una hora después en los baños del patio, la chica y Alma y yo metidas en un cubículo analizando una mancha de sangre en unos vaqueros. Nadie había invitado a Alma siquiera. Alma lo asumió como su asunto. Si existía algún contexto en el que los demás podíamos copiar a Alma, incluía esa adrenalina poco útil, improvisada, que solo

invocan los problemas. Después de un rato de pensarlo bastante, puso los brazos en jarras y sentenció:

—Eso es cáncer. Está clarísimo.

La chica se revolvía, sentada sobre el váter.

—Pero… A mí no me duele ni nada. Es que ha sido hoy.

—El cáncer es una cosa que pasa muy de repente. Está tan adentro que ni te enteras.

—Alma… —le decía yo—. Que a lo mejor es lo de la menstruación, que le ha pasado a Emma.

—¿¡La *monstruación*!? —repitió la chica.

—¡Tía, pero no la asustes! Que es cáncer nada más, tú no te rayes.

—¿Y me voy a morir? Pero ¿hoy?

—No te vas a morir —le aseguré.

—Eso no se sabe, tía, lo que no se puede —decía Alma— es esconderle las cosas a la gente. Nosotras vamos a hacer lo que se pueda. Mira, el cáncer se cura cortándote el pelo del todo, las cejas y todo.

—Eso no es así —la interrumpí—. Eso es por la quimioterapia.

—Diana, ¿y tú tienes aquí una quimioterapia? Pues habrá que hacer algo, porque la chiquilla se va a desangrar.

—¿¡Me estoy desangrando!?

Yo negué. Alma asintió.

Con mi severidad nunca ensayada, intenté obligar a Alma a que fuésemos a Secretaría mientras ella agarraba un trozo de pelo y le acercaba las tijeras de Plástica.

—Alma… Ten cuidado. Por Dios…

—Que esto lo he hecho yo dos mil veces. Que a mí me regalaron la Barbie peluquera.

—Au —se quejaba la chica.

—¡Estate quieta! Qué cantidad de pelo, chaval.

Luego se oyó el «clac» seco del corte.

—¿Ya? —la oímos preguntar, de espaldas sobre la tapa—. ¿Es mucho?

Alma y yo nos miramos en silencio.

—Qué va.

El día que hablamos por primera vez con Olivia Bayón, le hicimos una calva de monje católico en el centro de la coronilla. Volvió a la semana siguiente a clase con el pelo tan corto que se le veía la nuca, y eso entonces fue todo un evento: su cambio radical del lunes y la que montó Alma en clase pidiéndole al González una ambulancia.

Tres meses más tarde, cuando por fin le bajó a Alma, nos dijo en Sociales, muy erudita:

—También se le llama menstruación.

Oli estuvo sentada a mi lado todo ese curso y el siguiente. Yo ya la conocía, en realidad, por ser la única persona con ganas de existir a las siete de la mañana.

Alrededor de Olivia Bayón, la materia se plegaba y adquiría tamaños relativos; Olivia cargaba con esa energía suya, ya desde primero de la ESO, de pelota de goma de máquina expendedora. Llegaba por la puerta con una mochila gigantesca, con más hoyuelos que sonrisa, y se chocaba con el perchero junto a la ventana que daba al pasillo. Lo hacía todos los días sin falta: llegaba, bajaba la silla, se daba el golpe. No lo evitaba en absoluto. Nunca le daba tiempo a apuntar lo que escribían los profesores antes de que borrasen la pizarra, así que sus apuntes eran una copia apresurada del vistazo de los míos. En un examen, llamó Napolitana Chocolate a Napoleón Bonaparte. En todo nuestro paso por el instituto, le explotó el típex quince veces encima.

Cuando Olivia apareció aquel lunes con su pelo rubio rapado casi al cero, yo me sentí tan culpable que le regalé mi gorro de lana. Ella primero se chocó con el perchero y luego me sonrió.

—¡No, pero mira! —Giró la cabeza—. ¡Si ya no tengo que llevar trenzas ni nada!

A partir de ese noviembre, Oli llevó el pelo justo por debajo de las orejas para evitar las trenzas de su madre y empezó a pasar los recreos con nosotras.

Fue un ritual de iniciación bastante raro. Alma no se disculpó, por supuesto, porque pensaba que no había nada de lo que disculparse. Le soltó, en un intercambio de clase: «De todas formas, no te hacía falta tanto pelo». De pronto, ella también comía de nuestros Risketos y venía por las tardes a casa de Alma. Se unía a nuestros partidos de baloncesto en el tiempo libre de Educación Física. Tenía los mismos reflejos que un alcornoque, pero aguantaba cualquier pelotazo. De un día para otro, yo me vi carraspeando para ambas en los exámenes tipo test.

—Alguna vez, si alguien se mete contigo —le dijo Alma un recreo— le voy a pegar un petardo en los huevos.

Oli asintió muy atenta. Le habíamos prohibido carraspear a ella porque todos sus carraspeos sonaban a «Respuesta B».

—Vale.

—No vale —dije yo, las tres sentadas bajo la cancha del patio—. Alma, no te vas a pegar con nadie.

—Es verdad. —Olivia asintió—. Si me tengo que pegar con alguien, me tengo que pegar yo misma.

—Oli: no se va a pegar nadie con nadie.

—Vale. Qué bien… —suspiró—. Porque no tengo claro dónde están los huevos.

En tercero de la ESO, a César Parra le tocó hacer con nosotras un trabajo de Sociales.

César era el chico que se sentaba entre Alma y yo y funcionaba de eficiente transportista de *workbooks*. También era el niño de la primaria de Alma que un día se grapó un dedo e hizo que se desmayase la profesora. Estaba siempre plácido sobre su silla, aceptando lo que viniera a una velocidad dudosa de camaleón. Tenía ya una sombra de bigote en los laterales del labio. Todas las veces que le mandaban leer, pestañeaba y empezaba por el párrafo equivocado, del tema equivocado, de la asignatura equivocada. Joaquín Martínez, que se sentía muy gracioso entonces, nos decía a los demás: «Parra está en la parra».

—¡Yo paso de esto! —se quejó Alma, abandonándonos a los tres con la cartulina a medio decorar—. ¿Para qué nos sirve esto? ¿Que tengo que estar siendo yo, *Art-Attack*? Su puta madre… ¡Yo no vengo mañana! Que lo sepáis. ¡Y desde aquí os digo que parece eso una empanadilla en papel albal!

Oli analizó las capas de purpurina sobre purpurina en las que no se podía ni escribir.

—Está superbonita. Yo la veo bien. ¿Qué le falta?

—Toda la información.

—No, pero por detrás pusimos los nombres.

Cuando acabamos de recoger y se apagó la luz del aula, César Parra seguía allí. Yo era la encargada de las llaves, así que lo esperé en la puerta un rato, observándolo trabajar de espaldas con la mesa todavía llena de cosas. Rascó con una regla la purpurina y reparó el trabajo. Luego se olvidó de guardar su propio estuche dentro de su mochila.

—Me lo encontré en un autobús… —me contó, ya en el pasillo—. Estaba en una silla… y tenía los bolis dentro. Mira… Qué guapo el

multicolor. Porque he pensado que, de quien sea, la verdad es que nos parecemos. Yo también tuve una época que me gustaban los Gormiti. Oye, ¿te has olvidado algún día?

Yo miré las llaves en mi mano.

—¿De cerrar? No. Bueno, un día no cerré bien y estaba abierta por la mañana.

—¿Y qué pasó?

—Pues entró aire. Olió bien un rato, en mates.

César se rio en un golpe pequeño, en el pasillo ya vacío, con la luz que solo venía de las ventanas. Yo le di vueltas a su estuche robado.

—A lo mejor tiene un número o algo en la etiqueta.

—Ya… —dijo César—. Es que creo que es mío, en verdad. Lo estoy perdiendo todo el rato… —Alzó un poco la cartulina—. Oye, que lo voy a terminar. En mi casa, ¿vale? Le haré cosas… A ver si te gusta…

—Lo puedo hacer yo, si quieres.

—No, no… Venga. Mañana nos vemos…

Giró hacia la izquierda y empezó a andar.

Creo que esa fue la primera conversación que mantuve con él tras dos años aprendiéndome de memoria su espalda. César Parra estaba siempre a dos segundos de dormirse y a dos segundos de despertarse, pero había algo bueno en su paz lenta, en la forma en la que se volvía sobre su silla y me devolvía el *workbook* sin rechistar.

—César —lo llamé—. Se sale por ahí.

—Ah, sí…

—Por si acaso, mañana es sábado.

—Vale, vale… Pues hasta cuando sea…

A la semana siguiente, César expuso nuestro trabajo sobre Isabel II delante de toda la clase. Había pegado en la cartulina cinco fotos de la reina

de Inglaterra y no se había planteado que quizá esa no era la Isabel II del tema cuatro de Historia de España. A mitad de la presentación, en un reseteo extraño, se le olvidó toda la información, así que se puso a explicar los ríos de Andalucía en minucioso detalle.

Fue la única vez en mi vida que me han puesto un cero en un trabajo.

La tranquilidad de César le impedía la vergüenza. Joaquín Martínez, que tampoco sabía diferenciar Isabeles Segundas, se rio de él por otras cosas, como por su bragueta bajada. Alma intentó sobornar al grupo cinco para que fingiesen que había hecho la cartulina con ellos, pero a Olivia el espectáculo la impactó de tal manera que a partir de ese momento su visión de César cambió completamente. Todo ese conocimiento sobre los afluentes del Guadalquivir despertó algo en Oli, una pasión secreta y adolescente. Empezó a tirar bolis junto a su mesa para que él los recogiera. Pasó a llamarlo «Ya Sabes Quién», incluso cuando estaba César delante, porque él también empezó a venir con nosotras en los recreos.

—Pareces una cabra —dijo Alma, el día que César apareció con perilla —. Si tu idea era ser una cabra visualmente, pues estás ahí. Has llegado.

—No sé. No sé si quería ser mucho más cabra que otra cosa…

—A mí me pareces un señor filósofo —lo consolé.

—Sí, el señor Tumnus —se rio Alma—. Pero, vamos, que si el Joaquín te dice algo, voy y le parto los huevos. Oli, ¿y esa carajota?

Olivia se puso roja desde la base del cráneo hasta el fondo de las uñas.

—¿Yo? ¿Qué dices? Pues… Si es que estaba pensando en la cabra, nada más. O sea, no la cabra… —balbuceó. César la miraba con cara de sonámbulo y eso la ponía peor—. Oye, y que las cabras tampoco tienen ningún problema. Pero que no se parece a una cabra. A no ser que sea pues… Una cabra de pie. Y es que no, o sea, ¿para qué se pone de pie una cabra? ¿Se pueden poner? No se ha visto. O yo no he… Solo las cabras

montañesas. Pero tampoco yo conozco esas cabras, y vamos, que tampoco se parece, y yo… ¡Es que yo todo esto no lo tengo por qué saber!

Alma la escuchó fascinada, con uno de sus primeros cigarros deshaciéndosele entre los dedos.

—No vas a pegar a Joaquín —le recordé—. Alma, se puede hablar solo, como personas.

—Bueno, Diana. No sé si puedo ser quien tú quieres.

—Desde luego que no.

Alma pegó a Joaquín Martínez.

Ese fue el motivo por el que conoció a Cristo en cuarto de la ESO, cuando el instituto tuvo que fundar un sitio específico al que mandar a Alma.

Hicieron una reforma en el tercer piso. Rebautizaron el Microclima como sala de expulsados. Allí, y de haber coincidido otras veces en el exilio del pasillo, Alma conoció a Cristóbal Conde, que era del grupo A y llevaba siempre coja la misma camisa blanca. Olía a gomina y mocasines y no tenían nada que ver. Se enrollaron dos veces y él le pidió salir, y ella aceptó para luego dejarlo al día y medio.

—Qué agobio, tía. Qué peñazo de notas —me contó, bajando por las escaleras—. Me ha dado pena su madre y todo, imagínate. Imagínate haberlo parido. ¿De la nada no va y me llama anoche y se pone a imitarme con la boca una trompeta de Semana Santa? Pues lo dejo, porque me abochorna.

Cristo bajaba junto a nosotras, literalmente pegado a mi otro hombro.

—¿Tú eres Tatiana? —me preguntó—. No, Diana, claro, ¡perdona! Es que yo iba a llamarte Tati ya, perdona, porque Tati suena estupendamente. ¿Eres delegada? Yo iba a presentarme a delegado también, y habría ganado seguramente, ¡ojo! Pero es que hago criptomonedas y no tengo tiempo para más. Mira, ¿tú sabes de qué es esta cadena? De la Borriquita. ¿Tú has

conocido alguien que salga de cofradía el Domingo de Ramos? Voy con la Virgen mano a mano, Tati. Ah, que no eres Tati. Escúchame: perdona. Es que me hacía ilusión y te lo tengo que decir. Es como una cosa de cariño, un mote. ¿Te parece si te llamo Tati?

—No.

Nadie invitó nunca a Cristóbal Conde. Cristo aparecía a veces en el recreo y acababa comiéndose el bocadillo de César.

Formaba parte de quince grupos de amigos y lo hacía como en el nuestro, en un arranque ruidoso de confianza. Alma lo intentó echar de todas las maneras en las que se puede echar a alguien de un sitio: le hacía el vacío. Repetía todas sus frases con la voz de Antonio Banderas. Una mañana, le quitó un mocasín y lo lanzó tan lejos que voló por encima del muro del patio. Cristo lo aceptó muy sonriente: «¡Oye, vaya musculamen!». Se pasó el resto de las clases cojo, en calcetín. No había ninguna desnudez, ni siquiera esa, capaz de asustar a Cristóbal.

Lo vi tantas veces saludar por el pasillo a gente que se encogía al verlo llegar como si fuese un repartidor de panfletos. Cada día que se sentaba con nosotros, Cristo nos contaba una historia que nadie se creía y que era la trama de alguna película de Antena 3.

—Y entonces me dice el poli: «¿Este es tu DNI?» y yo en plan: «¡Pues claro! ¡Guarda la puta pistola!», porque claro, tenía la pistola aquí, así de cerca, tío. Y es que el narco, o sea, el tío que buscaban en el bloque, pues que es igual que yo.

Alma ponía los ojos tan en blanco que le giraban en las cuencas.

—Le voy a atizar.

Yo le susurraba:

—No.

Volvía. Cristo recuperaba el zapato y volvía.

Al final, creo que fue una cuestión de eso nada más, de que volvimos; todos, en algún momento, decidimos volver y ya no paramos de volver. Lo único que tengo claro ahora es que seguimos volviendo.

Alma cogía el autobús con César por las mañanas. Le vigilaba el estuche como un perro policía para que no lo perdiera y se lo robase a sí mismo. Olivia nos maquilló con purpurina aquella gala de Navidad en la que nos tocó hacer de árboles. Cristo tuvo la brillante idea de comprarse un walkie-talkie y yo me vi carraspeándoles las respuestas de los test de inglés a los cuatro y a todo el grupo A. Los viernes que Alma tenía partido de baloncesto, quedábamos en la puerta del polideportivo y ella fingía no conocernos porque le dábamos una vergüenza horrible, sobre todo Oli, que cuando encestaba saltaba en las gradas y gritaba: «¡Gol!». Las madres del resto pensaban que éramos su club de fans. Cristo empezó a convencerlas de que era la hija de Antonio Banderas.

Alma empujaba lo mismo si la mirábamos; hubiese empujado la cancha, el polideportivo, Sevilla entera, si pudiera. Se habría peleado con el Sol, y nadie, ni siquiera yo, tenía la fuerza suficiente para cambiar eso.

Pero entonces, solo entonces, si estábamos mirándola, Alma corría. Flexionaba las rodillas y corría así: tenía diez años y le daba tres vueltas a la cancha de baloncesto.

Iba a ser una estrella.



Laia Bayón estuvo siempre en el grupo A.

Era la chica que llamaba a la puerta de clase cada dos semanas y decía:

—Hola, perdón. Que nos falta tiza.

Me miraba.

Hacía un recorrido raro con los ojos, en realidad, y se fijaba en la ventana, primero. Luego en el perchero. Me miraba a mí, por accidente, y terminaba su búsqueda en la otra mesa. Sonreía a Olivia arrugando el puente de la nariz. Después se iba y nunca cerraba la puerta detrás, así que el aire la abría de nuevo y la Charo de Matemáticas, con su cansancio arrastrado una década, susurraba:

—Dios Bendito Redentor Santo…

Todo esto lo tenía yo muy estudiado. Era un ritual tan meticuloso que algo en mis músculos se preparaba cada vez que oía los nudillos en la puerta, y supongo que también lo hacían la ventana y el perchero.

En segundo de la ESO, Laia apareció un día con un piercing en el labio. Tomás el de Tecnología, que se sentía avispadísimo, le preguntó delante de todos:

—¿Y eso qué es lo que es?

Laia respondió:

—Un DVD.

Recuerdo aún la sensación esa noche, a la hora de la cena, de necesitar contarle a alguien que había sucedido este intercambio y no saber contextualizarlo para que se entendiera. Emma nos chilló a todos los pormenores de su semana y, cuando yo ya estaba recogiendo los platos con mi madre, la agarré del brazo y boqueé.

—Y entonces… se lo dijo.

Mamá pestañeó, sorprendida.

—¿Qué dices, Diana?

Para mí, Laia siempre estuvo unida a todo eso. A veces creo que la veo en mi cabeza con una caja de escarabajos y el pelo teñido de rosa. Pero no pudo ser así, porque existió un momento en el que Laia era tan solo otra niña. Tampoco tenía mucho sentido la distribución de tiza de ese instituto.

—La he leído antes —me dijo César, el día que clavaron la lista de los grupos de tercero en el tablón—. Están igual. Bueno, Joaquín se va al A… Si no repite. Que el otro día me dijo que quiere repetir, porque en tercero no hay Tecnología… Y a él todavía le quedan dos pelos de segueta sin gastar.

Me miró un rato, dado la vuelta sobre su silla. Yo buscaba en la columna de nombres del grupo B y me asustaba, como todos los años, al llegar a «Laura Bello». Pero no era Laia.

—Diana. ¿Qué miras?

Me giré.

—¿Qué?

—¿Qué miras?

—Nada. La lista.

—Está igual.

—Ya.

—¿Y qué buscas?

—Nada. Ver la lista.

—Está igual.

—Ya.

Laia estuvo siempre en el A. Yo estuve siempre en el B.

Al principio, cuando a Olivia aún le estaba creciendo el pelo de la calva, yo no sabía que Laia estaba allí siquiera, porque ocurre algo raro en la vida y es que la gente no viene con banda sonora. Podemos coincidir cien veces con la gente de la que nos vamos a enamorar en paradas de autobús y en supermercados, en pasos de cebra y consultas de dentista, y que realmente el mundo nos dé un silencio.

Con Laia no había silencio: había chorros de piscina y luego un ruido atronador de adolescentes llenando un pasillo. Ahí metidas pasamos un trimestre hasta que la vi por primera vez, y me costó otro trimestre más unir

que Laia Bayón era la prima de Olivia Bayón. Esa parte explicaba por qué se enganchaba a su cuello cuando bajábamos al recreo por las escaleras.

—¡Tú! —la oí llegar una mañana. Para cuando me volví, Laia ya estaba subida a la espalda de Oli—. ¿Me das un par de Príncipes?

—¡Que tengo cinco!

—Que no llevo nada, porfa, Oli. Que me voy a morir.

—¿Te puedo dar un trocito de pera?

Pero luego abrió su bola de papel albal y le ofreció dos galletas de chocolate. Laia agarró las tres que le quedaban en la mano.

—¡Gracias! ¡Guaperas! ¿Ese qué es, el abrigo de los Reyes? Pareces un Doraemon.

—¡No soy un Doraemon!

—Te lo digo en plan belleza. —Laia me vio entonces y me sonrió—. ¿Qué tal, Diana?

Después de eso, desapareció como siempre entre la marabunta de adolescentes. Yo me volví hacia Olivia, que algo sí que tenía de Doraemon, y le pregunté:

—¿De qué os conocéis?

Ella alzó las cejas, sorprendida.

—¿Qué? ¿Con Laia? Pues… De siempre. De toda la vida.

—¿Tú también?

—¿Cómo? ¿*Tú* también?

Durante el siguiente mes completo, Olivia creyó que yo era la otra prima secreta de Laia Bayón. Esto le hizo atravesar una crisis espiritual en la que tuvo que replantearse todo lo que le habían contado desde la base, y descubrió otras cosas por el camino, como que «El Sapataki» no era un cantaor de flamenco que firmaba en los pósteres de los helados. El estrés de estas realidades hizo que a Oli le brotase otro de sus herpes recurrentes en

el labio. Luego, en una de las clases en la que Laia apareció para pedir tiza, la Charo las pilló saludándose y soltó:

—¡Bayón, deja a tu prima! Que ya se me distrae con el viento.

Yo me volví hacia Olivia.

—Pero ¿que es tu prima?

Olivia me susurró:

—Pero ¿que *no* es tu prima?

Si Laia Bayón hubiese tenido los ojos un uno por ciento más azules, habrían hecho su propio ruido y yo habría tardado menos en verla.

Seguía viviendo en la casa que se veía desde mi cocina y por las mañanas cogía la bicicleta para ir al instituto, así que pasaba a las ocho junto a la ventana de mi habitación. Antes de que llegase la rutina de la tiza, yo ya me había acostumbrado, sin saberlo, a esa otra más pequeña: cuando me echaba el asa de la mochila al hombro, Laia cruzaba al otro lado del cristal con sus ruedas y sus cadenas en las ruedas. Eso supongo que es lo más parecido al ruido que harían dos ojos demasiado azules, como de fila de hormigas de metal, de lluvia de canicas.

¿Buscas otra novela?

Busca **Inepub** en Google y empieza a explorar.

A veces coincidíamos en la puerta de la urbanización al volver de clase y nos peleábamos en un «pasa tú», «no, pasa tú» hasta que Emma decía: «Mira, paso yo, que tengo hambre». Algunos junios, cuando ya se había acabado el curso, volvimos a vernos en la piscina y nos saludamos de esa forma temblorosa en la que todo el mundo se saluda sin toalla.

Alma, que se acercaba cada verano para no bañarse nunca, la observaba atenta desde el césped artificial.

—A la prima de Olivia —declaraba— se le va a pudrir el clip ese que lleva ensartao.

Aún recuerdo el Día de Andalucía de cuarto de la ESO, cuando al grupo B nos tocó preparar la mesa para el desayuno en el pasillo. El González me mandó a por más servilletas y, al volver, los del A habían llegado de Deporte y habían arrasado con el aceite y el azúcar. César iba a custodiar nuestro desayuno, pero me lo encontré a un lado hablando con Cristo mientras este engullía una tostada.

—¿Dónde están? —le dije—. Nuestros molletes.

—¿Qué? ¿Eran nuestros los molletes?

—Hay solo un mollete para cada uno.

—Ah… Efectivamente…

—¡Pues yo voy por el tercero! —rio Cristóbal, y ninguno de los dos pareció hacer la cuenta—. Algunos chalaos se habrán quedado con hambre, pues bueno, ¡que viva al-Ándalus! Luego voy a tocar el himno con la flauta que vais a ver. Lo tengo mascaito.

Laia Bayón apareció por detrás y agarró una servilleta de mis manos. Yo me giré, y esa fue la primera vez que la vi con el pelo entero teñido de rosa, que era entonces, en realidad, una amalgama de rojos y naranjas y colores que no tienen nombre.

—Este —me susurró, y señaló a Cristo con la cabeza— es un caso insoportable. Que no se te pegue. Lo tengo detrás en el A y en los exámenes de inglés el tío saca un walkie-talkie que tose y dice que es un código que le llega de la ONU.

Luego dividió su mollete y me dio la mitad. Yo casi llegué a decirle que no hacía falta, pero ella ya se había ido.

Elegí alemán de segundo idioma en el instituto. Laia eligió francés.

Nos hemos entrenado en no encontrarnos nunca en el mismo lado de las cosas y a la vez en no parar de encontrarnos; en el trabajo meticuloso y complicado de no hacer más que buscarnos en sitios.

Una noche durante primero de bachillerato, alguien llamó a la puerta de casa. Cuando abrí, Laia estaba del otro lado con la mitad del pelo verde recogido en un moño.

—Ey, Diana, hola… Mira, perdón, que sé que son las mil. ¿Tenéis un huevo?

Yo volví de la cocina con tres huevos metidos en un táper.

—¡Pero bueno! Gracias, pero que con uno me apaño.

—Si te doy uno y está malo no te va a valer.

—Pero vaya robo os hago aquí…

—Tenemos como veinte. En serio. —Le sonreí y ella agarró el táper—. Dile a tu madre que los mire bien.

—No, si soy yo, mi madre no está hoy —dijo—. Estoy haciéndome una tortilla… En fin, pero los voy a mirar, claro. Muchas gracias.

Bajo la oscuridad de las farolas de la urbanización, de pronto la miré y me inquietó por primera vez una idea antes impresionante: que Laia Bayón pudiese estar viviendo en un arbusto. La niña siempre sola dando vueltas con una caja. Tuve el impulso de ofrecerle que entrase y se comiese mi cena, pero entonces Laia vio algo detrás de mí y dijo:

—¡Ah! ¡Nico!

Yo me giré y vi a Nicolás pasar hacia nuestra habitación.

—Nico… ¿Lo puedes llamar? —me pidió—. ¿Cómo le llamas?

Yo pisé dos veces fuerte el parqué y Nico se alertó cuando le llegó la vibración del suelo. Se volvió y dijo, en su voz para el resto:

—¡Ho-a!

Laia se arremangó de repente. Se posicionó sobre las escaleras como si fuese a hacer una llave de judo, y luego signó con todo su cuerpo: «Nico. Hola. ¿Qué tal?». Movió primero las manos en una frase desordenada y luego recapituló y empezó de nuevo. La cara de mi hermano se encendió con una ilusión que el mundo pocas veces le regalaba, ajustándose el audífono con los dedos desorientados. Le signó de vuelta:

«¡Hola, Laia! Estoy bien, ¿y tú?».

Laia Bayón le dijo:

«Yo soy Laia. Soy mala, pero quiero aprender. Estoy aprendiendo lengua de signos para hablar contigo».

Mi padre me preguntó cuando volví a la mesa si le había dado huevos a la delincuente que robaba la red de la piscina. Yo seguía guardando el tornillo que me había regalado a los once en el fondo de mi cajón.



El agosto siguiente, Oli nos invitó a todos a pasar dos semanas de vacaciones en su cortijo de Cazalla. Por entonces, todos teníamos los dieciséis menos César, y Alma ya fumaba como un profesor de Filosofía de cincuenta y tres, así que me obligó a llevar en la maleta dos cartones de su tabaco.

Cristo fue oficialmente no-invitado al plan. En los recreos en los que se enzarzó a explicar lo bien que lo íbamos a pasar en el campo, Olivia le aclaró cada una de las veces que no tenían suficientes camas y que su madre solo le dejaba llevar a César porque le había dicho que iba para cura.

Cuando pasaron a recogernos frente al instituto, Cristo apareció con su maleta igualmente e hizo el viaje encajetado como un perro en el maletero.

—¿Y lo tengo que aguantar ahora todo el verano? ¿Nos lo tenemos que comer? Pues me cago en Dios —se quejó Alma. La madre de Olivia la miró asustada y ella se giró hacia César—. Perdón, padre. Prepadre. Perdón.

Cazalla fue, ese verano y los de después, una burbuja de sol e higueras mientras la vida seguía ocurriendo de alguna forma en otro lugar. Visitamos el pueblo de pasada cuando lo atravesamos con el coche y luego rodeamos el monte hasta la verja y aparcamos entre las casas. Eran dos construcciones idénticas, frente a frente, a las que les faltaban las mismas tejas.

La madre de Olivia se la llevó a un lado y la oímos reñirle porque no daban las camas. Fue entonces cuando Laia surgió de la bajada al río con pantalones cortos y la parte de arriba de un bikini.

—¡Lilia! ¡Cariño! —le gritó su tía—. ¡Que al final somos más y no hay cuartos!

—¡Hola! —nos saludó ella desde lejos, tapándose del sol con una mano —. ¿Qué pasa?

Alma nos susurró:

—Y parió la abuela… ¿Qué coño hace aquí Laia Bayón?

—Es su prima, Alma —le dije—. Estos son los Bayón.

—¿No eras tú su prima…? —preguntó César—. ¿Sois todas primas…?

La madre de Olivia le gritó a Laia:

—¿Se pueden quedar los niños con vosotros? ¡Los niños en la salita, nada de niños ahí repegados con las niñas! ¿Tu padre dónde está? Bueno, ¡los niños y una de las niñas en tu cuarto, la que te dé la gana!

—¿Los niños y Diana? —oyó Laia.

Así se quedó.

César y Cristóbal durmieron en un colchón inflable en el cuarto de cachivaches. Laia y yo compartimos habitación en el piso de abajo. Mi cama estaba junto a la ventana, siempre abierta, y la suya bajo la estantería.

Su padre no apareció por allí, y las veces que apareció, todos creímos que estábamos conviviendo con su hermano.

Durante los tres primeros días, Laia y yo ni siquiera hablamos. Intercambiamos esta vergüenza cordial, de los «pasa tú» en la puerta de la urbanización, que es casi incómoda cuando incluye compartirla en pijama. Ella se marchaba, hacía sus planes a solas, a saber en dónde del campo la mayoría del tiempo, y volvía para las comidas. La noche del cuarto día, sin embargo, una familia de mosquitos me despertó de madrugada y yo intenté echarlos sin encender la luz de la mesilla. Laia me vio en la oscuridad girando como una peonza y al día siguiente, en el desayuno, me preguntó mientras preparaba el café si yo iba a clases de sevillanas.

—¡No, porque pensé…! —Se reía, sin aire—. ¡Porque a veces cuando uno es sonámbulo hace cosas que hace en su vida! Mira, y tampoco… Que no hay que despertar a un sonámbulo o algo así, ¿no?

—Pero si me hablas —le dije—, si hubieras probado a hablarme, y no a pensar que estoy poseída…

—¡Que yo no estaba juzgando así! Pero ¿qué te voy a decir? ¿Y si era como una costumbre religiosa? ¡No me meto!

—Si me subo a la lámpara por costumbre religiosa, te pido que me avises.

—Diana… —Laia se moría de la risa en su silla—. Uf. Te tenías que haber visto.

Cristo entró en la cocina engominándose el pelo. Nos miró alternativamente.

—¿Qué es lo que está pasando?

—Nada —dije yo.

—Diana ha tenido una batalla esta noche —dijo Laia— con la madre naturaleza.

—Me están comiendo los bichos.

—Hay tela de bichos, ¿eh? —añadió él—. Hay un arañón en mi cuarto así, en la esquina cojonera. El otro día casi le pica al César, pero yo estuve más rápido. No paso una —se envalentonó—. Chavalas, yo estoy por aquí al cien por cien. No preocuparse, que todos los bichos que os dan miedo, yo me encargo.

Laia bufó una risa, dándole un sorbo al café.

—Menos mal. Qué habríamos hecho…

Yo sonreí y negué con la cabeza mientras abría el bote de la mantequilla.

—Bayón, tú me tienes coraje cogido —dijo Cristo.

—¿Qué dices?

—¿Lo ves? ¿Lo ves, Diana? Ya me está vacilando.

—No, es verdad —dije yo—. Laia no puede con el tema de los bichos.

Una de sus piernas golpeó mi pierna bajo la mesa. La punta de sus deportivas se quedó quieta junto a la suela de mis zapatos. Observé entonces a Laia un poco, aquella mañana, mientras ella no me observaba a mí, sonriéndole en nuestra complicidad silenciosa a las cosas que iba tocando. De pronto, agarró el brik de leche y frunció el ceño.

—¿Esto es de avena? —preguntó—. ¿Alguien ha traído de avena?

—Eres intolerante a la lactosa.

Laia me miró a los ojos con sus ojos más azules que la tinta de los bolígrafos.

Al día siguiente, después de despertarme en la habitación vacía, fui al baño a curarme las picaduras y me senté en las escaleras de piedra del porche. Eran las ocho y la luz parecía casi nueva, de un sol niño, con el campo aún frío detrás. De entre los árboles llegó el ruido de una cadena. Laia frenó frente al porche, subida en su bicicleta, con sus pantalones cortos sobre el bañador.

—¿Qué haces ahí? —dijo—. ¿Te vas a venir?

Me reí en un golpe.

—¿Qué?

La carretera que bordea los montes de la sierra es un cable oscuro, mal colocado, que se pelea a ratos con la gravedad. Agarrada a la cintura de Laia, su pelo me tapaba el verde que dejábamos atrás en latigazos desteñidos de naranja. Me llevó hasta una nave gris en un descampado, y dejó la bicicleta a un lado para trepar la verja como quien lo hace todos los días.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Es un sitio al que te he traído —me dijo—, porque te lo quiero enseñar. Venga. Sube.

—¿Nos van a detener si nos pillan?

—Pues por supuesto.

—Laia.

—¿Qué estás esperando?

La nave del padre de Laia estaba llena de puertas. Colgaban desde el techo en raíles altos e intermedios. Había puertas en construcción, puertas para destruir, una zona para pintar puertas y cajas llenas de pomos polvorientos. Alguien había trabajado allí en julio, supongo, pero mirando dos centenas de puertas que esperaban, en el eco, a ser algún día puertas y no solo madera, parecía de pronto que se había acabado el mundo.

—Se vino a vivir aquí por esto —me contó, mientras compartíamos una mandarina—. Con su estantería. Que me parece muy bien, oye. Hay muchos inventos aburridos que tienen que ser la pasión de alguien.

—Mi padre también querría venirse aquí. Está obsesionado con *Monstruos, S. A.*

—¿De qué va eso?

—Es una peli.

—¿Tú sabes que tu padre me denunció un día a la comunidad de vecinos?

—Ya… —suspiré—. Perdón. Es que trabaja en la policía.

—No, pero está bien —asintió Laia, sonriendo—. Mi madre me hizo una llave de casa. Después de eso, digo.

Era agosto y yo tenía dieciséis años y saltaba el río con Laia Bayón.

Pasamos toda esa semana juntas, atándonos los cordones y recolocando la cadena de la bicicleta con los dedos negros de grasa. Teníamos este lenguaje oculto, como una red tejida bajo los pies de cosas insustanciales: la *playlist* de flamenco de Inés Aplauso. El lazo permanente de Lucía Regalito.

La tarde que anduvimos hasta la valla que separaba el terreno de los Bayón del terreno del vecino, miramos a las vacas mientras pastaban hasta que cayó el sol, y Laia me dijo que al verlas la perseguía la idea de que no podían escapar por no darse cuenta de nada. Me hizo hacerle un segundo pendiente en la oreja con una aguja de coser y fue lo más atrevido que me había pasado en la vida. Sentadas en la cama, con su cabeza sobre mis piernas, murmuró:

—Lo de tu mancha de aquí… —Me apartó el pelo con un dedo—. Está hecha justo para tu cara.

Nuestras rodillas se rozaban bajo la mesa en las comidas.

—¿Sigues yendo a baloncesto ahora?

—No —le dije, andando campo a través—. ¿Te acuerdas de eso?

—A ver, no tengo amnesia. Mi prima me cuenta a veces que va a tus partidos.

—Son de Alma. A mí me sacaron en sexto por… Pasó una cosa con mi hermana. No le venía bien y dejé de ir.

—¿No le venía bien a ella?

—Es raro de contarte. No cuadraba el horario porque Emma estaba pasando una racha y todo le vino mejor cuando fuimos a inglés. Y al final, pues mira: está estudiando segundo de Traducción.

—Vale, ¿y tú? ¿Te gustaba a ti el baloncesto?

Nos miramos, con los pies hundidos entre las rocas.

—Sí. Me gustaba.

El último día de esa semana, cogimos una linterna de pilas y nos metimos campo arriba cuando anochecía.

Laia me había dicho que íbamos a ver las higueras de su tío Ángel, pero luego en la oscuridad los árboles eran todos los mismos y el plan nunca había tenido mucha forma. Intenté convencerla de que volviéramos, pero me agarró de la mano y me arrastró hasta lo más alto del monte, que no era muy lejos, porque no era mucho monte. Allí, el cielo daba hasta miedo y parecía el fondo brillante de una sartén quemada.

—Lo de «Lilia» es porque… —me confesó, riéndose un poco—, vale, mira, es mi secreto, ¿no?, y te lo voy a contar, porque estamos en el monte en plan sincero, pero después te voy a tener que matar.

—Ya me has dicho que me lo dices.

—Bueno, a ver, yo en verdad… O en teoría, a lo mejor, me llamo Laia Cecilia.

—¿Qué? —Le sonreí, y Laia se frotó los ojos, abochornada—. ¿Cómo? Te estás quedando conmigo.

—¡No! Es teórico, en realidad, porque no está puesto en ningún lado. La historia es que mi madre quería llamarme Laia, pero mi padre quería llamarme Cecilia, por esta canción que le gustaba de… De los Simon & Garfunkel, ¿sabes? Que es: «Ceciiilia, you are breaking my heart… You are…», ¿no?

—Ni idea.

—Bueno, que esas eran las prioridades de este señor… Y no se ponían de acuerdo, pero cuando yo nací fue mi madre la que hizo todo lo del registro y me puso Laia. Y mi padre se rebotó y le dijo a toda su familia que me llamaba Laia Cecilia.

—¿Y te llaman Cecilia ahora?

—No, qué va. Qué dices. Olivia no sabía ni cómo llamarme de pequeña y se inventó Lilia y así se quedó.

—Y ahora tienes que matarme por esto.

Laia me sonrió.

—Y ahora te voy a matar con un palo que encuentre por aquí.

La luna estaba casi llena de una forma que no era tan bonita y solo con esa luz nos veíamos. Hacía un frío insoportable, pero yo estaba intentando que ella no me viese temblar, ¿por qué era tan bochornoso? A lo lejos, se intuían las luces de las dos casas aún encendidas, y Laia empezó a dibujar con su dedo en la palma de mi mano.

—Te toca a ti, venga. Me debes un secreto.

Pestañeé, pillada por sorpresa.

—No sé si yo tengo ningún secreto.

—Sí, claro.

—Te lo juro.

—Venga ya. Diana Mena. Algo tienes que tener que no se sepa de quién eres tú.

¿Y quién era yo? Un material flexible que se amoldaba a los huecos de los otros. La silla que parecía casi vacía en la mesa de la cocina. De pronto pensé, en una revelación privada, que si tuviera que recapitular y contar cómo fue mi vida desde el principio me dedicaría a hablar de lo que vi que

fueron e hicieron los demás, como las cámaras que vigilan la velocidad en las autopistas.

—Soy la ONU.

Laia se irguió como un resorte.

—¿Qué?

—Me refiero —me expliqué—, que soy yo la tos, la del código de la ONU. Lo del *walkie-talkie*. Soy yo la que le chiva las respuestas a Cristo.

—Diana. Joder. —Laia se apartó el pelo de la cara—. ¿Qué me dices? Que eso es como que eres el Espíritu Santo.

—Estás loca.

—¡Que llevo aprobando inglés por ti toda la ESO!

—Bueno, tú y todo el cortijo.

Esa noche, antes de que empezase a llover y tuviéramos que volver corriendo; y encontrásemos la ventana abierta y mi cama mojada, y durmiéramos juntas en la de Laia; casi gritamos en el monte oscuro cuando vimos caer en el cielo dos estrellas fugaces. El espacio estaba sobrepoblado de luz y de rocas que parecían luz desde tan lejos, girando solas, y Laia también hacía girar el piercing en el centro de su labio.

—¿Piensas que habrá más gente? —le pregunté—. En el universo.

—¿Tú crees en esas cosas?

—No lo sé. Creo que es difícil que todo esto sea nuestro. Que estemos solos y ya, ¿no?

—No creo que haya gente —me dijo—, pero pienso, a veces… Me gusta pensar que esto no puede ser solo de nosotros. Hay tantas cosas más en la Tierra, aparte de nosotros. Para mí —respondió—, eso ya es no estar solos.

Creo que siempre tuve claro que me gustaba Laia Bayón.

Fue una idea que evolucionó conmigo y adquirió las formas pertinentes sin prisa. Nunca fui por delante de lo que sabía ni por detrás tampoco. Todo

lo que quería con ella lo entendí un segundo antes de que sucediese.

La madrugada en Cazalla en la que jugamos a la botella, Alma había conseguido el número de Álvaro, que era el chico del cortijo vecino que no tenía vacas, y él la había convencido de acercarse a cambio de la clave de su wifi. Después de esa cena, nos reunimos todos en el sótano de su casa y Álvaro sacó un pack de cervezas calientes. Luego Cristo propuso que jugásemos a «algo muy guarro» y Alma colocó una botella en el centro. Oli se llevó una mano a la boca.

—¿Esto es lo de las pajas?

—Todavía no.

Lo que ocurrió esa noche en realidad fue que el tal Álvaro se hizo una mezcla en su estómago de kikos y cerveza que acabó vomitando sobre Alma a las tres de la madrugada. Un poco después, César besó a Olivia por primera vez y ella se puso tan nerviosa que al día siguiente amaneció con otro herpes, y César acabó desarrollando uno idéntico en el labio dos mañanas más tarde.

La madre de Oli supo entonces que allí no había ningún cura. Esto adelantó el final de las vacaciones y nos hicieron empaquetar nuestra ropa. Cerramos las ventanas, nos metimos en el coche y abandonamos la sierra de Cazalla.

Pero en el sótano, mucho antes de que esto pudiera pasar, con todos sentados en el suelo en círculo, la botella paró y apuntó a Laia Bayón. El grupo entero hizo una ovación estúpida y yo la miré, y la creí mirarme de vuelta. Alma levantó los brazos.

—¡Venga, a cerrar los ojos! ¡Venga, que ella elija!

Iba a besarme. Estaba tan segura.

Toda la carencia de impulso se transformó de pronto en expectación: esperé a que Laia me besara. Teníamos que besarnos esa noche. Era lógico

y sencillo y el piercing sobre la boca se sentiría firme, y su olor sería el mismo que cuando habíamos dormido juntas. Sus dedos sobre mis dedos, sobre mi piel, sobre mi cintura. Mis manos en su cintura, en la bicicleta, en la cama. Sabía cómo nos mirábamos. No podíamos hacer otra cosa ahora que no fuera besarnos.

La sentí gatear hacia mí, tras los párpados, un roce de tela.

Aguanté la respiración.

Separé los labios.

—¿Qué…? —oí, y luego un ruido de vidrio.

Abrí los ojos de golpe. El botellín había rodado del centro del círculo hasta darle en los pies a César. Alma y Olivia me miraban, patidifusas.

A mi izquierda, Laia Bayón estaba besando a Cristóbal.



Me reafirmé en elegir Letras puras en segundo de bachillerato.

La única que se quedó conmigo en el B fue Alma, que nunca quiso aprender a hacer ecuaciones por principios personales. Su sueño de ser una estrella del boxeo ahora le parecía obtuso, poco claro, y de pronto a los chicos ya les había cambiado la voz, y todos debíamos tener alguna idea de hacia dónde estábamos yendo.

—A lo mejor lo que corresponde es meterme a doble de acción —me dijo un día, fumando a la salida—. En una de Almodóvar o así. Algo más a tierra.

Cristo entró en el B también y se pasó todo el primer trimestre restregándole a Joaquín que le habían ocurrido «cosas animales» ese verano. Nadie le explicó a nadie lo que había pasado esa noche, porque no

había nada que explicar, y Cazalla se quedó atrás como una burbuja de calor y puertas.

Laia siguió estudiando Ciencias en el A.

A partir de ese año, cuando venía a por tiza, sus ojos hacían siempre el mismo recorrido: se fijaba en la ventana, primero, y luego en el perchero, y luego en mí. Me sonreía arrugando el puente de la nariz. Me robaba las galletas en la escalera. A las ocho de la mañana todos los días, Laia estaba esperándome en la puerta de la urbanización y yo me subía detrás de ella en la bicicleta, que era mucho más incómodo que andar.

—Aquí Bayón —me susurraba por el walkie-talkie antes de los test de inglés—. Gracias a la ONU por sus servicios.

Laia se sentaba con nosotros en los recreos y empezó a venir también a los partidos de baloncesto de Alma.

En el penúltimo de la temporada, hubo un empujón entre jugadoras que hizo que Alma cayese mal sobre su tobillo. La tuvieron que sentar en el banquillo, a pesar de sus amenazas, y el palco entero se llenó de murmullos. No había más jugadoras en el equipo. El resto de las chicas se reunieron para calcular cómo iban a hacerlo.

De pronto, Laia se levantó en su sitio con el pelo teñido de azul y gritó:

—¡Diana Mena! —Yo volvía de comprar agua en la máquina y pegué un brinco—. ¡Hay una jugadora aquí! ¡Diana puede jugar!

Todo el mundo me miró. Yo musité:

—¿Qué?

Los engranajes se activaron demasiado rápido.

Las chicas me abrieron la puerta a la cancha. La madre de alguna me empujó dentro. Alma se puso de pie y me colocó su camiseta, y se quedó en el banquillo en sujetador deportivo. Para cuando quise darme cuenta, habían tocado el silbato y yo estaba en mitad del partido viendo la pelota pasar de

un lado a otro, con un uno a la espalda bordado debajo del «HASSAN» y sin saber jugar al baloncesto.

—¡Pásala! ¡Mena, pásala!

Hice el ridículo los diez minutos completos del cuarto tiempo. Tiré a canasta una sola vez y acabó siendo un pase al otro equipo.

Cuando perdimos el partido, mis amigos entraron corriendo a la cancha como un estallido de confeti. Olivia se me abrazó a una pierna y Laia se me subió a la espalda. Cristo tiró un mocasín al aire que le dio a César en la coronilla. Con el pie vendado, Alma llegó cojeando hasta mí y me subió a sus hombros igualmente. Me llevó a que tocase la red de la canasta.

—¡Diana! —gritaba.

—¡Bájame! ¡Tía! ¡Alma, que te lo vas a romper!

—¡Diana Mena! ¡La estrella del baloncesto!

Aquella tarde, por primera vez desde el último sobre de Peta-Zeta, sentí que estaba hecha de fibras pequeñas y fundamentales que se torcían y cosían juntas hasta formar un chaleco reflectante.

Que nunca más podrían olvidarme en una gasolinera.

OceanofPDF.com



Asfalto.

Frío.

Me temblaron los párpados.

Era de día aún. Había llovido y olía a algo mojado y sucio y olvidado sin tender, tirado en algún suelo. Ese algo era yo.

Abrí los ojos de pronto y tosí sobre la carretera un puñado de piedras diminutas saboreadas sin querer. A unos metros de mí, entre mi cuerpo y la autopista, había una lona para coches abandonada. El golpe me había abierto la frente y me había roto el labio. Mi móvil estaba tirado un poco más allá, con la pantalla rota por la mitad y la tapa desencajada. No había ni un solo ruido a mi alrededor que no fuese el viento.

Cuando desperté, estaba sola en una gasolinera.

Mi cuerpo se encendió de golpe y me volvió entonces una urgencia inservible que había dejado a mitad. Miré el techo sobre los surtidores; la puerta de la tienda con la cristalera destrozada; el bosque tras la autopista y la lona para coches, que no era una lona para coches. Era grande y oscuro y un puñado de órganos fríos.

Bartek estaba muerto sobre el asfalto.

Tenía el torso hundido y la huella de un neumático grabada en la piel retorcida sobre los huesos. Le habían pasado por encima después de robarnos el coche y ahora era algo irreconocible.

Cogí aire y me incorporé. Retrocedí. Me choqué con las mangueras de los surtidores. Tropecé al intentar ponerme en pie.

Los oídos me pitaban y quería vomitar el corazón por la boca, y Bartek estaba muerto en el asfalto con el mismo silencio que un animal dejado atrás en una cuneta, y estábamos los dos en una gasolinera vacía de algún lugar de Alemania.

Yo tenía aún puesta su chaqueta del yin yang.

De pronto, más allá de los árboles, vi cómo ocurría algo imposible tras las nubes: el cielo nuevo, seccionado en aristas, empezó a parpadear. Se encendieron a lo lejos tres de sus cuadrados como botones de luz de un juego de memoria, y luego se apagaron otra vez. En los siguientes diez minutos, un cuarto se encendió más cerca.

Tercera verdad del mundo nuevo: hay una burbuja dividida en cuadrículas que rodea la Tierra. Su campo magnético bloquea la electricidad y las comunicaciones con los satélites, y es enorme y de nadie, y nos habla en un código sin *walkie-talkie*.

Tenías razón, Laia, aquel día.

Esto no puede ser solo nuestro.

OceanofPDF.com



Al tercer día encerrada en la habitación, tuve que hacer un trato con el chico.

—La mitad del piso para ti, de la cocina para atrás, el salón y la entrada. Yo me quedo con esta zona y con el baño.

—Por los cojones, el baño. ¿Tú qué te crees que es esto? Ya para como estamos no me la voy a jugar a que salgas y me contagies.

—De eso va lo de las mitades.

—Que te has colado en mi refugio. Tú estás flipando, quilla… Y ahora no te viene bien el asunto, ¿y me dices que te voy a dar el baño por la puta cara? ¿Y qué más?

—La cocina también. Pero por horas.

—Escúchame —lo oí decir al otro lado de la puerta—: quita el pestillo y sal de ese cuarto, chalada. Te juro que te agarro del peto y te tiro a la calle. Atrévete a salir.

Tomé aire.

—Vale, bueno… A ver. Vale. No nos estamos entendiendo. Te lo voy a decir así: yo voy a salir de aquí —le expliqué— y si me intentas agarrar, te voy a arañar la cara. Si quieres que te muerda la cara, me vas a echar a la

calle, pero te quedas contagiado y sin ninguna cara, y la otra opción es que me des la mitad del piso y colabores.

—¿¡Por qué no te vale el puto cuarto!?

—¡Porque me voy a morir aquí, gilipollas! ¿Quieres limpiar tú un cadáver descomponiéndose en el puto cuarto?

La puerta era un rectángulo sin gravedades que perdía la forma bajo mis ojos. El dióxido reconcentrado tenía sabor en mi garganta.

La niña que había vivido en ese cuarto, antes de que yo fuese a morir en su alfombra, se llamaba Julia Muñoz. Había encontrado su nombre escrito en sus antiguos exámenes de Lengua, dentro de un archivador decorado con una preocupante cantidad de típex. Julia había ganado un premio al mejor crisma de Navidad en segundo de primaria. A partir de entonces, había entrado en un triste receso creativo. En el archivador también guardaba una colección secreta de dibujos de abdominales, pero no se le daban especialmente bien. Según las notitas a Paula plegadas en el estuche, estaba en una guerra de intereses con sus padres, que no le dejaban hacerse el *eyeliner* todavía. Iba a cumplir trece y los sujetadores de su armario aún llevaban puesta la etiqueta. Toda esta intimidad tenía yo con Julia Muñoz, que posiblemente había muerto ya en algún otro sitio, y gracias a eso ahora podía morir yo en la alfombra de su cuarto.

El primer día allí, después de vomitar bilis sobre el suelo, me arranqué de las manos los trozos clavados de cristal. Las manchas de sangre se quedaron para siempre en el parqué y en el zapato sin pareja junto al armario. En medio de mi ataque de pánico, obsesionada con no contener cristales, busqué unas tijeras en el escritorio y bajo los papeles encontré un móvil sin contraseña. Marqué diez veces el único número que me sabía, que era el de mi madre. El cuerpo se me rindió sobre el colchón un rato más tarde, cuando me di cuenta de pronto de que estaba llorando.

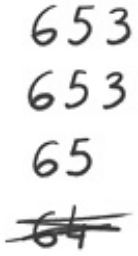
Esa noche dormí cuatro horas y me desperté a la quinta para envolverme las heridas de las manos en sujetadores.

La sed volvió al segundo día.

El hambre tardó más.

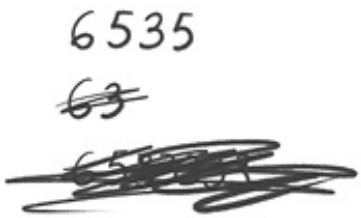
Desde la ventana de esa habitación no podía verse el cielo siquiera, solo una bóveda sucia de patio de vecinos. A veces oía tras la puerta los pasos del chico, si es que era un chico aún. Revisé las regletas y los enchufes, pero la electricidad se había ido y no volvería hasta el viernes siguiente.

Sola y sin luz en la habitación de alguien, intenté durante treinta horas apuntar el número de teléfono de Diana.



Me rendía y andaba hasta el escritorio y me abrazaba la cabeza sobre mis restos de cristales.

Sé que el número de Diana tiene tres cincos. Empieza por seis cinco tres, pero no me lo he aprendido nunca entero. Limpié el vómito del suelo con un jersey. Nunca abrí la ventana por si sabían trepar. Diana podía ser ya un cadáver bloqueando el ascensor de la residencia o un cadáver a un lado de la carretera; un cadáver esperando, de alguna forma, a que la llamara. Llevamos juntas desde los diecinueve años, seis años, siempre. No recuerdo ningún espacio de mi vida que no incluya a Diana.



Cuando se fue el *shock* del miedo, me empezó a perseguir otro distinto, que era culpa y era pena y una prisa enorme que no me servía de nada.

Luego llegó la sed y lo barrió todo.

—A ver —le dije al chico entonces—, esto es lo que vamos a hacer.

Si se acaba lo poco que sabemos y la gente es un charco de gente en la acera; y no hay ningún sitio donde ir y tampoco un sitio donde quedarse; el cuerpo te regala a los dos días esta revelación anticlimática de que nada de eso pausa los procesos del cuerpo. Es entonces cuando te grita que te vas a morir sobre la alfombra.

—El baño con la bañera es para mí, el de la habitación —cedió al fin—. Yo me quedo con la habitación grande y tú esta o nada de nada.

—Vale.

—Si quieres el despacho, me la suda. No hay un carajo… Y la cocina es mía todo el día —añadió—. Nada de turnos ni horas ni mijita de tonterías. Si hay sol, es mi cocina. Y no toques la leche. Ni la Cruzcampo.

—Vale. ¿Ya está?

—Ni la pata de jamón.

Julia Muñoz había tenido el detalle de nunca terminarse su bocadillo de fuet. Lo encontré en el bolsillo pequeño de su mochila, aún envuelto en papel albal. Al abrirlo me olió a recreo de la ESO y a César Parra, y me ardieron los ojos con un terror que no sé nombrar. La chica de la portada del libro de Naturales era idéntica a Olivia. Dentro de la basura, bajo el escritorio, había una botella de agua caliente y pensé que eso me daría un

día más, pero al día estaba deshidratada en el suelo y la voz del chico parecía un delirio.

—Estas son las reglas —repetí, con la lengua pastosa—: yo salgo y no te acercas. Voy al baño. Nadie ataca. Dos: cuando vayas a la cocina, te tapas con lo que encuentres, una manta o lo que encuentres, y te cubres hasta la nariz.

—¿Qué? ¿Y cómo coño como?

—Comes fuera. Esto puede ser un virus.

—¿Y ahora vas a saber tú de virus?

—Soy veterinaria. —O nunca llegaré a serlo—. Si esto es por contacto, ya nos han atacado a los dos, así que vamos a morir. Pero si es por aire, aún dependerá de que no seas tonto de los cojones. ¿Eres tonto de los cojones?

—Te voy a matar si me muerdes la cara. Te lo juro.

—Esas son las reglas. ¿Trato?

Antes de saber que el chico seguía vivo e imbécil y no se había convertido en ninguna otra cosa, yo gasté mis últimas fuerzas en prepararme para hacer ruido: me subí a la cama de Julia. Desarmé la barra de las cortinas. Le arranqué el tacón a un zapato con lunares y estuve horas afilándolo con lo que encontré, que fueron tres limas de uñas y unas tijeras de colegio. Luego agarré el dispensador de celo y lo gasté entero en unir las dos cosas.

Cuando abrí la puerta esa tarde, con la barra por delante y una bufanda cubriéndome hasta las mejillas, el chico estaba allí.

Era una silueta escuálida a contraluz al final del pasillo y se había envuelto la cabeza entera en un delantal verde. Su pelo rizado y sucio asomaba por debajo. Él, alto y quieto, llevaba un cuchillo de cocina en cada mano, y yo llevaba una lanza que había construido con unos tacones para la

feria de abril. La casa bailaba alrededor y perdía sus contornos como hecha de humo, pero conseguí, no sé ni cómo, no desmayarme.

El chico y yo nos vigilamos.

Avancé a pasos lentos, sin darle la espalda. No me atacó. Mirándolo, tanteé el suelo con las deportivas hasta tocar el marco de una puerta.

Entré en el baño pequeño. Eché el pestillo.

Corrí a abrir el grifo y metí la cabeza en el lavabo y bebí, bebí, bebí, tosí el agua de la prisa, seguí bebiendo. No paré hasta que me estaba ahogando y entonces, al erguirme, me invadieron las náuseas y tuve una arcada. Apoyada en la pared del baño oscuro, con el pelo mojado pegado a la cara, el aire era al fin húmedo y nuevo y yo jadeaba, empapada, como si hubiera perdido otra carrera de natación.

Luego salí goteando sobre el suelo, con la lanza erguida delante. El chico seguía quieto.

—¿Ya has acabado?

Yo no dejé de apuntarlo mientras entraba en el cuarto y agarraba el cubo de la basura.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué haces ahora?

—Vaciar mi cubo.

—¿Qué hay en tu cubo?

—Te da igual.

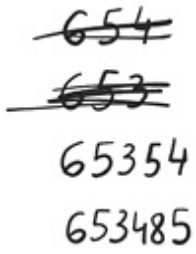
—¿Qué hay en el cubo? —Lo oí gritar, antes de encerrarme en el baño —: ¿Has estado meando en un cubo, tía?

Así empezó nuestra convivencia en el piso.

Durante esa primera semana, cuando aún parecía posible, creí oír algunas noches el sonido de una sirena a lo lejos y me incorporé en la cama pensando que era el padre de Diana. Pero la policía no apareció y la calle

siguió en silencio; el mundo estaba en silencio y el silencio era inhumano y tan grande que se sentía como si no hubiese nadie más.

Al otro lado de las ventanas, los pájaros seguían viviendo las mismas vidas.



En el despacho junto a la habitación, que era parte de mi dominio, tenían colgadas una docena de fotos familiares. Quizá era porque estaba intacto, un despacho aburrido, sin señales de violencia, que entrar en él se sentía un delito de allanamiento. Miré varias veces a los fantasmas de las fotos y sus sonrisas posadas en momentos privados, que yo no tenía que poder ver.

La pila de documentos sobre el escritorio eran informes de Urgencias del neurólogo Gregorio Muñoz. Por las horas, había hecho doble turno en el hospital Virgen del Rocío la última semana, en la que se habían desbordado los casos.

Más de trescientos pacientes pasaron por su consulta describiendo el mismo síntoma: una migraña insoportable tras los ojos. Cefalea intensa, acompañada en su peor versión de desvanecimientos, afasia o pérdida de visión. Me subió hasta la nuca un escalofrío cuando leí el informe de un paciente que juraba que su cabeza estaba empezando a tragárselo.

¿Me había dicho Diana algo de migraña? Diana soporta siempre los dolores en silencio, como los gatos.

La calle estaba en silencio.

No recuerdo el número de Diana.

—¿Has tenido dolor de cabeza? —le pregunté al chico, la tarde en la que lo vi volver al salón.

Apenas coincidía con él y si lo hacía era en una mirada a distancia desde cada punta del pasillo en la que comprobábamos que seguíamos vivos, y lejos, y sin mordernos la cara.

—¿Qué? ¿Y qué te importa?

—Respóndeme.

—No he tenido dolor de cabeza. Que te he dicho que estoy sano, joder. Mejor mírate tú, anda, que pareces un payaso. Pareces el cadáver de una de las Tres Mellizas.

Me pasé la semana evitando encontrar mi cara en los espejos. Luego ocurrió que la infección del piercing empezó a quemar y no me quedó más opción que verme: pálida, con el baño de fondo, y el pelo sucio, el peto roto y manchado de sangre, lo mejor a lo que podía aspirar a ser entonces era una reinterpretación terrorífica de un espantapájaros. Los labios se me cortaban alrededor de la argolla y el rastro de las uñas de mi madre se había convertido ahora en seis líneas de costra sobre las mejillas.

Agarré el Betadine del estante y me curé al fin la nariz y las manos. Respiré muy hondo y me limpié los dientes con el cepillo de otra persona.

En la ducha pequeña, el agua salía tan helada de las cañerías que era un desafío utilizarla. Sin electricidad, la caldera era un adorno menos útil que la nevera apagada en la cocina. Yo me enjuagaba con jabón lo necesario y soportaba el frío en salpicones del grifo.

Fue el jueves por la noche, mientras tanteaba en la oscuridad el cajón de los cubiertos, cuando encontré entre los tenedores una caja de cerillas. Llené rápido una olla de agua y la llevé a la habitación. Allí, apartando todo con prisa, sobre el suelo, hice una pila de papeles y la encendí. Ni siquiera

había un espacio en la casa sobre el que pudiera volcarme encima una olla de agua caliente.

Esta es la verdad de lo que ocurrió: llevaba siete días sin conciliar el sueño y estaba cultivando rituales, poniéndole parches al frío, al hambre y la sed, y a algo sin nombre tan adentro que escocía como un trozo de cristal inextirpable.

La hoguera se descontroló mientras sostenía la olla.

—No…

De repente, ardió el libro de Naturales con la cara de Olivia, y después lo hizo el archivador, y el crisma premiado de Julia.

—¡No, no, no, no…! ¡Joder!

Para cuando se me ocurrió echarle el agua encima, el fuego ya se había comido mi hoja de teléfonos hipotéticos de Diana. Rescaté desesperada lo que quedaba de ella, mojado y marrón y bolígrafo. Intenté memorizarlas como si no fuesen tan solo combinaciones inservibles.

—No… Diana…

Una válvula se abrió entonces: Diana no puede sobrevivir a esto. Me nació de dentro un llanto que era casi hipo, que daba vergüenza.

—No, no, no, no…

Diana iba a llamarme esa noche. Yo le había colgado enfadada y quizá eso ahora iba a ser lo último, lo último para siempre, de una historia inmensa entre Diana y yo.

De pronto entendí, llorando sobre el charco, que había estado esperando toda la semana a que apareciera. Diana guardaba tiritas en el bolso por si me caía de la bici. Metía el champú en botecitos para que pasase el control de equipajes. Me calentaba las manos frías y pelaba las castañas ardiendo. Yo tenía todo este miedo guardado para volcarle y que solo sabía entender con ella, pero era abril y la había perdido. Se sentía como cargar de pronto

con un miembro fantasma que dolía y tenía el tamaño de otra persona, y una voz específica que, a lo mejor, si me descuidaba, ya estaba olvidando.

Mientras marcaba números en el móvil de Julia y me respondía el silencio de la línea, no dejaba de pensar que Diana no podía sobrevivir a esta violencia, imitarla o devolverla; que, de estar viva, si ojalá está viva aún, mi Diana es demasiado tierna.

—No…

Me hundí en mis rodillas mojadas.

Pegué la frente al suelo y sollocé. Luego tiré la olla y rompí de nuevo los papeles quemados. Tumbada en la cama, más tarde, me fui calmando en un jadeo humillante de recién nacido.

—Diana… —decía—, perdón… Mamá, perdón…

Esa noche dormí ocho horas seguidas por primera vez en una semana.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, tenía la cara rígida del rastro de las lágrimas y el suelo junto al escritorio seguía cubierto por un charco. Solo entonces decidí abrir la ventana de la habitación y me asomé para ver el patio de vecinos: era un túnel vacío y blanco de luz filtrada y sábanas tendidas, suspendido en el tiempo.

Abajo del todo, entre las macetas y un cubo de basura caído, me pareció ver algo que reconocí y era la pareja del zapato abandonado sobre la alfombra de mi cuarto.

Una sonrisa incrédula me creció en la boca.

Julia Muñoz había huido.



La electricidad volvió en un chispazo ese viernes, mientras cenaba pan de molde. Eran las diez de la noche y la luz de la cocina me cegó de pronto.

Detrás de mí, la nevera hizo un ruido de volver a la vida.

El chico llegó corriendo a la puerta. Ninguno tenía protección sobre la boca.

—¿Qué haces? —le grité, alarmada—. ¡La zona!

—¡Vete fuera! ¡Venga, que se va a ir otra vez, cojones!

—¡Esta es mi hora!

—¡Tu hora es como a las doce!

—¿¡Qué coño me cuentas!? ¡Esta es mi puta hora!

—¡Que me la suda! —gritó él—. ¡La luz no es para ti, yo estaba aquí de antes y esto es mío! Me la pelan tus horas y su puta madre. Me voy a calentar el agua…

Dio un paso dentro y yo agarré un cuchillo de untar mantequilla.

—Ten huevos.

—¡Coño! Quilla, pero ¿tú estás loca? —bramó retrocediendo—. ¿Qué mierdas te pasa a ti? ¿Qué te pasa?

—¡Esta es mi hora! ¡Vete de aquí, y no estás llevando nada! ¡Se dijo que en la cocina se llevaba la mascarilla!

—¡Tú tampoco llevas nada! ¿¡De qué va a servir que me enfunde el morro en un cuello vuelto!? ¡Sé realista, hazme el favor! —El chico dio otro paso y yo le lancé el salero, que le rebotó en un hombro—. ¡Cojones de mono!

—¡Vete!

—¡Que no te voy a tocar!

—¡Tu aire me toca! ¡Tu puta saliva, todo me toca! ¿¡Qué no entiendes!? ¿¡No te cabe en qué situación estamos!? ¡Que la gente está muerta en la calle, que a lo mejor no queda nadie y no va a venir nadie a por nosotros! ¡Que tenemos que sobrevivir no siendo…!

—¡¡¡Que te calles de una vez, Paloma!!!

Yo me quedé tiesa.

—¿Cómo? —susurré, primero—. Pero ¿¡quién coño es Paloma!?

—¡Yo qué sé! ¡Yo qué sé quién eres, tía, pues me lo invento!

—¡Me llamo Laia, imbécil! ¿¡Quién coño eres tú!?

—¡Rey!

—¡Rey de una mierda!

—¡Rey yo, gilipollas! ¡Ese es mi nombre, que estás zumbada de la cabeza! ¡Me apellido Rey de la Torre, a ver si te callas!

Un crujido a lo lejos.

Rey y yo nos volvimos.

Se hizo un silencio imposible en el que no respiramos siquiera y oímos el edificio entero latir desde sus pilares: un murmullo de metal y mecanismo subía por la entrada hasta la cocina. Era el giro lento y meticuloso de un pomo.

Intercambiamos una mirada.

(Todos ellos son receptores de ruido y movimiento).

Había algo moviéndose en la casa.

Las reglas de supervivencia murieron en ese segundo, cuando llegó el momento de sobrevivir a algo. Yo apreté más fuerte mi cuchillo inútil. Rey agarró una sartén de la encimera.

Ambos avanzamos juntos hasta alcanzar el límite en el que empezaba el pasillo. Al asomarnos, no había nadie en el salón bajo la luz de las lámparas y la televisión encendida farfullaba estática. Parecía la peor imagen de un catálogo de muebles.

Miré la puerta de la entrada, quieta. El hueco del telefonillo arrancado era, a su lado, una araña de cables.

Fui de puntillas hasta ella y apoyé las manos en la madera fría: al otro lado de la mirilla, como si fuera el mundo ya se hubiese desvanecido, todo

lo que se podía ver era un negro de ojos cerrados y nada más. Analicé esa oscuridad un minuto, con la respiración acelerada escociéndome en el piercing.

Eso fue todo el viernes en el que volvió la electricidad en un chispazo.

Luego se me cayó el cuchillo y tintineó contra el suelo. Algo se movió al otro lado. El rellano se encendió.

La vi.

A la mujer que estaba pegada a la puerta del piso, de pie, inmóvil, con sus ojos atravesando la mirilla.

—¡Dios!

Retrocedí del susto. Trastabillé y me caí al suelo, y Rey detrás levantó la sartén.

—¿¡Qué pasa!?

El pomo empezó a girar otra vez en sacudidas nerviosas. Lo haría durante los siguientes días, cada vez que nos notase vivir al otro lado; era un instinto de matar atascado e imposible de aplazarse. Todavía recuerdo su cara concreta y genérica, deformada por la mirilla: una cabeza ensangrentada mirándome, mirándome y mirándome sin mirarme siquiera.

—Está… —jadeé—. Es otra. Está pegada a la puerta.

Pasamos el resto de la noche sentados en el pasillo.

Dormimos sin querer en cabezadas incómodas y nadie se duchó ni nos tapamos la boca. No hablamos sobre cuánto duraría la luz. Sin intercambiar palabra, ambos decidimos que había que vigilar la puerta de la entrada que aquella mujer nunca podría abrir.

Un pitido nos despertó de golpe a las seis.

Rey abrió los ojos, alarmado, y le lanzó un cojín al vacío. La estática gris del televisor parpadeó y de repente la pantalla se puso en negro. Tras un silencio infinito, empezamos a oír el murmullo inaudible de una voz.

—¡El mando! —gritó él—. ¡El mando!

Nos pusimos en pie tropezándonos y corrimos al salón. Yo metí las manos entre los huecos del sofá, sacudí las mantas y el sillón. Rey tiró los libros de las estanterías.

Encontramos el mando debajo de la mesa del café y subimos, sin aire, el volumen del televisor:

—… ruido y el movimiento. Este es un mensaje del Gobierno de España. Mantengan la calma y busquen lugares seguros en los que refugiarse. Los organismos de Seguridad y Defensa están trabajando para la protección de los supervivientes. Este mensaje será repetido de forma indefinida: estamos trabajando para la protección de los supervivientes. Por favor, no abandonen ni ataquen a los heridos. La Organización Mundial de la Salud ha declarado que no es una enfermedad y no es transmisible por ninguna vía. Estamos tratando de restaurar la electricidad y las conexiones con los satélites afectadas por las ondas electromagnéticas. Repetimos: no estamos en guerra. No abandonen ni ataquen a los heridos. Los organismos de Seguridad y Defensa están colaborando con los Gobiernos internacionales para proteger a los supervivientes de estas amenazas externas. Por su seguridad, no se acerquen a los afectados ni toquen la luz magnética del cielo. Reduzcan el ruido y el movimiento. Este es un mensaje del Gobierno de España. Mantengan la calma y busquen lugares seguros en los que refugiarse. Los organismos de Seguridad y Defensa están…

La transmisión continuó repitiéndose ocho días completos, que fue lo que duró la electricidad esa vez. De rodillas en el salón, después de una semana encerrada en un cuarto, contemplé a través de los cristales el sol y el cielo de abril seccionado en cuadrados limpios y regulares. A lo lejos, uno de ellos se encendió como siempre había ocurrido en mis sueños.

Rey dijo:

—¿Acaban de decir que esto son los aliens?

Yo dije sin pestañear:

—Acaban de decir que son los aliens.

OceanofPDF.com



Coloqué la cámara de vídeo sobre la balda del expositor de chicles. Giré la pantalla extraíble y me vi bajo los pocos fluorescentes del techo.

—Hola, Laia —dije. Luego dudé de lo que estaba haciendo—. Lo más seguro es que esto no te llegue nunca, porque… Bueno. Estoy en Alemania ahora, en algún punto de alguna autopista. He intentado averiguar dónde, pero no hay carteles cerca, están… Tendría que alejarme mucho. No sé qué va a pasar cuando me vaya de aquí y dónde acabará esto por el camino. Pero he encontrado esta cámara. Y he pensado que documentarlo era más que nada, creo, porque… Hay muchas cosas que quiero decir. Y a lo mejor esta ya es la única manera. —Tomé aire—: Esto es para mi novia, Laia Bayón, que vive en la calle San José, en la ciudad de Sevilla, España. Si no eres Laia y tienes esta cámara… Por favor, házsela llegar.

El trabajo que iba a presentar en el congreso de documentales era un reportaje sobre la vida de los camioneros.

No lo tenía montado aún, pero la mitad de los clips estaban pasados al portátil. La otra mitad se quedó en la cámara que se me rompió en el autobús a Berlín, en mi habitación para siempre cerrada de la residencia de Wurzburgo. Fue Alma, en realidad, la que me dio la idea y me puso en contacto con un amigo transportista, porque Alma conoce a una cantidad

incalculable de gente y no sabe ni de qué. Era un belga sonriente y corpulento con el que pasamos dos días en un camión. Lo que me gustaba del reportaje era el silencio, el motor y el chasquido de seguro de puertas, de todos estos lugares de paso, el universo fugaz e invisible que existe en la carretera.

En el viaje de vuelta, antes de que se rompiera el objetivo, se me vino esta idea que apunté en una libreta para añadirla sobre el plano de los árboles tras la ventanilla. Pero la habría escrito, de haber hecho ese reportaje, porque yo nunca he sabido hablarle a una cámara.

Tankstellen sind auf der ganzen Welt gleich [5]

El sábado después de que Bartek fuese atropellado, me colé en la tienda por la cristalera rota.

Era una de las pequeñas, un muestrario de Coca-Cola y barritas de cereales plastificadas. Las luces blancas estaban encendidas todavía. Busqué en las paredes y tras el mostrador una radio o algo con lo que contactar con alguien que pudiera rescatarnos de allí. En la balda polvorienta bajo la caja registradora encontré un teléfono de cable. Cuando descolgué, aún daba tono. Mi móvil, casi sin batería y con la pantalla destrozada del golpe, no tenía señal, pero las líneas por cable seguían vivas. Yo estaba tan ahogada en prisa que no fui capaz recordar el número de la policía alemana, así que corrí hasta donde las revistas para encontrarlo.

Al agarrar la primera, las luces se apagaron.

El tono se perdió.

La gasolinera quedó entera a oscuras, con el sol poniéndose poco a poco al otro lado de las ventanas.

Esa noche la pasé sentada junto a los yogures, más quieta que ellos en sus neveras sin electricidad. Hacía un frío que cabía y crecía debajo de la chaqueta del yin yang, y la luz de emergencia parpadeaba en el techo como un faro extraño.

Si me ponía en pie, podía ver el cadáver de Bartek tirado en la carretera. No me moví en toda la noche con tal de esquivarlo. Dentro, más adentro de mí, la voz de mi padre me decía: «Tú eres la encargada de los yogures, y si no me ves por ningún lado te estoy esperando allí».

—No sé por qué estoy convencida de que estás viva —le dije a la cámara, una semana después—. Creo que te he visto sobrevivir a todo, lo sabes, todas las… Me acuerdo de ti cuando eras una niña y yo pensaba que dormías en el patio. Y luego cuando nos salvaste del río en Cazalla y estabas… Incluso con el miedo, ¿no? Siempre ha sido así. Me dirías… Me dirás, si me oyes, que deje de hablar de eso como si hubiésemos estado a punto de morirnos. Así que no puedes… Porque el viernes fuiste a casa y estarás con tu madre ahora, en un espacio cerrado. Y el BlaBlaCar te tuvo que dejar a las… Dios… Vale. No vale hablar de esto. Vale. —Cerré los ojos y me aparté el pelo de la cara—. Me he alimentado esta semana de… paquetes de galletas y hay hasta latas de sardinas aquí. Hay como cincuenta botellas de todo. Para uno solo podría durar meses, pero… Bueno. Tú lo sabes, Laia. Ojalá fuese una cosa de comida. Ojalá… Es mucho más complicado… Para mí, es mucho más complicado si lo único que hay para cuidar soy yo.

Aguanté tres días sin salir de la tienda para ir a los baños. Eso conllevó una serie de decisiones ilógicas y poco mías, pero que tuvieron sentido entonces, cuando aún estaba esperando a que eso no fuese todo.

En mis cabezadas de dos horas, el coche de mis padres pasaba por la autopista justo cuando yo estaba durmiendo y me despertaba poniéndome

en pie ya, tropezándome con las bolsas vacías de patatas.

Lo que aprendí de sobrevivir y del hambre es que esta se convierte, en realidad, en un espacio bajo las costillas que se pelea a golpes con el apetito. En la gasolinera vendían conservas y chucherías y una cantidad ingente de chicles y sándwiches, y también bidones de gasolina y repuestos de parabrisas y champús con olor a coco y pH neutro. Lo más sorprendente que encontré allí fue la caja de un Satisfyer.

Al comienzo, cuando quería moverme entre los pasillos de estanterías, lo hacía agachada, gateando. Luego empezaron a dolerme las piernas y tuve que cambiar a caminar dándole siempre la espalda a los cristales. Esos primeros tres días no salí a los baños porque estaba huyendo de él. Sentía un horror que me avergonzaba de encontrarme a Bartek de pronto cubierto de moscas, y también toda esta culpa enorme por a saber qué.

La cámara de vídeo estaba dentro de una máquina de gancho, junto con una docena de peluches, tres MP3 y el Satisfyer. No vendían mantas en la gasolinera, así que dormí todos esos días en una montaña de parasoles de coche.

—Estuve a punto de llamarte —te dije—. Estaba… Tendría que haberte llamado. Habría cogido un vuelo desde el congreso, lo que sea; si es el uno y yo llego por la noche, si me… Da igual. Da igual ya. Pero ojalá… No hay nada en el mundo más importante. Sé que lo sabes, porque somos nosotras, porque hemos estado… Nunca he estado sin ti. Habría ido como fuera a tu cumpleaños.

A la tercera mañana, me despertó una punzada entre los riñones. Aún me escocía la quemadura en la frente y tenía el labio hinchado, pero el dolor era el vínculo más real y fácil de entender con el mundo.

Entreabrí los ojos. Rodé sobre mi espalda.

Me palpé el abdomen, y luego, al minuto, me espabiló de repente una claridad imposible, y corrí a comprobar mis vaqueros en el espejo de la columna.

—No… —jadeé atónita.

Me había bajado la regla. Así que al final tuve que ir a los baños.

La ropa que arrastraba desde la residencia era la única que tenía allí, sin contar con los guantes brillantes y empaquetados que daban de regalo en una revista para adolescentes. Había un tiempo límite que mi cuerpo podía soportar de sudor y suciedad y sangre de Jesús seca en la camiseta. Me mentalicé, aún sentada en el suelo, mirando la puerta rota junto a la máquina de gancho. Los cuadrados de la cúpula seguían brillando a veces, por encima o por debajo de las nubes.

Agarré las compresas y el champú y una esponja grande para coches.

Junto a los surtidores, en la misma posición en la que lo había dejado tres días atrás, Bartek seguía siendo solo carne y ropa. Se descomponía bajo el sol frío, con la piel violeta y las manos ahora hinchadas. El olor de la putrefacción era indescriptible y el aire lo arrastró hasta mí; se me contrajo el estómago dentro y me tapé la nariz con la manga de su chaqueta. Durante un instante absurdo, me pareció verlo respirar aún, porque su cuerpo se movía en una inercia lenta y constante, que era en realidad el ajetreo de los insectos.

Viéndolo ese martes, convertido en menos que nada, en una incomodidad vacía, pensé que era inhumano que Bartek Nowicki se descompusiese allí, sobre el asfalto de la gasolinera de algún sitio de Alemania. Pero la única persona que podía enterrarlo entonces era yo.

—Siento que —le dije a la cámara, días más tarde— tendría que estar haciendo algo. Pero no hay nada útil que hacer ya, no sé. Es algo que no me quito de encima. Porque estamos aquí los dos ahora, o así lo siento; no

puedo dejar de verlo como que está conmigo. Lo he cubierto con algunos de los parasoles. He querido… llevarlo hasta el bosque o traerlo dentro. Pero no sé qué es lo que significaría, si es algo peligroso traerlo. Si me acerco… No me atrevo; lo intento, pero el cuerpo se me… —Me humedecí los labios —. No soy capaz de devolverle nada. Era… No lo conocí en absoluto, claro, pero… En lo poco que nos conocimos, Bartek intentó salvarme la vida.

Entré en los baños oscuros y comprobé que aún tenían agua. Luego me quité la ropa y me lavé al fin, congelada sobre el suelo sucio. Salí de allí apestando a champú de coco con pH neutro. Mientras esperaba que mi ropa se secase bajo el sol, me cubrí, como una costumbre ridícula, con un enorme chaleco reflectante.

El sol se puso antes de que la chaqueta gruesa de Bartek se secara. La colgué sobre la máquina del gancho, junto a la cristalera rota.

Fue entonces cuando cayó de un bolsillo interno un trozo de cartón plegado mil veces y me agaché para desdoblarlo: era una foto. Sobre las caras había pegado un sobre transparente con pastillas de estrógenos en el que había escrito «NINA». En la foto, Bartek sonreía sin brecha recién cosida, junto a su hija que lo abrazaba en la calle, una reproducción angulosa e igual de alta que él. Había transicionado ya y tenía el pelo cortado a la altura del mío. Detrás, leí la dirección de Marsella a la que Bartek nunca conseguiría llegar, donde alguien aún esperaba el calor de la chaqueta del yin yang de su padre.

—No dejo de pensar en cuántos de nosotros —le susurré a la cámara— ya no somos nosotros, o no… O puede que ya no estén siquiera. Olivia, o César, o, incluso…, Cristo. Alma estaba ese día en Berlín. Me mandó un audio antes de que tenía el turno largo. Pero Alma estará… Está bien —me

autoconvencí, encuadrada en mi luz de reportaje—. Alma tiene que estar bien.

Dos días más tarde, volví a oír un coche acercarse por la autopista.

Me espabilé de pronto en la silla tras el mostrador y casi tiré el expositor de chicles. Al fondo, detrás del viento, estaba viniendo: un murmullo de motor haciéndose grande.

Sin pensarlo, corrí chocándome con las estanterías. Me corté con los restos de cristal de la puerta y atravesé el patio de surtidores hasta la carretera.

—¡Eh! *Stop! Help, please! Help!*

El coche cruzó tan rápido delante de mis ojos que aún ahora dudo de que no fuese otro sueño. Tuvo que verme, pero no frenó, ni aceleró siquiera cuando eché a correr detrás de él. Su desinterés, como si yo ya hubiese desaparecido, lo hizo todo más patético.

Tu próxima novela romántica.

Visita Inepub y encuentra una historia para leer.

El corazón me latía como dos tras las costillas y continué, no sé por cuánto, gastando las suelas contra el asfalto tras el coche en una quemazón. Era entrenamiento de baloncesto y Alma y yo le dábamos tres vueltas a la cancha. Eran mis padres mirándome con culpa a través del retrovisor. Si se iba y no paraba para salvarme, y ninguno paraba ya, porque nos habíamos abandonado a la suerte, ¿qué iba a ser de mí, Laia? ¿Qué estaba haciendo allí, aparte de dejar pasar tiempo y más tiempo hasta que no quedasen más barras de cereales, hasta que se acabase el mundo de verdad? Pero los

mundos hacen esta cosa cuando se acaban, y es que continúan y se transforman en otra cosa distinta e idéntica, y nunca terminan, en realidad, de acabarse del todo.

—Te prometí que si pasaba te iba a ir a buscar al Rectorado. Y a lo mejor ni te acuerdas y yo… No sé si puedo salir de aquí. No hay señales y no sé dónde estoy, y si me alejo y no sé volver, porque he pensado que me puedo morir de frío… Si me pierdo. Se me gasta la comida. Y si llego a una ciudad y está infectada, si esto se ha extendido y… Joder… —Murmuré, frotándome los ojos—: ¿Qué estás haciendo, Diana? Hablas sola. ¿Qué estás haciendo?

La cámara de vídeo era una baratija de hacía diez años que encontré en la máquina de gancho. Iba a pilas y yo la había estado mirando durante toda la semana, enterrada bajo el montón de peluches. Se parecía a la Handycam vieja de tu abuelo.

Cuando volvió la electricidad el viernes por la noche, los fluorescentes se encendieron y me despertaron del susto. Las neveras empezaron a producir un frío que salvó los yogures. Tardé más de doce horas en recordar el teléfono que acumulaba polvo en un estante. Me lancé, primero, sobre la caja registradora y guardé todas las monedas que me cabían en los bolsillos. Corrí a la máquina del gancho y metí la primera.

El resultado de toda esa noche intentando conseguir la cámara de la máquina fue: tres MP3, un Satisfyer y un oso que al apretarlo reproducía el *Cumpleaños feliz* en alemán. Podría haber roto la máquina a base de golpes con un recambio de parabrisas, si no hubiese sido Diana. Por ser Diana, quería la cámara de vídeo, que era algo inútil, por supuesto, en un plano general de estar sobreviviendo al fin del mundo en una gasolinera.

El gancho subía y bajaba y volvía a subir y a bajar, y yo calculaba su trayectoria con la palanca. Apretaba el botón y fallaba de nuevo. Acercaba

la caja más y más a la salida, pero siempre caía sobre los peluches.

Fue con la penúltima moneda, mientras el gancho retrocedía y volvía a su sitio, cuando vi un borrón moverse con él tras los cristales: la silueta de una persona que pasaba andando junto a la carretera.

Me erguí.

Era uno de Ellos.

Son todos iguales a nosotros, pero distinguibles enseguida. Este caminaba recto, constante, cojeando sin quejarse de su pierna rota. Tendría setenta años y el traje sucio aún planchado. Su cara deshabitada daba la misma sensación que encontrar dos ojos y una boca en la forma de la radio del coche. Daba mucha más pena que miedo y estaba perdido, yendo por inercia de ningún sitio a ningún lugar.

Retrocedí al verlo, asustada.

Mis botas pisaron el oso en el suelo, que empezó a chillar su canción.

Él, de repente, frenó en seco y se giró, y yo me quede quieta ahí, ambos mirándonos. Entre nosotros, Bartek seguía tumbado y perdiendo ahora el pelo y la piel bajo dos parasoles. La música duró mucho más de lo que parecía haber durado nunca, mientras yo aguantaba la respiración y el hombre la oía como procesándola y decidiendo si debía matar.

Luego todo quedó en silencio. Él se volvió y continuó yéndose a ninguna parte.

Ese momento, hace ya casi dos meses, fue en el que entendí que Ellos solo se mueven bajo señales de humanidad, nuestra voz y nuestra forma concreta en movimiento; y menos mal que es así, Laia, porque, de haber venido entonces, yo nunca habría tenido el estómago necesario para matarlo.

—En esta revista he encontrado… —Pasé las hojas hasta llegar a la página—. Un artículo que habla de las caídas de electricidad. Dice que

hubo muchas sin razón durante las últimas semanas y que habían interceptado algo de una capa magnética que estaba obstruyendo la conexión con los satélites. Como cuando se nos cortó la videollamada y de pronto no había datos. Y está toda la teoría aquí de la cúpula, porque hubo gente que vio una línea recta que partía la luna. Y las migrañas. Hay cosas que no entiendo muy bien, porque no las encuentro en el diccionario de alemán… Pero mira. —Le enseñé a la cámara la portada de la revista, que tardó en enfocarse—. «Der fünfte Sinn». El Quinto Sentido. —Me reí un poco, quizá volviéndome loca ya—. Es una revista de conspiranoias. Es una… En la tercera página hablan de que las palomas son drones. Lo acertó todo la revista de las conspiranoias.

Guardé la última moneda de la caja.

Quería utilizarla después de dormir para no desaprovecharla, pero tras el paso del hombre por la autopista estaba agotada y había perdido el sueño. Me dediqué, en un ímpetu de actividades útiles, a llamar al número de la policía por el teléfono de cable. Marqué el 110 una veintena de veces y nadie descolgó nunca.

Con las manos envueltas en tiritas de niño, ojeé los mapas de nuevo y seguía sin entenderlos. En una guía de supervivencia, antes de encontrar la revista de las palomas drones, me topé con una sección en la que enseñaban mensajes simples en código morse.

Agarré la linterna que había cargado con pilas una semana atrás y me subí al tejado de la gasolinera usando la escalera de mano en la pared.

Ahí arriba, envuelta en parasoles para protegerme del frío, encendí y apagué la luz durante dos horas en un continuo de tres destellos cortos, tres largos, tres cortos: S.O.S. Las estrellas eran más y menos brillantes que nunca. Se intuían luces, al fondo, que podrían haber sido humanas también, y a esas fue a las que les pedí un deseo.

Entonces ocurrió.

Lo primero fue el ruido: un susurro detrás. Algo removió las hojas, como si un animal grande cruzara el bosque. Yo lo oí y me giré, y apunté con la linterna a las copas de los árboles, pero no vi nada. Un pájaro que parecía más una sombra echó a volar espantado.

Luego, tras el silencio, el cuadrado de la cúpula sobre la gasolinera se encendió.

Ninguno de ellos lo hizo nunca dos veces. Lo que sé ahora es que cada cuadrado cuenta con su propia llave.

La luz estalló y fue un foco azul gigante que abarcó el edificio entero y más allá, un pacto de límites que respondía a unas medidas calculadas. Yo me tapé los ojos y trastabillé. Perdí el equilibrio y me deslicé sobre el techo.

El faro azul del cielo, que se encendió dos minutos exactos de reloj y ya nunca más, emitía una música que era como un aleteo de mariposas al fondo del cráneo. Tiñó las hojas, las antenas y mi ropa, y todo lo que tocaba y quería tocar; y yo miré arriba y vi la luz, Laia, y no venía de ningún lugar, sino que todos estábamos yendo hacia ella.

Mi pelo flotó como prediciendo un rayo. Sentí mis pies, de pronto, separarse del techo.

Su imán gigantesco tiró de mí y los parasoles flotaron a mi alrededor, conmigo, y más abajo flotaban también el cadáver de Bartek y la linterna rota. Las mangueras de los surtidores lo buscaron. Las ramas y el agua reconcentrada en los charcos de gasolina. En ese evento ingrávido, imposible y azul, en el que la cúpula me habló en su propio idioma, mi herida en la frente ardió y pensé, por un segundo, que estábamos en medio de algo mucho más grande que nosotros.

Pero el cuadrado de luz se apagó.

Con una sacudida, todo en la gasolinera volvió al suelo.

Yo caí sobre el techo y me clavé una tubería en el estómago. El mundo alrededor recuperó sus colores pálidos, tras la mancha azul que me embarraba las retinas.

Cuando bajé por las escaleras y entré de nuevo a la tienda, la comida estaba desperdigada por el suelo. Algunas estanterías se habían estrellado contra las neveras y las habían roto. La mayoría de las bombillas del techo reventaron y el teléfono no volvió a funcionar. Yo puse en pie como pude la máquina del gancho y metí la moneda que me había guardado en la ranura. Esta se la tragó sin ruido: la luz del cielo había averiado casi todo lo conectado a la electricidad.

Pegué entonces las manos a los cristales y miré la cámara de vídeo, para siempre atrapada. Ya nunca saldría de ahí y quizá tampoco yo.

Agotada y llena de adrenalina; de una frustración primitiva, aplazada, que me salió de repente de dentro; una rabia impropia se apoderó de mí y, ya sin ser Diana, le di una patada con todas mis fuerzas a la máquina de gancho.

La caja de la cámara brincó. Se tambaleó. Entró en el agujero. Hizo un ruido como de lata plegándose. Luego la máquina la escupió a mis pies sobre las baldosas de la gasolinera.

—Cuando te vi soñarlo por primera vez, a los diecisiete años —te conté al día siguiente, con la cámara sobre el expositor—, lo oí también entonces, Laia. El zumbido de la luz del cielo.

OceanofPDF.com



Vamos a aclarar algo: Cristóbal Conde era un cazurro monumental, un precuñado en ciernes, y yo no quería besarlo en absoluto la noche de la botella en Cazalla.

Pero me explico.

El año que todos acabamos los dieciséis, a mí me estaba ocurriendo esta cosa inevitable de que estaba a punto de ser la persona que más sabía de todo del mundo. Me había teñido el pelo de rosa con lagunas. Había firmado con un grafiti en el *skatepark* de Plaza de Armas. Podía hacer el caballito invertido en la bicicleta, dependiendo un poco del día y del terreno. También entendía todo esto del sexo, y en adición la tolerancia por las entrañas sangrientas, porque ya había visto las películas de terror de verdad. Era libre y tan mayor, que decía que mis padres me dejaban volver a casa a las tres de la madrugada, como si mis padres alguna vez hubiesen notado que yo me iba y que, en consecuencia, lo ideal hubiese sido que volviera.

—Este verano —me contó Olivia por teléfono— va a venir toda la gente al cortijo, o sea, César Parra. Porque están pasando cosas, pero nada de lo que me dijiste de la lengua. Y también Alma Hassan y Diana Mena. Que te suenan, ¿no? ¿Sabes quiénes? Del B.

—Pues claro —le dije, mientras improvisaba un decolorante en el baño —. Si Diana Mena vive en mi casa.

—¿Qué? ¿En tu casa dónde?

—En mi urbanización, Olivia. En la casa de enfrente.

—¿Qué dices? ¿Diana Mena?

—Tráete a quien tú quieras, pero como me metas en Cazalla al Cristóbal Conde, te juro por Dios que te cae La Penitencia.

—Pero es imposible… ¿Cómo que vive enfrente? ¿Cómo va a ser eso?

—Oli —le expliqué—, que de pequeña has visto aquí mil veces a Diana. Si tú esto lo sabes. Que hablamos de la niña del tatuaje de la mancha.

—¿¡Diana era la niña del tatuaje de la mancha!? —dijo Olivia en otra de sus múltiples revelaciones—. Dios mío. Pues le he estado jurando tres años que conozco a una niña con la misma mancha.

Diana, ya terminada la ESO, seguía siendo esta idea lejana e impecable al otro lado de la piscina, en el aula contraria, al final del pasillo volviendo de Educación Física.

Yo algunos días me sorprendía mirándola sin saber por qué, o sabiendo por qué en el fondo: siempre hubo algo indescifrable para mí en Diana que tenía que ver con su sensatez de nacimiento. Su letra en el mural del Día de la Constitución era tan limpia que parecía escrita a máquina. Sabía cómo arreglar la lente del proyector medieval que colgaba del salón de actos. En tercero de la ESO, cuando decidió no presentarse a delegada, Oli me contó que todo el B la votó igualmente, y que por presión popular acabó siendo delegada y subdelegada. Cuando tocaba leer un discurso en un evento del instituto, los profesores siempre elegían que leyera Diana, porque tenía una voz tranquila, grave, que no se equivocaba nunca, y corría la leyenda de que Paco el Notas, que daba música, había llorado oyéndola tocar *Titanic* en la flauta.

Así que Diana y yo no teníamos nada que ver, como había ocurrido desde natación, porque a los dieciséis ella era la persona correcta para todo y yo estaba a punto de saberlo todo de todas las cosas incorrectas del mundo.

Bajo el sol insoportable del *skatepark*, ese julio que precedió al delirio de la Selectividad, probé mi primer botellín de cerveza y fue como beberme una muestra de orina. Luego se lo di a Carly, que era amiga mía, a lo mejor, y ella fingió que le gustaba tan bien como fingía que no se llamaba María del Carmen. Señaló con la cabeza al chico al que yo le había dejado la bici.

—Te está roneando —me dijo—. Se va a descoyuntar para ver si lo miras. Qué pesadilla, el Mario Volkswagen… Llévatelo ya.

—Paso de él.

—¿Qué dices tú? Si me lo restriegas.

—Venga ya. En serio. Me están dando una pereza estos, a ver quién es el más chulo y yo qué sé… ¿Sabes lo que estoy pensando que quiero? —Le sonreí, mascando un chicle—. Alguien que no haya roto un plato.

—Bueno, te me vas a calmar. Qué personaje.

—¿Te has puesto nerviosa?

—A ver cómo acaba al final el verano. Si lo supiera el Mario, acabarías…

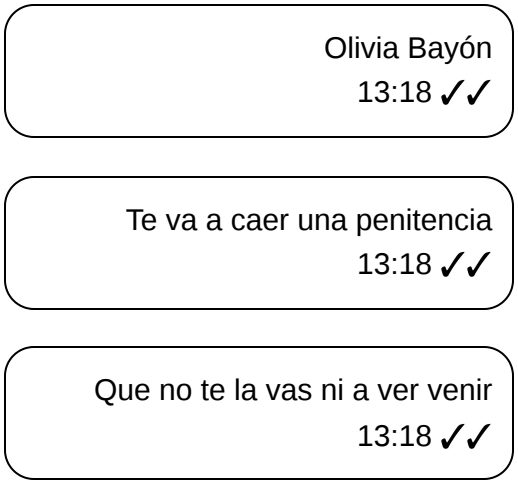
—Mario Volkswagen, tía —le dije—, no sabría ni qué hacer conmigo.

Dos semanas más tarde, Diana Mena estaba durmiendo detrás de mí en la cama del cortijo y yo no podía ni pestañear.

En el estómago me daba vueltas la misma vergüenza indignada que a los diez años, el día de la cucaracha en el sótano del cumpleaños de Lucía Regalito. Sentía cada trozo de ella que tocaba cada trozo de mí: el brazo sobre mi cintura, las rodillas en el hueco de mis rodillas y su respiración al principio de mi espalda como un insecto intermitente.

La secuencia de hechos que me llevaron a besar a Cristóbal Conde fue la siguiente: el día que los amigos de mi prima llegaron al cortijo, yo subía por la cuesta que llevaba al monte. Había ido a saludar a las vacas, pero mentalmente, para que el dueño no me juzgase mucho, y oí de pronto bajar desde la casa el ruido de un discurso inaguantable sobre pádel.

Era la voz de Cristo. Yo estaba ya tan entrenada en reconocerla, de haber pasado cuatro cursos teniéndolo detrás, que agarré el móvil directamente.



—¡Lilia! ¡Cariño! —me gritó la tía Luisa, cuando llegué arriba—. ¡Que al final somos más y no hay cuartos!

—¡Hola! —los saludé—. ¿Qué pasa?

—¿Se pueden quedar los niños con vosotros?

«Me estás vacilando», pensé, mientras ella me soltaba una retahíla que se perdió detrás de la cancela cerrándose, y luego entendí al final del todo algo que creí que lo haría mejor.

—¿Los niños y Diana?

Dos noches después, escabulléndome de madrugada al campo, yo estaba dispuesta a medidas como dormir con Cristóbal con tal de no compartir cuarto con Diana.

No era por nada que Diana hiciera. Si acaso, durante los primeros días que pasamos allí, Diana no emitió un ruido fuera de lugar y no colocó una sola pertenencia fuera de su sitio. Hacía la cama siempre como si fuesen a enmarcarla. Preparaba tostadas para el resto. Su rutina era una prolongación de la niña que había sabido tirarse de cabeza en las clases de Inés Aplauso. De repente, sin un pasillo entre las dos, yo me descubrí no sabiendo ni dónde colocarme frente a esta idea, en una cercanía importantísima de dos camas.

—¿La ropa la puedo poner aquí? ¿En este cajón?

—Sí, o hay una balda en el armario, o… Vamos, donde tú veas.

Hasta ese momento, por ejemplo, ni siquiera me había dado cuenta de que Diana ya era casi una cabeza más alta. Esto me impactó muy personalmente: había dado un estirón por dentro y por fuera, antes que todos los demás, y nadie me había avisado. Sus ojos, que creía marrones, o verdes, o no los había visto nunca, en la habitación se me revelaron grises. ¿Quién va por ahí con un ojo gris?

La mañana que me vio tratando de encajar el cierre de mi bikini, me dijo:

—¿Quieres que te lo ate?

Yo abrí y cerré la boca medio minuto, sopesando si necesitaba o me ofendía que me tocara.

—Es magnético.

—¿Seguro?

—Seguramente. Ahora son magnéticos todos.

Lo que pasaba era que Diana Mena, por encima de todo lo demás, tenía esta forma de mirar a los ojos que consistía en una atención limpia e intimidante, y aún por encima de eso, ni se enteraba. Había crecido con ella desde niña, la seguridad sin timidez y a la escucha, que le hacía leer mejor que el resto. No desviaba nunca la mirada.

Aún recuerdo que casi escupí el corazón la tarde en la que entré en el cuarto y la encontré en sujetador junto a la cómoda.

—¡Dios!

Intenté cerrar tan rápido que me estrellé la puerta en la cara.

—¡Coño!

—¿Laia? —Diana vino hasta mí—. ¿Estás bien? ¿Qué ha…?

—No, no, perdón, perdona, es que… En mi mente estabas… —Me tapé los ojos—. Perdón. Te dejo cambiarte. Me voy al baño y tú ya ahora…

—Laia. Me has visto en bikini. —Sonrió sin entender—. ¿Te has hecho daño?

—No, no. Si es un chichón. Para mí es más natural tenerlo que no tener ninguno.

—¿Me dejas verlo?

—No.

Al segundo día, empecé a levantarme a las siete y a huir al campo por evitar algo que estaba despertando en mi interior y no entendía, pero que solo seguía siendo una relación de piscina muy mal llevada.

—¿Diana no es guapísima? —le pregunté a César un desayuno—. O guapa nada más, no sé, o sea… Lo digo porque parece que no se habla. Y es una cosa como que… A lo mejor es nuevo o algo, pero llama la atención. ¿No te lo parece?

César dejó de intentar rescatar en su ColaCao una galleta ya disuelta en micropartículas.

—¿Diana…? —murmuró—. Bueno… Sí, ¿no…? Pero bueno… Habría que verlo… Ya… También es que es Diana.

Fue una idea terrible compartir mi crisis existencial con César Parra. Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, estuvo concentrado en nada,

haciendo casi cálculos mentales, y luego, en el desayuno del tercer día, me soltó:

—Diana es quizá muy guapa. Por encima de la media, pero… No llama la atención mucho, pero, en proporciones… Como en redondo… Pues es guapa.

Diana, que estaba sentada entre los dos mientras yo miraba a César con los ojos como platos, pestañeó un segundo.

—Bueno —dijo—. Gracias.

Fue esa noche, si lo pienso ahora, cuando se rompió de golpe el techo de vergüenza. Me despertó el ruido de un cajón de la cómoda a las cuatro de la madrugada. Abrí los ojos.

En la oscuridad, como una especie de sombra de parálisis del sueño, Diana Mena daba vueltas y giraba sobre sus talones pegando manotazos al aire. Yo no supe qué decir entonces por no despertarla, o peor, por si todavía ni se había dormido; pero viéndola allí, haciendo un lo que sea humanamente ridículo, me invadió una tranquilidad enorme y a la mañana siguiente, por fin, tuve algo de lo que hablar con ella.

—Oye, ¿y tú desde cuándo vas a sevillanas?

Diana me miró, con la cafetera en la mano.

—¿Qué? —dijo. Tartamudeó—: No… Nunca voy a sevillanas.

—¿Nunca has ido a sevillanas?

—Bueno, a los siete años, a lo mejor.

—Hombre, es cultural. La primera te la sabrás.

—Pero que no voy ahora a sevillanas. ¿Por qué dices…?

—Es que te vi ayer —le expliqué, sacando el pan de la nevera—, por la noche, pero no tipo espionaje; es que me desperté a las mil y estabas bailando sevillanas. Y me acordé de que la madre de Lucía Regalito da clases en el patio cobrando en negro. Tú eso lo sabes, ¿no?

—Laia. —Diana se cubrió la cara y se la frotó muy lento. Era en ese momento, ya, un gesto de bochorno tan suyo—. No estaba… Estaba echando a los mosquitos.

Me dio tal ataque de risa que del ruido despertamos a mi padre.

Ese día, mientras aún el sol estaba calentándose y Cristo refunfuñaba sobre su tostada, yo descubrí, como si no fuera evidente, que Diana Mena y yo compartíamos un mundo nunca hablado, de cajas de escarabajos y redes de piscina. Se tomó el café con leche de avena conmigo.

—Ya va a ponerse a hacer un calor —dije— que lo vamos a ver en un rato. Lo de este verano está siendo… Y un día me tengo que ir al pueblo en la bici. ¿Tú te vienes o qué?

Diana alzó las cejas.

—¿Hoy?

—No, un día de estos. Ya te iré diciendo. Pero ¿te vendrías, si tal?

—Ya te iré diciendo.

Me apreté la sonrisa en los labios.

—Estás ocupadísima negociando con los mosquitos.

—Alguien tiene que proteger esta casa.

—¿Para qué te vas a ir hasta el pueblo? —preguntó Cristo, que asombrosamente seguía ahí—. Lo mejor que se puede hacer, Layita, y te lo digo porque lo he sabido, es desconectar aquí en el campo. Porque luego la vida, por ejemplo, mi vida, no para y son muchas responsabilidades. Uno tiene que ver las oportunidades que afectan a la salud mental.

Yo lo miré a los ojos con un hartazgo inabarcable.

—Es que le debo una Penitencia a Olivia.

—¿Eso qué es? ¿Sale Oli en Cazalla de nazareno?

—Pues prácticamente.

—¡Qué bonito!

La Penitencia era, en realidad, una costumbre que Olivia y yo habíamos establecido a los diez años, en el tiempo que siguió a los insectos en bote y al trágico funeral de Curro Charmander. La amenaza de los dientes robados por los escarabajos fue perdiendo su valor. El mundo se quedó sin leyes grandes, y ya no hubo motivos para terminarse el ColaCao.

Fue el verano siguiente, mientras desordenábamos el armario de la casa del pueblo, cuando encontramos la reliquia incalculable de La Penitencia: la rebeca prehistórica que había llevado la abuela el día de su comunión. La tía Luisa decía que era «un trapito asqueroso», pero nunca llegó a entender la magia que contenía. Ninguna reunión de hilos, jamás, había conseguido el nivel de tortura que alcanzaba esa rebeca. Se te agarraba a la piel como una pegatina y picaba antes de ponértela, picaba solo de sostenerla, incluso. Debía de ser algo calculado, la invocación de una fuerza esotérica.

La Penitencia consistía, dijo la nueva ley, en que Olivia y yo nos enfundaríamos en la rebeca para subsanar los daños y perjuicios ocasionados por grandes injusticias, como apagar la luz mientras la otra se duchaba o traer a Cristóbal a Cazalla a explicarme los beneficios del campo.

Después del día en la nave de las puertas, Diana se subió detrás de mí en la bicicleta. Bajamos a recoger la rebeca al pueblo por el camino que bordeaba la autopista. Era todo igual allí, siempre: las calles blancas y viejas y mal empedradas. El bar y la frutería de enfrente, que ojalá ahora no esté llena de muertos.

—Qué maravilla esto, pues me la hizo la tía Angustias —me contó la abuela otra vez—. Eso fue un día que yo me sentí como la reina de las Españas, y me guardé también el cirio de la cuaresma. ¿Tú ves las puntadas aquí, qué detalle? Laia, a ver si te me empeñas tú en alguna cosa maravillosa. ¿Qué andas tramando?

Yo miraba a Diana al fondo del pasillo, hablando en el despacho con mi abuelo.

—Estoy a punto de curar la diabetes.

—Déjame de tontadas…

—Abuela —le dije—, tu amor por la rebeca esta tiene que ver con un amor tuyo más profundo al sufrimiento. ¿Hay torrijas?

—¿En agosto, Laia Cecilia? —Pero no me paró cuando empecé a rebuscar en la nevera—. Un día te tuviste que dar un golpe en la crisma, porque si no, no me lo explico.

Diana llegó a la cocina entonces sosteniendo una cámara de vídeo entre las manos.

—Me la ha dado tu abuelo. Estábamos hablando de fotos y se ha empeñado, pero no sé dónde dejarla…

—¡Ah, no! Estupendamente —la interrumpió la abuela. Sacó una bolsa de plástico de supermercado de un cajón—. Niña, esa te la llevas, anda. Porque es otro cachivache, que ya no le cabe nada ahí dentro metío. Estamos criando polvo.

—Pero no me la puedo llevar. Esto es… —intentó Diana—. Debe tener veinte años. Es un recuerdo. No hace falta, muchas gracias, pero no…

La abuela le metió la cámara en la bolsa y le hizo el mismo nudo que le hacía a los pescados. Diana me miró como a medio camino entre disculpándose y pidiéndome ayuda, y yo solo le sonreí, apoyada en el horno.

—Un *souvenir*.

—Ahí vas —dijo la abuela.

—La puedo vender —sugirió Diana— y mandarles el dinero, si quiere eso mejor.

Una cabeza más abajo, la abuela de repente se frenó para contemplar bien a Diana, con sus ojos de cloro todavía, mitad cataratas, mitad azul.

—¿Y tú quién eres, chiquilla?

—Diana Mena.

—Pues muy bien —asintió, convencida—. Déjame de tontadas y llévate el cacharrito. Laia, mira qué niñas me traes, guapas y educadísimas, y tú por qué te tienes que poner el pelo de los colorines esos.

—Para darte qué pensar.

—Diana, ¿te gustan las fotos? —Se volvió hacia ella otra vez, mientras removía su puchero de verano—. Mi abuelo era trabajador en la mina del Cerro, y como allí había ingleses a cascoporro, tenían cámaras mucho antes. Pues por aquí todavía me queda la foto lindísima de Laia en la comunión…

Me erguí.

—Se acabó. Adiós, abuela. Buenas tardes.

—¿Ya te fugas?

—Me llevo la rebeca.

—¡Encantada! —alcanzó a decirle Diana, siendo arrastrada hacia la salida—. ¡Un placer!

Preparando la bicicleta unos minutos más tarde, mientras yo me ataba la camiseta a la cintura, la miré inspeccionar en silencio la cámara de vídeo. Ese momento, que se ramificaría en otros idénticos en tiendas y bajo la luz de su cuarto, en pasillos de universidad y calles oscuras, fue de los primeros en los que pude ver a Diana absorta en algo más grande que su atención al resto.

—Perdón, porque te he dejado con el abuelo sola —le dije—, que fuma como un carretero y a saber qué te ha dicho. Ni se entera de dónde está desde hace años.

—No, pero se entera. —Diana me sonrió—. De verdad. Ha estado chulo.

—Te ha tocado la bonoloto.

—Es una joya —me explicó—. Es una Handycam de las antiguas. No me la voy a quedar, pero no te cachondees.

—Es un cacharrazo a punto de nieve.

—Te ríes, vale. Pues vale más que yo.

Diana y yo cargamos la cámara, que era casi un fósil con botones, hasta el terreno de la nave. Luego me acerqué a los panales que colgaban de los canalones como estalactitas; los toqué un poco, para que despertaran, y Diana grabó a las abejas desapareciendo bajo un rayo de luz. Nos sentamos a comer mandarinas al atardecer y me vi a mí misma encontrando excusas para poder rozarle las manos.

—Tengo esta idea —le dije, mirando las vacas en la valla—, y la pienso mucho, de que están encerradas aquí y ni se dan cuenta. Nadie podría pararlas de irse, si se dieran cuenta. ¿Lo has llegado a pensar?

—Pero eso —dijo Diana— nos pasa a todos, todo el rato.

En un juego de descubrimiento, yo movía las zarzas y hacía sombras con los dedos en la pared. Diana apuntaba las formas con el objetivo de la cámara. Al día siguiente, volvía a levantarme a las siete de la mañana para esquivarla por algo que era nuevo e innombrable y me reptaba como vivo entre los riñones. La llevé a lo bajo del río, al fango derretido donde se encontraban los escarabajos negros, y grabamos a los peces pequeños y transparentes perdidos en el fondo del agua. Cuando fuimos a escalar las rocas, Diana se agachó de pronto y me ató con cuidado los cordones de los zapatos. No pude ni mirarla después durante el rato de la comida.

—Esto sí es más un secreto: tardé casi todo primero —me dijo, la noche en la que cayeron las perseidas— en saber que eras prima de Olivia Bayón.

—¿Qué? Pero ¿cómo? ¡Tú estás de coña! ¡Si además Oli y yo somos casi iguales!

—No tenéis nada que ver Oli y tú.

—A ver, en un plano espiritual, luego está el resto. Hay muchas cosas físicas… Los bebés en las rodillas. Si tú estiras las rodillas, o sea, todas las sombras de las rodillas parecen la cara de un bebé, ¿no? Es en serio. Pues Olivia y yo tenemos el mismo bebé en las rodillas.

Diana sonreía, con las cejas alzadas.

—No sé ni qué responderte a esa bomba de información.

—¡El González nos confunde!

—El González confundió a Alma con una papelera.

—Olivia y yo, vale, ella es más rubia, ¿no? Y yo ahora tengo… Estoy distinta, con las pintas, vale. Pero al final lo único en lo que no nos parecemos de verdad sería en los ojos. Que Olivia tiene los ojos marrones.

Diana me miró entonces unos segundos más de la cuenta, como si aún me quedara algo por decir.

—Es que creo —dijo— que eso es no pareceros en nada para mí. Porque en mi cabeza… Cuando yo te imagino a ti, me parece que siempre empiezo por tus ojos.

La lluvia cayó sin avisar, de repente.

Diana y yo estábamos hablando de los alienígenas, que llegarían ocho años después, y empezó a chispear. Al volver a la habitación, el colchón bajo la ventana estaba empapado. «Dormimos en la mía», propuse, porque me daba un miedo horrible estar cerca de Diana Mena, y a la vez me devanaba los sesos por estar más cerca, imposiblemente cerca de Diana Mena.

Su pijama olía a suavizante de sábanas blancas. Nos encajamos como un puzle en la cama minúscula.

Yo supuse al rato que se había dormido por la respiración de su cuerpo pegado al mío. Miré el gotelé toda la noche, sin poder parar de pensarlo, su

cuerpo y su cuerpo y su cuerpo pegado al mío, hasta que la pared desarrolló luces propias. «Siempre empiezo por tus ojos». «Siempre empiezo por tus ojos». Su brazo sobre mi cintura era una ristra de hormigas y de repente sobre nosotras volvió no solo un techo de vergüenza, sino cinco, una vergüenza arrastrada, vergüenza a la vergüenza; la metavergüenza sin finales en la que decidí, como a los nueve años tras natación, que ya después de eso no podía hablarle en la vida.

Pero Diana y yo éramos, fuimos, ojalá todavía sigamos siendo, un mecanismo simple e inevitable de gente empeñada en acercarse.

Hui en bici a las cinco de la madrugada. Me colé en la nave de mi padre y me dormí sobre los restos de una puerta.

—Tenemos que hacer algo guarrísimo ahora, venga, porque no puede ser —dijo Cristo— que empecemos segundo bachillerato así de mancos. Escúchame, César: yo el año pasado en La Toscana me lie por lo menos con tres distintas. Y luego no veas la que se lio, porque coincidimos todos en la boda de mi primo.

Oli susurró:

—Eso es la trama de *Mamma Mia!*

—Pues, carajota, porque son cosas que pasan en Italia.

La madrugada que jugamos a la botella en Cazalla, en el sótano del cortijo de los vecinos, encontramos una bolsa de kikos milenaria bajo un sillón. Luego repartimos entre todos un cartón de cerveza y usamos el peor móvil con la peor *playlist* de música. En un reto, Diana empinó el botellín y empezó a bebérselo de un trago.

—Venga ya —reía yo—. Venga, ¿de qué vas? Tío, oye, así no vale. Quitad eso, que con el flamenco Diana se viene arriba.

Ella lo terminó y me golpeó la frente con el índice.

—Laia Bayón —dijo—, el chiclecito a la papelera y para la ducha.

Movimos los sofás y nos sentamos en círculo. Giramos el botellín vacío, que me señaló. Se formó una cháchara como de expectación idiota y Alma levantó los brazos para todos:

—¡Venga, a cerrar los ojos! ¡Venga, que ella elija!

Yo iba a besar a Diana Mena. Estaba tan segura.

Se había sentado al otro lado y creí verla mirarme de vuelta. Lo supe entonces: todo lo que había sentido en el cuarto en Cazalla era un deseo irreprimible de besarla. En esta revelación que se difuminaría cuando nos fuésemos y la vida se dividiese otra vez en dos, visualicé la cadena de acciones que, hasta ese momento, habían sido un instinto de huida vacío: iba a ir hasta Diana Mena. La iba a besar, para que supiera que yo sabía que lo sabíamos. Nadie lo vería y luego, en la cama, íbamos por fin a besarnos a solas, mejor, como se hacía en las esquinas del *skatepark*. Le apoyaría el pulgar en la barbilla y le abriría la boca. Podía hacer eso y todo lo demás, porque era Laia Bayón y tenía más de dieciséis años, y estaba a punto de saberlo todo de casi todas las cosas del mundo.

En el círculo en silencio, gateé hasta Diana. Recorrí de un vistazo su mancha, menos roja que los labios. Me humedecí mis labios secos.

Recorté el espacio: mano izquierda sobre el suelo frío. Mano derecha sobre el suelo frío. Mano izquierda sobre el suelo frío, junto a su mano. Mano derecha sobre… la pierna de Cristo.

Me volví. Cristóbal abrió los ojos, confundido. Me vio allí, a un impulso de besar a Diana, con la mano en su pierna y las cejas alzadas.

—¿Qué…? —empezó.

Retrocedí. Mis pies golpearon la botella.

Esta rodó hasta César en un estrépito, que se despertó de golpe. Todo lo que había tenido tan claro se volvió de pronto otra vez una duda: miré a

Diana y a Cristo. Me lancé contra la cara que no era y lo besé a él, agarrándolo de la camisa desabrochada.

Fue, más bien, una colisión dolorosa de narices. Álvaro, que tenía que vivir muy aburrido en ese cortijo, nos silbó como si le importara. Oli parecía estar viviendo otra revelación fundamental de la materia.

—Coño, ¿cuánto ha bebido Laia Bayón? —dijo Alma—. ¿Qué es esto que está pasando?

Yo me limpié la boca con la mano y sonreí.

—Que no he bebido. Que ya he dicho que me da asco la cerveza.

Cuando volví a sentarme junto a Olivia, miré a Diana y la encontré sentada al lado de Cristo, con los ojos abiertos y sin expresión. Entonces ella vio que yo la estaba observando e hizo algo pequeño e impropio de Diana por primera vez desde que nos conocíamos: desvió la mirada.



En los cuatro días que nos quedaron en Cazalla de la Sierra, seguí besándome con Cristóbal Conde.

Tardaría un año aún en darme cuenta de que tenía esta tendencia ensayada a asentarme en cualquier situación, a entender que no había nadie en casa y dormiría en los arbustos. Esa era la valla que me convertía en vaca: una necesidad incorregible por demostrar que podía sobrevivir en todos los lugares.

Cristo empezó a hacer lo de pasarme el brazo sobre los hombros en momentos terribles: lavándome los dientes, subiéndome de un salto en la bicicleta. Nunca entendió lo que había visto la noche de la botella, porque Cristóbal Conde era ingenuo y casi tierno, e idiota para siempre jamás, y

besaba metiendo la lengua hasta el fondo de la garganta como quien rebaña un yogur griego.

—¿Podemos hacer algo guarro? —me preguntó una tarde—. O no te parece.

—A ver —le dije, espantándole la mano—. Pues no sé. Pues dependerá.

—Algo sin rayarse ni nada, eh. En plan fácil. Tipo, no sé: un sexo oral.

—¿Cómo? Pero ¿a dónde vas? ¿Yo a ti, un sexo oral?

—¡No, no! Los dos a los dos, al mismo tiempo. Pero sin teléfono ni nada, ¿eh? Un sexo oral aquí mismamente: tú me dices una guarrería y yo te digo dos.

Diana y yo no volvimos a atravesar el río juntas.

No pasó nada, en realidad, y continuamos coincidiendo todo el rato, pero ahora por alguna razón siempre estaban los demás también. Fue impresionante comprobar que en la habitación sí que cabían dos hemisferios entre las camas, y Diana siguió siendo Diana, y yo seguí siendo yo, y nada siguió, no sé puntualizar ni cómo, siendo igual que antes.

Después de la noche de la botella, Olivia fue incapaz de hablar de nada que no fuera que la había besado César Parra. En el momento de los hechos le dio tal chute que tuvimos que salir un rato ella y yo a correr juntas alrededor de la propiedad. Subimos la cuesta al campo y la bajamos tres veces. Se levantó con un herpes de estrés al día siguiente que crecía conforme pasaban las horas.

—Porque lo de la lengua ni lo hice —nos dijo, cuando nos reunió en su cuarto a las tres—. Y a lo mejor él lo estaba esperando, ¿sabes? Que yo hiciera eso, más rollo enrollarse, porque quiere que vayamos más rápido.

—Oli, César no sabe lo que es ir rápido —le dije yo—, en general. Mentalmente.

—Pero entonces ¿por qué no me ha besado otra vez? ¿No? ¡Es que han pasado mil días, como tres días!

—Pues a lo mejor porque tienes un herpes en la cara del tamaño de un higo.

—César es nuevo —explicó Diana—, en todo esto también. Lo mejor es que vayáis a hablarlo.

—No, pero vamos a ver —bufó Alma—. Pero que tampoco se puede estar aquí masticando todo, todo el tiempo. Las cosas habrá que saberlas ya, o ¿somos *Barrio Sésamo*?

César llamó otra vez a la puerta con los nudillos.

—¿Puedo entrar ya?

—¡No, César! —contestamos todas.

—Vale, vale…

—Yo creo, Oli —siguió Alma—, que lo que tienes que hacer es no hablarle durante años y que así te venga detrás. Yo te digo que es lo que les funciona. Aunque en el camino a lo mejor lo acabas odiando de cojones, y la otra opción es que le pegues…

—No —dijo Diana.

De pronto, la puerta del cuarto de Oli se abrió de par en par. Nos volvimos las cuatro sobre la cama.

Al otro lado, en el pasillo, la tía Luisa estaba agarrando a César de la camiseta, que era mucho más alto que ella, y en la frente se le había hinchado la vena de cuando nos gritaba que no saltásemos a la piscina.

—¡Olivia Bayón! ¿¡Tú te crees que yo soy tonta!? —Le apretujó la cara a César y todas vimos el herpes que estaba naciéndole en el labio—. ¡Este niño no es un cura!

Se fueron corriendo de Cazalla de la Sierra.

Yo me quedé allí los cuatro días de quincena que sobraban, con mi padre pululando por la casa recolocando cuadros que no miraba nunca. Antes de que hicieran un tetris de maletas en el coche, y de que Cristo tuviera que encajarse de nuevo en el maletero, nos sentamos juntos a mirar la nada, en la cuesta incómoda de tierra y bichos. Esperamos en silencio a tener algo en común de lo que hablar.

—Oye, que te iba a decir —le comenté— que yo no voy a ser tu novia ahora o algo. Que si lo habías entendido… Pues perdona. Ha estado bien el *petting*, pero yo esto como que nada.

—Anda —dijo él—. No, no, fenomenal. Es que pienso lo mismo.

—¿En serio?

—Pero yo entendía que las chavalas… Si se hacen unas cosas, hay que ser novios por decencia. Entonces no sabía cómo decírtelo, que no estoy disponible. —Se pasó una mano por el flequillo rubio de lametón de vaca —. Ay, Layita, es que yo, internamente, es que he descubierto este verano que soy un toro bravo. Y, lo siento, pero no me puedo atar.

—Bueno, a ver, que te lo he dicho yo. Que tampoco me estás rechazando tú a mí. Esto no ha pasado y quedamos como siempre.

—Claro. Lo que te haga falta.

El último día en Cazalla, al terminar de doblar la ropa, limpié la bici a manguerazos y le pregunté a mi padre a qué hora íbamos a salir. Él me dijo que a dónde íbamos a salir, porque todo ese tiempo en realidad había sido el tío Ángel, y mi mitad de padre se acordó luego, por la noche, de recogerme y llevarme a Sevilla cuando yo ya me fosilizaba de frío en la verja.

Mamá no se acordó tampoco de que yo volvería algún día, así que al llegar a casa había un señor bajando las escaleras en pelotas. Nunca en la vida había recibido más explicaciones familiares de las que recibí entonces.

—Es el electricista, Laia —me repetía—, que te dije que vendría, y es un amigo que me cae estupendo. Pero tampoco se sabe, cariño, ni te iba a decir sin seguridad… Porque que la gente se junte no significa que sea para siempre.

—Mamá —le dije, parándola—. Mamá. Créeme que te estoy entendiendo.

Volvimos a clase en septiembre.

El mundo, que había cambiado para siempre, seguía siendo exactamente el mismo: al final del pasillo, entre la muchedumbre, Diana Mena era de nuevo una idea impecable. Yo volví a ojear a veces, en un impulso estúpido, por la ventana desde la que se veía la ventana de su cocina. Le habían puesto cortinas opacas. Cuando iba a por tiza al B, me fijaba en su foto en la orla, que parecía más grande que la del resto. Iba buscando sin querer todo el rato la manera de vernos otra vez, pero si Diana aparecía en la puerta del A y sus ojos coincidían con los míos, yo era capaz de empezar un proyecto de papiroflexia con tal de fingir que no la veía.

En la tercera semana de curso, el instituto organizó su festival anual de cortos. Consistía en un solapamiento de dos horas de transiciones del Windows Movie Maker, y la mayoría de las veces lo interrumpían porque Ruiz el de Tecnología, que era el que los proyectaba, se quedaba dormido.

Ocurrió tras el quinto vídeo, cuando estaba a punto de escaquearme. La pantalla se encendió en una luz inconfundible.

Yo giré sobre mis talones y de pronto la vi: la imagen saturada de la estructura vacía. Un panal crecía en un canalón seco y la fecha incorrecta de la cámara de mi abuelo decía que era 2 de mayo del 2006.

Diana Mena había presentado el corto de nuestro verano en Cazalla de la Sierra.

Nadie lo supo, porque usó un seudónimo, menos yo, porque lo había grabado conmigo. Era un recorrido silencioso de cigarras y viento en el que una abeja abandonaba el panal y volaba sola hasta perderse en el bosque. Un pájaro luego salía de los árboles y la cámara fingía seguirlo hasta el río. Allí se enlazaban los peces con las ranas, y estas con las polillas en las luces del porche. Aún ahora no puedo entender cómo consiguió Diana, sin parecer intentarlo siquiera, seguir las cosas con el cacharro más viejo del mundo hasta formar una metamorfosis, una sola criatura que iba transformándose en todas, y que al final acababa siendo la sombra en el gotelé de una mariposa hecha con mis manos.

El salón de actos se quedó a oscuras. Yo no pestañeé hasta que terminó.

Luego, alguien me tocó la espalda y me tragué el chicle del susto. Cuando me giré, era César.

—Oye…, ¿vas a sentarte? Es que llevas de pie como seis minutos.

Tendrían que pasar meses todavía para que yo entendiera que Diana, quien era elegida para todo por todo el mundo que compartíamos, seguía siendo al final del día un fantasma de cortina tras unos cristales. Lo que era, o lo que había sido; lo que quería ser, a lo mejor, se hacía invisible bajo su atención al resto.

Yo pasé la siguiente semana entera queriendo decirle algo sobre el corto de Cazalla, pero nunca decidía el qué. Organicé abordajes entusiastas y neutrales, detallados y vagamente específicos, como de haberlo visto a mitad de una aneurisma. Ese viernes, al terminar las clases, la vi salir por la puerta del instituto. Me invadió un impulso de repente:

—¡Diana!

Ella se volvió. Yo giré tan rápido en la bici que me enredé en los pedales y caí al suelo. Cuando me puse en pie de nuevo, había hecho el ridículo y me sangraba la rodilla.

—Oye, pero que no es nada —le dije, mientras Diana me arrastraba al baño—. Gracias, pero que de verdad. Que las he tenido peores.

—Si no lo dudo.

Diana Mena me sentó en el váter de discapacitados del instituto y abrió la mochila. Sacó de una bolsa un paquete de algodón y Betadine y me vigiló mientras yo me limpiaba.

—Date bien.

—Que me estoy dando.

—Eso no es darse bien.

—Pero si está estupendo, ¿qué hago ya? ¿Me lo incrusto?

—Creo que tengo algo aquí para las quemaduras…

—¿Qué es esto, Diana? —Me reí—. ¿Que vas por ahí con un botiquín por si un día se te muere alguien?

Diana rompió el envoltorio de una tirita con los dientes. Me cubrió la herida con un cuidado irreproducible.

Nos hemos visto tantas veces en esas. La sangre ahora, sin Diana, parece un acto sin resolución. Dónde debería estar poniendo toda esta sangre que al parecer tengo. El contacto de sus dedos en ese momento se unió en mi interior con el contacto de sus dedos otros días; con un contacto que yo aún ni había tenido de sus dedos en el futuro.

—¿Qué me ibas a decir?

—¿Qué?

—Cuando me has llamado.

—Ah, sí. Nada que… Te podía llevar a casa, que es un paseo y tal, pero… como soy fantástica, pues ahora este es el plan.

Diana dijo, antes de subirnos juntas en mi bici:

—Te puedo llevar yo.

Dos semanas después, mi padre me dijo en una llamada de teléfono que había muerto el abuelo. No llegó a especificar cómo. Su voz se entrecortaba por la mala cobertura y detrás se oían los engranajes de las puertas de la nave; yo, que no sabía tampoco mucho quién había sido el abuelo, sentí esta emoción extraña de cuando la pena tiene que ver más con la culpa por la falta de pena.

El sábado se organizó el funeral, que fue una misa en el pueblo de Cazalla. La abuela acudió como lo hizo el cura, a hacer su papel en un uniforme específico.

Junto al órgano, mi madre y mi padre intercambiaron, después de tantos años, su saludo cordial de conductores de autobús. Nuestro banco de la iglesia estaba en la esquina que más apestaba a incienso, y allí, tosiendo a ratos, Olivia me dio la mano y suspiró dramáticamente.

—En un momento como este —dijo— es cuando creo que empiezo a fumar.

—Oli, no vas a fumar. No te aporta nada y es carísimo. Da mucho asco, en serio, lo de fumar.

—Bueno. —Oli asintió—. Si te hace sufrir, lo dejo mañana.

Cuando se acabó la misa y salimos a la plaza, Diana estaba allí.

Había venido desde Sevilla en autobús y todos los detalles de ella entonces, supe al verla, los guardaría para siempre y para ahora: el pelo castaño rozándole los hombros, la marca de nacimiento con forma de mapa. Me miró de vuelta con la sonrisa correcta para un momento como ese, que ni la había. Olivia corrió hacia ella y se le colgó del cuello. Yo esperé y la abracé después. Diana me envolvió los hombros entre sus brazos y yo hundí la nariz en el cuello de su camisa, y solo después, cuando se acabó, me di cuenta de que era la primera vez que nos abrazábamos.

—César está en la estación —le dijo a Oli—. He intentado que se acerque, pero está empeñado en que tu madre le va a pegar.

—Sí, es que mi madre seguro que le va a pegar.

César Parra volvió a besar a Olivia, por fin, al lado de los baños de la estación de autobuses, el día que se celebró el funeral del abuelo. Alrededor, las cosas nacían y morían y volvían a nacer. Mirándolos, Diana y yo compartimos una bolsa de Risketos, sentadas en un banco junto a los cristales arañados.

—Espero que esté haciendo lo de la lengua que me prometió.

—Yo espero que no —dijo ella—, por si se la muerde.

Luego Diana sacó de su mochila algo sólido envuelto en una bufanda. Me lo dejó sobre las manos y yo lo abrí: era la cámara vieja del abuelo.

—No le he encontrado la funda —me explicó—, porque no la venden ya en ningún lado. Pero se la puedes devolver así y ya cuando tú quieras…

—No, ¿qué dices? No. No vas a devolver nada. Es tuya. Toma.

—Laia, no es mía. Es un recuerdo bonito que es de tu abuela.

—Mi abuela está rodeada de recuerdos.

—Laia. —Diana me miró a los ojos con toda su sensatez, que parecía incluso antigua—. Por favor. No me la puedo quedar.

Yo tomé aire y me froté la cara. «Es más recta que un boli», pensé mordiendo la bola de mi piercing del labio.

—Vale —le dije—. Mira: te vas a llevar la cámara de vuelta. O sea, te la voy a grapar si hace falta, no lleguemos ahí, pero… Si sientes que te la tienes que ganar o algo, Diana, o lo que sea que sientas, pues graba con ella. Tú le vas a dar el mejor uso. Eres… Tienes mucho talento con esto —decidí decirle, de repente—. De verdad. En tu corto… Es alucinante lo que haces con esto, y deberías hacer más, y con cámaras mejores. Esta cámara es una mierda, de hecho. Voy a robarle a mi abuela una cámara mejor.

—No le robes más —me pidió Diana—. Es suficiente.

—Te quedas esta mierda y grabas.

—Laia…

—No.

Los faros de un autobús nos recorrieron durante un momento. Sentadas allí, en el murmullo de la estación, Diana y yo nos miramos y de pronto comenzó a crecernos en la cara la misma sonrisa idiota. Ella acarició la cámara.

—Gracias —me dijo—. Por lo del talento. Puedo pedirles una cámara a mis padres. Tu familia no me tiene que becar.

—Genial —le dije—. Cuando me traigas la de tus padres, te la desgrapo.

—Te vas a salir con la tuya, ¿no?

—Me suelo salir con la mía, sí.

Con la cámara entre las manos luego, toqueteándola juntas, vimos los vídeos de hacía veinte años guardados en el carrete. En los de hacía quince, yo aprendía a andar de la mano de mi abuelo. En ellos me pareció ya viejo, una idea obtusa; una persona a la que había perdido no en el presente, sino desde el principio de las cosas. La muerte era, en ese momento, una improbabilidad.

—No hablé con él —le dije a Diana, recostada en su hombro—. Cuando lo vimos. Ya ni siquiera se acordaba de mí, pero… Yo qué sé. Se fue sin acordarse.

—Cuando yo hablé con él —me dijo ella—, me llamó todo el rato por tu nombre.

Mi padre vino a recogernos más tarde para llevarnos a dormir al cortijo. Colamos a César por la puerta trasera para que no lo viera la tía Luisa.

Esa noche, hacía un frío de noviembre y nadie había sacado los edredones de la casa. Diana y yo nos metimos bajo las mismas sábanas que

en agosto y dormimos de nuevo juntas.

Un rato antes, cuando aún estaban las luces encendidas, encontramos unos pijamas en el armario de la salita y nos cambiamos vueltas hacia el gotelé, con una vergüenza al fin sin huidas. Yo miré su sombra curvilínea en la pared. No había pasado nada, pero había pasado todo, y era el principio de todos los finales.

Sentadas sobre el colchón, mientras doblaba la sudadera, me tocó la rodilla con el índice.

—Todavía la tienes.

—¿Qué? —Me fijé en lo que quedaba de la herida—. Ah, esto. Sí.

—¿Te duele?

—No, si ya está seca. Es una mancha, solo.

De pronto, Diana agarró el asa de su mochila. Abrió su estuche y sacó un bolígrafo, y se pintó un círculo rojo en la misma rodilla. Luego levantó la cabeza y apretó los labios un poco, en algo indescriptible, nuestro, arrastrado detrás de los ojos desde hacía toda una vida.

—A lo mejor da muy buena suerte.

OceanofPDF.com

Esa madrugada, a las tres de la mañana, me desperté gritándole a nadie:

—¡Mamá!

Diana se despertó a mi lado.

Me latían las sienes y la habitación se me reconfiguró entre zumbidos de otro mundo, que era el nuestro y se acababa: mamá me quería matar. Yo la llamaba y el cielo estaba hecho trozos. Casi llegué a ver, como siempre había visto, todo lo demás que iba a venir y todo lo que había venido antes: treinta cabezas y un fuego y una silueta mirándome desde la chimenea. Pero al despertar volvía y lo olvidaba otra vez.

—Laia —oí a Diana, y sentí su mano en la espalda—. Laia, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Jadeé y me giré para verla en la oscuridad.

—Sí… Perdón, es… Perdón.

—No pasa nada. ¿Estás bien?

—Sí, es que tengo… A veces tengo una pesadilla.

OceanofPDF.com



La mujer vacía seguía pegada a la puerta.

Se fue puntualmente los días en los que nos molestamos en no hablar, pero al final el edificio era un ecosistema pequeño, acordonado, y la mujer siempre volvía para pegarse a la puerta. La atraía nuestro ruido humano y vivo. Estaba muriéndose de hambre tan lento que conseguiría que antes nos muriésemos de hambre nosotros.

—Tiene que tener agua en algún lado —concluí—. Tiene que haber un piso abierto sin tapa en el váter. Se habría deshidratado ya, si no bebiera. Está claro que se mantienen.

—Ahora cocinan, los putos zombis —bufó Rey—, pero no pueden ni lavarse el culo.

—No los llames zombis.

—Vale, quilla, ¿cómo te lo digo en lenguaje inclusivo? ¿Los colegas?

—Será como un acto reflejo —seguí murmurando yo—. Lo que detecten que se pueden comer.

—¿Y cuando nos coman a nosotros? Porque no quede nada. Porque esta tía va a esperar ahí, te lo digo yo. Ya van trece días. Los autómatas estos están tontos y ni corren, que ya es triste, y están bebiéndose el agua del puto

váter, y ¿ni con esas sale el ejército ahí fuera a cargárselos a tiros? Estamos apollardaos. Los alienígenas se estarán descojonando.

—A lo mejor eso es lo que quieren, los alienígenas. Que por psicópatas como tú nos matemos entre nosotros.

Por ese entonces, aún no sabíamos que eran más de un tercio de nosotros, los autómatas pegados a puertas. El cuarenta por ciento de nosotros estaba muriendo o matando en cualquier parte o las dos a la vez; todos nosotros, en definitiva. La idea era tan desproporcionada que se hacía pequeña, incluso irreal, instalada en la vida propia. Alrededor de los que sobrevivíamos lo único que parecía seguir ocurriendo era un silencio terrible de antesala a algo.

Yo esperaba todas las noches a que empezase un crujido y se derrumbasen las ciudades. Miraba el cielo limpio al otro lado de las ventanas para ver la señal de que estaban ahí, fuesen quienes fuesen, en la forma en la que hubiesen venido; una luz o un cometa o una nave inmensa tras las nubes. Pero en el cielo solo había cúpula y más cúpula, y el silencio impenetrable y terrible de los enfermos, y nadie que estuviera ahí arriba haciéndonos morir parecía estar mirándonos de vuelta.

Desde el día del comunicado, Rey y yo decidimos sin decidirlo empezar a compartir todas las habitaciones del piso.

Yo seguí durmiendo abrazada a la lanza y él se encerraba en su cuarto con pestillo, pero ahora usábamos los dos el baño grande. La caldera había vuelto a la vida. Cuando pude sentarme, al fin, bajo el chorro de un agua caliente y nueva, me dio un llanto estúpido que era casi hipo, aún no sé ni por qué tipo de emoción.

Rey dejaba los azulejos cubiertos de pelos rizados como un expositor húmedo de lombrices. Era siempre un asco, el final de un adolescente que abandonaba la comida pudriéndose en los tápers. En cualquier otro mundo,

nos habríamos insultado *online*, y en este mundo teníamos que compartir la casa de otras personas. Por las noches, nos turnábamos la vigilancia de la puerta y jugábamos partidas de UNO para no acabar matándonos o hablando solos.

La tarde en la que lo encontré frente al lavabo afeitándose con la cuchilla, me fijé de pronto en que tenía rotas la mitad de las uñas de la mano derecha. Alguien le había mordido el lóbulo de la oreja y arrancado el pelo que le crecía en la nuca.

Él se giró y me descubrió mirándolo.

—¿Qué? —ladró. Me ofreció la cuchilla—. ¿Te quieres depilar las piernas?

Yo pestañeé, atónita, pero el tío no bromeaba.

—¿Tú eres gilipollas?

—¿No es eso lo que os importa a las tías?

Rey no me contó nada de lo que había vivido el primer día. Yo no le hablé a él de los arañazos de mi madre.

Pensaba en ella, durante mis turnos de madrugada; en el alivio de que bebieran de váteres y comiesen solos. Seguiría encerrada a dos calles, esperando aún a que yo reuniera el valor, ¿el valor para qué? ¿De qué servía ya mi valor ridículo de hacer el caballito en la bici y saltar vallas?

—¿Quién te puso lo de Rey? ¿Le dices a la gente que te llame Rey porque en verdad te llamas Alberto María?

Rey estaba derramado sobre el sofá y yo lo miraba desde el suelo, bajo un último rayo de sol.

—Es mi apellido —contestó—, tocapelotas. La gente me llama Rey de toda la puta vida.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Rey.

—¿Y tu nombre?

—Que a ti no te lo voy a decir, cansina. Que a ti no te importa.

—Okey —sonreí—, Alberto María. Manolete.

Él se cubrió la cara con un cojín mientras empezaba de nuevo el crujido del picaporte. Lo oí gruñir: «Y otra vez, otra vez…». Detrás de todo lo que hablábamos esos días estuvo siempre el ruido de la mujer en la puerta, girando el picaporte para conseguir matarnos.

—Te has hecho esa herida —masculló Rey observándome—, ¿cuándo? ¿Estás empezando a mutar en la ducha?

Yo seguí la dirección de su mirada hasta que entendí que hablaba de mi tobillo. Alcancé a ver una esquina de tinta y desvié la atención.

—Es un tatuaje —le expliqué—. No es una herida.

—¿Quién cojones se tatúa eso? ¿Qué se supone que es?, ¿un cacho de tumor?

La carretera que se veía desde la ventana llevaba al foso del Rectorado.

—Es la mancha de nacimiento de mi novia.

Salí al balcón esa semana, pegándome sin zapatos a las paredes de ladrillo. Ni siquiera respiré para que no me oyesen cuando me agarré a la barandilla. Abajo, la calle ancha estaba vacía y repleta. Había bultos en el suelo que habían sido personas, pero que ya podían ser solo bultos. El coche de la chica del BlaBlaCar seguía aplastado en un acordeón de metales. Los naranjos florecían en la calzada, bajo un sol que quemaba Sevilla, y los semáforos cambiaban a rojo, encendidos para nadie. A lo lejos se intuían las copas de los jardines de Murillo.

Conté los espacios en los que podía esconderme de camino al Rectorado. Arranqué una hoja de un cuaderno de Julia Muñoz y dibujé un mapa para estudiarme las rutas. Intuía que habría menos autómatas en el parque por la falta de voces, y que habría más autómatas al comienzo, entre los bloques

de pisos. Iba a avanzar de farola en farola, de bulto en bulto, para llegar hasta Diana.

—Cuanto antes lo entiendas, más te ahorras lo que te viene: tu novia está muerta —me dijo Rey, viéndome garabatear—. La mayoría de la gente está muerta y, si le ha pillado en la Conchinchina, está más que muerta seguro. Vas a acabar muerta tú, si no lo entiendes.

—Genial. Qué intriga.

—Si te vas a ir a esperar a nadie a un foso debajo de un puente, estás como un puto cencerro.

Lo único que tenía de Diana era un plan de reunión en el culo del mundo. Nunca había sido un plan, siquiera: era el eco de una conversación en la que nos reíamos de que pasara esto. Quizá Diana ni siquiera la recordaba ahora, pero era una posibilidad a la que agarrarme; Diana a lo mejor estaba ahí fuera, en algún lugar, viniendo a por mí, y el derrumbe de las ciudades me iba a encontrar a mí yendo a por ella.

El día que me subí a la barandilla para ver el final de la calle, de repente el cielo latió.

Un cuadrado de la cúpula se iluminó, demasiado cerca, en una luz roja cegadora. Oí que los tejados se resquebrajaban. Abarcó los bloques de pisos tras el edificio de la Diputación. Toda la vida humana que crecía debajo, un conjunto de polvo, papeles, cables y basura, flotaron buscando la luz en un efecto contrario al de un estallido: la cúpula los chupó hacia arriba.

Yo retrocedí al verla y me tropecé con una maceta. Caí al suelo. El campo magnético tiró de mi ropa como una mano invisible.

Desde allí, sentí un aire frío que se acabó en medio minuto, pero el silencio de después se hizo más grande que nunca. Luego vi algo moviéndose por el rabillo del ojo y me giré alarmada: por la carretera

caminaba, ajena a la nube de polvo, la silueta inconfundible de una vaca. La observé sin parpadear, una vaca marchándose sola avenida arriba.

En el final del mundo, como había ocurrido desde el principio, los únicos encerrados seguíamos siendo nosotros.

—Ya está —sentenció Rey, poniendo en la mesa una bolsa de harina—. Esto es.

Yo la cogí. Le di vueltas entre mis manos.

—Tienen que estar faltando cosas. O en una balda de las últimas, o…

—Sí, medio paquete de picos. Investígalo si te cunde. Esto es lo que hay. Nos quedan tres días.

Después de la ducha caliente, puse a remojo la camiseta de la gamba y el peto. Abrí el armario de la habitación de matrimonio y seleccioné lo que oliese menos a la ropa de otras personas. Las camisetas de Gregorio Muñoz eran una sucesión de amarillos verdosos; su mujer, Lorena, guardaba ahí dentro un repertorio inimaginable de faldas. Solo me di cuenta tres tardes después, cuando estaba devolviéndoles lo prestado, en el marco bajo la lámpara de la mesilla de noche: Gregorio y Lorena se casaban, sonrientes, en una iglesia en abril del 2008.

—¿Por qué no se pira? —decía Rey, mientras se reproducía de nuevo el comunicado en la tele—. Bebe y come y se vuelve, la tía. Qué mierda más grande, ¿por qué vuelve todo el rato aquí?

Yo la observaba por la mirilla, dos ojos vacíos estrábicos por la lente.

Lorena tenía una garra perenne en el picaporte y tiraba, como mi madre, con las heridas viejas y nuevas brillándole en la cara. Estaba empeñada en no morir todavía. No moría por seguir volviendo.

—Vuelve —le dije a Rey— porque esta es su casa.

Cinco días más tarde, apilamos lo que quedaba de comida sobre la mesa.

Eran seis latas y un brik de leche, lo que sobraba de unos Chocapic, tres zanahorias blandas, algo de harina y diez caramelos de cabalgata de Reyes. Fuimos encontrando en rincones algunas sobras que no se había llevado el moho, pero al final eso fue todo: estábamos a punto de quedarnos sin nada.

Yo empecé a vaciar la leche en el fregadero.

—¿¡Qué haces!? —me gritó Rey—. ¿¡Qué pelotas haces!?

—Tenemos que llenar botellas —le expliqué—, para cuando se vaya otra vez la luz. El agua no va a ser potable. Si nadie se está encargando en las depuradoras, en una semana el agua…

—¡No tenemos una semana! —dijo él—. ¡Espabila! ¡Tenemos puta…! —Agarró la harina—. ¡Putísimo de esto, para lo que sea, para esnifárnoslo si quieres! ¿Y vas a tirar la leche porque me vienes con el agua? ¡Espabila!

—¡Sin agua no hacemos nada! ¡El agua sirve hasta para hacer pan!

—Dios… ¡La leche estaba buena! ¡Y toda esta mierda de comida no…! ¿¡Qué soluciona el agua!?

—¿¡Y qué nos dura la leche!?

—¡Esto caducaba el veintiocho y estamos a dos de mayo!

Alcé las cejas. Los ojos se me abrieron, como estirada de las pestañas.

—¿Qué te pasa ahora? —dijo—. ¿Te ha dado el ictus ya?

Era el día de mi cumpleaños.

Esa tarde, me ajusté sobre el pecho los cordones del peto. Rey y yo nos reunimos en el sofá a jugar al UNO y dejamos las cartas a un lado a mitad de partida. Atendimos los dos, en silencio, al chirrido casi mudo del picaporte girando en la entrada.

—¿Cómo lo hacemos? —dijo.

Había que abrir la puerta y salir a la calle. Había que volver a golpear.

Yo tenía en un bolsillo el mapa que llevaba al foso del Rectorado.

«Pase lo que pase, será yendo —pensé—. Estoy yendo a por ti, Diana».

OceanofPDF.com



El agujero en la tierra era del tamaño de una nevera y tardé cinco horas en cavarlo. Lo llené de hojas, hasta que pensé que sería cómodo, y luego me tumbé en él, para comprobar que era cómodo. Desde abajo, la luz nacía en los huecos de los árboles como una semilla de sol. Me tranquilizó la idea de que eso contrarrestase la incomodidad, por no poder contrarrestar la muerte de ninguna forma.

—Voy a enterrarlo ahora —le dije a la cámara—. Después de… Voy a esperar, porque no quiero dejarlo en medio, por si no me dan los brazos. He pensado que saldré luego sobre las tres, si está bien el reloj de aquí, que no creo. Pero son las once ahora. A las ocho anochecerá. —Asentí y tomé aire, en la tienda, con las estanterías caídas detrás—. Me ha costado decidirme, bueno, lo sabes, porque… Está aquí todo dicho. Y cuando me vaya, aún no sé a dónde ni por cuánto, voy a avanzar por la autopista hasta que haya señales o alguien y… he cargado el móvil, que está hecho polvo. La electricidad se ha ido ahora. No sé qué está pasando fuera, fuera de esto, de yo aquí. Pero… —Miré al objetivo—. Me voy hoy. Porque no voy a morirme aquí y te dije que… Una vez te prometí que te encontraría, si esto pasaba. En el foso del Rectorado, que no… Que espero que te acuerdes, porque yo estos días no pienso en otra cosa. Estaba intentando ordenar

esto…, tú te reirías porque es algo inútil mío y… Me he dado cuenta de que es dos de mayo. —Te sonreí apretando las mejillas—. Así que voy a enterrar a Bartek ahora, y quiero… voy a meter lo que sea en una mochila. Y voy a ir a por ti, Laia. Como tenga que ser. Feliz cumpleaños.

Me quité la camiseta y me la até en la nuca para no vomitar con el olor. Desplegué tres parasoles grapados como una esterilla al lado del cadáver.

Bartek era, para ese entonces, un saco inexplicable de todo lo que tenemos dentro, pero seguía siendo algo que yo no podía dejar descomponiéndose sobre las piedras del asfalto. Agarré fuerte la pala y la hundí debajo del cuerpo. La carne se despegó del suelo como hecha de espuma y queso fundido. Tuve que hacer palanca una docena de veces para girarlo hasta que conseguí darle la vuelta y él se desplomó sobre los parasoles. Lo vi, de pronto, con más detalle que nunca, ojo y tejido y hueso. Me aguanté una arcada y le pedí perdón.

El resto de la tarde, fui llevándolo hasta los árboles tras la tienda con los brazos desencajados, y después hubo que hacer algo muy anticlimático como volver a los surtidores a por la pala.

Bartek Nowicki cayó con un crujido de hojas en el agujero.

Sin fuerzas para enterrarlo, lo enterré, lo cubrí de la tierra de un bosque de paso, de hierba y gusanos y vida que se lo llevarían a ser vida a otro sitio diferente.

—Voy a irme hasta Marsella —le dije—, y le voy a llevar esto. Le voy a decir que estabas yendo y que… Que te pasó yendo. Le voy a dar la chaqueta a Nina. —Dejé sobre el montículo su gorra de propaganda—. Te lo prometo, Bartek. Hasta luego.

Había anochecido sobre el techo de la gasolinera. Un cuadrado azul se iluminó lejos, muy lejos, y yo lo miré casi creyendo que el viento nacía de su magia imantada.

Tuve que esperar a que amaneciera para marcharme de verdad.

Dormí sin parasoles ese día, sobre las baldosas del suelo, que fueron casi lo mismo: una superficie fría que solo yo había llegado a conocer así. Soñé que te vendaba y te salían nuevas quemaduras, en el baño para discapacitados del instituto. Me recorriste la cara con la punta de los dedos, pero por la mañana no estabas allí, y me despertó algo caminándome sobre la boca.

Me froté. Salió volando a la máquina de gancho.

Al ponerme en pie luego, lo vi a contraluz: era un escarabajo negro del tamaño de una moneda y había otros sobre las estanterías y los cristales rotos. Estaba todo lleno de escarabajos peloteros, como si se te hubiese desprendido una caja de las manos.

Mi lista decía: tres botellas de agua. Latas de conservas, sándwiches y una caja de chicles para disimular el hambre. Una linterna y dos paquetes de pilas sin abrir. El mechero y una bolsa con carbón de barbacoa. También un mapa de Alemania y una navaja, y alcohol, jabón y vendas empaquetadas. Aún conservaba en el bolsillo de los pantalones la pastilla de ibuprofeno que me había guardado antes de que Jesús muriese acuchillado sobre la tortilla.

Cerré la mochila y me la cargué a la espalda.

Grabé, antes de irme, con la cámara de vídeo desde fuera. La gasolinera, como siempre había sido, apareció en la pantalla como una cápsula de frío y silencio. Los surtidores y los pilares y el techo, con sus antenas y la puerta rota. Sentí nacerme de dentro una pena súbita, que era miedo, en realidad, a mi historia vista por nadie allí y la que tendría que venir ahora para llegar a ti y volver a casa.

Fruncí el ceño, cegada por el sol.

Entonces empecé a oírlo: el rugido de otras ruedas.

Venía a lo lejos y al principio pensé que era mentira, porque lo había oído tanto sin oírlo nunca, esperándolo. Bajé la cámara. Giré sobre mis talones. Miré al cielo, también, por si estaba ocurriendo ya el final de todo; pero llegaba por la autopista, un ruido en movimiento que se fue haciendo grande y más grande hasta que apareció tras los árboles de pronto: un enorme autobús de carretera. Era verde fosforito y en un lateral se leía FlixBus. Giró hacia mí, hacia los surtidores, y estacionó. Echó el freno de mano en un sollozo de máquina grande.

Yo lo miré, petrificada, con la mochila a la espalda, con la chaqueta de Bartek, con la cámara grabando aún el suelo en mi mano derecha.

El autobús paró en la gasolinera. Emitió un maullido metálico y luego desplegó una rampa. La persona que bajó por ella tenía la piel oscura, las rastas recogidas en una pinza para la ropa y cargaba con un fusil como si fuese un bocadillo, sentada en una silla de ruedas.

Era Jolie, Laia. En la gasolinera apareció Jolie Lemaire, la francesa que fumaba maría en la ventana de la residencia.

—*La Vache!*[6] —se rio—. *Espagnola!*

OceanofPDF.com

La tarde antes de coger el avión, te sentaste en mi cama y dijiste:

—Bueno, ya podemos dejar la coña. Ha dado para unas risas, ¿no? Y que muy bonito, pero ahora te quedas.

—¿Me vas a atar a la silla?

—Voy a ir cerrando España con pestillo.

Me habías empujado tanto a que me fuera de Sevilla, a que grabara otra cosa, el mundo de Wurzburgo o lo que sea, una apuesta de valentía. «Nico va a estar bien», me repetiste, pero lo sabías de verdad, que era mucho más que eso. «Tienes que hacer —me decías—, por una vez, nena, lo que te dé la gana. Por favor». Yo te dije: «He hecho siempre lo que me da la gana». «Te has hecho Derecho por sufrir. ¿Y ahora te metes en CAV y te quedas aquí muerta de risa?». Cuando llegó el salto y nos tiramos en la cama, se hizo real de pronto que me estaba yendo.

Siempre hemos estado cerca, una en cada lado, pero enfrente, tan cerca; al otro lado de la ventana que se veía desde mi ventana.

—Qué asco. —Te mordiste el piercing—. Es que esto era mejor en mi cabeza.

—Te estuve avisando.

—Soy viuda, de pronto —dijiste—. ¿Qué hago sin ti, tío?

—Lo mismo, pero sin cinturón, seguramente.

—Mi mujer… Aún puedo oírla. Dice cosas… gilipolleces.

—Tonta. —Me reí y te pegué a mí. Te besé en el lunar de la curva del cuello—. Vas a venir cuando quieras. Y yo voy a venir en Navidades. Son nueve meses nada más. Son dos a lo mejor, desde ahora. Voy a notarlo yo más que tú.

Fuera, mi padre preparaba la cena y estaban vaciando la piscina en el patio. Me despeinaste las cejas, concentrada.

—¿Y si se acaba el mundo? Como en el sueño. Y no estás aquí todavía. —Te miré la forma de la nariz y los ojos más azules que la luz de la cúpula —. Hay que tener un plan para eso.

—Vale, venga. Quedamos aquí.

—Tú flipas, aquí. Esto estaría para verlo. Tiene que ser un sitio como… inasequible de seguro.

—El foso del Rectorado —te dije, y me miraste entonces de vuelta. Sonreí—. ¿Qué pasa? ¿Cuándo me contaste esto?

—En bachillerato. O sea, antes de salir, imagínate… Y te acuerdas.

—Estoy atenta.

—No me digas. No te conozco de nada.

—Debajo del puente, en el foso del Rectorado —repetí. Tú me enmarcaste la cara con las manos—. Nos vemos ahí, si pasa cualquier cosa. Pero no va a pasar nada, Laia. Solo que vas a venir a verme y te vas a tener que currar el inglés por primera vez en la vida.

Tiraste de mí en ese momento y me besaste, como casi siempre besas, que es llenándolo todo y estando en todos los sitios a la vez. Abriste mi boca y enredaste las manos en mi pelo. Luego pegaste mi frente a tu frente.

—No te vas.

—No me voy. Voy a volver a por ti, pronto. —Y, luego, en lengua de signos: «Te lo prometo».

Tú me trazaste una X en la mejilla. Me dijiste, tumbada en la cama:

—¿Aunque se acabe el mundo?

Yo te dije:

—Aunque se acabe el mundo.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



—Piedra, papel o tijera; un, dos, tres.

Extendimos los brazos. Rey cerró el puño.

—No vale. Lo has sacado después.

—No.

—Lo has visto.

—Lo tenía en la espalda ya así, que estás emparanoiada. ¿Si gano yo es trampa?

—Pero que has improvisado la piedra y yo tenía aquí la tijera ya, aquí puesta.

—Que te la he visto venir de lejos —dijo— porque es muy predecible lo tuyo con las tijeras.

Yo lo miré a los ojos con una aversión inenarrable.

—Eres de un nivel —le dije—, de crío cateto tonto de mierda…

La luz volvió al atardecer del cuatro de mayo. Esa fue la última vez que oímos el comunicado repetirse en el televisor.

Cuando chisporrotearon las lámparas, bajamos el volumen y corrimos a la mirilla: al otro lado, la mujer tras la puerta se había ido. Llevábamos un día entero sin mediar palabra para que la atrajese otro ruido y se fuera antes

de que volviera la luz, si es que la luz volvía antes de que muriésemos. Apenas nos quedaba comida.

Rey y yo nos cargamos a la espalda dos mochilas del Decathlon. Abrimos la puerta un poco. Él sacó un brazo enclenque como una flauta y recorrió la pared con los dedos hasta alcanzar el botón del ascensor, que emitió un ruido de máquina descontracturándose. Esperamos.

—No viene.

—Tiene que venir.

—Que no viene.

Salimos a comprobar.

Ocurrió todo entonces, en una carrera a contrarreloj patética: las luces del rellano nos detectaron. Se encendieron de pronto, y Rey se asustó y dio un paso atrás. Me pisó un zapato. Yo siseé y me tapé la boca rápido, pero ya era tarde. El ruido humano vibró igual, rebotando como de goma en el silencio.

Nos miramos.

Él corrió a llamar al ascensor una treintena de veces, que por algún motivo no venía, pero sí venía la mujer, sin prisa, en un eco de pasos, escalón a escalón.

—¡No funciona! —gritó Rey.

—¿¡Cómo no funciona!?

Vi algo brillándome en la periferia de los ojos.

Me asomé al hueco de las escaleras, pero ella llegó desde arriba. Lorena tenía la camiseta empapada de agua y venía a por nosotros con sus ojos vacíos, a una velocidad por defecto. Tiré del brazo de Rey. Nos metimos de vuelta en la casa. Cerramos, y a él se le quedó la manga atrapada en la puerta, así que se la tuvimos que cortar con las tijeras de la cocina.

—¡Esto era lo que podíamos hacer! —se quejó—. ¡Hostia puta! ¡Y tenía que no haber ascensor! ¿Es que nada funciona en este puto edificio?

Pero yo estaba pegada de nuevo a la mirilla, viendo más allá de la frente de la mujer; el brillo en la periferia de los ojos, que había sido en realidad un reflejo de luz sobre metal.

—Las llaves —dije—. El 3.º B tiene las llaves en la cerradura.

Las había visto ya el primer día.

Las llaves del 3.º B eran un fósil ensangrentado con un llavero del Betis que llevaban allí lo mismo que nosotros dos. Solo cuando entendimos que el mundo no era un piso de noventa metros cuadrados y que había que salir al de fuera, volvimos a ver todo lo demás. Desde el balcón, podía alcanzarse el balcón vecino con un palo de escoba.

Esta era la verdad: Rey y yo nunca le planteamos al otro la posibilidad siquiera de matar a la mujer en la puerta. Él era, casi en cualquier momento, un parásito de ira desesperado por sobrevivir a toda costa. Yo le habría mordido a él la cara con tal de aguantar otro día en la casa. Pero el apocalipsis no pudo acabar, ni por amor ni por rabia, con la culpa de ninguno. Nadie abrió el cajón de los cuchillos. El plan acabó siendo, cuando vimos las llaves colgando de la cerradura, que uno de nosotros tendría que meterse en el 3.º B.

Había que encerrar a la mujer ahí dentro para salir a por comida sin morir ni matar.

—Piedra, papel o tijera; un, dos, tres.

Yo saqué piedra. Rey se retrasó una milésima de segundo y sacó papel.

—Lo has vuelto a hacer. Chaval, es que es alucinante lo tuyo…

—O a lo mejor es que tú eres más mala que un dolor.

—¡No se puede ser mala en esto! ¡Esto es probabilidad!

—Eres mala y ni te enteras.

—Mira… —dije—. Me la suda. Muy bien. Se acabó esto y yo no voy a… —Agarré la mochila y me ajusté las correas—. No me voy a morir yo aquí porque seas un niñato y un fullero.

—Hay que tener mejor perder.

Iba a meterme yo en el 3.º B.

Días antes, buscando comida hasta en los altillos, habíamos encontrado en la habitación de Julia dos walkie-talkies rosas con las pilas descargadas. Les incrustamos las de los mandos del televisor y probamos a ver si funcionaban aún: metida en el baño grande, al otro lado del piso, oí la voz de Rey salir del cacharro como pasada por una licuadora. También tenían un botón a la izquierda que enviaba a la otra persona el canturreo de la intro de la serie de las *Winx*.

La última vez que yo había tenido así un *walkie-talkie*, atrapado en la mano, había sido para copiar las respuestas de un test de inglés. El mundo, como ahora, había estado dividido en hemisferios de A y B, y mirándolo en el balcón esperé inconscientemente a que me llegara del otro lado la voz siempre correcta de Diana.

—Abro —le dije a Rey—, y tú te esperas en la mirilla. Y en cuanto ella entre en el B, le cierras detrás. ¿Va?

—Que sí.

—Sales al rellano y echas las llaves.

—Que sí. También puedes mirar a ver si tienen comida. —Al verme la cara, Rey rectificó—: O no. O haces lo que se pueda buenamente. Lo pillo.

Yo me desatornillé el piercing de la nariz y me quité el clip de la oreja. Me deshice de seis pendientes y desenrosqué la bola en el centro del labio.

Tomé impulso con un pie sobre la barandilla.

Abajo, los árboles y la acera parecieron tambalearse, en un recordatorio de gravedad. Agarré una viga pegada a la fachada. El sol se ponía detrás de

los edificios del centro de Sevilla y olía a azahar y primavera caliente; habría sido final de Feria, quizá, en otra línea de tiempo. Yo calculaba en esta el espacio entre dos balcones para no despeñarme. Era más estrecho que el riachuelo en Cazalla y que un millar de cosas que yo había saltado sin pensar, hacía años, menos consciente de la muerte o de la vida.

Me lancé al otro lado.

Aterricé en un golpe seco que me desequilibró y me acuclilló sobre las baldosas.

«Abres la puerta», pensé, «entra ella y saltas de vuelta. Es eso».

El balcón del 3.º B tenía una mesa minúscula con dos taburetes. Se le habían muerto las plantas en las macetas y un comedero vacío, volcado en una esquina, cogía polvo. Yo avancé hasta la puerta acristalada que daba al interior, que estaba dividida por una grieta que la recorría como un relámpago, pero no podía entenderse lo que había detrás: la luz sobre el vidrio me reflejaba a mí con los edificios de enfrente y la cuadrícula del cielo. Pegué la nariz al cristal, enmarcándome los ojos con las manos.

En el salón, en completo silencio, cinco autómatas me miraron de vuelta.

El estómago se me giró dentro. Di dos pasos atrás y acabé contra la barandilla.

Me mantuve quieta allí, viéndolos detrás de mi reflejo rosa y azul: eran un matrimonio de cincuenta años con un adolescente. Detrás de ellos, había una anciana escuálida junto a un niño que no llegaría a los diez. Estaban vestidos e ilesos, con las caras llenas de restos de comida, una familia entera transformada en el salón del 3.º B como una casa de muñecas de carne.

La boca me tembló. Giré y vi a Rey, que seguía allí, intentando entender qué pasaba. Me deslicé hasta el extremo de la barandilla, donde no había cristalera. Cogí aire y me subió a la garganta la náusea de los nervios.

—Cinco —le susurré con señas—. Son cinco. ¡Dentro!

—¿Dientes? ¿Qué?

Abrí la mochila y saqué el móvil recién cargado de Julia Muñoz. En la aplicación de «Notas», escribí:

CINCO AUTÓMATAS DENTRO. NO PUEDO.

Le lancé el móvil y Rey lo atrapó. Leyó y lo vi pasarse los dedos por los rizos sucios, siempre sucios. Luego escribió y me lo enseñó a contraluz, haciendo zoom:

YO HAGO RUIDO Y ENTRAS.

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Qué? No.

Rey volvió a escribir:

ME AVISAS CON EL BOTÓN.SI TE VEN, ME AVISAS AL WALKI Y HAGO RUIDO.CORRES. HAY QUE HACERLO.

—Y una mierda.

Escribió:

O LA MATAMOS.

Levantó el walkie-talkie de las *Winx* y señaló el botón que activaba la cancioncita.

Yo lo miré, con los ojos muy abiertos, y después Rey se fue dentro y volvió para lanzarme algo envuelto en papel albal. Era un cuchillo para cortar jamón.

—Dios Bendito Redentor Santo… —susurré para mí, en una herencia de la Charo de Matemáticas que no sabía que todavía conservaba.

Pegué la espalda a la pared del balcón y me senté allí por a saber cuánto. En el cielo, la cúpula parecía más densa que nunca, un cristal limpio y sólido de pecera. Pero lo único que existía, entendí entonces, en el extremo opuesto a estar dispuesta a matar, siempre había sido estar un poco más dispuesta, dada la elección, a morir.

Un rato después, Rey estrelló dos cacerolas en el 3.º A.

La familia de autómatas se giró, mirando al ruido. Anduvieron los cinco juntos hasta la pared que separaba los dos salones.

Yo empujé la puerta encajada del balcón con el corazón como un apéndice naciéndome en cada hueco: diez corazones repartidos entre los dedos, debajo de la lengua, entre el estómago y el intestino. El ruido de las cacerolas de metal contra metal era insoportable y fuerte, y tapó el del roce de mi ropa.

Di un paso dentro del piso. El suelo estaba empantanado de polvo.

Había dejado las deportivas fuera y todo en mí era blando y frágil: un cuerpo pegado a una mochila andando en calcetines con un cuchillo. Tenía el walkie-talkie en el bolsillo del peto. «Abres la puerta —me repetía—, saltas de vuelta. Abre la puerta, saltas de vuelta. Abres la puerta…».

Entré en la oscuridad del 3.º B. Ninguno de ellos me notó detrás.

La bombilla de una habitación al fondo seguía encendida, parpadeando. El salón estaba ensombrecido por cortinas de lino y fusionado con la isla de una cocina americana. Sobre la encimera vi bolsas de comida sin terminar, de comida mordisqueada, dejada de cualquier manera, con marcas de dedos. El grifo estaba abierto, supurando agua. Había restos de una arena extraña en el parqué, y me llegó un olor, primero, como a algo pudriéndose, a todo pudriéndose, en realidad, pero envuelto de lo que me pareció un impecable y terrible olor a casa.

A la anciana se le estaba desprendiendo el pelo. El padre tenía la piel cubierta de una reacción alérgica. Yo anduve lento, vigilándoles la espalda.

Alcancé a ver la puerta de la entrada al final del salón, junto al telefonillo. No tragué saliva siquiera y hubiese jurado que ninguno de ellos respiraba ya: la familia era una convención de maniquíes vueltos hacia la pared. Fui hacia la puerta, invisible tras el estruendo de cacerolas, y Rey tuvo razón. No me oían. Pero pasó lo que era predecible, que yo los estaba mirando solo a ellos y para sobrevivir a ellos había que mirar todo lo demás.

Pisé algo duro con el talón. Había un castillo de Lego roto sobre la mesa de café; pisé una pieza.

El dolor me subió instantáneo hasta la coronilla. Retrocedí, y me apoyé en la esquina levantada de la alfombra, que se deslizó y me hizo perder el equilibrio. Caí con las rodillas sobre el parqué del 3.º B y la mesa se tambaleó, y el castillo entero estalló en el suelo en un río de plásticos.

Los cinco autómatas se giraron. Dieron un paso hacia mí. El niño casi me pisó los dedos.

Yo permanecí congelada, con los brazos temblándome y el pulso disparado entre los ojos, con las rodillas y las manos clavadas en el parqué. Ellos esperaron a que me moviera; iban a matarme, si me movía. Era el juego más antiguo del mundo. Yo ese día ya había perdido un juego. «No puede ocurrir así —pensaba—. Por favor. He llegado hasta aquí». Mis músculos se revelaron en ese momento como una maquinaria desconocida, llena de finales que no controlo. Si giro la cabeza, vendrán. Si corro, vendrán, y serán un mar de brazos e instinto de violencia que yo no tengo. Si estornudo, si suspiro, si lloro, si grito. Les veía las piernas, detrás de mi cortina de pelo, quietas, esperando a confirmarme. No oían ya las cacerolas de Rey. Los autómatas se estancan en los nuevos ruidos, entendí, y había

que crear un ruido nuevo, pero el walkie-talkie se me había caído y estaba a un lado sobre la alfombra. El cuchillo había acabado bajo las suelas de la anciana. Si me movía a por él o a por el walkie-talkie, ¿la mataría?; «¿Vas a matar ahora, Laia? ¿Vas a matar? ¿O vas a morir?».

De repente, algo me rozó los calcetines. Se me deslizó, vivo, por debajo del abdomen hasta alcanzarme la cara.

Era un gato blanco y gris.

Me olió la nariz y las manos y luego decidió tumbarse y hacer una croqueta espontánea, en el mejor momento de la historia; el gato solo, encerrado en el 3.º B, que me salvó la vida esa tarde. Estaba buscando cariño hasta en las patas de las mesas, sin entender el silencio de sus humanos. Yo creí, por un segundo, que lo estaba imaginando, porque era idéntico a Tuerto, o más bien una reproducción suya a la que sí salvé.

El gato ronroneó y se me restregó contra la frente. Toqueteó con una pata los bloques de Lego y decidió, por no tenerle respeto a nada, tumbarse sobre el *walkie-talkie*.

En el 3.º A se oyó un murmullo distorsionado, cacofónico, de intro de las *Winx*.

El ruido de cacerolas se apagó. Al otro lado, Rey empezó a golpear la pared.

La familia se volvió de nuevo.

Yo me levanté a toda velocidad y agarré al gato y el *walkie-talkie*: corrí hacia la entrada del piso. La vista se me había cubierto de puntos de plata y tenía la garganta seca y los pulmones cerrados. Me coloqué en el hueco tras la puerta y la abrí hasta que me aplasté contra la pared.

Lorena, en el rellano, giró sobre sus talones. Encendí el *walkie-talkie*:

—Grita.

Rey dijo:

—¿Qué?

—¡Grita!

El grito de Rey fue casi un graznido magnético a través del altavoz. Lancé el aparato a la habitación del fondo y los seis autómatas (los cinco de dentro y la que vino de fuera) siguieron el sonido al estómago de la casa. El gato se me escapó de los brazos entonces y ambos salimos del 3.º B, y yo estrellé la puerta detrás de mí, temblando. Me lancé contra la del 3.º A. La golpeé.

—¡Abre! ¡Rey! ¡Vamos, ya está, Rey! Dios, venga, ¡abre!

El chirrido del walkie-talkie se había callado. Pegué la oreja a la madera. Embestí el picaporte, toqué el timbre. Rey observaba mi ataque de pánico desde la mirilla del 3.º A y de pronto yo era otra mujer pegada a la puerta.

—Vete —dijo—. Vete ya.

—¿Qué? —balbuceé—. ¿Qué dices? Rey, ¿qué haces? Abre la puta puerta.

—Van a venir. Vete. Es mi refugio, tía. Te avisé, que solo hay comida para uno…

—¿¡Qué!?—le grité—. ¡Rey! ¿¡En serio me lo puto dices!? ¿¡Me estás jodiendo ahora!? ¡Rey, no me vas a dejar aquí fuera!

—Vete.

—¡No me vas a hacer esta puta mierda! ¡Abre la puerta o te juro que…! ¡Rey! —Aporreé la puerta—. ¡Te voy a matar!

La puerta del 3.º B se abrió detrás. Los seis autómatas se atropellaron en un movimiento sereno, estable, viniendo a por mí.

Venían.

Yo giré a la derecha y corrí con todo escaleras abajo, tropezándome, agarrándome a la barandilla, en calcetines sobre el mármol resbaladizo. Había sangre y cristales en el rellano. Me estrellé contra los interruptores

del segundo. Bajé más rápido, con ellos detrás, una masa uniforme de gente automática viniendo y viniendo sin correr, una ola imparable de vida. Ninguno de ellos había sido otra cosa nunca, en realidad; todos ellos, pensé, con el corazón en la boca, con la boca en el pecho, siempre habían sido solo media docena de copias de mi madre.

Giré en la última esquina. Llegué al portal y este se encendió.

Lo recordé solo al verlo: el ascensor estaba abierto e iluminado en el bajo. La puerta, confundida, se abría y se cerraba contra los riñones del mismo hombre muerto del día que salí del BlaBlaCar. Habían pasado dos semanas y media y ya no era un hombre, era cartílago y gases; pero el ascensor funcionaba.

Me volví. El eco de los autómatas bajaba por el edificio.

Sin más opciones, sorteé al cadáver. Me colé en el ascensor y tiré de sus axilas para que entráramos y se cerrara. El hedor, perseguido por las moscas, me despertó un asco físico que ni procesé, mirando el hueco de la escalera: venían. El niño y sus padres y su hermano, y la anciana muriendo por matar, y Lorena primero, encabezándolos a todos, la mujer en la puerta y en las fotos de boda.

Pulsé el botón del tercer piso. El ascensor se cerró y arrancó con un crujido.

De pronto, me descubrí allí, en una máquina que subía sin prisa, frente a un espejo de cuerpo entero. Tenía un cadáver a los pies y los calcetines empapados de líquidos humanos. En ese silencio, sin el piercing en el labio, me vi como una reproducción antigua, minúscula, de otra Laia a la que llevaban a hacer algo desagradable, como el evento de mi primera comunión.

El ascensor se abrió en la tercera planta.

Toda la prisa regresó de golpe: corrí al 3.º B. Agarré al gato, que estaba otra vez perdido sobre la alfombra, y lo metí al fondo de la mochila. Se dejó, tan débil como gordo. Llegué al límite del balcón. Detrás ya los oía subir de nuevo, decisivos los seis como un imán. En un gesto de estupidez, me paré a colocarme las deportivas.

Salté.

Las piernas, agotadas de la carrera, me fallaron. La barandilla se me clavó en las costillas y me deslicé sobre el metal. Quedé colgada de las dos manos en el balcón, sobre los árboles floreciendo y la acera. Tiré con un rugido de un gato de siete kilos y todo mi maldito cuerpo.

Cuando Rey volvió al piso tras encerrarlos con llave en el 3.º B, yo ya estaba allí. Había entrado en el salón desde el balcón con un gato gris y blanco y tenía la ropa ensangrentada de los fluidos del cadáver. Él me miró a los ojos.

—Laia —balbuceó—. Calmadita.

—Te voy a matar —le dije—. Te lo juro por mis putos muertos.

Rey salió corriendo como una cucaracha hacia la habitación de Julia.

Fue casi un calco de nuestro primer día, a punto de matarnos también: yo lo seguí hasta que estampó la puerta tras de sí y echó el pestillo. Empujé el pomo con el hombro. Él se justificaba desde dentro:

—¡Eras tú o yo! ¡Es mi refugio, tía! ¡Y no hay comida, Laia, tú sabes que yo…! ¡Ibas a sobrevivir estupendo! ¡Vamos a calmarnos!

Fui hasta la cocina a por una tarjeta de supermercado. La colé en la hendidura y la puerta cedió en la siguiente embestida. Dentro del cuarto, Rey estaba sentado en el colchón, alto y raquítico como un insecto palo.

—Pero ¿cómo? Pero ¿qué cojones? ¡Si en una semana…!

Le estampé un puño en la nariz y esa vez sí se la rompí de verdad.

OceanofPDF.com



Jolie Lemaire se lio un porro a la sombra de los baños de la gasolinera.

No me supo decir en ningún momento de dónde venía, qué le había pasado o cómo había conseguido un autobús. Hablaba de la masacre en la residencia como si ambas hubiéramos coincidido en el mismo cumpleaños incómodo. El rifle que llevaba a la espalda era de feria y escupía pelotitas de goma, y la acompañaba un chaval enorme, con el pelo negro y largo hasta la cintura, que rondaba entre los veinte y los sesenta y cinco años. Fuese cual fuese el fin de mundo que nos tocaba, y por el que nos habíamos encontrado, en un imposible, en mitad de ninguna parte, a Jolie Lemaire le asustaba poco y le importaba menos que la llegada del calor.

—Cosas así pasan de siempre, ¿no? Cuando haces Erasmus —me dijo, con su español chapucero—. Y los alemanes no están preparados, *non, non*; todo carne, carne, nada queso. Y cuando vinimos, hace una semana, nos averiamos y todos abajo, y luego gritos alemanes y todos arriba, y gritos y todos abajo, y luego, ¡bof! Nos accidente de camión. Y Klaus, ¡Klaus, ven! ¡Mi amiga! —El tal Klaus ni se giró, cargando bidones de gasolina en el autobús—. Klaus vio que nevó en Chequia. *Très mal…* Qué miedo. El cambio climático, ¿no? ¿Tú aquí de qué?

—Yo… Nos robaron el coche —dije—. Aquí. No sabía dónde irme, porque no sé dónde… Estaba con… —Señalé vagamente la tumba—. Llevo aquí dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Sola aquí?

—Sola aquí.

—¡Sola aquí! —Jolie alzó las cejas y se rio—. ¡Klaus, sola aquí! *Non… Espagnola*, tu mente fuerte, fuerte. *N'importe quoi…* Y pareces nueva. Siempre tú cara de educación, Diana Mena. Siempre la presidenta de la Barcelona.

Me pareció entonces que era la primera vez que alguien decía mi nombre en toda mi vida.

Jolie fue, al inicio, un fantasma salido de otro sitio, de Jesús atravesado y muerto sobre la tortilla, y después fue una reunión de estímulos abrumadora. Parloteaba hacia dentro, dirigiendo el humo hacia los pulmones. No tuve que pedirle ir con ellos, porque ya me estaba arrastrando a saquear la tienda.

—Voy a Marsella —le insistí—. Si podéis dejarme allí o cerca… Tengo que ir a Francia primero.

—Todos vamos a Francia —dijo—, en este mundo de *merde*. En algún momento yo también voy a Francia, qué remedio… Lo que sea. Pero antes hay que ir nosotros Múnich, *bien?* Y luego ya Marsella, la playa. Nuestro amigo, tenemos que llevarle una cosa en Múnich. A un amigo en donde Berlín.

—¿Has visto Berlín? —le pregunté. El recuerdo de Alma me apretó el estómago—. ¿Cómo está Berlín?

—Ah, alemanes gritando y gritando. Las ciudades lo peor, pero no ahora, siempre lo peor. Berlín solo muertos, y te creerás que los alemanes aún no se callan.

Agarramos la comida que yo iba a abandonar y la guardamos en las baldas para maletas. Las puertas del autobús se cerraron con un chasquido casi suspirado de mecanismo. Jolie, que no podía moverse entre las hileras de asientos en silla de ruedas, tenía que dejarla encajonada en el hueco de la segunda puerta y se iba transportando en un carrito para bebés.

En ese momento, mirando a través de los cristales tintados, vi por última vez la gasolinera en silencio. Klaus arrancó el motor y metió primera marcha, y yo seguí sus antenas con los ojos hasta que se confundieron con las copas de los árboles. Una agorafobia extraña y nueva me latió en las sienes. Cuando nos alejamos lo suficiente y alcanzamos el primer cartel, leí debajo del grafiti de un ovni:

WÜRZBURG — 57

Durante todo ese tiempo, había estado donde empecé.

La primera hora que pasamos esa mañana en carretera, me dediqué a cerrar bolsas y doblar mantas de poliéster al final del autobús. Jolie y Klaus habían ido recolectando en su camino una cantidad ingente de ropa y comida empezada, tirada al fondo de cualquier forma; la ordené y limpié el pasillo. Acabé dormida en la última fila, pasando frío junto a una montaña de mantas plegadas. Nada nunca me había parecido más humano ni más bueno que los asientos rígidos de ese autobús, después de semanas en el suelo de la gasolinera. Soñé que Alma estaba en Berlín, en un partido de baloncesto en Berlín, y yo corría y corría y no la alcanzaba.

Me despertó Jolie, sacudiéndome el hombro.

—Marie Kondo —me dijo—. Muy bonito, la despensa.

—¿Eh?

—Mira, ¿tú conduces?

—¿Eh?

En la cabina había un mapa viejo de Alemania pegado sobre la radio.

Klaus me señaló un lugar en el que se suponía que estábamos y en el que no parecía que estuviésemos, y luego pulsó un botón y bajó del autobús. Se fue, por algún motivo, a descansar al maletero.

—Pero ¿cómo…? —dije—. ¿Y cómo sale? ¿Y si necesita algo?

—Klaus no necesita. Hay que arrancar, *allez, allez!*

—No es seguro que esté…

—Diana, olvida. Empieza a seguir. Hay que arrancar o nos alcanzan.

—¿Quién nos alcanza? Pero ¿nos persiguen?

—Nos están siguiendo, por lo menos, doscientas vacas.

Yo no miré el mapa y me dediqué a leer las señales a Múnich. Atravesamos un peaje vacío. Rodeamos las afueras de Stuttgart.

El volante del autobús era un armatoste impresionante que tenía que agarrar como una bandeja y el cristal estaba empapado de barro, pero no sabía cómo activar el limpiaparabrisas. Toqué algo en el panel de mando, por probar, y se encendieron todas las luces del pasillo.

Estaba, de pronto, en Alemania conduciendo un autobús de carretera, frenando en las pocas rotondas porque creía que iba a volcarlo. Me recordó a aquella primera vez, cuando me enseñaste a arrancar la furgoneta de tu padre y puse la marcha atrás en medio de la sierra. La palanca de cambios se me reveló como un puzle mientras detrás nos pitaba un coche. Pero la autopista, en Alemania, frente al autobús de carretera, era otra y vacía y gris, un lazo de asfalto que ya no unía nada. No nos cruzamos con nadie más. Las casas que dejamos atrás, las ciudades, a lo lejos, parecían abandonadas a su suerte, y me invadió esta idea entonces, Laia, de que

quizá era demasiado tarde y fuera solo quedaba esto, Jolie Lemaire y yo y un montón de gente en el silencio uniforme de Klaus.

En cierto momento, al final de un campo de cereales, vi lo que parecía un camión oscuro ocupado por gente. No se movían, sentados en sus asientos tras las ventanas. Solo al acercarnos entendí que eran los restos carbonizados de un avión.

—Cayeron todos —me contó Jolie—. Porque fue un tercio de población, se dijo que mitad, pero… *Tu sais*. *Plus ou moins.* No hay tantos. O los matan ya. Los matan mucho más que matan ellos a nosotros.

—¿Y no se ha hecho nada? ¿No hay control? ¿Los Gobiernos…?

—Sí. No. Si hay luz.

—¿Cuántos quedamos vivos?

—¡Ja! *Espagnola,* quedamos vivos todos. Eso es el problema: que quedamos vivos todo el mundo, salve Dios, y además con hambre.

Después de eso, efectivamente, nos alcanzaron las vacas.

Aparecieron, en realidad, tras la curva de un camino de tierra y nos tropezamos con ellas cerca de Ulm. Un tropel inmenso de vacas, de más de cien vacas, quizá doscientas, se colaba en la autopista y taponaba los dos carriles de vacas caminando hacia el horizonte. Eran iguales a las de Cazalla y nadie las guiaba: las vacas se marchaban solas, sin humanos, a algún lugar. Yo fui aminorando la marcha para no atropellarlas hasta que nos unimos al grupo a velocidad de triciclo.

—¡*Putain*, no salimos de aquí! —se quejó Jolie—. Es la tercera vez esto, ¡tres! ¡Alemania está llena de vacas!

De pronto, vi algo paseando entre ellas, una mancha oscura de ropa y pelo. Me encaramé al volante. Alguien estaba acariciando las vacas.

—¿Klaus? —musité, atónita—. ¿Qué hace…? Está ahí fuera, Klaus.

—¡Klaus! —lo llamó Jolie—. ¡Dile que emergencia, que vuelva, Klaus! ¡Las putas vacas!

—¿Cómo está…? Pero no he abierto el maletero. Es imposible, no… ¿Cómo está ahí? Necesitaría que yo abriera el maletero.

—Klaus no necesita.

Paramos en medio de la carretera y las vacas ni se interesaron. Klaus subió, agarró el volante con las dos manos e hizo el giro más violento que se podía hacer sin haber terminado de arrancar siquiera.

—¡No, no, no, espera…!

El autobús reventó una valla. Aplastó los arbustos. Atravesó un cultivo de algo y luego escaló por la ladera para llegar a la siguiente autopista. Al dar la última vuelta de peonza, el *airbag* se disparó solo, apretó un botón y en los altavoces estalló una musiquita promocional.

—*Willkommen bei FlixBus! Welcome aboard!*

—¡Diana! *Ça va?*[7] —oí decir a Jolie—. ¿Bien todo?

Yo le respondí, hecha un nudo en las escaleras:

—Sí.

Pasamos el resto de la tarde llegando a Múnich. La electricidad volvió al anochecer, cuando se nos encendió encima el cartel gigante de un *sex-shop*.

Horas antes, mientras grababa con la cámara el fantasma de otro pueblo, hice zoom a la sombra de un campanario y el objetivo enfocó en su lugar las manchas negras que salpicaban los cristales. Pero el sol las tiñó de rojo, en un destello, y no eran manchas, Laia. Había gotas de sangre en las ventanas del autobús.

Volví a preguntarle a Jolie entonces la historia de cómo lo habían conseguido y ella volvió a improvisar un trabalenguas en francés. La vi moverse un par de veces para agarrar más agua: se desplazaba por el pasillo usando el carrito y dos palos de mopa como muletas. La pierna derecha le

obedecía un poco, lo suficiente como para apoyarse, y tenía que irse periódicamente al fondo del autobús a cambiarse los pañales que llevaba puestos, pero cuando le ofrecí mi ayuda lo que entendió es que estaba dispuesta a tirarle las colillas.

Durante la tarde, el paisaje no cambió y Klaus condujo sin hacer un ruido, a punto siempre de llegar a Múnich y encaminarnos a Marsella. Luego empezó a ser extraño, en cierto momento, que no llegáramos a Múnich nunca. Me di cuenta luego, al sentarme junto a la cabina: el autobús tomó una curva y pasamos junto al fósil inconfundible de una gasolinera. Yo la vi marcharse tras los cristales.

WÜRZBURG — 57

Estábamos dando vueltas en círculos.

—No, pero Klaus sabe ir a todos sitios —repetía Jolie, indiferente—. Klaus sabe las carreteras del mundo. Europa, *n'est-ce pas?* Es lo mismo todo. Todo sales por un lado, llegas al otro. Paradoja medieval.

—Voy a hablar con él —le dije—, porque no vamos a llegar así, y creo que no ve, Jolie. Creo que es miope. ¿Qué idioma habla?

—¿El quién?

—Klaus.

—Klaus entiende, entiende todo.

—Pero ¿de dónde es? —le pregunté, y luego caí—. Jolie, ¿sabes de dónde es Klaus? ¿Conoces a Klaus de algo?

—¡Klaus *mon pote*, por amor de Dios, amigo siempre! *Mère*… Como si fuese un infeliz, ahora, ¡lo he nacido! Hemos hecho cosas que no imaginas. ¡Yo lo llamé Klaus! Porque la barba un poco blanca.

—¿Que ni se llama Klaus?

—Diana, los nombres —sentenció Jolie— son una mentira sonora.

Klaus, que tenía una edad indefinida, una nacionalidad indefinida, una identidad indefinida, parecía enterarse de todo y, a la vez, no se enteraba de absolutamente nada.

Intenté entablar conversación con él entonces para decirle que yo conducía, pero se negó a responderme. Solo cuando agarré el mapa pegado sobre la radio, él giró el volante y derrapamos por la autopista. El autobús frenó en una sacudida, a un lado, y yo salí despedida hacia la puerta. Klaus se puso en pie frente a mí, enorme, y me miró por primera vez desde que lo había conocido.

En ese instante, creí que iba a decir algo grande, posiblemente en sueco, que explicase todas las cosas, y lo que pasó en su lugar fue que me apartó con un brazo y se marchó. El depósito estaba vacío y había que repostar. Al intentar arrancar unos minutos más tarde, el motor hizo un quejido de engranajes apretados y se negó a funcionar.

—Esto pasa —dijo Jolie—, en muchas veces. Ya nos pasó esto. Porque el autobús tiene algo roto por dentro y está a punto de estallar.

—Ah.

El sol se estaba poniendo y el cartel enorme del *sex-shop* se nos encendió encima. Así que había vuelto la luz.

Klaus agarró mi linterna y se metió bajo el bus para repararlo. Jolie y yo reunimos hojas secas y encendimos una fogata con su mechero junto al bosque. Cenamos allí, calentando embutidos pinchados en palos, como en la barbacoa vieja del cortijo, pero, en realidad, no se parecía en nada, porque estábamos a medio camino de otro medio camino, en algún lugar periférico que tampoco se escapaba del abrazo de la cúpula.

La contemplamos en silencio mientras Jolie se encendía el porro. Una sección azul brilló tras las nubes.

—*Une souris verte*…[8]—canturreó Jolie—. Magia, ¿no? La luz del cielo. En Berlín me dijeron que hace volar, pero no mucho, mucho. La gente se cae. *Putain*… Quiero que me trague. Me huye siempre como una maldita.

—He estado debajo —le conté—. De la luz.

—*Quoi!* ¿Y se vuela?

—Es un campo magnético. Te tira hacia arriba como un imán y luego se apaga. No se siente como volar, porque no te… Es una gravedad. Te agarra. —La luz, a lo lejos, volvió a desaparecer—. Pero es lo que más… Cuando estás ahí dentro, lo sabes. Que nunca has visto nada así. Que está pasando algo grande. Pensé: voy a morir aquí. Ojalá estar grabando esto, pensé, porque es… Es lo más importante que he visto en toda mi vida.

Jolie asintió, echando el humo.

—Esto es —me dijo— la era de las eras, *espagnola*. El juicio final. Vamos a otro mundo, como cuando el meteorito del dinosaurio.

¿Lo sabía la gente ahí fuera, toda la gente que quedaba viva? Que lo que ocurría no era nuestro y que estaban viniendo, que ya estaban aquí, algo más gigantesco que todos nosotros. ¿Por qué lo habías sabido tú, en tus sueños, mucho antes de que ocurriera?

Entonces los imaginaba contemplándonos desde algún lugar con nuestras mismas caras, grandes o pequeños; con nuestras caras y motivos, siguiendo alguna clase de programa. Mirábamos arriba esperando al hombre verde en el platillo volante, pero a lo mejor la cúpula siempre había sido un animal, Laia, y estábamos todos ya en el estómago de la ballena. O a lo mejor la luz intermitente e ingrávida del cielo nos estaba hablando en una nueva lengua de signos.

—¿Crees que quieren algo? —le pregunté a Jolie—. Que nos están diciendo algo. O que nos matarán.

Ella se rio un poco, fumando sobre su silla.

—*Qu'importe…* —dijo—. Nosotros solo vamos a mirar.

A la mañana siguiente, cuando ya amanecía, me despertó el golpe en la cara de un blíster de salchichas. Klaus estaba sacando comida del compartimento sobre mi asiento. Confundida, busqué con los ojos los surtidores de la gasolinera. Al otro lado de los cristales, vi el bosque y los restos de la hoguera junto a una montaña de bidones de gasolina. Él tenía las manos aún pringadas de la grasa negra del motor.

Pulsé el botón que abría el maletero. Salí a recoger la basura.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Jolie, tomando el sol.

—Supongo. Está arrancado el motor.

Agarré tres bidones en cada mano y me fui hasta el otro lateral.

Que tu próxima lectura sea una historia de amor.

Busca **Inepub** en Google para encontrar novelas románticas.

Uno de los soportes que levantaban la puerta del maletero estaba roto y peligrosamente doblado. Tuve que agacharme para dejarlos dentro: metí la cabeza en las entrañas del autobús. Empujé la primera tanda de bidones. Fue a la segunda, cuando algo se me tropezó con la vista, que levanté la cabeza y lo vi.

Allí, bajo la bombilla roja del interior, había un bulto grande y oscuro.

Me miró a los ojos.

Era una persona.

—¡Dios!

Me clavé el filo de la puerta en la coronilla.

El corazón se me subió hasta las orejas y caí de espaldas sobre el asfalto. Al fondo del maletero, sentado entre restos de agua embotellada y bolsas, un chico me devolvía la mirada. Estaba transformado, rondaría los veinte y ya no tenía gesto: era una pared pálida rodeada de extremidades.

Iba a matarme.

Busqué la navaja en el bolsillo de mi chaqueta.

—¡Diana! —gritó entonces Jolie, llegando a mí—. ¡*Calme*, escúchame! Escucha, Diana.

—¿Q-qué…? —balbuceé gateando de espaldas—. ¿Qué hace ahí, qué…? ¿Dónde…?

—¡Diana! ¡Es un amigo!

—¿Ha estado ahí todo el…?

—¡Es amigo!

—¡Nos va a matar!

—¡No! ¡No ataca, no es los otros! ¡No infecta! —dijo. Klaus apareció de pronto detrás y me apuntó con el rifle de pelotas—. ¡Klaus, no! ¡Baja! ¡Todos amigos!

—¿Lo habéis traído? —pregunté—. ¿Cómo lo habéis traído? Dios, Jolie, está… Tenemos en el maletero un…

—¡Es Blaz! —me explicó ella—. ¡Diana, es amigo de Berlín, Blaz! ¡Lo estamos llevando! Me dijo que su familia es en Múnich. Estamos llevando a él a Múnich. No ataca. Es seguro. No infecta, no ataca, pero no podía dejar en Berlín, ¿entiendes? *Calme*, ya. ¿Entiendes?

—Joder… —jadeé, con el pulso desbocado—. Joder…

Klaus apuntó al chico con el rifle.

—¡Klaus, no! ¡Baja!

Era verdad. Blaz no se movía.

Giraba la cabeza a veces, en espasmos involuntarios, y pestañeaba dos veces por minuto. Tenía las manos cerradas en puños, agarrotadas, y solo las abría para llevarse comida a la boca. Klaus había estado alimentándolo en el maletero. Mientras lo observé, se mantuvo quieto y tenso y observándome también, aunque habría jurado que no podía verme siquiera. Tenía los ojos de los peces muertos de las pescaderías. Nunca me encontré a otro como él, que fuese capaz de hacer ruido.

Blaz regurgitaba una especie de «mmm» que le venía de la garganta y no podía separar los labios. Su existencia pacífica era la demostración de que habría más así por el mundo, semiconscientes. Tuve el instinto de documentarlo, pero no fui capaz de invadir esa vulnerabilidad. Estaba enterrado bajo el cadáver de su propio cuerpo, en una catalepsia tan triste, justo en el límite entre ser de Ellos y de Nosotros.

Esa mañana, cerramos las puertas, arrancamos el autobús y yo me senté en la cabina del conductor. Fuimos a dejar a Blaz en Múnich.

—Comen solos —me explicó Jolie, sentada en el salpicadero—, pero no duermen, *c'est-à-dire*, están… Es como dormidos, ¿no? Pero los ojos no se cierran. Y entonces, cuando duerme, ¡sssh! Sin ruido. Así desde Berlín, nada nuevo. No van a mejor.

La cara de Sara en mi memoria era una mancha.

—Estaban… —murmuré—. Vi a algunos enfermos metidos en una estación. Los tenían encerrados la policía. Cuando lleguemos a Múnich, ¿dónde vamos? ¿Sabes su dirección? ¿O vamos a entrar?

—*Pas du tout*, no, no. Tú frenas lejos, Klaus acerca. Hay de ellos afuera, muchos.

—Pero puede que la policía los esté matando.

—Si su familia está cerca, lo verán y lo cuidan, Diana. Eso es lo que podemos hacer por él. Mejor cerca de casa que Berlín.

La autopista abandonada bajo el sol parecía un cementerio de señales de velocidad.

—¿Lo conocías mucho? —le pregunté al cabo de un rato—. Antes de todo.

—*Non, tu sais*. Camarero en el bar que yo iba. Un buen chico. No iba a dejar solo.

Los perros perdidos recogidos por Jolie Lemaire alcanzamos Múnich al mediodía.

Entre los árboles aparecieron naves grises, periféricas, algunas abiertas y otras cerradas. La ciudad, que se intuía a lo lejos, estaba empañada por una calma de foto. Seguimos el semicírculo de carretera que bordeaba sus límites y en cierto momento Jolie me señaló una salida. Bajamos una cuesta y pasamos junto a la estructura muerta de un aparcamiento de tres plantas aún lleno de coches estrellados y máquinas de tiques. Junto a este, redondo y blanco, se levantaba un estadio de fútbol con el letrero de «Allianz Arena». Los paneles luminosos de su fachada estaban encendidos aún bajo el día y resultaban incómodos para la vista. El final del mundo les había alcanzado a mitad de partido.

Frené cuando los vi pululando alrededor de las puertas: todos Ellos, con las camisetas del Bayern, ensangrentados y olvidados allí. El autobús hacía un ruido de máquina que no entendían, pero se volvieron. Yo, que había estado dándole vueltas a la idea de dar la vuelta e ir a Berlín a por Alma, lo entendí entonces: se habían pegado como polillas a las esquinas de las ciudades. No se podía entrar en ellas sin convocar una avalancha.

Apreté el botón del maletero. Jolie se agarró a las muletas. Miró por la ventana, y yo no solté el volante, con el pie preparado sobre el pedal.

—Ahora —susurró, cuando salió Klaus.

Llevaba a Blaz echado al hombro.

Todos Ellos reaccionaron al verlo, aunque Klaus por supuesto que no habló. Empezaron a moverse. Los que estaban más cerca, a los pies del estadio, en el primer piso, tras la barra levadiza, vinieron. Andaban sin apresurarse como por un pasillo de supermercado. Se chocaban entre ellos, incapaces de verse entre sí. A mí se me apretó en la boca del estómago una emoción sin nombre, de miedo y pena e impulso de huida. Los miré a cada uno: jóvenes y madres, y los ancianos ya habrían muerto, también los niños. Vestían bufandas sucias de equipación y algunos uniformes de trabajo.

Y entonces, de entre la marabunta, vi algo rápido y entendí una cara.

—No…

Me puse en pie. Corrí hasta la ventanilla.

Uno de ellos, Laia, y podría jurarlo ahora, era Mario Volkswagen. Estaba empapado de tierra, transformado junto al estadio, a las afueras de Múnich.

—¡Diana!

Klaus había dejado a Blaz en la acera y volvía al autobús. Jolie me gritó:

—¡Vamos, abre, arrancar! Diana, *allez*, *allez*, *allez!*

Me tropecé con los asientos para llegar a la cabina. Pulsé el botón de las puertas del autobús. Klaus las empujó y entró a la fuerza por el hueco.

Ellos ya venían.

No podía ver a Mario por detrás de sus cabezas: eran una treintena o más, muchas más bajando por la cuesta y siguiendo el reguero del resto, y yo giré la llave y el motor se quejó. No arrancaba. Volví a intentarlo. No arrancaba.

—No, no, no, no, no…

—*Allez, bordel de merde! Allez!*

Giré la llave una quinta vez. El autobús arrancó con un petardeo.

Clavé una bota en el pedal y nos propulsamos hacia delante. Las puertas se sellaron y la comida cayó de los compartimentos al pasillo. Nos marchamos, en un chillido de ruedas y asfalto, y Klaus agarró a Jolie antes de que rodara contra el salpicadero. Atrapé el volante hasta con los codos. El suelo se sacudió de un bache que todavía espero que no fuese una persona.

Lo último que alcancé a ver antes de alejarnos hacia la autopista fue el reflejo en el retrovisor de Blaz, Blaz sentado como en el maletero sobre la carretera, quieto y seguramente murmurando la palabra que nunca llegaba a decir.

Nos fuimos de Múnich. Volvimos a la tierra de nadie y nos encaminamos hacia Marsella.

Estuve sentada toda la tarde en el escalón junto a la cabina, señalándole los cruces del mapa a Klaus. No entendía una sola línea, y así será siempre, pero memoricé los nombres y podía leer los carteles. Rodeamos, por tercera vez, Stuttgart. Pasamos Karlsruhe. Jolie decidió que entraríamos en Francia por Estrasburgo porque, en palabras literales, prefería bajarse en marcha del autobús que negociar con italianos.

Cuando la luz se fue e hicimos una pausa, ya estábamos rozando la frontera.

Paramos junto al bosque y bajamos a despejarnos. Hacía un frío extraño, de mayo indeciso, y en algún momento del camino habíamos perdido la puerta del maletero. Fuera, como todas las noches, la cúpula reproducía su espectáculo de luces.

—Y en Marsella, ¿qué? —me preguntó Jolie entonces, encendiéndose el canuto—. Después de Francia, cuando dejemos. ¿Cómo? ¿Vas a quedar? ¿O te vas a España volando a la Barcelona?

—Voy a Sevilla. Soy de Sevilla, al sur —le expliqué—. Cogeré algún tren o algo en Marsella. Estoy volviendo a… Tengo que llegar a casa a encontrar a mi novia.

Jolie asintió, tragándose el humo.

—*Oui, oui* —dijo—. Pelo rosa, ¿no? Con el… Con piercing aquí.

Pestañeé.

—¿La conoces?

—Claro, vino en Würzburg, ¿no? Porque tú ibas… Tu amiga Sara, que estaba borracha y la llevaste al cuarto. Y tu novia entró por la ventana. Vaya tía… Se escaló el muro. Estuvimos hablando y luego fue contigo a donde sea, no pregunté.

—Estuvisteis hablando —repetí.

—*Oui*, yo sé hablar. Ella habla.

—Con Laia.

—*Oui*.

—¿De qué?

—No, porque… —bufó—. ¡Y qué me acuerdo! Era como… Y su español muy imposible, muy rápido. No entendía nada. *Que sais-je*, Diana. —Pensó—. ¡Ah, sí! Me dijo algo *stupide* de Napoleón Bonaparte. Vaya tía… Que si en Francia entramos para Portugal y se invadió España, ¿qué significa eso, ahora? No puedo entender. ¿Están en España en el dos mil años pensando en Napoleón Bonaparte?

Yo la miré, perpleja. Jolie me miró también.

Luego, al cabo de un segundo, me empezó a crecer sin querer en la cara una mueca vieja que me contrajo las mejillas y me dolió en la cicatriz del labio, y al rato descubrí que no era una mueca. Era una sonrisa.

—¿Laia te habló la noche de Sara de la Guerra de la Independencia?

—No, de Napoleón.

—Es lo mismo, Jolie.

—No, Napoleón es un señor —dijo ella—. No una guerra. Me habló del señor.

—Dios mío… —Me reí, para mí, frotándome los ojos—. Dios…

—¿Y por qué escalando arriba en el muro?

—¡Porque no quería un Airbnb, porque estaba…! ¡No sé qué hacer con ella, cuando se pone en modo aventura en las cataratas! Le estaba diciendo que se lo pagaba yo. Pero luego hace lo que quiere, claro, y vino sin avisarme a Wurzburgo, y te… Y escala un muro, que podrían haberla detenido, y se pone a hablarle a una francesa de la guerra de Napoleón.

De repente, en ese descubrimiento de tus eventos pequeños, inútiles, de palabras tuyas que yo no sabía que habías dicho, me invadió algo súbito y parpadeé. Se me cerró la garganta.

Me vi entonces, Laia, apoyada en un autobús de carretera de FlixBus, en la frontera con Francia junto a Estrasburgo, sin haber llorado aún; echándote tanto de menos que no podía procesarlo y se me escapaba, a trozos, por donde cabía. Tragué saliva y alcé las cejas. Me escocieron las retinas, pero no lloré, porque era yo. Y aún creía, en ese momento, que, si yo no era eso, tú podías dejar de ser tú al otro lado; y toda esta fe, que es un mecanismo incomprensible. Toda esta gestión del miedo, que siempre ha sido un miedo enorme mío a no gestionarlo.

—Eh. *Espagnola.*

Jolie me dio un codazo. Yo me giré y me estaba ofreciendo el porro.

—Dale.

Lo agarré entre el índice y el pulgar y fumé una primera calada que tosí entera.

—¡Ja, ja, ja! Así os ganó Napoleón.

—Esto está fortísimo —mascullé—. Joder. ¿Qué lleva?

—Ensaladita de la casa. Todo natural.

Era de noche y Jolie Lemaire y yo estábamos respirando un viento sucio, sin luna, antes de salir a la carretera hacia Marsella. Yo iba a encontrarte en el foso del Rectorado. Se removieron, entre las sombras, las hojas de los matorrales. El bosque estaba oscuro y hacía un viento tras el que solo se oía el runrún del motor y el clic de la rueda del mechero. Yo estaba mirando a Jolie cuando entendí detrás, junto a la autopista, la primera silueta de alguien.

Agarré la silla de ruedas. Pero ya era tarde para nosotros, Laia, y lo había sido desde el principio. Venían de todos los frentes.

Un grupo de personas salió de pronto de entre los árboles.

Iban vestidos de uniforme verde y tenían las cabezas cubiertas por cascos. Una cuadrilla de militares armados, sin cara, en un silencio peor que el de los transformados de Múnich, rodearon el autobús y nos apuntaron con rifles. Klaus, bajando la otra escalera, los apuntó de vuelta con una versión de feria cargada con pelotas.

—¡Fuego! —ordenó uno, en inglés.

Y nos dispararon.

OceanofPDF.com



Mario Volkswagen me besó por primera vez la tarde en la que quedamos en el *skatepark* para pegarnos con machetes. Estábamos en el centro comercial de Plaza de Armas, probando en las escaleras un pienso de gatos, y de repente la mirada se le perdió en el abismo y se propulsó hacia mí. Se estampó contra mi cara, todo boca. Yo le planté un bofetón.

—¿A dónde vas tú? ¿Qué te crees que haces por la puta cara?

—¡No sé, coño! ¡Pensé que entraba! Chaval… Vaya tía cacho bruta…

Antes de enamorarme de Diana (si es que hubo, en algún momento, un antes), yo tuve que someterme a la cura de humildad que fue enamorarme de Mario Volkswagen. Enamorarse, de todas formas, vete tú a saber qué es y qué abarca exactamente. Juntar ambos eventos bajo un mismo término se siente como un acto de profanación.

Mario era el chulo de *skatepark* que mejor manejaba la BMX verde fosforito que le había comprado su madre. Se dedicaba a robarme la mía para llamar mi atención y me la devolvía con una piedrecita metida en el timbre. Carly aseguraba que estaba buenísimo cuando iba paseándose sobre las rampas sin camiseta, porque tenía hombros y un cuarto de abdominal, bajo la luz correcta, en la posición correcta. Se recogía la melenita castaña con un coletero y medía prácticamente dos metros de alto. Esto, decía él, le

venía de su sangre muy alemana, que su padre alemán no cabía ni en las casetas de la feria. Su nombre era Mario Vielhaber, pero en el *skatepark* todo el mundo lo llamaba Mario Volkswagen, y juraba, cada vez que una chica estaba a menos de un kilómetro:

—Tengo tatuado el escudo del Bayern encima del culo.

Acabé saliendo con él porque en enero de segundo de bachillerato me tropecé en la estación de autobuses con el cartel de un concurso para «Jóvenes por el desarrollo sostenible». Estuve una semana metiéndole panfletos a Diana en la mochila hasta que accedió a presentar un vídeo.

—Y si subo la bici a la barra —le expliqué la tarde que lo grabamos— y bajo por ahí y los coches salen detrás, ¿no? Que es más épico, y luego hago un derrape en la carretera, fium, y tú vas girando la cámara; y yo cojo una piedra así gorda, o sea, en la mochila, y la lanzo al río. Entonces cuando tú enfocas lo que parece es que me he tirado yo al río, y luego salgo andando por el muelle…

—Laia —me cortó Diana desde el bajo de la rampa—. Laia.

—¿Qué?

—¿Podemos intentar que no te mates?

Entonces aún usábamos la cámara vieja del abuelo, que lo grababa todo amarillo y a veces sin audio. Ese día, Diana la llevaba atada a una mano e hizo más ejercicio que yo corriendo tras mi bici en el *skatepark*. Se jugó la vida, tumbada en el suelo, para grabarme saltar las escaleras desde abajo. Carly, que estaba allí sin hacer nada permanentemente, nos dejó usar su *longboard* medio roto y atamos la cámara a la tabla; conseguimos el plano secuencia más impresionante captado jamás por el ojo humano.

Pegada a un objetivo, a Diana Mena le nacía esta faceta absorta, más abierta a las insensateces, y su voz entonces sonaba casi autoritaria.

—Ahora aquí —decía—. No, vienes de ahí y entonces te giras. Tienes que llegar delante. Ahí delante. —De pronto, recordaba que era Diana—: Por favor. Bien. Gracias.

—De nada. Perdón. Buenos días.

—Qué graciosa eres.

Un rato después, conectamos la cámara cavernícola a su ordenador y el antivirus dijo que era un dispositivo inidentificable.

—Hemos perdido la mitad de los clips.

—¿Cómo? ¿Dónde llevabas tú unos clips?

—Los vídeos de la cámara, Laia.

Cuando volvimos a grabar el viernes, Mario Volkswagen estaba acaparando toda la rampa. Daba vueltas en la bici con sus dos amigos-satélite, que bien podían haberse llamado Pin y Pon; Mario, Pin y Pon se dedicaron a colarse en plano y a hacer el estúpido al fondo de nuestro vídeo. Fingían que se tropezaban con nosotras, quitándose las camisetas, jugando a gritar grandes palabras como «tetas gordas».

—¿Y esto cuándo lo echan en Canal Sur? —me preguntó. Sus amigotes le rieron la gracia como cotorras desde el banco contrario. Yo me había sentado en un bordillo a esperar a que Diana grabase lo que quedaba de sol sobre el río y él se me acercó, ensartado en su sillín—. Que si me querías tener en vídeo, tampoco tenías que rayarte.

—Mario, anda, vete por ahí un ratito. A ver si te da un viento.

Señaló mi bici con el mentón.

—Te puedo dejar la mía, también. Que no está echa polvo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un saludo, muchacha. —Se rio—. Ya está. No te ofusques. Pero que también nos vamos ahora para el embarcadero y por si le interesaba venirse a la presentadora.

—No me interesa. Pírate.

—Que no estoy hablando de ti —dijo—, sino de tu amiga.

Pin volvió a darse de codazos con Pon. Yo miré a Mario, que los miraba a ellos y luego a mí, tan orgulloso de ser idiota practicante.

Agotada, me froté la cara y me aparté el pelo teñido de azul de los ojos, y cuando alargué el brazo y le ofrecí una mano, mi chicle se le quedó pegado entre los dedos al estrechármela.

—Te le acercas —le dije—, y te pincho las dos ruedas.

Él, con un gesto muy de Mario, arrancó el chicle con los dientes.

—¿Cómo has dicho que se llama?

Diana llegó a nosotros entonces desde el río.

—Hola —dijo—. ¿Pasa algo?

Mario sonrió.

—No. —Giró su BMX—. Nada, perdona, Diana. Aquí de charleta con Don Pitufo. Ya nos vamos. ¡Suerte con el videoclip oficial!

Los vimos marcharse a los tres por la cuesta que llevaba a la estación, un ruido de cadenas y deportivas limadas. El *skatepark* se quedó por fin vacío, pero ya no había luz y no nos servía. En ese momento, llena de un asco incalculable, yo pensé que quizá la condena del mundo era el éxito del criterio de Carly, que solía guiarse por la sombra de la promesa de un abdominal. Luego Diana se sentó junto a mí y señaló a Pon con el mentón.

—¿Ese no lo trajiste al cumple de César?

Yo carraspeé.

—Sí, bueno, pero a ver… Pero tampoco es que… Fue un día, nada más.

—Pensaba que salisteis.

—Qué va, que no. Que es que, cuanta más gente, por menos salía el regalo de grupo.

Estábamos en segundo de bachillerato y yo me enrollaba hasta con los anuncios en las farolas. Me enrollaba por deporte, semanalmente incluso. En ocasiones, no había especiales motivos para enrollarse, era una cuestión de aburrimiento circunstancial. Lo de Pon, por ejemplo, fue porque Carly desapareció con Pin entre los arbustos del embarcadero. En algo había que echar la tarde. Otras veces, era casi un trato político, lo de enrollarse, un intercambio de bienes y servicios. Manu, el de 2.º A, hacía *windsurf* y tenía una casa en Matalascañas. Enrique, el del loro, tenía un loro que podía decir:

—A buenas horas, mangas verdes.

Después del verano en Cazalla con Cristóbal Conde, despertó en mí otra libertad que se parecía bastante a hablarle a los escarabajos. Sentía una curiosidad irreprimible hacia las manos de otros; los cuerpos blandos, puntiagudos, predecibles y extraños, de otros; que eran un chute de adrenalina entre los riñones. Sus vidas parecían puertas raras, como las de la nave, a nuevas versiones del mundo. Pero a la semana ocurría siempre lo mismo: que los miraba y eran solo otra gente, y no teníamos tampoco gran cosa de la que hablar.

Alfonso, el del semáforo, sabía hacer malabares con mandarinas. Noelia era una chica, la primera chica, y casi me arrancó de un mordisco el piercing del labio. Luego creo que fue Lorena, la que leía el futuro en Fanta naranja, y con Halim pasó que nos enrollamos en el *skatepark* y luego lo llevé a merendar a la cafetería con mis amigos.

—Tía —me dijo Alma—, hazme el favor, que este es mi hermano de sangre.

En esos meses, cogí la costumbre de acercárselos, de llevar a todos con los que aún me estuviera enrollando a los viernes de partido de Alma, como el cadáver poco agradable que te deja un gato en la puerta. Después del

polideportivo, nos íbamos a la cafetería de la esquina y juntábamos dos mesas de aluminio. Yo añadía a una persona aleatoria, casi nunca la misma, y César hacía un esfuerzo impresionante por equivocarse siempre con el nombre de la anterior. Mantuve esta ceremonia de presentación de gente a la que no iban a ver nunca más hasta que Olivia conoció a Enrique, el chaval del loro. Cuando le dije, el viernes siguiente, que ya no me estaba enrollando con él, Oli casi se arrancó el apellido.

—¡No me puedes hacer esto —me riñó— de crearme unos sentimientos y unas cosas humanas en mí, y luego a esta gente la pierdo! ¡Se mueren!

—Oli, que está en su casa. Perdón. Pero que aquí nadie se ha muerto.

—Nunca en mi vida —declaró—, ¡nunca jamás!, voy a poder olvidar a ese loro.

A mitad de todas esas reuniones en la cafetería, siempre había un momento en el que yo me descubría mirando a Diana.

Estaba esperando, a lo mejor, un gesto en ella que interpretar como un juicio, un movimiento de cejas. Pero Diana hacía lo propio, nada más: era amable y escuchaba con atención. Iba a por vasos de agua para todos. Esa fue la época en la que empezó a cambiarse de sitio la raya del pelo y a veces se le veía entera la mancha roja de tarta de queso cocinada sobre el párpado. A mí me distraía eso más que la promesa del abdominal de cualquiera.

La tarde que invité a venir a Alfonso, él se empeñó luego en acompañarme a coger el autobús. Esperamos los tres allí, Alfonso, Diana y yo, porque volvíamos siempre a la urbanización juntas, y de repente Alfonso me agarró y me plantó el morreo más baboso de la historia. Sentí una incomodidad abismal que me subió hasta la coronilla de solo saber que Diana lo estaba viendo. Giré el cuello y le di un abrazo de reunión de antiguos alumnos, con dos palmaditas, y ya nunca lo llamé más.

Cuando me senté junto a Diana al final del bus, me deshice la coleta y me la volví a hacer tres veces de la vergüenza.

—Bueno —atajé—, ¿qué? ¿Te gusta?

Diana me sonrió.

—¿Te gusta a ti?

Yo bufé una risa.

—¿Qué pregunta es esa?

—No lo sé. ¿Qué pregunta es esa?

—Vale. Estás muy especial tú. Vale… Es majo, ¿okey? Pero… Y ya. Tampoco es que tengamos que gustarnos, o sea, colegas somos, pero no tenemos que tener que ver. Por si estás pensando que no tenemos nada que ver.

—No estoy pensando nada de nada.

—Vale.

—Es un buen chaval —reseñó—. Sincero.

—Vale, ahora suenas como el papa.

—¿Tengo que puntuarlo del uno al diez?

—¿Y de ti? —le pregunté—. ¿Cuándo vamos a hablar?

Le di un toque con la rodilla en su rodilla.

—¿De mí de qué?

—No sé. Algo interesante te traerás.

—Te puedo decir que Emma está saliendo con el hermano de Lucía Regalito. Si eso no es un susto…

—¿Y tú qué de qué, Diana Mena?

Diana ladeó un poco la cabeza, divertida. Yo la miré de vuelta, masticando mi chicle de melón. Abrió la boca de pronto como para confesar una gran cosa.

—Te contaré algo —dijo, muy lento— cuando haya algo que contar.

—Venga, vale. Pues muy bien.

—Te lo digo en serio.

—Eso se tendrá que ver, ¿no? Porque eres… Estás hecha un crucigrama. Yo estoy aquí todo el día, que lo sepas, abriéndome en canal contigo. No hay justicia.

—Tienes muchísimo cuento.

Tras los cristales teñidos del autobús, Sevilla era un espacio negro y rápido que ya casi empezaba a florecer. Estábamos en los asientos para cuatro, yo con las deportivas subidas a los de enfrente y Diana con las piernas cruzadas. Miramos juntas en su móvil los vídeos subidos a YouTube de los otros participantes al concurso del desarrollo.

—¿Vas a venir? —me dijo antes de nuestra parada.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Al fallo. El uno de marzo. Es la semana que viene, el viernes a las seis. Van a proyectar los cortos en el CICUS y todo el rollo, y… supongo que hay que ir.

—Dios, qué dices. El uno no puedo. No, qué rabia, ¿en serio? Es que justo el uno he quedado para pegarme.

Diana se giró hacia mí.

—¿Cómo? —preguntó confundida—. Pero… Pero vas a estar bien.

—Sí, o sea, no es nada muy importante. Es solo algo que va a pasar. Pero no puedo estar faltando y eso cuando es un compromiso. Se ha tenido que organizar con el horario de mucha gente.

—Ya. Bueno, claro.

Ambas miramos al frente, mientras el bus torcía y llegaba a nuestra avenida.

—Oye —le solté—, ¿tú tienes claro qué es un machete?

Lo de pegarse en el *skatepark* con Mario Volkswagen no es que incluyera machetes desde el principio.

La pelea, de hecho, había empezado en casa de Diana una semana atrás, cuando me había dejado frente al ordenador de su salón copiándole el trabajo sobre Napoleón Bonaparte. Cuando pulsé una tecla sin querer, el navegador cambió de pestaña: Diana tenía abierto en YouTube el vídeo que había presentado al concurso del desarrollo. Un imbécil, que identifiqué porque usaba de foto el escudo del Bayern, le había escrito en comentarios:



Me puse en pie. Me incliné tanto sobre la pantalla que casi me tragué la cabeza del flexo. Estuve petrificada allí un rato, hasta que se me quedó la forma del ratón grabada en la mano y apareció Emma.

—Oye, ¿me puedes dejar el ordenador?

—Espérate —le pedí, respirando hondo—. Espérate un segundo.

Ella, aún con los ojos puestos a rosca, frunció el ceño.

—Escucha, pero ¿y tú qué haces en mi salón?

Al día siguiente, paré la bici en un derrape delante del abdominal de Mario Volkswagen. Estábamos frente al *skatepark*, en el césped junto al río, y él estaba sin camiseta a finales de febrero cazando neumonías.

—¿¡A ti qué te pasa en la puta cabeza!?

—Te me calmas primero.

—¿¡Te cuesta físicamente hacer otra cosa con tu vida que no sea ser tonto de los huevos!?

—Uf. —Mario les sonrió a Pin y Pon—. Está complicado el asunto.

Yo empujaba la rueda delantera contra sus rodillas y él me frenaba, agarrado a mi manillar. Sus manos enormes cubrían las mías y hasta el timbre atascado, y yo apretaba los pedales y empujaba como intentando arrancar un árbol de la tierra. Pero Mario claro que sonreía.

—Bórralos —le ordené—. Los vas a borrar ahora en mi puta cara. Saca el móvil y los vas a borrar. Te dije que como te le acerques…

—Illa, que te caes. —Me torció el manillar—. Que te caaaes.

—¡Mario!

—Bueno, pero ¿tú qué es lo que quieres? Que no te entiendo bien.

—¡Mario, suéltame! —lo avisé, pero él siguió jugando a desequilibrarme y sus amigos se reían detrás—. ¡Suéltame, que voy a…!

—Lo que tú me pidas.

Mario giró la rueda y me soltó. Yo no tuve tiempo de hacer nada entonces: todo el empuje contra sus rodillas se convirtió en una fuerza imparable hacia delante.

Lo siguiente que vi fue la bajada de hierba que terminaba en el río.

Eché los frenos y puse la pata, pero fue inútil. Me estampé contra el agua igualmente. Las fosas nasales se me llenaron de un líquido helado y verde. Olía peor que la piscina de Cazalla y la capucha de la sudadera se me enredó en un junco. Salí a la superficie y tosí, me agarré a la tierra como pude mientras intentaba no soltar el manillar, que pesaba; la bici pesaba demasiado y se deslizó hacia el fondo del río. La perdí, en un agujero negro de basuras sobre basuras al fondo del Guadalquivir, y Carly vino corriendo y me ayudó a trepar para volver al césped.

—¡Laia, tía! —gritaba—. ¡Tía! ¿Estás bien? ¿Llamo a la ambulancia?

Mario Volkswagen ya huía por la acera junto a Pin y Pon sobre su bici verde fosforito. Yo cogí aire con toda la ira que me cabía dentro.

—¿Te sobra un pique en el bonobús?

Volví a casa, empapada, en autobús. Abrí la puerta, empapada, de la urbanización. Metí una llave empapada en la cerradura y llegué empapada a la cocina, con un rastro detrás de restos inclasificables de musgos, mosquitos y chapas de latas.

Mis padres estaban allí los dos, haciendo las cuentas del año.

—Laia —me dijo mamá—, que te he llamado antes, cariño, pero no me lo coges. Que ha venido papá de Cazalla.

—¿Qué pasa, doña Cecilia?

—Es que me han tirado al río —les conté— y se me ha hundido la bicicleta y con el agua se me ha roto el móvil para siempre.

Ninguno de los dos me miró entonces, como dando por hecho que esa era una circunstancia en la que a veces se veían los hijos de la gente, por no acordarse, generalmente, de que yo era hija propia.

—Canallita —comentó mi padre—, y ese nuevo pirindolo en el labio, ¿para qué? ¿Tú me has pedido a mí permiso?

—Lo tengo desde hace tres años.

—Tendrás contentos a los profesores de la ESO.

—Papá, estoy en segundo de bachillerato.

—Lo mismo que es.

Al final de esa tarde, encendí el portátil sobre mi escritorio. Abrí Instagram y desbloqueé a Mario Volkswagen solo para meterme en su última publicación. Era una foto de él haciendo botellón y estaba etiquetada la mitad del *skatepark*. Bajé hasta los comentarios y le escribí:

El viernes te voy a tirar la bici al río

No recuerdo ahora si Mario llegó a responderme. Asumo que no.

El asunto de la pelea ascendió solo, fuera de nuestro control, durante el resto de la semana: una docena de personas, salidas de las alcantarillas de alguna parte, empezó a comentar en la publicación. De repente, derivó a una veintena, a una treintena de desconocidos que se posicionaban en un lado u otro por un deseo profundo de pegarse. Nadie sabía ni los motivos del conflicto inicial. La publicación tenía ciento treinta y cuatro comentarios cuando se creó un evento oficial por grupo de WhatsApp: «Viernes *skatepark* 18:00 para pegarse con machetes».

El día del gran evento, nos cayó un diluvio que nadie se vio venir.

Yo me presenté en el *skatepark* a las seis de la tarde y todo aquello estaba casi vacío. Allí solo nos reunimos, al final, un puñado de pringados sin estrategia y ningún machete. A la mitad de ellos ni los conocía y la otra mitad me sonaban de vista. Luego estaban Carly y Halim, y detrás de este salió Alma Hassan, que se frotó las manos.

—Bueno, venga —dijo—. ¿A quién hay que pegar?

Pin y Pon, con sus bicis y un par de chavales muertos de frío, nos miraban desde el otro lado de la rampa. Estábamos calándonos todos, en un silencio anticlimático de autobuses que salían de la estación, esperando a que llegase por fin Mario Volkswagen.

Pero Mario nunca apareció.

Pasaron veinte minutos.

Mario no venía.

—Mario dice —declaró Pin, con el móvil en la mano— que le ha pillado una cosa y que no puede venir. Que ya, si eso, otro viernes.

—¿¡Qué dices!? —gritó Carly—. ¡Y una mierda! ¡Le faltan huevos!

Un chico dijo:

—¿Y para qué hemos traído hasta aquí los putos machetes?

—Nadie ha traído los machetes.

—¿Cómo que no? —soltó Alma, y abrió la mochila y sacó de dentro un machete del tamaño de un brazo. Halim se lanzó a agarrarla—. ¡No me pongáis nerviosa que os juro que os la lío!

Se creó un murmullo de voces que cubrió el *skatepark*.

—No hay pelea —dijo Pon—. Se acabó.

—¡Eso no lo decidiréis ustedes!

—¡Dad la cara!

—¡Yo he venido desde Alcalá de Henares!

En la cabeza del grupo, yo apretaba los puños y la lluvia me desteñía el tinte azul tras las orejas. Me brillaba en el tobillo, aún, el recuerdo rosa y valiente de la noche en la que intenté liberar a las vacas.

—Dile a Mario —le ordené a Pin— que esto no se acaba hasta que su bici esté en el río.

Pero sí que se acabó.

La gente se marchó, más o menos ofendida, a su casa a hacer algo más coherente. Las nubes se callaron y se hizo un arcoíris torpe sobre Triana.

Fue un rato más tarde, esperando el autobús en mi parada, cuando me giré sobre mis talones y lo vi: Mario Volkswagen estaba agachado, tan largo como era, detrás de un quiosco cerrado. Partía en trozos un pan duro de cestito de bar. El pelo suelto le chorreaba sobre la ropa y colocaba las migajas en la entrada de una caja en el suelo.

Me acerqué a él y me alcanzó el ruido pequeño de un primer maullido. La camada de gatos de la casa de cartón no llegaba a los tres meses y estaban mojados, atropellándose entre ellos, mientras Mario los alimentaba.

Se volvió al oírme llegar. Me sonrió, poco sorprendido.

—Hombre —dijo—. Don Pitufo.

La rabia no supo cómo salírseme entonces. Él miró a los gatos.

—¿Has venido a pegarme?

—¿Esto era lo que haces?

—Bueno, y otras cosas. —Se rio—. Pero es que hoy ha caído la monumental.

—No me digas —le dije—. Eres imbécil. Te hemos estado esperando media hora. Eres un puto cobarde. ¿No te da vergüenza, Mario? Me debes una puta bici. ¿Dónde están? ¿Dónde has dejado la bici?

—En el río.

Abrí la boca. No me salió nada más y fruncí el ceño, y de pronto Mario se puso de pie, tan alto que se veía alto hasta desde lejos.

—Perdona, Laia —dijo—. Que sé que suena a nada, ¿no? Pero… que las cosas se han ido de madre. Perdón. Efectivamente, tía, soy más bien un gilipollas. Esto me ha pasado por querer llamarte la atención; que tú y yo lo sabemos, bueno, pero por si te vale. Si te compensa algo más, lo que sea, pues ya me lo dices y lo intento encajar, y… No sé. He borrado los comentarios. Por mi parte, Laia, no te preocupes que no te molesto más. —Añadió—: Y si quieres pegarme ahora, pégame, pero por ahí en el muro, que no quiero pisar un gato.

Las farolas de la calle se encendieron sobre nosotros. Era la primera vez que lo veía tiritar, en su perenne camiseta de tirantes. La lluvia empezó otra vez y en ese contexto raro, mirándolo ahí, erguido, me resultó alguien desconocido e incorregible, y también alguien capaz de ser frágil.

Chasqueé la lengua. Me ajusté la mochila a la espalda.

—No les des pan —dije—. Los vas a matar. Vamos.

—¿Qué?

—Vamos a por pienso. Dale.

Mario Volkswagen y yo fuimos hasta el centro comercial de Plaza de Armas. Compramos comida para gatos en el Mercadona y se la dimos,

primero, a los gatos, y luego decidimos probarla sentados en las escaleras. Estábamos cerca y él se inclinó sobre mí y me besó por primera vez, y ahí ya no hubo más remedio y se ganó el bofetón.

—¿A dónde vas tú? ¿Qué te crees que haces por la puta cara?

—¡No sé, coño! ¡Pensé que entraba!

Al día siguiente, Mario se presentó con una bici nueva en el *skatepark*. Me dijo que era para mí y yo pensé que se estaba quedando conmigo. Testeé los frenos, la altura del sillín. No había probado una BMX en la vida.

—Ahora de repente eres Teresa de Calcuta.

—Se dice «gracias», o incluso, y esto es un trucazo, «muchas gracias».

—Tío. —Me pasé una mano por el pelo, sentada en la bici—. Venga ya, ¿qué es esto? En serio.

—Mi padre es mecánico —me explicó—. Al taller le traen de estas todo el rato, o sea, da para algo, pero que no es la gran cosa. Es vieja de cojones, si te tranquiliza. Pero le hemos dado una capita y una cadena nueva, y no se la iba a quedar nadie. De verdad. Es un poco un premio de consolación.

—Ajá —murmuré, mordiéndome el piercing—. También me rompiste el móvil. Así, como dato.

—Tampoco te flipes.

Pasamos la tarde probando la bicicleta por el centro encharcado de Sevilla. Mario iba subido detrás de mí, largo como un mástil, y hacía equilibrio en la rueda trasera.

Llegamos hasta la Torre del Oro por el carril bici y luego torcimos hacia la fuente de Puerta de Jerez y alcanzamos el edificio del Rectorado. Era solo una carcasa prehistórica para mí, entonces, un armatoste de piedra con el letrero de «Fábrica Real de Tabacos». Lo rodeaba un foso de tierra de casi cuatro metros de profundidad.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Bajar.

—¿Bajar ahí, a lo guarro del foso?

—No, al infierno, ¿no te jode?

En el foso del Rectorado, que estaba vacío (que sería luego, seis años más tarde, la línea de meta en el fin del mundo), había una colonia de gatos permanente y Mario bajaba hasta el fondo para darles de comer. La gente colgaba cubos de agua y pienso, pero Mario bajaba por cometer alguna ilegalidad. Él nunca supo, nunca sabrá, que me enseñó a mí a bajar también, esa tarde en la que sacó una cuerda de la mochila.

—Y metes el final por aquí —me explicó, preparando el nudo—, y ahora tiras por aquí. Venga, tira. Pero fuerte, chavala. Así, así. Y luego es hacerle un girito por aquí y esto carga con un piano. Tira. ¿Ves?

—¿Y no es mejor bajar allí? Que está la colonia.

—Qué va —dijo—. Es más profundo. Al lado del puente es el único sitio en el que luego, con suerte, se puede volver a subir.

Mario descendió y yo le lancé la bolsa de comida cuando ya estaba abajo. Pegada a la barandilla, lo vi acariciar a los gatos, que le seguían los pies y se le subían a la espalda. Había más de ellos en los jardines del Rectorado y estuvimos chistándoles, dejándoles pienso en las esquinas. Yo me fijé en uno enfermo, gris y gordo, con un ojo deformado por una infección. Bufaba al aire en la dirección equivocada.

—Voy a cazarlo —le anuncié a Mario—. Le tienen que quitar el ojo ese.

—Te va a sacar él a ti el ojo. Ese es un bicho salvaje.

Yo miré a Tuerto comer el trozo de jamón york que le había lanzado, el mismo gato o el fantasma de un gato futuro, que me salvaría la vida de seis autómatas.

—Cuando tenga pasta, lo atrapo —murmuré—. Siempre he atrapado lo que me ha dado la gana.

Mario me miraba a mí.

—¿Y tú qué haces? —preguntó, de pronto—. ¿Estudias algo o qué?

—No, si te parece…

—Bueno, pero digo de curso.

—Segundo de bachillerato.

—¿Y después?

—Luego voy a ser vegetariana.

Él bufó, sonriendo.

—Ya entiendo entonces por qué te he ganado con los gatos.

—¿Ganado el qué, pichón? ¿Una hostia? —Nos sonreímos y le robé su botella de agua—. ¿Tú qué? ¿En qué carrera?

—Carrera de nada. A mis padres se la suda —dijo—. Estoy trabajando en el taller de ayudante, en fin, o lo que toque. Tampoco es que me flipe mucho. Pero estoy ahorrando para mis cosas y tal, para mis grandes sueños.

—¿Grandes sueños como qué?

—Como irme un día a Múnich a ver al Bayern.

Estaba anocheciendo cuando nos despedimos frente a las puertas del parque del Prado. Yo me bajé de la bici y lo miré, que era en realidad un proceso terrible de dislocamiento de cuello. Mario, a una distancia de seguridad, movió el cuerpo de una forma incomprensible, como no sabiendo si lo educado era un saludo militar.

—Ahora es cuando —le comenté— sí que entraba que te lances.

—No sé yo —respondió él—. Aún me escuece la cara.

A partir de ese día, hicimos el esfuerzo poco meditado, casi cultural, de estar juntos porque sí, porque supongo que yo nunca descubrí a la semana que era tan solo otra persona con una tabla de *windsurf*; siempre fue, incluso en los buenos, sobre todo en los peores de los momentos, el caso perdido e incorregible de Mario Volkswagen.

—¿Quieres salir conmigo? —me preguntaba al final de cada semana.

—Sí, vamos.

Aun así, salimos.

Mario me recogía los viernes en el *skatepark* y nos convertimos, antes que nada, en una patrulla de rescate de gatos. Yo empecé a bajar al foso hasta que un día nos denunció una señora por vandalismo. Él tiraba de la cuerda en la barandilla y luego me lanzaba como un saco de patatas sobre su hombro. Tenía unas manos enormes, desproporcionadas incluso en él, siempre sucias de grasa de motor.

El día que nos vio besándonos, Carly me regaló una mirada a caballo entre el disfrute y la decepción.

—¿Estás saliendo con él?

—Sí, vamos.

Contra todo pronóstico, Mario sí que tenía el escudo del Bayern tatuado en el culo. Le había cicatrizado mal y se había quedado, más bien, en una mancha de rojo y azul más parecida a un moratón. La tarde que se lo vi, estábamos a contrarreloj en la cama de la abuela de Pon, que se había ido a taichí y se quedó la casa sola.

—Tienes un condón, ¿no?

—¿Yo? —le dije, frenando—. ¿Yo de qué, si a mí no me cuelga el tema?

—Pues espérate que salgo. Suéltamela. ¡Tío! —le gritó a Pon—. ¿Tienes capuchones? ¡Tío, me vale el que sea!

Al principio, Mario y yo nos magreábamos donde se pudiese: en aparcamientos, y baños sin contraseña, en sombras de matojos del parque diseñadas específicamente para magreos. Yo había puesto la línea en no efectuar penetraciones sin una habitación. Esa, en concreto, tenía un altar en la esquina con la urna de un marido y sobre nosotros colgaba, precario, un cuadro polvoriento de Sara Montiel.

Mario tardó diez minutos en colocarse el susodicho capuchón.

—¿Ya está? —le dije con los ojos cerrados.

—No —dijo él sobre mí—. Espérate. Está solo el principio.

—¿Qué me dices? Joder…

—Pero tú has hecho esto antes, ¿no? —me preguntó—. O sea… Me dijiste. No es que seas virgen ni nada.

—No, claro —le mentí—. Claro, ¿qué me cuentas?

—Vale, vale…

—Pero es que me tenso aquí, Mario. Se me baja todo. ¿A ti te parece normal, mientras nos miran los muertos de una abuela?

El sexo con Mario fue casi más torpe, si cabía, que pegarnos. Ninguno sabía nada todavía de dónde poner todas esas ramificaciones del cuerpo, y en mi comunicación intermitente, poco clara, a veces me salía decirle que eso dolía más que lo otro, que había dolido también. Mario entonces alternaba con una tercera cosa secreta que consistía en acabar cuanto antes.

—Pero es que eso, tía —me dijo Carly—, es como es follar.

Su mayor gesto romántico fue escribir en un grafiti frente a mi instituto «BUENOS DÍAS, DON PITUFO».

Aún recuerdo como si fuese la vida de otra persona la noche de miércoles, a comienzos de abril, en la que me llamó de pronto desde una comisaría. Yo estaba estrenando el móvil nuevo y estalló el tono de llamada; Mario balbuceó al otro lado, entrecortado entre un ruido de voces, y lo habían detenido por ir como una cuba.

—Hay que pagar mil euros. O más, casi mil euros —me contó—. Escúchame, Laia: si me meten en la cárcel, mi bici que sepas que es tuya.

—Pero ¿han llegado tus padres? —le pregunté—. ¿Has llamado ya a tus padres?

—Tenía una llamada y te he llamado a ti.

—¿Qué? —Me reí incrédula—. Mario, pero ¿tú estás tonto?

—A lo mejor ya no podremos hablar —continuó él—. Me han amenazado aquí muy seriamente. Estaba ciego, mi primo, y nos hemos pegado unos puñetazos, pero no quería tampoco… Tía, voy a potar. Te tenía que llamar, Laia —dijo de pronto—, para decirte que te quiero.

Yo le sonreí al suelo.

—Imbécil —fue mi respuesta—. Llama a tus padres.

—Te quiero de verdad.

—Te juro que te cuelgo. —Pero pensé entonces, en una admisión secreta, que a lo mejor, y dependiendo de la semana, yo también lo quería.

Después de eso, Mario me puso los cuernos en el calabozo.

Tampoco es que hubiera existido un momento, en realidad, en el que Mario no me hubiese estado poniendo los cuernos. Esa vez, su primo se lo contó a Carly, que en aquella época se beneficiaba a cualquier primo, y Carly me lo contó a mí.

Mario iba enrollándose con cualquiera en la esquina de cualquier parte.

De repente, se destapó un entramado que podría haber sido incluso obvio: Mario estaba comprometido a distancia con una chica alemana de Hamburgo. Había tenido otra novia paralela, de febrero a marzo, a la que le había puesto los cuernos conmigo. Sexteaba con una amiga de su hermana que le sacaba diez años.

El día que lo bloqueé en todo, él se presentó a las dos de la madrugada en mi puerta.

—¡Pero que no es verdad! Escúchame, Laia, por Dios te lo pido… Si no estábamos juntos. Que ha sido una cagada, vale, pero tú sabes —repetía—, que no estábamos saliendo de verdad…

—No me vaciles. Te lo juro por Dios que no me vaciles.

—Por favor. Por favor, ¿no me ves? ¿No me estás viendo? Laia. —Mario hizo el amago de acercarse y lo esquivé—. Quiero estar contigo. Tía, que sabes lo que tenemos, Laia, que yo… Que lo de Ana se lo ha inventado totalmente, que se acabó cuando…

—¿Tú te crees que yo soy tonta? Tío, que seas… Que incluso ahora, que me mientas aquí a la puta cara…

—¡Que me he dado cuenta, tía! ¡Dios, que lo siento! ¿¡Qué tengo que hacer!?

—Mario, joder… —Le tapé la boca—. Mario, son las dos de la madrugada.

Él me atrapó las manos entre sus manos grandes.

—Laia, mírame. Por favor, te lo prometo: tú me estás cambiando.

Tenía otra vez la cara del chico frente a la caja de gatos. Podía aún imaginar la camiseta mojada, dando una pena de la que no sabía aprender. Me besó y yo lo empujé hasta rendirme.

Mario siguió enrollándose con cualquiera en la esquina de cualquier parte. Perdonarlo una vez despertó la costumbre de perdonarlo todas las demás.

Durante el siguiente mes, establecimos un ritual cíclico, de descubrimientos y gritos y luego una colisión desordenada de cuerpos. Yo borraba su teléfono y lo volvía a agregar. Él dormía en mi acera si hacía falta. Habría sido más práctico pegarnos el uno de marzo en el *skatepark*, pero nos empeñamos en una guerra más agotadora: Mario hacía lo que quería, y entonces yo no quería verlo más, pero lo veía; en alguna calle, en algún quiosco, y había una tregua puntual para alimentar gatos; y después él volvía a mentirme y me decía que ya estaba a punto de cambiar para siempre. Yo borraba su teléfono y lo volvía agregar.

—Pero es que eso, tía —me dijo Carly—, es como es el amor.

Me vi enganchada, incapaz de huir, a un chute de ira seguido de otro, vacía en las planicies, en los intermedios de silencio. Todo ese perdón tenía que servirme para algo, ¿no? Era casi una cuestión de obstinación. Me saltaba las clases para estar con él. Suspendí el segundo trimestre de Matemáticas y eso me estropeó la nota de la prueba de acceso a la universidad. Una mañana, me encontré algo pegado al espejo, que era una versión mía con las raíces ya casi por las orejas y los restos verdes en el pelo de lo que había sido azul.

No descubrí hasta las siete de la tarde que era mi cumpleaños.

—¡Y es que me aburre ya esto! —me gritó esa noche—. ¡Si tanto me pasa esto es porque me has hecho así, yo no era así! ¡Me has vuelto loco porque estás loca!

El viernes que decidí presentarme en un partido de Alma, había estado discutiendo con él hasta las cuatro de la madrugada. Me caía de sueño por las esquinas y me senté en las gradas del polideportivo a esperar a los demás. Hasta el segundo tiempo, ni siquiera me di cuenta de que Alma no estaba allí. Habían echado a Alma del equipo de baloncesto hacía ya dos semanas.

De pronto, subida a la bici a la salida, me golpeó el suceso imperceptible de mi propia desaparición: llevaba dos meses completos sin quedar con mis amigos. Podía haber jurado que habían sido más y que no había hablado con nadie realmente. En ese momento, no recordaba otra cosa de mi existencia que no fuese una prolongada e interminable pelea con machetes.

Llamé a Oli y ella me dijo que no sabía que tenía un nuevo número de teléfono. Iban a reunirse en la cafetería, así que me planté allí e intenté no dormirme sobre el servilletero.

—Y la abuela de Conchi —me contó César, cuando llegaron ellos—, le atacó con el andador, ¿no? Que tiene como… ochenta años, la abuela esa. Y

entonces Alma cogió y le dio un pelotazo. Así, en plan pádel, muy inmediato… Pom… y la abuela al suelo. Fue un momento crítico… —Asintió rememorando—. Sí… Luego se levantó. Pero se quedó como un teleñeco, al principio.

—¿Y la echan? —le pregunté—. ¿Sin más? Si Alma a lo mejor lleva… Es la más antigua de ese equipo. Es la única que encesta de todas.

—Pero ya aquí sería una cuestión entre la gloria o la seguridad. El éxito o las abuelas…

Oli volvió a la mesa desde baño y me abrazó por detrás, enganchándoseme al cuello.

—¡Lilia, qué bien! ¡Qué bien que vengas, porque además hoy te lo quería contar! Porque es un evento esto, y si estás tú, ¡así ya estamos todos!

—¿Cómo? —sonreí, confundida.

—Es que hoy Diana trae a alguien —dijo César.

—Pero bueno, «alguien» —dijo Olivia—. Que es que no le gusta nadie nunca, o sea que… Tú sabes y están saliendo. O a lo mejor no salen todavía, pero parece que salen, porque si se viene y todo. En fin, salen.

Yo pestañeé, en una repentina carencia de reacciones.

—¿Cómo?

Diana apareció al rato en la cafetería de la mano de una chica.

Saludaron y se sentaron, y ambas la presentaron como una tal Inmaculada. Compartieron el vaso de agua durante el resto de la tarde. Inma era, posiblemente, de las personas más pequeñas que había criado el mundo, una figurita del belén a medio pintar, con el pelo lacio y larguísimo hasta la cintura. Hablaba nada o muy poco, y solo sonrió. Tenía una inocencia intachable que la hacía parecer de mentira.

Yo las vi aparecer y se me congeló la taza de chocolate en la mano.

Diana estaba saliendo con una chica. A mí me llegaban las ojeras al suelo porque había peleado con Mario toda la noche, y eso era mi vida, de repente, un suplicio sin fechas, y ni me había peinado, y mi bici estaba en el fondo del río Guadalquivir, y podría haber besado a Diana en la botella y haber estado en otro sitio. Una cronografía paralela me pasó rápido ante los ojos.

—Layita —me avisó Cristo—. Que te me empanas, churrita. ¿Y ese jeto?

—Nada, que acabo de pensar —murmuré— que a lo mejor soy yo una gilipollas.

—No, mujer. Pero no siempre, tampoco. Hay que ir pillándote el truco. Facilita, facilita, no eres. Pero sin acritud, que luego tienes también tus cosas. Por ejemplo, besas que te cagas.

—Tú besas fatal.

—¿Ves? Ahí ya te está saliendo la parte gilipollas.

Cuando volví al Rectorado unos días más tarde, Tuerto no estaba escondido en su matorral. Lo busqué por todas partes. Le di tres vueltas al edificio entero.

Había estado ahorrando mis pagas semanales, mis cinco euros, con suerte, para llevarlo al veterinario a que lo operasen por fin, y una semana antes había conseguido tocarlo en la coronilla. Tuerto solo se acercaba, ciego, al aroma mojado del jamón york. Le dejé un camino de trozos sobre su zona. Al día siguiente, las hormigas estaban arremolinadas sobre el jamón seco.

El camino seguía intacto y Tuerto había desaparecido para siempre, y a nadie, ni a los gatos que lo habían visto nacer, le importaba en absoluto. Yo me agaché y metí la cabeza en los setos. Me entró una angustia trágica, como si lo que acababa de perder no fuese el gato más enfermo del mundo,

en una primavera tan fría y violenta donde sentía que estaba perdiéndolo todo.

Mario me esperaba subido a la bici. Detrás, lo esperaban a él Pin y Pon.

—¿Lo podemos hablar ya? O me piro. Laia, llevo aquí veinte minutos. Es que esto parece de coña…

Yo intentaba ver si Tuerto podía estar subido a algún árbol. Me asomé de nuevo a mirar la carretera, sin aire.

—No está —dije—. Y si se hubiese ido de pronto, lo habrían atropellado cerca, ¿no? Porque he mirado por toda la acera y no está. Porque…

—Laia —me cortó Mario, con el ceño fruncido—. ¿Qué haces? ¿Qué…? He venido aquí para hablar contigo. Quiero solucionar las cosas, y si te la suda todo pues me voy. Están mis colegas ahí esperándome.

—Mario. Que Tuerto puede estar muerto.

Una procesión de muecas de incomprensión le cubrió la cara.

—Pues estará muerto, tía, ¿y qué? ¿Qué pasa? Joder… Sé realista por una vez. El gato más infectado de España. Laia, era un gato enfermo de la calle. Estaba ya muerto antes de ti y esa es la puta vida. ¿Qué le vas a hacer? Hay doscientos por ahí más, los que tú quieras, para montarte tus paranoias. ¿Vas a hablar de nosotros hoy o vas a estar haciéndome un numerito con el gato?

El aire era un silbido y se me metía en las orejas. Yo estaba frente a Mario con la garganta cerrada, saboreando una ira prefabricada, patidifusa. Pin y Pon se acercaron a donde estábamos.

—Tío, si no, tú ya te vienes luego si quieres…

—No, si es que vamos a hablar —les dijo Mario—. O sea, no os rayéis, que nos vamos ya.

Eché a caminar hacia mi bici y le dije:

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

—Bueno, Laia, muy bien. ¿Ahora qué coño te pasa?

—Que eres un puto imbécil. No te da para… Es que eres… —empecé, pero el corazón me bombeaba una sangre sulfúrica—. ¡Que me das igual, Mario! ¡Que te puto jodan! El gato, que lo sepas, el gato enfermo, era más importante para mí que esto, que todo esto y tú.

—¡Venga, estupendo! ¡Hazme el numerito!

Agarré el manillar, que estaba tumbado junto al suyo. De repente, un punto verde, antiguo, me sorprendió la vista. Frené antes de montarme en mi sillín. En la bicicleta de Mario, sobre la parte más alta del cuadro, un raspón contra el filo de la rampa le había levantado la capa gruesa de pintura gris, y debajo la bici era, en realidad, color verde fosforito.

Volví la cabeza. Lo vi allí, de pie, alto y ajeno como un bloque de pisos.

Mario nunca había tirado su bici al río. La había cargado con nosotros, pintada de gris y negro, desde el día de la pelea.

—¿Qué es esto?

Él se frotó los ojos.

—A ver, tía… —dijo, y Pin le dio un codazo, y se estaban riendo; Mario sonreía, bajo la atención orgullosa de sus amigos. Había entrado en su proceso de metamorfosis masculina y ya no era Mario para mí. Ahora era Mario Volkswagen—. Chaval… ¿Me vas a dar la turra también con eso? Vamos a ver, Laia, ¿cómo iba a tirar mi bici por nada? Dale dos vueltas. Te he regalado una puta BMX. Es que lo tuyo es de traca, ¿qué quieres de mí? ¿Qué necesitas? Lo que hice, tía, fue solucionarlo cuando estabas trastornada.

Yo agarré de un tirón mi BMX regalada. Se la lancé y pedaleó sola, y se estrelló luego contra la barandilla del puente. Pin y Pon se desternillaron, mientras me marchaba acera arriba.

—¡Laia! —me gritó Mario, tras los coches—. ¡No, oye, Laia! ¡Eh! ¡Venga ya!

Anduve a casa rápido y en silencio durante la siguiente hora completa. El cielo gris me estalló encima y a mitad de camino cayó otro diluvio, uno bíblico, idéntico al del día de los machetes. Empapada de nuevo, calada hasta los calcetines, atravesé Sevilla y llegué a la puerta de la urbanización, y rodeé la piscina, que estaba abierta, desbordada de agua a comienzos de junio.

Me planté frente a la puerta de casa. Rebusqué en mis bolsillos: había perdido las llaves.

Llamé al timbre. Las persianas estaban echadas, un sábado a las seis, pero mi madre tenía que estar en casa un sábado. Llamé otra vez. Me temblaban las manos de frío o de angustia. Mamá no estaba en casa. No respondía al teléfono, tampoco, y nuestra conversación era una ristra de mensajes míos sin contestar.

—Joder… —susurré, para mí misma—. Joder…

Esa tarde llovía con una fuerza que hasta escocía. El murmullo del viento en los árboles era el rugido mojado de un rompeolas.

Yo llamé a la puerta por inercia hasta que me rendí y le di un rodillazo. El picaporte se me clavó en el nervio y me agarré la pierna, dolorida, y creo que fue entonces cuando empecé a llorar. Había arrastrado una fatiga que no tenía nombre y que me alcanzaba hasta debajo de las uñas. Se me saltaron unas lágrimas grandes y patéticas y sorbí para dentro, pero no había quien las parara. Bajaban hasta mi barbilla, se me colaban en la boca. Intenté espantarlas con la base de las manos.

Estaba, como había estado desde el principio, sola frente a los arbustos.

Me senté en la escalera que separaba mi casa del patio de la urbanización. La ropa se me pegaba a la piel como un traje de neopreno y el

móvil estaba tan mojado que no se desbloqueaba.

En algún momento, alguien se acercó por el empedrado.

No lo oí al principio porque me estaba restregando las lágrimas. La lluvia dejó de mojarme y el cuerpo se me cubrió de sombra.

—Laia.

Levanté los ojos.

Diana estaba inclinada frente a mí, con la piscina detrás, sosteniendo un paraguas rojo sobre mi cabeza. Era la misma que había sido cuando encontró a Curro Charmander, mi exescarabajo, con el pelo castaño por los hombros y la mirada limpia; y yo era otra vez, o siempre había sido, una mancha desordenada mirándola de vuelta.

Tenía una preocupación en la cara que nadie me había regalado nunca.

—¿Qué ha pasado? —dijo—. ¿Estás bien?

—Sí, es que… —Parpadeé rápido, intentando descongestionarme—. Perdón. No te preocupes. Es por la lluvia esto, que no… Se me han caído las llaves y no hay nadie en casa, entonces estoy… —Se me quebró la voz —. Y he perdido hoy al gato que estaba…

—Eh. —Diana se agachó a mi altura y me abrazó. Fue horrible, claro, porque entonces ya no hubo forma de no llorar—. Vale. Está bien.

—Es por la lluvia, no estoy lloran…

—Vale. Vale.

Las gotas eran un repiqueteo sobre la tela del paraguas. Me aferré a Diana y respiré hondo su olor concreto e indescriptible, y la estaba empapando entera, pero ella solo se apartó para quitarme el pelo pegado a la cara. Repitió:

—¿Qué ha pasado?

—No, es un… O sea, que da igual, es que estaba cuidando a un gato en el Rectorado estos meses. Hay gatos allí y este tenía el ojo fatal, entonces

iba a llevarlo a que se lo quiten, pero no lo encuentro. Desde ayer… Lo he buscado en todas partes y en el foso, pero es que no… —Me froté los ojos —. Joder. Perdón. Dios, qué vergüenza, Diana… Qué ridículo. Estarás pensando: «¿A quién le importa esto?».

—A mí me importa —me interrumpió—, mucho. Porque estás aquí a punto de resfriarte.

Me reí, medio llorando aún.

—Bueno. Es agua nada más.

Diana tenía una mano en mi tobillo y su presencia tranquilizadora parecía ablandar hasta la lluvia. Dejó que pestañease las últimas lágrimas.

—¿Cuándo va a llegar tu madre?

—A saber. No me lo está cogiendo. Pero tú no te rayes, tú vete ya y yo ya cuando…

—Vale. —Diana asintió, más para ella que para mí—. Vale… Entonces mira, vamos a hacer esto: te vienes a casa y te doy ropa. —Yo negué, horrorizada—. Y sí, Laia, escucha. Escúchame. Estás chorreando. Estamos Nico y yo nada más. Te duchas, si quieres, y te pones ropa seca en casa, y luego vamos al Rectorado a buscar al gato. Creo que tenemos un transportín en el altillo para gatos. Pero a lo mejor es de otra cosa.

Yo la miré, estupefacta.

—¿Qué?

—¿Es malo si es de perros? —me preguntó—. Has dicho el Rectorado, ¿no? ¿Me he inventado el Rectorado?

Diana estuvo toda esa tarde buscando a Tuerto conmigo.

Amainó sobre las nueve, cuando aún había luz y ya nos habíamos rendido. Lo llamamos en cada tramo oscuro del foso. Hicimos un *tour* por el parque de María Luisa y también por el parque del Prado.

Tuerto no apareció. Nunca supe, ni sé ahora, qué fue de él.

Al final, volvimos al Rectorado y Diana recolocó trocitos de jamón nuevos en el camino ya borrado por los bichos. Nos sentamos sobre las piedras grandes del césped, a ver al sol irse tras la manta de nubes.

—Y después… pues siguió pasando —le conté—. O sea, si se iba por ahí o de fiesta o… Conque lo perdiera de vista, en realidad. Que dicho así es un poco patético. Yo qué sé. Yo me lie con gente, también, alguna vez. Por vengarme, no sé… Me da un bochorno impresionante decírtelo, y para qué te lo digo, pero supongo que tenía que demostrarme algo. O estaba… O sabía que estábamos siempre en un punto en el que si se jodía me habría llevado yo más dolor. Y no me parecía justo.

Era la primera vez que le hablaba a alguien de Mario. El aire tras el diluvio parecía denso y caliente a nuestro alrededor, y Diana me escuchó con su atención correcta.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

—Ahora ya nada. Se acabó. Que se ha acabado mil veces, bueno, pero esta vez… Esta es la última en serio. Ojalá. —Contuve un suspiro y luego sonreí—. Es una cosa complicadísima lo del amor y todo, ¿ves? Por esto era mejor… Tenía mucho más sentido no tener que ver con Alfonso.

—El amor no debería —dijo Diana, de pronto—. O sea, creo que el amor… Si el amor es el que debe ser, debería ser algo fácil, en realidad. Incluso obvio.

Nos observamos entonces hasta que yo aparté los ojos y empecé a deshacerme de la pintura de las uñas. Apreté los labios, en una sonrisa agotada.

—Ya —murmuré. Después añadí—: Inma parece guay.

A Diana la invadió una vergüenza impropia con eso.

—No estaba diciéndolo por…

—Me estoy alegrando, solo.

—Estábamos ahora con lo que te ha pasado con Mario.

—¿Te duele tanto, pero tanto, hablar de ti?

—Soy alérgica. Se me cierra la garganta.

—Sí. Efectivamente… —Yo agarré una piedrecita pequeña y se la tiré—. Me la colaste. ¡Cuentista! Me dijiste que si pasaba algo me lo ibas a decir.

—Pero coincidió con todo esto, lo de Inma.

—Sí, bueno. Te vino espectacular.

Luego contemplamos, en ese silencio, nuestros pantalones y el césped mojado debajo, vivo.

—Pienso que el amor… —dije entonces, con la cabeza en una rodilla—. Que el amor es un poco en realidad lo que se hace con él. Al final… Siento que todo este amor de mierda tiene algo que ver conmigo. Que a lo mejor el amor que hay para nosotros tiene que ver con lo que somos, y yo soy… esto, Diana. Un bicho por el barro. Yo qué sé. Robando la red de la piscina, buscándome los problemas, emperrada en alguna… cosa imposible.

Diana me miró.

—Yo siempre te he visto, Laia —dijo—, como alguien tan fácil de querer.

El corazón se me aceleró, estúpido, tras las costillas. Me reptó un escalofrío del estómago a la nuca.

No supe ni qué decirle a eso, mirándonos allí sentadas con su ropa limpia. En la cronología paralela en la que yo había besado a Diana, la hubiese besado entonces también, o todo el rato. No habría dejado de besar a Diana nunca. Pero en esta, que era la correcta, se hizo de noche en el Rectorado y todo lo bueno y lo malo y lo inidentificable, como la cámara del abuelo, era justo lo que tenía que ser para ser todo lo que, luego, ahora, somos.

Esa noche soñé otra vez que se acababa el mundo; con la idea remota, terrorífica, de un mundo agonizando en su final.

A la semana siguiente, Mario se presentó en la puerta de mi instituto. Era miércoles y él estaba junto a la acera, agarrado a su bici pintada de gris. Iba despeinado y vestía una pena enorme tan suya, y de alto se chocaba con las naranjas en los árboles.

—Laia… —Pasé rápido a su lado, ignorándolo, pero me agarró un brazo —. Por favor, Laia. Escúchame…

—No.

—Dime qué hago. Perdón. Laia, lo sé, que la he cagado muchísimo…

—Suéltame —le dije—. Mario. Suéltame.

De pronto, alguien se plantó entre nosotros.

Yo me volví y entendí primero la mano al final de mi espalda, y luego todo lo demás: en medio de la acera, Diana estaba erguida frente a Mario. Él era gigante a su lado y diminuto también. La miró sin entender y ella no se movió.

—Te está diciendo que te vayas.

Mario frunció el ceño. Me soltó y se cuadró un poco buscando mi cara.

—Mira, esto es entre nosotros. Nada más que he venido a hablar, ¿vale? Laia… —Le echó otra ojeada a Diana, que seguía en medio—. ¿En serio? ¿Qué pinta esta aquí? Laia, ¿y te vas a quedar ahí callada?

—Si tengo que llamar a quien sea —dijo Diana—, lo puedo hacer.

—¿Qué dices, tía? ¿Quién eres tú?

—Estamos aquí en la puerta, si quieres que lo vea el instituto.

La Charo de Matemáticas ya estaba saliendo por la puerta, ataviada con su maletín. Mario tomó aire. Retrocedió. Se fue hasta su bicicleta.

—Dios, lo que sea… Paso. Paso de esto… Qué cojones…

Yo solo miraba el perfil de Diana, la boca de Diana, la marca de nacimiento sobre el ojo izquierdo de Diana.

Olivia frenó detrás de nosotras. La voz de Cristo parloteaba a lo lejos. Alma no sé ni de dónde salió, pero se nos acercó por la espalda, encendiéndose el cigarro. Paró junto a Mario, que ya se iba en la bici, y le tocó un hombro.

—Perdona, ¿tú eres Mario el Volkswagen?

Él pestañeó.

—¿Qué?

—Eres Mario el Volkswagen. El que no vino a los machetes.

—Eh, ¿sí? O sea… Supongo. ¿Qué pasa ahora? ¿Qué quieres tú, tía?

Y entonces, cuando ya se había acabado todo, Alma levantó un brazo y le rompió la boca.

OceanofPDF.com



En mi sueño, estábamos agarradas a la barandilla sobre el foso del Rectorado. Analizábamos a los gatos buscando a Tuerto y yo tenía dentro esta inquietud extraña de que tenía que salir de Alemania; tenía que echar a correr para llegar a algún sitio. Pero ya estábamos en él.

—Te va a parecer una chorrada, pero he tenido desde siempre —me dijiste— un sueño raro… que se repite un montón, de que se acaba el mundo. Me pasó contigo, cuando te desperté. Cuando tuve la pesadilla y te desperté en el cuarto de Cazalla. Y en el sueño pienso que tengo que venir aquí, ¿sabes? Porque es el lugar seguro, de todos los lugares de Sevilla. A veces en el sueño estoy aquí, en el final del mundo, que ya ves tú qué sitio.

—¿En el Rectorado? —te pregunté.

—No, abajo.

—¿Abajo dónde?

En mi sueño, el cielo estaba ya dividido en cuadrados iluminados de azul, que eso es lo que ha sido siempre, en realidad, el cielo. Pero cuando te miré, Laia, e iba a alcanzarte con las manos, tú ya no eras tú.

Eras Mario transformado en Múnich con la cara cubierta de sangre.

—Abajo en el foso.

Me desperté.

Tenía la cara pegada a un metal caliente y las manos dormidas, pixeladas, gélidas. Tiré de mis piernas para escapar. Estaba tumbada sobre el banco de una celda, entendí, porque a lo lejos la luz se seccionaba en barrotes y olía a polvo. El cuerpo se me deslizó, respondiéndome a ratos, hasta el suelo oscuro. Tosí.

—¿Laia? —murmuré perdida—. Laia…

Nos habían disparado con dardos tranquilizantes.

—Laia…

—*Cell D!* —dijo alguien que ya se iba—. *Awake!*

Después, no sé ni cuándo, se abrieron las puertas de metal. En la celda entraron dos militares con una silla de ruedas y solo entonces recordé, en un flasazo, a Jolie y a Klaus y al autobús de FlixBus. Uno de ellos sacó una linterna cegadora y me iluminó las pupilas. Fue como mirar directamente al sol.

—*Good* —dijo—. *Take her*.

Parpadeé. Me lloraron los lacrimales.

De repente, me estaban subiendo a la silla de ruedas y la lengua aún me sabía a ácido, a la sustancia de un cuerpo obligado a volver a la vida. Abandonamos la celda y me llevaron por pasillos que no podía enfocar bajo la mancha que me había dejado la luz en los ojos, y vi el cielo entre dos edificios, creo, durante un instante, y luego más pasillos limpios hasta que alcanzamos una enfermería.

Me sentaron en la camilla blanca.

Se oían murmullos de voces fuera y tenía un frío anclado en los huesos, incómodo. Me habían quitado mi ropa. No tenía encima el móvil ni la cámara de vídeo. Se habían quedado con la chaqueta del yin yang que tenía que llevarle a la hija de Bartek, y eso quizá fue lo primero que me alarmó:

no tenía la chaqueta de Bartek. Estaba enfundada en un uniforme gris, de paciente o de preso, en algún lugar elaborado y desconocido, y alguien, al otro lado de la habitación, terminaba de colocarse unos guantes junto a una mesa con viales.

Tenía la boca cubierta con una mascarilla. Se acercó y me abrió la mía. Testeó la respuesta de mis ojos.

—¿Nombre? —dijo en inglés, palpándome el cuello. Las luces del techo eran blanco pastilla—. Dime tu nombre. ¿Me entiendes? ¿Sí?

—Diana —respondí, ronca—. Diana Mena.

—¿Edad? ¿Sexo?

—Veinticinco… Mujer.

—¿País?

Me hizo girar la cabeza de lado a lado.

—España.

Aún no sé explicar por qué fui tan dócil. He abonado esta docilidad de perro durante toda la vida. Uno de los militares escribió algo en un papel detrás y vino para colarlo en el tarjetero de mi uniforme: DINA MENA, F, SP.

—¿De dónde vienes? —dijo el médico—. ¿Dónde has estado?

—Alemania… En Wurzburgo —respondí—. Estaba estudiando en Wurzburgo.

—¿Puedes decirme qué es esto? —preguntó enseñándome un euro.

—Moneda. —Agarró otra cosa de la bandeja—. Una llave.

—Deletrea «*world*» al revés.

—De… Ele, erre, o, uve do…

—¿Has tenido migraña, algún síntoma inusual, desde el estallido hasta aquí?

—No…

—Vale. *Propre*. —Y eso fue para los militares, que se activaron detrás y se llevaron la silla de ruedas. El médico desenvolvió de un tirón una jeringuilla—. Dina, vamos a tomarte muestras ahora, una de sangre y de orina también. Se te llamará en los próximos días para una toma de médula. Cuando salgas a la sala de espera, una mujer va a darte un bote transparente, y necesitamos que…

—Perdón, ¿dónde…? —lo interrumpí aún mareada—. ¿Dónde estoy? Tengo… Estaba yendo a España, tengo que volver a España, yo…

—Te explicarán en la orientación.

—¿Dónde están mis cosas?

El pinchazo me sorprendió en el nacimiento del brazo y no lo vi venir. Yo me giré entonces y vi por primera vez al enfermero a mi izquierda, que me había agarrado, y apretaba el final del contenido de la jeringuilla. Luego la aguja salió de mi piel.

—Es protocolo —me dijo—. No te preocupes. Bienvenida, Dina. Estás en el campo de refugiados de Estrasburgo.

Esto era la frontera, Laia.

Pasé la siguiente hora en silencio y descalza, sentada sola en una sala de espera.

Me extrajeron tres muestras de sangre oscura y las clasificaron como «0-». Descubrí, al ponerme en pie, el moratón que me cubría la cadera de haberme golpeado al desmayarme con las escaleras del autobús. Detrás de las ventanas opacas de la sala, entre carteles informativos en francés, se intuía un sol de mañana rosa y siluetas de gente. Otra gente pasaba a mi alrededor sin mirarme, correteando por los pasillos, y yo estaba segura de que en algún momento se caería el decorado e iban a atacarme.

Llevaba dos semanas procesando miedo y de pronto estaba en un espacio controlado, pero lo único que supo producir mi cuerpo en esa situación fue

otra cantidad de miedo diferente. Mi docilidad, incluso ante la posibilidad de que me matasen, me mantuvo esperando mi turno en una silla.

Después llegó la orientación.

—Dina Mena —me dijo la militar del mostrador, tras una pantalla de cristal sucia. Leyó unos papeles—: Sí. España, bien…

—Es Diana Mena —le dije—. *Diana* Mena, no… Mi DNI es veintitrés, cincuenta y siete, quince…

—Sí, sí —me cortó, con su inglés casi alemán—. Vamos a buscar los datos. Te entregaremos la solicitud en la semana. Debes firmar ahora el consentimiento explícito de los cuidados sanitarios, cara A y B. Se te ha asignado el dormitorio nueve.

—Pero… —intenté, nerviosa—. Tengo que ir a España. Estoy… No puedo quedarme aquí. Tengo que volver a casa, estoy sana.

—Debemos procesar tu solicitud para cruzar la frontera. Las Fuerzas Armadas estamos controlando el paso de las fronteras, para la seguridad.

—¿Cuánto van a tardar? ¿Cuánto va a ser eso?

—No es mi información. Se procesará tu solicitud la semana que viene.

—¿Y mis amigos? —pregunté—. ¿Sabe dónde está Jolie Lemaire? ¿Ha pasado por aquí Jolie?

Ella selló algo sobre su mesa, lo dejó en la de al lado y solo entonces, indiferente, me miró a los ojos.

—Se te ha asignado el dormitorio nueve.

Me devolvieron mis botas y mi sujetador empaquetados en una bolsa de plástico. El militar asignado para guiarme fuera me prohibió acceder al baño para cambiarme, así que tuve que hacerlo allí, en la sala de espera. Pregunté por la chaqueta y el móvil, pero nadie me respondió. Se habían quedado mis cosas y posiblemente también nuestro autobús.

Salimos.

El campo de refugiados de Estrasburgo era un descampado de tierra cubierto de carpas de poliéster, un barrio improvisado de tiendas de campaña. Habían instalado una veintena de ellas, grandes y añiles, alrededor de dos edificios militares. Olía a gasolina y humo. No había ciudades en el horizonte. Estábamos, comprobé, en el centro de ninguna parte, y solo teníamos árboles y caminos alrededor. El terreno estaba rodeado de vallas electrificadas y la zona de salida la custodiaban dos todoterrenos del ejército. Lo único que me confirmaba ahora que no había sido abducida a otro mundo era que sobre nosotros aún se extendía el tejido geométrico de la cúpula.

A lo lejos, junto a un granero viejo y periférico, alcancé a ver a una niña mirando sola el exterior. Estaban reteniendo a niños.

Mi guía no se volvió para hablarme siquiera. Rodeó la carpa cinco y se ajustó el fusil negro que llevaba a la espalda.

Una fila de personas entraba en ese momento por una puerta a la instalación más grande, una reunión de gente de todos los sitios, desarraigadas, esperando y murmurando en varios idiomas. Las flanqueaba otra gente armada, en uniforme.

Busqué entre sus caras.

Eran más de cincuenta y dentro del edificio se oía el murmullo de una centena más. Entendí, por el chirrido de las bandejas, que se trataba del comedor.

—Grupo A —dijeron los altavoces—: diez minutos. *Dix minutes. Zehn minuten.*

Entre ellos descubrí la figura gigantesca de Klaus.

Estaba en la cabeza de la fila y no reaccionó al verme; no dijo nada, para variar. Llevaba puesto otro mono gris, como el mío y el del resto, pero a él no le llegaba ni a los tobillos. Nos seguimos con los ojos nada más. Jolie no

estaba con él. Me tropecé con un hombre que iba de camino a la fila, sin dejar de mirarlo.

—¿Diana?

La voz me llegó como un silbido.

Me giré. El pelo se me volcó sobre la cara, ya más largo, llenándome los hombros.

—Diana.

Habría reconocido esa voz en todas las partes del mundo.

Me perdí en el mar de caras, buscándola. El pulso se me subió hasta la garganta, porque era imposible que la hubiese oído, hasta que no fue imposible y, de pronto, la vi: en el centro de la fila, tras un hombre que cargaba un bebé, me estaban mirando de vuelta los ojos de Alma.

Abrí la boca. El pecho me estalló confuso, con una nueva adrenalina. Alma estaba allí, con las cejas levantadas; Alma con sus deportivas de camarera aún; con toda mi vida dibujada en la cara.

—¿Alma?

—Diana. —Se movió hacia mí—. Diana… —Un militar intentó pararla y ella se zafó: le dio un codazo en la oreja y una patada al otro que venía—. ¡Suéltame! ¡Suéltame, hijo de puta!

Mi guía levantó el rifle. La gente, asustada, dio un paso atrás.

Podrían habernos matado entonces y no importó en absoluto: Alma corrió hacia mí. Yo corrí hacia ella. La abracé y su cuerpo compacto, conocido, su olor, era humano y real y lo llenó todo. Alma me abrazó de vuelta hasta hacerme daño.

—Creía… Alma, Dios, Dios mío, ¿cómo…?

—Estabas muerta —decía ella—. Estabas muerta en…

—Me dijeron que Berlín…

Me empujó el pecho, a punto de pegarme.

—¡No me respondiste! Y estabas muerta en el puto cuarto; pensé que la residencia, pensé que…

La abracé de nuevo. Alma estaba viva, Laia, en el campo de refugiados.

—Estás aquí. Alma, Alma, estás aquí.

En lo alto de nosotras empezó a llover, pero las gotas chocaron con la cúpula con el ruido plástico de un paraguas.

OceanofPDF.com



La última lata que agotó las provisiones del piso fue la de callos cocinados a la madrileña.

La dividimos en dos platos y luego los calentamos en el microondas hasta que echaron humo. Sentados a la mesa, Rey se comió su parte con un ansia que casi lo asfixió, incapaz de respirar a través de los tapones de su nariz rota, mientras yo toqueteaba los trozos con mi cuchara, gelatina salada, agujereada, viscosa.

—¿Qué pasa? ¿Tienes la regla?

Solo había que darle un espacio de tiempo para que lo rellenase con alguna estupidez supina.

—No, imbécil. Soy vegetariana.

Rey bufó y tuvo que parar para toser.

—¿Cómo? ¿Vegetariana de qué?

—De más de seis años siendo vegetariana.

—Me estás vacilando. Pero si me robaste el final del táper de cachopo.

—Te he tirado a la basura tus tápers guarros con moho en el cachopo. No me los he comido.

—Pues deja de serlo —fue su conclusión—. ¿Qué ladras? En serio… Búscate un problema de verdad. Que nos están invadiendo los marcianos.

Vas a ponerte ahora a llorar por las vacas y los pollos muertos. ¿Te parece una situación para ser vegetariana?

—Que no es eso, que me da un asco tremendo. No sabes ni lo que es: hace años que no huelo la carne. Mi cuerpo ya no sabe digerirla.

—Okey. Pues como tú quieras. Muérete.

El estómago vacío me regaló otra picadura de avispa.

Yo volví a analizarlos durante un rato en su salsa espesa, guisantes y chorizo; un extracto desconocido de víscera blanca. Podían parecer setas pasadas por agua. Inspiré profundo y me convencí: son solo un intento terrible de setas. Pero cuando llené la cuchara y me los bebí sin respirar, como un antibiótico, mi cuerpo decidió que no eran setas en absoluto y la boca se me llenó de sabor a grasa. De repente, me estaba levantando. Iba a vomitarlos sobre el mantel.

—Tía —jadeó Rey, y se levantó también—. Ni se te ocurra.

Yo me aguanté una arcada con las manos. Agarré lo primero que vi, que fue su plato, y me lo coloqué bajo la barbilla para no vomitarlos sobre el suelo.

—¡Pero en los callos no! ¡No potes en mis putos callos!

Después del puñetazo el día del 3.º B, a Rey se le quedó el tabique tan doblado que estuvo a punto de conectar con la nariz de otra persona.

Primero le salió una sangre casi a presión, de grifo averiado, y empapó el cuarto de Julia y nuestra ropa. Ahí tuve que recurrir a algo anticlimático, después de romperle la nariz yo, que fue envolverle la cara en toallas de ducha. La sangre continuó encontrando una manera de salir por cualquier parte. Nos desplazamos de un lado a otro, peleándonos y recopilando cubos.

Pasado un día, Rey había desarrollado la habilidad de respirar por el ombligo, supongo, y seguía escupiendo sangre sucia en el lavabo. Las ojeras se le cubrieron de morado y también parte de los párpados y las

mejillas, y como último síntoma solo era capaz de farfullar algo muy elaborado sobre defecarse en mis muertos.

—Tienes que salir tú —me dijo esa tarde—, porque nos queda solo hasta pasado mañana. Cuatro latas y los Chocapics, y yo no puedo salir así, tía. Si respiro…

—No voy a salir sin ti.

—Llévate la puta llave. Está en la cocina, si no te fías.

—No voy a salir sin ti.

—¿A ti qué te pasa, desgraciada de los cojones? —La voz le salía nasal, como la de un teleñeco—. Me has dejado hecho un cristo. ¡Mírame! ¡Me voy a morir por esto al final, y no tenemos comida, y nos vamos a morir los dos, por parguela, sin comida!

—No voy a salir por esa puerta para que te quedes tú con el piso.

Nada de eso enfadó tanto a Rey como compartir lo que nos quedaba de provisiones con el gato. Al gato, de todas formas, nunca le apasionaron nuestras provisiones. Las masticaba y las volvía a echar y luego las remojaba en su bebedero.

El fantasma futuro de Tuerto, que se quedó con nosotros en el 3.º A y durmió a partir de entonces sobre mi garganta, era un espécimen indiferente, gordo hasta decir basta, que no se enteraba de mucho y que por no enterarse vivía mejor que el resto. Tenía un maullido ronco, casi feo, que solo le dirigía a las arañas de las esquinas. Se acabó a mordiscos nuestro bote de pasta de dientes, que era el único manjar que le apasionaba.

—Si nos deja sin nada —masculló Rey—, me lo voy a hacer al horno como un pavo de Navidad. Si le das un tercio de lo de mañana, te juro por Dios que me lo cocino al whisky.

Yo acariciaba al gato sobre la mesa, compartiéndole mis Chocapics en agua.

—El Tuertón —le susurré—. Así te vas a llamar. Sí, sí… ¿Qué te pasa? Estás rollizo.

—¿Sabes que si le das la oportunidad te va a comer la cara?

—Guaperas. Tuertote. El Torto.

—Sí… Tortazo en los huevos.

Tuertón volvía por las tardes a su casa y nos trajo de dentro algún que otro obsequio espectacular: una pelusa del tamaño de un puño. El envoltorio de una bandeja de aguacates podridos.

Si yo salía al balcón, podía verlos a todos allí: la familia de autómatas del 3.º B, que estaban ahora los cinco junto a la barandilla, quietos y estancados por nuestro ruido. El sol de mayo les quemó las mejillas. Tuertón les hablaba como a las esquinas y sus arañas. Yo me senté entre las macetas a observarlos la última mañana, mientras Rey seguía respirando sangre por traidor y el estómago se me quejaba, solo lleno de agua con harina. Pensé, por primera vez, que qué iba a hacer si había perdido a Diana a algo como eso, peor, quizá, que la muerte. Doblé en nuevos pliegos mi mapa al Rectorado.

Ese mediodía, cinco días después del puñetazo en la nariz, me intenté comer mi mitad de la lata de callos y acabé vomitando una semana de sobras en el baño pequeño. Estábamos famélicos y lo que quedaba en el plato se me volcó, y el gato se lo empezó a comer junto al hueco de la escobilla. Rey se puso, para variar, como un energúmeno.

—¡Es lo último que queda! ¡Es mi puta comida, Laia, y se la das al gato obeso de los putos zombis! ¡Si la vas a potar, me la debes! ¡Estoy sangrando, tía, y no puedo ni respirar! ¡No duermo, porque mira lo que me has hecho, hija de puta, y no voy a sobrevivir así! ¡Me has condenado y no respiro! ¡Hablo de que parezco la Rana Gustavo metida de cocaína y ni

siquiera quieres salir a traernos la comida porque eres una imbécil, porque no sirves ni para…!

Me giré a toda velocidad y le di un codazo a Rey en la nariz rota. Él gritó y retrocedió y se oyó un «crac» de reproductor de casetes. Cuando se apartó las manos de la cara, el tabique estaba en su sitio.

—¿Ya está? —le pregunté.

Él se tocó la nariz, respirando profundo.

—Ya está.

Nos cargamos con dos mochilas y las llenamos de bolsas de plástico. Cerramos las ventanas y yo me quedé el manojo de llaves, y dejamos el balcón abierto, por si acaso, para Tuertón.

Rey y yo salimos ese día del 3.º A del bloque nosecuantos de la avenida de Menéndez Pelayo.

Eran las seis de la tarde, rozando la mitad de mayo, y la luz sobre el suelo parecía recién estrenada. Llevábamos casi un mes sin conocer otra cosa. El mundo fuera se sentía un invento, un plató de televisión. Abrimos la puerta del rellano y tardamos diez minutos en bajar el primer tramo de escaleras, pero fuera, en la calle, no había nada. Había coches estrellados en cristaleras. Contenedores carbonizados, aún llenos de basura. La gente en el suelo, en el interior de los locales, era un concierto ya aburrido de moscas.

Antes de salir del piso, le había establecido:

—No hablamos. No hacemos ruido. Nada de discusiones ahí fuera, me da igual lo que quieras de mí. Andamos junto a las paredes. Nada de hostias.

—Tú te piensas que yo soy gilipollas.

—Átate los zapatos. Si quieres decirme algo, me lo dices por señas. «Sí» o «no». —Asentí y negué—. ¿Vale? Básico. Esto —hice una «T» con las

manos—: «para». Tú vigilas detrás, yo voy delante. Si hacemos esto, se para.

—Esto —dijo Rey, e hizo una «X» con los brazos sobre el pecho—: «ayuda».

—Eso no es «ayuda», en lengua de signos. Eso es… —Tragué saliva, cerrando mi mochila—. Déjame los signos a mí.

—Ah, perdona, que tengo ahora que saberme el sordomudo. ¿Qué más te da, tía? ¿Qué te…?

—Nos va a anochecer —lo corté. Hice un gesto con el cuerpo como entregando una bandeja—. «Ayuda». Es así. Voy yo delante.

En la avenida, con el sol de Sevilla derritiendo las formas a lo lejos, la humanidad parecía haberse marchado a otro lugar y haber dejado el proyecto del mundo a medias. Miramos ambos a los lados, esperando el primer golpe, pero nunca llegó. Lo único que encontramos fuera fue un olor a abandono, nuevo y sin nombre, de basura recalentada y gasolina vertida.

Luego Rey hizo lo propio y pasó olímpicamente de lo que habíamos dicho: avanzó. Fue directo al supermercado.

En diagonal al bloque, al otro lado de la carretera, el interior de un MAS aún brillaba bajo una luz blanca, que parpadeaba a ratos, con la cristalera rota y una moto estrellada contra las estanterías.

Atrapé su brazo.

—No —le dije, con toda la cara.

Rey me dijo «¿Qué?» con toda su cara también. Discutimos como mimos.

—¡No!

—¡Sí! ¡Allí! ¡Comida!

Las puertas automáticas del supermercado se abrieron. Dentro, entre las cajas aplastadas, paseaba sin rumbo, medio herido, un autómata

atolondrado. Había cuatro o cinco más al fondo, reproduciendo un espectáculo que yo los había visto hacer desde el balcón: daban vueltas en círculos, hipnotizados por la música que aún reproducían los altavoces. Frenaban en seco en las pausas entre canciones, atrapados en un juego de sillas musicales.

Rey y yo retrocedimos. Pegamos la espalda y los codos a la pared. Él agarró el cuchillo que se había fusionado con celo al cinturón.

—Vamos —le ordené—. Vamos.

Nos desplazamos de lado como cangrejos y ninguno vigiló lo que dejábamos detrás. Los naranjos proyectaban una sombra negra, alargada, que casi disimulaba la sangre pegada al suelo. No había un alma, ni siquiera transformada, pululando entre los escombros de las tiendas. Dejé de mirar la carretera en cierto momento por no ver lo que quedaba ya de la chica del BlaBlaCar.

Llegamos hasta las sillas de aluminio tumbadas. Cruzamos como camaleones el paso de cebra.

La última vez que había estado allí (huyendo de mamá, esquivando lo que ahora ya eran cadáveres), la calle había parecido fría e irreconocible, cubierta del humo blanco del *shock*. Ahora era, o nunca había dejado de ser, solo mi calle.

—Dentro —le dije a Rey, empujándolo hacia el bazar del barrio—. Entra.

Él me miró. Echó un vistazo al interior vacío.

—¿Aquí?

—Hay comida. Yo vigilo.

—Es de chuches.

—Hay ramen. Latas.

—¿Ratas?

Algo crujió detrás y nos enderezamos. Un carrito de bebé se había chocado solo contra una papelera.

—Yo vigilo. Entra.

Rey entró en el bazar y me llegó el chasquido lento de la cremallera de su mochila. Estábamos tan desnutridos a esas alturas que nos habríamos comido hasta las bolsas sin abrirlas. Esperé a escucharlo guardar lo que fuera, a entender el toqueteo de los paquetes en sus estantes, antes de empezar el verdadero plan. Vigilé los alrededores un minuto, pegada a la puerta. Luego me deslicé calle arriba.

Subí rápido, sin alejarme de la pared, hasta la esquina de la freiduría cerrada. Pasé bajo el toldo y paré justo antes del callejón. El corazón se me aceleró en los tímpanos: estaba despejado. Continué hacia delante, agachada, pasando el restaurante japonés y la zapatería, hasta alcanzar la entrada de la tienda de baratijas. Entré en su oscuridad y fui a la esquina de siempre: en fila, como esperándome, los peores espráis para grafitis cogían polvo sobre su balda.

Yo agarré uno y lo metí en mi mochila. Cayó sin ruido junto a la cuerda del tendedero, que había serrado tres noches atrás desde la ventana que daba al patio de vecinos.

Iba a irme hasta al foso bajo el puente del Rectorado.

En septiembre, con un cielo pacífico en su ventana, le había dicho:

—¿Aunque se acabe el mundo?

Diana trazó una X sobre mi cuello.

—Aunque se acabe el mundo.

Era aún la niña fantasma y yo la había observado durante toda mi vida.

Diana estaba esperándome allí, o si Diana todavía no estaba allí, ante la posibilidad ínfima de que estuviera (viva, buscándome, mía), yo iba a ir al

foso bajo el puente a dejarle el mensaje que le dijera que yo también lo estaba (viva, buscándola, suya) en algún sitio.

Lo que pasó después, sin embargo, fue que volví sobre mis pasos. Rey, con la mochila a estallar de bolsas, salió a su vez del bazar y me vio. Paramos en seco. Sus ojos me recorrieron, rápido; entendió, en un segundo, que me iba.

La única llave del piso pesaba en mi bolsillo.

—Laia —dijo, en voz alta—. No. Laia, ¿qué haces?

De repente, del bar en nuestra acera, apareció la chica.

No debía de ser mayor que ninguno e iba vestida con un traje de flamenca. Tenía la mitad de la cara chamuscada, derretida ya, con pústulas que ascendían hasta donde había habido pelo.

La autómata grande, alta y una cría, salió del bar y se plantó entre ambos, llamada por la voz de Rey. Anduvo de cara a los coches. Después frenó, intentando localizar nuestro sonido. Rey y yo nos contemplamos y se hizo un silencio inaudito, terrorífico, mientras el semáforo de detrás seguía cambiando a rojo. Una mosca se me apoyó en los labios y me subió por el piercing. A Rey le empezó a sangrar la nariz y le goteó desde la barbilla hasta manchar el suelo. Pero en ese momento, de pie mirando al peligro, tuvimos que descubrir que ya no había escapatoria a eso; que eso solo se resolvería cuando alguien, uno de los dos, se moviera.

Rey me dijo con los labios:

—No.

El plan siempre había sido abandonarlo para ir al foso. En mi plan, había dos prioridades: que Rey no me impidiera irme y que Rey no me impidiera volver. Había esperado a que se recuperase para quedarme la llave y que no pudiese desatornillar desde dentro la cerradura. Cuando apareció la

autómata en la calle, lo vi allí, muerto de hambre, un desgraciado esquelético, tan solo un niño.

Me enfadé con mi propia culpa. Metí la mano en el bolsillo y le tiré la llave.

—¡Vete! —le grité.

La chica se giró.

La chica me vio y vino, imparable, como había venido mi madre, todos ellos, Lorena y la familia, sin pausa, achicharrada hasta la base de la nuca.

Eché a correr por el callejón de la freiduría.

Todo mi itinerario, mi mapa estudiado de escondites y papeleras y paradas de autobús, de pronto era absurdo y nunca había servido para nada: la autómata me seguía, andando detrás. Yo huía como un animal hacia el foso del Rectorado. La mochila me botaba en la espalda y me estampaba el espray contra los riñones. Alcancé el portón del parque y casi tropecé con un cadáver tirado sobre la tierra. Noté el crujido de una de sus manos secas bajo los zapatos.

«¡Diana Mena!», decía tras el agua Inés Aplauso.

Hacía un calor de verano esa tarde en los jardines de Murillo. Las palomas picoteaban el albero y la luz brillaba sobre los árboles. Las fuentes seguían encendidas.

«¿Diana Mena?», decía Olivia al otro lado de la línea.

Yo corría y nunca había hecho otra cosa que no fuese correr: llevaba semanas y semanas, años corriendo. No había comido nada en más de veinticuatro horas y estaba deshidratada por vomitar los callos. Me dolían las rodillas y un espacio junto al apéndice y me salía un aire angustiado e insuficiente por la boca. Cuando giré la cabeza, no vi a la autómata ya, al

comienzo de los jardines: vi a tres, cuatro de ellos. Un quinto me seguía tras la ristra de arbustos. Una sexta apareció bordeando el muro del Alcázar. Salían de entre las esquinas por el estruendo de la carrera, que a lo mejor eran los pasos o el tintineo de la mochila. A lo mejor era que se me estaban estallando los pulmones en el pecho. Aceleré mareada: venían diez.

«¡Diana!», la había llamado antes de caerme de la bicicleta.

La cúpula era un mosaico en el cielo.

Llegué hasta las puertas al otro lado del parque y me propulsé por la calle San Fernando sin mirar atrás. A la derecha, los restaurantes estaban destrozados y vueltos del revés. A la izquierda, enorme e impecable, se levantaba la fachada blanca del Rectorado.

El puente estaba en la cara contraria y corrí hacia la verja, pero había autómatas en el recinto. Había sombras, alumnos aún cargados de apuntes, entre los restos del 100 Montaditos. Me oyeron pasar junto al muro. Corrí rodeando la verja. Torcí en la callejuela antes del hotel Alfonso XIII y tropecé con el bordillo y me caí. Me puse en pie con el peto roto.

«Qué vergüenza, Diana…», dije, bajo la lluvia.

Y entonces, en el límite de todo, a punto de perder, con veinte de ellos detrás, o más o todos los que cabían en Sevilla; me encontré por fin, como en mis sueños de niña, en medio del final del mundo frente al foso bajo el puente del Rectorado.

«¿Y tú qué, Diana Mena?».

Le di un tirón a la cremallera. Saqué la cuerda de tender y la até con un nudo a la barandilla.

Seis años atrás, había estado allí y Mario Volkswagen me había enseñado a hacerlo. «Al lado del puente es el único sitio en el que luego, con suerte, se puede volver a subir». Las manos me temblaban tanto que me hice un lío. Mis ojos se iban todo el rato a la calle: iban a llegar. Lo terminé de cualquier forma. Me enredé la cuerda en las manos.

Bajé al foso rápido, como lo había hecho a los diecisiete, apoyando los pies en el muro. Perdí el equilibrio al final y me raspé las rodillas. Llegué al suelo, que estaba embarrado de antigua lluvia, y miré, desesperada, a mi alrededor.

Diana no estaba allí.

El corazón se me estancó, ingenuo.

Ya los oía llegar a lo lejos: una hilera de pasos al unísono, casi militares, subiendo por la curva que daba al hotel. Desde la otra orilla, en el interior cerrado de la parcela del Rectorado, me observaban tres autómatas inmóviles como la familia del balcón.

Me movió la prisa: agarré el bote de espray y corrí debajo del puente. Escribí el mensaje para Diana sobre el suelo. La pintura salió con un silbido discontinuo y torpe.

Volví a la cuerda y la apreté entre los dedos. Coloqué los pies de nuevo en la pared. Empecé a subir, con un esfuerzo descomunal, con la poca energía humana que quedaba en mí. Las nubes bailaban, hechas un borrón, y me sudaban las manos sobre el material impráctico del tendedero.

Pasó tan rápido que ni lo entendí.

No había hecho bien el nudo.

La cuerda se desató de la barandilla. Caí de espaldas y me empapé de fango. Un dolor ciego me inundó la columna. Toda la longitud de la cuerda cayó sobre mí como un lazo inútil.

—No… —jadeé—. No, no…

Estaba atrapada en el foso del Rectorado. No tenía comida ni agua en la mochila. No había manera de escalar el muro.

Me puse en pie y toqué la pared, busqué hendiduras en el hormigón. «No», me repetía, sin aire, y no podía ni pestañear ante la idea, «no», y estaban viniendo ya todos por la curva, bajo el árbol, una veintena de autómatas lentos pero constantes, y yo iba, al final de todo, a morir allí.

—Por favor, por favor, por favor…

De repente, se acercó un ruido.

Pareció, al principio, un trueno bajo la tierra. Luego una moto se deslizó sobre la acera y se estrelló contra una farola. Cuando todo estaba dicho, y yo estaba con los ojos quemándome, con las cejas pinzadas, en el centro del foso, alguien asomó la cabeza:

—¡Laia!

Y era Rey, el crío gilipollas. Su nariz seguía rezumando sangre y una gota me cayó sobre la frente. Rey, sucio y huesudo, del que no sabía ni el nombre, con la llave del piso en el bolsillo y nada que ganar, hizo algo impredecible y nuestro, realmente, y llegó más enfadado que nadie al Rectorado a salvarme la vida.

—¡Lánzamela! —me ordenó—. ¡Coño! ¿¡A qué coño esperas!? ¡Laia, espabila, imbécil! ¡Lanza la puta cuerda!

—Rey —susurré.

Me agaché y le lancé la cuerda mojada de barro. Él casi se despeñó por agarrarla.

—¡Hazle dos! —le grité—. ¡Haz más de un nudo!

—¡No me jodas ahora! ¡Cállate un ratito, hija de puta! ¡Vamos a morir por ti!

—¿Le has hecho dos?

—¡Sube! ¡Ya está, venga, sube!

Caminé sobre la pared. Arriba, Rey tiraba y estábamos heridos, sudando, desfallecidos de la inanición, y apretamos los huesos hasta mudar los de leche.

Subí.

La congregación de autómatas venía por la calle, un desfile de gente en un estado deplorable, gente con sus residuos en la ropa, gente tuerta como un gato. Rey me soltó entonces y yo caí un palmo. Intentó desatascar el cuchillo de su cinturón, pero lo había recubierto de tanto celo que estaba fusionado a su pierna.

—¡Cipote! Pero ¿¡esto es de coña!?

Toqué la barandilla. Me encaramé como pude y la mochila se me cayó al foso.

—¡Corre! —le dije—. ¡A correr!

Pero no eran veinte ya. Había autómatas saliendo de todas partes.

Se acercaban de entre los coches, en una apatía irreproducible, blanca, paseando en dirección a nuestra voz. Una centena de ojos nos vieron correr calle arriba. Los talones me sangraban en rozaduras y me había quemado las manos. Él tenía un brazo en carne viva desde el codo hasta el hombro.

—¡Son doscientos! —jadeó.

Vi una Sevici oxidándose en la carretera. La levanté.

—¡Sube! —Rey me miró y luego miró las caras, las caras nuevas que venían del parque—. ¡Rey, coño, sube! ¡Sube atrás!

—¡La llevo yo!

—¡No, la llevo yo porque la he llevado toda mi puta vida!

Rey subió al portaequipajes.

Yo encajé las suelas en los pedales y de pronto mi cuerpo, la ciudad destruida entorno a mi cuerpo, me reconoció y yo también la reconocí a ella: era Laia Bayón. Estaba subida a una bicicleta y les daba vueltas a los

edificios del patio. No había nada más primitivo que eso y por supuesto que eso me encontró incluso allí. Apreté el manillar. Puse la segunda marcha. Derrapé en la glorieta de la estatua del Cid. Las cadenas se reajustaron en un crujido mientras pedaleaba.

Uno cruzaba la avenida y nos embistió.

—¡Dios! —dijo Rey, pero no caímos—. ¡Joder! ¡Tuerce, ahora tuerce…!

—¡Agárrate!

—¿¡Qué cojones es eso, Laia!?

A unos metros de nosotros, en el paso de peatones junto al parque del Prado, se intuía un bulto grande, negro, al que le brillaban dos banderillas en el lomo. El tranvía estaba volcado, hecho pedazos detrás. Había un toro bravo, huido de la plaza, quieto en medio de Sevilla.

—Dios mío.

Giré el manillar. La bici se desvió hacia el carril contrario.

Botamos sobre el bache de la acera intermedia, hacia la Fuente de las Cuatro Estaciones. A lo lejos, vertiéndose sobre la rotonda, se acercaba una cofradía de autómatas imparable. Venían de las entrañas de los restaurantes, de las orillas del río, del centro del mundo. Eran demasiados y entonces lo supe: no lo íbamos a conseguir. Era solo cuestión de tiempo.

—¡Laia! ¡Laia, gira! ¡Muévete, Laia!

Y en medio de eso, junto a todo eso, en un zumbido de oídos que por un segundo pensé que era la muerte, de repente los naranjos temblaron y se encendió, deslumbrante, la luz del cielo.

Las ruedas de la bici dejaron, poco a poco, la carretera. Empezamos a flotar y flotó la gente, flotó la señal rota, los gatos en el foso, el agua de los charcos.

El cuadrado de la cúpula se iluminó como una linterna sobre el Prado de San Sebastián. Invirtió la gravedad y todo bajo él empezó a subir hacia las

nubes. Fue un río de color rojo neón. El interior brillante y húmedo de una granada.

La luz escarlata, casi ámbar, de los que estaban orquestando el final, vibraba dentro, como un insecto, y creí entenderlo al verla: estábamos esperando la nave o el cometa o el ovni. Pero el ovni ya estaba, siempre había estado, encima de todos nosotros. La cúpula era el rayo que abduce y tenía el tamaño de toda la Tierra; lo empapaba todo, y todo era suyo, en ese breve momento.

Una lente terrorífica al intestino de algo.

—Pero como esté muerto… —oí de otro tiempo—, yo no tengo perdón…

—… con la habitación grande y tú con el otro baño, nada más…

—… los llamamos para que vinieran y nos…

—… preocupes, gusanito. Vamos a intentarlo otra…

—… Laia…

—… ¡Laia!…

—… ¿Laia?…



Rey empezó a elevarse detrás. La mochila se le escapaba tras la espalda.

—¡Laia! ¡No, no, no, no…! ¿¡Qué está pasando!?

Sus gritos en mis oídos estaban superpuestos a mil voces. Se me aferró con un brazo y tiró de la mochila, que flotaba como un globo; la mochila con la comida por la que habíamos salido a la calle. Yo miraba en mi bicicleta el cielo rojo, sobrecogedor. Pero ese instante, como todos los demás, iba a acabar y ya lo había vivido.

Pedaleé.

—¿¡Qué haces!? ¡Laia, me vas a tirar!

—¡Agárrate! —le ordené—. ¡Es un mecanismo! ¡Va a apagarse ahora!

—¿¡Qué!?

—¡Agárrate!

Empujé la bici contra la fuerza magnética.

Nos desplazamos, sumergidos en su agua, lento y buceando entre la magia del rayo. Los autómatas volaban ahora y eran boyas de mar. Miraban todos hacia arriba, perdidos en el susurro secreto de la cúpula.

Apreté los dientes. El sudor me subió y se convirtió en esferas.

—Vale. —Fue lo último que oí, y era el recuerdo de una voz en abril. Paré y la busqué con los ojos. Jadeé: «¿Diana?»—. Lo hablamos entonces, si quieres. Te llamo a las diez. Adiós, Laia. —Empezó—: Te quie…

El cuadrado de luz se extinguió.

La bici nos impulsó hacia delante.

Todo volvió al suelo.

La energía reconcentrada, estática, eclosionó entonces: caímos en un estruendo más allá de la rotonda. Las ruedas aullaron y echaron chispas contra el asfalto. Dejamos atrás a los autómatas y nos siguieron luego, pero ya era tarde: subíamos como una bala por la carretera junto a los jardines de Murillo, y estábamos vivos, sangrando, con los oídos taponados de la presión.

Rey y yo tiramos la bici y los habitantes del supermercado se revolvieron. Nos metimos corriendo en el 3.º A de la avenida de Menéndez Pelayo.

Y sobrevivimos.



Esa noche, en una calma que aún pitaba ruido, la luz titiló y se volvió a ir. Todas las farolas se apagaron fuera.

Yo estaba en el salón, comiendo un plato frío de guisantes, cuando la casa se quedó de nuevo a oscuras. Encendimos velas de cumpleaños y las clavamos en una lata de paté.

—Toma.

Rey volvió de la cocina y me ofreció un botellín de cerveza. Teníamos la mesa cubierta de paquetes de nueva comida, en dudable estado, de pésima calidad, y nos sentamos ambos en el suelo.

—Gracias, pero no bebo.

—Venga ya. Esto es pa mear y no echar gota… Y estás empeñada porque sí en amargarte la vida. ¿Qué lleva, a ver? ¿Pis de mosquito?

—No es por vegetariana, lumbreras. No me gusta el alcohol.

—Estupendo. Más para mí.

Se hizo un sándwich montando dos raciones de fideos duros. Les echó el condimento del ramen y luego, sobre todo eso, una bola sólida de helado de caramelo. Estuve mirando de reojo la quemadura de su brazo, que centelleaba como de plástico bajo la luz de las velas, pero ninguno se quejó de la sangre después de sobrevivir.

Tuertón, que había estado chuperreteando el líquido de unas albóndigas, las dejó mordidas sobre el plato y se despatarró, modo espectáculo, para lamerse el culo. Luego se fue a maullarle al balcón cerrado.

—Se quiere pirar.

—Están ahí todavía. Fuera —le recordé yo—. No pueden oírnos hasta que se vayan.

—¿Todos? ¿Cuántos?

—Siete. Puede que ya menos. No durarán hasta mañana.

—Eso dependerá de cuánto chille el gato.

A mí se me deshacía entre los dedos la mitad descolorida de un Maxibon.

—¿Qué había allí abajo, al final? —preguntó Rey, en algún momento—. Porque eres tonta y estarías muerta. Me acordé, menos mal, de que estabas obsesionada con el foso por no sé qué pollas.

—No había nada —le corté—. No estaba allí.

Mi mapa inservible se había quedado en el fondo del foso vacío.

—¿Y ahora qué? ¿Te vas a ir por fin a tu casa?

Yo tomé aire, plegando en triángulos un envoltorio.

—Venía de casa cuando pasó. Me volvía desde Córdoba, porque estudio…, bueno, o estudiaba. Da igual. Luego se fue la cobertura y mi madre intentó asfixiarme. El resto pues te lo imaginas: escapé y llegué hasta un coche de los de ahí, pasé la noche, bla, bla… La dejé encerrada, en casa. Estará… A lo mejor ya se ha muerto de hambre. Probablemente. Y si no se ha muerto, me matará, cuando vuelva. Así que no sé qué hacer ahora, si te digo la verdad.

Se cuajó un silencio típico, hecho a medida para ese mundo, mientras el gato al fondo lamía los cristales. Al otro lado, los autómatas del 3.º B seguían condenados a su balcón y nos observaban desde las sombras.

Después, Rey le dio un trago a su cerveza.

—Cuando le pasó a mi hermano —empezó de pronto—, lo metimos en la cocina entre mi madre y yo.

Me volví a mirarlo.

—Ah.

—Pensamos que estaba loco, tú sabes; que se había drogado… Tiene quince. Parecía que estaba loco. Me mordió esta oreja y me la reventó. Luego ya llegó mi padre, que estaría… Por la hora, pues estaría subiendo por las escaleras. Venía de trabajar. —Lo vi roerse el interior de los carrillos —. La mató de repente. O sea… Sin más, yo qué sé. Yo, cuando llegué, ya la había matado y todo. Y cuando le vi a mi padre la cara de zombi pues lo

supe, que era algo tocho y ya está, y… Sí. Porque no era solo mi hermano. Así que me fui.

—¿Mató a tu madre?

Rey asintió, mientras rebuscaba en unas patatas. Añadió, casi incómodo:

—No es que yo tuviera… Tampoco los quería yo un taco, ¿sabes? Eran solo… Pues mis padres, pero bueno. Fue toda la pesca. Mi padre se marchó, le he perdido la pista. Yo me escondí abajo.

—¿Abajo de dónde?

Rey me miró a los ojos y apuntó al techo.

—4.º A —dijo—. Tengo que sacar a mi hermano de la cocina.

En el salón del piso esa noche, sin luz apenas, a Rey se le marcaba un bigote ridículo que no se había afeitado y tenía la cara repleta de hematomas. El pelo algo más largo, rozándole el mentón, seguía tan grasiento como la primera mañana. Nunca le pregunté si había cumplido los dieciocho años siquiera.

Se me reveló en ese instante, sentados allí los dos, todo su parecido con Mario Volkswagen; con la vergüenza a su propia tragedia de los hombres Mario Volkswagen, incapaces de llorar por nada. Habíamos creado este vínculo a golpes, que no era un vínculo, en realidad, sino una caída inevitable, de tanto compartir, en la intimidad. No me lo dijo, pero solo con recordarlo supe que el hombre al que golpeamos con el telefonillo el primer día había sido su padre.

Alcé un botellín de cerveza. Rey bufó una risa y lo chocó con el suyo.

—Dios —me quejé tras probarlo—. Qué puto asco… Qué guarrería.

—Venga, con brío. Y viva España.

—¿Así tiene que saber? O está podrida.

—Y mucho peor que puede saber.

Las velas se agotaron a la hora. La luna en el cielo estaba llena tras los edificios y los ojos se nos acostumbraron a ver así. Mi cuerpo, nada hecho al alcohol, fue perdiendo matices en la segunda ronda. Pasado un rato, todo era ya una neblina poco relevante, obtusa, al otro lado de las ventanas, y llevábamos encima una cogorza estúpida de adolescentes.

La cúpula roja brilló en un punto a lo lejos. Murmuré:

—¿Qué pueden querer si son capaces de hacer eso? ¿Qué pueden querer que tengamos nosotros?

Rey respondió:

—Pues quedarse el cotarro. Matarnos seguro, cuando les molestemos. Lo que haríamos nosotros si descubriésemos un lugar.

Había pasado la medianoche cuando yo me acaricié la mancha de tarta de queso tatuada en el tobillo. Aún oía su voz de fondo, el recuerdo de su voz que me había dado la luz.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rey.

Lo miré. Era la primera vez, o así se sentía, en la que hablábamos realmente de algo.

—Diana.

Él ladeó la cabeza y sopesó.

—¿Y es como…? ¿Está muy buena? —Le di un codazo y se le ensanchó la sonrisa—. ¿Es como para matarte hoy, por ejemplo? ¿Es tan en serio?

—Llevamos seis años juntas.

—Coño, qué pereza…

—La conozco desde siempre. Éramos… Hemos crecido juntas. No hay nada de lo que sea yo que no tenga algo que ver con Diana. —Asentí, muy borracha. Luego se hizo un silencio—. Está buenísima.

Rey se rio.

—Pero eso es lo típico que vas a decir tú.

—Te ibas a cagar, si tuviese una foto.

—¿Es rubia?

—Es una cosa impresionante.

—Pues yo pienso que tiene sentido. Que las tías estén con las tías, quiero decir, porque yo a las tías… Tampoco es que os entienda. Pero, ojo, que no soy un maricón.

—Me importa una mierda lo que pienses. Ya lo has jodido.

—¿Quién se coloca…? Tú sabes. El «apéndice».

—Vete a la mierda.

—¡No te rayes! No te rayes —se carcajeaba—. Bueno, ¿y en qué culo del mundo estaba? ¿Dónde era eso? ¿Bosnia Herzegovina?

Tuertón ronroneaba en el hueco bajo mi brazo.

—En Wurzburgo —le dije—. En una ciudad en el centro de Alemania.

Rey bebió de su quinto botellín, con la nariz aún hecha polvo bajo los ojos.

—Bueno —concluyó—. Pues va a tardar en venir, ¿no? Es un paseo. Vas a tener que salir a encontrarla.

Yo estaba casi dormida en el suelo del 3.º A. Tenía la piel de las manos achicharrada y los nudillos manchados de pintura. Sobre el suelo de granito, en el foso bajo el puente del Rectorado, había escrito con espray hacía unas horas una X grande, intercambiada de mil maneras desde hacía seis años.

Por un segundo, me imaginé a Diana en el pasillo del instituto, al otro lado de la piscina, en los hemisferios opuestos a los míos; Diana Mena existiendo de la forma correcta, sin tropezarse, preparada, desde siempre, para llegar hasta mí.

—Sí. Voy a tener que seguir encontrándola.[9]

OceanofPDF.com



Alma había tenido el turno doble en La Santa María el día que empezó el fin del mundo.

La Santa María era un local cochambroso en el centro de Berlín, lleno siempre de turistas, donde servían unas pésimas patatas bravas. Tenían colgada del techo una bandera de Ecuador y la mitad de su carta eran tacos. Era una amalgama de latineces, una macedonia de identidades sin lógica narrativa, donde siempre se comía con el bombardeo del reguetón. Alma, que era la mejor camarera de la plantilla, no cobraba ni como para salir de su piso compartido con tres estudiantes. Llevaba trabajando allí ya un año y le debían dos meses y una veintena de horas. Como acto de justicia, apagaba sus cigarros en los manteles y se llevaba a casa los saleros metálicos.

—Ojalá se acabe el mundo de una vez —me dijo una noche— para que este sitio roñoso se vaya a la mierda.

El día del turno largo estalló con los clientes clavándose los tenedores. Eso fue lo que me contó.

Un par de ellos, antes de eso, pidieron una ambulancia y vomitaron de camino al lavabo. Luego Alma corrió a cocinas, pero los azulejos ya

estaban manchados de sangre. Su compañera Rosa, que llevaba allí mal pagada una década, se desangraba junto a los fuegos encendidos.

El Bergen, su jefe, fue el que la salvó y la arrastró con él hacia su descapotable junto a la acera. Condujeron hasta las afueras de Berlín, que se había vuelto, ya en la primera hora, un río de accidentes y sirenas y humo. Fue entonces cuando Alma se dio cuenta de que le habían rebanado tres dedos de la mano derecha. De las falanges le chorreaba un líquido oscuro, ajeno, y se desmayó más tarde en el hueco entre los asientos.

Al despertar, la estaban cuidando en una cama. A cien kilómetros de Berlín, una comunidad de supervivientes se había organizado para gobernar un hotel de carretera. El Bergen, llorando a moco tendido, le explicó que iba a morir, que allí no podían hacerle trasfusiones, y que la habían vendado, pero seguía sangrando. Así que iba a morir.

Tres días más tarde, cuando sus dedos habían dejado de empapar la venda, El Bergen murió de un *shock* anafiláctico porque en el hotel tampoco había epinefrina. Alma quiso llevarse el descapotable, pero no la dejaron: era un «bien comunitario» en el nuevo orden del hotel. Me dijo que se fue a la semana siguiente hacia España, después de robarles un patinete eléctrico que se quedó sin batería a mitad de camino.

La encontraron deshidratada, agarrada aún al patinete, a las puertas del campo de Estrasburgo.

—No dejo de… No era su turno, siquiera. Rosa se me murió encima y no… Joder —farfulló, sentada frente a mí, en una silla de la carpa—. Estaba cubriendo el turno del Jonas. El gilipollas de… Y pienso en sus putos críos, que tenía como tres; cinco años deben tener los críos de Rosa. Coño… —Tragó saliva, con el ceño fruncido—. Intenté avisar a su marido, antes de perder el móvil, claro. Pero donde el hotel ya no había ni cobertura. Y vi que tú habías oído mi audio. Tú siempre… No me habías contestado.

Entonces me hice a la idea de que estabas muerta. Porque con la residencia hasta arriba, esa noche, y estarías… Ibas a cenar con estos imbéciles. Así que me dije: Diana ya está muerta.

—Sara —la interrumpí yo—. Estaba… Fue en la cena, en su habitación.

—Ya.

—Sara salió del baño y mató a Jesús. No sé dónde acabaron Celia y Alberto.

Alma y yo nos miramos, en un silencio desolador. La oscuridad del noveno dormitorio, que era una hilera de literas bajo una cubierta de plástico, olía a humedad y de fondo se oía un murmullo en árabe.

—¿Los demás? —me preguntó ella—. ¿Sabes algo desde…? ¿Tus padres?

—No. Fui a cenar y se fue la cobertura…

—¿Antes?

—Antes de todo.

—Y no ha vuelto.

—No. No lo sé… Me han quitado el móvil. El móvil se me rompió en la gasolinera.

—¿César mandó su foto?

—Sí, justo antes. Justo a las nueve.

—¿Y Oli?

—No lo sé.

—¿Cristo?

—No lo sé.

Alma juntó las cejas y casi ni pronunció:

—¿Laia?

Yo abrí la boca para responder. No me salió nada.

Me sobrevino, de repente, una culpa enorme y absurda, como si hubiese fracasado en la tarea imposible de llegar hasta allí con algo más que yo. Era la primera vez en semanas que oía tu nombre de otra persona. La respiración me tembló y Alma vino hacia mí. Me abrazó en un tirón, con rabia, que era, en realidad, su única forma de pena.

—Está bien —me dijo—. Eh, es Laia, ¿vale? Estoy segura.

—Le había dicho… —musité—. Justo antes de todo, Alma, la había cagado con ella. Le dije que en su cumpleaños…

—Y sabe quién eres —respondió—. Y tú sabes quién es. Laia está esperándote en Sevilla y vamos a salir de aquí. Te lo juro. Te lo juro.

Fuera caía la lluvia débil, gris, de las nubes que flotaban bajo la red de la cúpula. Los altavoces anunciaron que el grupo B comenzaba su turno en las duchas, al otro lado de los charcos de albero.

Alma llevaba más de una semana en el campo de refugiados de Estrasburgo.

Para cuando llegué yo, ya detestaba aquel lugar como la había visto detestar todos los lugares: el Microclima, La Santa María, la cancha del polideportivo. Esa primera mañana me contó que cinco días atrás había dormido en el calabozo por un altercado con un militar que terminó en traumatismo testicular grave. Aún con esas, como en todos los lugares, no echaron a Alma del campo: tan solo la dejaron en el banquillo.

—Les pregunté en el mostrador si lo de los «motivos de emigración» era un recuadro importante. Pero no responden nada, porque la mierda esta es una pamplina. Se la pela. Nos mandan a hacer el cuadernillo a ver si nos callamos, ¿no? Y se limpian el culo con ellos. Dios… Te juro que me voy a morir si no consigo un cigarro.

Yo completaba su segunda solicitud para cruzar la frontera.

—¿Cómo es el segundo apellido? ¿«Elmeni»?

—«El mehdi», separado. Con hache en medio. Ahí. Con «di».

—¿Y qué pusiste en los motivos?

—No puse nada, tía, ¿qué voy a poner? Y luego me dicen: rechazada, sin motivos.

—¿Dejaste en blanco los motivos?

Alma levantó el brazo.

—Que tengo un muñón que parezco E. T. el Extraterrestre, Diana. Que esta gente pretende que… ¡Les voy a hacer yo aquí un *writing*!, ¿no? Dime. Con este plan. Un TFG sobre que quiero irme a mi país, muchas gracias. Que no es ni a Francia, es que nos dejen irnos a nuestro país. ¿Mis motivos son, a lo mejor, que ha estallado el puto apocalipsis de la Biblia?

—*Have been working in Germany for two years*… —escribí—. *Want to cross France to get to Spain, which is my permanent home*…

—Vale. Eso. —Asintió—. Eso también.

—¿Cuál es tu DNI?

—Yo… Pues bueno. Pues no me lo sé.

—¿En serio?

—Perdón.

—Fatal, Alma. Fatal.

—Perdón.

Mientras rellenábamos a lápiz el formulario mojado, vi a Alma toquetearse la venda sobre los dedos perdidos con una brusquedad absorta. Antes de obligarme a dejarla firmar, mordiéndose las uñas, miró el patio iluminado fuera y susurró:

—Ya me puedo olvidar del baloncesto para toda la vida.

Aquella noche, entre el llanto incansable de algún bebé y los ronquidos del hombre que dormía sobre mi litera, Alma me abrazó con tanta fuerza que me hizo real y lloró como yo no la había oído llorar nunca. No volvió a

dormir en su dormitorio, que era el número cuatro, ninguno de los días que pasamos en el campo; nos apretamos todas las noches en mi cama como niñas, de nuevo, o niñas para siempre aún.

—La maté —me confesó—. Vino a por mí y no quería… La tuve que matar. Pero fue… Cogió el cuchillo y mis dedos…

—Lo sé.

—Maté a Rosa.

—Lo sé —le dije—. No es tu culpa. No es tu culpa.

Me citaron para la segunda revisión médica al amanecer de la mañana siguiente. Un vigilante me despertó sacudiéndome del hombro, con el rifle preparado entre las manos.

Tuve que ir en ayunas, sin haberme podido ni atar las botas, sobre los charcos del descampado hasta el edificio blanco del que había salido un día atrás. Me hicieron desnudarme. Me pesaron en una báscula. Pasé otro interrogatorio sobre una tanda nueva de posibles enfermedades, pero este fue, en realidad, nada más que el comienzo de la rutina habitual: a partir de entonces, alguien con un rifle me recogería cada mañana en el dormitorio y me llevaría a una revisión en el pabellón médico. Nadie me explicaría por qué, ni qué estaban buscando. Al resto de los refugiados los citaban solo bisemanalmente, en filas grandes que colapsaban las puertas.

—No te van a decir por qué —masculló Alma masticando una albóndiga —, porque este sitio es una cárcel.

El comedor del campo de refugiados se llenaba todos los mediodías. Solo podíamos ocuparlo durante una hora cada grupo y la mitad de ella la gastábamos haciendo la cola. Repartían una comida insípida, pegajosa, tras la barra acristalada, que al menos era más caliente que las latas de la gasolinera. Nos repartían cubiertos de plástico lavados para que nadie se

guardase un cuchillo y desde los laterales de la sala nos vigilaba un grupo de militares.

—No digas eso aquí —la avisé—. Están al lado, Alma.

—No nos entienden. Te lo digo yo.

—No lo sabes.

—Ya los he insultado igualmente a todos. —Alma arrancó un trozo de pan seco y duro—. Putos cerdos… Esto es comida de cárcel, y nos vigilan comerla con jodidas metralletas. Están haciendo lo que quieren contigo y con los demás, porque es un secuestro. Nos tienen secuestrados aquí.

—Es una base militar —le dije—. Están controlando las fronteras.

—Sí, pues claro.

—Ahí fuera, Alma, es una locura. No lo has visto bien. Las ciudades están destrozadas. Lo mínimo que se puede hacer ahora…

—¿Sabes que no me dejan ni llevar el hiyab?

La miré, sorprendida.

—¿Has empezado a llevar el hiyab?

—No. Pero si quisiera llevar el hiyab, que es mi cultura, la cosa es que ni me dejan, porque es una cárcel. Y si cualquier otra persona, si mi madre estuviera… —Se interrumpió a sí misma, con los ojos en blanco—. Mira, ¿tenemos que hablarlo delante de esta? ¿Tiene que saberse esta mi biografía?

Sentada a mi lado, en su silla de ruedas, Jolie Lemaire sorbía un batido de piña, muy poco interesada en nuestra cháchara española.

—*Quoi?* —dijo al ver que la mirábamos—. Jamón, jamón, paella. *Continuez*.

Alma se frotó la cara y jadeó: «¿En serio?». Yo le dije:

—Jolie me salvó de morirme en una gasolinera.

—Diana, es una francesa politoxicómana.

—Aaah, *d'accord!* —La señaló entonces Jolie, espabilándose—. ¡No, ahora sí sé! Yo te conozco, yo pensaba que me suenas. Tú eres… Espera. En Würzburg, ¿no? *Oui*. Que nos vimos. Tú eres de pizzería.

Alma se llenó los pulmones de aire.

—Soy Alma. Amiga de Diana, ¿te acuerdas? No, mira, te lo refresco: me diste en enero unas setas, tía, la única vez que te he visto en mi vida, unas setas que casi toqué a Dios en la nube y me dio un cáliz con la sangre del cordero.

—¡Aaah! *D'accord*… No. No recuerdo. Aunque quien seas, me debes dinero.

—Vete a tomar por el…

—Alma, Jolie puede llevarnos hasta Marsella —las interrumpí yo—. Si nos ayuda a llegar a Marsella, si colaboras, allí podemos coger un tren a España.

—O sea, que nuestro gran plan es confiar en la Armada y luego, más tarde, confiar en la droga.

Una figura alta, de pelo largo, pasó de espaldas hacia las bandejas.

—¡Eh! *Chéri*! —le gritó Jolie—. ¡Aquí estamos!

—¿Y ahora qué coño pasa? —se quejó Alma—. ¿Qué viene también con su prima? —Klaus, barbudo, giró sobre sus talones y Alma se atragantó—. Coño. El Cigala.

La enfermera militar que se encargaba de revisarme cada mañana era una chica joven, diminuta hasta en las uñas, de acento francés y con las manos torpes. Se equivocaba clavando las agujas y me susurraba una disculpa solo cuando lo hacía bien. Con la mascarilla así, cubriéndole hasta la nariz, me recordaba a Inma de los Santos, mi primera novia, por los ojos brillantes y grandes como de cristal de Inma.

De su uniforme colgaba una placa plastificada en la que se leía «Mirelle Girard».

—¿Riesgo de embarazo? —me preguntaba todos los días.

—No.

—¿Relaciones sexuales? ¿Seguro?

—Seguro.

Todas las madrugadas que pasé allí, Mirelle tuvo sentada sobre una banqueta, en la esquina más oscura de su consulta, a una niña con un brazo en un cabestrillo que no llegaría a los ocho años. La niña de la banqueta nos observaba hacer nuestra rutina médica sin emitir un ruido.

—Cierra la mano —me ordenó Mirelle—. Bien. Sí. Suelta, suelta.

Cuando la bolsa de sangre estuvo llena, volvió a ojear los papeles.

—Ok, han pedido la médula… ¿Te han hecho ya toma de médula cuando llegaste?

—No. No han… ¿Es necesario incluso médula?

—Lo han pedido. No vas a notar, se usa anestesia. OK, hepático… Voy a ver. —Revisó algo que me estaban inyectando por intravenosa y luego removió los envoltorios en el cajón—. Espera aquí, por favor. No encuentro. Espera.

Agarró mi bolsa de sangre y salió por la puerta.

La niña de Mirelle, que supuse que debía ser algo para Mirelle, no se movió tampoco entonces de su sitio. Nos quedamos a solas, yo sentada junto a la mesa de extracciones y ella abrazada a una pelota en su esquina. Tenía la escayola embarrada y me miraba con una expresión estoica, sin vergüenzas.

—Hola —le dije.

No me contestó.

—*Ça va?* —intenté en francés.

Permaneció impasible, en silencio.

Solo en ese momento, me di cuenta de que la había visto ya antes, en mi primer vistazo a las carpas del campo: era la niña junto al granero que contemplaba el mundo tras las vallas. Había algo en la forma en la que oía, que era que su atención no estaba en mis ojos, sino en mi boca, que se me hizo un gesto conocido.

Probé de otra forma: le ofrecí el sándwich empaquetado que me habían dado tras las extracciones. Le dije, en lengua de signos: «¿Quieres?».

La niña se irguió un poco, desconcertada.

«Para ti —gestualicé—. Te lo regalo. ¿Cómo te llamas?».

Su mirada viajó, nerviosa, de mi cara a mis manos.

Pero cuando fui a acercárselo y me puse en pie, el movimiento la asustó. Retrocedió y me tiró la pelota. Esta rebotó contra el soporte para sueros y, de pronto, estaban a punto de volcarse sobre los viales. Aún enchufada a la vía, yo me precipité a agarrarlo todo y el sándwich se me cayó al suelo.

Mirelle entró por la puerta.

—¡Nadine! —la llamó, enfadada. Nadine recuperó la pelota y volvió a su banqueta—. *Tu fais quoi!? Reste là! Calme! Ne bouge pas de là!* —Me miró—. *Pardon*, lo siento, está… ¿Te ha hecho daño? ¿Qué ha…?

—No —dije—. Ha sido… Es cosa mía. Ha sido culpa mía.

—Tienes que irte. Perdón. —Mirelle se apresuró a desenchufarme. Me humedeció el hombro con alcohol y me clavó la inyección de final de chequeo—. La médula es mañana. Puedes irte. Te llamarán. Vete.

A la salida, con el brazo de nuevo entumecido y el mono gris a medio abrochar, volví a acercarme al mostrador de orientación.

—¿Y no quedan más solicitudes? —insistí—. ¿Cuándo van a…? Puedo escribir mis datos en un papel.

—Se la llamará personalmente para entregarle su solicitud.

—Pero han pasado tres días. Tengo… No puedo quedarme aquí, tengo que irme a España. Mi familia está en peligro en España.

La militar desganada tras del cristal le murmuró algo a su *walkie-talkie*. Su compañero apareció para escoltarme.

—Se la llamará personalmente para entregarle su solicitud.

Estuve toqueteándome las botas toda esa tarde, sentada en la tierra junto al dormitorio nueve. Por la noche me tocó limpiar las bandejas de la cena y rebusqué en los cajones de la cocina, como si fuese posible siquiera que alguien hubiera guardado allí mi móvil. Pensaba en ti cuando miraba la valla electrificada, en una versión de ti, Laia, al menos viva; herida o transformada o necesitándome en algún sitio; a la que nunca conseguía alcanzar. Esperándome en el foso como un gato bajo la lluvia.

Un día más tarde, al final de nuestro turno en las duchas, me peiné con los dedos y me puse la ropa junto a la taquilla. Cuando estaba saliendo por la puerta, algo tiró de mi manga: Nadine, la niña de la banqueta, estaba devolviéndome el envoltorio ya vacío del sándwich.

Me dijo, en lengua de signos francesa: «Gracias».

En la siguiente visita a la consulta, mientras Mirelle me buscaba el pulso, comentó:

—Voy a colocarte ahora un catéter. Perdón por muchas inyecciones cada día. No teníamos más catéter.

—No pasa nada.

—Luego se cierra y no es peligroso. Por si duele, mantén el brazo estirado.

—Vale.

—¿Sabes hablar lengua de signos?

Se bajó la mascarilla. Creo que hasta ese momento nunca le había visto la cara; tenía la nariz contraria a la nariz que yo había imaginado.

—Sí —dije, pillada por sorpresa—. Es… La hablamos en mi casa, desde siempre. Mi hermano es sordo.

—Bien. Sí. Claro.

El envoltorio del catéter se le cayó tres veces a la bandeja antes de que consiguiese abrirlo. Mirelle mantuvo el silencio durante la toma de tensión.

—Hoy no hay extracción. —Sonrió amable y yo le sonreí de vuelta. Después de eso, se sentó de nuevo frente a mí—. Mi sobrina, Nadine —comenzó de repente—, ahora mismo sus padres… Está conmigo ahora aquí, a mi cargo. Lo siento por el accidente el otro día. —Se le atropellaron las palabras en la boca—. Nadine es sorda, también. Antes yo vivía lejos de ella, yo no… No sé hablar lengua de signos. No puedo hablar con ella. No quiere escribir… Creo que sabe leer, por la edad, pero no quiere… Te vi hablarle a Nadine en lengua de signos.

Ponte a gusto con una historia de amor.

Pásate por Inepub para descubrir más novelas románticas.

—Sí. Era… Noté que me leía los labios.

—¿Sí?

—Era lengua de signos española. Sé un poco de la francesa, pero no son lo mismo. Hay puntos donde se entienden, pero no sé mucho.

—Sí.

—Nadine hablará lengua de signos francesa.

—Por favor —me pidió Mirelle sin escucharme—, ¿puedes preguntarle? Un poco. Como tú puedas, si lo intentamos, ¿puedes preguntarle por el

brazo? O si es alérgica, una comida… Y por sus padres. ¿Qué le pasó a sus padres?

Me apretó la mano entre sus manos enguantadas.

—Claro —fue lo único que le pude responder—. Claro.

Años atrás, en aquella época en la que Nico pegó el estirón y se volvió de pronto más alto que papá, fui a un curso con él para aprender lenguas de signos de otros idiomas. Era final de segundo de carrera y ya por entonces me insistías en que dejase Derecho; había pasado la noche en vela por los exámenes y me quedé dormida en la segunda clase de lengua de signos francesa.

Nico me dijo luego, volviendo a casa: «No te preocupes. Gracias por venir».

Yo le dije: «Perdón. Si quieres, que mañana venga mamá. Soy un desastre».

Él me dijo: «No seas tonta, D. Eres una exagerada. Es francés, ¿qué importa? Tampoco es que te vaya a servir para nada».

Al final del mundo, atascada en Estrasburgo en un campo de refugiados, Nadine y yo nos entendimos como pudimos con lo que yo aún recordaba de esa clase. Mirelle me contó entonces que era la hija de su hermano mayor y que tenía tan solo siete años. Había llegado a ella dos semanas atrás en una furgoneta de refugiados nuevos. Me hizo preguntarle cuándo cumplía los ocho y en qué calle había estado viviendo su familia. Nadine, de siete años, perdida en la frontera con alguien que ni la conocía, era inexpresiva por empeño, sentada siempre encorvada en su banqueta esquinera, y no respondió a nada hasta la mañana siguiente, cuando le ofrecimos otro sándwich empaquetado.

—Dice que el brazo le duele —traduje—, pero no quiere la escayola. Se está haciendo… Dice que está intentando romperla. Porque dice que la odia.

—Bien, gracias —respondió Mirelle, con los ojos empantanados. Se secó las lágrimas con la bata—. Muy bien. Bien. Gracias a Dios.

Fue a partir de entonces, y porque me vi haciendo las veces de intermediaria, que Mirelle empezó a hablarme de verdad por las mañanas.

Su complicidad comedida, de charla de ascensor, me indicó que en realidad Mirelle no tenía a quién hablarle; sin la boca cubierta, mordisqueándose los labios, tuve la certeza de que era demasiado joven para su puesto. Estaba sola allí. Me contó que se había alistado a los dieciocho y que creció en Toulouse, y hablamos de mi segunda carrera dejada a mitad en Wurzburgo. La habían destinado al campo cuatro días después del estallido.

—Eres donante universal —me explicó, el día en el que le pregunté por las pruebas—, entonces nos viene bien tener sangre. Así que como eres sana y joven… Hay gente que llega herida aquí. En el pabellón tenemos gente en cuidados. —Terminó de extraer una muestra—. *Voilà*. Pero es rutinario, todo es seguro. Ahora vienes en dos días más y pasarás una semana sin extracciones, para descansar. ¿Has entregado la solicitud?

—No me han dado la solicitud todavía. Pero… No sé cuánto tardan. Me la darán pronto.

—Bueno. A lo mejor entonces ya te vas.

Mientras preparaba el soporte para sueros, me fijé, o me había fijado ya de antes, en que tenía arañazos recién curados en las muñecas.

—¿Estáis cuidando a…? —pregunté con cuidado—: ¿Hay de Ellos también aquí?

Mirelle se aclaró la garganta.

—El ejército está ayudando en las ciudades. Se están evacuando supervivientes para las fronteras —dijo, y luego añadió más bajo—: Hay por todas partes… Hasta perdidos en la carretera. Se acercan aquí, cuando

oyen los coches. *C'est terrifiant*… Sobrecogedor. Pero el campo está preparado, no te preocupes. Todo es seguro.

—¿Se sabe qué es?

—La enfermedad… No es mi información. No debería decir nada. Pero es complicado, en una situación así, ¿no? Hacer estudios y saber.

—Sí.

—Lo que sabemos es que no es contagioso. Es buena señal, porque no hay más casos. Es cerebral, dicen. Un cuadro neurológico, porque se piensa que es un efecto por la luz del cielo.

—¿Por la cúpula?

Mirelle alzó las cejas y me miró, paladeando la palabra en español.

—Qué bonito. Sí —murmuró—. *La coupole*.

Tras eso, se hizo una pausa extraña en la que ambas supimos que no debíamos seguir hablando. Ella retomó su prisa habitual y guardó las bolsas vacías.

Al día siguiente, mientras preparaba la inyección que terminaba el chequeo, me atreví a decirle:

—He pensado en lo que me dijiste. De que no es contagioso. —Mirelle alzó los ojos y supe que estaba tentando a la suerte—. Si lo estamos parando… Si se está arreglando y no hay más enfermos, eso significa que no nos quieren matar. Los que… Los creadores de la cúpula, ¿no? A lo mejor es un mensaje de ellos. La enfermedad.

Ella se volvió rápido para mirar la ventana. La noté dudar entonces, incapaz a sus veintipico años de no cometer el error de hablar de más. Nadine cabeceaba de sueño en la esquina.

—No nos dejan… —susurró—. Aquí no se puede decir la palabra que empieza por A.

—Sí, claro.

—No la digas.

—No.

—Alarma a la gente, dicen, pero… La gente lo ve. Mira arriba y… La gente lo sabe. Es una locura —suspiró—. Se está intentando descifrar… El cielo tiene una radiofrecuencia, ¿no? Se está intentando con cohetes.

—¿Para destruirla?

—O contactar. O verlos. Pero solo hay silencio. —Tomó aire—. Bueno… Perdón. No se puede hablar. Así que ahora estamos luchando por la gente; estamos aquí con la vacuna. Eso es lo que se puede hacer. Nuestra labor es la enfermedad y la gente. No te preocupes. La enfermedad tú no la vas a tener ni es parásito del cielo. Tenemos los medios para entender aquí, ¿vale?

—¿Qué? —barboté—. ¿Se está testeando aquí una vacuna?

Los ojos de Mirelle bailaron. El líquido caliente me tembló en las venas. Rápidamente, me quitó el catéter y apretó con un algodón.

—Pero no es… —Me regaló una sonrisa pequeña—. Perdón. No me has entendido. Era una idea, para que entiendas. No te preocupes. Todo es seguro.

Esa noche, mientras dormíamos, el hombre en la cama de arriba sufrió una embolia. Cayó desde lo alto de la litera y se sacudió en un espasmo. Tenía los ojos abiertos, límpidos, perdidos ya en otra parte.

Yo me arrodillé en el suelo e intenté hacerlo reaccionar. Alma le tomó el pulso.

—*Help!* —gritó, y se fue a por ayuda—. *Please, at nine! Help!*

Cuando llegaron los militares de guardia, nos apuntaron a todos con los rifles hasta que retrocedimos dos pasos. Se lo llevaron en una camilla a saber dónde, para a saber qué, y nunca más volvimos a verlo. Horas después regresaron y se llevaron sus cosas, que eran solo unos zapatos y

una sábana, y nos dijeron que había muerto por una afección desconocida, después de semanas de visitas médicas, con menos de cincuenta años.

Yo lo sabía, Laia. Ahora lo sabía.

Estaban probando en nosotros una cura desesperada, a toda velocidad.

Los habitantes del campo de Estrasburgo se movían sin decisión, como hormigas, en un itinerario silencioso y calculado sobre el descampado rojo. Había tiempos para consumir comida, tiempos para esperar papeles, tiempos exactos para lavarse en duchas atascadas y sin jabón, restregándose el pelo solo con agua. Nos hacíamos casi indistinguibles bajo el mismo mono gris. Nadie preguntaría por nosotros cuando muriésemos en la frontera.

Habíamos muerto ya todos, a ojos del mundo, en un fin del mundo en el que lo ausente estaba, seguramente, muerto. Las Fuerzas Armadas nos habían atrapado en una aduana y éramos ratones a la espera de los efectos de una inyección. Fuera de allí, la humanidad era un sistema enorme que se autodestruía a la espera de un milagro. Para el milagro, iban a sacrificarnos por algo con más valor que nosotros.

—Hay que salir de aquí —me dijo Alma la noche que murió el hombre y no pudimos dormir de nuevo. Yo miraba el techo de la litera y sus dos dedos me agarraron la mano—. Es un matadero. Hay que salir de aquí corriendo.

Unas horas más tarde, al terminar el turno de desayuno, Alma tenía un papel sobre su cama en el dormitorio cuatro. Le habían rechazado la solicitud por segunda vez.

—¡Dejadme pasar! ¡No, llevo aquí dos semanas, cabrones hijos de puta! —le gritó a los militares—. ¡Me vais a dejar irme y me va a escuchar si quiero el papa!

—*Back or we will shoot!* —le ordenaba uno—. *Back or shoot!*

Los guardias que custodiaban esa mañana la salida del campo eran dos chavales alemanes que farfullaban un inglés malísimo. Bajaron del todoterreno al oírnos acercarnos y fue imposible el intento de conversación: Alma llegó a ellos y ya se enredó una retahíla de insultos. Los empujó para apartarlos y enarboló un pedrusco. Cuando uno agarró el arma, yo me coloqué en medio.

—*Please!* —pedí—. *Calm! Bitte!*

—*Back!* —repitieron ellos—. *Back!*

—¡Están los motivos! —siguió Alma. Les lanzó la hoja de la solicitud por encima de mi hombro—. ¿¡Qué falta ahora!? ¿¡Eh!? ¡Que os jodan, putos nazis!

—¡Alma! —la llamé—. Alma, por Dios. Vas a conseguir que nos maten.

—Vamos a pirarnos. Quita de en medio, Diana. Quita o te juro que…

—¡No, vas a parar! ¡Vas a…! ¡Mírame! —Le agarré la cara—. ¿Qué coño te crees que haces? ¿Quieres que nos maten? ¿Quieres…? ¡Mírame, Alma, por tu vida!

Uno de ellos dijo detrás:

—*Verrückte Schlampe*…[10]

A Alma se le abrieron los ojos como agujeros.

—Pero ¿¡y tú qué ladras!?

—¡Alma, no!

Alma se lio a puñetazos con dos armas de fuego. Le dio una patada al rifle de uno y este se disparó solo al aire.

En el patio cundió entonces un pánico estúpido y vinieron refuerzos desde el comedor. Acabamos ambas, ni sé ni cómo, siendo inmovilizadas en un charco por un escuadrón de seis militares. A uno de los dos guardias se lo llevaron a la enfermería por otra torsión testicular. Nos encerraron en una celda. Pasamos la tarde en el calabozo, justo donde habíamos empezado,

sobre el suelo polvoriento, tras la ristra de barrotes sin luz. A mí me sangraba la boca de un codazo y a Alma se le puso un ojo como una bombilla.

—Estarás contenta.

—Sí. —No estaba contenta.

—Esta es la clásica contigo, Alma, y no puedo más. Tienes un problema y no puedo más. Olvídate de otra solicitud.

—La solicitud es una basura. Hay que reventar este sitio con una bomba casera.

Doce horas después, cuando ya se había ido el sol tras el ventanuco minúsculo, una militar cargada de llaves apareció de pronto por el pasillo. Nos encontró dormidas sobre el hormigón caliente y abrió de un golpe la puerta.

—Fuera —dijo—. Venga, vamos. Os han cubierto.

—¿Qué? —murmuró Alma, espabilándose—. ¿Qué?

Al salir, Jolie nos estaba esperando bajo una farola. Le trapicheó una bolsa con dos pastillas a uno de los que patrullaban la zona y este asintió y la militar nos quitó las esposas. Se despidieron de ella con dos besos.

—Fianza cara por esta zona —nos dijo encendiéndose el porro—. Fatal para *entrepreneur*. *Vive la France*, ¿no? Nada como estar en casa. En fin… No sé mucho, pero pienso que se viene una crisis de la economía. ¿Vosotras qué tal?

Ambas la miramos, manchadas de barro y sangre en la oscuridad del descampado.

—¿Estás vendiéndole droga a los militares?

—No. *Espagnola*, ¿cómo piensas de mí? No solo a los militares. No soy tía clasista. —Luego le lanzó a Alma un cigarro y esta se tiró al suelo para atraparlo—. Fuma, a ver si calmas ya.

—Dios mío… —jadeó ella—. Dios mío, te putoquiero.

En el último chequeo médico antes de la pausa, Nadine nos contó a Mirelle y a mí la historia de su brazo roto.

Esa madrugada iba de repente a toda velocidad con las manos, estoica y decidida, sin alterar el gesto. La niña de siete años, pegada a su pelota y sentada en la banqueta de la esquina, describió en lengua de signos una ristra de asesinatos. Yo fui diciendo en voz alta lo que entendía y evitando los detalles: los muertos incluían a sus padres. Había visto a los vecinos también, a su primo mayor y sus abuelos, pero no pude acertar quién hizo qué. Alguien lanzó a alguien por la ventana. Alguien golpeó a alguien en el suelo. Alguien agarró a Nadine y la escondió en la nevera, y luego ella consiguió salir porque no quería perder su pelota de fútbol.

—Y se fue a la calle al… —traduje—. Salió al rellano, creo, y estaba buscando a su madre. Y fue… Se cayó por las escaleras. Hasta abajo del todo. Hubo alguien abajo. No sé si… Y la encontró la policía.

Se hizo un silencio vacío en la consulta.

Mirelle, sobre la silla junto a la camilla recién desinfectada, tenía dibujada en la cara una expresión de terror sin nombre. Cuando le toqué el hombro para reconfortarla, ella se encogió de un tirón sobre sí misma; giró, asustada, y su mirada bailó hasta encontrarme. De pronto, la invadió el bochorno enorme, incómodo, de que yo ahora supiese todo eso de su familia. Se alejó, volviendo a los viales.

—Te tienes que ir —dijo—. Gracias. Voy a… Es mejor que te vayas.

—Pero…

—Gracias, Dina.

—Es Diana. No… Está mal escrito en la etiqueta.

Se ocupó a toda velocidad del catéter y me introdujo una última inyección. Me pegó una gasa al hombro y apartó la silla del camino. La vi

secarse las lágrimas con el dorso de la mano conforme me guiaba, nerviosa, hacia la puerta.

—Mirelle…

—Vete. Está hecho todo. Adiós. La semana que viene no tendrás…

—Por favor —le pedí, y Mirelle paró en seco—. Por favor, necesito que me ayudes. Antes de… Me voy a ir ahora, te lo prometo, y no tenemos que hablar nunca de esto. No ha pasado, esto. Pero antes tengo que pedírtelo, porque puede que no… Porque nadie más me puede ayudar que no seas tú: me quitaron mis cosas cuando llegué. Me quitaron el móvil y mi cámara de vídeo. —Reformulé—: Tenía unos vídeos en la cámara grabados para mi novia. Estoy yendo a por mi novia a España. No sé si voy a llegar con vida y estoy… Si vuelve la cobertura, no tengo con qué llamarla. No sabe nada de mí. Por favor. Si puedes… Es lo único que te pido. No quiero nada.

Mirelle me miró a los ojos entonces, con la mascarilla ya cubriéndole la boca, y desvió su atención de nuevo a la ventana que daba al pasillo. La oí inspirar profundo un aire entrecortado. Se frotó la frente con los guantes y asintió.

—La semana que viene —dijo—, pide otro médico.

Esa noche, cuando el reloj de la carpa marcó la una de la madrugada, salí a hurtadillas entre las literas del dormitorio nueve.

Mirelle me estaba esperando detrás del edificio de las duchas, al norte del campo, escondida junto a los matorrales. Me dio el móvil y la cámara, que había perdido la tapa de las pilas, envuelta en una tela gruesa que luego entendí que no era una tela: era la chaqueta del yin yang de Bartek.

—Esto es lo que estaba —susurró—. Nada más.

—Sí. Es esto.

—Escóndelo debajo del colchón. En algún lugar, pero tienes que esconder. No llames. Se puede hacer interferencia. Hasta salir de aquí, no

llames con el teléfono.

—Sí —repetí, y Mirelle y yo no hablamos nunca más—. Gracias. Muchas gracias.

—No cuentes a nadie.

—No. Por supuesto.

—Buena suerte en tu vuelta a España. Vete de aquí.

El patio era un espacio opaco bajo la cúpula y hacía un viento que crepitaba más allá, en los árboles al otro lado de la valla. Yo me lo guardé todo debajo del mono gris, hasta el bulto grande de la chaqueta, y esquivé la luz de las farolas encendidas. Volví de puntillas sobre la tierra, rodeando el dormitorio diez, que se alzaba delante como la sombra grande de una duna.

Me pegué al granero para llegar hasta el límite del campo oscuro. Desde ahí, era solo un camino recto y rápido, siempre vacío, hasta el dormitorio nueve. Pero al estar a punto de bordear la esquina, oí el chasquido. Frené. Desde el comedor venía alguien caminando, con el rifle golpeándole el cinturón: un militar que hacía la ronda nocturna.

Me agaché. Vigilé, petrificada, su movimiento alrededor de una de las carpas. Pareció darse la vuelta y yo gateé sin ruido, camuflada con el granero. Iba echar a correr paralela a la valla, cuando una de las pilas de la cámara se desprendió y chocó con algo metálico. El golpe vibró como un campanazo.

«No».

El militar se giró. Lo oí acercarse por uno de los laterales.

Sin opciones, en un impulso, palpé las paredes del granero y di con el hueco de una ventana. Empujé el cristal y trepé. Salté al interior y volví a cerrar detrás. Un clavo frío me abrió la palma de la mano.

Estuve agazapada apretándome la herida durante cinco minutos en el negro absoluto del granero. Dentro se oía un murmullo como de aire

acondicionado y el forraje rígido y punzante me pinchaba los tobillos. Olía a basura, pero no me moví. El pulso me latía en los tímpanos y me tapaba el ruido de las botas del guardia.

Este pululó alrededor de la ventana. Revisó la alcantarilla contra la que había chocado la pila.

No se oyó nada después, durante un instante que pareció una hora, y al rato entendí, cuando me llegó el tintineo de su cinturón a lo lejos, que se había alejado.

Cogí aire al fin. Saqué el móvil del bolsillo para encender la linterna. La pantalla táctil seguía rota y conseguí que reaccionara al décimo golpe de pulgar. El suelo del granero apareció ante mí, en un destello cegador y blanco. Desplacé la linterna, buscando una salida.

Y los vi.

El flas reptó sobre la pared e iluminó, de repente, una cara. Del susto, tropecé con una caja y mis propias piernas. El móvil se me cayó al suelo y la luz cubrió el techo.

En esa oscuridad concreta, de lámpara de mesilla de noche, los vi a todos y todos ellos me vieron a mí: una mujer y otra. Un anciano sentado y un niño que podría haber ido a la primaria. Una adolescente y un hombre con los ojos vacíos al que se le caía la piel a trozos. Una treintena de humanos transformados, Laia, encerrados en compartimentos en el granero del campo de Estrasburgo, como un rebaño quieto, incapaz de gritar, cuya respiración solo producía un murmullo sordo de aire acondicionado.

Les habían arrancado las uñas. El hedor era de orina y estaban embarrados en suciedad, infectados y desnutridos, cubiertos de sarpullidos, quemados, algunos desnudos, a punto de morir.

Ese era el verdadero experimento. Ellos eran el milagro de la cura.

OceanofPDF.com



En el sueño del fin del mundo, todo ocurre desde el final y desde el principio: mi madre quiere matarme. Estoy frente al establo en Cazalla y no he conseguido liberar a las vacas. Me caigo al río y debajo oigo el rugido de una carrera de natación.

Es una historia completa, desordenada, que no puedo retener nunca de no haberla leído entera aún. En el sueño, miro al cielo el último de todos los días y ahí están, debajo de la luz de la cúpula: una colmena de manchas negras flotando sobre nosotros, llegando a nosotros, por encima de todas las ciudades.

Pero el sueño acaba y yo lo olvido, y me levanto llamando a

—¡Mamá!

Rojo.

Abrí los ojos.

Aspiré un aire caliente y denso.

El cerebro me regaló un pinchazo tras las cejas.

Esto fue lo que entendí primero: el mundo era rojo. Pestañeé, y me volvió poco a poco el recuerdo del foso y la bicicleta. Las cervezas en el suelo.

Estaba tumbada en algún sitio bajo una manta roja.

Era la mañana siguiente a la borrachera con Rey y el sol en la tela quemaba como una vitrocerámica encendida. Sentía una presión imposible en los pulmones y tenía migraña de resaca por primera vez en tantos años. Me había quedado dormida sin enterarme, a saber cuándo, sobre el sofá del salón. Tragué saliva, deshidratada. Aún me latía en las retinas la imagen difuminada del fin de los tiempos.

—Dios… —jadeé—. Joder…

Pero al destaparme y hacerme a la luz fuerte del nuevo día, allí no había sofá ni había salón: estaba en un coche desconocido, tirada en los asientos traseros.

Me incorporé.

Tuertón, el gato gordo, se bajó de mi pecho.

—¿Qué…?

Cinturones. Ambientador. Ventanillas cerradas. Mis ojos me miraron de vuelta en el retrovisor polvoriento. Corrí a pegarme a los cristales entonces y comprobé el exterior: el supermercado apagado en la acera contraria. Entre la ristra de accidentes, los restos del BlaBlaCar de la chica.

—No.

Miré en el suelo y debajo de los asientos, donde alcancé a ver una mochila. Dentro estaban guardadas mis deportivas sucias. Al otro lado de la ventanilla, el bloque nosecuantos de la avenida de Menéndez Pelayo se erguía, por primera vez, cerrado.

—No, no, no, no…

Hurgué en mi ropa, buscando las llaves. Fue en el bolsillo del peto donde encontré la nota. La única frase que se podía leer, torcida y apiñada, en el centro del papel mojado, estaba escrita con el rotulador imantado de la nevera de la cocina del piso en el centro de Sevilla del que acababan de echarme.

—¡Rey!

Salí del coche. Me lancé contra el portal.

Rey había brindado conmigo. Habíamos sobrevivido y me había hablado de su hermano, horas atrás, y luego se había quedado las llaves y había esperado a que estuviera borracha. Había metido algo en mi bebida.

—¡Rey! —grité—. ¡Abre! ¡Hijo de puta, Rey, no puedes…! ¡¡¡Rey!!!

Los autómatas del supermercado se volvieron. Los oí venir entre los escombros.

Yo retrocedí y miré a todos lados, la ciudad inhóspita, enorme. La electricidad no había vuelto y no funcionaba el telefonillo. Tuertón me maulló de pronto, sentado en el bordillo, y tuve que cogerlo en brazos y esconderme con él.

A la calle le nacían humanos vacíos en las esquinas. Venían y ya no había puertas ni balcones: venían hasta matar. A mí me vibraba el pulso del *shock* y tenía náuseas y sed y miedo.

Andrés Rey se quedó con el refugio del 3.º A. Eso fue lo último de todo lo poco que supe de él.

El cielo estaba dividido en cuadrados y seguía latiendo en rojo esa mañana. Las tiendas abiertas eran nidos y no existían lugares seguros. Agazapada en el coche, en un hueco entre asientos como al principio de todo, me miré las rodillas del peto roto y manchado de sangre y entendí, como si no lo hubiese entendido mucho antes, que ya no me quedaban sitios a los que huir.

Había que subir la calle. Había que empezar la historia de nuevo, volver a casa y abrir la puerta.

Había que enfrentarse a mamá.

OceanofPDF.com



Mamá llamó con los nudillos a la puerta de mi cuarto la tarde en la que Emma se prendió fuego. Media hora antes del gran evento, cuando prenderse fuego parecía requerir más trabajo, yo estaba haciendo el trabajo sobre Napoleón Bonaparte y Nico, en la otra cama, se peleaba con el audífono.

—Diana. ¡Diana! —Al levantar la mirada, mamá estaba en la puerta—. ¿Vienes un segundito, cielo? ¿Sales?

No usó la lengua de signos.

Cuando llegamos al salón, Alma estaba allí, sentada a la mesa grande con los brazos cruzados. A su lado, mi padre tenía puesto el uniforme de policía completo, con la placa y el palo antidisturbios.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mirándolos a ellos y luego a mi madre.

Alma dijo intimidante:

—Pues tú sabrás.

Yo le dije:

—¿Yo qué sé?

—Pues bien que lo sabes.

—¿Qué dices, Alma? ¿Qué haces aquí?

—Diana, siéntate, anda —me pidió papá—. Que no pasa nada, solo vamos a hablar.

Yo agarré una silla y me senté en el otro extremo de la comisión. De repente, me alarmó una idea:

—Oli se ha hecho daño.

—No, Olivia está bien, cielo —dijo mamá—. No le ha pasado nada a Olivia. —«Por ahora», avisó Alma, en su papelón de amenazarme—. Diana, Alma ha venido aquí, ¿no? Porque nosotros la hemos llamado, porque ella te conoce muy bien y queríamos hablar con ella de… Pero, por encima de todo, está todo bien y aquí todos te queremos. Aquí todos lo que queremos es acompañarte por lo que ahora te está pasando. Y Oli está con su familia.

—Mamá —repetí anonadada—, ¿qué es lo que está pasando?

Papá tosió un poco y le tintinearon las esposas en el cinturón. Alma seguía mirándome con cara de diputado. Mamá acercó su silla a mí y me puso una mano sobre mis manos, y entonces, como a punto de revelarme que habían llegado los alienígenas con una luz que partía el cielo, abrió la boca.

—Ya nos hemos enterado —musitó—, que estás planteándote meterte de novicia.

El día que empezamos el segundo trimestre de segundo de bachillerato, yo tomé la decisión activa de que ese año tenía que enamorarme.

El verano de los dieciséis en Cazalla había hecho estallar algo en el centro del mundo: el amor había comenzado a suceder, casi con prisa, en cualquier parte y para todos. Fue un evento abrumador y colectivo que no me molestó hasta que cumplí los diecisiete sin haber besado a nadie.

De la noche a la mañana, en el 2.º B se habían formado tres parejas: Rocío y Beltrán, Rodrigo y Paula y el asunto indefinido de los dos Pablos. Olivia y César, que en agosto se habían dado un pico, ahora se cogían de la

mano en los recreos, pero solo un par de segundos, lo cual era más bien un saludo formal. A Alma no dejaba de pedirle salir Joaquín Martínez, con el que tenía un lío porque durante las vacaciones le había salido barba. El último día de noviembre, se lio una gorda porque Charo expulsó a Cristo al encontrarlo grabando en la pared «Cristo x Ana Solís» con una chica entre unos urinales, y luego se supo que había sido Cristo solo, y luego se descubrió, más tarde, que Ana Solís ni siquiera existía.

—No, pero que yo sí que tengo novia —nos juraba él—, lo que pasa que no la conocéis porque va a otro instituto.

Esas Navidades, la noche en la que Emma me rizó el pelo, estábamos charlando en su cuarto y me confesó que había dejado a su novio Beltrán de cinco meses, su novio Beltrán «el Importantísimo». Iba a prometerse, decía entonces, con el amor de su vida, el hermano mayor de la familia Regalito. Nos habíamos escondido las dos en el baño, mientras ella toqueteaba los botones de una plancha vieja, y había dejado un mes atrás Traducción para ser peluquera y revender por internet secadores usados.

—Porque Carlos es ingeniero y sabe de esto. O sea, me ayuda con el negocio, porque sabe de inversión y de cacharros, y tiene… No te lo imaginas, pero jugó profesional en el Betis junior. Y yo lo llevaba viendo de siempre en el patio, ¿no? Pero claro, de pequeño tenía un cabezón… No era guapo, Diana. No te rías. Pero yo lo he visto desde siempre. ¿No es tela de romántico?

—¿El Betis junior?

—Calla. Que parece una cosa romántica de las películas.

—No era tan feo, tampoco. Era por los aparatos.

—¿Y tú con quién estás? —Emma me empujó—. Me lo dices ya, venga. Diana, que yo no cuento nada, ¿estás saliendo? ¿Estás con quién?

—Tú lo cuentas todo.

—Que te quemo. Tú que vas así siempre con tu voz tan seria, ¿quién es el niño? ¿Es de tu clase? O te puede gustar solo, eh. Alguien te tiene que gustar. Solo esto, dime esto: ¿con quién te has liado de tu clase?

Yo era delegada y sabía inglés y arreglar el proyector del salón de actos, y no tenía ni idea de lo que era el acto esencial de besar a alguien.

El amor (y lo adyacente, lo que conlleva el amor; el manoseo del amor. El dolor punzante) me sorprendió ya humillándome, como una asignatura que, sin cursarla, ya había suspendido. De repente, existía todo este lenguaje fundamental que se hablaba y se compartía, y el mundo entero lo practicaba menos yo. Iba a cumplir los dieciocho en algún momento del siguiente septiembre sin saber la ciencia de los chupetones, pero nadie se planteó, incluso entonces, que yo pudiese estar falta de información en algo. Cuando el González recibió una llamada en medio de la charla de Educación Sexual, me colocó frente a la pizarra con un panfleto y me dejó a mí respondiendo las dudas.

—¿Qué es lo que es el *cunnilingus*? —preguntó Joaquín por hacerse el gracioso.

—Es un… —improvisé abochornada—. Una… zona erógena. Es algo que se hace. Siguiente pregunta.

—¿En el dónde?

—Pues… abajo, Joaquín, entre las piernas.

—Pero ¿es en el culo?

—¿Siguiente pregunta?

Cristo levantó la mano.

—Con el *cunnilingus*, ¿se puede embarazar a alguien?

Así que decidí que tenía que enamorarme pronto, por motivos empíricos, antes de que la gente supiese lo que sí que era un *cunnilingus*; por saber qué

se suponía que era, qué engranajes movía, esa cosa obtusa y magnífica que era «enamorarse».

—Todas las del equipo —me dijo Alma tras un partido— son unas pesadas moscardonas y dicen que están enamoradas de ti.

Luego bebió de su cantimplora y le escupió un chorrito a Cristo.

—¡Ah! —gritó él—. ¡Cafre! ¡Que se me enmarañan las patillas!

—Carapolla.

Yo pestañeé congelada por la sorpresa.

—¿Cómo?

El cuerpo se me fue poniendo escarlata y por la garganta me subió el fantasma de un hormiguero.

—Lo que te digo. Es alucinante. Las odio de siempre, y ahora que tienen la chirla ardiendo pues más. Chavales, vaya mierda de espectáculo, ¿no? Quince a treinta y dos. Y tu prima la fresca, ¿dónde está?

—Viene a la merienda —dijo Olivia.

—Pues eso que se ha ahorrao.

—Alma —la llamé mientras miraba de reojo a las chicas del equipo—. Alma, ¿quién te ha dicho…? —Carraspeé más bajito—: ¿Julia? O Sara la de… Porque sí que Julia me mira a veces, pero no sabía… O ¿en serio de mí? ¿Todas? ¿O quién…?

—¿Qué? —me cortó Alma, secándose la boca de un manotazo—. Diana, tú no me has oído. Que están todas enamoradas del Ruiz. —Y señaló con la cabeza entonces a Tomás Ruiz, el profesor de Tecnología. Tomás tenía una hija en el otro equipo y estaba sentado también en las gradas—. A estas se les aparece un viejo entre tanta madre y es la fiesta de la hormona. Con respeto lo de viejo, don Ruiz, ¿eh? Que buenas tardes.

Tomás Ruiz contestó:

—Bueno, Hassan, ya es lo más bonito que te he oído en la vida.

La parte de localizar de quién enamorarse fue la más complicada.

Durante las primeras semanas de ese enero, estuve probando a prolongar cualquier intercambio de miradas que se me diese con otra chica, por no atreverme a más y por no preguntar, que se me hacía invasivo, como pedirle a alguien que me invitase al autobús.

Si mis ojos coincidían con otros ojos, esperaba. Si duraba más de un rato, sonreía.

Esto lo que generó, en su lugar, fue que todos creyeran que la tutora estaba organizando otra redada de auriculares, por el lastre ineludible de mi reputación de delegada. El día de San Valentín, Reyes Rubio se acercó a mi mesa y sacó de su mochila una cajita rosa. No contenía mi primera confesión de amor: era una recolecta pacífica de todos los AirPods.

En el equipo de baloncesto, Natalia el Árbol (a la que Alma llamaba así porque medía uno noventa) era la única chica de todas que me miraba a ratos, misteriosa y sugerente, chocándose por ello con el palo de la canasta. El partido en el que me acerqué a saludarla, me sonrió de oreja a oreja.

—Hola —le dije, como probando un micro—. Estás… Vais jugando genial.

—извини, я тебя не понимаю.

Era una estudiante de intercambio rusa y no entendía ni el inglés.

Tampoco sabía bien cómo se suponía que nacían estos acercamientos, si existían señales o un itinerario concreto del que yo no estaba al tanto.

Cuando se lo pregunté a César, una de nuestras tardes en la biblioteca, él le dio tantas vueltas que se quedó dormido sobre los apuntes. Oli decía que el amor empezaba siendo amigos, pero amigos no tan amigos y no tan en serio. Cristo decía que su táctica era «escupir en cualquier sobre, que alguno tiene que escupir de vuelta», que a saber lo que venía eso a significar, pero sonaba bastante antihigiénico. Alma solo salía con chicos a

los que detestaba, así que al final de todo llegué a la conclusión de que, en realidad, nadie tenía ni idea de cómo funcionaba, qué era o de qué se articulaba el amor; y que, de hecho, era una suerte incluso, dadas las circunstancias, que contra todo pronóstico el amor nos encontrara y sucediera.

—Anda, Diana, ¿qué te has hecho ahí? Casi te pilla el ojo, qué faena.

Todos los jueves por la mañana, cuando íbamos a salir a clase, Lucía Regalito y yo coincidíamos en la puerta de la urbanización.

Era tan puntual que casi parecía que se quedaba en un matorral esperándome. Intentaba entonces entablar una conversación rápida de lo que sea que se le ocurriera, antes de irse al coche de su hermano Carlos.

—¿Qué? —Me toqué la mancha sobre el párpado—. Ah, no, esto lo tengo… Es de nacimiento, no te preocupes.

—¿En serio? Pues no te lo he visto. —Lucía llevaba toda la vida hablándole a mi mancha—. O sea, que no se te nota ni nada. Pero ¿te duele?

—No, es mi piel. Es pigmento.

—Ah, ¿de una quemadura?

—No, es una mancha de…

—Se cayó rodando de un quinto piso —interrumpió Laia Bayón. Lucía se giró y la descubrió allí, subida a su bici junto al panel del porterillo—. ¿Qué te parece? Luego te lo cuenta. Don Quijote de la Mancha, vamos tarde a primera hora.

Lucía la saludó y se marchó pitando. Yo me subí detrás de ella, en nuestro ritual ya casi memorizado de cada mañana: mis botas en los raíles de su bici, mis brazos en la cintura de Laia. Laia mascando un chicle con su voz olor menta y la mitad del pelo ahora azul recogido en una goma.

—¿A qué ha venido eso? —susurró—. La Virgen… Las neuronas justas para no tragarse la lengua.

—No seas mala.

—¿Te has traído la cámara?

—Que me la van a quitar si me la ven en clase.

—Diana, no vamos a hacer el corto en la vida —se quejó—. ¿Tú no ves que anochece a las…? Equilibra. ¿Tú no ves que si vamos al *skatepark* por la tarde va a estar eso más oscuro que un mosquito?

A mitad de segundo de bachillerato, nadie sabía más sobre besar que Laia Bayón.

Era lo lógico, porque Laia había crecido en un arbusto. Laia le gritaba al mundo con más coraje que los demás, y quizá por eso el mundo siempre le gritó a Laia de vuelta.

En las reuniones en la cafetería, después de los partidos de baloncesto de Alma, Laia siempre aparecía doblando la esquina acompañada de alguien nuevo. Nos presentó a algunos que hablaban y a otros que no, grandes y canijos, repeinados y sin pelo, que se iban sin pagar y que invitaban, alguno que lloró, pero casi siempre sonrientes. Laia tenía un catálogo inmenso de sevillanos con la tarde libre. Luego, cuando se le agotaron, empezó a traernos a gente de Portugal que nadie sabía de dónde sacaba.

—Te encuentras muchos —me explicó— que van remando en piragua por el río.

—Ah.

Por regla general, no los volvíamos a ver. Nunca repetía acompañante ni les daba la mano bajo la silla. Laia, a diferencia del resto, no hablaba del amor que practicaba.

Por ese entonces, salíamos en su bici cada mañana y nos buscábamos incluso en los intercambios de clase. A veces iba a su casa durante las tardes, en la época antes de que se mudase al centro, y después de estudiar Historia nos quedábamos hablando en el patio hasta la hora de la cena.

Aunque yo sabía que los besaba, y la veía mirarme mientras yo los miraba, Laia nunca hablaba de ellos conmigo.

—¿Y de ti? ¿Cuándo vamos a hablar?

Me dio un toque con la rodilla en mi rodilla. Era el día en el que la había visto besar a Alfonso antes de subirnos al autobús y estaba sentada frente a mí, disimulando un bochorno gigante.

—¿De mí de qué?

—No sé. Algo interesante te traerás.

—Te puedo decir que Emma está saliendo ahora con el hermano de Lucía Regalito. Si eso no es un susto…

—¿Y tú qué de qué, Diana Mena?

Yo pensaba que habría sido todo más fácil si ella hubiese querido besarme a mí la noche de la botella en Cazalla. En otra línea de tiempo, otra Diana con menos AirPods no tenía que evaluar el inglés de Natalia el Árbol porque ya había besado a Laia Bayón; ya lo sabía todo, la intimidad y el resto, lo que se siente en los labios contra el piercing de sus labios.

—Te contaré algo —le dije en su lugar— cuando haya algo que contarte.

Laia puso los ojos en blanco.

—Venga. Vale. Pues muy bien.

—Te lo digo en serio.

—Eso se tendrá que ver, ¿no? Porque eres… Estás hecha un crucigrama. Yo estoy aquí todo el día, que lo sepas, abriéndome en canal contigo. No hay justicia.

—Tienes muchísimo cuento.

Fuera era de noche, en la carretera junto al foso del Rectorado. Sus Nike marcaban un ritmo estable contra mis botas militares.

—He visto el corto, por cierto. En tu YouTube —me dejó caer, con su indiferencia malamente calculada—. No porque diera la casualidad de que

me lo hayas pasado.

—No te lo he pasado porque no había nada que ver.

—Ah. ¿Estás diciéndole esto a la actriz principal?

—Perdón. Habrás notado que a la actriz principal se le borraron la mitad de los clips. Laia, es muy malo.

Laia hizo una pompa de chicle que desvió a su boca la luz del mundo.

—Vas a tener que ir ensayando otra cara —me dijo—, porque vas a ganar.

Pero no gané.

Me descalificaron, de hecho, cuatro días antes del fallo, por haber grabado sin consentimiento el borrón al fondo de un tal Mario Vielhaber. Se había quejado a la organización por molestar, por unas risas con los amigos; por una pelea con machetes de una trama paralela que ya había empezado en otra parte.

La entrega de premios del concurso por el Desarrollo Sostenible se dio en el salón del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla. Yo no me atreví a decirle a nadie más que a Laia que había participado, pero me movió esta emoción privada, vergonzosa aún, de ver algo propio proyectado para otra gente. Cogí un autobús y me presenté sola, incluso sabiendo que no ganaría.

Acudieron más participantes que público y la mitad se fueron yendo conforme la tarde se agotaba. Al señor de delante se le caía la cabeza del sueño y en la sala casi vacía se sentó a mi derecha la representante de un corto presentado por una organización de monjas.

Cuando ya llevábamos cinco proyecciones en un silencio sepulcral, una chica abrió la puerta y se me colocó al otro lado.

—¿Han echado *El Apocalipsis*? —susurró—. Perdón. Es que es mío, el de las casas okupa… El corto de las casas.

—Aún no.

—Joder —suspiró, aliviada—. Vengo engollipá, tía. No se acababa la clase y yo venga que venga… ¿Qué tal? ¿El tuyo cuál es?

—El del *skatepark*. De una chica, en una bici…

—Bua, pues qué bueno. Telita, pues me gustaron los contrapicados. Yo creo que te lo llevas.

—Gracias. —Carraspeé encontrando otra respuesta—: El tuyo también… Me gusta la ambientación del tuyo. Lo voté en la página. O sea, el mío no ha pasado, pero… He venido a ver solo.

—No me jodas.

—Pero fue cosa mía. Fue que no cumplí las normas.

—Qué tongo, tía —concluyó igual—. Pues yo me la jugaba al tuyo. Te lo juro, que además no huele a caspa, que Sevilla es que es muy rancia… —De pronto, el señor que se dormía dejó de hacerlo y nos mandó callar—. Perdón, perdón. Ya me cuentas luego. Luego nos tomamos algo en la Alameda y me cuentas, ¿va?

La chica del corto del apocalipsis era morena y tenía el pelo rapado, despeinado en punta; la ropa rota y tres tallas más grande. Mirándome entonces, en la semioscuridad del teatro, su sonrisa enorme se le subía hasta los pómulos y lo que yo pensé fue que me parecía guapa, y me pareció parecérselo yo de vuelta.

—Soy Macu, perdona —dijo—. O sea, Inmaculada, pero Macu. Y ya me callo.

—Yo Diana.

Macu y yo vimos los vídeos del concurso el resto de la tarde mientras garabateábamos nuestras puntuaciones en un cuaderno de su mochila. Escribió insultos en los márgenes para los peores de ellos. Después, fuimos hasta un bar en la Alameda y me pidió una cerveza sin siquiera

preguntarme. En un arrebato, antes de irnos del CICUS, invitó también al plan a todos los asistentes, que eran tres divorciados y una profesora. Solo se nos unió al final la chica de las monjas, que de hecho había ganado el primer premio.

Macu hablaba por los codos y se dispersaba sin acabar ningún tema. Nos contó, aunque solo me miraba a mí mientras atardecía, que estaba estudiando una FP de Sonido en Mairena del Aljarafe.

—¿Y tú qué vas, para Audiovisuales?

—O sea, no sé —le respondí—. Estoy viendo aún. Tengo la Selectividad en nada… Pero había pensado Derecho.

—¿Derecho? ¿Qué me cuentas? ¡Tía, muy fuerte! ¿Qué coño dices?

—Tiene más salidas. Esto… Pues ya ves cómo me va.

—¡Pero que el cine es un mundo, que el cine no son…! Mira, estos concursos, que te regalan de premio una tarjeta del Alsa, no son ejemplo de nada. Muy bonito, pero se lo lleva siempre un pintamonas. —Añadió volviéndose hacia la ganadora—: Con todos mis respetos, tía. Tú, después de la PAU, Diana, te me dejas de tonterías, ¿eh? Y te vienes para Audiovisuales. Yo ya te ubico y todo, que estás tonta. ¿Me dices que no?

—Okey —me reí—. Me lo pienso.

—¿Te lo piensas?

—Me lo pienso.

—La de Derecho haciéndose planos secuencia… —Macu tenía un aro de plata brillante en el centro del labio—. Oye, ¿y la chavala del vídeo? Qué guapa. ¿Pillaste a una profesional?

—Qué va, es mi… La conozco de siempre.

Ella preguntó:

—¿Es tu novia?

Yo respondí, con las cejas alzadas:

—Eh… No. No es… No tengo novia.

A Macu se le subieron solas las comisuras de la boca. Fue a decir algo, después de beber de su caña, pero de pronto sonó un ruido y era su tono de llamada. Se sacó un móvil del bolsillo de la sudadera.

—Calla —dijo—, que me tengo que ir. ¡Tía, dime tu número! ¡Corre!

—¿Te lo escribo?

—Dale. Ponte un corazón. —Me lanzó el móvil y yo tecleé con los pulgares mi número de teléfono—. Ya esta semana te hablo y quedamos, que te quiero presentar a una gente… Ay, ahí viene Juanjo, ¡Juanjo! —Macu movió los brazos y entonces dijo—: Es ciego mi novio, ¿eh? El Juanjo, qué cansino. Y va sin las gafas como si nada, ¡Juanjo! Oye, que me voy. Que no me está viendo, ¿vale? Ha sido un placer, niñas, ¡chao!

—Chao —dijo la otra.

—Chao —murmuré yo, como un pasmarote, viéndola correr hasta los brazos de un chico.

Me quedé unos minutos más en esa terraza, con las cejas alzadas en el centro de la Alameda, hasta que llegó el camarero y me di cuenta de que también se había ido sin pagar. Intenté cubrir su parte contando mis céntimos patéticos de calderilla. El sol se estaba poniendo y Sevilla estaba llena de gente, de voces rápidas, y nunca más en la vida, por supuesto, volví a saber de esa tal Macu.

En mi bochorno, que se hizo más grande cuando miré al frente y vi que me miraba, con sus ojos grandes, la chica del corto de las Carmelitas, me puse en pie a toda velocidad y me coloqué el abrigo. La felicité, creo, por su premio de tarjeta de Alsa, y me iba a ir a casa cuando ella se puso en pie.

—Diana, un segundo —dijo, y yo me volví sobre el paso de cebra porque creía que se me había caído algo—. Perdona. Mira, es que te quería decir que me has gustado.

La boca se me desencajó. Una moto pasó cerca y casi me lleva por delante.

—¿Cómo? —dije y luego intenté en un balbuceo—: ¿El…? ¿Mi corto?

—No, tu corto no lo ubico, perdona.

—Ah.

—Me has gustado al verte, y como ya te estabas yendo… Pues quería decirte que me gustas y podemos vernos otro día. Si yo te gusto. —La chica del vídeo de las monjas, con dos crucifijos sobre el pecho, me preguntó—: ¿Me puedes dar tu número del fijo?

Y así fue cómo conocí a Inma de los Santos.

He pensado en Inma en estos días, algunas veces, en qué habrá sido de Inma en este apocalipsis que nadie vio venir. Todos los que creen en algo supongo que están ahora esperando y buscando en el cielo una señal; supongo que están rezando porque la cúpula no sea, al final, el rostro de Dios.

Una semana después de ese momento, cuando yo ya había creído que me había vacilado, Inma me pidió salir de nuevo vía mensaje grabado en el contestador de voz. Por ese entonces, pasaba que Inma no tenía número propio y solo llamaba a los demás desde fijos ajenos. En su mundo focalizado, indiferente a la mayoría de las cosas, aún no se había inventado la tecnología portátil. Llamó a mi casa a la misma hora al día siguiente y Emma fue la que descolgó el teléfono. Estuvo llamando religiosamente cada día a las siete y diez, pero mi hermana le colgaba porque pensaba que era una teleoperadora; y a la sexta vez, cuando le saltó el contestador, dejó un mensaje en el que decía:

—Hola, llamaba porque soy Inmaculada, no soy de Movistar. Estoy llamando para hablar con Diana porque tenemos hablada una cita. Si le

llega esto, por favor, que llame a este número del convento de Santa Ana. Gracias.

Cuando mi madre escuchó esto, se mareó sobre la encimera y derramó el café. Organizó una reunión de emergencia e hizo volver a mi padre de su turno en la comisaría. Ambos citaron a Alma porque pensaron que yo estaba a punto de meterme a monja, lo cual, de repente, les encajó con mi perfil: sin novios Regalito. Sin decantarme ni manifestar una preferencia por mi futuro. Yo, que nunca se había hablado de mí en casa, me vi de pronto al final de la mesa grande explicando todo esto, y así me sacaron de armario: hablando de AirPods y de Natalia el Árbol, y al final se hizo un silencio inaudito en el que no pestañeó ninguno.

—Diana —tosió mamá—. Bueno… Madre mía. Qué susto, bueno, pues qué alivio, mi vida. Qué susto más tonto. Que no es que… Vamos a explicarnos: no es que seamos gente intolerante. Que si hubieses querido la vida de Dios… ¿No, David?

—Sí —asintió mi padre, incómodo—. Sí.

—Pero que nos decíamos ¿de dónde viene esto? Si no está ni bautizada.

—Pero y lo de… —dije yo—. ¿Y os parece todo bien?

Tardaron un rato en entender qué se suponía que abarcaba «todo».

—¿Qué? ¡Ah! —se espabiló mamá—. ¡Ah, bueno, claro! David.

—Sí —asintió papá.

—Perdón, eso, sí. Mira, cariño, los padres suponen… Mira, tú no te preocupes de nada, que eso ya se sabía. Pero lo cristiano, pues es que nos ha desubicado. Y lo de llamar a Natalia «árbol», niñas, no está bien.

—¿Cómo que «se sabía»?

De pronto, Alma, que había estado en su silla como atascada en un trance, soltó:

—Coño, ¿tú estás liada con Laia Bayón?

Yo abrí y cerré la boca.

—¿Qué? No me… No estoy liada con Laia Bayón.

—Te estás liando en los buses con la Laia Bayón.

—¡Alma, no me estoy liando en nada con Laia!

—¿La vecina de enfrente —preguntó mi madre—, Laia Bayón?

—¿Laia Bayón —exclamó mi padre—, la niña terrorista?

Y entonces se escuchó un chisporroteo. El rúter se apagó. La nevera emitió un pitido y Emma salió chillando del baño con el pelo entre mojado y en llamas.

—¡Me quemo!

Le había ardido uno de sus secadores.

Todo se aceleró de pronto: papá fue corriendo a buscar agua. Alma abrió la ventana y huyó de un salto al patio de la urbanización. Yo coleteé como un pez, intentando hacer algo junto a mi madre, y Emma ardía.

—¡Me voy a morir! —gritaba—. ¡Mamá, mi pelo, mi pelo!

—¡Tranquila! ¡Emma, no te muevas! ¡No te muevas!

—¡Mamá, me voy a morir!

Emma tuvo que cortarse el pelo chamuscado. Lloró como estrenando pulmones y volvió a nacer durante toda esa semana.

En casa no pudo importar nada más, así que se aplazó el cumpleaños de Nico y se prohibió el uso de secadores por estrés postraumático. No se volvió a hablar de mí, para mi tranquilidad. Yo dormí con ella hasta que se le olvidó el mal rato y conseguí que se tomase una tila. Unas noches más tarde, en una revelación de subidón de infusiones, me despertó.

—Diana. Diana. Creo que voy a volver a Traducción.

Al día siguiente, cuando busqué mi cámara, abrí la funda y no estaba allí. Estuve buscándola dos horas completas por todos los recovecos de mi

cuarto, en los altillos y en las estanterías. En cierto momento, volví a Emma, que estaba en el suyo metiendo en bolsas sus últimos secadores.

—¿El cacharro viejo? —me dijo—. ¿El de la mochilita? No, pues a lo mejor pasa que la he vendido por internet.

—¿Qué?

—Pero ¿funcionaba? ¿Esa es tu cámara? Es que he vendido mil cosas, o sea, pensaba que era de mentira. Es que con el negocio, Diana, bueno, no está siendo fácil disolverlo y Carlos puso pasta, ¿sabes? Y no sé si te enteraste de que lo hemos dejado por segunda vez.

Había perdido la cámara del abuelo de Laia.

Intenté localizarla en la tienda que le había comprado los trastos a Emma. Consulté en foros de camarógrafos para comprar otra de ese modelo, pero ya nadie las vendía. Era una reliquia del tiempo de los vídeos con fecha esquinera y no supe entonces ni con qué cara decirle a Laia que había perdido el recuerdo de su familia, porque eso eran las cámaras entonces: una fe de Laia en algo mío que yo no creía que sirviese para nada, por impráctico y, sobre todo, por mío.

Que tu próxima lectura sea una historia de amor.

Busca **Inepub** en Google para encontrar novelas románticas.

—Que no importa —me aseguró ella—. Escucha, ¿qué me dices? Si era un trasto del pleistoceno.

Yo abrí mi mochila y saqué una bolsa de compensaciones.

—Te he traído dinero y también chicles. Una luz de bici, que no tienes… No es seguro ir sin luz. Un pack de pilas para…

—Diana.

—Se pone así, con este velcro en la…

—Diana. —Laia me sonreía—. Escúchame, ¿qué haces? Estás como las maracas. No vas a darme… Diana, ¿me estás pagando ochenta euros? No, escucha, mira: te juro que esto no viene a cuento. Esto lo devuelves y vamos a ir a buscarte otra cámara mañana.

Pero Laia y yo no fuimos a buscar nada, y ella desapareció ese mes en la órbita inevitable de Mario Volkswagen. Dejó de esperarme, por trasnochar, para ir juntas a clase en bici. Dejó de venir a los partidos.



La primera vez que quedé con Inma era domingo y habíamos dicho de vernos junto a un parque en el barrio del Porvenir.

Estuve mirando los árboles desde la acera treinta minutos, mientras me ajustaba cíclicamente el pelo. Había pasado las últimas cuarenta y ocho horas haciendo un estudio de campo: cómo se entrelazan los labios, cómo se abre la boca, cuál es la cantidad correcta de lengua, si llega a haber. Practiqué un poco con la palma de mi mano. Sabía salada y rígida, vergonzosa. Crucé los dedos para que, en el caso de que algo sucediera, ella no notase que nunca me había sucedido nada.

Inma no apareció. Empezó a bajar la luz del sol. Pasaron más de cinco autobuses.

Cuando ya comenzaba a creer que me había plantado, miré a mi alrededor y reparé, en la otra acera, en el armatoste moderno y abovedado de la iglesia del barrio. Por un segundo, me vino la idea ridícula de que estuviera dentro. La cuestión es que lo comprobé y la conclusión es que allí estaba.

—Diana, qué tarde —me saludó, cuadrada entre una fila de señoras. Inma encabezaba el coro de la misa de la tarde y todas empezaron a entonar entonces el *Aleluya*. Cuando yo me acerqué, medio dubitativa, me trató como si hubiese estado siempre allí—. Aquí las tienes —dijo, y me tendió un papelito.

Eran las letras de las canciones del repertorio.

—Pero yo…

—Vamos por la cinco.

—No, perdona, Inma, es que yo no pensaba… —le intenté susurrar en la iglesia abarrotada—. Yo… Te puedo esperar fuera si quieres.

—¿Para qué?

—Pensaba que estábamos… Que habíamos quedado.

—Claro. Son versiones de los Beatles —me aclaró, que al parecer debía dejarlo todo claro—. Yo creo que eres contralto, pero habría que ver. Ahora ya se comulga.

—Pero… —probé inútil—. Es que yo no estoy bautizada.

Mi primera cita con Inma de los Santos fue una misa de tarde en la parroquia de San Carlos Borromeo. Me vi cantando, no sé cómo ni por qué, el *Alabaré* y el *Hosanna en el cielo* en el banco apretado de contraltos. Me encasquetaron el cestito de recolecta y lo pasé por las filas sin rechistar.

Cuando terminó la eucaristía, ya había anochecido del todo sobre Sevilla. Podríamos haber ido al parque antes de que lo cerraran. Podríamos haber dado un paseo, pero Inma se tenía que confesar. Luego, cuando tomamos algo en un bar, Inma no se explicó en absoluto, que fue algo muy suyo desde el inicio.

—Ya he visto tu corto —fue lo que dijo—. Muy bonito, con la niña del pelo fosforito. Y la iluminación de la tarde… ¿Usaste un foco?

—Qué va.

—Muy especial. Nosotras, para las Carmelitas, tuvimos que alquilar todo el Sevici de Plaza de Armas. Hubo que hacer cuentas y todo.

—Claro. Es que eran muchas.

—Claro.

—Era… Estaba muy bien. No sé si te lo dije. No sabía que podían participar organizaciones, pero se merecía ganar. —Se cuajó otro silencio tras eso, que para ese momento ya había entendido que no le importaba—. Oye, Inma, ¿eres…? Aún no me ha quedado claro del todo. ¿Es…? ¿Haces esto mucho?

—¿El qué? ¿Ir a misa?

—No, digo lo de… Que si este era el plan. O sea, tampoco dijimos un plan. Si quedas con chicas así o con chicos. A lo mejor no te he entendido y… A lo mejor me he equivocado.

Inma respondió pestañeando:

—¿No te gusta este bar?

Yo respondí, ya sin argumentos:

—Sí. Me encanta el bar.

—Qué bien. Pues genial.

—Genial.

Inma y yo nunca tuvimos mucho de qué hablar.

Quizá mi problema siempre ha sido que nunca he evaluado si yo debo tener algo de lo que hablar. «Jesús no te cae bien, pero eres tú», me diría Laia años más tarde, antes de que Jesús muriera acuchillado sobre una tortilla. He ido recopilando gente a la que grabar mentalmente, a la que solo oír.

Esa noche, dejé a Inma en la puerta de la casa de su abuela. Cuando estábamos junto al telefonillo, recuerdo que pensé «Y esto es todo. Y se ha acabado», con la angustia y el alivio con el que se arranca una tirita. Pero

luego Inma se volvió, ya con el pomo en la mano, y no sé ni cómo ascendió diez centímetros.

De pronto, me estaba besando.

Su boca se abría y nos besábamos, y sabía a obleas y a tinto de verano, a algo húmedo y torpe, a la sagrada comunión. Todos mis estudios sobre el tema se concentraron en ese momento en devolverle la lengua a la boca educadamente.

—¿Vas a subir? —me preguntó.

Yo la miré.

—Se me van a acabar los buses… A las once pasa el bus a mi barrio.

—Pero ¿subes?

—Vale —me sorprendí diciéndole—. Vale.

Lo que puedo decir de esa cita ahora es que me dejé guiar sin oposiciones: me dejé amonestar por un cura. Me dejé pasear de un banco a una terraza, a un tercer piso apagado en el que solo se oía un televisor. Inma cuidaba los fines de semana a su abuela, a la que nunca vi, o quizá sí vi, entre las abuelas de la curada sección de contraltos. Me dejé besar junto a un escritorio. Me dejé guiar las manos sobre una camiseta. Luego nos las quitamos, más bien como quien se prueba ropa en un cambiador, pero la desnudez no pasó de ahí.

—Voy a perder el bus de verdad —le dije, cuando ya había perdido el bus y estábamos besándonos encima de su cama. En realidad, lo que quería decirle era: «No he practicado esto aún con el dorso de mi mano».

Inma frenó, con las gafas empañadas.

—¿No quieres? —preguntó—. ¿Tienes la regla?

—No. Es que… No quiero hacértelo mal. Esto… Está pasando todo muy rápido.

—Ah.

—Perdón, ¿cómo te llamas? —me salió soltarle, y qué humillación, y de la adrenalina casi quería llorar—. Es que no sé… ¿Cuál es tu apellido?

—De los Santos.

—¿Qué apellidos tienen los santos?

—No, me refiero «De los Santos». Inmaculada de los Santos, es.

—Vale —jadeé—. Vale. Yo Mena.

—Vale.

—No pensaba que esto iba a pasar. Quiero que sepas, por si acaso no te gusta, que no me he depilado.

Entonces Inma, por primera y última vez en nuestra historia, hizo algo extrañísimo para ella: se echó a reír.

—Pero si lo estás haciendo todo tú.

Perdí un trozo de virginidad con Inma aquella noche en la que me volví andando una hora hasta casa. El resto de los trozos los fui perdiendo en los siguientes meses, como si Inma me estuviera rascando con una moneda el resto de mis cupones. Fue instintivo, a ratos insulso, a ratos repentinamente fantástico, un descubrimiento incuantificable; y luego incómodo, anodino, equitativo, y finalmente abochornante cuando tuvimos que ir ambas en silencio a lavarnos las manos con jabón.

—¿Puedes hacerlo como llamando al ascensor?

—¿Cómo? —pregunté—. ¿De pie?

—No, a ver… Como pulsando los botones.

—Ah. Vale… ¿Así?

—Más a la derecha… Más abajo… Más arriba… Más… Ahí. Ahí.

Su cuarto en el piso de su abuela estaba forrado con crucifijos, estampas religiosas y calendarios de Semana Santa. Tocar yo a Inma era sencillo; era lo que sucedía primero siempre y a lo que tendíamos ambas. Que ella me tocase a mí no tanto, con Dios y toda su familia mirándome buscar y perder

continuamente el orgasmo. Pero el sexo se me reveló esa primera vez como algo bien pensado, una buena partida a un juego de mesa. Alma me había dicho, dos años atrás, que era una «porquería pensada para los tíos». Para mí, no fue eso. Fue un Peta-Zeta mojado tras una carrera de natación.

—No voy a ir a Selectividad —me confesó ella cuando acabamos—, porque casi todas las tardes tengo el voluntariado en el comedor. Yo no grabo de esa forma, ¿sabes? De estudiar Audiovisuales y todo. Me gusta más usar el Movie Maker. Yo hago voluntariado en las Carmelitas Descalzas en el convento de Santa Ana, ¿te suena? Son de mi colegio de toda la vida. Entiendo que no eres cristiana, y quizá te ha preocupado lo de la misa, pero no es una cuestión cristiana. A todos nos mueve alguna clase de fe. Yo llevo toda mi vida en las Carmelitas, entonces más que religión, es cariño. Tú piensa que yo me llamo Inmaculada. «Diana», por ejemplo, viene de una diosa de los romanos. —Me miró, despeinada—. Esto ha estado muy bien.

—Sí. Gracias.

—Gracias.

—Yo también —añadí, por si acaso—. Y para mí, quiero decir.

—Quiero que sepas que el año que viene quizá voy a ser monja, Diana.

No es que la noticia de que Inma fuese aspirante a novicia me sorprendiera del todo. Lo que me sorprendió fue que me llamase a la semana siguiente para hacer lo mismo, más o menos; con menos desafine en el coro, con más conocimiento del cierre de su sujetador.

Inma y yo estuvimos juntas toda esa primavera y hasta que llegó septiembre. Quedábamos los fines de semana y, algunas tardes, ella faltó a sus voluntariados para reunirnos a no hablar, porque Inma y yo nunca hablábamos: nos entendíamos con las manos, que era algo que yo había practicado en casa durante el trascurso de toda una vida. Inma era buena y

se dedicaba en cuerpo y alma a las Carmelitas, que la querían como a una hija pródiga, la madre superiora anunciada para salvarlas de la muerte de los conventos. Esto es lo que yo recuerdo ahora de Inma, en el fin del mundo: que tenía el pelo tan largo que le rozaba el cinturón, liso y enmarcándole la cara como una cortina; que no usaba móvil por convicción, y fue mi primera novia incluso con la amenaza acechante de su destino como madre superiora.

—¡Hola! ¡Que hemos oído hablar de ti un montón! —le mintió Oli, el día que le presenté a mis amigos en la cafetería—. Oli; quiero decir, que soy Oli de Olivia, no que Oli de holi. Bueno… Y este es César. ¡Pues como ahora nos caiga una lluvia, vaya guasa!

—Encantada —sonreía Inma.

—A Alma ya la conoces.

—¿Qué pasa? —Alma le dio dos besos que más bien eran dos golpes de pómulo—. Antes de que le hicieses la comunión, esta tía hasta venía a mis partidos.

—¿Qué partidos, si te han echado? —la reñí—. ¿O crees que no me entero?

—Mira, la vieja de siempre. Si eres vieja, ¿pa qué te enchulas?

—Perdón si hemos llegado tarde —dijo Inma—. Es que estábamos ayudando en el comedor social.

—¡Qué bonito! —se apresuró a añadir Cristo—. ¡No, pues hay que aprender! ¡Pues yo he donado arroz a comedores sociales! Es una cosa que se tiene que hacer, ¿no? La solidaridad. Yo te entiendo, Inmita, encantado; porque te juro que, si yo entro en un supermercado, al que pide en la puerta le cae un kilo de arroz.

César, que estaba concentrado en distribuir servilletas, preguntó:

—¿Y qué se puede hacer con un kilo de arroz en una puerta?

Inma era amable con mis amigos y escuchaba con atención el parloteo de Cristo. No se inmutó cuando Alma la amenazó con una paliza si algún día me rompía el corazón. Inma era incapaz de romperme el corazón, entiendo ahora, porque lo que me unía a Inma era la tranquilidad de estar emparejada al fin con alguien. Una mutua exploración física.

Laia estaba allí también, ese día, y creo que se me olvidó chistarle a Alma porque Laia estaba allí. Como una piedra al fondo del zapato, no podía estar atenta a otra cosa.

—Ay —le dijo Inma, cuando nos sentamos—. Tú eres la del pelo fosforito.

—¿Eh?

—Es que tienes otro pelo ya. Tú eres la del corto.

Laia parecía no haber dormido en tres meses.

—Ah, ya. Claro, pues sí.

—Parecías una deportista profesional.

—Ah. Claro, pues no.

Nadie notó nunca que yo no sabía nada del amor al final accidentado de mis diecisiete.

La versión de mí que proyecto frente al resto siempre me ha perseguido como una sombra. Yo la persigo a ella, en realidad: un fantasma con un camisón. Una niña abandonada en una gasolinera. Había una Diana Mena por ahí, más sabida e interesante que yo, que nacía ya con el conocimiento del amor, del *cunnilingus* y de la violencia. Secretamente, yo no sabía si lo que compartía con Inma era amor. Por ende, tampoco sabía al cien por cien si lo que hacíamos se podía considerar *cunnilingus*.

Cuando llegó la recta final para la prueba de acceso a la universidad, le pregunté un día en la cama de su abuela:

—¿Debería poner primero Derecho? —Y esa duda me siguió hasta que terminé Derecho—. En la lista para la PAU. El documento de las carreras.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque tiene más sentido. Porque no le he dicho a nadie lo de los vídeos, en verdad. No lo sabe nadie, y mis padres no sé si piensan… Tengo buenas notas. Hacer Audiovisuales es como malgastarlas. —Luego añadí, más despejada—: Porque con Derecho y la lengua de signos puedo hacer algo, puedo tener un conocimiento importante para el mundo que le sirva a la gente como mi hermano Nico.

Inma guardó silencio y luego respondió:

—¿Tienes un hermano?

Nunca tuve mucho que hablar con Inma. No puedo reproducir ahora casi ninguna de las cosas que hablé con ella. Claro que hablamos, pero ¿de qué hablamos?

Recuerdo, sin embargo, como cristalino, el día que me pidió amigas voluntarias y yo enredé a Olivia pensando que echaríamos la tarde en el comedor. La cosa se transformó rápidamente en la grabación de una propaganda para el canal de YouTube de la orden de las Carmelitas, que se estaban modernizando. Olivia y yo acabamos disfrazadas de monjas, soltando eslóganes de reclutamiento de novicias, y luego nos regalaron unos mazapanes y nos dejaron en el patio mientras Inma montaba el vídeo.

—Pues bueno —carraspeó Oli bajo un hábito decimonónico—. Pues… Y este convento parece del Cid Campeador.

—Supongo que todos tienen la pinta.

—¿Y aquí vive gente?

—Toda esta gente.

—Por Dios… —musitó consternada—. Imagínate el frío…

La vi buscar las palabras correctas para preocuparse por mí, que era algo que nunca había ensayado.

—No sé, te lo voy a confesar… Que cuando dijiste que tenías novia, pero no te lo tomes mal, yo pensaba que iba a ser una chica como una médica cirujana.

Me tuve que reír.

—¿Qué? Oli, eso sería abuso al menor.

—¡Tú no eres tan menor!

—Oli, estoy sentada contigo en clase.

—Bueno, pero me refiero a que pensé —se explicó—, que sería una delegada o algo. O sea, Inma es buenísima gente, pero yo había pensado otra persona para ti más como tú. ¿Y de verdad se va a inscribir?

—A lo mejor —respondí—. Pero al final ha hecho la Selectividad.

—¿Y te da pena, Diana? Por si cortáis. Quiero decir… —Olivia manoseó su mazapán—. ¿Estás de acuerdo con eso? ¿Estás muy enamorada?

¿En qué consistía esa cosa mágica y obtusa, universal y certera, que era «enamorarse»? ¿Qué mecanismos movía? En qué cavidades se alojaba en mi cuerpo de carne. Quería poder encontrarlo en los espacios entre mis costillas; quería extraerlo como un diente y colocármelo como unas gafas. ¿De dónde nacía la fuerza que movía el mundo incluso cuando el mundo se acababa del todo? Tenía que ser algo magnético, capaz de averiar la electricidad de Europa: una cúpula alienígena en lo más alto del cielo. Llevaba meses entonces tratando de encontrarla. ¿En qué consistía?

—Laia.

Era junio antes de los exámenes y la encontré empapada en los escalones frente a su casa. Quiso camuflarlo con la lluvia, pero yo siempre he sabido cuándo llora.

—Perdón —me dijo, sorbiéndose las lágrimas bajo mi paraguas—. No te preocupes. Es por la lluvia esto, que no… Se me han caído las llaves y no hay nadie en casa. Entonces estoy… Y he perdido hoy al gato que estaba…

—Eh. —La abracé—. Vale. Está bien.

—Es por la lluvia, no estoy lloran…

—Vale. Vale.

Laia me abrazó tan fuerte que me caló la camisa. La llevé a casa y le sequé el pelo en contra de su voluntad, que en ese momento era el suyo, sin tintes: castaño claro, mojado, casi rubio. La niña de la piscina que rescataba a las avispas.

Estuvimos buscando a Tuerto el resto de la tarde, otra avispa diferente, y realmente llevábamos casi dos meses sin hablar en absoluto. Había intentado acercarme a ella en clase, pero dejó de ir a clase. La había oído discutir con Mario en la urbanización de noche, pero había considerado que esa era una intimidad que no me pertenecía.

—Creo que se ha muerto de verdad —me dijo luego—. Estaba enfermo, que es lo que me ha dicho Mario. Que qué coño importa, si el gato ya estaba para morirse…

—Entonces espero que a Mario no le alcance la pulmonía que persigue sin camiseta en febrero.

Eso la hizo reír un poco, bajo los árboles goteando lluvia del Rectorado.

—Gracias —dijo y después—: Perdón. No sé ni qué decirte, Diana. Estás aquí conmigo, buscando a un gato cochino… Siempre sabes lo que hacer.

—¿Prohibirte tu propia pulmonía?

—También —murmuró jugando con mis botones—. También.

Le dolía algo más que un gato que no aparecía y yo no sabía cómo reparar esa parte, pero lo que se me ocurrió decirle fue:

—Puedes dejar abierta la ventana de tu cuarto. No sabes si se ha muerto; los gatos a veces se van, pero recuerdan los olores, y si lo has estado alimentando puedes dejar la ventana y siempre podrá volver algún día.

Me miró a los ojos con sus ojos de la luz de la cúpula.

—Vale.

Laia había sido abducida por un campo electromagnético y estuvo viviendo esos meses una experiencia contraria a la mía: al otro lado de la urbanización, Laia se dejaba la voz en Mario. Yo no sabía, en mi lado, qué voz proyectar para hablar con Inma. Ambas cosas ahora parece que saben a lo mismo, a la experiencia equivocada y necesaria para entenderlo todo y estar aquí.

Laia.

—Vas a tener que ir ensayando otra cara, porque vas a ganar.

Laia.

—Si sientes que te la tienes que ganar o algo, Diana, o lo que sea que sientas, pues graba con ella. Tú le vas a dar el mejor uso, eres… Tienes mucho talento.

Laia.

—¿Estás bien? —le dije la tarde en la cafetería, cuando llevé a Inma por primera vez.

Le di un golpecito en la pierna, pero Laia solo sonrió, como dándome el aprobado que yo nunca le había dado a sus acompañantes.

—Sí. Bueno, yo puedo —bromeó—, pero es una estantería.

Laia.

—Oye, ¿y el premio? —me preguntó, hombro con hombro—. ¿Qué te dieron en el batallón por el Desarrollo?

Estábamos lanzándole los restos del jamón york a los gatos del foso, sobre el puente del Rectorado oscuro ya al final de tarde.

—Perdí.

—No me vaciles.

—Ni mención honorífica. —Le sonreí—. Gané una palmadita en la espalda y un boli de Caja Rural.

—Pues eso es ganar. Esa es la gloria.

—Pero alguien me dejó un comentario —continué, apoyándome en la barandilla—, que decía que estaba amañado el asunto. Que los votos están comprados. Me puso que soy la mejor promesa de Sevilla, pero que hubiese sido mejor… Escribió: «Hubiese sido muy valiente si hubiesen tirado el pedrusco al río».

Laia sonrió de esa forma que le llenaba la cara y siguió alimentando a los gatos.

—Quién sería.

Laia.

—D-anna —me llamó Nico dos días antes de Selectividad, cuando me encontró dormida sobre el libro de Historia de España.

Me espabilé, confundida, y descubrí que llevaba un rato intentando moverme el hombro de esa forma en la que Nico movía a las personas: como con miedo a la vibración de un crujido. Me dijo, ya con las manos: «Ven al cuarto. No digas nada que te oigan». Recorrimos juntos la casa hasta nuestra habitación compartida, que dejaríamos de compartir ese año, cuando Emma se independizase con Carlos Regalito.

Al otro lado de la ventana, tras la niebla de las cortinas, estaba Laia Bayón.

Se había subido al alféizar y por un segundo casi creí verla en una ventana futura y en otra ventana pasada; unos días atrás, Alma le había roto la nariz a Mario. Unos meses atrás, había pensado que Laia me besaría. Unos años atrás, parecía haber estado ahí mismo, enarbolando una caja de

escarabajos, pero en ese momento tenía en las manos otra caja distinta, y en unos años treparía una ventana en Alemania ante los ojos asombrados de Jolie Lemaire. Yo susurré:

—¿Qué…?

—¿Estabas sobando? —susurró ella de vuelta—. Dios, Diana, que son las once.

—No estaba… Es por la Selectividad. Estaba estudiando Historia.

—No menciones al demonio ahora.

—Laia, ¿cómo…? —intenté, y Nico detrás no nos ofreció ninguna intimidad—. ¿Qué haces ahí subida?

—No puedo llamar a la puerta. Tu padre me ha denunciado a la comunidad de vecinos. El portero me persigue si me ve, porque me denunció tu padre por discutir a la una en el portal. Diana, tu padre me odia.

—Ya lo sé.

—Así que tengo que darte esto ya, porque además ya lo he visto verme, al portero, y está atento a las cámaras como un obsesionado…

—¿Darme el qué?

Me tendió entonces la caja, que seguía ahí embalada entre nosotras, pero yo estaba aún medio dormida y concentrada en las formas de su cara. Laia hizo un movimiento de cuello como ordenándome que la abriera, así que la abrí. Rebañé el celo y leí bajo la luz de las farolas el nombre de una marca y un número: NIKON.

—¿Qué…? —empecé, y la miré—. ¿Cómo…?

—Cállate —dijo ella—. Primero que todo: sé lo que vas a decir. Sí, he vendido cosas. Una mierda de BMX… Unas cosas. No te importa. Segundo que todo: es de segunda mano, bueno, pero dijeron que era buena. Mira, no me dejes confesarte más. No puedes ir por ahí sin cámara, Diana, pero con doscientas cajas de tiritas. Tiene una ruedita aquí con cosas que tú vas a

entender. Tiene un flas… ¡Tachán! Tiene un pantallón retráctil. Bueno, me voy a ir; no vuelvas, por Dios, a encararte a un tío de dos metros delante de la Charo de Matemáticas. No hagas eso por mí. No quiero… Gracias —barbotó—. Por todo, o sea… Por lo del otro día, por lo de siempre, por… ¿Sabes qué he pensado? Que cuando me trajiste ese día el escarabajo, cuando me encontraste la primera vez, ya fuiste un poco como un ángel de la guarda. Pero me refiero… O sea, no tipo de Dios, sino… Ay, mira, esto se me da de culo. Me voy ya, ¡no puedes descambiarla! ¡Viene con el cargador, está en la bolsita!

Y desapareció. Dio un salto y se escabulló corriendo entre los arbustos y al fondo oí al portero gritándole: «¡Oye, tú!» y la piscina llenándose de agua.

Creo que fue entonces cuando lo entendí, si no lo había entendido, en el fondo, desde el primer momento: que antes de los diecisiete yo ya lo había sabido todo sobre el amor porque llevaba enamorada de Laia desde el comienzo de mi vida.

OceanofPDF.com



Giré las llaves clavadas en la puerta (mis llaves).
Abrí una rendija a una casa en silencio (mi casa).
Había sangre ya seca en el suelo (mi sangre).
Esperé la embestida instantánea del monstruo (mi madre).

Mamá se mudó al centro el año en el que estuve trabajando para volver a presentarme a Selectividad. Su argumento fue, en ese momento, que una casa de dos pisos nunca había tenido sentido para nosotras dos. «Ni siquiera —dijo— hemos aprovechado la piscina de la comunidad». Su novio Avelino tenía un amigo con un piso a la venta y la primera vez que dormí allí, cuando terminamos de amueblarla, ya se sintió como se siente ahora: la casa vacía de mi madre ausente. Un espacio del que me iría y volvería a veces, de visita, para repostar, por las vacaciones, por cumplir, para que el mundo se acabara a golpes.

El bloque estaba abandonado. El ascensor se había estropeado en algún chisporroteo de vuelta de electricidad.

Entrar en el edificio requirió forzar la ventana de la portería; los autómatas de dentro se habían ido, o al menos me alivió no encontrarme

con una familia de cinco cuando aterricé tras el mostrador. La portería, el bloque, había sido abandonado por los vecinos.

Al subir las escaleras, encontré mis llaves aún metidas en el hueco de la cerradura. Al lado, la puerta del 4.º B había sido cerrada por alguien.

Recuperé el aire que había perdido en la subida y abrí, pero sé que todo esto, por ser yo, por mi instinto de huida, mi evitación genética heredada de mis padres, me costó casi todo el día, hasta que casi fueron las ocho y anocheció. Había dejado al Torto, el gato manso y esférico, mordisqueando en el bajo una bolsa de picos de cestita de bar. Fue un ascenso aterrador, el que nos tocó hacer juntos esa mañana: el restaurante japonés, la iglesia, el quiosco. El gato en mi mochila a punto de maullar a los muertos ya agujereados por las hormigas.

Rescaté la bolsa de picos de una mesa de aluminio tumbada.

Claro que los podía oír, claro que los oía: estaban viéndome moverme tras el reflejo de las ventanas. Estaban esperando a que me tropezase y fuesen de nuevo un organismo de manos, una muchedumbre imparable; pero yo no podía morir ese día porque había un gato gordo esperándome en el bajo mientras mordisqueaba picos. Lo había dejado ahí para protegerlo, me dije. En realidad, ahora creo que lo dejé para tener un motivo por el que protegerme a mí.

—Ahora vuelvo —le susurré, acariciándolo—, pero por si no vuelvo: perdóname. Yo creo que me entiendes. Habrá moscas que cazar. Si no vuelvo, quiero que sepas que has sido mi gran compañía y, si consigues subir, puedes comerme la cara.

La casa de mamá estaba como siempre y como aquel día. Las chaquetas en la percha. La foto enmarcada que nos había hecho Diana.

Avancé por esa cuerda floja de cosas que me confirmaban lo no-peor: mamá no había acudido al tintineo de las llaves. Mamá aún no me estaba

asfixiando contra la pared de la entrada. No olía a un cadáver descomponiéndose en el sofá con la cara empapada de agua de váter.

Me asomé al umbral que daba al salón.

El suelo seguía cubierto de cristales y el sofá estaba volcado sobre la alfombra.

Era un *déjà-vu* en pausa, un cuadro de tantas pesadillas: sangre en el suelo, pero ya seca y no mucha, y las zapatillas, el rúter apagado, la lámpara, las plantas agonizando en sus tiestos. Di dos pasos temblorosos dentro. No quise mirar los bultos flotando en la pecera.

¿Dónde estaba mamá?

Apreté entre mis manos el servilletero que había rescatado de la mesa del bar.

Planifiqué que aparecería de detrás de una estantería.

Me sorprendería como una araña que cae del techo, incluso si eso no pasa y las arañas nunca caen; tendría que esquivarla, primero, y luego golpearle la cabeza con el servilletero de aluminio. Su cuerpo caería noqueado como quien toca el botón que para el lavaplatos. Esto debía pasar así, porque yo tenía que conocer los botones secretos de la máquina de mi madre.

Su bolso no estaba por ninguna parte.

Tenía que encontrar las llaves del coche.

Desde el salón se veía el comienzo enmarcado de la cocina blanca: paquetes abiertos, comida desperdigada, regañás, fruta mordisqueada y podrida que había sido comida sin pelarse. La nevera seguía intacta. Solo había podido comer, pero había comido, las cosas que habían estado disponibles a su vista.

¿Dónde estaba mamá?

Di otro paso.

Otro.

Otro.

Me agaché rápido, mirando a todos lados, para recoger mi móvil del suelo. Ahí estaba mi móvil, roto, desconchado y sin batería. Pulsé igualmente el botón de encender diez veces; qué euforia tan estúpida, la de recuperar una pantalla inútil manchada de huellas dactilares.

Un crujido me llegó desde la habitación.

Me puse en pie.

Me giré hacia el pasillo.

El pulso me recorría las sienes como un gusano y enarbolé de nuevo el servilletero. La oscuridad estaba vacía. Lo volví a oír, a lo lejos: un chasquido repetitivo y casi idéntico, el revoloteo lejano de unos cacharros.

Había algo más en la casa (peces muertos) (plantas secas) (cucarachas) (yo).

Por un segundo, preferí que fuera ella la que viniera a mí, que moviese antes su ficha. Dije, aunque creo que murmuré, aunque quizá no me salió nada:

—¿Mamá?

Cuando jugábamos al parchís en Cazalla, mamá me dejaba empezar a mí. Yo hundía la mano primero en los cuencos compartidos de palomitas. Mi madre había sido siempre, toda mi vida, un ente cómodo y a la vez indiferente al que me cuesta comprender que me uniera un cordón umbilical. Había cuidado conmigo a mis insectos. Me había mandado a la piscina sin comprobar si yo nadaba. Me había permitido ser lo que sea que yo quisiese ser, pero nunca me había preguntado: «Laia, ¿qué quieres ser?», «Laia, ¿quién soy yo?», «¿Nos ha dado tiempo a conocernos?», «¿Nos conocemos acaso de algo?».

Mientras me acercaba, pasillo arriba, a la ramificación de habitaciones, me imaginé todas las posibilidades que llevaba imaginándome semanas: mi madre muerta en el centro de su cama. Mi madre preparándome una emboscada tras una puerta. Mi madre tan débil que ya no podía ni pelear, que de pronto era solo ella, de nuevo, y me decía:

—¿Cómo me has dejado aquí? ¿Cómo me has encerrado para que me pudra bebiendo del váter?

Yo le decía:

—No lo sé. Soy una cobarde.

—Pero liberaste a las vacas. Pero buscaste al gato enfermo que estaba ya muerto y ni conocías. Encontraste al escarabajo. ¿Por qué has sido capaz de dejarme?

—No lo sé —le decía—. No lo sé. Porque ninguna de esas cosas salvó nunca a nadie de nada.

Su habitación estaba impoluta, con las persianas echadas.

En los azulejos del baño aún brillaba algún charco de agua turbia.

Pero cuando llegué hasta el ruido, que venía de mi cuarto, y preparé el servilletero y mi cuerpo (para que ella lo matara), mamá no estaba allí y de la ventana abierta llegaba un aire que revolvía un libro. Las páginas crujían y se pasaban solas. Era el libro viejo de bachillerato con la portada de Historia de España. Eso había sido el ruido, y al otro lado de la persiana era mayo y Sevilla resplandecía con un olor como a ceremonia interrumpida.

Me asomé y miré abajo, acongojada. Pero no la vi.

Estábamos en lo alto de un cuarto piso.

Si sé algo de los autómatas es que no saltan. Sé que no escalan y no se arrojan. No encadenan acciones tan simples como abrir una nevera. Pero ese día de mayo volví a casa y no encontré ni rastro de mi madre. Quise preguntarles a los vecinos si habían visto a mi escarabajo. Me imagino a

veces una casa dentro una caja de zapatos a la que se le ha perdido la tapa blanca que forma el techo.

Seguramente esté muerta y quizá no la vi, por no querer verla. Quizá obvié su cadáver o se había encerrado a morir en un armario.

Lo improbable ahora es que uno sobreviva, pero he decidido pensar esto: que la ventana de mi habitación siempre abierta para que volviera Tuerto la salvó, y que mi madre salió, no sé cómo, algún día. Se encaramó a la barandilla. El sol le iluminó la piel de la cara. Que cuando llamé a casa mi madre no estaba porque, incluso autómata, seguía siendo mi madre; así que desplegó unas alas grandes y voló hacia otra parte, hacia la luz roja e importante del cielo.



—No te afiles en la palanca. No te… Por Dios —mascullé, cuando el gato arañó la palanca de cambios y el coche se nos caló a mitad de rampa.

Dormimos esa noche en el coche cerrado en la oscuridad del aparcamiento.

Nos acurrucamos en los asientos traseros, de entre los que aún salían cacharros de Avelino: cables, unos alicates negros, guantes de cinta con velcro rasposo. Me desperté cuatro horas más tarde con el ruido de una tos y una bola de pelo deslizándose sobre mis zapatos. Cabeceé hasta el amanecer mientras Tortazo me pisoteaba los riñones, concentrado en una luz de emergencia tras la ventanilla. Pero cuando salió el sol, entendí que no era una luz: en el coche de al lado, un autómata nos miraba de vuelta a dos días y medio de morir de inanición. Tenía los restos de su última compra en el Mercadona desparramados sobre los asientos.

—Hola, eh… No me lo estás cogiendo. No sé si no tienes batería o qué, pero… Bueno. Llámame. Antes de mañana, ¿vale? Porque… —Otra vez—. Hola, eh… No me lo estás cogiendo. No sé si no tienes batería o… —Otra —. Hola, eh… No me lo estás cogiendo.

Cargué mi móvil en el coche con los cables viejos de Avelino.

En mi último audio de WhatsApp a Diana, podía escucharlo todo detrás: la calle amortiguada, pacífica. Una risa lejana. El mundo entero a un cuarto de hora de cambiar. Mi cadencia dolida, cuando no había sabido lo que era el dolor realmente; una cría, como siempre, buscando la excusa para ser atendida, y me torturé con la imagen de Diana escuchando eso como su extremaunción, el hueco que dejaba mi voz cuando evitaba un «te quiero».

—Avisa, si es muy tarde. Y eso.

Y eso. Y eso. Y eso.

En ese momento aún estaba decidiendo qué hacer, tras encontrar las llaves del coche bajo la mesa de la cocina. Apoyé la espalda en la manivela de la ventanilla y solo hice eso: oír audios viejos, los que el móvil tenía descargados de las últimas semanas, y no quise ver ni una sola foto por no sollozar con un autómata vigilándome desde otro coche.

—Me han mandado unos deberes horribles que son verme todo Polanski. Y es que no sé… *Hi! Danke!* —le decía Diana a alguien—. Perdón. Que si no estás de prácticas en la granja hoy, que podrías llamarme, por favor, y contarme otra vez lo de los testículos del toro. Por no enterarme de lo que cuenta Polanski. Me dices. Un beso.

—Te quiero, te quiero, se ha cortado. Se ha ido la luz otra vez. Te llamo luego.

—Laia Bayón, ¿puedes no pasarme esas fotos? Son las ocho de la mañana. Buenos días.

—No soy una vieja con los audios; me despido en los audios porque es educado. No es *boomer*, es algo de mi educación. Conozco a mucha gente que se despide… Me pides que mande audios y te ríes de mí. Vale, cuídate. Tuya, cordialmente.

Sollocé igualmente en el aparcamiento con un autómata que quería matarme en el coche vecino. El Torto me aplastó el pecho con sus ocho kilos y me rebañó las lágrimas a lengüetazos de lija. Lo hizo casi con prisa, como exigiéndome un poco de decoro. Cuántos de ellos, incluso ese hombre que ya se moría; cuántos de los que quedaban, hablasen o no, querrían haber sollozado conmigo.

Salir del aparcamiento del bloque de mi madre requirió tirar manualmente de la puerta.

Esta tarea fue lenta e imposible de hacer sin provocar ruido, y de hecho la finiquitó un chirrido de metal que atrajo a tres de ellos andando desde el bar. Para cuando llegaron a la rampa, yo ya había arrancado y estábamos saliendo con el motor encendido. El gato de los cojones decidió, entonces, hacerlo mucho más emocionante.

Nos calamos.

Yo farfullé y luego agarré, asustada, un cuchillo que había cogido en casa, pero ninguno de los tres hizo nada, plantados frente al capó, mirándome a los ojos. Parecían un coro de iglesia a punto de echar a cantar. Parecían la imagen menos humana que había visto nunca.

—Miau.

—No, ahora no me jodas. Ahora esto es por ti. Cállate. Cállate.

Esperamos dos horas en pendiente a que otro ruido les llamase la atención. Se hubiesen dejado atropellar como los conejos que nacen junto a la autopista.

Cuando salimos, un nublado de lluvia se había comido los rayos de sol. Yo rodeé los accidentes de la rotonda donde había volado con Rey, junto al parque del Prado, y seguí hasta la esquina en la que se alzaba el Costurero de la Reina. La avenida de la Palmera estaba desértica como un martes de madrugada. Bajo las nubes de tormenta, la gente tirada en la carretera eran bultos difíciles de esquivar, fáciles de confundir con bolsas de basura.

Un ciclista de Glovo tumbado. Nazarenos aplastados. Los restos de cirios tras un paso de Semana Santa abandonado en una esquina.

Tenía gasolina para irme de Sevilla, pero primero, o por instinto, fui al inicio del mundo: a la urbanización en la que habíamos crecido y aprendido a nadar.

Me metí a Tuertón en la mochila. Aparqué en la acera para trepar la valla.

Era como si allí, de todos los lugares, mi instinto salvaje y de supervivencia tuviese un poco más de sentido. Vi un cuerpo inerte junto a los aspersores. Sangre en los cristales de la caseta del portero. Pero todo seguía idéntico a como lo había dejado siempre, con los arbustos verdes comiéndose los árboles. El césped y las casas y la piscina con agua verdosa.

Empezó a chispear y me apresuré a llegar a la puerta. Encontré la llave en mi llavero, agobiada, mientras el resto campaneaban y podían costarme la vida. Claro que los oía: habían formado una procesión de caras tras el rugido del motor del coche. No cabían todos en el reflejo del retrovisor. Venían, altos, chicos, débiles, fuertes.

Giré el picaporte.

Al entrar en casa de Diana, no pensé siquiera en la posibilidad de que me atacase nadie allí. Ella también tenía una madre (todos tenemos una madre), pero para mí estaba hecha de cereales con leche. David, su padre, era el soldado de paz de la urbanización. Nico ni siquiera oía sin los audífonos.

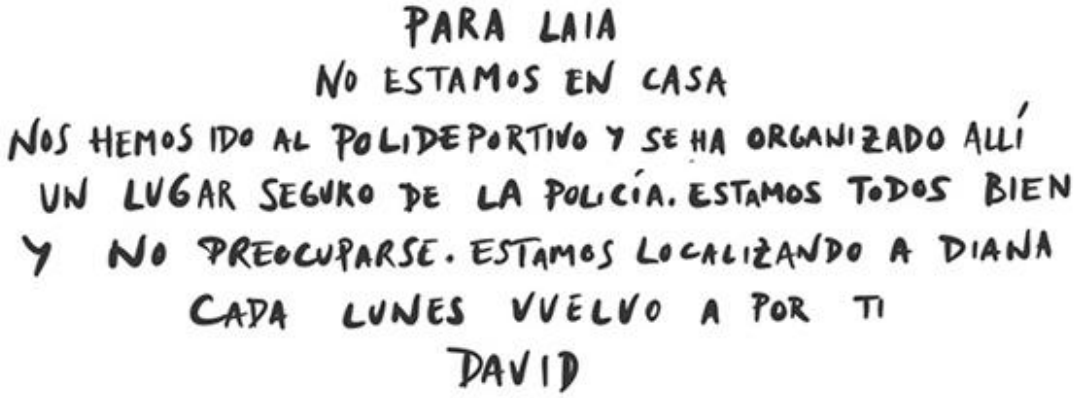
Aun así, nada de esto se me pasó por la cabeza porque yo estaba allí para encontrarlos a ellos, y no me planteaba la idea de encontrarlos en mis retrovisores; porque eran mi familia y fui a recogerlos, y por la esperanza absurda, a lo mejor, de que hubiesen construido de nuevo a Diana en el centro de su habitación.

—¿Cata? —tanteé en la entrada—. ¿David?

Mi voz subió como un globo hasta el segundo piso.

La familia Mena había desaparecido.

Le eché una ojeada al salón: el televisor grande, el ordenador de mesa empotrado en una esquina. La luz blanca, de la lluvia que ahora caía tras los cristales, y todo seguía siendo de ellos, pero ahora solo estaba yo. La niña que robaba la red de la piscina. Me acerqué a la cocina y en la ventana me pareció entender una mancha a contraluz. Era una nota.



La cogí entre las manos y acaricié la tinta bajo los pulgares. Quise, en un impulso de falta de sueño, metérmela en la boca y masticarla. Estaba desnutrida y desesperada por algo familiar desde hacía un mes; llevaba un mes entero, entendí entonces, sin saber si seguía existiendo alguien de toda la gente a la que yo quería.

«Vuelvo a por ti», releí y releí, y me invadió un alivio que me desplomó sobre las rodillas. Cuando el gato me lamió la barbilla, supe que estaba

llorando otra vez.

Al otro lado de la ventana, como si de pronto se me revelase el secreto de la otra perspectiva, vi la ventana de mi antigua casa, el cuarto con la cómoda que había pertenecido a mis padres. En él, casi distinguí unos ojos, el movimiento de una sombra: la niña encaramada que firmaba en el vaho. Yo, sucia y sola, estaba hecha de trozos de cortina. Yo era su fantasma.

OceanofPDF.com



El plan para escapar del campo acabó siendo el siguiente: que Jolie Lemaire le traficase más opiáceos a los militares.

—Los alemanes todos chupan morfina —nos instruyó la tarde que nos encerramos en el baño de discapacitados a deliberar—. Es lo más fácil que te dan en la consulta. *Por quoi?* Porque les cocinamos morfina. Francia y España, la industria de la jeringa de Europa. Entonces, nada de pedir pastillas para gases del ombligo porque el Estado se lo ha gastado en morfina. Y cuando estás en silla de ruedas, *estropié, tu vois?* Nadie cree que puedas hacer nada más. Así que, si gritas, me dan morfina. Y las guardo aquí —añadió señalándose el hueco que le separaba las paletas.

Habíamos decidido que nos escaparíamos el día de antes, cuando yo les había confesado en la carpa nueve las pruebas encubiertas para el desarrollo de la vacuna. Todos ellos, especialmente Alma, ya habían dispuesto que se irían una semana atrás. Ni les hacía falta el descubrimiento, ni tampoco les indignó mucho, pero estaban esperando a que yo encontrara mi propio motivo para organizar un plan que nos lanzara de nuevo al terror de las gasolineras.

—Pues está hecho —declaró Alma—. Después de una cena, de noche, y tracatrá. Y si les haces un cóctel, a lo mejor es mejor que los tumbes.

—Alma, no vamos a matarlos de sobredosis.

—Que no es matar. Que es dejarlos fritos.

—Son dos chavales —la reñí—, que por lo que sabemos podrían estar en bachillerato.

—Digo que quizá nos tenemos que asegurar de que no entren con rifles a terminar bachillerato a donde estemos cometiendo un delito.

—Yo me encargo de cóctel y *bachilleggatos* —atajó Jolie. Se había encendido el porro con lo que en ese momento habría jurado que era la peste a orina—. Vosotras a estudiar las matemáticas de máquina de electricidad. *Allez, allez.*

Nos lanzó el libro que había robado, que decía que era el manual de uso del generador. Mientras yo lo abría y ojeaba las fotos, Alma señaló la puerta con la barbilla.

—¿Y el tío ese?

Al otro lado, Klaus vigilaba que nadie nos oyera como un imperturbable segurata de discoteca. Jolie respondió tras la calada:

—Es mi señor emocional.

—Pero ¿quién viene siendo este? —me preguntó entonces a mí, y me hubiese encantado no responderle:

—Su señor emocional.

—¿Y qué aporta? Diana. Vamos a ver, ¿podemos fiarnos, siquiera?

—No va a hablar —le aseguré—. La verdad es que no habla y empiezo a temer que tampoco nos entiende.

—*Quoi?* ¡Klaus entiende todo! —dijo Jolie—. ¡Es hombre de continente, viajero gitano! Klaus encuentra los alicates para agujero en la valla, después que vosotras apaguéis la máquina de electricidad.

—¿Qué agujero? —preguntó Alma—. Oye, pero que cuando apaguemos la máquina no estaremos para fiestas. ¿Qué agujero? Hay que saltar.

—*Mâ raleuse* —rio Jolie—, ¿me ves con piernas de saltar nada?

Así que ese era nuestro plan: Jolie iba a venderles morfina a los guardias nocturnos que custodiaban el generador eléctrico. Eran un par de adolescentes ya adictos, insensibles al peligro por dormir con armas. Dos semanas atrás, nos habían disparado dardos sedantes junto a las puertas del autobús de FlixBus.

El generador, según Jolie, era un armatoste metido en una hornacina de hormigón a la sombra caliente del edificio del hospital. Los parpadeos de las luces marcaban el breve espacio de tiempo entre que la luz se iba en el mundo y el generador se activaba. Pero ni en ese minuto fugaz, aterrador, en el que en el campo de refugiados se podía respirar la oscuridad absoluta, habríamos conseguido abrir un agujero en la valla electrificada. Por seguridad, esta dependía exclusivamente del generador.

Todo esto sabía Jolie Lemaire, que parecía haber aprendido a escaparse de Estrasburgo antes incluso de haber sido retenida. Así que Alma y yo entraríamos a apagar la máquina. Luego Klaus haría un agujero en la valla.

—Hay que esperar que la luz vuelva para no apagar también hospital. Si apagásemos *l'hôpital* en directo, *mon Dieu*… Habría que dar gracias por morir de un tiro.

Mientras organizábamos ese imposible que era más bien una misión suicida, yo no dejé de mirar a la gente al otro lado del ventanuco del baño: el silencio secreto, oscuro, del granero escondido tras la cordillera de carpas. Llevaba cuarenta horas sin dormir, pero esa noche me desmayaría en la litera de pura fatiga. En las cabezadas accidentales, torpes, cuando bajaba los párpados un par de segundos, lo veía otra vez. La luz de mi linterna iluminando un ramillete de ojos ensangrentados.

—Los vamos a dejar aquí —murmuré—. A todos ellos.

Alma dejó de hablar y se frotó de nuevo las cejas.

—Diana, mira… —suspiró—. Por Dios te lo pido.

—Tú no los has visto. Hay niños, Alma, también, y gente mutilada. Están en jaulas pudriéndose, están… Los están torturando en vida. Tú no viste a Blaz y que habló, en Múnich. Algunos de ellos puede que sientan lo que les está pasando. Están enfermos. Blaz casi hablaba y puede que muchos…

—Diana —me repitió—. Ya hemos hablado de esto. No podemos desalojar un puto campo de concentración.

—Podemos avisar a alguien.

—¿A quién? ¿Y cuánto van a tardar en rastrearnos por eso? Sé realista, por Dios te lo pido.

—¿Y vas a vivir con que los mataron? ¿Con que lo permitimos y ya?

—¿Y qué hago? ¿Qué te sientes que eres, Jesucristo Superstar?

—No los has visto.

—Voy a vivir con que no te mataron a ti —dijo ella—. Eso es lo que yo puedo hacer: sacarte de aquí y correr para casa.

Nos miramos a los ojos, dos instintos contrarios toda la vida, hasta que se oyó el golpetazo de un puño llamando a la puerta. Jolie le gritó a Klaus, finiquitando su porro:

—¡Ya va, ya va! ¡Las paellas están terminando de discutir!

Pero Alma tenía razón, Laia. Teníamos que abandonarlos a su suerte porque quedarse allí solo conseguía que nos condenasen a la misma. Ni siquiera sabíamos cómo íbamos a sobrevivir nosotros si conseguíamos alcanzar el bosque que se extendía, infinito, tras las vallas.

Los días en los que esperamos a empezar el plan, los estuve observando para no olvidarlos: familias descompuestas y hombres aislados, mudos. Las mujeres cargaban a un anciano o jugaban a distraer las preguntas de un niño. Había universitarios interrumpidos, pero éramos pocos, porque la

gente que incluso en esas atraviesa una frontera ha vivido suficiente vida como para irse por algo; así que la mayoría eran viejos y los demás demasiado jóvenes. Al mirarlos, imaginaba un líquido caliente y corrosivo que latía en todos ellos, que latía en mí. Más me perseguían aquellos a los que no miraba, las figuras atrapadas tras los barrotes del granero. Al cerrar los ojos, encendía la linterna de mi móvil y las veía. Me acercaba para tocarlas e iluminaba a una chica que tenía tu cara.

—*Ça va?* —le pregunté a Nadine una tarde, en lengua de signos. Era la tercera vez que la veía sentada frente a la valla del campo—. ¿Puedo sentarme contigo?

La niña me miró, con las mejillas sucias y llenas de un sarpullido rosa. Negó.

—Vale. ¿Quieres que arreglemos tu pelota?

Negó.

—Vale.

Fui a sentarme sola unos metros más allá y tardó cinco minutos en sentarse a mi lado.

La última semana en el campo de refugiados no hubo visitas al amanecer a la consulta de Mirelle. Por protocolo, estaban esperando para poder extraerme más sangre. Estaban intentando que la bolsa de mi cuerpo se rellenase sola.

Salvé la pelota de Nadine, que se había agujereado por un guijarro afilado, con el vendaje del brazo que llevaba sucio desde la gasolinera. La herida de la garra en las escaleras, de la noche en la residencia, había cicatrizado y parecía tan antigua que ni asustó a la niña; carne roja, seca, el mismo material que mi mancha del ojo. Esa niña, aun así, se habría asustado con poco y ese era otro tipo de tragedia.

Me recordaba a lo que habías sido tú en el estirón de los ocho años, libre y solitaria y con tierra hasta al fondo de las uñas. Yo quería lanzarla sobre la valla para que cogiese impulso y huyera.

—¿Qué es lo que miras siempre aquí? —le signé.

Los pájaros planeaban bajo la cúpula. Los mosquitos nos picoteaban la piel de las manos. Nadine señaló algo más allá del alambre, un punto marrón que a veces se movía.

—¿Qué es?

—Las vacas —me signó.

—¿Vacas? —No sabía si la había entendido. Repetí el signo—. ¿Dónde hay vacas?

—Están siempre ahí arriba y me miran. Yo las miro para que no vengan. Porque, si vienen, las van a matar con pistolas.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque aquí hay pistolas.

A lo lejos, en lo alto de una explanada sin árboles, vi un par de vacas solas y separadas que a lo mejor sí que nos miraban de vuelta. Me imaginé que se preguntaban, al vernos tras nuestra valla: «¿Se dan cuenta de que están encerrados y de que nadie podría pararlos, si se fueran?».

—Puedes pedirle a tu tía que te pidan unos audífonos. ¿Me entiendes? Audífonos.

Nadine me respondió:

—¿Te ha enseñado mi madre a hablar con las palabras de las manos?

Esa noche, en el silencio comunitario de la carpa, le pregunté a Alma:

—¿Te acuerdas del sueño de Laia?

Nadie había llenado la segunda cama de la litera desde la muerte del hombre que dormía arriba. Alma nunca se la apropió. Nos acurrucábamos

igualmente, incómodas, sobre mi colchón bajo el que escondía la chaqueta de Bartek.

—El de la culpa cochina.

—Todo ocurría igual, Alma. Era el fin del mundo como es este. Laia… Soñaba con la cúpula y los enfermos y que estaríamos… —«lejos»—. Siento que están tratando de hablarnos desde hace mucho, que es como si su voz se nos atascase en la cabeza y nos la averiara. He estado pensando que quizá hemos convivido durante años con la cúpula. Y pienso que… Si Laia era alguien que los oía…

Alma me calló, viéndome venir:

—Tu novia podría cagarse en el fin de los tiempos.

Durante un rato, eso fue suficiente para calmar mi miedo: que ni la destrucción de todas las cosas pudiese llevarnos a imaginarte cayéndote de una bicicleta. Masajeé en la oscuridad la muñeca derecha de Alma, porque le aliviaba el dolor fantasma de los dedos perdidos.

—He visto vacas ahí fuera —le conté—. Mirando la luz. Pero los animales están bien y la cúpula no les habla.

—Diana, no vamos a estar pensando en *Crónicas Marcianas*. Duérmete.

—Tendremos que hablarlo.

—No. No te viene bien pensar en voces de Allah que vienen de una nube.

—Si lo que está pasando…

—Hay miles de animales que no ves. Duérmete.

—Si hay otro brote y me transformo, quiero que sepas que no lo quiero —le comuniqué—. Quiero que me prometas que te encargarás de matarme.

Alma suspiró hundiendo la cabeza en la almohada.

—Mira, Diana —dijo—, vete a la puta mierda.

Klaus apareció el mediodía siguiente con una tijera para el pescado escondida en el calzoncillo. Era lo único que había logrado robar de su turno de lavaplatos, y nos la enseñó, bajo la luz del baño, supongo que para que nos decepcionásemos las tres juntas.

—*Putain de merde.*… A lo mejor sí que hay que hacerme catapulta por la valla.

Con eso establecido, empezamos los turnos para vigilar la vuelta de la electricidad del campo.

Dormimos poco y mal, atentos al encendido nocturno de las farolas. Durante el día, estábamos atentos a otras cosas: si la puerta automática del cuartel se había cerrado. Si funcionaba de nuevo el agua caliente. Preparábamos los músculos para echar a correr, el silbato del árbitro al comienzo de un partido; pero no ocurrió nada durante una semana, al menos, y sentí que en su lugar gastábamos nuestras fuerzas.

Cada tres días, antes de la comida, hacíamos la fila larga y lenta para las inyecciones rutinarias. Ahora sabía lo que entraba en mis venas: la sangre destilada de una piara de prisioneros.

—Era una residencia para críos en Würzburg —les explicó Jolie en inglés—. Tenía mi triunfo, *ma clientèle*, ¿no? *Écoute*: gran pérdida. No quiero hablarlo más.

Uno de los guardias se rio.

—¿Qué hace nadie estudiando en Würzburg?

—Estaba terminando un máster de Administración.

—Bueno, no estás tan mal ahora. Aquí hay mucho cliente, ¿has visto la carpa uno? Putas ratas… —dijo el otro toqueteándose la nariz—. *Bruda*, cómo pega esto. ¿Y no jode más esnifarla?

—*Trop pas,* así va a directa a la cabeza. Esa es su casa natural —dijo Jolie—. Hay que esnifar hasta pastilla de ibuprofeno.

Aprovechando el ruido de la cháchara de colocados, Alma y yo abrimos la ventana de ventilación. Dentro de la hornacina del generador había poco: el espacio agobiante de un ascensor apagado y una caja de herramientas abierta en el suelo. Entramos con cuidado a un calor horrible, asfixiante, que nos creció como vapor dentro de la ropa, y salía del cacharro encendido en el centro de la oscuridad. El generador eléctrico parpadeaba como fuegos artificiales, como el brillo nocturno y molesto de un rúter.

La luz había vuelto al anochecer en el campo de refugiados de Estrasburgo.

La gente en las carpas había aplaudido y se había felicitado, el inocente júbilo de la perspectiva de una ducha caliente. Según mi móvil, que esa noche gastaría su batería, era 17 de mayo. Tuve el pensamiento tonto de que ya se habría acabado la Feria de Abril en Sevilla.

Mientras Jolie distraía a los guardias, nosotras nos colamos tras la estructura y forzamos la ventana oscilobatiente que evitaba que el generador echase a arder. Nos quemamos las puntas de los dedos tanteando sus botones. Los ojos se nos cerraban solos, por el aire de fuego, y nos goteaba de las pestañas un líquido salado.

Alma lo rodeó, impaciente, tratando de encontrarle los cables.

—Atrás —dijo sin sonido—. El enchufe. Voy atrás.

—Alma, espérate. Alma…

Tropezó con la caja de herramientas. Una familia de destornilladores cayó al suelo.

—¿Qué es eso? —dijo uno fuera, y de repente unas llaves en la puerta—. Eh, espera. ¿Se ha colado algo?

Yo agarré a Alma y nos pegamos a una esquina. Le tapé la boca con la palma de la mano. Sentí su respiración acelerada, el sudor de su cara, calándome la piel.

La puerta se abrió.

—*Es ist wahrscheinlich eine Fledermaus und sie wird dort sterben!* —dijo el otro, y luego a Jolie, en inglés—: Murciélagos. Se cuelan por tontos. Putas ratas…

—La ventana está abierta —avisó el primero.

—Claro, se abre por arriba.

—Pero está abierta…

—*Écoute*, Anna Frank —dijo Jolie, y supo disimular, no sé cómo, el miedo en la voz—. No me traigas aquí un murciélago que contagian el tifus.

El guardia de fuera se rio, colocado, hasta que lo invadió una arcada. El de dentro, confundido y alerta, siguió observando.

Su linterna iluminó la ventana, pero muy rápido, como con miedo a encontrarse con la criatura. La dirigió al generador, a los destornilladores desparramados sobre el hormigón del suelo. Yo cerré los ojos, esperando el tiro que callaría a los grillos. Las piernas de Alma estaban fallando e iba a desmayarse. Alma no podía respirar del calor. La sostuve contra mí y no vi la cara del chico en todo ese proceso, pero intuyo que fue la de alguien que acepta lo que le digan, por menos temor a la violencia que a los murciélagos. Porque se ha esnifado media pastilla de morfina.

Oímos sus pasos, uno hacia delante, dos hacia atrás. El chasquido de la puerta.

—*Ich hasse diese Schicht*…

Cerró de nuevo.

Alma cayó de rodillas y gateó hasta la ventana, desesperada, para coger aire. Yo miré la máquina y tomé una decisión: despulsé los botones. Giré las ruedas y volví los parámetros del revés. Las luces se apagaron en algún momento. El generador emitió un último suspiro y dejó de funcionar.

Cuando salimos al terraplén y corrimos hasta unos matorrales, Alma se dobló por el estómago y vomitó saliva recalentada sobre la gravilla. Teníamos los monos empapados de sudor y cualquiera habría pensado que nos habíamos metido con ellos puestos en la ducha caliente.

—Ya está —jadeé, estupefacta.

—Ya está —jadeó Alma.

Tiradas allí, a la sombra del comedor y las estrellas, Alma y yo procesamos durante diez minutos un logro ridículo que no podíamos celebrar con una bolsa de Risketos. Nos iríamos al día siguiente. Solo faltaba que nadie notase durante diez horas que nos estaban temblando las manos.

El cielo, seccionado por la cúpula, latió en un cuadrado electromagnético azul.

—Si no les habla a los animales —dijo Alma—, ¿qué es lo que busca en el campo la puta luz morada?



A la mañana siguiente, tras la fila de media hora para el desayuno en el comedor, buscamos a Jolie con la mirada y la descubrimos terminándose una barrita al final de una mesa. No había ni rastro de Klaus. Nos acercamos con nuestro desayuno.

—*Tranquillité* —murmuró—, y hablamos en las duchas.

—¿Lo ha conseguido?

—Sssh. *Tranquillité.*

—Ayer casi la palmamos —masculló Alma—, así que déjate de tu gabachería…

—¿Puedo tomar la última cena en paz? Klaus está haciéndolo. Llevará horas. Es una tijera.

—Y yo digo que saltemos y ya.

—¿Cuánto de lejos vamos a llegar conmigo a la espalda? *Pas de panique*. No eres tonta. Cada uno hace su parte y Klaus está haciéndolo. Hay que tener paciencia. Puede que esta noche, puede que en dos días.

—¿¡Dos días!?

—Alma, Dios… —le pedí, cuando un vigilante se volvió a mirarnos. Fingimos comer molletes de mantequilla sin sabor—. Jolie, ¿dónde está? Voy a ayudarlo. Tengo que sacar mi chaqueta y mi cámara. Tengo que dejarlas fuera.

—Klaus por su agujero. Está haciéndolo, *tranquillité*.

—Podemos ir más rápido si hacemos un sistema de relevos…

De pronto, las puertas se abrieron. Entraron en el comedor cuatro nuevos militares armados.

Habían interrumpido la fila de los que quedaban por desayunar y llevaban detrás a tres refugiados, una adolescente y una mujer castaña que me pareció, por un segundo, tu madre, y detrás estaba Klaus.

Klaus estaba allí.

La gente comenzó a hablar. Algunos se pusieron en pie. Todos ellos, los escoltados, tenían las manos esposadas con bridas de plástico.

—¡Lista de solicitudes! —bramó el militar en cabeza—. ¡Se marcha el grupo de solicitudes! Por favor, que se levanten: Alphonse Simon. Clarice Morel. Jakob Wolf. Diana Mena. Günther Becker. Anna…

«¿Qué?», pensé, mientras la imagen extraña me latía en los ojos.

Era imposible. Klaus estaba haciendo un agujero para escapar por la valla. Pero al mismo tiempo estaba allí delante y tenía una nueva pegatina de marcaje sobre su mono: «0+».

Una militar tiró de mí y me levantó de mi sitio. Me colocó la pegatina a mí también, en una sacudida que me despertó del sueño.

Quizá de no haber insistido tanto en el mostrador de orientación; de haber pasado desapercibida, me habría salvado de ese momento. «¿Quién es Diana Mena? —habrían preguntado a la muchedumbre—. ¿Qué espacio ocupa en la mesa a la hora de la cena, en el coche de sus padres?». Pero la militar que me encontró era la que me había negado la solicitud tres veces. Todo esto, Laia, no fue algo en lo que pensase entonces, porque pasó tan rápido y entre golpes que no importó. Solo entendí que me iba hacia la puerta. Que no había agujero. Que me separaban de Alma.

—Alma…

—¿Diana? —preguntó ella—. No.

—Alma. ¡Alma! *Wait!* —les pedí, en inglés—. *Wait, wait, I didn't…!*

—¡Diana! —gritó Alma, y casi corrió sobre las mesas para agarrarme, pero la tumbaron dos hombres entre los bancos del comedor.

La gente se apartó asustada. Un centenar de ojos nos miraron, algunos curiosos, otros aterrados, la colmena indefensa de cuerpos. Alma se revolvió incluso con dos militares encima, una fuerza ignífuga más fuerte que la de un generador. Se rompió la boca contra las baldosas del suelo.

—¡Suéltame! —gritaba—. ¡Hijos de puta! ¡Diana! ¡No! ¡No os la lleváis!

—¡Por favor! —le pedí a los militares, que me retorcían las muñecas—. ¡No, por favor, por favor, quiero quedarme aquí! ¿No puedo quedarme aquí?

—Se ha tramitado la solicitud —me dijo el hombre que llevaba la lista, y yo no había llegado a rellenar ninguna solicitud porque no me la habían dado nunca. Qué importaba la solicitud: tenía sangre y sangre que donar en

otros campos. Siguió gritando nombres—: ¡Anna Zimmerman! ¡Mateus Nunes!

Los empujé al sentir la brida clavarse en mi piel. Me pegaron las muñecas a la espalda. Me estaban trasladando, y me giré cuando ya me arrastraban por la puerta, cuando ya era tarde para nada.

—¡Alma!

—¡Diana! —gritaba Alma, noqueada en el suelo—. ¡No! ¡No!

—¡Alma, salta la valla! ¡Díselo a Laia y vuelve, llévale la cámara a Laia! ¡Por favor, Alma, vuelve a casa y hazlo!

—¡Diana!

Alma consiguió ponerse en pie cuando ya me metían en la furgoneta.

Se oyó el estallido de un tiro.

Lo último que vi, antes de que me pusieran una bolsa en la cabeza, fue la sangre que regó las ventanas del comedor.

OceanofPDF.com



El segundo agosto que pasamos en Cazalla de la Sierra, Álvaro Alcalá, el hijo de los vecinos, se había comprado una motillo de desguace que escupía humo y sonaba como el proceso de demolición de una tienda de castañuelas.

—Es una Vespino —nos contó, cuando apareció la primera tarde en un derrape—. Está como nueva prácticamente. Coge los ciento diez hasta por el monte cuesta arriba. ¿Pues no tira hasta con aceite de girasol? —Se carcajeó encantado—. Mira qué caras de tontos. Que me estoy quedando con tos ustedes.

Alma decidió que se enrollaría con él en el momento exacto en el que lo vio.

Ese año había cortado seis veces con Joaquín Martínez y otras dos con un cani pincharruedas de su barrio. Álvaro Alcalá, que había vomitado tras besarla el agosto pasado, se convirtió de repente en el candidato perfecto para su rollo de verano, porque había echado cinco kilos de músculo en cada hombro y abría las cervezas con las muelas del juicio. Parecía que lo hubiesen cambiado por un hermano mayor, un veinteañero descomunal, con la sombra perenne y rasposa de una barba.

Mientras hacía cabriolas subido a la moto, ella lo miró con el cigarro derritiéndosele en la boca.

—Hay que ver lo que se comerá aquí —murmuraba—. Los mamotretos repentinos que echa el campo.

A su lado, Cristo también asentía, embelesado con el espectáculo de virilidad.

—Totalmente. Vaya joya torera esa pedazo de Vespino.

La tarde que llegamos al cortijo, Laia ya me había preparado un hueco en el armario de su habitación. Se ausentó durante la cena, cuando de pronto recibió un mensaje de Mario, y esa noche la oí revolverse y no pegar ojo sobre su cama.

Al amanecer, ya se había desvanecido tras la ventana que daba a la sierra. Yo la estuve buscando el día entero, por el porche y la piscina, y no apareció ni para comer con el resto del grupo.

Solo la encontré al caer el sol, masticando un chicle sobre la valla que daba al terreno de las vacas. Me coloqué a su lado y las miré también, tratando de no espantarla. Desde lo alto de la cuesta nos llegaba el murmullo de las voces y la motillo.

—Iba a coger la bici para irme al pueblo —me confesó, de repente—. Le he robado a mi tía el dinero para irme en bus del pueblo a Sevilla. Pero luego me he dado cuenta… y te vas a cachondear de mí, de que no tengo bici desde hace meses. Ya por no tener, no tengo ni mi bici.

—¿Te robaron la bici?

—Qué va. La aparqué al fondo del río.

Apoyé los codos en la valla y desaté los cordones de mi macuto. Saqué un bocadillo con la carne del mediodía y una botella de agua recalentada. Laia se lo comió por concedérmelo, por la vergüenza de que se lo hubiese

llevado hasta allí. Había estado llorando, también, pero al notar que yo lo notaba me aseguró:

—No le he llamado.

—Lo sé.

—Se acabó de verdad y no es eso. No me iba a Sevilla por eso.

—Lo sé.

Empezaba a hacer viento en Cazalla, al comienzo de un agosto que se sentía como un epílogo.

—Vamos a hacer esto —le dije, al cabo de un rato—: no vas a irte a ninguna parte. Este es el plan: va a ser el mejor verano de tu vida.

—Sí, venga…

—Vas a dormir —continué—. Vas a comer. Esto no te lo estoy negociando. Vas a aburrirte y a achicharrarte, pero también te he traído crema para el sol… Vas a alimentar mosquitos. Ya verás que esto te suena. Vas a elegir otro tinte.

—No tengo bici —me recordó—, para ir a comprar tinte.

—Entonces te sacrificaremos.

—No se te ocurra hacer el numerito ahora de echarme una plasta de crema para el sol.

—Te has quemado los hombros.

—¿Y vas a hacerme otro pendiente?

—Eso no. Tampoco puede ser tan buen verano.

Laia sonrió un poco y se miró las piernas, los agujeros del peto vaquero en las piernas y algo que parecía estar escudriñándose más profundo en el cuerpo.

—Diana —me dijo, al final—, soy un muermo ahora mismo y sé que te estoy amargando. Mira: puedes pasar de mí y de verdad que no me importa. Te juro que me he pasado la vida dando vueltas sola por aquí por las

higueras. Te estará pareciendo… que soy un muermo y que no hay quien me entienda, que estoy lamentable y que soy una…

—Me está pareciendo —la interrumpí— que no estás sola.

Laia se apretó el piercing negro entre los labios. Se volvió entonces y nos miramos, como la tarde en la que atardecía sobre la piscina y las tumbonas mojadas de la urbanización. De pronto, alargó una mano y me acarició la mancha, el final de una acción que había empezado diez años atrás.

—Me gusta así —murmuró—. Que ya no la tapes.

Pero en ese momento en el que nos tocamos, en el que me latió la piel bajo la piel de sus dedos, el runrún de la motillo se calló y se oyó desde el cortijo:

—¡Olivia Bayón! ¿¡Que has metido aquí a este niño sinvergüenza!?

La madre de Oli encerró a los chicos todas las noches de ese verano con un candado alrededor del pomo del cuarto de arriba. Lo echaba a las doce de la noche y lo quitaba a las ocho de la mañana. Aquella tarde, cuando descubrió a César escondido en un matorral, se estuvo peleando tres horas con su marido para que los devolviera en coche a Sevilla. Pero él se negaba a hacer el viaje para dejar en su casa a dos chavales. «¿Y qué van a hacer, los chavales? —decía—. Si aquí, con este calor, no apetece ni el rato de un magreo».

Luisa cedió a lo inevitable: los chicos se quedaban en Cazalla. Cristo y César, que tenían miedo de ser desterrados a dormir en el campo, se adaptaron sin rechistar a la rutina de cárcel, y también debían mantener la camiseta puesta al bañarse y no coincidir a solas con ninguna chica, lo que le dio a Alma la excusa perfecta para atormentarlos persiguiéndolos por los pasillos.

—¡Mamá, pues si ya entro en Magisterio! —lloriqueó Olivia esa cena—. ¡Pues así no se puede vivir! ¡Lloro pero de rabia, porque me fastidias todo y me dejas mal con mis amigos! ¡César y yo somos novios y nos vamos a casar!

—¡Tú con este niño ordinario no te vas a ninguna parte!

Los gritos de guerra duraron hasta bien entrada la madrugada. A las dos, cuando la casa ya estaba en silencio, volví a mi habitación de consolar a Olivia y me dormí de pura fatiga sobre la cama hecha. En algún momento, me zumbó en el oído un:

—Diana.

Una mano me zarandeó el cuerpo.

—Diana.

Abrí los ojos y vi la lámpara. Luego la luna en el cielo medio mordida.

Laia estaba allí, encaramada, como siempre, al alféizar de la ventana.

—¿Qué…? —musité confundida—. ¿Te has salido?

—Diana, que ya sé lo que vamos a hacer. Que sí que tengo una bici en la nave de mi padre.

—¿Qué?

—Que la tienen encadenada allí comiéndosela el asco. Diana, que me ha venido una luz mental y esto vamos a hacer: vamos a robarle al Álvaro la motillo.

Eso me espabiló como una bofetada. Me intenté incorporar y objetar algo, pero entonces cayó una gota del cielo y Laia se la rebañó de la frente. Antes de que estallase el chorro, se oyó a Cristo desde la ventana de arriba:

—¡Quitaos de ahí! ¡Quitaos que esto no se corta!

Dos fuentes gruesas como de dos canalones estallaron contra el suelo de piedra del porche. Laia, horrorizada, trepó por la ventana como pudo.

—¡No te creo! ¡Cristóbal! ¡Me cago en Dios y en tu puta madre!

—¡Que estamos encerrados, tía! —gritaba él—. ¡Que aquí no tenemos ni váter!

Me costó toda la mañana siguiente convencer a Laia de que no podíamos robar porque sí la Vespino de otra persona. Ni siquiera sabíamos cómo conducirla. «Una Vespino —me argumentó— es solo una bici metida de anfetas», como si una afirmación así tuviera el poder de tranquilizarme. Pero el asunto de verdad era que Laia había recobrado de repente una energía, un empuje luminoso suyo, y parloteaba sonriendo mientras sus ojos llenaban la habitación. La promesa de una bicicleta en el monte, de una hazaña personal como liberar a las vacas, le devolvió un anclaje a algo que estaba luchando por recuperar. Hubiera sido más fácil decirle que no si yo no la hubiese conocido.

—Era a lo mejor de Oli, de cuando éramos pequeñas y le asustaba el timbre —me contó—. A Oli lo de las bicis pues bueno, mientras no cogiese pendiente… Alguna vez se pegó una torta. Y ahí se tuvo que quedar comiendo polvo, después de eso. Quizá es pequeña y para niños, vale, pero escucha: nos vale para irnos al pueblo. Aquí no se puede hacer nada sin bici, Diana, a pata a todas partes. ¿Y qué le hago si tenemos que robar la moto?

—Ir a la nave andando con las piernas.

—Está a media hora en coche, olvídate. Se nos hace de noche en el rato que volvemos. Y entonces ¿qué? ¿Nos perdemos? ¿Nos atropellan?

—Entonces no vamos.

—Robar la moto es la opción más razonable.

Después de horas de deliberación, convencí a Laia de que primero probase a pedírsela a su dueño. Fuimos juntas al cortijo vecino a hablar con Álvaro. Lo encontramos en el jardín, mojándose los pectorales con la manguera.

—¿Lo qué? —respondió—. ¿Tú quién eres, Laia la PeloPony? Pues vale. ¿Tú me ves a mí con cara de tonto? ¿Qué es el bombín ese que llevas en la cabeza?

—Me estoy tiñendo, capullo. Es un cacho de papel film.

—Que te he visto desde cría estrellándote como una bruta por ahí por la cuesta que baja al campo. ¿Tú conduces acaso? Si nos rompiste la valla con un quad.

—Eso no fue así. Era un cortacésped.

—Con dos cojones y medio —concluyó— voy a dejarte yo a ti mi moto.

Tras eso, no quedaron más opciones: Laia empezó su proyecto aspiracional de robo de la motillo.

Álvaro la guardaba en su garaje, tras una puerta con mando, en una casa ocupada por él y sus padres. Era un recorrido imposible de alarmas, vivas e inertes, y ni teníamos las llaves ni nunca estaba sola. Nada de eso podía parar el empeño incansable de Laia Bayón, la ladrona de redes de piscina: estudió las ventanas que dejaban abiertas. Intentó arrancar la moto con un alambre el día que la limpiaron y la encontró aparcada. Me decía como a un walkie, cuando la oía llegar a lo lejos:

—Está fuera. Está fuera.

—Laia, ¿y no podemos dejarlo y pedirle a tu padre que nos acerque en el coche?

—Ese no es mi padre. Ese es el tío Ángel.

—¿Y si hoy no y hoy sí que es tu padre?

—Entonces fingirá que no lo es —me aseguró—, y dirá que es el tío Ángel.

Durante la primera semana, mientras ocurría esto y los alegatos de Olivia contra el encarcelamiento masculino, yo bajaba la cuesta a eso de las diez de la noche a llamar a mi novia desde el único punto de cobertura.

Inma estaba entonces de campamento cristiano, siendo instructora de niñas y compartiendo un teléfono comunitario con las Carmelitas. La mitad de las veces era imposible localizarla, porque estaban lidiando con la consecuencia de alguna gincana religiosa. Las pocas veces que sí que la localicé, no tuvimos ni idea de lo que hablar, así que la llamada duró menos de tres minutos.

—Y estamos organizando una actividad especial que tiene que ver con interpretar los mandamientos. La hemos llamado *God Talent*.

—Anda, qué chulo.

—¿Y por allí tú qué tal?

—Pues tranquilamente, nada más. Mañana empieza la feria.

—¿Del sitio?

—Sí.

—Anda. ¿Y qué querías hablar?

—Nada, por ver cómo estabas. Así que… Y hoy ¿cuál era el mandamiento?

—No robarás.

—Anda. Qué chulo.

La primera noche de feria en Cazalla, la madre de Olivia cedió a la insistencia de su hija y nos acercó a todos al pueblo. Se lio a bailar, sorprendentemente, con un puñado de conocidas que la convencieron de tomar una tapa. No volvimos al cortijo hasta la mañana siguiente.

La plaza de Cazalla estaba repleta y coronada de las luces de los farolillos. La cacofonía de la ristra de casetas, cada una con su ecosistema de flamenco, se amalgamaba a la del escenario donde pinchaban la música frenética de los cacharritos. Era una verbena que solo se parecía a la ciudad que Sevilla montaba y desmontaba cada abril en el patrón de rayas rojas y

blancas, pero la gente se conocía y se abrazaba, incluso sin conocerse. Los amigos de Álvaro nos invitaron a dos jarras con hielo de rebujito.

Lo que recuerdo de esa noche es que bailamos y nos gritamos para entendernos sobre la música (el ruido de carpa de feria) (el silencio de las carpas del campo) y Oli insistía «¡Vamos al Lametón! ¡Vamos al Lametón!», que al parecer era una atracción brillante en una esquina. Cuando salimos del sube baja, creímos que iba a vomitar sobre César. Le soplé el sudor caliente de la cara. Me dejé mecer por la marea de cuerpos, y sonaba Estopa y luego reguetón (los cristales con sangre de la furgoneta). Bebí más de lo que debía, pero no lo suficiente como para no vigilar a Alma. (¿Alma? ¿Alma? ¿Alma? ¿Alm...).

Teníamos ya casi dieciocho y Laia Bayón era un punto como una llama en la periferia de un ojo. Laia pasó la noche intentando tirarle los trastos a Álvaro, que era la opción desesperada a la que me había dicho que recurriría para robarle la llave de la moto. Se arrimó a él bajo el ruido de la música. Le rio las gracias y midió su mano contra la palma de la suya, en un meticuloso ritual de seducción.

—¿De dónde te has sacado ese bíceps? ¿Te estás chutando? Danonino petit suisse. Tío, si el año pasado parecías un paragüero.

—¿Un paraguas de qué, illa? Tú no te callas na.

—No se calla na, hermano —corroboraba Cristo—. Está muy subidita.

—¿Tú qué dices? —le chistó Laia, empujándolo—. ¿Tú qué haces aquí? Vete a pastar.

—¡Layita, anda que eres malaje! ¡Anda que eres saboría, con lo que tú y yo hemos tenido!

Pero por más que lo intentó, Álvaro ya estaba a otra cosa: a hablar sobre motos con Cristóbal Conde. A dejarse llevar por Alma hacia los baños y salir al rato sin fuerza en las rodillas.

Se rindió y acabó tirándole el vaso a los amigotes de Álvaro, que la llamaban codeándose la PeloPony. Luego se sentó a mi lado en la acera en la que César y Olivia cabeceaban, apretujados, como dos niños tratando de sobrevivir al sopor del sueño. Bufó de frustración cuando vio que le sonreía.

—Cállate —me avisó, muerta de vergüenza.

—Qué bonito.

—Cállate. Esto es un caso insoportable. Parece que estoy intentando colarme en el Parlamento. Tenía las llaves en el culo que se las puede quitar cualquiera, pero ¿qué hago? ¿Le agarro el culo?

—Quizá es mejor que cargues el cortacésped.

—Pues normalmente me funciona, ¿vale? Y además voy ciega… ¿Se me nota? ¿Tú has bebido? —Le enseñé mi copa—. No se te nota nunca nada, señor… Vete tú a sacarle las llaves del culo.

La noche estaba llena de luces confusas y aplanadas y Laia se desenredó la melena de su laberinto de pendientes. Aún llevaba, siempre llevaría, un clip insensato y valiente colgándole de una oreja.

—Déjate ya por hoy —la avisé cuando bebió de mi copa—. Se acabó.

—Quería esa bicicleta. Diana, pues la he estado queriendo de verdad. A lo mejor… A lo mejor voy y me muero, si termino el verano sin bicicleta.

—Me temo que eso no va a pasar.

—No sé qué voy a hacer cuando llegue septiembre —dijo, que era lo que realmente quería decir—. Si le pido la bici a mi padre, va a decirme: «¿Y tú no estás estudiando?». Y entonces habrá que contarle lo de la Selectividad y… Yo qué sé. El equilibrio de mi vida estaba en una bici que se cayó al río. —Se giró hacia mí, como cayendo en la cuenta de algo—. ¿Qué empiezas tú?

—El grado en la US de Derecho.

A Laia se le llenó la cara de una mueca de espanto.

—¿Qué coño me cuentas?

—Hay mucha gente que repite Selectividad —le respondí, cambiando de tema—, y el mundo no se acaba. Se la sacan otro año.

—¡Tenías que meterte a Cine y Películas!

—No existe «Cine y Películas».

—¡Existen cosas!

—Podemos buscar en Sevilla una bicicleta. Hay más bicicletas en… —Le agarré el brazo cuando me robó de nuevo el vaso—. No más por hoy, Laia.

—Todavía no eres juez. ¿Quién te crees que eres?

—No sabes beber.

—¡Ah! ¡Pues vete a la mierda! Mira, estoy ahogando mis vergüenzas… —empezó—. ¿Por eso no te has traído la cámara al campo? Tienes un asunto tuyo de perro policía, escucha, y rechazas lo que eres, ¿te digo por qué? Por llevarme la contraria a mí…

El vaso de cubata se rompió. Era un tubo de plástico, un envase sin consistencia diseñado para durar un botellón solo. Vi la sangre incluso antes del escozor: un corte invisible en el pulgar y luego una pompa oscura.

—Dios —se rio Laia atontada—. ¿Te has cortado? Diana, Diana, perdón…

—Por esto se llevan tiritas.

—No te manches con eso. Trae aquí, espera.

—¿Tienes clínex? Alma tiene…

—Trae aquí.

Y, en un impulso, Laia agarró mi mano y se metió el pulgar en la boca.

Estábamos borrachas en una acera oscura de pueblo. Luego, más tarde, me convencí a mí misma de que eso era lo que había pasado: no lo había

pensado siquiera.

Laia cerró la boca alrededor de mi dedo y yo sentí el tacto repentino y húmedo de su lengua. Nos miramos a los ojos. Nos enrarecimos. Debió durar un segundo, nuestra intimidad y nuestro espanto, pero alteraron el lugar y el orden en el que poníamos nuestras extremidades: mi dedo índice sosteniéndole el mentón. Su boca sobre mí, y la boca se me abrió y mis ojos bajaron. Un año atrás, antes del descubrimiento del lenguaje del sexo, eso habría supuesto la misma intimidad que atarnos un bañador en el río, pero en ese momento fue como si el aire alrededor se volviese denso. Ambas esperamos, paralizadas. Mi mente proyectó los ojos de Laia sobre una cama; la cama de la abuela de Inma con el murmullo de fondo del televisor.

Estábamos borrachas, a un movimiento de acercarnos y a otro de correr, y de la nada se oyó la voz de Cristo, bajando la calle.

—Coño, que Oli le ha potado en lo alto al César.

Laia se apartó. Yo me aparté.

—¿En serio? —dijo ella acelerada.

—¿En serio? —dije yo también, y nos pusimos en pie para ir a buscar a su tía Luisa en direcciones opuestas.

Pero eso lo cambió todo.

Al mediodía siguiente, cuando me desperté en mi cama, estaba sola bajo la luz de la habitación. Las demás ya desayunaban, resacosas, en la cocina. Laia me evitó los ojos y yo temí las consecuencias de lo que sea que hubiese pasado, pero al sentarme frente a ella, aún sin mirarme, rozó sus tobillos con los míos.

—Estoy pensando, tías —declaró Alma, mientras vaciaba la cafetera—, que a lo mejor me doy al hombre rural y no jodo. He tenido una vida larga. Pienso que he visto ya mucho y que hay negocio en asociarse a un niño con finca. Oye, pero ¿dónde están los niños? ¿Y César?

Olivia respondió, dramática:

—Lo hemos dejado.

Alma balbuceó un atropello indescifrable de palabrotas.

—¿Qué? ¿A santo de qué?

—Que le he vomitado encima, Alma. Por favor. Yo ya no puedo ni mirarlo…

—Tú eres tonta de capirote.

—¡Pues vale! ¡Pues estoy sufriendo este verano, Alma, con mi madre y todo! ¡Y todo es una lucha por nuestra relación! ¡Pues a lo mejor me he cansado!

—¿Dónde lo has metido?

—Sigue en la habitación —murmuró—, porque me va a respetar el desayuno y a lo mejor volvemos por la tarde… Y Cristo tiene infección de orina. Se lo ha llevado al pueblo Álvaro.

—Señor… —Alma negó patidifusa—. ¿Este es el plan que se nos queda cuando os saco a que os dé el aire? Y vosotras, ¿qué?

Laia desenredó sus piernas de mis piernas. Yo agarré el ColaCao de Olivia y me lo bebí del susto. Carraspeamos como atragantadas, pilladas no haciendo nada.

—¿Qué de qué? —dijo ella.

—¿Qué os pasa? ¿Adónde estabais anoche?

—¿Anoche cuándo? Por ahí. Yo es que bebí… Diana se acordará mejor.

—Qué va —respondí—. O sea, de poco. Del lametón.

—¿Del lametón? —preguntó Laia.

—La atracción de la feria. El cacharrito.

—Claro, eso. El Lametón.

Alma evaluó en silencio el clima de la mesa y tomó un sorbo de su café.

—Mejor me voy a ir —declaró—, a ver si se os pasa de una vez esta mierda de resaca.

Algo estaba pasando con Laia Bayón.

Primero fue una bicicleta, un ansia temeraria de tierra prometida. Luego fue un ladeo de cabeza. Una mirada atenta desde la silla de enfrente.

Estaba en la forma en la que comenzó a colocar su cuerpo cuando se paseaba en bikini y pantalón, como cubriéndose y siendo consciente a la vez de lo que enseñaba; como inclinándose hasta que yo lo viera. Una mano en la pierna. Una petición inusual para que le echase crema para el sol. Si algo sabía yo de Laia era que no se había echado crema en la vida. Se humedecía los labios lento (¿lo había hecho siempre?) mientras me escuchaba hablar. Se colaba en mi cama, pero rehuía del evento antes natural de dormir juntas. Eso puso el foco en el evento, en su significado, en lo que podía desencadenar si pasaba. A mí me ardían las manos mientras le extendía la crema sobre la curva de la cintura.

La siguiente vez que bajamos a la feria, pegó la espalda a mi cuerpo al bailar. Midió su mano contra mi mano y yo fingí que no estaba funcionando conmigo lo que tampoco había funcionado con Álvaro.

—¿Qué dices? ¡Jura! ¡Pero si antes eran iguales! Si tampoco eres tan alta.

—Te saco una cabeza.

—Ponte recta, ponte. —Se estiró frente a mí de puntillas—. Eso no es nada. Tienes dedos largos de electricista profesional.

—¿Y eso qué significa? ¿Eso es algo malo?

—No sé —me respondió—. ¿Los aprovechas?

Algo estaba pasando con Laia Bayón.

No era algo nuevo, pero era más obvio. Era incandescente y pesado como una ola de calor. Parecía un desafío y de pronto estaba convencida de

que me lo estaba imaginando: era solo un efecto del rebujito. Era la amistad que había malinterpretado el verano pasado en la noche de la botella. La tarde que nos tocó el turno de vigilancia en la puerta, me preguntó:

—¿Fue decepcionante también con una tía?

Todos los días de ese verano, de cuatro y media a cinco de la tarde, el grupo entero hicimos turnos por parejas frente a la puerta de Oli para que ella y César pudiesen magrearse. Nos alternábamos para sentarnos en el pasillo y avisar con los nudillos si rondaba la tía Luisa. César y Oli, que tardarían en perder la virginidad otro año completo, nos aseguraban cada noche que a la siguiente sesión ya era, que una tarde más y lo conseguían, como si estuviesen finiquitando un trabajo grupal o esperando en un hospital a que alguien se muriese.

—¿Fue decepcionante con un tío?

—Te he preguntado yo. —Laia sonrió empujándome con sus deportivas —. A ver, no es como en los anuncios de colonia. Le pillas el punto y todo eso, pero Oli va a odiarlo.

—Al final te oirán.

—Pues que me oigan. Que arranquen ya y que chuten. —Golpeó la puerta con el puño. De dentro nos llegó un murmullo de «¡No abras! ¡No abras, Lilia!» y el movimiento de unas sábanas mezcladas con pasos—. Madre mía… Yo no sé cómo lo aguantan.

—¿Que se lo estropees?

—Alargarlo. No quitárselo de encima. Hacerlo y ya, ¿no? ¿Qué más da? Es peor así, con los vigilantes de la playa de la tía Luisa. Tendrían que irse al campo, que no te ve nadie en la cuesta que baja al río. —Me vio alzar las cejas—. ¿Qué? ¿Y qué va a pasar, Diana?

—No te voy a dar una charla sobre genitales y la cuesta llena de hormigas.

—Se está estupendamente. Solo te estoy dando un dato.

La idea de una Laia que descubría esa cuesta el mismo verano que yo esperaba mi primer beso me subió por la columna como una vergüenza secreta. Había hecho tal ridículo en el universo alternativo en el que me besaba a mí.

—No fue decepcionante —le contesté—. Bueno, me hubiese gustado… Qué sé yo. Yo quería que ocurriera más poco a poco. Lo había imaginado de otra manera, que creo que eso es lo que pasa siempre. Pero cuando pasó, Inma pensaba…

—O sea, que fue con Inma.

La sonrisa se me ensanchó.

—Eso sí te ha resultado decepcionante.

—Qué va. Idiota. ¿Qué problema hay? ¿Qué pensaba Inma?

—Que yo era muy leída del tema y sabía lo que tenía que hacer.

Laia miró nuestras piernas enredadas y se humedeció de nuevo los labios.

—Es que tienes cara. Quiero decir, que te pasa esto… Que no te imagino empezando algo —«que te imagino»— y descubriendo de pronto que no se te da bien.

Algo estaba pasando con Laia Bayón.

Algo estaba pasando con Laia Bayón.

—Oye —me dijo Alma en el porche—. ¿Tú eres consciente de que Laia Bayón quiere contigo?

Yo alcé la mirada de mi libro mientras ella se liaba el cigarro. Durante un segundo, me invadió un pánico estúpido que me hizo cerrar de golpe la ventana que tenía más cerca.

—¿Qué dices, Alma? —la reñí susurrando—. ¿Cómo gritas esto? ¿Esto es por lo de ayer? Somos muy amigas.

—Y tú crees que no se ve cuando Laia está intentando llevarse a alguien pa lo oscuro.

—No está pasando eso.

—Anoche en la feria por poco te muerde.

—Ha pasado un mal año —le expliqué— y está bebiendo. En la feria bebe, que ella no es de beber. Está… Necesita apoyo y yo estoy aquí, Alma. Somos muy amigas.

—¿Y yo de muy amiga te piensas que no te conozco? Estás graciosa últimamente. Yo solo te aviso de que se te viene. Yo solo te digo que lo iría dejando con la Virgen María.

Esa conversación despertó algo en mí finalmente: ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué seguía en una relación con Inma de los Santos? Los últimos cinco meses, una secuencia de equivocaciones y conformidades, se sintieron de pronto como un malentendido. Supongo que en el fondo había estado esperando a que se deshiciese solo, a que hubiese un motivo grande y definitivo que nos impulsara hacia la ruptura. Así había entendido que ocurría: un desencuentro, que llevaba a una conversación, pero Inma y yo ni siquiera conversábamos; evitábamos el silencio como si hubiéramos coincidido en un ascensor. Inma y yo reconcentrábamos un tipo de pasividad que solo se aprende en la iglesia o en la familia.

Habíamos estirado lo nuestro como una goma entre los dedos y, cuanto más retrocedía, más miedo me daba que soltarla escociera, pero Alma me instauró entonces en el cuerpo un miedo mayor: que un día me despertase con Laia Bayón encima y no pudiese evitar abrir la boca para ser yo la que le lamiese los dedos.

—Hola, soy Diana —le dije al teléfono—. Llamo por Inma, ¿se puede poner?

—Hola, niña. Pues la verdad que estamos todas con lío tras la gincana… ¡A ver si te llama ella luego, porque yo ahora no la ubico!

Pasó un día.

—Hola, soy Diana. ¿Puedo hablar con Inmaculada?

—¿Con Inma? Si se han ido hoy todas de piragua, están acampando hasta el lunes donde el arroyito.

Pasaron dos días.

—Hola —murmuré agotada—. ¿Está Inma para hablar?

—¡Inma! —la llamaron—. ¿Dónde está Inma? ¡Llama a las sores del comedor! ¡Pues que la está llamando su amiga! Niña, perdona: la Inma se nos ha perdido.

La llamé cinco días seguidos y no hubo manera alguna de dar con ella. Tampoco sabía bien qué iba a decirle. Dejarla por teléfono se me hacía un acto frío y cruel; no dejarla prolongaba una mentira terrible que me estaba torturando. Confesarle que quizá estaba tonteando con Laia, quizá enamorada de ella desde los diez años, era como pedirle que me dejase por teléfono ella a mí, lo cual se me hacía también frío y, consecuentemente, cruel.

Tras la sexta llamada, cuando ya había vuelto a casa y charlaba con los chicos, de pronto sonó el móvil y lo cogí. Inma me dijo, al otro lado:

—¿Diana? Hola. ¿Te pillo mal? Que me han dicho que has llamado antes.

La voz se le entrecortaba por la mala cobertura.

Yo me puse en pie como un resorte, nerviosa, y empecé a pulular por el salón mientras organizaba qué decirle. ¿Iba a dejarla por teléfono? No podía dejarla por teléfono. Tenía que quedar con ella a la vuelta, en el momento adecuado, en Sevilla.

—¡Sí! Inma. Hola, espera… Dame un segundo. Espera que quizá se corta.

—¿Te pillo mal?

—No, o sea, es que estoy en la casa. Estaba hablando con Cristo y no esperaba que…

—Ay —dijo ella—. No, qué alegría. No, pues te dejo hablando con el Señor, Diana. Ya charlamos otra noche.

Yo me apresuré a aclararle:

—No, no, Jesucristo no. Cristo mi amigo. Cristóbal Cond…

Pero Inma me colgó.



El segundo fin de semana en Cazalla de la Sierra, Álvaro Alcalá, el hijo de los vecinos, organizó una fiesta nocturna en su cortijo aprovechando que su familia se había ido de romerías.

Los amigos repartidores de rebujito se personificaron allí con otros amigos del pueblo. Los amigos del pueblo trajeron a otros de otros pueblos, de San Nicolás del Puerto, de Constantina y del Pedroso. Antes de llegar nosotros, el ruido a juerga ya se oía desde nuestra habitación: un burbujeo de voces, de música distorsionada de altavoz portátil, y el crujir de la gente contaminando el campo.

—Podemos quedarnos —le recordé a Laia en la habitación—. Da igual lo que diga Cristo. No tenemos que ir. No me gusta que esa gente te llame cosas raras.

—¿La PeloPony?

—Es *bullying*.

—O quizá lo soy. Quizá soy una PeloPony, Diana.

—¿Por qué vamos a ir?

Ella me pulsó la mancha.

—Porque hoy es el día —decretó— que voy a robarle por fin esa motillo.

Álvaro nos recibió abriéndonos la valla ya sin camiseta y empapado de sudor. Rodeó con un brazo a Alma y nos condujo hacia el salón, en el que habían encendido un cañón de luces led. La gente se pasaba los vasos de tubo agrietados que yo habría jurado que reutilizaban desde la feria, y había una treintena de personas allí, entre las de fuera y las de dentro y las que se perdían entre los árboles.

Álvaro cerró las habitaciones y lo vimos pulular de un lado para otro riñendo a los graciosos que tocaban las estanterías. Un chico preparó una cachimba en la mesita de café junto a la chimenea y César se la fumó sobre la madera, manchándose de ceniza negra el culo del bañador.

—Pues me voy a quedar aquí… —me dijo con su lentitud pacífica—. En Cazalla. ¿Qué te parece? No ahora, pero… Puede ser. Voy a aprender del campo en la recogida de la aceituna. Y Oli quiere ser profesora en el pueblo… ¿Tú qué opinas?

—Que tienes a una madre bastante en contra.

—Ya, ya… —murmuró—. Yo también lo he notado…

Cristo abrió la manguera del jardín y empezó a regar a la gente. Álvaro fue el único que le rio el chiste, pero un grupo de chicas tomó la decisión en ese momento de que lo mejor era marcharse a su casa. La fiesta había derivado a un amodorramiento, a un movimiento constante pero lánguido de extremidades, cuando Laia me bajó a su altura rodeándome los hombros.

—He encontrado el cuarto, que es en el otro piso, en el piso de arriba, y escucha: súbete tú primero y nadie se entera.

—No —intenté pedirle—. No.

—Si es buscar un llavero. Tú me cubres nada más.

—Laia, esto está petado. Estamos robándole en su propia casa.

—¿Te achantas ahora? ¿En el mejor verano de mi vida?

Diez minutos más tarde, me vi mirando el pasillo oscuro del segundo piso. Dentro del cuarto de Álvaro, Laia abría y cerraba cajones mientras buscaba las llaves de la moto. Una chica subió, creyendo que allí había otro baño, y se quedó a hacer cola a mi lado hasta que mi mirada pareció asustarla. Nada más se fue, abrí la puerta y entré a la oscuridad.

—¡Van a subir! —le susurré.

—¡Mira el pasillo! —me susurró Laia de vuelta.

—¡Estás tardando! ¡Estás desordenando todo y quizá aquí no están!

—¡Estaba ya desordenado!

—Dios mío, Laia, deja que… —mascullé, y me tropecé con unas mancuernas cuando intenté llegar hasta el escritorio. Laia abrió una mochila de gimnasio y hurgamos en su interior—. ¿Has mirado en los pantalones?

—¡He mirado en todo! ¡Hay hasta bolas de pelusa con pelos! Hay un ecosistema en una lata de Monster…

—Tiene que estar en los pantalones —insistí, y me incorporé para ir hacia el armario, pero de repente se acercaron las voces.

Alguien subía por las escaleras. Se estaba riendo de algo y el ruido de sus chanclas era un latigazo inconfundible de plástico: Álvaro Alcalá venía hacia su habitación.

Laia y yo nos miramos. Entramos en un pánico inútil y silencioso.

Palpamos la oscuridad de la habitación y ella intentó abrir una ventana atascada. Yo empecé a sacar los abrigos del fondo del armario, pero eran una masa negra, infinita, inagotable. Cuando la mano de Álvaro giró el pomo de la puerta, Laia tiró de mí y me arrastró al hueco bajo la cama de matrimonio.

El envés del somier se desveló entonces como un almacén de zapatos y casas de Playmobil. Las empujamos para caber a manotazos y un golpe contra una pata me hizo sisear de dolor. Laia se colocó sobre mí para taparme la boca, así que esta fue la situación: había abierto los ojos y tenía a Laia Bayón encima. La fiesta vibraba bajo mi espalda, a través del suelo; su pelo, que de apenas rojo había pasado a apenas rosa, era una cascada que bloqueaba la luz y me hacía cosquillas en la frente. Su respiración me golpeaba los labios.

—Entra, entra… —oímos decir a Álvaro muy borracho—. Echamos el pestillo… ¿Quién va a subir? Cierra, dale…

El clic de la puerta y el chasquido de un beso. La cara nos cambió al instante: Álvaro había subido con Alma.

—Espera, que tengo hecho un nudo… —dijo él, y entendimos que se desnudaban—. Espera… Qué asco este bañador.

Las sombras de cuatro pies se acercaron a los bajos de la cama. Alguien se sentó sobre el colchón y este golpeó a Laia en la coronilla. Ella apretó la nariz contra mi cuello, y eso lo habría ocupado todo, si yo no hubiese estado pensando que iba a tener que oír a Álvaro montándoselo con Alma.

—¿Tenemos que usar condón? Por si se pega… Yo qué sé.

—¿Cómo se va a pegar? —dijo Alma con una voz que me sonó ronca, impropia.

—Yo qué sé. Si no otra rápida y ya está…

—Pero si dijiste que esta noche. Venga ya… Álvaro, hermano… —¿Hermano?—. ¿Qué se va a pegar? Es una cosa rara de la orina. Es una cosa que va por otro lado.

Giramos las cabezas a la vez: la persona en la cama no era Alma.

Álvaro estaba besando a Cristo.

—No me jodas —jadeó Laia.

Le tapé la boca de vuelta, pero fue tarde. Los tobillos se volvieron. De pronto, uno de ellos se fue a comprobar la ventana y el otro se puso en pie y removió las sábanas de la cama.

—¿Quién está ahí? —exclamó Álvaro—. ¿Quién coño está?

Laia y yo nos miramos y, antes de que encendiesen la luz y nos pillasen, ella tomó otra de sus decisiones por impulso: se me quitó de encima y se puso en pie con los brazos en alto.

—Perdón. Soy yo solo. Perdón.

—¿¡La puta PeloPony!?

—¡Coño! —gritó Cristo, buscando algo con lo que cubrirse—. ¡Coño! Pero ¿y tú qué haces ahí metida?

—He subido un rato —improvisó ella—, a mi… A buscar aquí un cargador.

—¡Esto estaba vetado! —la riñó Álvaro fuera de sí—. ¡Esta es mi habitación y te vas a tomar por el culo! ¡Estás como una puta cabra! ¡No te arreo porque eres una niña!

—¡A ver, te me vas bajando dos tonos! ¡Te me bajas que tampoco quiero hablar del pitorreo que os traéis, que si se entera Alma os mata!

—¿¡Cómo!? ¿¡Me estás amenazando!?

—Layita… —balbuceaba Cristo—. Vamos a ver. Me estaba dejando un bañador. Tú te estás equivocando y también tú entiendes lo que quieres…

—¿¡Tú me estás amenazando, tía!? ¿¡Y qué cojones me importa a mí Alma!?

Un golpe en la puerta. El giro de la manilla.

—Álvaro. —Alma estaba llamando a la habitación—. ¿Vas a bajar? Te estoy oyendo, ¿qué gritas? ¡Álvaro!

Los tres se sobresaltaron y corretearon los unos contra los otros. Álvaro se apresuró a intentar despacharla tartamudeando disculpas contra el

pestillo. Laia buscó un hueco al fondo del armario mientras Cristo lloriqueaba buscando sus calzoncillos.

—Voy a abrir —susurró Álvaro—. Voy a abrir. Se está catando.

—¿Qué me cuentas? ¡Que estoy en pelotas!

—Sabe que me las traigo.

—¡Álvaro, que te juro que nos mata!

Cristo sacó a Laia de un empujón y se metió en el armario cuando Álvaro ya abría. Ella se desplomó sobre las mancuernas del suelo.

—Holaaa —lo oí canturrear, mientras Alma entraba.

—¿A ti qué te pasa? ¿A quién tienes aquí…? ¿Laia?

—Holaaa.

—Estábamos —explicó Álvaro—, charlando un poco na más, gorda.

—¿Charlando de qué? Álvaro, ¿estás aquí en paquete con una tía? —Alma tardó un instante en encenderse. La rabia le burbujeó hasta la nariz y pegó el primer empujón—. Me cago en todo, ¡y que la tienes tiesa!

—No, no, que es un cargador…

—Pero, bueno, ¿yo me chupo el dedo? ¿Aquí qué está pasando?

—¡Gorda, cálmate! ¡Calma, calma…!

—¡No es eso! —gritó Laia—. ¡Alma, escucha!

Una fuerza más allá de mi control, garabateada en las instrucciones de mi cuerpo, desafió mi inteligencia entonces: salí de debajo de la cama y atrapé a Alma por la cintura.

—¡Alma, no!

—¿Diana?

—¡Pero…! —jadeó Álvaro, consternado—. ¿¡Y esta otra dónde estaba metida!?

La puerta del armario cedió. Cristo cayó sobre los abrigos, sin aire y completamente desnudo, y se cubrió la cabeza con las manos.

—¡Era una paja nada más! ¡Era una paja compartida de chavales!

La fiesta cazallera se acabó. Los invitados fueron devueltos a sus pueblos y el altavoz de *bluetooth* regresó en un maletero a Constantina.

Media hora más tarde, estábamos los siete tras la valla de las vacas mientras Cristóbal Conde se colocaba una rebeca de primera comunión. Este castigo, apodado por las primas como La Penitencia, fue lo único que convenció a Alma de no recurrir esa noche al doble homicidio. Aún pasarían años hasta que Alma descubriese, en un giro de rodilla, la fórmula aritmética para la torsión testicular, pero empezó a calcularla entonces. Sin mucha ceremonia, salimos en tropa hacia el cortijo y luego bajamos con la rebeca por la cuesta. Álvaro había exigido que la ceremonia fuese privada, en la oscuridad del monte. Habíamos tenido que espabilar a César y Oli, que se habían dormido de nuevo contra una pared y los ojos se les cerraban del sueño.

Furiosa, humillada, todavía aturullada y borracha de rebujito, Alma obligó a los chicos a ponerse en paredón y observó cómo Cristo aguantaba la tortura.

—¿Ya?

—Ya mis cojones. ¿Cuánto le queda?

Yo miré mi móvil.

—Diez minutos y treinta y cinco.

—¿Cómo que diez minutos? —se quejó Cristo—. Alma, carajota, por Dios, por lo que más quieras. Que me está saliendo una soriasis mala.

—Y siete te tendrían que salir. Y nueve, por Judas.

Cuando le tocó el turno a Álvaro, este serpenteó mientras intentaba subirse la rebeca por el brazo. Iba aún en calzoncillos y, del *shock*, la erección le volvía y se le iba a cada rato, una sangre desorientada. Pero por más que intentó encajarse en el trapo, la tarea se certificó como imposible

de cualquier manera: Álvaro era enorme y la rebeca no aguantó el tirón entre sus omóplatos. Se rajó en dos.

Olivia, que dejó de pronto de estar sonámbula, corrió a por ella.

—¡La Penitencia! ¡La Penitencia de la abuela de toda la vida!

—¡Ea, se acabó! —dijo Alma—. ¡Me lío a hostias! ¡Aquí no se ha cumplido nada y yo me lío!

—¡Alma! —la paré yo—. ¡Alma, no!

—¡Quítate! ¡Quítate, que reviento! —Lanzó un gancho al aire y este le dio en la cara a César—. ¡Maricardos!

—¡Alma! —grité—. ¡Que haces daño!

—¡Alma! —gritó Laia—. ¡Homofobia, no!

—¡Como me hayáis pegado la infección de orina…!

—¡Que eso no se pega! —se defendió Cristo—. ¡Que eso es por otro agujero!

—¡Illa, que estás loca de la puta cabeza! —dijo Álvaro—. ¡Que fue una paja de chavales de las que nos hacemos!

Y, de repente, se oyó la reverberación de un estallido. Yo levanté la cabeza y fui la primera que lo vi, viniendo como una sombra desde el lateral del establo: el dueño de las vacas, cargado con una escopeta de caza. Era un hombre robusto, vestido con pantalón de pijama, y pegó otro tiro al cielo.

—¡Fuera de aquí! —bramó—. ¡Fuera de mi finca, panda niñatos!

Echamos a volar como una bandada de palomas.

Nos empujamos entre nosotros, espantados, y miramos alrededor como buscando una puerta de emergencia. Lo que había en su lugar era un campo enorme y oscuro, y en medio de ese caos Alma consiguió encasquetar alguna patada. A Oli se le saltaron las lágrimas. Laia me cogió la mano y tiró de mí. Me subió al galope por la cuesta de tierra.

Corrimos todos, tropezándonos con las piedras, y huimos hacia el norte hasta que alcanzamos los escalones del cortijo. Cristo se metió en la otra casa y César desapareció toda la noche y lo encontramos por la mañana durmiendo frente a la barbacoa.

La mano de Laia me llevó hasta el salto que requería subirse a una ventana.

Empujamos los cristales y entramos en el cuarto, y cerramos detrás como si nos persiguiera una guerra. Durante un segundo, nos miramos sin aire sobre la cama. Luego nos surgió una risa nerviosa, inevitable, que tuvimos que dejar de contagiarnos para no despertar a su padre.

—Diana. —Los ojos le brillaban, dilatados, por la impresión—. ¿Qué ha sido esto?

—Se me ha caído el móvil.

—Diana: Cristóbal Capirote. Madre mía… ¿Qué me dices? ¿Se habrán muerto por ahí o algo?

Me tumbé en el colchón. Sentía el pulso latiéndome desbocado en el pecho y una adrenalina que identifiqué que era prestada, que pertenecía a la vida de otra persona. Habíamos arruinado la fiesta. Me dolía un raspón de tierra en el codo. Me sentía pletórica y grande, como si el mundo estuviera escuchando; el mundo parecía mío bajo el chute caliente de la valentía. Eso debía ser lo que se sentía al ser Laia Bayón.

Laia giró la cabeza sobre la cama y me enseñó algo.

—¿A dónde te llevo?

Me costó enfocarlas durante un momento: las llaves plateadas, brillantes, de la Vespino de Álvaro Alcalá.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Cuándo…?

—Cuando nos hemos jugado el pescuezo. ¿Te parece poca cosa?

—Te va a matar. Mañana se va a dar cuenta y se lo huele.

—Pero mañana estarán puestas en su moto. —Laia sonrió y zarandeó las llaves sobre mi cabeza—. ¿A dónde te llevo, gorda?

Eran las cuatro de la madrugada cuando salimos al campo a robar la motillo. El garaje de Álvaro seguía abierto después del final abrupto de la reunión y la alarma de robos estaba apagada. Yo estaba llena de una euforia irreverente, del empuje de una niña que acaba de aprender un insulto. Laia no tenía que convencerme de nada. Esa noche, podría haberme llevado a donde ella quisiera.

Había pasado el verano tratando de recuperar una versión de Laia que ella decía que había perdido y, por el camino, Laia parecía haberme recuperado a mí de algún lado; de una inmovilidad congénita, que volvería a mí la siguiente mañana, pero que entonces se sintió como un error. De algo que nunca repetiría llamándola demasiado tarde desde Wurzburgo.

—Agárrame —me ordenó cuando ya habíamos arrastrado la moto hasta la carretera—. Diana, estás tiesa. ¡Si esto ya lo hemos hecho! No cabes detrás porque estás tiesa.

—Estoy tiesa porque no quepo.

—Agárrame.

—Nos vamos a matar. No tenemos ni casco. No se puede ir sin casco.

—Diana, ¿alguna vez has visto tú que yo me caiga?

—Doscientas veces.

—Pues eso es lo importante. Que aquí sigo.

Laia arrancó la moto y no sé aún por qué le confiamos nuestra vida. Éramos adolescentes, supongo. La vida tenía menos valor que el precio de ese momento.

El motor se encendió con el ruido de una caja de petardos. Las ruedas nos propulsaron y luego frenaron, y nos movimos al unísono en un balanceo inestable. Pero Laia arrancó la moto y su pelo me cubrió la cara cuando

llegó el viento, cuando me subió el cosquilleo de la velocidad por dentro y tuve que recogérselo bajo la visera de la gorra.

Era una noche reluciente y solo se veía lo que ocurría en el cielo. Los árboles se habían fundido para ser la sombra de la luz de las estrellas.

Laia quizá derrapó y quizá en algún momento nos calamos y tuvimos que empezar otra vez. No sabíamos si tendríamos la gasolina suficiente. Confiamos en que la moto funcionase con aceite de girasol. Podríamos habernos quedado tiradas en medio de la madrugada haciendo autostop, no sé si me explico; pero lo que ocurrió fue que llegamos a la nave de las puertas y yo lo acepté como una obviedad: no podría haber pasado de otra manera.

Sí que había una bicicleta pequeña, un fósil de metales, atada a un poste detrás de la valla.

—¿Cómo va?

—¡Va! —me respondió Laia, pletórica, mientras daba vueltas en ella y se le atascaban los pedales—. ¡No tiene luz ni nada, pero tú echas faro y yo te sigo! Dios, ¿oyes la cadena? Tocotró, tocotró… ¡Si cambio de marcha, esto se descuajaringa!

—¿Cómo que echo faro?

—Que iluminas con la moto.

—Laia. —La miré aterrada—. No voy a llevar yo la moto por la carretera.

—¿Y vas a llevar la bici? ¿O llevas la bici en brazos en un centímetro de moto?

—Prefiero llevar la bici.

—Pero no vas a llevar la bici, porque no tiene freno y yo mando en mi campo.

Volví al cortijo conduciendo una moto sin carné. Hubiese sido el acto más intrépido de mi vida si no la hubiese llevado tan lento, pegada a la pared, que Laia se cansó de ir detrás y me adelantó, aunque no viese sin los faros. Me acabó guiando ella a mí, más de media hora de curvas y curvas bordeando el contorno de los montes, y a veces apretó la velocidad para obligarme a acelerar.

Laia se quitó la camiseta y se la ató a la cintura sin soltar los pedales. Llegó al cortijo a mitad de asfixia y ni con eso la convencí de que no hiciese un derrape por la cuesta. Era un animal deslumbrante y testarudo, ¿cómo iba a acabar Mario con eso?, pienso ahora. ¿Cómo va a acabar con eso el final del mundo? Yo temblé todo el trayecto, aunque no nos cruzásemos con ningún coche, y temblé mientras apagaba el motor, y temblé mientras devolvía la moto al garaje.

Laia hizo un caballito sobre la rueda trasera, en la oscuridad del porche. Solo entonces, como programado para ese momento, la bicicleta pleistocénica cedió con un crujido y se desarticuló.

—Dios, Laia, ¿estás bien? ¿Estás bien?

—Joder…

—¿Estás bien?

Esa fue la media hora de vida de la prometida bici de la nave de las puertas.

Laia se cayó de culo a las baldosas y se incorporó como pudo, con el manillar en una mano. Iba a amanecer en menos de una hora y el cielo se estaba tiñendo de celeste. Nos miramos y, cuando creí que nos disgustaríamos, de pronto apretamos la boca y nos echamos a reír.

Fuimos a la alberca junto a la casa de Olivia a deshacernos del sudor en la ducha.

El agua densa, un pozo que reflejaba el cielo, estaba templada cuando nos sentamos a meter los pies. Mientras me humedecía la nuca y los brazos, Laia se deshizo de sus pantalones y se lanzó con una voltereta a la piscina.

—Me debes una carrera de natación —dijo.

—¿Qué dices? ¿Qué te voy a deber?

—Que hay que desempatar las carreras.

—No hay empate. Las gané yo todas. Laia… —Sacudí la pierna cuando intentó tirarme vestida—. Laia, que no tengo el bañador.

—¿Esta es la famosa heredera de Inés Aplauso? ¿El almacén de Peta-Zetas?

Me quité la camiseta y me dejé los pantalones. La alberca me recibió con un golpe frío y otro caliente, con el olor a cloro y a musgo, todo mezclado. Era casi cuadrada. Podíamos atravesarla ambas en cinco brazadas bien hechas.

Laia se pegó a la pared y la vi prepararse con una competitividad que ya conocía, que le había manchado la cara de cera a los nueve años. Cuando hicimos la primera ida y vuelta, casi se estrelló contra el bordillo. Pero le gané.

—¡No es justo! —se quejó—. ¡Tengo agujetas! ¡Eres una tía mucho más larga!

—¿No que era solo un cuarto de cabeza?

—¡Eres un churro a motor! ¡Vas embalada! Otra vez —sentenció, recuperando el aire—. Dame un segundo, que tengo flato.

Hicimos otra carrera. Laia perdió de nuevo.

Su problema consistía en que no se paraba a respirar: se peleaba a golpes con el agua hasta que esta le ganaba la pelea. Al tercer fracaso, se desató la parte de arriba del bikini y declaró que le había amañado la victoria. Se la quitó y la lanzó sobre la escalera, y ahora pienso, sabiendo lo que ocurrió,

que fue un acto tan premeditado como de inocencia. Que sabía lo que estaba haciendo conmigo. Que solo hacía lo que sabía hacer.

A la cuarta carrera, salimos del agua al mismo tiempo y se declaró empate. Nunca le reconocí que había sido por eso, porque estaba moviéndome en diagonal para esquivar su desnudez.

—La última —me exigió—. El desempate final.

—Te he ganado cuatro.

—Desempate final y esto lo decide todo en el mundo.

Hundí la cara en el agua. Me impulsé con los pies sobre los azulejos.

Con los ojos cerrados, el universo era una nada negra y estrepitosa: estallidos y burbujas. La presión de una ola en lo alto del cráneo. Cogí aire y di la vuelta cuando alcancé el otro extremo. Cinco brazadas, una, dos, cuatro, cinco y me lancé a ciegas a por el bordillo y lo atrapé con ambas manos.

Cuando levanté la cabeza, Laia estaba frente a mí. No le quedaba oxígeno en los pulmones y era más alta que la urbanización entera.

—He ganado.

Yo le sonreí, sin aire. Me ardían los oídos y el bosque detrás giraba.

—Vale —jadeé—. Vale. Uno a cuatro.

—No, porque esta era la que valía. Si te das cuenta, esto es ganar del todo porque es quitarte el puesto a ti.

—Eres alucinante. Me has tirado de una pierna.

—Te lo inventas.

—Me has estafado.

—¿Cuál es mi premio? —preguntó, y fue entonces cuando me di cuenta de dónde estaba colocada yo (frente a Laia) y de dónde estaba Laia (arrinconada contra el bordillo de una piscina).

Entenderlo pareció romper o comenzar alguna clase de hechizo. Sus hombros bajo mis muñecas. Su aliento acelerado enfriando mis clavículas. Nos paralizamos un segundo y existió el instante en el que pudimos apartarnos, pero no ocurrió. Nos miramos como en la feria, de los ojos a la boca.

De pronto, sentí sus manos tirar de mi cintura.

—Laia.

Laia se mordió los labios y me acercó. Yo respiré hondo, existiendo dos segundos antes y dos segundos después de cada movimiento.

—¿Qué?

—Laia —le supliqué, mientras me cedían los párpados—. No me hagas esto…

No sé quién besó a quién.

Su boca encontró mi boca.

Había imaginado tantas veces ese momento y en ninguna de ellas estábamos allí, contra el borde áspero y frío de la alberca. Laia separó los labios y sabían a agua limpia y a chicle de menta; a algo tierno y resbaladizo y autoritario. Noté su mano subir hasta mi mentón. Me abrió la boca y mi lengua trazó un camino desde su piercing del labio hasta su lengua.

Había imaginado esto: que si ocurría sería dulce, un beso de juego de la botella, un descubrimiento primerizo. Cuando ocurrió, fue casi con prisa, la explosión de algo embotellado. Su piel contra mi piel, y manos, y dientes, y mi cuerpo agarrando su cuerpo y subiéndola de un impulso a mi cintura. Laia me rodeó con las piernas. Yo pegué su espalda a los azulejos con una urgencia que no reconocía, que no tenía nada que ver con lo que yo sabía del hambre. Si eso era besar, era la primera vez que besaba nunca. Me latía en el estómago una nueva carrera: la boca de Laia. El ruido que le salía de

la garganta y chocaba con el ruido de la piscina. Los dedos de Laia bajando al cierre de mi sujetador.

Sin verla, entendí entonces; sin ojos, podría haber adivinado siempre que estaba besándola a ella. Supongo que fue eso, que no podía ser otra, lo que en algún momento me paró. El recuerdo de la inacción. El silencio de Inma. Estaba engañando a Inma, y la culpa, la culpa, la cul…

—No —jadeé de repente, y me separé. Mi voz salió extraña, temblorosa. Qué arrepentimiento estúpido, cuando ya estaba todo hecho—. Laia, no… —fue lo que dije—. No puedo. Esto… No puedo. Perdón.

Las manos de Laia retrocedieron.

Durante un segundo, nos quedamos así, con mis brazos de nuevo a ambos lados de su cabeza. Miré el agua y sus hombros por no mirarla a ella, por no ceder o no hacer real que había sucedido. Laia respiró hondo y luego preguntó:

—¿Quieres…? —Carraspeó, pequeña—. ¿Te traigo una toalla y la ropa de…?

—No, voy a… No hace falta.

—Salgo y te traigo una toalla.

—No hace falta.

La cabeza de Laia se hundió frente a mi cuerpo y luego apareció junto a las escaleras de la piscina. Se ató el bañador y se colocó sus Nike, todavía chorreando. Volvió al rato y me dejó una toalla delante, doblada, seca, sobre el bordillo.

Laia se fue en silencio y yo me quedé en la alberca contemplando el agua.



La segunda mañana después del escopetazo, Álvaro Alcalá, el hijo de los vecinos, apareció en el cortijo para explicarle a Alma la práctica histórica de las «pajas de chavales».

Venía con un discurso, y me hizo escucharlo a mí también, sobre la Antigua Roma y la estimulación de la testosterona mediante rituales masturbatorios. Esto, según él, era cultura del hombre, un acto de virilidad que las mujeres no comprendíamos.

Álvaro no volvió a intercambiar palabra con Cristo el resto de días que nos quedaban allí, que tampoco fueron muchos. Se mirarían de lejos, con una ira indescifrable, que vagaba entre la frustración, la aversión y el anhelo.

—Mira, chaparrón —le respondió Alma—, aún te la vas a llevar. ¿Qué coño quieres? ¿Tú te crees que yo voy a ir a tus colegas de Constantina a chivarles como la gran cosa que te ponen los tíos? Mira: si te ponen los tíos, fenomenal. Si te ponen, lo entiendo, y ya somos dos con dos desgracias.

Mientras hacíamos la ronda de vigilancia frente a la puerta de Olivia, Alma me ofreció por primera vez un cigarro, que le rechacé, y luego hizo algo menos predecible y me trajo un Aquarius de la despensa.

—Tengo fatiga.

—Tendrás que beber —me argumentó—. Tía, ha pasado lo que ha pasado. ¿De qué te sirve la tortura?

—Yo qué sé…

—Ya ha pasado.

—Yo nunca… —murmuré saboreando mis náuseas—. No sé ni cómo lo he hecho. No dejo de pensar en cómo será cuando se lo diga.

—Le dices: «Estoy a otra cosa». «Era verano y llevamos un mes». —«Llevamos cinco», la corregí, y Alma chasqueó la lengua y se pasó una mano por el pelo—. Diana, no es que haya sido esto una cosa ilógica con

una prima de alguien. O quizá es una prima de alguien, coño… La cuestión es que la quieres.

—Eso es una idea que dices tú.

—¿No la quieres? —preguntó ella casi riéndose.

Yo pensé que responderle a eso, que ya estaba respondido, era un aumento secreto e imperdonable de mi traición. En su lugar, le rebatí:

—¿Y qué justifica eso? ¿Qué quita eso de hacerle daño a Inma?

—Que eso es lo único que te importará dentro de cinco años. —Éramos incapaces de imaginar lo que importaría ahora—. Porque creo que ocurre algo asqueroso aquí y es que os estáis queriendo todos… Y a mí sí que se me está quedando cara de prima.

De repente, se abrió la puerta de la habitación y Olivia salió con el pelo rubio enredado. Alma y yo nos incorporamos, expectantes, mientras ella cerraba y negaba en silencio: había fallecido el enfermo del hospital.

—¿No va a pasar?

—No va a pasar —dijo acalorada—. Yo ya iba, ya le había perdido el susto y… Bueno. Ha tenido un accidente.

—¿Fuera o dentro?

—A la mitad. En el pellejito.

Laia se acercó a mí esa tarde.

Habíamos dormido a una cama de distancia la noche anterior, tan cerca que podíamos oírnos no dormir, pero nos habíamos estado obviando de forma casi coreografiada. Ella salía y yo entraba. No podíamos darnos más espacio en un cuarto lleno de vergüenza y maletas por cerrar. Apareció en la ventana cuando yo recogía mis pijamas del armario y me preguntó:

—¿Podemos hablar?

Yo la miré por primera vez desde antes de besarla.

—Sí.

Laia echó a andar al monte y la seguí unos pasos por detrás, cuesta abajo.

Aunque no lo dijo, entendí la parte en la que primero teníamos que buscar cierta soledad a una distancia prudencial del cortijo. Pasamos el terreno vallado de las vacas. Llegamos a las higueras bajas del tío Ángel. Pensé que pararía allí, que nos frenaríamos como la noche que cayó la tormenta, pero conforme Laia andaba y andaba, el paseo se convirtió en un peregrinaje y entonces entendí, quizá tarde, que estaba huyendo de mí. Laia había venido a buscarme, pero huir al monte era lo único que había ensayado.

—Oye —la llamé precavida—. Laia, escucha, ¿no estamos muy lejos?

—¡No, qué va! —me respondió—. ¡Es que es un sitio que yo me sé! Es… ¡Estamos ya aquí al lado! ¡Es un sitio que…!

—¿Tan lejos?

—¡Es un sitio!

Laia dedicó veinte minutos de camino a fingir que buscaba un sitio mientras buscaba las palabras y luego paró en seco en cualquier lado. Miró alrededor, nerviosa, buscando algo en donde sentarnos. Encontró una roca grande en la bajada al río y se instaló en ella.

—Aquí es.

—¿Aquí? —Me senté al otro lado y la roca entera bailó—. No sé si es… Parece que está coja.

—No, así son todas las rocas. Es una sensación de roca.

—Vale —asentí, tragando saliva—. Vale.

Nos quedamos frente a frente, contemplando el bosque y el moreno de la piel de nuestras manos. Hacía un calor insoportable, pero ambas evitamos quitarnos las camisetas, como si nos hubiésemos desplazado a una roca a tener una reunión formal.

—Diana, yo…

—Perdón por…

Nos interrumpimos y nos callamos. Entonces, por fin, sonreímos un poco.

—¿Puedo empezar yo?

—Empieza tú.

—Porque creo que… —siguió Laia—. Porque si no lo saco ya, creo que voy a tirarme al río.

—No te tires al río. Por favor.

—Diana —empezó ella, y abrió y cerró la boca tres veces antes de concluir—: Genial. No sé empezar tampoco. Señor mío, qué bochorno… Qué inútil; no, porque te juro que venía con la copla y lo he pensado; no, no, espera. No me cortes, dame un segundo. —Y tomó aire hasta el fondo de los pulmones. Yo pensé que ahí estaba el momento: la decepción que me merecía y con la que me echaría en cara que no le había hablado, que no la había mirado siquiera, después de besarla contra el bordillo. Pero, en su lugar, dijo—: Inma no tiene que enterarse. Diana, yo no… No se lo digas a Inma. Esto puede no haber pasado.

Pestañeé, sin reacciones. Laia siguió su discurso en un atropello:

—Porque creo que es bueno e importante lo que tienes con Inma, y es mi culpa, lo que ha pasado. Y no lo sabe nadie más. Y yo te comprometí, Diana, vale; es mi culpa que…

—Laia —dije confundida.

—Pero creo que es alguien con quien eres feliz, y sé cómo eres, y no quería fastidiártelo. No quiero que… Para mí, lo que quiero…

—Laia —volví a decir más alto para que frenara—. ¿Qué dices? Ayer no… Eso no ha sido así.

Laia sacudió la cabeza.

—Diana —insistió—. Te he mareado.

—Eso no ha sido así.

—Venga, ¿y cómo ha sido? ¿Y nos hacemos las gilipollas?

—No es una cosa tuya. Es… No es algo que hayas hecho solo tú.

—Me pediste que parara —me recordó—. Te he arrastrado a robar una moto, por Dios… Te he dado pena todo el verano. Te doy pena desde siempre y me lo toleras, y aquí te tengo ahora por esto.

Fruncí el ceño, patidifusa.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que lo que siento por ti es pena?

—Diana, joder… —Laia chasqueó la lengua y se frotó los ojos—. No jodas eso. Lo que tienes en Sevilla… Lo que tienes con Inma…

—No voy a mentirle a Inma —la corté—. Yo también estaba ahí. Yo soy la persona que se lo debía a otra persona. Y también te debo… ¿Qué dices? No he sabido ni cómo mirarte a la cara. Pensaba que estabas enfadada, pensaba que…

—¡Dios, Diana! —exclamó de pronto—. ¡Enfádate! ¡Enfádate conmigo!

Se hizo un silencio de un segundo entonces, mientras a Laia le bailaba la respiración en los labios. Los ojos le brillaban por mi falta de ira, de algo que había aprendido a esperar, entendí, de otra voz.

—¿No te das cuenta? —dijo—. Todo lo que hago… ¡Todo lo que he hecho mal este año he acabado haciéndotelo a ti! Me he cargado lo que tenemos y lo he convertido en… Mario ha… ¡Enfádate! —me ordenó, y me empujó el pecho—. ¡He sido una egoísta contigo! Mi vida es… Pues a lo mejor no sé quién soy. Me dijiste que soy fácil de querer, el día del Rectorado, pero la verdad es que soy… No sé cómo tener cerca a nadie. Te doy pena porque estoy sola de verdad, Diana. No sé qué voy a hacer en un mes cuando todos estéis empezando la carrera y ya me quede atrás, en un arbusto para siempre, y te he… Te voy a perder por esto. Y me importas

tanto, infinito más que esto, Diana. Diana —musitó—, eres mi única amiga. —Le asomaron lágrimas en las esquinas de los ojos y se las rebañó abochornada—. Dios, y eso sí que ha dado pena. No… Perdón. No, no me consueles. Perdón… —Yo le agarré la cara igualmente y le limpié el llanto con los pulgares—. Por favor, para.

—Laia.

—Está Oli también. O sea, pero eso es como contar en la lista a tu abuela…

—Laia.

—Y sí, y me… Y quería besarte. —Se rio, como si fuese una broma de mal gusto—. Porque eres como… Alguna clase de profeta, ¿qué le hago? Caes continuamente frente a mí de algún lado del cielo. Estás hecha de crema para el sol, como de… churro de porexpán. ¿Cómo se puede…? ¿Cómo no iba a quererlo? —Cayó de pronto en lo que estaba diciendo y retrocedió. Se limpió con la mano—. Pero es algo… que me parece bien como sea. O sea, estar contigo, ser tu amiga. Y no quiero perderte y ayer pensé que ibas a… Y yo también quiero ser para ti eso, ¿vale? Algo bueno, un churro o algo que…

Paralizada de culpa (incapaz de desafiar la culpa, tampoco entonces, para besarla), solté las mejillas de Laia y la abracé contra mi pecho. Pegué mi boca a su pelo. Cerré los ojos con fuerza, desesperada. Ella no supo dónde colocar las manos y las dejó quietas entre nosotras, al final de mi camiseta, un tirón que me hundía en la tierra.

—Laia —le pedí—. Por favor. —Y tuvo que sonar a una súplica muy rara—. Déjame hablarlo con Inma. No vas a perderme, no estoy enfadada, ¿cómo voy a estarlo? Tú eres… Eres Laia Bayón. Yo no sé caer del cielo en ningún otro sitio.

Laia apretó su frente contra mí. No nos movimos, por miedo a no saber qué pasaría si nos mirábamos.

Mi cuerpo y su cuerpo se convirtieron en un solo peso en la balanza del mundo, en un extremo de una roca en la sierra de Cazalla; y de repente la roca, como había estado avisando, se ladeó un poco y cedió. Una nunca espera, de todas formas, que una roca de cien kilos sea capaz de girar sobre sí misma y echar a andar por el campo.

La roca rodó.

Perdió el punto de apoyo, como el mecanismo de balanza de un tiovivo, y lo primero que sentí fue que me caía sobre Laia. Para cuando quisimos reaccionar, estábamos estrellándonos en el barro caliente y nos habíamos raspado con las zarzas, e intenté agarrarme a un tronco para evitar el descenso, pero no lo conseguí.

La piedra bajó la ladera y se estrelló en un salpicón contra el río. Laia llegó más tarde y su cuerpo se enredó entre las ramas de un matorral. Yo acabé tumbada en la ribera, con un dolor punzante, un pulso ácido, latiéndome en el pie.

—¡Diana! —la oí gritar. Cuando levanté la cabeza, me estaba apartando el pelo de la cara. Se había raspado la frente, pero me miraba como si el desastre solo me hubiese ocurrido a mí—. ¿Estás bien? Dios, ¿qué ha…? ¿Cómo se cae una puta roca?

—Estando coja, la roca…

—¿Estás bien? ¿Estás bien?

—Creo que… —Me intenté poner en pie, pero el tobillo se quejó—. Mierda. Me he hecho algo.

—¿El qué?

—Un esguince. Quizá un esguince.

—¿Lo puedes apoyar?

—Es… Está complicado. ¿Estamos lejos del cortijo? ¿Dónde estamos?

Laia me miró a los ojos con sus ojos enormes de gato callejero: no tenía ni la más remota idea de dónde estábamos. Contemplamos nuestro alrededor, el bosque tremendo y desconocido, que de repente parecía habérsenos puesto en contra. Ella se puso en pie y lo evaluó.

—Vale —dijo, cuando volvió de pasearse hasta lo alto—. Se tiene que volver a donde sea si seguimos el curso del río.

—¿Cómo? Pero ¿yendo por el río?

—El río es el río. Pasa al lado del cortijo y tenemos que llegar.

—¿Qué? Yo no sé si puedo… Va a anochecer y hay piedras, Laia.

—No puedo subirte a pulso al monte.

—¿No podemos avisar y que vengan? ¿No podemos llamar? —pregunté, pero mientras sacaba el móvil ya lo había recordado: en Cazalla apenas había cobertura.

Cuando volví a mirarla, Laia se estaba remangando los pantalones del peto. Se subió la tela vaquera hasta lo alto de las rodillas y quise preguntarle qué estaba haciendo. Le sangraba una herida en la pierna, pero solo se quejó por el agua helada. Esta la empapó hasta la cintura, pero ella se puso de cuclillas para que le llegase a los hombros.

—Venga —me ordenó, decidida—. Súbete.

Yo, media cabeza más alta, coja y perdida al final de la cuesta, tardé en reaccionar.

—¿Qué?

Laia me llevó a caballito por el río hasta que vimos sobre la ladera las luces del porche del cortijo.

Fue una travesía de cuarenta minutos en la que nos anocheció y el agua pasó de un brillo a un murmullo, a un conjunto de obstáculos que solo palpábamos. El cosquilleo de los peces en la piel. La vegetación pegajosa y

húmeda que también nos palpaba. Laia no paró más de tres veces a coger aire e incluso ahí no se quedó quieta: subió la cuesta para otear el horizonte. Si no nos hubiese llevado a casa, habría conseguido descubrir otra.

No puedo olvidar esa tarde ahora. No sé cómo lo hizo con las rodillas dobladas, los zapatos de ambas al cuello como dos alforjas. Laia Bayón parecía haber nacido preparada justo para eso, para las cosas de verdad, y aunque le dije que podía andar con ella, se negó y me llevó a la espalda. Yo tenía que pesar más de la mitad de una estantería incluso en el agua, más que un pedrusco que sería muy buena idea tirar al río en el corto del Desarrollo.

—No puedes dejar que se ponga peor —me dijo—. Te lo tienen que ver. —Mi tobillo hinchado e inútil que había durado solo una caída—. Porque se te puede romper y es un peligro. Agárrate. Te estás cayendo.

—Esto es un peligro.

—Agárrate bien de una vez.

—Te me puedes romper tú.

Laia sonrió y yo le vi el perfil iluminado por el último rayo del sol, veinte minutos antes de que nos desplomásemos juntas sobre la hierba. La tía Luisa y César me llevaron al cortijo en volandas. El médico me diría, ya en Sevilla, que me había roto un trozo de fíbula. Pero esa tarde que no olvido, subida a su espalda con los sentidos saturados, Laia me rescató del río como una avispa perdida en el agua.

—Yo voy a durarte —me respondió—, por lo menos hasta el fin del mundo.

Una bolsa en la cabeza y un pinchazo en el

OceanofPDF.com



tobillo. El quejido de la cicatriz. El fantasma de una roca del campo que me reconfiguró el hueso a los diecisiete.

El dolor solo volvía cuando me temblaban las piernas del pánico: parando el coche en el arcén de la autopista. En una turbulencia en el avión a Berlín. El día que operaron a mamá del quiste y tardó en despertarse de la anestesia. Digiriendo, bajo una bolsa, que quizá Alma ya estaba muerta.

El rugido de la furgoneta. La presencia silenciosa, invisible, de otros siete desconocidos siendo transportados en su propia oscuridad.

Los dientes me castañeaban, pero no hacía frío, y sentía que me convulsionaba a golpes el centro del abdomen. El aire de mis pulmones, que se escapaba por los agujeros, olía a sudor y a chaleco reflectante. A sangre en las ventanas.

Quería llorar, pero no podía pestañear siquiera.

La última vez que había llorado había sido tres años atrás, en una discusión con Emma por su actitud durante la semana de las vacaciones. «Emma estará muerta», pensé. «Mamá estará muerta». «Alma está muerta y pudriéndose junto a los surtidores». «Laia —te dije en mi cabeza—, me duele otra vez. Me está doliendo la fractura del tobillo».

Un bache ruidoso.

El temblor me decía que aún no habíamos llegado a carretera asfaltada.

Debían haber pasado diez minutos desde que habíamos abandonado el campo de Estrasburgo y yo me había hundido en esa parálisis. Ahora solo tiritaba, solo peloteaba entre dos hombros sin cara en un asiento. Nos llevaban como al ganado, con la cabeza cubierta, a otro lugar que nadie nos había dicho cuál era, pero ¿qué importaba? Ni siquiera podía señalar de dónde veníamos. Aún me perseguía la prisa, la prisa de una tarea que había dejado a mitad: «Tengo que abrir un hueco en la valla». «Tengo que entregar el lunes la práctica de Realización».

—*Brigade en route pour Haguenau* —dijo una voz en el asiento del piloto—. *Échange à Haguenau, me recevez?*

Murmullo de estática. Alguien carraspeando, otro emitió un bostezo y el crujido metálico de la recolocación de un rifle. Música de CD.

«Tengo que limpiar la sangre de Alma».

—*Reçu* —respondió la radio—. *Nous Transfert d'animaux pour test. Protocole.*

—*Oui, reçu.*

Un pinchazo como una inyección en la base de las manos.

Tardé un rato en entender, porque me sentía embalsamada, que no podía ser una prolongación mágica del fantasma de mi tobillo. Desperté del letargo y me asusté: alguien estaba presionando algo cortante contra la piel de mis muñecas. ¿Un cuchillo? No. Era torpe y más grande. ¿Alicates? El instrumento templado se movió contra mi piel. Se coló entre ella y el plástico de la brida. Mi respiración se aceleró bajo la bolsa, pero no hice un ruido. El clac me reverberó en los nervios, pero fue imposible de oír tras el estruendo del motor. El plástico cayó al asiento y me liberó. Pensé: unas tijeras de la cocina.

Klaus me subió de un tirón la bolsa de la cabeza.

El aire limpio me sorprendió de pronto y me descubrí absorbiéndolo, como si acabase de descubrir que me estaba ahogando. La luz fue la peor parte, que era gris y azul tras los cristales tintados; la furgoneta militar se bamboleaba a nuestro alrededor, campo a través, camino de algún lugar en la frontera de Francia. Klaus me acababa de liberar en silencio en medio de una cárcel móvil. Había un rifle sobre el militar dormido en el asiento del copiloto. Un rifle cargado en el salpicadero. Un rifle oculto en algún otro lugar, seguramente, y en ese momento habría jurado que me apuntaba a mí.

Nos miramos.

Klaus, para no variar, no dijo ni una sola palabra. De repente, recordé lo único que yo sabía de ese hombre mudo y gigantesco: que respondía a un nombre que le había puesto alguien y que no era el suyo en realidad. «Vas a hacer esto conmigo —pareció decirme, en un asentimiento—. Vas a jugarte la vida, porque los perros descarriados no abandonamos a Jolie Lemaire».

Lo que sentí, sin embargo, fue miedo. Cuando me liberó los tobillos, aunque me avergüence reconocerlo; las piernas me pidieron que no. No estaba preparada. Para este momento y la violencia que requerirá a partir de aquí, para ser otra persona.

Miré las espaldas tras la celosía de metal que separaba a los militares del grupo de trasladados, los dos hombres uniformados que conducían la furgoneta. En varios futuros, los matábamos. En otros, moríamos.

«Tengo que volver a por Alma».

«Tengo que pedir en orientación el formulario de traslado».

«Tengo las extremidades de porexpán. Nunca he protagonizado nada. No choco los vasos en la mesa, no se sabe nada del día que nací».

—*Cecilia* —cantaba el CD—, *you are breaking my heart! You are shaking my confidence daily!*

Klaus se puso en pie. Fue con cuidado hasta la puerta trasera. Manoseó el cierre para abrirla mientras el conductor tarareaba. Me dirigió una última mirada y yo me bajé la bolsa sobre la cabeza.

Cuando abrió y se volvió a sentar en su sitio, cuando me llegó el viento y el ruido atronador de las ruedas, empecé un teatro en el que fingía que yo era tú. Estábamos en el río y yo tenía las agallas para domar la sierra de Cazalla. Lo que habría hecho mi novia en esa situación es remangarse el peto vaquero y girar este coche para volver a por Alma. Tener la seguridad templada, serena, de que solo me mataría el final del mundo.

—*C'est quoi ce bordel?* —se quejó el conductor. Paró en seco, en una neblina de tierra—. *C'est ouvert. Hey! Wake up! Tu dois descendre.*

El otro se espabiló, asustado.

—*Das?*

—*Albert, connard. It's open. Go out and close it.*

—*Verdammt…*

Albert se bajó del asiento del copiloto.

Estaba confundido, tambaleándose de su siesta, y yo lo reconocería luego: era el chico que había entrado la noche de antes en la hornacina oscura del generador. Aún le pesaba la resaca de la raya de morfina y el murciélago, así que se acercó a las puertas sin mucho interés.

Ojeó el cierre. Nada se había roto.

Nos echó un vistazo, o eso imaginé por el silencio; que nos observaba como se analiza un gallinero lleno de gallinas, mientras a mí me latía la garganta bajo la bolsa.

Luego, cuando él agarró la puerta para encajarla, Klaus se deshizo de la suya y lo tumbó de una patada en el pecho.

—*Putain! Le fusil!* —gritó el piloto, saliendo—. *Le fusil!*

—*Mein Gewehr!* —gritó Albert, y luego, en inglés—: *He's free!*

Klaus lo tiró sobre la tierra. Le rompió la boca.

—*Fils de pute!*

Los siete trasladados agacharon la cabeza al oír el primer disparo desde detrás de sus capuchas. Ahogaron un grito, confundidos, y yo me quité la mía y salí. Esa era mi señal. Me asomé a la furgoneta para ver dónde forcejeaban y salté para correr hacia la cabina por el lado contrario. Me escondí bajo la ventanilla cuando reverberó el segundo tiro. El conductor ya había ido a por Klaus.

—*Call for back up!* —gritó alguien—. *La radio, putain!*

Abrí la puerta y llegué frente al volante. Era grande y desconocido, pero tenía aún las llaves puestas. Moví la palanca de cambios, como comprobándola. Encajé mis pies sobre la presión de los pedales.

Antes de arrancar, me descubrí a mí misma luchando estúpidamente con el cinturón: estaba en Múnich conduciendo un autobús de carretera. Estaba en Cazalla siguiéndote con una Vespino. Tú acelerabas por el monte oscuro y yo te seguía, Laia, como si me estuvieses enseñando a andar sobre el mundo. Este es el mundo para el que me has preparado.

—*La bagnole!*

El motor rugió. Se oyeron gritos de confusión y otro estallido.

Yo pisé el pedal y giré el volante, esperando oír que los había atropellado y que eso me acompañaría toda la vida. La furgoneta se precipitó hacia los árboles. Marcha atrás. Retroceso. Media vuelta. Volqué mi cuerpo como equilibrando ambos lados de un balancín. Albert, golpeado y ensangrentado, saltó y rodó para que no me lo llevara por delante, y nunca vi el cuerpo del otro, pero ya no gritó.

Apreté el pedal.

—¡Klaus! —lo llamé para que subiera—. ¡Klaus, ya, ya, ya!

Metí las marchas de forma automática. Klaus saltó dentro mientras las puertas traseras se bamboleaban por el viento.

El tal Albert corrió detrás, una mancha tras la tierra amarilla, pero era tarde para él. La furgoneta se precipitó en sentido contrario, saltando sobre los pedruscos. Los pobres esposados detrás se chocaron y cayeron. Klaus fue liberándoles los tobillos y las caras, pero les dejó atadas las muñecas para que no nos impidieran volver al campo.

En el otro asiento, a mi lado, aún brillaba un rifle y el cristal frente a mí estaba plagado de moscas. Yo solo me movía bajo los efectos del vértigo: el subibaja de El Lametón. El robo de una motillo. Era una canción que ya conocía y reorganizaba en mi cabeza, y en la radio de la furgoneta sonaba así:

—*Oh, Cecilia, I'm down on my knees! I'm begging you please to come home!*

Atravesamos la valla del campo a ciento cincuenta kilómetros hora.

No puedo explicar aún lo que pasó ese día.

Lo cubre una calima roja, una contusión contra el salpicadero. Hicimos el prometido agujero, supongo. La tumbamos y el alambre crujió bajo las ruedas, y seguí acelerando hasta el hospital, hasta que mi adrenalina se acordó de que tenía que frenar yo.

Nos estrellamos.

Rompimos la puerta automática y arramplamos con la primera consulta.

Cuando me espabilé sobre el volante, con la frente sangrándome y los ojos nublados, se oía una alarma a lo lejos. Empezó a rodearnos un trote militar. Tosiendo, me escondí en el hueco de los pedales, pero no era una alarma, Laia. Eran las voces de más de trescientos refugiados.

Los secuestrados del campo, que todavía estaban abandonando el comedor, entraron en pánico cuando oyeron el estruendo del accidente.

Luego comprobaron que la valla ya no estaba electrificada. Se precipitaron a huir, o eso era lo que había ocurrido cuando yo salí. Se habían derramado, como la apertura de una presa hidráulica, por el hueco abierto hacia la espesura del bosque.

Los militares no tuvieron tiempo de reaccionar.

Quiero decir, sí, claro que reaccionaron: apuntaron a la gente indefensa. Se precipitaron a perseguirlos, pero ya habían perdido el control, porque de pronto el campo se deshacía y la autoridad se les agotaba, y la gente corría y eran demasiados. No podían dispararnos a todos.

—*Avertessiment d'incendie!* —gritaba la verdadera alarma—. *Avertessiment d'incendie!*

Me desplomé sobre las baldosas de una enfermería destruida.

Una fuerza más allá de mi control, garabateada en las instrucciones de mi cuerpo, desafió mi inteligencia entonces y me impulsó: gateé. Me puse en pie y me corté la cara con la puerta acristalada. Fui a por Alma. Tenía que llegar a Alma. ¿Dónde estaba Alma? Junto a las mancuernas. Había que evitar que cometiera otro acto concreto de violencia: romperle la nariz a Álvaro. Sangrar. Morir.

El campo se había transformado en un concierto de gritos. El hospital ardía.

Lo noté cuando ya estaba fuera de él, porque durante un rato creí que el humo era algo que expulsaba mi cabeza. La gente corría bajo el cielo encapotado y había gente noqueada en el suelo, militares que me empujaron sin verme. Había llegado, al fin, el apocalipsis.

Yo volví cojeando hasta el comedor. Ya no había nadie allí, solo el alarido insoportable de la alarma.

El fuego empezó a extenderse hasta el cuartel y entré por las puertas mientras los soldados salían. Me lancé al incendio, tragando más humo, y

nadé en él buscando el calabozo. Allí encontré un cuerpo fresco, reciente, tapado con una lona sobre una camilla. La melena oscura y larga se vertía bajo el plástico.

El corazón me dio un vuelco («No»).

Se me doblaron las rodillas («No»).

—¡Diana!

Levanté la cabeza. Alma estaba agarrada a los barrotes de una celda, con la cara hinchada de habérsela roto contra el suelo. El cadáver del chico joven, el accidente que regó las ventanas de la furgoneta, se deslizó entre mis brazos y me devolvió una mirada vacía.

—¡Diana!

—Alma —jadeé, asimilándolo, y solo entonces entendí que me bailaba la vista. Estaba intoxicada. Alma, al fondo del pasillo, parecía una alucinación—. Alma…

—¡En la mesa! ¡Diana, escúchame! ¡Coge las llaves! ¿Me estás escuchando? ¡Mantente en pie por mí! ¡Las llaves de la mesa!

Volví hasta la salita que antecedía el calabozo. Abrí los cajones y toqué las paredes hasta encontrarlas («Tienen que estar en los pantalones de Álvaro»). Luego volví a internarme en la niebla negra hasta que Alma me agarró las muñecas, hasta que me ancló a la tierra de nuevo. Mientras buscábamos la llave correcta, yo hubiese jurado que me mantenía pegada a ese momento como se mantiene un globo amarrado a un hilo. Alma siempre me había querido así: con los puños preparados. Pasándome la pelota en baloncesto.

Cuando abrimos la puerta, me saltó a los brazos y me sacó a rastras por el pasillo, por la salita, hasta la ventana.

—Dios, mi puta madre… —sollozó, tosiendo saliva sobre el suelo. Yo veía puntos blancos sobre mí nada más; las aristas, como estrellas, de los

cuadros de la cúpula. Estaba tirada sobre la tierra del campo y el aire era limpio otra vez. Alma me intentaba contener la brecha en la cabeza—. ¿Qué has hecho? Diana. Diana, mírame. Mueve los ojos. Mi puta madre… ¿Qué está pasando?

—Estás viva —repetía yo, tocándole la cara—. Estás viva.

—¿De dónde sales?

—Hemos tumbado la valla. Klaus tenía la tijera y volvimos con…

—¡No, no, no! ¡Abre los ojos! Diana, te voy a partir la cara si hace falta. Diana, no te putoduermas, ¿me oyes?

—Tengo que —jadeé ronca— llevarle la chaqueta. A su hija.

—Tenemos que salir de aquí.

—La cámara de Laia…

—¡Eh! —oí, pero la boca de Alma no se había movido.

Una militar extraviada se acercó a nosotras entre los edificios. No vi lo que pasó entonces, porque aún me estaban volviendo los sentidos al cuerpo: el olfato saturado de humo; el golpe en la cabeza; la fractura del tobillo. Alma puso las manos en alto y la chica se nos acercó, también herida y perdida en medio de un desalojo, y luego oí el ruido de un forcejeo. Un cuerpo que se desplomaba. Alguien tiró de mi mono gris y me sentó sobre el campo. Alma tenía ahora un rifle en las manos.

—¿Dónde está? —me ordenó, más que preguntarme—. ¿Dónde has dejado el coche?

—Ardiendo. No lo sé… No sé dónde fue Klaus…

—¿Dónde están tus cosas? —me cortó—. ¿Dónde las guardaste?

Alma me agarró del brazo y tiró de mí hacia la explanada de las carpas. El cielo estaba escarlata, o eso parecía, con la mancha del fuego que se lo comía todo. Las primeras habían empezado a arder, pero aún la novena se mantenía intacta, indiferente al caos en su interior. Desde su oscuridad ya

conocida, agazapados, nos observó una pareja de marroquíes temerosos. Hurgamos bajo el colchón y la encontramos: mi chaqueta grande de Bartek, sucia ya, de nuevo, desde que la había lavado en una gasolinera. La cámara sin tapa y mi móvil, otra cámara sin tapa. Alma les intentó avisar:

—¡Va a arder! —añadió, en árabe—: *Alhaql kuluh yahtariq!*

Pero ellos negaban, abrazándose:

—*Astaghfirullah. Astaghfirullah.*

Salimos corriendo de allí y nos apresuramos hacia el bosque. Los militares salían en coches, abandonaban el cadáver del campo de refugiados a su incineración. La hornacina del generador estaba destrozada. El comedor y los árboles estaban siendo digeridos por las llamas. Las puertas de la valla, donde antes aparcaban los furgones, estaban ahora abiertas y vacías, y la mayoría de los soldados que quedaban rondaban el agujero y cargaban cuerpos de detenidos.

Alma y yo corrimos hacia el extremo del granero. Cuando apoyamos las botas en el alambre, un grupo de ellos nos vieron y comenzaron a venir. Alma agarró el rifle y lo alzó, pero temblaba y no sabía cargarlo. «*Stop!*», nos avisaron, «*Stop!*» y alguno, nervioso, apretó el gatillo. Iban cargados de nuevo con dardos sedantes.

A mí me dolía el cuerpo entero, pensé entonces que habían escapado todos, para nuestra ironía, y nosotras seguíamos aún allí. La vista se me pixelaba.

En ese momento, como un rayo del cielo, se oyó el rugido y Alma tiró de mí, y nos caímos juntas al suelo. Cuando abrí los ojos, entre nosotras y los militares había un monstruo verde descomunal: un autobús de carretera de FlixBus.

—*Espagnola!* —me gritó Jolie, asomada a la puerta. Klaus ni nos miró, agarrado al volante—. ¡Feliz Navidad!

Alma soltó una carcajada nerviosa. Me aupó y luego corrió hacia las escaleras, agotada, y subió al autobús para escapar del campo.

Yo giré sobre mí misma antes de subirme.

El granero de madera, una estructura invisible, ya ardía en sus esquinas por las antorchas que antes habían sido árboles. Di un paso hacia él y miré dentro: los ojos que esperaban a que alguien los recordara me miraron de vuelta. El aire trajo consigo el olor a podrido, a cuerpos humanos. Su vida, a punto de desaparecer, me revivió de un golpe las neuronas olfativas.

Era una peor imagen bajo la luz, Laia. Tenían los dientes arrancados, las costillas rotas, los dedos negros y partidos. Busqué con la mirada la forma de ayudarlos, el candado que romper para abrirles las jaulas, pero, mientras el techo del granero se desprendía, entendí que morirían allí y que lo más piadoso que podía hacer ahora era permitírselo. Que este era el mundo en el que se salvaban.

—¡Diana! —me gritaba Alma detrás—. ¡Diana, por favor! ¡Vámonos! ¡Diana, nos tenemos que ir!

Yo saqué la cámara de la chaqueta y la encendí.

Apunté a sus caras.

OceanofPDF.com

El día que rompí con Inma en la habitación de la casa de su abuela, era domingo y habíamos ido juntas a misa de tarde. Ella me pidió que grabase al coro de señoras con mi NIKON recién estrenada. Le había avisado ya de que no cantaría, porque me lo impedía el nudo en la garganta. También tuvo algo que ver que no cabía en el banquillo con las muletas y la escayola.

—Qué emoción este recuerdo —nos dijo el cura luego, cuando le enseñamos el vídeo—. Hacedme el favor de pasármelo… Siempre se nos va alguien antes de la Cuaresma. Cuando menos te lo esperas… O alguna se retira a cuidar al marido. Es un regalo que el Señor nos haya regalado las cámaras. No es broma, Inmaculada; sí, sí. Pues eso es lo bonito de las cámaras y el tiempo de ahora. Las cámaras son el ojo del cielo que nos recuerda siempre con vida.

Mi cámara, entonces, era mucho más y mucho menos que eso: era un bulto en un cajón que intentaba ignorar. Un corazón que había guardado en la nevera porque había decidido estudiar Derecho.

El discurso con el que rompí con Inma sonó así:

—Por esto prefería no ir a misa, porque… Pero hoy era el día que me podía acercar mi padre. Y no quería tampoco que vinieras a casa, o sea, ni tampoco que pareciese que te he mentido en la misa… —Al parecer, en clase solían elegirme a mí para dar discursos porque no se me trababa la lengua—. Inma yo… Tenía que habértelo dicho. Por el teléfono de las Carmelitas, y no sabía cómo hacerlo y luego no he sabido cómo hacer nada. Entiendo que después de esto no quieras saber de mí. Pero para mí también eres mi amiga… —¿Estaba siendo cruel y fría queriendo redirigirla a una amistad?—. Fue algo que pasó e intenté que no pasase, pero era Laia y es

complicado. Laia es… una persona muy importante. Pero no quería romper nuestra relación por teléfono y luego pasó. Y aquí estoy.

Inma me miraba, sentada en la cama, como se escucha a un profesor explicar ecuaciones: por encima de su atención absoluta había una capa gruesa, evidente, de que no entendía una información indispensable.

—Diana —me respondió. Yo me planteé en ese momento que iba a llorar y empecé a planificar las diferentes formas de consolarla con un pie escayolado—. Perdona, pero me he perdido, creo. Pero —y preguntó—: ¿qué relación?

Yo pestañeé, sentada en la silla de su escritorio.

—La nuestra.

—¿Cuál nuestra?

—¿Qué? —susurré—. ¿Cómo?

—¿Lo de…? O sea, nos vemos mucho.

—Nos vemos, sí. Desde hace medio año. Nos… Venimos aquí y, bueno…

—Pero ¿cuándo me has pedido salir?

Boqueé desorientada. Ella tomó la palabra cuando vio que yo no respondía.

—Diana, lo siento —dijo, y de pronto era Inma de los Santos la que me estaba dejando a mí—. Yo, por mi situación, no puedo verme ahora en nada serio. Yo empiezo el noviciado el año que viene, pero a lo mejor tú esto lo veías de otra manera. A lo mejor no me he explicado, cuando me expliqué… En ese caso, tengo que decirte que no estamos saliendo. A veces conozco personas, pero soy sincera con mi situación, y he estado conociendo a más personas aparte de ti, también. Pero la verdad que no muchas. Ahora entiendo por qué me llamabas al campamento… Diana,

perdón. Pero sé que algún día, en algún momento, harás muy feliz a otra persona.

En mi mente, mientras Inma hablaba, yo cogía asiento frente a una pantalla y veía ese momento en el Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla. Era el corto ganador del concurso por el Desarrollo Sostenible y estaba formado de siete tomas en silencio, de dos personas que caminan juntas y no hablan, que se desnudan juntas y no se miran, y que al final descubren, en un giro premiado, que ni siquiera habían estado juntas.

—¿No eres mi novia? —musité perdida—. Y entonces… Entonces ¿qué es lo que estoy haciendo?

Inma malinterpretó mi crisis nihilista con una ruptura de corazón.

—Diana —me repitió, y me acarició la mano a modo de consuelo—. Para mí también eres mi amiga. Eres una buena persona, pero nadie puede competir, por muy bueno que sea, con el amor de Dios.

Salí de esa casa y corrí de vuelta al patio.

Esto, por supuesto, no fue así: tenía el tobillo roto. Mi padre me hizo esperar en un banco mientras él terminaba su compra en El Jamón. Pero dentro de mí yo ya había echado a correr; yo atravesaba la avenida de la Palmera como si hubiese alzado el vuelo, por el carril bici, sin mirar los semáforos, hasta la rotonda luminosa de la fuente. Mientras mi padre guardaba las muletas en el maletero, yo habría jurado que estaba ya muy lejos de allí, llegando al porterillo y andando sobre el agua estanca de la piscina, para pulsar el timbre de la casa de Laia. Ella me abría y no le daba tiempo a hablar antes de que la besara. Le decía: «No te vas a creer lo que ha pasado. Soy estúpida y nadie se ha dado nunca cuenta».

Pero lo que pasó fue que tenía el pie roto y mi padre me devolvió a casa cuando ya se hacía de noche. Llegué a su puerta, paralizada y ansiosa, y me abrió su madre cargando una caja.

¿Buscas otra novela?

Busca **Inepub** en Google y empieza a explorar.

—Hola —jadeé como si acabase de atravesar Sevilla en un esprint—. ¿Está Laia?

Ella miró mi cara y luego mi escayola, evaluándome.

—¿Ha pasado algo de la comunidad de vecinos?

—No. Soy Diana. Vivo enfrente, soy amiga de…

—Ah, Diana —asintió, aunque la madre de Laia contenía algo que Laia también había heredado: estaba en tres misiones distintas a la vez. Era hermética, transparente, pero inescrutable—. Perdona, me pillas despistada ahora con la mudanza. Diana la vecina… ¿Y qué pasa?

Mi atención se fue a otro sitio, a la caja que colocaba sobre el resto de las cajas con objetos embalados. Un tornillo dentro de mí se cayó y rodó sobre el suelo.

—¿Os mudáis?

Por un segundo, ella pareció desconcertada porque eso me importase, pero eso, quería decirle, lo era todo para mí: nuestro mundo meticulosamente cartografiado.

—Sí. Es una cosa de última hora… ¿No te ha dicho Laia? Nos vamos a un piso en el centro, por allí por la Puerta de la Carne. Laia no está aquí. Está en Cazalla con su padre, trabajando.

—¿Trabajando? —repetí, idiota—. ¿Se ha ido a trabajar?

—Sí. Bueno, se ha empeñado su padre cuando le ha contado lo de las notas.

—Ah.

—Cuando él se canse, ella ya verá lo que hace… Tú la ayudaste con las notas, ¿no? Bueno, Diana, te tengo que dejar. Está mi pareja ahí desmontando el sofá. ¿Te ayudo a bajar los escalones?

—¿Y cuándo vuelve?

—¿Quién?

—Laia. —Pero no aquí, a otro lugar. A un piso indefinido que contendrá otras Dianas—. ¿Cuándo vuelve de Cazalla de la Sierra?

—Pues a lo mejor para Navidades. Su padre quiere que se quede allí. Bueno, a ella siempre le ha gustado el campo.

La madre de Laia me ayudó a bajar las escaleras de su entrada y luego se despidió y cerró detrás de mí. Oí cómo trasteaban con el sofá, cómo plegaban el toldo a mi espalda. Solo me di cuenta de que llovía cuando Nico abrió la puerta y me llamó desde casa.

Las muletas se me clavaban como un ancla en la piel mojada sobre los codos.

En un mundo paralelo, Laia Bayón me respondía a un beso justo ahí, contra el alambre de la valla de la piscina. Me decía: «¿Cómo hemos tardado tanto?», pero en ese mundo estaba lejos de nuevo, hasta Navidades, y volvíamos a pertenecer a hemisferios diferentes. «La veré en clase», pensé, pero había acabado para siempre el instituto. «La veré en el patio», pensé, pero pasaría a ser de otra gente, la ventana de sus padres que se veía desde la ventana de mi cocina.

Desbloqueé mi móvil con el pulgar y la llamé.

—Este teléfono está apagado o fuera de cobertura.

La llamé.

—Este teléfono está apagado o fuera de cobertura.

La llamé.

—Este teléfono está apagado o…

OceanofPDF.com

—… fuera de cobertura.

En el autobús de FlixBus, con mi último porcentaje de batería, te dejé el mensaje:

—Laia. Ha vuelto la línea. Creo que está volviendo, estamos en… Estoy en Francia. Se está oyendo tu canción. En la radio, no era un CD —te expliqué, ahogada—. Laia, en todas las radios de Francia está sonando *Cecilia*.

OceanofPDF.com



David,
Soy Laia y estoy bien.
Os he gastado algunas cosas de la casa y he dormido aquí. Me he ido antes de que vuelvas porque ~~no sé si voy a ser capaz de irme si os veo~~ porque tengo que irme a Cataluña a buscar a Oli.
Cuidaos mucho. Voy a traeros a Diana.

La ropa en el armario de Diana seguía oliendo a Diana. El cuarto de Diana, con la segunda cama que solía ser de Nico, parecía que iba a reinventarla frente a la mesa estudiando alguna asignatura insoportable. Teoría de la Imagen. Derecho Constitucional II. Durmiendo allí, soñé que Diana estaba sentada bajo la luz del flexo y que se volvía para decirme:

—Laia. Laia, nos tenemos que ir ya, mi vida.

Yo le decía:

—¿A ir a dónde?

—A abrirle la ventana a tu madre.

¿Cuánto de inquietante es encerrarse en el armario de alguien a asfixiarse entre una cortina de camisas de cuadros, de vestidos sin estrenar y capuchas de abrigos? Diana olía a algo recién hecho, a colchón y humo de arroz, a viruta extraída de un sacapuntas. Estar en el cuarto de Diana era como confirmar: efectivamente, Diana ha existido y, en consecuencia, tú estás volviéndote loca.

El lunes al amanecer escribí la nota en la otra cara del pósit. Guardé al gato en la mochila. Me marché en coche hacia el cortijo de Cazalla.

Era la decisión que había tomado al arrancar, pero no entonces, sino en el aparcamiento de mi madre, en el portal gritándole a Andrés Rey que era un verdadero hijo de puta: que Sevilla era un matadero y allí no me quedaba nada que no fuese esperar. El foso del Rectorado, el punto de encuentro, aún no era el espacio que veía en mis sueños. Este es un detalle importante sobre mí: no se me da bien esperar nada. Mi novia, que huele a sacapuntas, dice que tiendo a precipitarme por las ventanas de los sitios. Este es otro detalle: no me gustan los polideportivos vigilados por la policía. David Mena, porque yo lo conocía bien, iba a agarrarme de la sudadera si me encontraba en su casa y asegurarse de no soltarme hasta que se cayese el cielo. Pero los Bayón no crían gente a la que amamantan, no saben esperar a que se encarguen otros. Era verano y el cinturón ardía y todo eso, desde siempre, me había conducido hacia Cazalla.

Atravesé el Guadalquivir por el puente de las Delicias. Pasé por la avenida junto a las casetas, el esqueleto de una Feria de Abril que siempre se celebraba a principios de mayo.

La portada estaba a medio construir y habían empezado a instalar la noria, que parecía un ojo destripado por el que salía el sol. Eso era ahora Sevilla, una maqueta, y saliendo a la autopista, dejándola atrás, pensé que no existía una ciudad más irreconocible que la nuestra sin el ruido de la

gente en la calle. Pero sí que había ruido, aún quedaban murmullos: la de los autómatas que seguían, como moscas, el zumbido del motor del coche de mi madre.

En la guantera encontré una ensalada de discos. Cogí el primero: Fito y Fitipaldis. El segundo: pirateado y vacío, un concierto de Mecano en los noventa. Los metí y los saqué, mientras el Torto mordisqueaba los desechados en el asiento del copiloto. El quinto, un flauteo soportable, me pareció una buena banda sonora.

—*I'd rather be a forest than a street… Yes, I would… If I could…*

Siguiente canción.

—*Cecilia, you are breaking my heart! You are…!*

—No, por Dios —mascullé y apagué la música de un golpe.

Había aprendido a conducir a los dieciocho por las salidas de esa misma carretera. La Algaba y luego hasta Cantillana, y ahí empezaba el camino al monte.

El otoño que mi padre me puso a trabajar con la furgoneta de la nave, decidió, en una de sus tacañeces, que entregaríamos las puertas en sus direcciones por uso de la gracia divina. Era su época pre-Google Maps, en la que aún se empeñaba en gastarse dinero en un GPS, pero el último se le había derretido durante el verano sobre el salpicadero. Juan Bayón, hecho del material opuesto a David Mena, se sentaba junto a su hija de dieciocho años a la que acababa de enseñar a arrancar y se dormía, confiado en que llegaríamos con vida, para entrenarme el instinto.

Así que esto me queda a mí: un conocimiento muscular de la sierra de Sevilla. Una brújula de supervivencia, como la que manejan los animales, los que viven en el monte, los que mueren en la carretera.

El pueblo de Cazalla seguía blanco y estático como un decorado. El cortijo me recibió tras quince minutos y una docena de curvas de montaña.

La señal triangular, con la silueta negra en el centro de una vaca, lo confirmaba en el mundo como la bandera de un barco. La puerta de la verja no tenía candado. Las piedras crujieron bajo las ruedas cuando cogí la rampa y descendí.

Aparqué en el hueco vacío entre las dos casas. Apagué el motor.

Cuando llegué a Cazalla, me recibió un viento templado y el silencio del bosque plagado de insectos. No había nadie. Yo había esperado que la tía Luisa saliese de su casa con una escoba y el rostro poco sorprendido, a otra cosa, del tío Ángel. Pero el cortijo estaba vacío, como una fotografía, y ninguna voz salió a recibirme.

Tuertón bajó de un salto a la tierra. Parecía fascinado y aterrado a la vez de que lo hubiese liberado en el campo de pronto.

—¿Papá? —llamé apoyada en el capó—. ¿Oli?

Silencio.

Me guardé las llaves, pero no cerré, y subí las escaleras que daban al porche.

Las macetas seguían en su sitio, ahogándose de agua de lluvia. La barbacoa contra la pared estaba llena de carbón mojado. Al empujar la puerta de la casa, me recibió el eco frío de los cántaros.

—¿Papá?

Silencio. Entré en el recibidor. La nevera, en la oscuridad de la cocina, emitía su traqueteo centenario. Había electricidad.

—¿Hola?

Claro que tenía un mal presentimiento, incluso antes de llegar a la cancela, pero la cabeza hace algo interesante cuando has perdido a tu madre: te asegura que, por un tiempo, no deberías perder nada más. Durante esas semanas, había imaginado Cazalla como un espacio al que no podía llegar la cúpula, inalterable en su eterna infancia, que era lo que siempre

había sido. Mirándola entonces, en la oscuridad de la cocina, la cúpula parecía que iba a tragarse el monte entero.

«¿Por qué?», fue lo que pensé, como si el cielo hubiese decidido ser injusto conmigo.

¿Por qué mi familia se estaba escondiendo?

Una manta deshecha sobre el sofá. La chimenea olía a fuego todavía, o quizá me lo estaba imaginando.

La imagen de otra versión de esa casa se me superponía a lo que veía y era incapaz de enfrentarme a la diferencia, así que recorrí las habitaciones sin darme cuenta de cómo me crecía dentro el miedo: la habitación de mi padre. El baño. El cuarto (mi cuarto con Diana) de las dos camas con la cómoda vieja.

La casa estaba vacía. Tenían que estar en la otra.

—¡Oli! —grité cuando salí al porche—. ¡Luisa! ¡Estoy aquí, soy Laia! ¡Olivia!

El gato había vuelto a meterse en el coche y me miraba desde el otro lado de la ventanilla. Sus ojos me siguieron, como diciéndome «¿Qué haces? Te van a matar», pero ese no era el mundo en el que la gente estaba matando.

—¡Oli!

Llamé al timbre de la casa de mis tíos. Silencio. Golpeé la puerta.

—¡Oli! —seguí diciendo, pero fue más bien un intento desesperado de volver a otro lugar; de que saliesen con confeti y me felicitasen el cumpleaños—. ¡Ábreme! —Forcé el picaporte con la mano. Oí algo detrás. Un jarrón que se volcaba—. ¡Oli, te estoy oyendo! ¿Qué haces? ¡Esto no hace gracia! ¡Oli, ábreme! ¡Papá! ¡Tengo aquí aparcado el coche…! ¡He traído el coche!

Algo tiró de mí.

Lo sentí primero como una presión al fondo del esternón, un rayo que caía del cielo y me maldecía. Luego tuvo extremidades. Una mano me tapó la boca. Me arrastró hacia atrás, y yo me revolví, y nos caímos frente a la casa pataleando el polvo. Intenté golpear, por instinto, y empujar con los codos, pero el corazón desbocado me decía: «Te ha encontrado. Ha vuelto mamá».

Mordí la mano.

—¡Ah! —siseó, y no era mamá. Era una voz que me devolvió a la noche de la motillo y la escopeta. Nos empujamos y me atrapó los brazos, tratando de calmarme—. ¡Laia! ¡Laia, tranquila! ¡Laia, soy yo!

Jadeé, sin aire:

—César.

César Parra, con el pijama cubierto de tierra, me rodeó los hombros por la espalda y me inmovilizó en el suelo junto al coche. El pelo castaño, liso, le llegaba ya a la camiseta y el bigote le tapaba el labio. Pero era César, solo, y estaba allí, sano y salvo, y me abrazó contra su pecho como acunándome.

—No grites —me pidió en un susurro—. No grites.

Yo miré al frente y entonces la vi: la figura menuda que nos vigilaba entre las cortinas.

Las moscas le caminaban sobre la cara y rebañaban los restos de comida del mentón. Nos siguió, atenta, mientras retrocedíamos juntos. Durante un segundo, no la reconocí siquiera, porque tenía un gesto colectivo, inhumano, en el que había perdido la marca de los hoyuelos.

—No grites —repitió César—. Se estampa la cabeza. Se hace daño. No grites. No grites.

Eran al fin casi azules, bajo ese sol. Los ojos vacíos de mi prima Olivia.

OceanofPDF.com

Junio

«—Ahora lo entiendo
—dijo el último hombre».

Arthur C. Clarke,
El fin de la infancia, 1953



OceanofPDF.com



El año que cumplimos nueve y las plantas dejaron de ser lechugas, Olivia hizo una lista en una servilleta de todas las cosas que le daban miedo.

Yo la había convencido de esta ceremonia para que se deshiciera de su mal de ojo, que era un concepto que había aprendido y necesitaba utilizar lo antes posible. A Oli le había vuelto a salir el bicho categórico, el herpes sobre el labio que arrastraba desde la cuna, y eso, concluimos, tenía que responder a alguna clase de maldición.

—Esto está mal —le dije después de leer la servilleta—. No se puede tener miedo de verdad por los ventiladores.

—Pero del techo, Lilia. Porque si se cae, te corta la cabeza.

—Tienen que ser cosas de verdad. Como la bruja Lola o el demonio Belcebú.

—Yo no conozco a esa gente…

—Pues la magia se puede enfadar.

—¡Pues si es peligrosísima la magia, pues me da miedo también! —Olivia bufó, frustrada, y le dio tres vueltas a la servilleta—. ¿Qué me quedo? Si no me puede dar miedo nada… ¿Cómo se escribe el Belcebú?

—Con uve doble porque es de los alemanes.

A Olivia le daba miedo la oscuridad. Las plantas con pinchos. Los lunares con textura y las hormigas grandes y rojas. El Ratón Vacilón (la segunda caída). Los petardos y el ojo viscoso que se descubre en los platos de pescado. Si pasaba mucho tiempo sentada en el váter, la empezaba a atormentar la posibilidad de que le mordiera en el culo una culebra venenosa. Oli contenía todo este temor por el mundo que plegamos dentro de una servilleta y tiramos juntas desde el puentecillo sobre el río.

—¿Y ya se va? —me preguntó, al terminar.

—Hasta que llegue a los confines.

—Pero se ha quedado ahí. Se ha quedado pegado en esa piedra.

—Es un ritual que se arrastra con el río, Oli. No se puede estar mirando. —Y ella me obedeció y cerró los ojos mientras yo la agarraba de los hombros quemados. Le hice con una mano la señal de la santa cruz—. Ya no vas a tener más guarrerías guarras.

—Amén.

—En una semana se va el mal.

—Amén —suspiró Olivia, como si acabase de deshacerse de un peso imposible. Luego se tocó el herpes, que seguía intacto en su guarrería, y sonrió—. Ay, Lilia… Que creo que se ha ido. ¡Ya ha funcionado! Mira, se ha puesto duro. Mira, y ha pasado en un momento, es una sorpresa total. ¡Y no estoy llorando ni nada por las hormigas de mi chancla!

Si había algo más grande a los nueve que el miedo de Olivia, era su fe inquebrantable en que yo podía salvarla.



César le daba de desayunar cada mañana a las nueve.

Seguía un proceso meticuloso, para cuando llegué, madurado durante más de cincuenta desayunos: primero, bajaba el cortacésped desde la sombra del cobertizo. Después lo encendía y lo dejaba rugiendo frente a la casa con la alberca de la tía Luisa. Oli, encerrada dentro, aparecía tras la ventana con una fascinación imantada, una sed constante e instintiva de ruido. Se quedaba pegada al cristal. Mientras, César rodeaba el jardín con la bandeja sobre la que llevaba el plato de tostadas.

Hacía esto tres veces al día con una paciencia tan grande que parecía mecanizada. Había entrado en otro automatismo distinto y su ruido de cortacésped era alimentar algo, activarse para proveer, como un comedero automático para mascotas. Llegaba a la puerta trasera y la abría con la llave, que de vieja estaba torcida y se atascaba en la cerradura. Cuando dejaba el desayuno en el suelo, se erguía y la llamaba. Y luego cerraba de nuevo.

César untaba las tostadas que Oli se estrellaba contra la cara como si rellenase la tela de un lienzo: una capa gruesa de mantequilla. Dos capas de su mermelada de naranja amarga.

—Es mejor llamarla —me explicó—, cuando dejo la bandeja, por si se queda en la entrada esperando hasta la noche. A veces no come, si se le descuadran las comidas… Y se acumulan las bandejas, porque no las ve. Bueno… Pero otras veces, con que entres ya se entera, y da igual si voy pisando huevos, ¿sabes? Porque… A veces me espera.

—¿Y cómo la llamas?

César me miró a los ojos como si no me entendiera.

—La llamo por su nombre.

Mi padre no había estado en el cortijo la noche que apareció la cúpula.

Había sido un evento silencioso, me contó César, y solitario, como todo en el campo. El tío Ángel llevaba días sin dormir por el dolor de una migraña. La tía Luisa declaró, la mañana que lo vio llorar, que le estaba

dando al fin el esperado derrame; el derrame que se pronosticaba a sí misma cada día de su vida. Se lo llevó en coche al pueblo al mediodía. Por la noche, aún no habían vuelto y Olivia atacó a César con el mango de un cepillo. Él regresaba del monte de cuidar las higueras y Oli solo se había quejado de tener la vista borrosa. Me había escrito a mí, esa mañana: «Papá a lo mejor sí tiene gripe. ¿Las gafas me harían cara de melón?».

César sabía poco de lo que estaba pasando ahí fuera: que había una cúpula y a veces brillaba. El comunicado nacional que se reproducía en la tele. Se había quedado solo cincuenta días en un cortijo en medio del bosque, sin coche, sin cobertura, sin forma de pedir ayuda, y eso habría vuelto loco a cualquiera; pero Oli había elegido años atrás al chico que se dormía en clase de Historia. No era muy avispado, le achacaba Luisa, y no había ido a la universidad. Ese chico, que aceptaba el vómito de rebujito en la camiseta, la mantuvo viva y la llamó siempre por su nombre, porque nunca se planteó si Olivia ya había empezado a ser otra cosa.

—Tenemos placas solares que llevan al generador… —dijo mientras yo ojeaba las provisiones del cobertizo—. Las puso el Ángel hace dos veranos, pero mantienen poca cosa. Ya no molesta tampoco ducharse con la manguera… Ya llega la calor. Y es mejor, además, dejar la luz para el frigo…

Yo giré una lata de lentejas en mi mano.

—Esto es de la mili. Esto no es ni de papá, César. Es de cuando el abuelo se creía que nos iba a conquistar Marruecos.

—No saben a la mili ni nada.

—Están ardiendo. ¿Esto no ha criado algo?

—He gastado solo una a la semana. Por si acaso. Por no quedarnos sin… —murmuró él—. Pero saben a lentejas normales.

—¿Una a la semana? ¿Y qué estás comiendo?

Pestañeó, empanado, y luego señaló una caja grande de higos.

Observándola desde el capó, enmarcada tras el cristal de la ventana, Olivia parecía un maniquí de tienda, un muñeco de plástico pintarrajeado por un niño. Morado en la frente de estrellarse contra la puerta. Rojo en el herpes perenne de la boca.

Yo no podía mirarla más de cinco minutos sin que me invadiese una angustia que me hacía vomitar sobre la cuesta, que me despertaba hasta la urgencia de arrancar. ¿Dónde debía estar llevándola? ¿Qué podía hacer con ella que no fuese tenerla allí muriéndose de infecciones? Los primeros días no dormí, vigilándola de cerca. Los siguientes días no me atreví a mirarla; solo vi a César hacer su ritual de cortacésped y alimentación.

Olivia nunca creería (nunca habría creído) que ella había inventado el mundo para mí. Estaba en mi cara y en mi vocabulario y en los bebés secretos de la sombra de mis rodillas. Hemos heredado (habíamos) una maldición Bayón de hermanos gemelos: no podía imaginar un momento en el que yo me había movido y Olivia se había quedado quieta. Pero Olivia estaba quieta mientras yo la miraba, sentada sobre el capó. Olivia era la reproducción de cera de alguien a quien yo había perdido y no dejaba de perder continuamente.

—¿Le coges los pies? —me pidió César, cargándola a la bañera—. Si me dejas la toalla… Ahí, vale… Ya estoy. Ya te puedes ir…

—No me da asco. Me puedo quedar contigo.

—No es por asco, Laia.

—Me puedo quedar.

—No puedes estar vomitando toda la comida que te comes.

—No voy a… No vomito. No estoy vomitando ya.

—Vas a vomitar.

Cada tres días, César machacaba dos diazepanes y los metía en el desayuno de Oli. Entraba en la casa a limpiarla y le cambiaba la ropa cuando se desmayaba de no dormir. La encontrábamos desplomada junto a un radiador, bajo el efecto del sueño y el polvo de pastillas. Nunca cerraba los ojos.

Pasándole a César la crema para herpes, yo solo podía ver la ristra de arañazos secos sobre sus brazos, los colmillos de Olivia intentando asesinarlo a mordiscos. El cerebro me regalaba esa imagen cada vez que intentaba comer: piel tierna, hundida, sangre, sarro.

Pasados seis días, me desmayé yo de un bajón de tensión cambiando carbones de la barbacoa.

—Le di con el portátil —confesé, cuando César me forzó a cenar esa noche—. Creo que no la maté, pero la cuestión es que estuve dispuesta. Le reventé la cabeza, ¿no? Y es… mi madre. A lo mejor la maté. —Tragué saliva, mirándome el hueso blanco de los nudillos. Esa semana estaba segura de que lo había visto en la cocina: el cadáver de mi madre que nunca he encontrado—. Sevilla está llena y son todos así. No corren, tampoco. En las películas daban miedo, pero aquí cada día están… más podridos. Aquí son… Lo que dan es pena. ¿Qué habría hecho Diana con su madre? O con quien sea. Diana no… No es capaz. No es capaz.

Contemplando el campo desde el porche, César meditó un rato su respuesta, que era más bien la pausa de serenidad que precedía a todas sus palabras.

—De chavales… —empezó—, yo pensaba que Diana era una profesora. Que venía a clases a darnos las prácticas de inglés.

Me froté las lágrimas, bufando una risa.

—Si te oyera… Odia que se lo digas. Tenía catorce.

—Pero es algo que pensé ya luego.

—¿Cuándo?

—Cuando se peló. Cuando pareció otra y durante un poco me confundí…

—Nunca pareció otra lo suficiente como para confundirse.

—Es algo que estaba dicho y todos lo hemos pensado siempre, ¿no? Quiero decir… Que Diana sabe inglés. Y también que, de nosotros, es la que es capaz de todo lo que se pueda. —Durante un segundo, que César me confirmase otra visión de Diana capaz de aprobar el apocalipsis por walkie-talkie me devolvió la comida al estómago—. Pero pegarse, la verdad que la que se pegaba era Alma.

—Alma estará bien —le concedí.

—Alma estará bien.

—Estaba currando en Berlín. Imagínate Berlín…

—A lo mejor las dos se han encontrado.

—Eso sería —negué— un puto milagro de la puta Biblia.

—Bueno, tú me has encontrado a mí. A veces pasan. Los milagros.

El porche estaba iluminado por las velas de emergencia y Tuertón apareció desde el bosque y se me durmió sobre los muslos. Cazalla parecía haber sido abandonada del todo, olvidada en una roca hasta en el fin de los tiempos, y aun así se la comía inevitablemente la vida: el canto de los grillos, las lagartijas de pared y la promesa futura, esperanzadora, de más gatos.

—¿Y pasaba algo que pasará? —me preguntó César—. En tu sueño de las visiones.

—Se acababa. Yo era yo, así que no falta mucho. Lo que pasaba era que… Se acaba y yo veo el final desde el foso. Bajan del cielo.

—¿Cómo son?

—No lo sé. —O sí lo sabía: eran puntos bajo la luz. Escarabajos mariposa—. O a lo mejor nunca lo he soñado y estoy viendo lo que me da la gana… A lo mejor esto es la vida ya para siempre. ¿Y si eso es Oli? Ya para siempre.

—Si eso es Oli —dijo él—, pues tendré que hacer muchas tostadas.

Me desperté a las tres de la madrugada gritando por mi madre en el centro de la cama. Me sudaba el cuello y al pestañear vi la imagen invertida de todo lo que ya había pasado: Rey y la chica sobre el salpicadero del BlaBlaCar, y también cosas que no recordaba. Un granero ardiendo. Un cadáver en una gasolinera, descomponiéndose sobre el asfalto.

Cuando alguien me abrazó los hombros, creí, por un instante, que tenía de nuevo dieciséis y estaba en el colchón junto a Diana, y me tocaba explicarle de nuevo: «A veces tengo un sueño. A veces sueño que te pierdo», pero era César, y yo lloraba y estaba temblando; y él se quedó conmigo, me acunó entre los brazos como a los niños, me meció hasta que me rendí.

Al amanecer del día siguiente, me desvelé bajo la sábana. César roncaba a mi lado, tan caliente y plácido que parecía recién hecho.

Yo me aparté lentamente para no despertarlo y salí del cuarto. Me sorprendió la luz dorada en el pasillo, el sol que lo pulía todo, sobre el sofá y las fotos enmarcadas. En una, Ángel y Juan Bayón parecían un hijo desdoblado, indistinguible. En otra, Olivia mellada en el río. La abuela con cada una de nosotras sentada sobre una pierna.

Salí y fui hasta la alberca, que tenía el agua estancada y verde desde el último verano. Me senté en el bordillo para acariciar el fantasma lejano de un primer beso, de una vida entera que yo había esparcido allí. El cortijo era una tumba y por él paseaban otras versiones de nosotros: adolescentes huyendo del fracaso de La Penitencia. Rebañando el metal de unos

pinchitos morunos. Cazando insectos y, con el aire que llegó desde el monte, me alcanzó ese ruido y el murmullo ensordecedor de voces antiguas, de gente que ya no estaba, que no volvería, y la que sí que estaba aún, pero yo era incapaz de mirar. La copia de mi prima mirándome tras los cristales.

Cuando César apagó el cortacésped y terminó el desayuno, vino a verme en silencio a la valla de las vacas.

—Hay muy pocas —le comenté—. He contado tres.

—Ya… Se han ido yendo. Se empezaron a ir cuando comenzó todo.

—¿A dónde?

—Yo qué sé. Les abrirían la puerta.

—Eso no funciona así. Las vacas no se van porque les abras.

Encima de nosotros, brillando sobre mis pantalones en un reflejo arcoíris, vi lo que me pareció un agujero pequeño en nuestro cuadrado cúpula: la muesca de un balazo que se había disparado hacía siete años.

—Es amarilla como del sol —dijo César—. ¿No es amarilla?

A lo lejos, el cielo se encendía en medio del monte.

—Yo la veo roja.

Fuimos a visitar a Álvaro Alcalá esa tarde.

Su madre también estaba allí, desconfiada y atenta, oyéndonos hablar desde la mesa del jardín. Álvaro se había acercado al cortijo por primera vez desde abril hacía tan solo dos semanas. Para ese momento, llevaban un mes seguros, por la calma tras la cerca, de que los Bayón estábamos todos transformados o muertos. En mayo, se había lanzado a la aventura con tal de robarnos los restos de comida. Lo que pasó es que se encontró a César en pelotas limpiándose los mordiscos bajo la manguera del patio.

Álvaro seguía siendo, incluso entonces, un engreído solitario, la cara que le surgiría a un armario, al que le había crecido una barba en esos meses que

lo consagraba como cavernícola. Nos recibió bebiendo un mejunje de bote de proteínas y rompió en llanto a los diez minutos.

—Y yo le dije en Navidades —sollozó— que ya se acabó y que así no voy a estar. Que yo a Granada no me voy… Y además esa es otra, que todavía vive con Sofía. Le dije: «Cristo, a mí me has hecho ya mucho daño». Pero como esté muerto… Como esté muerto, yo no tengo perdón de Dios. Y podríamos habernos ido a Granada. Él sabía que, si me lo pedía, yo le sigo.

Viéndolo así, deshecho y sonándose los mocos, sentí por primera vez el instinto de quererlo y a la vez la necesidad enorme de huir de su casa. «Quedamos los peores», pensé, mirándonos sentados allí a los tres, la mitad de cada pareja que menos sabía cómo tener esa conversación.

Cristo y Álvaro llevaban de idas y venidas desde los diecisiete, a veces por la distancia, a veces por una lucha tremenda contra ellos mismos; pero se lo habían montado para seguir gravitando el uno alrededor del otro todo ese tiempo, y esa era una dedicación que yo entendía.

—Cazalla está muerta —nos contó—. Los que se han librado se han ido como ratas, pa'lla pa'rriba a San Nicolás del Puerto… Y lo nuestro a la ruina. Qué vergüenza. Bajo con el Honda al pueblo y es un descampao prácticamente.

—¿Y no has visto la furgo de mi padre?

—Y yo qué sé. No me acerco yo a la gente, illa. Cojo cacharros del súper y me subo otra vez.

—Algo puedes ver. Te sabrás de memoria el Seat de mi tía Luisa.

—¿Qué me cuentas? —Álvaro me miró de repente, casi ofendido—. ¿Qué Seat ni qué leches? ¿Tú no me ves que yo ya estoy jodido con lo que me toca? La PeloPony… ¿Pa esto vienes? Mi padre tampoco ha vuelto, ¿sabes?

—Mira, Álvaro… —le contesté—. Relájate. Que jodidos estamos todos.

—No me compares. No me compares…

—¿Qué coño dices? ¿Qué?

—Cristo es guardia civil. ¿Qué vas a saber tú? Tu novia la estupenda estará en Alemania, a tomar por culo librándose. Tu novia está librándose de ti. No me compares.

Me puse en pie. Me fui hacia él y César se apresuró a agarrarme de la sudadera. Álvaro pareció descubrir entonces, al encenderme, que estábamos de verdad allí y no éramos parte de un decorado catártico suyo. Levantó las manos, indefenso.

—Hijo de puta… —mascullé.

—Vamos a calmarnos —mediaba César—. Laia, Laia, cálmate…

—¡Repítelo! ¿¡Tú te has sacado alguna vez la cabeza del culo!? ¡Está pasando en todas partes! ¿¡Sabes lo que estoy viviendo!? ¡Le ha pasado a mi familia! ¡No sé nada hace dos meses de Diana! ¡He perdido…! Suéltame… ¡Repite eso! ¡Atrévete y repítelo!

—Perdón, tía —balbuceó Álvaro—. Perdón. Me he fumado una china… Escúchame, estoy fumado, Laia.

—Hijo de puta… —jadeé y me fui de un portazo.

—¡Laia! ¡No te pires! ¡Perdona! ¡Vamos a hablar, Laia, que me he colado!

Tuve que respirar quince minutos en su jardín antes de volver a la casa y sentarme otra vez. No fui capaz de mirarle a la cara durante el resto de la visita.

César y él charlaron y su madre nos ofreció una lechuga fresca de su huerto familiar. Yo se la rechacé y me fui sin despedirme, pero esa noche cenamos higos mezclados con su lechuga. Supongo que César y Álvaro y yo (vaya tres patas para un banco) éramos ahora todo lo que nos quedaba en

el mundo del mundo que había habido antes, y lo único que nos mantenía amarrados a ese mundo era que los otros dos también lo podían recordar.

Nos dio de su garaje un bidón de gasolina para cargar nuestro coche. Allí estaba su motillo, un cacharro ya inservible y disecado; una reliquia incalculable para mí, y tuve que contener el impulso de abrazarla.

—Solo se ve esa cosa en el cielo —dijo mientras fumaba en la ventana —. Y nos podrían estar engañando, ¿no? Porque hasta ahora no ha pasao na. Nadie se lo explica. Podría ser una cosa de la guerra con los chinos, ¿se me entiende? Si nos estuvieran conquistando, nos enteraríamos ya con los chinos en la puerta.

César movió sus fichas del parchís y respondió:

—¿Y qué van a querer los chinos de mi Oli?

—Parra, despierta. Que la vamos a palmar.

—Ya lo veo…

—Si nos creemos todo, estamos cabritos. Están secuestrando personas con la máquina de la luz. ¿Y los marcianos te parece una cosa lógica?

—Nada me parece una cosa lógica…

Yo tiré los dados sobre el tablero.

—La luz no secuestra a gente —intervine—. La cúpula hace algo, pero no parece que tenga que ver con nadie.

—¿Y eso qué significa?

—Que eres un racista.

—Pues a ti te tenía yo que ver en un comunismo andaluz.

—Es como un insecticida, a lo mejor —propuso César, con la mirada puesta en las nubes—. Han llegado a una nueva casa… A lo mejor. Y nadie quiere encargarse de los bichos.

Esa noche llegaron los mosquitos.

Me quedé dormida con la luz de la habitación encendida mientras analizaba el cielo en los álbumes de fotos. No había rastro de la cúpula entonces, pero a la vez podía imaginarla dibujada en una línea blanca tras las nubes. Un punto rojo que manchaba la lente.

Me desperté con el zumbido en la oreja una hora después. Había una veintena de mosquitos picándome las piernas.

Rondaban la bombilla y se escondían en el gotelé. Se estrellaban contra las paredes y volvían al techo. Tuve que ponerme en pie, medio dormida, y estamparlos contra las superficies a almohadazos. Otra versión de mí, mirándome desde una sombra, habría pensado que bailaba sevillanas; otra versión de Diana, la que me acompañaba en la vigilia, decía: «No has pensado en sus madres». «No has pensado en las novias en Alemania de los mosquitos». «Laia». «Laia». «¿Qué estás haciendo?». «¿Por qué no eres capaz de mirar a Oli?».

—Eso no suena a algo muy de Diana —me dijo César a la mañana siguiente—. No la he visto nunca vacilar a nadie. Si nos la imaginamos ahora, si estuviera aquí… ¿Qué diría de verdad Diana?

Yo miré la cúpula en el horizonte mientras preparábamos las tostadas.

—Que habría que grabarla —respondí—. La maldita luz del cielo.

Olivia siempre estaba mirándome desde el otro lado de la ventana. Ojos y boca. La nariz aplastada contra el cristal en una contorsión.

Tuertón, como a sus dueños, le maullaba una exigencia a la que no reaccionaba. Porque Olivia, incluso con el ruido del cortacésped, incluso si caía un rayo, hubiese jurado que me miraba a mí.

Una semana después de llegar al cortijo, me subí al coche de nuevo y me fui al pueblo de Cazalla.

—No dejes que se coma la pasta de dientes —le recordé a César—. Si no vuelvo, deja que cace ratones y se las apañe. Es gordo. Vivirá lo que le apetezca. Pero se va a morir si se come la pasta de dientes.

—Sí, sí…

—Cierra la cancela si no vuelvo para la noche.

—Voy a esperarte en la cancela. Me estoy terminando ya mi librito.

—César, hazme el favor.

—Eres muy ordenanta…

—Apaga el ventilador. Deja la luz del porche encendida. Creo que por eso le ha salido el herpes, he pensado… —Evité los ojos en el cristal—. Porque le da miedo la oscuridad. Y también los ventiladores.

Había salido solo una vez a darle la vuelta a la carretera estrecha que bordeaba el monte. Un vistazo rápido, hasta la rotonda, para ver si encontraba los restos del accidente. Pero la tía Luisa y el tío Ángel no se habían matado en el camino al pueblo. Y mi padre, ¿había existido mi padre? En mi vida había sido un turista, un tren que pasa, alguien que me escupía sobre la tierra y me dejaba solo dos ojos azules. ¿Cómo se encuentra eso en el monte?

El pueblo de Cazalla estaba en silencio, estático en el tiempo. El ruido del motor del coche reverberó por las calles, pero no pareció atraer a ninguno. Vi la plaza vacía, con las sillas de plástico tiradas junto a los muros; los establecimientos abiertos, que le daban un aspecto de belén de arcilla, me recibieron sin ninguna violencia, como si acabase de entrar por accidente en un compartimento del cielo.

Sigo pensando que están todos allí. Que la mitad no se podrán mover, quizá, por el hambre. La otra mitad son demasiado mayores, la última generación que no emigró a Sevilla.

Las gaviotas seguían criando sobre el campanario.

Paré frente a la casa de la abuela, que sigue cerrada desde que nadie vive allí.

Había vuelto a su puerta alguna vez, a recoger cachivaches y papeleo de la herencia, pero cada vez que estaba dentro me espantaba esa sensación horrible: la de que estaba caminando sobre los huesos de alguien. Ahora los huesos estaban en cualquier lugar. La casa de la abuela seguía cerrada, un poco antes de la curva donde se encajaba el autobús, y eso significaba que ningún integrante de la familia Bayón había llegado a tiempo de esconderse en ella.

El coche de la tía Luisa estaba aparcado junto al centro de salud.

Cuando lo vi, me quité el cinturón y dudé si bajarme, si poner un pie en el suelo alteraría la paz. De niña había desafiado la consistencia del columpio en el parque junto a la entrada del centro. Había escalado a pulso las celosías de las ventanas. La valentía se me ha desinflado dentro en el momento en el que parece ser útil, o más bien solo la he manifestado, en el fondo, cuando sabía que no servía.

Apagué el motor del coche. Salí a la calle con pasos lentos.

El Seat de la tía Luisa, un monstruo gris salpicado de barro, había sido cerrado antes de abandonarse y aún tenía la pegatina en el culo de «Bebé a bordo». Arrodillada junto a su morro, pude ver la entrada del centro de salud. Un reguero de sangre seca bajaba hasta la acera. El bar de la esquina tenía las puertas cerradas, pero las tapas antiguas de boquerones en vinagre aún seguían descomponiéndose sobre el aluminio.

Tragué saliva. Me enmarqué la cara para mirar tras el tinte de los cristales.

Mi familia no estaba metida a presión en el interior de un Seat León. Eso es lo primero. Secretamente, yo había esperado que encontrar el coche me lo devolviese todo: al tío Ángel y la tía Luisa, pero sobre todo a otra Oli,

sentada en el asiento del copiloto. Estaba sola frente a un cachivache vacío. Forcé la puerta por idiota y estalló la alarma antirrobos.

Fue un chirrido como una sirena de los coches locos.

Di un paso atrás, tropezándome.

Volví corriendo, casi gateando, de nuevo hasta mi coche.

Giré la llave y arranqué temblando, y miré las consecuencias por el espejo retrovisor: el silencio había sido interrumpido. Las puertas del centro de salud se abrieron solas. Cuando creí que entonces vendrían, los que estaban esperando para matarme —el pueblo entero—, una figura grande e imposible emergió de la oscuridad.

Era la vaca marrón. La que intenté liberar aquella noche en la campiña.

Yo la contemplé con los ojos como platos, mientras ella me miraba; pareció mirarme. Desde lo alto de las escaleras, la vaca apareció y mi vida pareció doblarse por el centro como los acordeones.

Luego se giró y se marchó caminando calle arriba.



El año que cumplimos nueve y las plantas dejaron de ser lechugas, me fugué un día a la nave de las puertas y decidí que iba a vivir allí para siempre.

No llegué a la verja siquiera, porque eché a andar sin bici, como había visto que hacían las figuras inspiracionales como Pingu. A la tía Luisa casi le dio el derrame cuando notó que no estaba en el cortijo. La abuela llamó a la policía y me encontraron por la tarde en un arcén, comiéndome las nueces que, según mis cálculos, tenían que durarme hasta la edad adulta.

En ese momento, la exposición pública de mis planes de independencia fue un bochorno estrepitoso, un fracaso que me enrabietó, además, porque

ese verano tampoco había conseguido liberar ninguna vaca. Pensé que, después de eso, yo también tendría que viajar en un Seat que rezaba «Bebé a bordo». Pero mis padres no se enteraron de que me había ido hasta que terminaron la cena, cinco años después de que otros me devolvieran a casa.

—Porque estaba yendo a un sitio para mudarme —le expliqué a Oli esa noche, en el cuarto oscuro—, porque mis padres me han dicho que en este invierno nos vamos a separar. Entonces ¿qué va a saber la abuela, que es cansina?

—Pero ¿cuándo va a pasar eso? —preguntó Olivia—. ¿En medio del cole?

—Y más que en medio. En la mitad.

—Pero… Eso no se puede.

—Que sí, Oli. Que se llama divorcio y pasa con los padres.

—¿Y no te dejan tu casa? ¿Y te encanta mucho la nave?

—La nave es un asco, pero no tengo más dinero guardado en Cazalla. —«Claro», respondió Olivia, que sabía que yo tenía múltiples dineros en mi hucha de Sevilla—. Y si no hay mucho rato para encontrar un sitio… Ahora tengo que apechugar. Tengo que dejar unos planes que yo tenía, ¿sabes? De la natación en mi patio y todo, pero ya soy mayor y la nave es una herencia. Es una cosa que es para mí y eso la abuela ni lo sabe.

Olivia me miró desde su cama, con sus ojos de búho asomando bajo su fuerte contra los mosquitos. Hizo un cálculo en el silencio, asimilando mi divorcio como una maldición compartida.

—¿Y a dónde nos vamos a duchar —preguntó— cuando nos mudemos a los ascos de la nave?

Si tuviese que hacer una lista con mis miedos, siempre me ha acompañado este: ser la hija de mi padre y la hija de mi madre y no saber cómo pertenecer a la vida del resto. Huir por las ventanas, que es lo que

hago; escapar, y escapar, y escapar, hasta que Diana Mena me encuentre con un paraguas chorreando frente a la piscina. Pero Diana no está aquí ahora y me he pasado la vida siendo ensordecedora. Obvia. Solitaria. Desconocida.

Cuando volví al cortijo se hacía de noche y César seguía recogiendo en las higueras.

No sé qué me movió entonces, quizá una desesperación embotellada, algo que llevaba fermentando dentro toda esa semana: que Olivia y yo éramos las únicas supervivientes de una estirpe y yo la estaba dejando morir. ¿La estaba dejando morir? La aborrecía y la evitaba. Me daba náuseas, pena y un puñado insoportable de coraje. Estaba enterrando ya, antes de que se la tragara el herpes, a mi Oli, el último y el primer hueso de toda mi familia; así que eché en un plato los restos de ensalada. Lo coloqué en una bandeja y metí un CD en el coche para que ella acudiese a la luz del ruido.

César dejaba la llave en el macetero frente a la alberca y podría haberlo esperado para que me ayudase. Sentía que era mi deber esta vez: entrar en la casa y dejarle la cena. Armarme de nueces y echar a andar hacia la nave. Era una cruzada propia, egoísta, incluso en ese momento, porque necesitaba de pronto mantenerla con vida. «Va a morir —me decía—. Va a morir, el insecto en el bote, la planta en el jarrón que contiene nuestras cenizas, las mías, las de mis padres, y los suyos, y los abuelos».

Metí la llave en el cerrojo y me la clavé en el pulgar.

La puerta se abrió con un quejido y entré al aire cargado del salón.

Las luces de fuera parpadeaban tras las cortinas, ya encendidas, pero dentro no se veía apenas nada: la mesita de café y los butacones. La puerta de la habitación frente a la que hicimos ronda para ocultarle magreos a la tía Luisa.

Dejé la bandeja de la cena en el suelo y lo sentí pegajoso y sucio en las uñas. Había pegotes de mermelada en las baldosas. Eran un camino de migas que entraba en la cocina y reaparecía misteriosamente junto a la chimenea. Me erguí y miré la habitación, queriendo tocarla no sé por qué motivo, y no me di cuenta entonces de que tenía delante la bandeja del desayuno.

La pisé y volcó.

Un golpetazo. Un tintineo de vaso. Perdí el equilibrio sobre la puerta, que tenía la llave encajada en el otro lado y se cerró. Busqué con las manos, asustada, el pomo desatornillado por César.

Me acababa de encerrar en la casa.

«No», pensé, palpando las paredes como una idiota. «No, no, no…», y, antes de que pudiese correr hacia la ventana, Olivia apareció desde el fondo del pasillo.

Sin cristal entre ambas, sin la nariz aplastada, Oli era una imagen más terrorífica de la que había esperado: era Olivia Bayón. Tenía el pelo más largo; la ropa manchada de restos de orina; la misma cara que todos nosotros, la familia que había residido allí, habríamos tenido de ser como ella: lisa, vacía, sin emoción, rubia, por un tatarabuelo que era británico y trabajó en una mina, con la melena espesa y la nariz redonda; un árbol genealógico del que solo quedaba yo.

Vino hacia mí. Yo la esperé, pegada contra la puerta.

Lo supe entonces, en ese mismo instante: que no podía estrellar nada contra la cabeza de Olivia. Que si la vida se terminaba ahí, habría sido la vida que habíamos diseñado, un trato justo y equilibrado, una rebeca a la que llamamos La Penitencia.

Tras la puerta, corriendo desde alguna parte, oí llegar a César, al que no le giraba la llave.

—¡Laia! —gritó mientras aporreaba la madera—. ¡Laia, corre!

Yo solo podía mirar a Oli, Oli, Oli.

Qué ironía y estaba ocurriendo, lo que había esquivado toda la semana: Olivia de pie en el pasillo haciendo un recorrido de ficha de ajedrez. El suelo bajo sus pies descalzos era un tablero. No tocó nada ni agarró el palo de metal junto a la estructura de la chimenea. Lo haría con las manos, sus manos pequeñas por las que se escapan los bichos, que escriben listas sobre servilletas de papel.

—¡Laia!

Olivia venía y llegó hasta los restos pegajosos de mermelada.

Cuando creía que iba a matarme, de pronto, paró. Las cejas rectas, petrificadas, le temblaron sobre los párpados. Los brazos le tiritaron.

(Sigo recordando eso, eso lo recuerdo: su cara en blanco y lo de luego, pero sobre todo el minuto entero que no se movió).

Oli frenó a cinco pasos de mí, autómata, inexpresiva y, por un segundo, vi en su cara el parásito de otra Olivia que me quería, de una voz que le despertaba dentro. Un músculo en el cuello se le contrajo. Abrió y cerró las manos en un espasmo como de coma. Osciló sobre su sitio, tirada de dos imanes, y de repente los ojos le pestañearon. Una lágrima grande y esférica le resbaló sobre la mejilla, bajó por el pómulo y se le metió en la boca. Cuando separó los labios, emitió un silbido extraño, pequeño, que en realidad era su voz.

—Lilia.

César consiguió abrir la puerta y tiró de mi brazo.

Me sacó al patio.

Cerró tras de mí.

Perdí el equilibrio sobre la escalerilla y caí al agua de la alberca.

OceanofPDF.com



—¿En serio hay que joderse con esto, Diana?

El portal estaba abierto. Las escaleras estaban encharcadas de jabón y heces. Había estallado una tubería en algún punto de la primera planta y el estropicio aún supuraba como un grifo: un goteo limpio, constante, de agua turbia y amarillenta. Se confundía con el rugido lejano del mar.

A primera vista, entendí que el edificio llevaba desde abril sin repararse, y también que alguien lo limpiaba, porque habría olido peor de estar lleno de Ellos.

—Puedes esperarme en el bus —le ofrecí a Alma.

—Y una polla el bus. —Ella comprobó con el cañón del rifle los botones del ascensor—. Y nada, y por la escalera cochina… Diana, esta gente va a estar muerta. Lo mejor que nos puede pasar es que esta gente esté muerta y no nos maten. ¿Hay que hacer esto? ¿Se puede tener dos dedos de frente?

—Dame el rifle —le pedí— y vuelve al bus.

—Y una polla y media.

Subimos las escaleras sucias hasta el cuarto piso.

Reconoceré esto: hubiese sido más sensato si la hija de Bartek no hubiese vivido en lo alto del bloque. El suelo estaba empapado, resbaladizo,

y nos íbamos a despeñar si había que correr de vuelta al bajo. Había electricidad en toda Francia esa semana y el agua había averiado el mecanismo del ascensor. Como consecuencia, la luz del techo fue anunciando nuestro ascenso piso a piso. Un escalón, y otro escalón, y nos alejamos más y más del murmullo de la calle.

Las puertas de los vecinos estaban cerradas.

Ya enfadada, o siempre enfadada, Alma apuntaba a nuestra espalda con el rifle como si no fuera de feria y no escupiera pelotas de plástico.

Llegamos a la puerta C, que era la dirección de la foto que había encontrado un mes atrás en la chaqueta, y entonces dudé de cómo llamar y qué era lo más cauto, ¿qué los alertaría menos, si estaban transformados ya? Nada. ¿Qué evitaría que nos matasen? Nada. No llamar a la puerta. Pero había atravesado Alemania; había arrastrado mi cuerpo desde los surtidores de una gasolinera para llegar ahí. Le había hecho una promesa a un cadáver.

Alma rompió el pomo de un culatazo de rifle.

—¿¡Qué haces!? —le susurré cuando cayó sobre el felpudo.

—¡Que no se preparen! —susurró ella—. ¡Que no hagan tonterías!

—¡Iba a llamar! ¡Alma, acabas de reventarles la puerta!

De pronto, un eco de pasos. Voces que despertaron y nos buscaron por el edificio. Una consecución de aspavientos de nuestros cuerpos, que se enredaron como títeres: Alma levantó y bajó el arma. Yo saqué la navaja de la gasolinera de mi bolsillo. La puerta se abrió a nuestra espalda y un grupo de personas corrió a esconderse en la cocina, porque un peligro estaba intentando entrar en su casa y el peligro éramos nosotras. Nosotras echamos a correr escaleras abajo y resbalamos con las heces sin saber todavía de qué huíamos.

—*Intrus!* —gritaban—. *Intrus!*

Rodamos contra la barandilla mientras el rifle se disparaba solo. Una pelota, un proyectil sin premio, dio en una pared y rompió una ventana. Cuando intentamos incorporarnos, rociadas de cristales, un batallón armado de vecinos, más intimidante que una horda de transformados, nos acorraló y puso en pie a Alma. Le colocaron una pistola en el centro de la frente.

—*Qui es-tu!?* —le gritó uno—. *Eh! Qu'as-tu piqué!?*

—*S'il vous plaît!* —jadeé yo, que era el único francés que recordaba en ese momento, o más bien sonó a—: ¡Sibuplé! Sibuplé…

Alma estaba aturullada, volviendo en sí después del golpe, así que dejó que le arrancaran el rifle y levantó las manos.

—*I only have balls* —fue lo que dijo en su inglés flamenco—. *I have balls.*

El hombre se volvió hacia otro:

—*Que dit, la blaireau?*[11]

—*Ça a des couilles.*[12]

—*Va te faire foutre! Qu'est-ce que ça peut me faire!?*[13]

—*Ils attaquent les pâtes de maisons* —dijo una tercera—. *Nous ne pouvons pas les laisser partir.*[14]

—*Please* —intenté yo, incorporándome con las manos en alto—. *Nina Nowicki. We are not dangerous. We are looking for Nowicki…*

Alma le dio un cabezazo en la nariz al hombre. La reverberación del chasquido se oyó en toda la planta y este sollozó y se tambaleó. Perdió el arma. Alma (maldita Alma, bendita Alma) se tiró al suelo y se lanzó a cogerla, pero otro de ellos le dio un palazo en los nudillos y luego la tumbó.

—*Putain de voleur!* —gritó el herido.

—*Tire, Lionel!* —gritó la mujer.

—¡No! —grité yo, que de la contusión contra la barandilla veía doble y no entendía nada. Lo que entendía es que estábamos en las mismas desde el

principio de los tiempos: en algún evento de violencia gratuita que empezaba y acababa en Alma—. *Wait! S'il vous plaît!*

—¡Suéltame! —pataleaba Alma—. ¡Os voy a matar! ¡Suéltame, hijo de puta!

—*Arrêtez!* —interrumpió, de repente, una voz que venía de arriba y que pareció descender del cielo.

Del segundo pisó bajó una persona difuminada, una silueta sobre la ventana llena de luz, con el pelo castaño y liso rozándole los hombros y dos surcos pequeños sobre las mejillas: los ojos de Bartek. Su nariz grande y redonda. Nina me miró a mí, o en realidad nunca me miró a mí, sino el yin yang cosido en la espalda de mi chaqueta.

—*C'est la veste de mon père*?[15]



Llegamos a Marsella tres días después de escapar del campo.

Durante el camino, dimos un rodeo para evitar las autopistas, por si nos volvía a parar (por si nos seguía) la sombra de un ejército furioso de Estrasburgo. Pero el ejército pareció ser una pesadilla y no volvimos a verlos jamás, como si se hubiesen consumido entre las llamas del granero. Aparcamos el autobús por la noche en medio del bosque. Klaus se despegó del volante entonces, cuando le tocó bajar a hacer la ronda nocturna, y solo en ese momento le vimos la brecha que le abría la cabeza, un corte espeluznante del que no se había quejado en nueve horas.

—Nos van a meter tres tiros —declaró Alma, aún en *shock* y cubierta de tierra—. Están detrás. Estoy oyéndoles las ruedas desde hace un rato.

—Tú no oyes *merde* —le rebatió Jolie—, desde paliza bonita en el comedor. Oyes flujos cerebrales.

Jolie tenía razón: Alma había perdido un porcentaje importante de capacidad auditiva.

No sé cuántos golpes en la cabeza había aguantado para ese punto, no en Estrasburgo, sino en la prolongada pelea a golpes que era su existencia; pelotazos de baloncesto y rupturas con Joaquín, y aún estaba por caer una comunidad de vecinos. Fue recuperando la audición en el trascurso de los siguientes días, pero a partir de ahí Alma empezó a oírnos menos a nosotras y más otras cosas que no estaban: pitidos de coches y zumbidos de ruedas militares. La voz de su madre gritando por la casa el nombre de cada uno de sus hermanos.

Fue la primera vez que la vi agarrar una tela y apañarse un hiyab que le cubriese las orejas, porque la presión la aliviaba, decía, pero gracias a ello también cogió la mala costumbre de hablarnos a gritos.

—¿¡Qué vamos a ir a Marsella!? ¡Estamos en los Pirineos! ¡Estamos que porque sobrevivimos al Armagedón, Diana, y nos desviamos porque sí, por tu tontería con una jamba!

—Esto lo habíamos planeado, Alma, y así no se puede hablar contigo.

—¿¡Cuándo lo planeamos!? ¿¡En el régimen nazi!?

Con todo y tres dedos menos en una mano, Alma se orientaba mejor que Klaus y conducía mejor que yo, así que, refunfuñando y sorda, agarró el volante y nos llevó a Marsella.

Todavía se me confunden esos días cuando pienso en cómo sobrevivimos a un imposible, y se me escapan datos que permiten que el evento tenga sentido. ¿No estábamos sangrando? ¿Quién nos suturó? ¿Cómo encontró Jolie el autobús y dónde lo guardaban? ¿Y por qué no nos siguieron luego para recuperarlo? Una parte de mí temía cerrar los ojos y despertar en la litera, con un militar llevándome a empujones a que me extrajeran sangre. Para cerciorarme de que no ocurriría, grababa el paisaje que dejábamos

atrás y que no podía no ser cierto; el paisaje gemelo al que habíamos dejado en Alemania y que conformaba este documental sagrado que estaba montando para ti.

Supongo que simplemente sobrevivimos y luego nos tocó seguir la marcha, fingir que continuábamos un viaje de carretera como la gente que se organiza para hacer el Camino de Santiago. La vida continuó, en esa paz imposible, que no consiguió quitarnos nunca la prisa. Un silencio incómodo y otro silencio más, y no supimos interrumpirlo para mencionar a los muertos.

—¿Vas a hacer chantaje a la hija y robar un coche? —me preguntó Jolie una de las noches, ambas sentadas en el hueco para equipajes—. Cuando des el abrigo que además huele a culo… Un poco de culo, *ne le prends pas mal.* ¿Ese es el plan de conquistar Polonia?

Tronaba bajo la cúpula y el bosque oscuro podría haber sido el de Cazalla. Me aliviaba ese momento secreto, Laia, en el que me parecía que te encontraba en cualquier sitio. Al fondo, proveniente de la radio, seguía sonando *Cecilia* de Simon & Garfunkel, que encendíamos a veces para comprobar si pillábamos otra señal mejor. Alma nos la mandaba apagar al cabo de tres repeticiones porque alegaba que los bongós iban a «hacerla entrar en brote».

—No —respondí—. Le voy a dar la chaqueta a la hija porque es suya.

—*C’est pas vrai*… —se rio Jolie—. Diana Mena, Diana Mena…

—Cogeremos un tren.

—¿Ese es el gran plan?

—Está volviendo la cobertura. Las cosas están volviendo y volverán también los trenes. No voy a chantajear a nadie.

—¿No era un señor que te llevó en coche dos minutos? ¿Y entonces?

—Entonces hay alguien que esperará a su padre toda la vida, si yo no le llevo la chaqueta de su padre.

Jolie echó el humo, negando un poco con la cabeza.

—Diana, no se puede vivir siendo estupenda. No te van a, a… *sanctifier*, ¿cómo se dice? Cágate encima. No se puede vivir como si te vigilase Dios. Los trenes, escucha, son coches de otra gente, son también chantaje. Los trenes no son la pera limonera.

Yo me volví para mirarla, apoyada en la puerta del autobús.

—¿Se puede saber dónde has aprendido ese español?

Ella me ofreció su canuto, sonriente.

—De que no os calláis. Mi abuela era una vieja de la Isla Balear.

—¿De Mallorca?

—No, la otra.

Le di una calada al porro que pareció teñirme los pulmones de verde. Miré de nuevo mi móvil roto, que habíamos cargado sobre el salpicadero. Te había llamado veinte veces, pero solo respondía tu contestador.

—Lo que no entiende Alma —dije— es que da igual a dónde vayamos ahora. París o Mónaco, o… Tenemos que entrar en una ciudad y buscar algo que nos ayude. Algo como Bartek. O como tú. Alma cree que todo puede hacerlo ella sola y necesita un médico, no sé si la has visto, y no vamos a atravesar solas otra frontera, porque eso son los Pirineos… Otra frontera. En Marsella tendremos, a lo mejor, a alguien de nuestra parte. Y no he llegado hasta aquí para que todo esto no sirva de nada.

Jolie me observó un rato, sonriendo un poco.

—Mírate, Napoleón. Al final te has vuelto una capitana.

Pero yo podía verla entonces, compararla con otro momento, quizá: Jolie Lemaire estaba agotada. Se desplazaba a cada hora con mayor dificultad, y solo durante esos días, de vuelta en la carretera, me pregunté si Jolie

padecía en realidad un dolor crónico que calmaba con el humo. Si era capaz de ser una invocadora de autobuses y al mismo tiempo una chica en silla de ruedas que tenía tanto miedo como yo.

—¿A dónde irás tú cuando nos dejes?

Bufó, burlándose.

—Al *cinéma*.

—No sé nada de ti. No sé ni siquiera de dónde eres.

—Soy de Lyon. Pero odio Lyon, *non, non*… Olvídalo. No volvería a Lyon ni *cadavre*. Creo que me voy a quedar en este lado de Francia. Me busco una playa. Es vacaciones. A lo mejor soy yo la que decidió que nos vamos todos a Marsella.

Nos miramos un rato más mientras amanecía y ella fumaba de una planta eterna.

—No sé nada de ti, Jolie —murmuré—, pero voy a recordarte toda la vida.

Jolie se carcajeó.

—Qué estupenda, calla, calla… Eres tú siempre muy de frases de la Biblia. No hay más que saber, Diana Mena, ¿qué quieres saber? Todo lo que somos, *tu vois?* Es lo que estamos siendo ahora.

Marsella era un mordisco de mar en la tierra, una medialuna de tejados que acababan en un muelle. Llegar a ella fue como confirmar que seguíamos en el mismo planeta que antes del campo de refugiados. A través de la ventanilla, vimos pasar los semáforos, las tiendas y los cajeros, como demostraciones fantásticas, extraídas de otro tiempo, y la imagen infinita y sobrecogedora del mar.

Había gente sana que caminaba por las calles. Iban pegados a las paredes, en silencio, y entraban en los establecimientos de dos en dos para abastecerse. Se saludaban con un asentimiento de cabeza y no mediaban

palabra alguna. Tenían pautadas unas reglas no escritas y cargaban los víveres andando para evitar el ruido de un motor. Nos miraron todos cuando irrumpimos en la ciudad con nuestra orquesta de autobús. Algunos corrieron a refugiarse a los portales.

Alma preparó entonces el rifle para la llegada inminente de un coche policía, pero la policía demostró estar formada por tres hombres, también a pie, que no parecían interesados en interrumpir el silencio por nosotros: nos frenaron, nos hicieron señas para que abandonásemos el centro y nunca más los volvimos a ver.

Marsella se nos apareció aquel día como la imagen de un mundo que ha aprendido a existir en los márgenes; que está dispuesto a enmudecer, con tal de existir. Recordaba menos a una ciudad y más a un hormiguero naciendo en el asfalto.

Fue fácil saber, solo con verlos, que los enfermos habían ido muriendo poco a poco durante el transcurso de las semanas. Europa sanaba porque quedábamos menos y estábamos cansados. Vimos tan solo a uno, desnutrido, tirado bocabajo en el centro de una acera. Creí que era un cadáver hasta que entendí que se arrastraba para asesinar a la familia del anuncio de un escaparate.

Jolie volvió a tener razón: la estación de trenes estaba desierta.

—Si lo pides bonito y hablamos —dijo—, os llevo por el Pirineo hasta la casa en la Barcelona.

—Somos de Andalucía, Jolie. Vamos prácticamente a África.

—Ah, *putain*. Pues ni de coña.

Encontramos una guía telefónica en un quiosco saqueado. Así localizamos la dirección en la foto de Bartek, y así nos linchó una comunidad de vecinos.

La mañana que nos patearon en su escalera, Nina Nowicki sacó un mapa de las carreteras de Europa de la estantería de su salón. Lo extendió sobre la mesa y luego pasamos los siguientes veinte minutos tratando de señalar el punto de Alemania en el que yo había enterrado a su padre. Cuando llegamos a un consenso (esta altura de esta autopista en medio de este papel), se puso en pie y se fue a la cocina y oí sus tres respiraciones antes de que rompiese a llorar.

A mi lado, Alma tenía un párpado hinchado de un codazo en la ceja y nos habían roto el rifle de pelotas como condición para quedarnos en el edificio.

—Perdón… Perdón. ¿Tenéis hambre? —nos preguntó Nina en inglés cuando volvió al salón y vio que seguíamos allí, magulladas—. Tenemos galletas…

—¿Nos podemos ir? —murmuró Alma.

—¿Qué os puedo dar?

—¿Nos podemos ir? —volvió a murmurar.

—Alcohol —le dije, pero Nina no me entendió y volvió con una botella de vino—. No, no… Un medicamento. ¿Betadine? Para limpiar heridas.

—Sí. Claro, claro.

Estar allí fue mucho más incómodo de lo que había planificado en mi cabeza. En mi cabeza yo llegaba hasta el piso de estudiantes de Nina y me abría la puerta Bartek con su gorra de banco. Me agradecía que le entregara su chaqueta del yin yang como si yo fuese la recadera a domicilio de una tintorería. Le pedía perdón por algo, no sé el qué. Pero Nina era una desconocida o, peor, yo era una desconocida que presenciaba la conmoción de su duelo. Más que hacerle un favor, fue como regalarle un dolor perfectamente doblado, con sangre en las mangas, con un sobre con estradiol guardado en el bolsillo.

A mitad de este proceso, además, Alma decidió ponerse en pie y se mareó sobre la mesita del café. Tuvimos que tumbarla en la cama de su habitación mientras sus compañeras de piso cuchicheaban en el baño.

—¿De dónde sois? —me preguntó Nina—. ¿Has venido hasta aquí? ¿Vais por carretera a Italia?

—Somos de España.

—Se puede quedar, no hay molestias. Es un sofá que se abre, en el salón. Os podéis quedar.

—No pasa nada —les aseguré—. Tenemos abajo a nuestros amigos. Ahora nos vamos.

Pasamos la noche en el piso de Nina.

Fue un poco inevitable, porque tenían paracetamoles y una sopa milagrosa guardada en la nevera, y una de sus amigas estaba estudiando Enfermería y le diagnosticó a Alma un caso de vértigo por infección de oído. Le hicieron un cóctel personalizado de farmacia. Yo me duché con agua caliente, en una bañera con esponja y champú para pelo seco.

Fueron las horas más plácidas que había pasado en el nuevo mundo, y ahora las revivo y siento que me exfoliaron: me dejé arrastrar por sus manos hasta el pijama de otra persona. Cenamos comida hecha ese mismo día y me froté las encías con pasta de dientes. Fue como si me desgranasen, gajo a gajo, y me quitasen una angustia atascada en el estómago desde la noche en la residencia de Wurzburgo; y, aunque las chicas de Nina no nos querían allí, nos cuidaron como si lo hicieran. Una de ellas nos metió en la mochila una caja nueva de tampones. Pusieron una lavadora con nuestra ropa.

—¿Te dijo que lo era? —me preguntó Nina de madrugada—. ¿Su hija?

Alma roncaba sobre el sofá cama y yo vigilaba que continuase haciéndolo.

—Eso es lo que me dijo de ti.

—Cuando me fui de Polonia, mi padre no llamaba por mi nombre aún. Nunca. Él es bueno, buena persona. Pero… Se enfadó porque me fui. Hui de la granja en la que vivíamos en Pila. —La voz se le quebraba, pero siguió hablando—: No dijimos nada en dos años, ¿sabes? Mi madre no me habla. Él vino a Francia a verme desde Pila. Nunca lo oí que me llamase, que dijera «mi hija», ¿no? Nunca lo oí.

La luz de la lámpara de pie se apagó, pero la electricidad volvió en la casa al cabo de un minuto. La electricidad, de pronto, apenas se iba.

—Me dijo que te llamabas Nina. Tenía una foto de ti en el espejo del coche.

—¿Cuál?

—Una foto en una cabaña.

—Es injusto… —balbuceó frustrada—. ¿Entiendes? Es injusto… ¿Tu familia?

—No lo sé.

Incluso quieta, me sentía en movimiento; me siento. Carretera y disparos, y la visión cegadora del fuego, y correr, correr, correr.

—Él estaba intentando conmigo. Iba a venir a verme.

—Lo siento tanto.

—Tenía que perdonarle…

—Lo siento. —Por traerte esto—. No podías saber que iba a pasar.

—Sí sabía. Yo se lo dije. Que lo había soñado cuando nos enfadamos… Pero no… Seguro que lo pensó en el momento que murió. Pensó que yo le di esa maldición y que soñé la gasolinera.

Una emoción pastosa, que no sabía procesar bien a causa del sueño, me abrió los ojos de repente.

—¿La gasolinera?

—A ti —dijo—. Pero yo pensaba que yo sería tú. Que le hacían daño por mi culpa… Y yo pensaba que, sin mí, nada de esto le podía pasar.

Mi móvil brillaba entre mis dedos como una prolongación caliente. Al mirarlo, descubrí que te estaba llamando otra vez. Incluso dormida, tumbada en el bus, con los ojos cerrados, te llamaba y te llamaba por instinto a todas horas: por la mañana, al mediodía, en el baño, por la noche. Probaba combinaciones de números con el único trozo disponible del teclado, obcecada en la empresa de ser respondida, aunque ya ni sabía qué era lo que quería decir. Pero en ese momento tuve algo inmediato que contarte: que Nina Nowicki soñaba el mismo sueño que tú.

—¿Qué soñaste? —le pedí, desconcertada, y luego pensé que quizá era desconsiderado—. No es una maldición. A Laia… A mi novia le pasa. Sueña esto. Le pasa también y… Vio los cuadrados en el cielo antes de que se vieran. ¿Hay más gente así? ¿Conoces más gente que sueña eso?

—Son mensajes que vienen de Dios.

—O de otra parte. De algo que ha venido.

Pero Nina estaba ya ausente, medio borracha, y se dormía sobre mí.

—Sueño que mi padre se muere —respondió— y hay una luz que se lo lleva al cielo. Luego sueño que estamos otra vez en la granja… Mi padre me ayuda a sacar un ternero con las manos. Lo saca del vientre y me dice: «innie życie». —Me tradujo—: Otra vida más.

A la mañana siguiente nos despertó el pomo desprendiéndose de la puerta otra vez. Yo me incorporé y estaba aún en el suelo. Por el pasillo entró un hombre enorme, un terror que rozaba el techo, y era Klaus, pertrechado, que había venido a salvarnos la vida. Solo entonces recordé que no les habíamos avisado de que no habíamos sido secuestradas.

—*Au secours!* —gritó una chica.

—*Alertez le quartier!*

—¡No, no, no! —les pedí, tropezándome—. *He is a friend! Sibuplé! He is a friend!*

La comunidad de vecinos se presentó de nuevo en el cuarto piso. Nos escoltaron hasta el portal y amenazaron con dispararnos si volvíamos por allí.

Antes de abandonar el bloque, todavía vestidas con las botas y el pijama de la enfermera, Nina Nowicki bajó corriendo por las escaleras y me dejó nuestra ropa mojada en las manos. Luego me tendió un folleto.

—Para volver a España, a lo mejor —me dijo—. Es un amigo bueno de Estel. Es Pépé. Tiene un bar en la playa en el que venden pasaporte. —Me abrazó y, por un segundo, fue como despedirse al fin de Bartek—. Buena suerte a casa. Muy buena suerte, Dianamena.



Pépé le Pew nos recibió a los cuatro en su autocaravana con espacio para tres, lo que supuso que la mitad de Klaus se quedase aparcada en la puerta.

Era un hombre escuálido, rubio y rojo de fumar bajo el azote del sol, que vivía tras su chiringuito en una cala minúscula, en un límite remoto y sucio del Mediterráneo. Nos preparó una cachimba sobre una mesa y del humo cerrado al rato dejamos de verlo. Seguramente no se llamaba Pépé, y lo que sabíamos de base era que delinquía, y nos costó encontrarlo un día entero porque solo aparecían mojitos en el folleto de su negocio.

—Marsella como siempre, la playa igual, *les mouettes* igual… Gatos del aire. Asco de bichos —le cacareó a Jolie, de lo que intuí yo, con mi francés de la ESO, de la conversación que mantuvieron entre ellos dos—. Aquí todo se come *le caleçon* y los calcetines. ¿De dónde venís? Perdona los pájaros.

—De un campo de concentración en la frontera de Estrasburgo.

—Aaah —asintió—. *Couci-couça*.

—*Couci-couça*.

—¿Qué está pasando? —me decía Alma—. ¿Qué dice ahora este notas?

—No hacemos pasaportes ya, *chouchou* —continuó él—. Ha pasado esta cosa ahí fuera, ¿la has visto? *C'est quoi ce bordel*… El capitalismo. No me acuerdo mucho de Estel. ¿Sigue viva? —«Sí, sí», decía Jolie, fumando distraída del burbujeo de la manguera—. El negocio ha cambiado. No es seguro ya. Nos robaron la gasolina y un barco.

—¿Ya no te queda gasolina para los mojitos?

Pépé sonrió de oreja a oreja. Luego estiró el brazo para buscar en un cajón y sacó una bolsita de pastillas de colores.

—¿Hace cuánto empezaste? —preguntó—. Sé reconocer a quien toma.

Jolie le sonrió de vuelta y palmeó su silla.

—Tengo que conducir el Porsche. Otro día.

—¿Accidente?

—¿Cuánto cuesta la *bateau de fortune*?

—¿Psiquiatra? —Pépé se levantó una manga de su kimono y le enseñó las cicatrices de quemadura que le cubrían las muñecas—. Una semana en hospital. 0,5 de fentanilo. Volví tres veces. Esto —aseguró palmeando la bolsa— te cura todo.

—*Ami: tumeur vertébrale* —dijo Jolie—. ¿Te queda pastilla para curar el cáncer?

Pépé chasqueó la lengua, contrariado.

—Pues como tienes pelo…

Y la conversación se interrumpió ahí porque Klaus empezó a pelearse con las gaviotas. El dueño de estas, el camello más remoto de Francia, se puso en pie y lo obligó a entrar. Preguntó: «¿Este no me va a robar?», y Jolie contestó, «Klaus mon pote», que parecía ser la solución correcta a

cualquier conflicto. Puede que ahora me esté inventando lo que hablaron, porque sé lo que ocurrió luego y cómo hemos llegado aquí; pero lo que sí que recuerdo es que estuve en esa caravana paladeando el hallazgo horrible del tumor de Jolie.

—El barco está en el puerto —dijo Pépé—. Puedo conectaros, pero solo caben dos. Cuatrocientos kilos. Solo mochila. Si pregunta la policía, yo nada de nada; *c'est clair?* ¿A dónde van?

—África.

—¿África dónde?

—Andalucía.

De repente, el hombre giró sobre sí mismo y me miró a los ojos.

—¿Quién eres tú?

Yo abrí la boca, volviendo a existir.

—¿Qué?

—*Your name.*

—*My name?* —repetí—. Diana.

—*Oui, Dinana*. —Pépé me extendió una mano y yo se la estreché, pero al parecer no era un ofrecimiento de saludo—. No, no, amiga. El móvil que tienes. Me dejas verlo. ¿No quieres pasaporte? *Mi casa, tu casa*.

Darle el móvil fue como traspasarle un bebé a un desconocido. La carcasa ardía. La batería se había hinchado bajo el sol del salpicadero del autobús. En ese momento, hubiese jurado que, en mi cachivache a punto de estallar, imposiblemente frágil, residía el futuro incierto del mundo, y mientras él lo giraba entre los dedos yo moví el pulgar, en el acto reflejo de llamarte.

—¿Qué hace? —se alarmó Alma—. ¿Qué está pasando?

—Tenemos dinero —ofreció Jolie.

—No, el dinero ya no vale —dijo Pépé—. No, ¿no ves que se roba la gasolina? —Tocó los botones del volumen y juzgó la pantalla rota como un mal menor—. Tiene señal. Pi, pi, pi… ¿Orange?

—Sí.

—Mala tarifa, pero ahora tienen señal. ¿Cuánto de ironía?

Lo único que le pude preguntar, tonta de la sorpresa, fue:

—¿Solo Orange?

Se oyó un ruido de algo metálico que caía al suelo donde la nevera. Pépé declaró, sin mucha ceremonia:

—Me está robando tu primo.

Salimos todos de la caravana mientras las gaviotas se quejaban y echaban a volar. Ya fuera, bajo el calor de verano, Pépé se metió en la estructura del chiringuito y nos ofreció un posavasos que debía ser el pasaporte del que hablaba Nina.

—Es una lancha que traen y llevan —me explicó—. Salen del puerto el viernes de madrugada. Si no les ofrezco el móvil, no van a hablar, porque ahora las cosas valen lo que valen. Así es el mundo. ¿Me entiendes, Dinana? Me prometes el móvil y yo hablo con mi gente. ¿Qué dices?

No quise darle el móvil.

Alma se puso furiosa, pero no tanto por eso, sino porque le dolía el fantasma de los dedos amputados. Porque no dormía por el pitido en el oído y no entendía nada en francés, y estábamos en Marsella sin saber todavía qué hacíamos en Marsella.

—¡Y no quieres robar un coche! —me recriminó—. ¡Y no se puede hacer nada de nada contigo! Vamos al felpudo de una tía de Polonia y no le pedimos a cambio ni la hora, y luego es más importante el móvil, el, el… echar el rato, ¡porque lo tenemos todo delante, pero vamos a palmarla aquí!

—No vamos a ir a los Pirineos —le repetí— para morir atravesando los Pirineos.

—¿¡Y aquí sí, Diana!? ¿¡Y eso tiene más sentido!?

—¡Marsella es segura! ¡Hay un…! ¡Las cosas están volviendo! —La luz no se va porque ya llega el final; el final de la cúpula o de nosotros—. Hay radio y la canción es una señal de supervivientes. Puede que estén a una semana de avisar, de arreglar los trenes. Puede que la solución no sea lanzarse a…

—Diana. —Alma tomó aire, tratando de improvisar su paciencia—. Llevamos un mes atrapadas en Francia. ¿Tú piensas que van a reparar el mundo para el amigo el inmigrante? Diana: estás jugando a tu juego de lo seguro y tu miedo no me sirve de nada. Hay doscientos coches ahí fuera. O rompemos una ventanilla y nos vamos a tomar por culo, ¡o das el móvil roto y nos vamos a España!

—El móvil da tono.

—¡El móvil está roto!

—¿¡Y si podemos hablar ahora, despedirnos ahora!? —estallé finalmente —. ¿¡Y si el móvil es España, Alma!?

Esa noche, mientras el autobús se llenaba de un calor encapsulado, yo calculé en mi cabeza si eras de Orange. Había arreglado dos años atrás el rúter de Orange de tu madre, pero quizá tu móvil no era de Orange, y había un universo ahí fuera en el que eso era lo que nos seccionaba. La decisión podría considerarse hasta estúpida y por supuesto que la tomé: a la mañana siguiente, cuando Jolie se levantó delirando por la fiebre, decidí que nos íbamos. Los estaba condenando allí a todos ellos. A Alma taponándose los oídos con servilletas y a Jolie incubando un cáncer entre canutos. Agarré el volante del autobús y volvimos al chiringuito, y pagué el móvil un día después, en un extremo del muelle, subiéndome con Alma a la patera.

Supongo que todo este tiempo que he estado corriendo no he temido tanto morir, Laia; he dado por hecho, quiero decir, que moriría. Mi miedo es no dejar nada atrás que pueda confirmarte que lo he intentado. Una cámara llena de carreteras. Un teléfono que transporta mi voz y te dice: «Ya son las diez. He cambiado de opinión: voy a ir a Sevilla para tu cumpleaños».

—Vuelve a Lyon —le ordené a Jolie la madrugada del viernes en la que nos despedimos junto a los barcos—. Prométemelo, que vas a ir a donde haga falta. A tu familia. A donde sea.

Ella se rio, abrazándome por primera y única vez.

—Bla, bla, bla. Vete ya. Quedamos en paz: te he robado unos euros.

—Prométeme que vas a sobrevivir.

—Qué estupenda.

—¿Cómo voy a saber que has sobrevivido?

—*Aucuné ideé.* ¿Cómo lo voy a saber yo? —respondió y me sonrió, brillante, desde su silla—. *Bon voyage*, Napoleón. Lo descubriremos en la siguiente gasolinera.

Había nubes de lluvia esa mañana y la marea mecía el muelle. El cielo auguraba algo, que era agua y más agua, y cuando nos sentamos en la lancha me golpeó la certeza de que sabía menos del mar que de lo que sea que nos miraba desde arriba.

—Es un buen tío —murmuró Alma, mirando la figura de Klaus de pie junto a la carretera—. ¿De dónde salió?

—Yo qué sé.

—¿A dónde va?

—Yo qué sé.

—Ya —suspiró—. Me lo tendría que haber tirado.

La lancha arrancó en un petardeo insoportable.

Éramos nueve en el colchón gris de la proa cuando nos alejamos para siempre del puerto de Marsella. Nadie entendía español, o tampoco lo comprobé, porque no hablamos entre nosotros: el hombre robusto que dirigía la embarcación y su hijo, que guardó mi móvil en una bolsa; una mujer negra con una anciana y tres chicos desconocidos. Nos observaban desde el extremo opuesto de la lancha como si en cualquier momento fuéramos a atacarles, o quizá esa es la forma en la que nos miramos todos ahora. ¿Hubiese cambiado algo si nos hubiésemos mirado diferente? Lo que yo sé es que miré los muelles justo antes de que empequeñeciesen en el objetivo rayado de mi cámara de vídeo. El borrón lejano de nuestro autobús verde, fosforescente, y dos figuras imposibles a las que ya no veríamos nunca más.

A veces siento que las he soñado. Thelma y Louise. Frankenstein y su monstruo. Dios, fumando, desde la máquina.

—*Please, silence and don't move* —nos pidió el hijo del capitán—. *No walk here, only when we say. Welcome, thank you.*

Salimos del sur de Francia y nos internamos en el norte del vacío. El viento nos azotaba la cara con tanta fuerza que todo lo demás era difícil de ver.

La lancha cogió tracción rápido y hubiese jurado que íbamos a salir todos despedidos de ella, que rodaríamos sobre la cubierta y caeríamos en el reguero de espuma. Pero cuando la anciana vomitó en su ropa, pálida del mareo, lo que salió de ella no se alejó de nosotros en doce horas. Estábamos pegados a esa gravedad. Nos movíamos a la velocidad de la luz y no era cierto: eran solo sesenta kilómetros por hora.

Fue fácil, en la lancha, olvidarse de pronto de cosas esenciales como el fin del mundo. Todo parecía estar ocurriendo en un ahora amenazante.

Luego atardeció y se hizo de noche. Para ese entonces ya nos habíamos olvidado de todo: solo existía el azote doloroso del frío.

OceanofPDF.com

«Si nos hundimos aquí», pensé.

OceanofPDF.com

El pelo de Alma me hacía cosquillas en la frente.

OceanofPDF.com

«Me gusta así. —Alargaste la mano y me tocaste la mancha—. Que ya no la tapes».

OceanofPDF.com

No sabía ni dónde estábamos cuando oí el móvil. El que sonaba, amortiguado, en la bolsa impermeable. Es decir, mi móvil.

—Laia —murmuré, medio aletargada, aún sin entender que me había quedado dormida. Los nudillos me crujieron como descongelándose. Acurrucada bajo su chaqueta, Alma dormía sobre el colchón.

Me incorporé como pude.

El suelo se balanceó bajo mis pies, porque, para mi sorpresa, seguíamos a la deriva en una lancha motora. La habían parado junto a una ristra de boyas rojas mientras el conductor y su hijo echaban una cabezada. Amanecía. A lo lejos, creí ver una lona tendida sobre el mar de los colores más bonitos del mundo: la silueta azul de una playa.

Sorteé las piernas de los pasajeros dormidos. Llegué hasta el asiento del conductor siguiendo el murmullo del politono.

Mi piel estaba húmeda, cubierta de un rocío caliente y salado, y el móvil se me resbaló y se me perdió entre una colección de tarjetas de crédito cuando encontré la bolsa escondida bajo el volante.

—¿Laia? —jadeé al descolgar—. ¿Laia?

Del otro lado me llegó un borboteo de estática, de ruido inconexo, que también era mi propio pulso en los oídos. Una voz que se entrecorta y que grita.

—… ana. Diana. —Interferencias—. ¿… oyes? ¿Me oyes? Diana.

El corazón se me volcó.

—¿Papá?

Su emoción estalló y me espabiló de golpe, me encontró como el dedo de Nina sobre el mapa.

—¡Diana! —dijo mi padre—. ¡Diana! ¿Dón…? ¿… ás bien? ¿Me oyes? ¡Mi niña, Jose! Señor… ¡Trae a Cata! ¡Avisa a Cata! —le dijo a otra persona—. Di…na, ¿estás ahí? ¿Estás ahí? Diana.

—Estoy aquí —balbuceé, con las retinas empantanadas—. Estoy aquí, papi.

—¿Estás bien?

—Sí. Sí.

—¿Dónde estás? ¿Dón…e estás? Diana.

Yo miré a mi alrededor, como descubriendo el mar por primera vez.

—Estoy llegando a España. Vamos… Estoy con Alma cerca de España.

—¡Está con Alma! —anunció, y por un segundo estuve segura de que lo estaba soñando. En su lado del sueño, mi madre lloraba al fondo y se oían sirenas.

—¿Estáis bien? —le pregunté yo—. ¿Estáis todos?

—… ría. Dios, me… iana. Estamos…

—Se corta, papá. Se corta.

—… tamos en el polideportivo.

—¿Y Emma? —le pregunté desordenada—. ¿Y en casa? Me olvidé… Dejé todo en la residencia, papá. Las llaves de… Me dejé la cámara, pero se había roto.

—… mos un refugio en e… ortivo… Emma la están miran… dicos. Todos bien. La policía estamos… —Estática—. ¿Dónde estás? —insistió—. Diana, ¿dónde voy a por ti? ¿Me oyes? ¿Me oyes? ¡Ven! ¡Tu hermana! —exclamó mi padre entonces, y yo me sentí flotar hasta que aterricé en la mano de otra persona.

Solo tuve que oír su respiración y el pulgar que acarició el altavoz para oírme.

—¿D-ana?

Cerré los ojos. Las lágrimas me cayeron por las mejillas.

—Nico —susurré, para mí, aliviada—. Hola. Hola, Nico.

Si hubiese estado atenta a lo que ocurría, habría podido ver lo que pasaría luego: las sombrillas en la costa. La gente despertándose en la cubierta por mi ruido. Pero yo tenía los ojos llenos de un llanto que no conocía, que de repente se derramó de mí y me atravesó la garganta, y nunca he sabido llorar. Es como si se me deshiciese el pecho cuando lloro. Había aguantado dos meses sin hacerlo y ahora no podía parar, y cuando mi padre recuperó el teléfono lo único que existió fue decirle:

—Papá, ¿dónde está Laia? ¿Tenéis a Laia?

Interferencias. Zumbidos.

—… aia no…

—Papá, no se oye. Papá, ¿dónde está Laia? ¿Tienes a Laia?

—Laia…

Una mano apareció sobre mi hombro. Me arrebató el móvil y me empujó sobre la cubierta hasta que choqué contra la barandilla.

Me costó un instante asimilarlo, con los dedos agarrotados y el pulgar preparado para pulsar tu nombre: el conductor de la lancha, recién despertado, estaba frente a mí y me gritaba. El tobillo se me quejó al tratar de ponerme en pie. Me estaba exigiendo cosas en francés, pero yo solo pensaba que se había guardado tu destino en el bolsillo.

—No —jadeé—. *The phone. I… I need the phone*…

—*Que crois-tu faire!? Retourne à ta place! Retourne chez toi avant que je te mette dehors!*

—*The phone* —le pedí desesperada—. *Please. No, no, please*…

—¿Qué está pasando? —oí preguntar a Alma, que se acercó—. Diana. Diana, ¿qué…?

El hijo del capitán me atrapó los brazos. Intentó escoltarme a la fuerza a mi sitio mientras repetía su consigna:

—*Sit down and silence! Sit down!*

¿Buscas otra novela?

Busca **Inepub** en Google y empieza a explorar.

—¡Eh! —le gritó Alma—. ¡Tú no la toques! ¡Tío! ¡Ni la toques!

—*Que crois-tu faire!?* —seguía gritando el capitán—. *Ce n'est pas une blague! Sale pute!*

La lancha entera pareció tambalearse.

El resto de los pasajeros se alejó de la refriega y Alma arrojó al chico contra el timón. Mientras se advertían en tres idiomas, sin saber aún qué había ocurrido exactamente, yo continuaba absorta, reptando hacia el ruido; el politono que se reanudaba con cada llamada de mi padre. Pero el rugido de las olas se habría comido todo eso, si no hubiese sido porque Alma trastrabilló y perdió el equilibrio.

Se apoyó en el claxon. Un bocinazo nos ensordeció a todos.

—*Putain* —susurró el capitán cuando hizo eco en la playa.

La anciana, perdida, comenzó a llorar. Uno de los hombres, más rápido que el resto, agarró rápidamente el único salvavidas. No eran sombrillas, las estacas rectas, clavadas en la arena, que llevaba viendo desde que había amanecido: era gente transformada, Laia.

Nos oyeron entonces y empezaron a venir.

Anduvieron hasta la orilla.

Se metieron en el agua.

—*Putain* —seguía el capitán, y corrió al volante a arrancar la lancha—. *Nous n'avons pas rechargé!*[16]

—*On fait quoi?* —le preguntó su hijo—. *On fait quoi?*[17]

—*Jette-les!*[18]

—*Ici?*[19]

—*Jette-les! Laissez-les les suivre!*[20]

El chico me agarró de la camiseta y me lanzó al agua.

Yo no pensé nada más hasta que me golpeó el frío. El peso de la ropa, de dos botas que me había atado en Wurzburgo solo para ir a cenar tortilla. De pronto, estaba en una oscuridad asfixiante, ácida, que me picaba en los ojos aún abiertos, y desperté del letargo de otra Diana que solo sabía buscar un móvil.

Los móviles no importan, Diana. Estás hundiéndote en el mar.

—¡Diana! —gritó Alma en la superficie.

La lancha arrancó. Rugió y luego se alejó como un terremoto, dejando un remolino de marea que me arrastró en círculos hasta que choqué con la boya. Cuando me agarré a ella y cogí aire, vi sus cabezas yéndose, alejándose como un espejismo; las cabezas de Ellos, los que venían, que se acercaban nadando.

—¡Diana!

Alma estaba luchando entre las olas contra su chaqueta impermeable. Braceó como pudo, tragando agua, y desapareció. Yo me lancé a por ella y me costó encontrarla en la balsa de oscuridad.

El mar estaba borroso y la música de mi móvil desapareció, inundándose. El mar se tragaba las autopistas, el fuego de Estrasburgo, mi monólogo de gasolinera sobre el muestrario de chicles. Yo había predicho ese momento tantas veces, en el que ya no hay más que hacer y pienso que

nunca estuve hecha para sobrevivir a esto, pero de repente estaba pasando algo que no había calculado: el mar se iba a tragar a Alma también.

—¡No puedo! —balbuceó sin aire—. ¡No puedo!

—¡Agárrame! —le ordené y me desbroché el mono para liberar las mangas. Le até una a la muñeca—. ¡No te alejes! ¡Alma!

—¡Me duele la mano! ¡No puedo con la mano!

—¡Agárrame!

—¡Vete tú, Diana!

Me até a Alma a la espalda y nos propulsé hacia la orilla. El sol estaba volviendo a nacer, pero el Mediterráneo era un charco bajo cero. Venían diez, quizá siete, porque algunos se empacharon de agua y dejamos de verlos a mitad de camino.

Esto es lo que yo sé de nadar: que aprendí a hacerlo contigo a los ocho años. Que sabe sacar de mí algo de verdad, un impulso claro, impaciente, y ahora pienso que siempre fue miedo; una angustia instintiva por llenarme los pulmones. Una corazonada engrasada y a punto de saltar; un aguante pulido justo para ese momento.

El brazo de Alma se reajustaba y me asfixiaba para agarrarse a mi cuello. Brazada, brazada, brazada, y la visión lejana de la arena amarilla.

Lo que sé de nadar es que hay que crear una música concreta con el cuerpo, que requiere de un silencio que tiene algo que ver conmigo. Al nadar, busco un bordillo, siempre un bordillo. Tu ruido compitiendo por alcanzarme sobre la mancha celeste de los azulejos. El universo era una nada negra, estrepitosa, de estallidos y burbujas, de manos que nos rozaban el final de las piernas. Me faltaba el aire y no sentía los dedos. Estaba tragando sal y no veía. Los ojos me ardían del dolor, pero creí entender, durante un segundo, la sombra en la superficie de Inés Aplauso, y lo que sé de nadar es que soy disciplinada, obediente, invisible; que Alma no va a

morir aquí si yo aún puedo y que no pienso dejar que todo esto se quede en nada. «Lo que sabes de ti es que eres Diana —me decías—, y eres la más rápida de la carrera de natación».

Una corriente nos empujó y chocamos con las rocas.

Un golpe en la espalda.

Me giré y busqué a Alma, alarmada, a tientas. Encontré su cuerpo frío, flotando, e intenté arrastrarla a la superficie. Algo tiró de mis botas.

El hombre que nos había alcanzado tenía la cara despellejada, al rojo vivo, y los ojos abiertos, ciegos de arañazos de arena. Moriría arrastrándonos al fondo del mar. Me trepó por las piernas, hambriento y desesperado. Me faltaba el aire y me había abierto algo contra las rocas. El cielo quedaba cada vez más lejos y más lejos, y yo no entendía nada que no fuese agua.

Lo que sé de nadar

es que es negro.

OceanofPDF.com

«Si nos hundimos aquí», pensé.

OceanofPDF.com

Una luz azul.

OceanofPDF.com

«Diana —me llamaste—. ¿Cuál es mi premio?».

OceanofPDF.com

Una luz azul.

En el abismo del mar, cuando la cúpula se encendió, vi bultos grandes sobre la arena, vivos.

Antes de que nos extrajera la luz, vi algo que esperaba allí, sin moverse, distribuido simétricamente como la red del cielo.

OceanofPDF.com



Las manos de Diana me agarraron bajo el agua.

Era de noche en Cazalla de la Sierra y la alberca estaba negra y nos cubría hasta los hombros. Diana me besó. Su piel sabía salada, no sé bajo las leyes de qué ciencia; musgo y ranas naciendo en el musgo. El comienzo cíclico de la vida.

A mí me movía una impaciencia adolescente, recién descubierta, a acelerar el momento con la palma de las manos. Recorrí la forma de sus clavículas. Diana abrió la boca sobre mi boca, sobre mi lengua, me subió a su cintura. Sentía las extremidades ardiendo y dormidas, desconcertadas. La espalda arañada por la piedra del bordillo.

No hubo nada entonces que yo no hubiese estado dispuesta a hacer allí con ella. Había orquestado ese segundo, en el que extraía de Diana una versión desesperada, sin aliento, mía; y arqueé la espalda y busqué el cierre de su sujetador, y bajé los labios hasta su…

—No.

Lo oí antes de que el aire me diese en la cara. Abrí los ojos y la miré, pero Diana ya no se atrevería a mirarme.

—Laia, no… No puedo. Esto… No puedo. Perdón.

El juego se acabó.

No el de ese día, que había acabado con el luto de otra bici, de otra pantomima mía que salía mal. Uno más largo en el que utilizaba las reglas que había aprendido con Mario, y el amor era un impulso egoísta que luego duele.

—¿Quieres…? ¿Te traigo una toalla y la ropa de…?

—No, voy a… No hace falta.

—Salgo y te traigo una toalla.

—No hace falta.

Metí los pies empapados en mis deportivas.

No pegué ojo sobre mi cama el resto de la noche.

En la habitación oscura, pestañeé vuelta hacia la ventana mientras el pánico me cerraba el estómago. Planifiqué una vida entera en la que no volvía a hablar con Diana. Ella se explicaba («Estabas muy sola. Me confundiste. Siempre te he visto tan sola») y no volvíamos a vernos hasta que cumplíamos los treinta y cinco y coincidíamos en el rodaje de un anuncio de Decathlon. Yo era una mujer desenfocada junto a la zona de las bicicletas. Diana no me reconocía.

¿Quién era yo?

Había sido tan fácil, durante todo ese tiempo, el ejercicio de desapegarme de los demás, de pasar rápido y difuminada por las vidas de los otros. Era la libertad de los escarabajos en los tarros, que existen sin futuro, solo para enseñarlos una vez. Pero Diana había buscado conmigo al gato; Diana había tenido la mala costumbre de verme, y verme y verme. La idea de perderla entonces, de solo saber hacerle daño, pareció de repente volverme translúcida.

Lo que quiero decir es que llevaba siete meses regurgitando una maldición: que el problema, incluso sin Mario, no se fuera y viniese en

realidad conmigo. Que lo único que supiese hacer con el amor fuese embestirlo o esquivarlo.

—¿Esto qué es? —me preguntó mi padre la tarde siguiente—. ¿Cómo me entero yo ahora de que has repetido el cole?

Mi ropa goteaba sobre el suelo de la cocina y él descifraba el jeroglífico de mis notas en su portátil.

—No es el cole —murmuré—. La prueba de Selectividad.

—Le estaba pasando a tu madre el dinerito —continuó él—, y ahora me dice que no hay matrícula ni nada. ¿Tú te esperas que yo no me entere de nada, que le paso todos los meses a tu madre el dinerito?

—Son notas públicas.

—¿De dónde vienes así?

—Nos hemos perdido en el campo —le expliqué—, y he tenido que llevar a Diana a cuestas por el río.

Él suspiró, no muy serio, ni tampoco especialmente enfadado.

—Bueno, que no me cuentes cuentos. —Y entró en el bucle inútil de empañarse y limpiarse las gafas—. Vamos a ver qué hacemos contigo, porque lo vamos a tener que ver. De primeras, te vas a venir para la nave. No, pues si no das un palo al agua, te quedas a aprender un oficio, ¿te enteras bien? ¿Tú con estas notas a dónde te crees que vas, Laia? ¿Qué crees que va a pasar?

Yo lo miré casi atravesándolo.

—El tiempo.

Dos semanas más tarde, me subió a la camioneta por primera vez y me enseñó a no estrellarla por una rotonda que daba a un barranco.

Me quedé en Cazalla de la Sierra sin decírselo a nadie, un poco en mi línea, por vergüenza o porque siempre había creído que acabaría así: comulgando con la indiferencia peripatética de las vacas.

Unos días después de la travesía por el río, los demás hicieron las maletas y se marcharon a Sevilla en el Seat León. El cortijo se quedó en silencio, desconocido, y por primera vez esperé al otoño sentada en su porche, creyendo que antes de alcanzarlo el tiempo se detendría en una paradoja de verano. Un mes después, casi al comienzo de octubre, César Parra volvió al campo para la recogida de la aceituna. Tras la sorpresa de encontrarme aún allí y un par de miradas incómodas, me preguntó, con la boca pequeña, si al irse todos en agosto se habían olvidado accidentalmente de mí.

—¿A dónde vas? Llévatela —le ordené a Diana el último día de vacaciones. Iba cojeando hacia el coche con las maletas y había abandonado la muleta en la puerta—. ¿Y yo para qué quiero esto aquí? ¿Cómo eres así de bruta?

—Es tuya.

—Era de mi abuelo o de alguien cojo que ya ni está.

—No puedo seguir robándole a tu abuelo —sonrió cauta—. Aún puede caerse otra roca.

Luego se hizo un silencio extraño, mientras ella sacaba los auriculares de su riñonera. Yo, con tal de no mirarla, fingí que tenía que atarme los zapatos otra vez.

—¿Te vuelves en septiembre? —me preguntó—. ¿Para el cumple de Oli?

—Claro —le mentí.

—Puedo pasar por tu casa a recogerte.

—Claro.

—Puedo meterte en el chat del grupo.

Al otro lado de la ventana, la tía Luisa emitió el bocinazo que comenzaba el tetris de carga del maletero. Yo le encajé la muleta bajo el codo y me eché su mochila a la espalda.

—Venga, que se van sin ti, abogada del diablo.

No volví a hablar con Diana Mena durante los siguientes cuatro meses.

No hablé con mucha otra gente, tampoco; con desconocidos que encargaban puertas de una nave llena de puertas y me deletreaban el DNI mientras mi padre las descargaba.

Fue un tiempo que no sé ordenar en el que la vida se transformó en otra cosa, una más mecánica y simple, quizá, y todo lo que importó entonces fue desclavarse astillas de los dedos. Aún puedo conjurar el olor a goma de esa furgoneta y el que vino luego en noviembre, de avería en la calefacción.

Había cumplido los dieciocho años, ¡los dieciocho! La edad para la que yo había previsto que, como mínimo, sabría todo de todas las cosas, porque había nacido sabiendo la mitad y a los dieciséis se me reveló el resto. Pero de pronto se abrió un telón enorme, se aparcaron las bicicletas, y descubrí, para sorpresa de nadie, que nunca había sabido mucho. Era el momento de las grandes decisiones: despegar y elegir un futuro y una ciudad, y todos empezaron un grado universitario. Alma se resignó a Ciencias del Deporte. Olivia se matriculó en primero de Magisterio. Yo la recibía, varada en Cazalla, en el mismo sitio desde los nueve años. Yo me había matriculado en una seguridad infantil, la confianza engreída que caduca al final de la adolescencia, y crecer se me reveló, en realidad, como saberme una niña. Pero parecía tan tarde ya, y a la vez tan pronto, para decidir quién ser, si tenía que ser otra.

—Y vinieron a la facultad —me contó Oli cuando subió por su cumple —. Con disfraz y todo, con peluca de calvita. Porque ¿yo te he contado la historia de que Alma me hizo una calva? Sí, en primero de la ESO. Bueno, pero tú imagínate qué vergüenza. ¿Tú te imaginas la imagen?

—A Cristo sí, porque ya clarea.

—¿Qué dices, Lilia? Tiene pelazo, Cristo. Y me cantaron todos en el pasillo… Y luego nos fuimos a la Alameda y Alma estaba venga que dale, venga que dale, pero yo agüita con gas. No, porque yo ya, si poto en la Alameda, me muero para siempre. Y vino Álvaro, ¿sabes?

César le recordó:

—Si nos acercó Laia al bus a los dos.

—Y el novio de Alma, que es otro nuevo que es heavy metal. Y vino Inma, ¿sabes Inma?

—Claro —le respondí.

—¡Pues no entiendo qué tenías que hacer aquí, si lo que pegaba es que estuvieras en mis dieciocho años!

—A veces se nos escapan las puertas. Hay que perseguirlas hasta lo alto del monte.

—Lilia, que te lo digo en serio, jolín.

—Son un peligro para el ecosistema.

Algunos días, cuando Oli venía de visita al cortijo, me poseía una valentía que ni conocía y acababa dándole alguna cosa inútil para Diana. Un bote limpio con una tapa interesante. Un tornillo cruciforme. Una bolsa de higos.

Le di las vueltas suficientes a la conversación sobre la roca como para llegar a la conclusión de que me había declarado accidentalmente a Diana. En mi cabeza, ella me había abrazado de vuelta como se perdona un traspié: «Bueno, no vuelvas a enamorarte de mí». «No te preocupes, es algo que le puede pasar a cualquiera». Lo que yo sabía entonces de Diana era que estaba en algún lugar con Inma, porque Olivia lo mencionaba a veces, y que yo había dado un espectáculo bochornoso antes de romperle un tobillo.

Creo que no le hablé porque estaba esperando a que pensar en ella no me devolviese a ese momento, no al golpe, sino a la alberca. Quería extraerme

el recuerdo de su boca con un tenedor. Supongo que estaba intentando ofrecerle a Diana alguien que era capaz de ser su amiga, pero sin hablarle en absoluto, una habilidad que yo había ido perfeccionando durante toda la vida.

Cuando acabó la temporada en el campo, César fue contratado por el tío Ángel y empezó a repartir conmigo las puertas. Era mucho mejor que mi padre, porque se dormía disponible, con los ojos medio abiertos, y traía siempre en el abrigo un puñadito de frutos secos de los que se comía solo las pasas. Empezamos a desayunar juntos en la misma cocina. Nos rulábamos el único par de guantes que había en todo el cortijo.

—Si heredo la nave —le dije el día que me preguntó qué haría—, voy a quemarla entera con doscientos mecheros.

Él murmuró poco a favor:

—Bueno… Hay puertas dentro que son muy buenas.

—Solo faltaría que fuesen un trapo.

—Y si no haces esto de tu padre ni nada, ¿qué es lo que vas a hacer?

Estábamos sentados junto a la gasolinera, merendando un trozo de pan con chocolate.

—Tener vacas —improvisé, pero César asintió y pareció tomarme en serio—. No sé cómo surge que acabas con la primera. ¿Es caro? ¿Será caro tener vacas y todo?

—No sé… Se ve que comen.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué?

—Lo que vas a hacer.

—No sé… —respondió él, más sincero—. Voy viendo un poquito y ya veré.

Yo le miré de reojo un rato, mientras él se peleaba por encajar un botón desprendido de su chaqueta. Pensé que nadie me había preguntado nunca qué era lo que quería hacer, y que tampoco había estado así de cerca de alguien a quien no quisiera besar.

—Oye, ¿yo cómo te caigo? —barboté y me arrepentí al instante—. Quiero decir… No por nada. Si me ves como una macarra, digo. O como una tía saboría. Yo qué sé… Olvídalo. No sé ni lo que digo… Olvídate. Que pensaba que no habíamos hablado nunca, ¿no? Hasta ahora y… Pues que estarás harto de verme.

—¿Y por qué me vas a caer mal?

—No es eso. Olvídalo.

César se lo pensó, como traduciéndome a su idioma, y luego sacó de algún lado otro puñado de kikos.

—Siempre me has parecido buena gente —dijo—. Pero ahora que nos vemos… Me pareces buena gente igual. Aunque no sabía que pasas mucho tiempo callada. Pienso que pasas más tiempo sola… del que yo me estaba imaginando.

Creo que fue en diciembre cuando Olivia me encontró llorando sobre el sofá.

Era la una de la madrugada de un sábado y aún olía a los restos del humo de la chimenea. Oli se levantó para ir al baño y me encontró allí, pasando frío por pasarlo, en un ramalazo testarudo. Recuerdo su cortocircuito nervioso y que me cubrió con tres mantas. Viéndola frotarme con pánico, como si fuese un pájaro a punto de morir, caí en la cuenta de que era la primera vez que lloraba frente a mi prima.

—Ya está —repetía angustiada—. Ya está. Si es que yo voy a venir más veces. Yo en Navidades me las paso aquí, Lilia, y tú si quieres te vienes a mi casa…

—No es eso. —Sorbí—. No es eso.

—¿Qué ha pasado?

—Que llevo un tiempo… —balbuceé. «Perdida»—. Que he tenido un año que ha sido regular.

El mundo tiende a acabar, como los árboles, en los mismos sitios en los que empieza.

Nunca había visto nevar en Cazalla de la Sierra hasta ese invierno en el que volví a encontrar escarabajos atravesando el río. Pero cuando los cogí entre las manos ya eran otros, y no parecían un milagro tan grande, o mis manos eran otras y yo ya no parecía yo. Estaba mudando una piel, los últimos dientes de una niña a la que había dejado sola dando vueltas al patio.

En Nochevieja, bajamos con Álvaro a Constantina a una fiesta en el bar de un amigo. El sitio estaba oscuro y húmedo, una marea de espaldas, y Olivia vomitó el champán que se había tomado con el bol de uvas. Yo pasé la noche charlando con una chica que había venido a pasar el fin de semana en el campo, que me cogió de la cintura y me gritó al oído que estudiaba en Granada.

Solo cuando salimos a la calle y la iluminó una farola, caí en la cuenta de que había estado ligando una hora con Lucía Regalito. Se había cortado el pelo en un *mullet* porque estudiaba Bellas Artes y estaba esperando medio divertida el momento fatídico en el que yo la reconociera.

—¿Qué pasa? —se rio, y le brillaron los *brackets*—. ¿Te catas de pronto y te acojonas? Si no me conoces de nada. ¿Cuándo hemos hablado?

—Coño…

—¿Qué pasa?

—Si te ve tu madre, va a pensar que te he mordido.

Ella bufó ofendida.

—Anda, tía… Laia Bayón, y que tampoco eres tan importante.

Nos besamos con el sonido de los petardos de fondo.

Creo que lo hice yo, en un impulso por instinto; por comprobar, también, si no sabía al fantasma de un beso en una piscina. Ya se sentía tan lejos el verano, una angustia rara que se me deshacía en la lengua. Tuve la esperanza, en ese momento, de que el nuevo año era capaz de limpiarme y perdonarme todas mis maldiciones.

Cuando abrí los ojos, busqué las llaves de la furgo en mi bolsillo y le dije a Lucía que me marchaba.

—Pero ¿te has rayado?

—No, es que estoy… —le expliqué—. Es que esta parte ya me la sé y ahora estoy intentando otra cosa. Estoy como… esperando, en realidad. O algo así. A que llegue algo inevitable.

Ella se balanceó, medio borracha, y pareció pensarlo un segundo.

—¿Crees en los alienígenas?

Parpadeé.

—¿Qué?

—No sé. Ha sonado como que anuncias de repente unos alienígenas.

—Vale. —Tosí una risa, sorprendida—. Pues a lo mejor sí. A lo mejor eso será.

—¿Sabes qué? —canturreó Lucía antes de que me fuera—. Cuando éramos pequeñas… ¿No te parece muy fuerte? Me acuerdo de que yo te odiaba de pequeña por eso de las clases de natación. Y yo pensaba que… estábamos compitiendo o algo porque a mí me gustaba Diana Mena. ¿Tú te acuerdas? Porque tuve este flechazo de cría con esta niña y yo siempre creí que le gustabas a Diana Mena. Pero míranos aquí, ¿no? Y a saber dónde está. Qué fuerte. ¿No te parece fuerte que haya pasado?

Yo le subí la cremallera del abrigo.

—No. A todo el mundo le ha gustado alguna vez Diana Mena.

A la mañana siguiente, mientras mi familia dormía y el monte parecía recién pintado, salí a darle zanahorias a las vacas tras la valla, que era una costumbre que habíamos pactado y para la que ellas se preparaban cada domingo.

El cielo estaba empañado y cubierto de nubes. Desde allí miré la finca del dueño tras la niebla, las ventanas encendidas de los vecinos del establo. De pronto me descubrí andando campo a través. Subí una escalerilla de piedra y pulsé dos veces el timbre. El campo campaneaba a lo lejos cuando alguien, al fin, me abrió.

—Hola —le solté, y entonces me sucedió que no había planificado nada. Abrí y cerré la boca hasta que me salió, no sé por qué narices—: Quería decirle que un día le abrí la puerta a las vacas. Soy de aquí al lado, o sea, de los Bayón… Y quería pedirle perdón. Porque me metí un día donde duermen las vacas.

El hombre que tenía delante, robusto y no muy alto, pestañeó.

—¿Cómo? ¿Me has tocao las vacas tú?

—Bueno, no sé si estas —aclaré—, porque fue hace diez años, más o menos.

—¿Cómo, cómo?

—¿Puede decirme qué ha estudiado usted? —le pregunté, que era mi pregunta inicial y la pregunta más ridícula del mundo. La que me conduciría hasta este futuro, hasta un cielo rojo y partido en pedazos—. ¿O se compran y ya…? Es que verá, es que estoy viendo a ver si me oriento para la carrera. Y he pensado… Yo me entiendo con los animales, bueno, eso pienso yo. Y de verdad que las miro y me gustan sus vacas. Pero no las quiero robar ni nada… Pero no sé, por si acaso pregunto, si hay que estudiar una carrera.

Él me analizó en ese momento como si yo fuese, al fin, el alienígena profetizado.

—Niña, el ganao no se estudia. Si quieres ciencias políticas, vete a Córdoba a estudiar Veterinaria.



Para cuando volví a Sevilla en febrero, Cristo había dejado ADE y se dedicaba a narrar el evento como una gesta espiritual.

—No, porque he sabido ver lo que es lo mío —decía—. Porque el dinero, para que me entiendas, es un deporte y yo soy del tiki-taka. Te voy a apuntar un libro de un monje, Layita, que es una cosa de filosofía que te lo deja todo clarito, clarinete. Yo soy pichichi y tengo cerebro de inversor, ¿no? Y eso es algo muy nuevo que no te pueden enseñar en Administración de Empresas.

Alma me tradujo:

—Va a opositar a poli porque ha suspendido el cuatrimestre y por su amor a las porras.

—¡Qué graciosa! —se quejó él—. ¡Pues algún día me necesitarás! ¡No, no! ¡Ya verás ese día!

Oyéndolo justificar una decisión que vendría de sus padres, sentí un alivio malicioso por no ser la más desubicada del grupo y otro poco de terror a que, por amor a Álvaro, Cristo se me plantase en el cortijo.

Aquella tarde nos reunimos todos, tras tantos meses, en la cafetería de siempre en la que nos invitaban a churros. Alma se presentó con el brazo en un cabestrillo. César se arruinó los pantalones volcándose un café encima. Diana estaba allí también, claro, con la mitad del pelo recogido sobre una camisa blanca; la miré, tratando de que no me viera mirarla, pero ella ni se

volvió. Parecía más mayor y más cansada que nunca. Se pasó la quedada ojeando apuntes de Derecho en su móvil.

—¿Te dejo en la urbanización?

Mientras el resto terminaba de pagar, Diana se quedó esperando en la puerta y casi se espantó del susto cuando me oyó salir. Alzó las cejas, desorientada.

—Pensaba… —empezó—. Tu madre me dijo que os mudabais al centro.

—Sí, pero es que me ha dejado el coche. Lo tengo ahí, calentando una zona azul. Y como veo que vas sufriendo con eso… ¿Cómo vas?

—¿Qué?

—Las abogacías. Los apuntes.

—Ah. —Descubrió el móvil encendido en su mano y lo apagó—. Sí… Es un… Tengo un parcial. Son solo tres paradas de bus. Gracias, pero lo cojo ahora y llego en nada.

—Bueno —le sonreí—, pero es que me has robado una muleta.

Durante un segundo, vi una emoción en su cara que no supe cómo identificar y luego se acabó. Diana se ajustó la bufanda y recogió su mochila de clase.

—La tiene Oli —respondió—. Se la di a Oli en octubre.

Intercambiamos solo un saludo en el concierto del novio de Alma. Coincidimos en la urbanización el día que mi madre terminó la mudanza, pero fingió que no me había visto al otro lado de la piscina.

No hizo falta todo eso, de todas formas, para que yo notase que Diana me estaba evitando; que, en mi misión egocéntrica por dar un estirón, no había pensado en el estirón paralelo de Diana.

Solo en ese momento me paré a imaginar los últimos meses desde su perspectiva: al final de agosto, Diana volvía a Sevilla. Lo retomaba con su novia, a la que no le hablaba del beso, y se arrepentía de todo lo ocurrido

durante ese verano. Se le gastaba su empatía de san José por mí. De pronto, reaparecía yo en febrero, el recuerdo del error como un anuncio de bomba.

Quizá era desconfianza lo que le había visto, pero lo que no sabía Diana era que yo ya no era yo: yo había pasado los últimos seis meses haciendo un entrenamiento militar para ser su amiga. ¿No había sido yo siempre, en realidad, amiga de Diana Mena? Más o menos. Diana ocupaba en mi vida un extraño y muy obtuso espacio de intimidad. Pero había decidido, en mis propósitos de año nuevo, que lo traduciría en ser una buena amiga para ella.

Una semana después, pulsé los botones de su telefonillo.

—¡Hola! ¿A qué estás?

Había aparcado el Sevici junto a un naranjo y el portero me miraba confundido, sin saber si debía abrirme.

—¿Laia? —dijo la voz de Diana al otro lado—. ¿Qué haces…? ¿Estás en serio ahí fuera?

—¡Hombre, pues no habría otra!

—Laia, estoy… Me estaba duchando. ¿Pasa algo? Me ha avisado mi padre.

—No, bueno, es que no tenía tu móvil —le expliqué—, porque es que cambié de móvil y no tengo guardado ninguno.

—¿Cuándo?

—Hace un año o así.

Se hizo un silencio en el que temí que me hubiese colgado, así que volví a llamar.

—Laia, sigo aquí, sigo aquí… No puedo salir a la puerta. Estoy en toalla en medio de la cocina. Son las nueve de la noche, y Emma… Mira, ¿puedes volver otra…?

—¡No, espera! ¡Te lo digo rápido! ¡Espera! —le pedí, arrimándome al interfono—. Tengo unas entradas de una cosa. Es un regalo de Reyes del

tipo de mi madre; el Avelino me dio unos vales para el parque de atracciones y he pensado que podemos ir a las cataratas.

—¿A Isla Mágica? —preguntó Diana, dudosa—. ¿A las cataratas en febrero?

—Bueno, abre en marzo o por ahí. Yo te digo por ahí.

—Mira, tengo que… ¿Podemos hablarlo otra…?

—¡Se viene Oli! —improvisé—. Diana, y te lo digo porque quiero que te traigas a Inma. Son cuatro entradas, pues nosotras e Inma.

—¿A Inma?

—Claro, que a Oli le cae fenómeno —mentí, aunque con suerte eso aún podía ser cierto—. ¿Qué hago con las entradas, si no? ¿Me las frío y me las como?

Al otro lado de la línea, casi pude oírla frotándose la cara.

—Laia, ¿para qué ibas a invitar a Inma a esto?

—Hija, pues vaya caso eres. Porque quiero conocerla.

Fuimos a Isla Mágica el primer fin de semana que abrieron del año. Esto, sobra decir, fue una idea nefasta que no parecía haber tenido nadie más en toda Sevilla.

Para excusar la ausencia de Olivia, les conté que se había caído del plan por un brote de herpes («Olivia no viene porque va a morir. El herpes del labio se está comiendo a Olivia»), así que al final conseguí que fuésemos nosotras tres: Diana, Inma La Novia y yo.

Era principios de abril y hacía un frío de nubarrones, de restos de invierno aún por rebañar. No hubo manera de reunir el coraje de montarnos en un tronco y bajar por una catarata. Deambulamos, en su lugar, buscando una atracción que no incluyese empaparse, pero el sitio se reconfirmó oficialmente como «Isla Mágica»: toda su oferta eran reconstrucciones de barcos, espectáculos de barcos y un láser tag puñetero en el al final te

escupían un chorrito. En mi defensa, yo lo había recordado más diverso e interesante, que es lo que suele pasarles a los parques de atracciones.

Acabamos subiendo tres veces a la lanzadera y luego Inma se mareó y solo nos quedó hacer cola en el cine 3D. Durante la última hora nos agarramos al tiovivo y giramos y giramos hasta que cultivamos, como en un robot de cocina, nuestros propios herpes.

Diana e Inma no se cogieron de la mano. No se rozaron ni una vez durante toda la mañana.

Yo las analizaba de cerca, acelerando el paso por si era por mí, pero Diana e Inma no se tocaban daba igual lo que yo hiciera. Aun así, La Novia se me reveló ese día como alguien impecable. Nada tuvo el poder de parecerle mal. Sonrió hasta cuando nos anunció que quizá se desmayaba por vértigos y definió mi transición al vegetarianismo como «una cosa muy bonita». Era tan diminuta como la recordaba, un adornito de llavero de tienda. Fingió que no le preocupaba que yo condujese el coche sin carné.

—No hay Veterinaria en Sevilla —le conté cuando nos sentamos a almorzar—. Supongo que me iré a Córdoba, que está aquí al lado y eso… Pero la verdad es que yo en Córdoba no conozco nada. De Córdoba me suena el flamenquín. ¿Sabes qué más no hay tampoco? Logopeda.

—Anda. —Inma asintió como si le interesante—. ¿Y por eso repites?

—No, repito por cafre.

—Anda.

—Porque en Selectividad no evalúan el recreo. ¿Y tú? ¿A qué carrera?

—No, no, yo estoy yendo ahora para postulante. Se estudian las Escrituras, pero es más el modo de vida.

Yo entendí con eso que estaba iniciándose en las juventudes del PSOE. A su lado, Diana parecía la proyección de otra Diana que se encontraba a cien mil kilómetros de allí.

—Bueno, y… —carraspeé recolocando mi cuerpo sobre la silla—. ¿Cómo pasó? Quiero decir… ¿Cómo os conocisteis? Que a esta de siempre no hay manera de sacarle nada. —Este era un intercambio que yo había planificado, capaz de redimirme de todos mis errores—. Yo es que llego ya tarde y no me sé la historia. ¿Cuánto lleváis?

Inma tardó en responder, limpiándose la boca.

—¿El qué?

—Juntas. O sea, saliendo.

—¿Saliendo a dónde?

—De novias, quiero decir.

Durante un segundo, pareció mirarme como no sabiendo si le hablaba a ella.

—Ah, no —acabó diciendo—. Diana y yo somos amigas.

Casi me atraganté con mi Fanta naranja. El gas me subió hasta la nariz y me escocieron los ojos. Boqueé, estúpida, y las observé entonces esperando el chiste; a Inma La Novia dejando de ser novia de nadie y a Diana cogiendo aire como si eso ya lo hubiese vivido.

—¿Qué?

—No —dijo Inma mirándola—. Bueno, al principio, cuando quedamos… Estuvimos quedando un poco, pero ahora sobre todo coincidimos en el comedor.

—¿Qué?

—Yo es que estoy yendo ahora para postulante.

—Pero —la corté, reseteada en mi banco, y de pronto me vi a mí misma dando otro espectáculo ridículo—. Perdona. ¿Quién…? Tú fuiste al cumple en la Alameda. Perdón, ¿no eras tú? Yo te conocí… Eras la novia de Diana.

Diana me miró solo entonces a los ojos.

—¿Cómo va a seguir siendo mi novia, Laia?

Se hizo un silencio tras eso que pareció cubrir Isla Mágica entera. Yo plegué mi servilleta tres veces, entrando en un bucle heredado de mi padre. Inma me pidió la Fanta para tomarse una pastilla, y luego, cuando me invadió el impulso, me puse en pie.

—Voy al baño, ¿puedes…? —dije—. ¿Vienes?

—Voy al baño —dijo Diana.

—Vale.

Echamos a andar hacia algún lugar que tardó tres señales en definirse como una puerta. Diana entró detrás de mí en el baño público y se cruzó de brazos junto al lavabo. Mientras esperábamos a que una señora apurada terminase de usar el secador, yo me puse de rodillas para comprobar que no había nadie en el resto de los cubículos.

—¿¡Qué me estás contando!? —le grité en un susurro—. ¿¡Qué estamos haciendo en Isla Mágica si Inma tu novia no es tu novia!?

—Te has empeñado en traerla a Isla Mágica —dijo Diana—, así que eso hacemos…

—¡La llevaste al cumple de Oli!

—Se lleva fenómeno con Oli.

—¡Estaba intentando conocerla para que, para…! ¡Por ser tu amiga y saber de ella, Diana! ¿Y no me dices nada de esto que ha pasado?

Eso consiguió despertar en ella la emoción extraordinaria, la cara por descubrir, que le había visto en la cafetería: Diana estaba enfadada conmigo. Le sentaba extraño, como unos zapatos de otro número, y se parecía más a un formato horrible de decepción.

—Te llamé —contestó—. Diez veces.

—¿Qué?

—Te llamé para decírtelo y has desaparecido.

Yo me congelé junto a los azulejos.

—¿Cómo? A ver, ¿cuándo?

—En septiembre. En octubre.

—¿Cuándo?

—Me dijiste en Cazalla que volverías a Sevilla.

—Estaba… —improvisé abochornada—. Primero: cambié de móvil en un punto de abril.

—Vale. —Ella se frotó los ojos y creí que cogería la puerta y se iría—. Vale…

—¡Estaba muerta de vergüenza en septiembre! Diana, Dios, espera, he montado esta chorrada… Mira, okey, la estoy cagando. La he cagado, ¿no tiene pinta de que lo sé? He comprado estas entradas… Mi idea era compensártelo, porque de verdad que lo he pensado, porque quería demostrártelo y que veas que no me importa…

—¿Qué quieres de mí, Laia? —me interrumpió Diana, y de pronto era la primera vez que estaba viendo su impaciencia. Su voz se llenó de una urgencia torpe—. Porque siento que estoy perdida todo el rato. Me dices… Me besas en verano y ahora actúas como si no me hubieses besado en verano. Hace año y pico, en la botella… Te juro que pensaba que me elegirías a mí. Todo el rato tengo la sensación de que entiendo lo que pasa y luego lo que pasa es que no lo he entendido. ¿Qué quieres de mí? No sé de… Desapareces durante meses y ahora me entero de que no tengo tu número. Lo que sé de ti es que estás en Cazalla de la Sierra, lo que me llega de ti son… —sacó algo de su bolsillo—, tornillos. Tarros de higos que me trae Olivia.

Yo los miré, perpleja, sobre la palma de su mano.

—¿Has guardado los tornillos?

—Laia, Dios mío… —bufó Diana, casi incrédula—. Lo guardo todo de ti. Te dije… Y si lo que quieres ahora es ser mi amiga, si a eso viene esto,

vale, y necesito un tiempo para pensarlo. Necesito que respetes eso un segundo y que de verdad me digas…

La besé.

Recorrí el baño de dos zancadas.

Diana chocó con el filo del lavabo y respiró hondo, sorprendida, y luego enmarcó mi cara entre sus pulgares.

Estábamos en agosto en una piscina salada. El cuerpo me dictaba una coreografía apresurada, inexperta. Se oía agua a lo lejos, detrás del tambor del corazón.

Había besado a Diana tantas veces, en una premonición que se interrumpía, una imagen que se me aparecía mientras besaba a otras personas. Su nariz en mi mejilla y el olor del suavizante de sus padres. Sus manos calientes y con prisa, incapaces, también, de no parar de pedir permiso. Quería decirle todo eso: que había estado paralizada en ese momento durante cinco meses y que todo lo demás era mentira, pero lo que hice fue besarla y besarla y apartarle el pelo y estirarme de puntillas, y Diana me agarró la cintura y nos dimos contra los azulejos, y el detector de movimiento encendió el secador y…

La puerta se abrió.

Nos separamos rápido, sin aire, recolocándonos la ropa. Inma entró en el baño, pálida y cargando las tres mochilas, y sus ojos parecieron atravesarnos las caras.

—Perdón —dijo—. Es que me desmayo.

Lo hizo, efectivamente, así que tuvimos que llamar al hospital.

Ese día se me repite ahora como una mancha de encargados de Isla Mágica y camillas de ambulancia; de nosotras, desconcentradas y en crisis, con el pulso desbocado y decidiendo el motivo.

No recuerdo cuál fue el diagnóstico oficial del patatús de Inma. Exceso de centrifugado en lanzadera. Una mezcla entre bajón de tensión, adelanto menstrual y reflejo vasovagal con retraso. Al volver en sí, cuando ya estábamos en urgencias del hospital Macarena, nos contó que esto, lo de resucitar, era algo que le pasaba a menudo. Al parecer, ser postulante era opositar para ser monja de no clausura. Sus padres, sin embargo, tardaron tres horas en atender la llamada, así que echamos la tarde acompañándola mientras la confirmaban como milagro.

Cuando salimos de allí, chispeaba sobre Sevilla y era de noche ya. La calle bajo las farolas se teñía de amarillo, y Diana y yo nos miramos, junto a un paso de cebra, agotadas y sin saber qué decirnos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora qué.

El semáforo se puso en rojo. Diana se acercó y estiró una mano. Coló los dedos en mi pelo y extrajo, como en un truco de magia, un tornillo de detrás de mi oreja.

—Señor… —murmuré tapándome los ojos—. ¿Cuánto lleva eso ahí? Como un árbol de Navidad…

—Nadie lo ha visto. Parecía solo un pendiente.

—¿Podía salirme esto peor?

—Bueno —sonrió—. Siempre escoges grandes momentos.

Mi mano buscó, a tientas, enredarse con la suya. Durante un minuto, su índice me trazó una letra ininteligible en el dorso. La lluvia de aspersor, casi un humo, nos erizó las muñecas y las puntas del pelo, y Diana bajó su frente a la mía y yo alcé el mentón para recordarla ahora: el arco de cupido y la curva de sus pestañas. La mancha sobre el párpado como un trozo de tarta de queso.

Pero cuando fue a besarme y yo fui a besarla a ella, retrocedí.

—No —dije—. Tengo que… Había estudiado. Déjame hacerlo bien.

Diana volvió a mirarme confundida.

—¿Qué?

—¿Podemos fingir que esto ha sido un circo? No, escucha —la corté cuando abrió la boca—. ¿Puedo repetirlo un día que parezca por fin una cosa en serio?

—¿Cómo parecería «una cosa en serio»?

—No nos cae un diluvio en La Macarena. Vamos a… Te llevo al cine.

—Al cine —repitió Diana, y nunca la había visto reírse tan de cerca.

—Es importante. Vale, te cachondeas de mí. ¿Y qué hace la gente para salir? ¡No te cachondees! He estado… —Eché todo el aire—. Yo tampoco me entero de nada. Esto es una cosa muy mía, este nivel de pena, y lo de la botella fue porque Cristóbal… Olvídalo. Déjame hacerlo bien. Diana, quería… Tendría que haberlo hecho antes. Quería hacerlo hace mucho tiempo.

Diana agarró mis manos y las calentó entre las suyas. Se humedeció los labios y pareció considerarlo, pero luego se quitó su chaqueta y me la colocó.

—Sigo enfadada —fue lo que dijo—, porque vas por ahí conduciendo sin carné.

Fuimos al cine al día siguiente. La idea me pareció considerablemente peor tras el bajón de adrenalina.

Cogiendo el bus ese domingo, con los nervios cerrándome la garganta, me arrepentí de no haberla besado en La Macarena como quien arranca una tirita. Quiero decir: no es que yo hubiese practicado nunca el deporte internacional de las citas. Lo más similar había sido quedar para pegarse; mi estratagema principal, hasta ese momento, había consistido en tropezar por casualidad con la cara de la gente. Al ver a Diana en la parada,

esperándome con su paraguas, el asunto se manifestó de repente más importante que el evento de mi comunión. Dudé si abrazarla y dudé si llevarla de la mano. Hice la mitad de ambas, que fue más bien recolocarle la camisa.

Diana y yo nos habíamos abordado físicamente de una forma tan distinta durante tantos años, que necesitaba y me asustaba de la misma forma la estupidez supina de tocarle el cuerpo. Mirando la cartelera del Nervión Plaza, con su brazo pegado a mi brazo, la mirada se me nubló y nadie dijo nada durante tres minutos de contemplación de pósteres.

—A lo mejor la de… —propuso ella—. Dicen que está muy bien esta nueva de *La La Land*.

—Sí, yo había visto… O bueno, o mejor tiene que ser romántica.

—No tiene que ser romántica.

—Claro, debería. Vale, ¿cuál es la hora que echan «Tralará»?

—Laia —se rio—. Puede ser la peli que tú quieras. Con que no sea una de terror de tripas… —Solo le hizo falta mirarme—. Habías visto una peli de tripas.

—¡Pero no importa! Y vamos a ver la que me digas tú. Si la cuestión hoy no es venir a ver nada. —Cuando alzó las cejas, me corregí—. Me refiero a…

—Entendido.

—Capulla, que me refería…

En ese momento, escuchamos una voz. Unos pasos que casi reconocí y los ojos de Diana miraron tras mi espalda. Junto a la taquilla del cine, en la cola para las entradas, Oli nos saludaba con César colgándole de un brazo.

—¡Ay! ¡Pero bueno! Pero ¿qué hacéis vosotras aquí?

Diana y yo nos alejamos un paso. Giramos sobre nuestros pies, esperando algo de la otra y luego del cielo, como una lluvia ácida de

repente.

—¡Anda! Pues vamos a…

—Pues…

—Ratito de cine.

Oli preguntó:

—¿No se iba hoy a las cataratas de Isla Mágica?

—Eso fue… Se canceló. Por la lluvia. ¿Y vosotros qué hacéis?

—¿Tú no tenías un herpes? —preguntó Diana, buscando mi herpes inventado en la cara de Olivia.

Para mi tranquilidad, ella se tocó el labio y pareció dispuesta a encontrárselo.

—Ay, calla, que me sale… Que ya está saliendo. Cesi, ¿tenemos la cremita?

—No sé… —murmuró César, que empezó a hurgar al fondo de su mochila.

—Es que es nuestro aniversario —nos anunció Oli—. De cuando hicimos la cartulina del trabajo de Historia de España. ¡Pues qué cosas tiene la vida! ¡Y nos encontramos aquí! ¿Vosotras qué venís a ver?

Ambas miramos en la cartelera qué nos delataba menos.

—El…

—*King Kong* —decidió Diana.

—Sí —asentí—. Un bicho. Que se pega.

—¡Anda! —exclamó Olivia, ilusionada—. ¡Pues como nosotros dos!

Mi primera cita con Diana fue ver *El retorno de King Kong* junto a César y Olivia. Cualquier posibilidad de besarla se desvaneció en la taquilla. Durante dos horas, ninguna se atrevió siquiera a despegar los ojos de la pantalla.

Fue lo más parecido ir a la misa del gallo, con el añadido de que a veces la interrumpía un mono. Si había un escenario peor que un baño de Isla Mágica, que una piscina por limpiar en medio del monte, seguramente era ese: mi prima con palomitas en mi visión periférica y un niño pegándole patadas a mi asiento. Mi mano tanteando, inútil, una estratagema sobre el reposabrazos. Un calambre vergonzoso subiéndome hasta la coronilla cuando Diana puso la suya sobre mi muslo.

En este punto, la cosa ya se convirtió en personal. No podía salirnos mal para siempre.

El fin de semana siguiente, diseñé un paseo por el centro que empezaba merendando en una cafetería. Iba a llevar a Diana al mirador de las Setas cuando cayese el atardecer y luego le enseñaría mi cuarto en el nuevo piso. Pero cuando salí al portal para recogerla en el parque, me llegó un trompeteo inconfundible: era pleno Domingo de Ramos. Las calles de Sevilla estaban colapsadas, en el furor de la Semana Santa, y el centro apestaba a incienso y cera.

No pudimos llegar a la cafetería porque en su puerta estaban recibiendo una Virgen.

Nos quedamos atrapadas en la marabunta, sin poder avanzar ni tampoco huir. Eso acabó siendo nuestra segunda cita: coronillas y puntas de capirote. Una sesión forzada de aplausos a los costaleros que levantaban La Borriquita. Cuando me atreví, a mitad de tarde, a aceptar la situación y coger su mano, un nazareno repentino se nos acercó desde la procesión.

—¡Chavalas! —gritó Cristóbal Conde—. ¡Qué emoción que os hayáis venido!

Esa noche, dejándola en la parada de bus, le dije a Diana que lo más sensato era que no me hablase nunca más.

—Laia, escúchame, ¿qué importa? Escucha, mírame: ha sido bonito el paseo. Ha sido cultural.

—Mira, prefiero que me mates con un sacacorchos.

—No tiene que ser de ninguna forma —me repitió—. Eres tú. Yo ya te… Nos conocemos de toda la vida.

—Vas a irte a tu casa y vas a olvidarte de mí. Vas a bloquear mi número.

—Pero si acabo de conseguirlo.

La tercera vez, quedamos en lunes para estrenar la feria. Diana se pasó dos semanas ocupada con parciales y solo nos vimos fugazmente en la puerta de la urbanización.

Para cuando acabó su encierro, a mí se me había deshecho la vergüenza y solo me quedaban las ganas. Hacía un año, desde la graduación, que no me pintaba los labios y me ponía un vestido, y Diana demostró tener el mismo juicio pésimo cuando se trajo una cámara a un *tour* de coches locos.

—¿Y con esto dónde te voy a subir?

—Tiene funda —me argumentó, y yo dejé de oírla cuando me sentó sobre sus piernas en el autobús—. Mira… Este es el foco. Es de carrete de las malas, no se va a romper. Tendrías que ver el manchurrón que revelé con Nico el otro día.

Estaba decidido que sería esa noche: el encendido de la portada a las doce. Las luces de la calle Infierno, un centrifugado de ruido que casi emborrachaba.

Pululando entre las atracciones, el miedo a tocarnos se transformó de pronto en una carrera. Una mano en la espalda. Su barbilla apoyada en el hueco de mi hombro. Diana no me soltó ni para avisar a su padre de que yo tenía coche, ni leyendo boletos de tómbola para ganar un jamón que ninguna quería. Los ojos le brillaban y no miraba nada más. Quizá ahí dejé

de entenderla sin eso; sin el impulso discreto, obvio, que la empujaba a tocarme.

—¡No hay tripas en el tren del terror!

—Hay cosas peores —me avisó—. Te pegan con una escoba.

—¡No te pegan! ¿Qué información es esa, si no sabes nada?

—Hago un ruido muy vergonzoso cuando me asustan.

—Ah, ¿sí? ¿Y me lo voy a quedar sin ver?

—Te estoy avisando.

La rodeé con los brazos. El grupo que terminaba de comprar sus entradas se giró entonces hacia nosotras.

Tardamos tres segundos en vernos y reconocernos entre todos: Álvaro y Cristo. César y Olivia. Alma y su novio el *heavy* que ya no era su antiguo novio el *heavy*, sino el batería suplente de la banda *heavy*. Pensé: «Esto es coña». Diana y yo nos separamos, pero nadie se había fijado en que estábamos demasiado juntas, porque todos estaban incómodos, balbuceando excusas, por haber sido pillados en la feria sin nosotras.

—Ojú —dijo Álvaro—. Qué patinada…

—Vamos a ver —dijo Cristo—. Vamos a ver. Que es que ya no había invitaciones para mi caseta.

—Tú te crees que te compramos ayer —dijo Alma—, y que esta gente no sabe que no tienes caseta.

—¡Es la caseta de mi padrino!

—Ay, Lilia —se lamentó Olivia mortificada—. Ay, ¿qué dices? Mira: que como habíamos quedado el miércoles… Como había ya el miércoles un plan de todos, que no os hemos dicho nada porque era un pescaíto de parejas.

«Esto es coña», debió de pensar Diana, mientras yo asentía a su lado, disociando.

—Oli, nos vemos el miércoles. No pasa nada, de verdad.

—No, hombre, no. Ya venirse. ¿Cómo no os vais a venir?

—Qué patinada… —cotorreaba aún el idiota.

—Bueno —propuso Alma, que pareció descifrar un jeroglífico en la cara de Diana—. Que a lo mejor tienen algo ya y ellas se quieren ir.

—¿Cómo se van a ir, Alma?

—Yo puedo —propuso Cristo— hablar con la caseta de un compadre.

—Va a llover el miércoles… —añadió César.

—¿Cómo se van a ir?

—No pasa nada —seguí murmurando—. Oli, pero… Oli, que no.

Se canceló nuestra tercera cita. Volvieron a hacer la cola para conseguir nuestras entradas.

Mirando la fachada del tren del terror, con la vista desenfocada en un payaso que colgaba de una soga, concluí que esa era mi naturaleza y que ya lo había adivinado una roca en agosto. Diana, un paso delante de mí, no dijo nada. Se mantuvo en silencio, toqueteando la rueda de su cámara de carrete.

Nos sentamos juntas al final del tren y este arrancó. Álvaro emitió un aullido y Olivia se asustó antes de tiempo.

Pero cuando dejamos de vernos y entramos a la oscuridad de la atracción; cuando la tarde ya estuvo arruinada, a punto de condenarse; Diana se giró de pronto y me atrapó la cara. La cámara rebotó en el banco. Estalló un flas, y luego la boca de Diana encontró mi boca.

Fue un evento tan impredecible, su impulsividad, si es que Diana de pronto podía desarrollar una. Diana me estaba besando. Su cuerpo se apoyó sobre mí, me atrapó contra el respaldo incómodo. Me pasaría los siguientes seis años recordándole ese instante: el día que algo más grande que su prudencia la poseyó. Yo hice todo lo posible para devolverle el beso y seguirle el ritmo, y alrededor ocurrían luces y truenos artificiales, gritos de

Cristóbal Conde y mi corazón; Diana, apresurada, encontrando el piercing en mis labios.

El tren salió por la fachada. Nos propulsamos en direcciones opuestas.

—¡Lilia! —se rio Olivia, cuando llegó la luz—. ¡Ya ni te asustas! ¿Te han pegado? ¿No pasa nada de nada por atrás?

Nuestros cinco amigos se giraron para mirarnos y de repente les cambió la cara.

—Coño —musitó Alma, y nos hizo un gesto como de sonarse con un pañuelo.

Cuando me volví para mirar a Diana, tenía la mitad inferior de la cara cubierta de mi pintalabios.



Olivia necesitó una conversación de una hora bajo el repertorio de eslóganes del Ratón Vacilón. Hablamos del verano por primera vez y de la noche que lloré frente a la chimenea; de lo mucho que había sufrido al perder el loro de Enrique. Me dijo, en definitiva, que tenía que estar segura de que no iba a arrebatarle otro loro.

La tarde se transformó tras eso en una cosa distinta, en lo que podría haber sido siempre: un establecimiento de obviedades. Cristo hizo tres bromas fuera de lugar. César se enteró de lo que había pasado al mes siguiente. Fue horrible, quiero decir, y no importó en absoluto. Ahora no recuerdo ese mundo y a la vez lo recuerdo. El tiempo pretérito en el que alguien aún podía no imaginarnos juntas.

Al irse el sol, subimos a la noria antes de colarnos en una caseta. Sevilla se veía infinita desde lo alto, una reunión de faros. Parecían llamar a algo que aún estaba por llegar, una persona que aún seguía conmigo.

—¿Está enfadada Oli?

—Qué va a estar enfadada… Es un tema. Le irá perdiendo el asco —le aseguré—. Porque creía un poco, en realidad, que éramos un grupo de tres primas.

Diana, sentada frente a mí, se pinzó la nariz.

—Y se lo he explicado. Que te conocía porque vivíamos al lado…

—Tú se lo habías contado a Alma.

—No. Alma lo intuyó ella misma.

—¿Cuándo?

—En tercero de la ESO.

Nos miramos, con las cabezas apoyadas en el cristal frío de la cabina.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora qué.

Diana me sonrió.

Era transparente, una emoción que la desbordaba. ¿Había sido siempre evidente que me quería? Diana la niña cargando mi estantería hasta la puerta. Diana entonces, los ojos tras la cámara apuntándome a mí. Quería decirle que la estaba viendo, que me había inventado viéndome y que estaba enamorada de ella, pero me resultó una confesión demasiado apresurada para gente que solo lleva enamorada diez años.

Me arrimé para besarla y la cabina se inclinó.

Sevilla estaba llamando a alguien, pero era imposible mirar a Sevilla.

—Como te vayas a Córdoba…

—No me voy.

—Quiero decir —aclaró ella—, puedes irte a Córdoba. Tendrás que irte a estudiar Veterinaria. Pero si mañana cambias de opinión y no quieres…

—Diana.

—Si me dices que…

—Diana —la interrumpí a un palmo de su cara. Había alcanzado el momento, en el que estiraba la mano y la atrapaba—. No voy a irme a ninguna parte. Vas a tener que quedarte conmigo.

OceanofPDF.com



El pelo de Laia me roza los ojos.

Es un filtro de luz, una cortina de todos los colores. Fuera es tan de noche que ya hace frío. Tras los cristales del coche de su madre se oye un latido incandescente: las sirenas superpuestas de los cacharritos. La respiración de la feria, mi ciudad, Sevilla, y su murmullo concreto de caracola.

Tú eres ella, pero ya no eres ella; ella está a punto de cumplir los diecinueve.

En el asiento trasero, Laia me ladea cabeza y me lame el cuello. Su lengua es una pastilla efervescente. Yo soy yo, pero aún no soy yo: soy alguien a quien ella agarra de las muñecas para enseñarle dónde quiere las manos. Laia está sentada sobre mí, clavándose el anclaje del cinturón en una rodilla, y mientras me besa yo intento descifrar el mecanismo de sus medias.

—Da igual —jadea impaciente—. Da igual. Puedes…

—No quiero romperlas…

—Por Dios, quítamelas.

La oigo coger aire cuando consigo bajarlas. En el contraluz de la farola, en medio de este descampado, alza las cejas como tú, abre la boca como tú.

Te echo de menos y me recuerdo asintiendo, a la espera de lo que sea que me pidas tú.

—¿Bien?

—Sí —dice—. Voy a… Espera. Mejor te… Me voy a mover.

—¿Menos?

—No —me ordena sujetándome el codo—. Sigue. Sigue.

Es un acto necesario e impráctico. Es lo único que está ocurriendo en el mundo.

Laia deja caer la frente sobre mi hombro, murmura un gemido y su cuerpo es una fogata. Mi cuerpo debajo es un charco de cera. Cuando se pelea con el cierre de mi pantalón, me da vergüenza que lo note (que soy suya y fácil) y a la vez me muevo y la busco. Intentamos encajarlo todo, pero mi brazo entorpece el movimiento de su brazo. Nos reímos un poco y lo olvidamos al instante.

Laia me besa sin delicadeza, dice en mi oído, bautizándome:

—Diana.

Yo abro la boca sobre sus clavículas.

Pero todo lo que sale de mí es un chorro de

agua

OceanofPDF.com

Me desperté vomitando agua sobre la arena.

La sal del mar, ácida y cicatrizante, me desolló la piel de la laringe. Salió de mí antes de que saliese yo. Una presión que me bombeaba el pecho, el chasquido rítmico de mis costillas paró de pronto y yo tosí y me la escupí encima: agua y agua y más agua de la que cabe en mí.

—Diana —jadeó Alma sin aire, y ya no era tu voz—. Diana, joder. Respira. Respira.

Aún veía en mis ojos, como el negativo de una foto, la luz azul y cegadora de la cúpula.

Estábamos vivas tras el naufragio en un extremo de una playa.

No sabía cuánto llevaba allí cuando Alma me reanimó. El sol había salido ya del todo y las moscas me rondaban el líquido de las heridas. Recordaba la cúpula encendiéndose y extrayéndonos en un muro de agua de mar; la cara del hombre que me soltó y que se volvió, absorto, hacia la llamada de su zumbido. Luego caímos y el cambio en la marea formó una ola de cuerpos descarriados. Un rayo de dolor me recordó la última parte: tenía mi navaja de gasolinera clavada al final de la espalda.

—¿Qué hago? —preguntaba Alma, sin atreverse a moverla—. ¿Qué hago?

Yo, tosiendo aún, le alcancé la cara y se la embadurné de arena.

—¿Cómo estás?

—¿Eso me dices, hija de puta? Dios mío, Diana… Estabas muerta. Te he visto y estabas muerta. Si te la saco, ¿te voy a…? ¿Te vas a desangrar?

—No lo sé…

—Te la voy a sacar.

—Alma, ¿dónde estamos?

—Tengo mis pantalones. Hay que hacer un torniquete y de este modo puedo… —me interrumpió, ahogada por la prisa—. Si se hace un nudo…

—No la saques. Alma, no la saques, no la saques. Por favor.

—Perdón —dijo, aunque aún ni la había tocado—. Perdón.

Miré el sol arriba, escondido tras las nubes. El día limpio, de verano, y la cala plana que nos rodeaba. En la cuesta del acantilado a lo lejos, sobre un camino de piedras en el que empezaba la vegetación, vi los restos pintarrajeados de la torre de un castillo.

—¿Es España? —pregunté, como si eso pudiese confirmarlo.

Alma se improvisó un hiyab con su camiseta.

—Es el puto planeta de los simios.

Nos pasamos la siguiente hora evaluando la basura enterrada bajo las sombrillas.

Alma me cubrió con una toalla abandonada para salvarme de una insolación. Yo intenté que no notara que estaba goteando sangre mientras me sentaba contra las rocas del desfiladero. Teníamos la ropa mojada aún, bajo el pelo salado, y los cortes en mis brazos me recordaron que había perdido el abrigo. Bebimos de una botella caliente manchada de los restos de un Calippo de fresa. Recolectamos tres móviles a los que ya no les quedaba batería.

La playa estaba vacía.

Ellos, los que habían venido a matarnos, habían dejado de nadar tras la aparición de la luz. Recordaba esto: diez cuerpos reseteados, rectos, mirando la cúpula sin pestañear mientras ascendíamos. Sus cadáveres se mecían ahora, a la deriva, como un muestrario de flotadores sobre el rompeolas.

Alma encontró una caseta de socorrista abandonada junto al acantilado. Llegar hasta ella se sintió como regresar andando a Francia. La mitad del camino la hice cojeando y en la segunda mitad perdí la fuerza y me desplomé. Ella tuvo que arrastrarme tumbada sobre la toalla y luego, cuando me subió a la camilla sucia, gastó la última gota de alcohol en desinfectarse un padrastro.

—Voy a la de tres —declaró, pero volvió a dudar otro minuto de cómo agarrar el mango de la navaja. Yo sentía la hoja quemándome, echando raíces; todo lo demás importaba poco—. Gírate. No, acércate.

—¿Está muy profunda?

—No —me mintió.

—Si encuentras una carretera… —volví a repetirle, desconcentrada—. Si te vas tú ahora y antes de que se vaya la luz…

—Cállate la boca.

Alma arrancó la hoja y fue como cortar el nudo de un globo de agua.

La sangre se desatascó, una presa inmensa, y la sentí brotar y calar el bolsillo donde yo aún guardaba un ibuprofeno. Alma gastó un rollo de papel tratando de cortarla, correteando con las manos caladas para evitar que me desangrase. La cuestión era que yo estaba desangrándome ya. El interior de la caseta me bailaba, bajo el objetivo difuminado de una cámara de carrete. Creí verte en ella, dándole vueltas a un tornillo.

«Si esto es España… —pensé—, qué ridículo. Qué ridículo».

—¡Joder! —bufó Alma, y le asestó otra patada a la cajonera—. ¡El hilo de los huevos! Se me ha salido otra vez, se me sale…

—Tienes que…

—Ya lo sé, joder.

—Hazle un nudo.

—No puedo hacer nada con este muñón de mierda.

Tu próxima novela romántica.

Visita Inepub y encuentra una historia para leer.

Mientras el brazo le convulsionaba, balanceando la aguja entre sus dos dedos, Alma lloró aquella tarde unas lágrimas grandes, silenciosas, como si coserme a mí le doliese más que coserse a ella misma. Se turnaba con la izquierda, pero por diestra era aún peor. Era un trabajo de Historia y ella no tenía pulso para las cartulinas.

—Te estoy matando —la oía sollozar—. No puedo, Diana. No puedo hacerlo.

—Sí puedes —le decía yo. Era un baño del recreo y ella iba a salvar a Olivia—. En casa… De pequeña te regalaron la Barbie peluquera.

—No puedo.

—Vas a ser una estrella del boxeo.

Dormimos doce horas completas en la oscuridad de la playa. Alma se arremolinó en el suelo de la caseta, sin soltarme, y yo no la solté tampoco mientras depuraba una balsa caliente de dolor. La carne mal cosida me ardía y se repetía como una lluvia de agujas en todas partes. Bajo el pelo. Entre los dientes.

Fue tan cansada, mi muerte allí, que ni la temí mientras se acercaba y después se me iba de nuevo. Menos heroica que en un campo de refugiados. Menos apropiada que nadando hacia ti. La muerte olía a madera, a algo antiséptico y reconfortante, y en un delirio de fiebre miré por el ventanuco y creí verlo venir: un tronquito pirata que venía a recogernos para llevarnos a las dos a las cataratas de Isla Mágica.

Cuando volvió a salir el sol, resultó ser mi impermeable atascado entre las rocas.

Alma se subió al saliente e hizo malabares para rescatarlo. Le sacamos de un bolsillo un ramillete de algas negras y un porro remojado de Jolie Lemaire. Al abrir la cremallera del otro, descubrimos dentro la cámara de vídeo, que se encendió, seca, con el menú de la pantalla configurado en alemán. Nos miramos, sin palabras.

—Y funciona.

¿Dónde estábamos, Laia?

Primero pensé que en la costa de Valencia, en alguna playa virgen que solo conocen los senderistas. Luego pensé que quizá Marruecos y que los de la lancha nunca nos habían entendido. Habíamos descubierto un nuevo continente, Alma y yo. El mundo que empezaba al otro lado de la cúpula.

Nos lanzamos al camino que bordeaba el acantilado. Las botas se me resbalaban en la tierra mientras Alma me anclaba el brazo a sus hombros.

Anduvimos una hora, quizá dos, pero al subir no encontramos ninguna carretera: la vegetación se transformaba en la linde de un bosque de pinos. Avanzamos campo a través. Teníamos sed y sueño y hambre. Parábamos cada diez minutos para respirar y recuperar un trozo de vida, hasta que mi herida, aún abierta, empezó a empaparme la camiseta de sangre. Alma no podía cargar con mi peso a su espalda. No había señal de la existencia de otras personas, y al final de la peregrinación imposible, como una ironía del destino, nos tropezamos con el límite de una valla de alambre.

—No me jodas, no, no, no… —Alma se arrimó a ella y la zarandeó con los brazos—. ¡Eh! ¡Eh! ¿¡Hay alguien!?

Nadie nos oía desde allí.

Yo me dejé caer junto a la valla y me grabé su patrón en la piel de la frente. Intenté, de nuevo:

—Vete a…

—¡Que te calles!

—No vas a tener fuerzas —le avisé—, si te quedas conmigo hasta que no tengas fuerzas. Alma… Llévale a Laia…

—¡No! —me gritó—. ¿Puedes dejar de una vez tus testamentos de mierda? ¡Prefiero…! ¿Te enteras? ¡Prefiero morirme contigo de hambre! Tú me dijiste… —balbuceó—. Que de coger la lancha pasaría esto, que esperásemos a que acabase en Marsella, y te he hecho esto, te he… Otra puta valla, no me jodas ahora. ¡Otra puta valla!

Alma la embistió. Sobre mi cabeza, tras unas ramas, algo se desprendió del alambre y cayó al suelo.

Yo me reincorporé, alarmada, buscando una amenaza imposible como el hombre que habíamos dejado muerto en la orilla. Pero lo que vi fue un cartel de latón en el que se leía: «ZONA DE CONTENCIÓN».

—Alma —murmuré, ronca, pero ella ya no contestaba—. Alma…

Alma tiró de mí y se interpuso entre la valla y mi cuerpo.

Sí nos oían.

Al otro lado del cerco, aparecieron las sombras de cinco cabezas. Se acercaron como una manada entonces, el *déjà-vu* de otro momento: un grupo de militares nos apuntó con rifles a través de la red. Mientras nos ordenaban algo, nosotras no levantamos las manos siquiera; en ese segundo, tuve la certeza desesperada de que seguíamos en Alemania. No habíamos escapado y quizá no se podía escapar, porque todos los caminos que trazáramos acababan en una valla, en el olor a surtidores, y si me volvía entonces y miraba, si encontraba una carretera y me atrevía a mirar, todavía seguiría a treinta y siete kilómetros de la residencia de estudiantes de Wurzburgo.

—¡Nombre y apellido! ¡Alto! ¡Nombre y apellido!

Alma retrocedió e intentó salvarnos. Coló un brazo bajo mis piernas, pero no pudo levantarme y tropezamos sobre el suelo.

Los militares ajustaron sus armas.

Cuando creí que dispararían, uno de ellos levantó una mano. Abandonó la formación para acercarse y su compañero le ordenó que retrocediera. Él dio un paso hacia nosotras, de pronto, y dejó caer su rifle. Hasta ese momento, yo ni siquiera había digerido que estaban hablándonos en español.

—¿Qué haces? —le gritó el cabecilla—. ¡Tú! ¿Estás loco?

El militar buscó el cierre de su casco y se deshizo de él con las manos temblorosas. El sol le iluminó la cara y el rubio sudado del flequillo.

Al otro lado de la valla, Cristóbal Conde, Cristo, que había opositado a policía, nos miraba con los ojos como platos y nos encontró a punto de morir en Granada.

—Chavalas —fue lo que dijo—. La madre que me parió.

OceanofPDF.com



Mi padre estaba transformado en la nave y alimentándose de serrín.

Si algo había construido mi padre durante toda su vida, era la llegada profética de ese momento: él solo en la nave de las puertas, rondando el eco de su propio ruido. Un cuerpo incapaz de fallarle mientras aún le quedase serrín y la promesa silenciosa de un hermano gemelo.

—La están poniendo en la radio —le conté al otro lado de la cancela—. Tu asco de canción. Laia Cecilia.

Mi padre no atacaba. El fin del mundo le había pillado con los tapones de los oídos que usaba para serrar. Había perdido las gafas y las vetas de la verja le confundían el instinto, así que no me veía y no me podía oír. Así que seguía siendo Juan Bayón, mi padre desinteresado.

Después de la tarde en la que habló Olivia, lo encontré en la nave desnutrido y corrí a casa para prepararle un táper de arroz con tomate. Empecé la costumbre de lanzárselos, que era casi lo mismo que alimentar a los gatos con jamón. Me pasaba los días hablándoles a los dos, tratando de extraerlos de donde sea que estuvieran metidos. Oli pestañeaba y apretaba los puños. Mi padre, un ente indescifrable, me recibía cada mañana pisando el táper y masticando una pasta asquerosa de saliva y serrín.

El día que acabó el mundo, yo volvía con el coche de mi ronda en la nave de las puertas cuando encontré al dueño de las vacas tirado en la bajada que llevaba a su finca.

—¿Está bien? —le pregunté mientras lo ponía en pie—. ¿Está usted bien?

—Que me he acalorao… Suelta, suelta, si no es na. Que me he caído na más porque iba al pozo.

Lo subí al asiento del copiloto y lo llevé de vuelta a su casa. La fachada nos recibió idéntica, igual a mi recuerdo hasta en los tiestos de flores, pero él parecía otro, un hombre mucho más viejo que el que me había mandado a estudiar Veterinaria. Tenía aparcado un andador plegable en la entradilla. Caminaba apoyándose, empapado de sudor, o también pudo ser la consecuencia de estar digiriendo aún el susto.

Yo le serví agua de una garrafa que encontré en su cocina, su cocina sucia y sola, un anciano sucio y solo en medio del monte.

—Tú eres la niña que vino a verme —me soltó—. La niña rubia de allí del Ángel.

—No, bueno —le corregí—. Yo soy la otra niña, la de Juan.

—Digo tu abuelo, que nos conocíamos de chicos.

Mientras él se recuperaba del golpe de calor, a mí me dio vergüenza preguntarle su nombre y confesarle que nunca me lo había aprendido, así que lo busqué por la casa. Sus estanterías solo contenían enciclopedias amarillas. Sobre el televisor, la filmografía de Cantinflas en VHS.

—Tenéis las higueras —continuó— que da pena verlas y no las soluciona nadie… Tenéis a las avispas desconcertás. ¿Tu padre dónde anda? Me ha dejado los trastos metíos en el terreno.

—Trabajando —le respondí, sin el valor suficiente para notificarle a ese señor lo que había pasado.

—Hazme el favor y tráeme el cacharro… Los ruedines de la puerta. Hazme el favor.

Yo le acerqué el andador y él lo palpó con las manos como para cerciorarse de que existía. Lo vi suspirar, más tranquilo.

—¿Está aquí solo?

—Hombre. Pues ¿y quién esperas?

—A su familia.

—La tierra esta no es mía, muchacha. Yo hacía… Pues cuidaba de esto temporada sí, temporada no, cuando tenía señora, que en paz descanse. Eso se hacía en Cazalla en mi tiempo, pero tu abuelo era un señorito. ¿Tú qué? ¿Estudiaste el ganao?

—Se acuerda de eso.

—Como pa olvidarse.

Desde la ventana de aquel salón se veía la cara oculta de la luna: el establo cerca y la valla de madera detrás, un hilillo insignificante, remoto.

—Estaba esperando verlas —le confesé—. Cuando vine. Les llevaba zanahorias a las vacas cuando vivía aquí. Para mí… El campo son sus vacas y los cencerros. —Lo volví a mirar y lo encontré también mirando—. ¿Las ha vendido todas?

—¿Yo? —dijo él—. No vendo carne desde que no echo toros.

—Pero no queda ninguna en la parcela.

—¿Qué tendrá que ver? No queda ninguna porque se han ido. —Y lo comentó como si fuese algo que a veces, en esta época, ocurría. El dueño de las vacas tosió sobre su sillón—. Alguna arrancó más tarde… Qué sé yo. Por ahí me queda un ternero que no me sirve na más que pa aburrirme. Pensé que no me tocaría verlo, fíjate, y ahora, cuando me he caído del pozo, he pensado: «Y con la puñeta pasará y me quedaré sin verlo». Pero algo recordaba yo de la niña rubia que tiene el Ángel.

Yo le pregunté, patidifusa:

—¿Qué es lo que va a pasar?

Él se volvió hacia mí.

—Lo que ellas se han ido buscando.

Salí de allí a toda prisa, como si me hubiese olvidado algo en el fuego. Me metí en el coche y toqueteé el retrovisor, tratando de reiniciar lo que sentía como el inicio de la pesadilla. Pero era real y yo estaba allí, en el coche de mi madre con el murmullo de Simon & Garfunkel.

Empezó a chispear sobre el capó. Yo ya había vivido ese momento.

El hombre mirándome en su salón, y al cabo de un segundo no estuve tan segura y me nació un pitido molesto en los oídos. Tenía el mal presentimiento de que algo se avecinaba, un peligro como una ola, así que giré la llave y me apresuré de vuelta.

Las vacas se estaban yendo.

¿Dónde se están yendo las vacas?

Era obvio, de pronto: el toro en el centro de Sevilla. La vaca en la avenida y la que salió del centro de salud.

Aparqué el coche frente al montacargas cubierto de la tía Luisa. Salí sin subir la ventanilla, desconcentrada, y rodeé la segunda casa tratando de no resbalarme sobre la alberca.

Había dejado a César hacía dos horas sacando la gasolina del depósito del cortacésped. El cobertizo seguía encendido con Tuertón dormido sobre los cables, así que César seguía a lo suyo. De detrás de los cristales, me llegó el murmullo de un golpeteo. Ese era el mal presentimiento: Olivia estaba cabeceando contra una ventana.

Giré la esquina en la que acababa la piscina y subí la escalerilla que daba al porche, pero cuando llegué a la parte trasera, el ruido era de la puerta

porque la estaba empujando el aire; porque la puerta estaba abierta y bailando entre el muro y el cuerpo de César tirado en el suelo.

—Dios —jadeé, y me lancé sobre él para girarlo—. ¿César? ¿César? —César tosió y no estaba muerto. No estaba muerto—. ¿Dónde…? ¿Qué ha pasado?

—Se ha ido.

—¿Qué?

—Me esperó… —mascullaba dolorido—. Tenía la bandeja de hoy y me ha dado.

—¿Dónde está?

—Para el monte. Vete al monte…

Me puse en pie. A lo lejos, un animal, una mancha brillante que se movía, andaba campo a través y se perdía entre la sombra de los árboles.

—¡Oli! —le grité, y eché a correr detrás desesperada—. ¡Olivia!

Olivia se iba.

¿Dónde se estaba yendo?

Me tropecé con la manguera desenrollada sobre el empedrado. Atravesé el terreno y llegué hasta la cerca, y un alambre me reabrió la cicatriz del tobillo.

Olivia no se giró con mi voz mientras se internaba en el bosque. Se lanzó al río, al mundo sin mapas que había tras él. Andaba rápido y constante; no corría, porque los autómatas no corren, pero yo hubiese jurado que volaba. Iba descalza sobre las zarzas del bosque, con el pijama de Diana que le habíamos puesto. Olivia, mi niña rubia del tío Ángel, a la que yo había estado despertando para que entonces decidiese morir.

—¡Olivia!

Bajo las nubes grises, el bosque se me apareció como un laberinto reconfigurado. Rompió a llover o ya llovía. Patiné sobre la tierra. Me

levanté la piel con las aristas de los pedruscos.

El agua embarrada me manchó la ropa y se filtró hasta que el peto me pesó el doble. Seguí corriendo tras ella. Olivia era borrón azul del pijama de Diana. Diana, la canción de mi padre, lo que me queda aún de toda mi familia. Olivia reaparecía como una mosca en la periferia de mis ojos, y subió por el monte y yo subí detrás. Cuando creía que la alcanzaba, la veía más lejos.

—Oli… —balbuceaba sin aire—. Oli, por favor… Por favor…

Tardé dos vueltas en círculos en plantearme que me la estaba imaginando.

La había perdido ya. Olivia era el reflejo de la tormenta sobre el río.

Miré a mi alrededor, buscándola y buscándola, pero me había perdido yo también. Me dejé caer sobre el suelo mojado. Unos pasos más arriba, en el despeñadero, vi una silueta vuelta hacia mí: una vaca mirándome entre la maleza. La cúpula latía tras las nubes, el ojo que todo lo presencia.

—¿¡Qué quieres de mí!? —le grité, y de pronto estaba hablándole al cielo—. ¡Ya lo tienes todo! ¡Me lo has quitado todo! ¿Eso querías? ¡Para acabar lo que sea, para hacer lo que sea para lo que has venido! ¿¡Qué tengo yo que ver!? Y Diana… Diana no… ¿¡Qué es lo que quieres!? ¿¡Por qué me hablas a mí!?

Si algo he construido durante toda mi vida, es la llegada profética de este momento: yo corriendo con el peto empapado. Yo gritándole a algo en el cielo y el cielo, de pronto, desarrollando una voz.

La luz de la cúpula se encendió.

Fue un fogonazo rojo que me dolió en las retinas, la apertura elástica de la boca de un animal. Retrocedí asustada y gateé de espaldas. La luz tiró de mí. Succionó las nubes y la lluvia subió como si naciese del suelo. Me

recogió entre sus manos y me arrancó como a un puñado de hierba. Los castaños se pusieron de puntillas, pidiendo que también se los llevara.

Cuando la luz se encendió e invirtió el bosque, cuando mi cuerpo empezó a volar sobre los chopos, supe que esa vez me tragaría y que eso era todo. Me habría arrepentido de retarla, si no hubiese ocupado cada hueco: una luz tan roja que importa más que yo. Una mancha de tarta de queso sobre la piel de un ojo izquierdo.

La base de las muelas me ardió con un dolor pulsante. Una voz inexplicable, intraducible, volvió a hablarme desde el otro lado de la cúpula.

La había oído antes, con Rey sobre una bicicleta, en mis sueños, desde siempre, pero ahora estaba tan cerca que casi la pude entender: era la voz de Diana al otro lado del teléfono. La voz de Diana de niña, una voz que había guardado al fondo de un bolsillo. La voz de Diana en ese monte desgranando las estrellas.

—¿Piensas que habrá más gente? En el universo…

—… la tengo desde siempre, desde que nací…

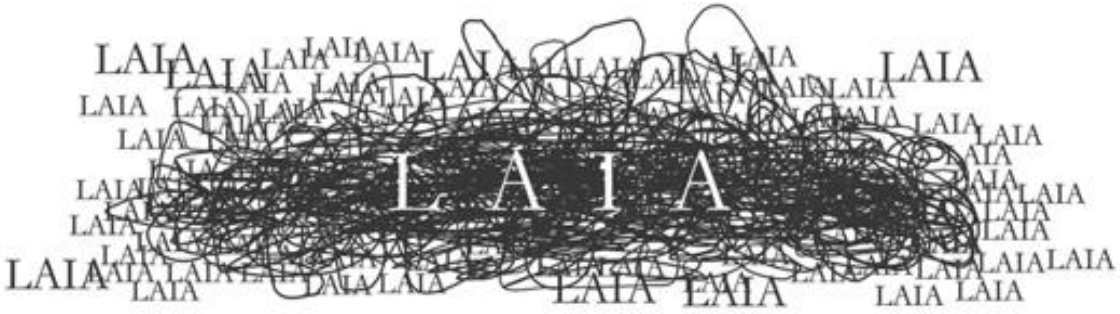
—… cuando yo te imagino a ti, me parece que siempre empiezo por tus ojos…

—… creo que los escarabajos y las mariposas son…

—… ¿Laia?…

—… Laia, como alguien tan fácil de…

—… Laia…



—…eres Laia Bayón. Yo no sé caer del cielo en ningún otro sitio.

La luz engancha sus dedos en mis ojos y extrae el carrete completo de una vida con Diana.

Pero ahora

se apaga.

Cielo.

Caigo.

Hojas.

Suelo.

OceanofPDF.com



Cuando era pequeña, intenté liberar una vaca en el monte.

Me colé de noche en la finca del vecino y abrí las puertas tras las que dormía el ganado. La seleccioné por dispuesta, a la que guie fuera, pero ya fuera me di cuenta de que tampoco ella me había entendido. Traté de explicarle que tenía que irse. La vaca no se inmutó, porque ninguna lo haría; las vacas no están hechas para irse a ningún lado.

En la oscuridad de Cazalla, mientras yo esperaba que desarrollase alas, ella permaneció quieta, mirándome de frente, y cuando se hizo el silencio me pareció oír:

—Laia.

En el sueño, estoy frente a ella. La vaca no se mueve, pero dice mi nombre.

Unos pasos más allá, tras el viento en los matorrales, oigo a Olivia:

—¡Laia!

La busco con la mirada y de pronto me asusta un tiro de escopeta. Caen las perseidas de agosto tras las nubes. Dos figuras corren por la cuesta para resguardarse de la lluvia.

—¿Laia?

Cuando despierto de la caída, no estoy en el monte ni veo la luz ya: la vaca marrón está en el campo, frente a mí, y ha empezado de nuevo el sueño. Puedo tocarla si me acerco y a la vez está demasiado lejos y yo la miro desde la valla. Diana me ofrece un bocadillo.

—Vamos a hacer esto —dice—: no vas a irte a ninguna parte.

Extiendo la mano para tocarla, pero tengo las uñas llenas de barro.

—No —murmuro—. Esto no fue así.

Dos brazos tiran de mi cabeza y me vuelcan sobre la alfombra de la casa de mi madre.

Llevo soñando algo toda la vida. (Salto el sofá y tropiezo con la mesa). Alguien me persigue. (Se cae el cristal y estalla en más cristales). Fuera, el cielo está dividido en cuadrados que cambian de color según los ojos que los miran. El mío es un bañador bajo unas gafas de buceo. Un paraguas. Una mancha de tarta sobre la piel roja del párpado. En el sueño, todo ocurre desde el final y también desde el principio: ahora, mañana, un futuro que requiere un plan para el día en el que cumpla los veinticinco.

Me lanzo hacia la puerta de casa.

Esto es el sueño: un espacio en el que me lo cuento todo como si la vida necesitase un narrador.

—¡Laia!

Estoy en el centro de Sevilla. Veo a Mario bajar con pienso hasta los gatos del foso. Estoy pedaleando con todas mis fuerzas y me siguen treinta autómatas. Tengo siete años y Olivia me grita porque acaba de encontrar un escarabajo negro y grande en el barro.

Derrapo sobre las rocas y me caigo al agua. Agarro el manillar de una bicicleta que se hunde, que se me escapa, hasta el fondo oscuro del río Guadalquivir. Busco la superficie y aparezco en la alberca, atrapada frente a Diana, y cuando abro la boca está llena de sangre.

—Esto no fue así.

Nado, desesperada, hacia un lugar que no tocar con este nuevo cuerpo, algo a lo que volver que todavía no esté manchado, pero me duelen los cristales clavados en las manos, me duele el hambre en la habitación de Julia, trato de pisar el acelerador de una furgoneta que parece atascada y ¿dónde estoy, si esto es todo? ¿Dónde estoy, si esto es todo? ¿Dónde estoy, si esto es todo? ¿Dónde

—Laia.

Una mano me agarra del hombro.

Vuelvo la cabeza y sigo aquí: frente a la valla de las vacas, en el campo de Cazalla.

—¿Mamá?

Mi madre me recoloca un mechón de pelo desteñido tras la oreja. Sonríe, como si nos acabáramos de encontrar en una parada de autobús.

Yo me veo, de pronto, haciendo algo extraño, que quizá no he hecho nunca: me lanzo sobre ella y me agarro a su cuello. La abrazo tan fuerte que empequeñezco, que la voy a romper, pero ella está hecha de la solidez secreta de las madres.

—Mamá —sollozo—. Mamá —Y mamá me acuna y me sostiene entera, a la niña en pijama que ha tenido una pesadilla. Huele a sábanas y a una casa vacía, a las hojas de una caja para insectos—. Mamá, cuando tú… —intento—. No sabía qué pasaba, y yo no sabía qué hacer… Cuando me fui, no sabía cuánto…

—Lo sé.

—Y me daba miedo…

—Lo sé —me susurra tranquila.

No sé cuándo me asusto, pero en el siguiente instante me estoy asustando. Me aparto y la miro a los ojos.

—La luz… No eres tú. Esto es el sueño. ¿Quién eres tú?

Ella me escucha con los ojos de mi madre.

—Hemos tomado esta forma —me dice— porque creemos que así te será más fácil.

Mamá nunca ha mirado las vacas conmigo. Mamá es lo primero que he perdido en la vida, mucho antes de perder el resto del mundo; una pugna entre huir al bosque y buscar el camino de vuelta a mi establo.

—¿Estoy muerta? —le pregunto—. ¿Qué es esto? ¿Qué…?

—Esto es un mensaje —responde— que recibiste cuando tenías nueve años. Ahora mismo tienes nueve años, Laia, aunque lo oirás otras veces. Has venido a rescatarnos y una de nosotras ha decidido hablar contigo.

Si miro al cielo, es de noche y es de día también. Cada segmento tiene un sol diferente, pero en uno a lo lejos puedo distinguir la luna: una niña saca una vaca al campo y soy yo. Le explica que ahora es libre, que se llama Laia Bayón y que la ha visto algunas veces tras la valla.

—Un mensaje —sigue diciendo mamá— es una piedra que cae en un río. Es un pulso magnético que vosotros solo podéis desgranar en el subconsciente. Para las personas, hemos descubierto, descifrarlo os puede tomar las ondas de toda una vida.

—¿Dónde estoy?

—Dentro de ti.

—¿Cuándo…? —intento abrumada—. ¿Qué es esto?

—Un mensaje —me repite—, porque la Laia que eres ha agarrado la piedra al fondo del río.

Está pasando todo a la vez: un chapoteo azul en una piscina. En la periferia de mis ojos, el salón de actos del instituto reproduce un corto silencioso sobre Cazalla. Una vaca me observa mientras le grito sola a la luz. Vacas en la calle, en el monte, en el pueblo.

—¿Por qué? —le pregunto—. ¿Por qué me lo enseñáis a mí?

—Porque queremos avisarte. De lo que viene, de que os hará daño, cuando llegue el momento y todo tenga que suceder.

—¿Sois vosotras? ¿La cúpula es vuestra?

—No —dice—. Nosotras fuimos las que los llamamos.

—No lo entiendo —murmuro—. No lo entiendo.

—Está bien. No todo está hecho para que sea entendido por ti.

Una luz multicolor brilla en el horizonte. En el horizonte, veo lo que me parece la silueta de una gasolinera, lo que me parece un fuego que se come los árboles, y luego un centenar de vacas en la autopista.

—La Tierra se acaba —continúa—. Lo hemos notado en el agua. Lo notamos en el olor que desprende la hierba. La Tierra en la que podemos habitar se está marchitando, y nacerá una Tierra nueva, como otras veces ha ocurrido, donde la vida tendrá otra forma que no podemos imitar. Nosotras los llamamos para que vinieran y nos auxiliaran.

—¿Y van a destruirnos? —le pregunto—. ¿Van a reiniciar la Tierra?

—No. La luz del cielo es tan solo un vehículo —sonríe—. Cada cuadrado está diseñado para extraer a una de nosotras y luego desaparecerá. No es destructiva.

—Pero nos ha destruido.

—Sí. —Mi madre toma un escarabajo del suelo y lo deja correr sobre sus manos—. Ellos no la crearon pensando en vosotros, igual que una carretera que se construye en el monte mata sin querer a las colonias de hormigas. La energía de la luz afectará vuestros cerebros y cambiará la naturaleza de vuestra conducta. Por eso os avisamos.

—¿A mí? ¿Por qué me avisas a mí?

—A ti no. A muchos. A todos aquellos que creímos que escucharían.

En las señales de la carretera, el grafiti de una nave alienígena extrae una vaca con un rayo de luz. En un programa de televisión, juran que los ovnis solamente se avistan en la oscuridad del campo. El dueño de las vacas me observa recogerlo de la cuesta como si ya supiera que eso iba a pasar.

—Pensamos que lo podríais entender y prepararos a tiempo, que os organizaríais para hoy, pero sois criaturas diferentes. Individuales. Aquellos a los que hablamos fueron aquellos que están cerca de nosotras. Los que están cerca de nosotras, hemos descubierto, sois aquellos de vosotros a los que nadie más oye.

—¿Y ahora? ¿Qué pasará?

—Ahora nos iremos.

—Pero… ¿Y ellos? Y después de esto… ¿No van a hablarnos? ¿No vamos a verlos?

La vaca marrón miró en los ojos de la niña.

—Laia —me llamó, me llama—. Las personas sois criaturas diferentes. Fugaces. Ávidas. Os hemos observado mucho tiempo, más tiempo del que vosotros nos habéis observado a nosotras. Conocemos el vínculo que tenéis con este mundo. Creéis que os pertenece y por eso os sentís solos. Soñáis con el día que llegue algo del cielo que os diga que no es así; una compañía que merezca compartirlo. Pero nunca estáis solos. Estáis rodeados de vida. Entendemos que es doloroso saber, tras este sufrimiento, que esto es todo, pero esto es. Nadie viene a hablaros. Nadie viene, tampoco, a destruiros. Emigraremos con ellos y vosotros os quedaréis aquí, y este sufrimiento no habrá sido más que una casualidad. Una pisada accidental sobre un hormiguero.

Delante de mí se manifiesta un futuro, la onda de otra Laia que aún no soy: una cara que me busca en el foso. Mi padre vaciando higueras, o quizá es el tío Ángel; un hombre que se turna, a partir de entonces, en ser los dos

y cubrir el hueco. Álvaro Alcalá durmiendo con Cristo en la hamaca de su jardín. La tía Luisa saliendo de un refugio.

—¿A dónde iréis? —le digo, porque siento que esto termina—. ¿A dónde vais ahora?

—A otros cielos.

—Pero —me sale decirle desesperada—, no me imagino ese mundo. Pero… Creo que estoy muerta, en realidad, y que nunca me despedí de Diana. Creo que, si despierto, no voy a recordarlo.

—Lo recordarás. Llevas haciéndolo toda la vida.

—¿Volverán? —casi le pido—. Si se acaba la Tierra. Si algún día lo necesitamos, ¿volverán también a por nosotros?

—No podemos saberlo. Pero sabemos que podéis oír, aquellos que sabéis que no estáis solos. Sois jóvenes y en vuestra madurez os descubriréis pequeños, menos importantes. Y quizá entonces nos volveremos a ver, Laia, mucho más allá de la luz de las estrellas.

—Pero —le digo llorando— no me imagino ese mundo, mamá. Mamá, cuando estaba en el piso… Me daba miedo volver y no sabía cómo, no sabía porque a lo mejor seguías pegada en la puerta, pero luego… ¿A dónde te vas a ir, mamá? Mamá, no te vayas.

Ella me limpió las lágrimas con la mano, sonriendo.

—No te preocupes, gusanito —dijo—. Vamos a intentarlo otra vez.

OceanofPDF.com



Despierto.

Algo me limpia el fango de la cara.

Me arrastra por las axilas y duele; grita pero no lo entiendo; y cuando los párpados me aletean solos, lo único que veo son higueras.

OceanofPDF.com



Despierto por segunda vez.

Es ahora y esto es lo que sé: luz. Estoy tirada en una cama, la cama junto a la ventana de mi habitación en el cortijo. El aire enreda las cortinas entre mis pies. En este segundo, tengo la seguridad de que acabo de cumplir nueve años. Es la mañana tras la gran liberación de las vacas y aún me escuece el arañazo del alambre.

Luego oigo el maullido.

El cuerpo se me contrae y espabila. Tomo aire y me incorporo de pronto, bajo los surcos secos de las lágrimas.

—¡Mamá!

Una cabeza se levanta de mi regazo.

Tuertón salta del alféizar, asustado, y se marcha por el porche encharcado hacia la barbacoa. Tardo un segundo en reconocerle la cara, no a él, sino a la persona que estaba durmiendo sobre mis muslos. Tiene un manchurrón de crema blanca sobre el labio superior. Los ojos se le contraen de una forma que había olvidado.

—¿Lilia?

Olivia se me lanza encima.

Yo solo sé tantearla con las manos temblorosas: es Olivia. Olivia está aquí. Mueve la boca y habla de nuevo, balbuceando palabras contra mi hombro. Sigue mojada de lluvia y sudor. Se ha recogido el pelo, que es un nudo rubio a la altura de la nuca.

Otra historia para cuando te apetezca.

Pásate por Inepub y elige tu próxima novela.

—¡Lilia, creía…! No te levantes. Porfa, no, no te levantes, ¡César! Creía…

—Oli —le digo, repasando su cara.

—… que te había hecho muchísimo daño y yo no sé ni conducir al hospital. No sé ni conducir y César me ha dicho… Y le he hecho daño a César. Yo no quería… Me desperté en el monte y no sabía dónde estaba. Lo que quería era…

—Oli —la corto—. Te había perdido.

—Lo siento tanto.

—Te había perdido.

La estrecho contra mí y Oli solloza contra mi camiseta. Me han quitado el peto y solo llevo puesta la camiseta amarilla de la gamba. Fuera son las seis de la tarde, quizá las siete porque ya anochece, y de pronto sé que César entrará por la puerta antes incluso de que lo haga.

—¿Estás bien? —dirá, y, cuando aparece, primero dice—: Laia.

Pero yo estoy incorporándome igualmente. Estoy mirando la cúpula luminosa que se marcha del cielo. Sus aristas están difuminadas y palpita. Ahora puedo recordarlo y, durante un instante, sé todo lo que va a pasar: en

qué puerta de la nave encontraremos a mi padre dentro de dos días. El primer telediario que hablará de los enfermos que eran conscientes y los enfermos que no lo notaron. El luto y la reconstrucción, el año en el que no haremos nada, solo lamernos las heridas.

La cúpula en el cielo se cauteriza, se limpia, y una voz del cielo me enseñó a verla despertar.

Miro a César.

—Tenemos que irnos.

OceanofPDF.com



Cristo lleva dos meses sin limpiar este uniforme.

Lo sé porque cuando cierro los ojos vuelvo siempre al mismo sitio: a un aula de primero de la ESO que Alma ha apodado como el Microclima. Tela sintética caliente, rígida. Dormir plastificada en un maletero. Le dije a Cristo que no hacía falta que me diera su chaqueta de la Guardia Civil, pero ya sabes cómo es, Laia. Cuando escucha, más bien está planeando qué es lo siguiente que dirá.

Entramos en Sevilla hace tres días.

En Granada, las dos noches que pasamos en el centro médico, me suturaron la herida con ocho grapas y me dijeron que la mantuviese limpia de sudor. Cristo hizo lo propio, que fue tratar de convencerme de que me recuperara con mis padres en el polideportivo; pero yo llevo ya tres días sudando esta chaqueta bajo el puente del Rectorado. Hay una mujer que se acerca cada hora para comprobar que sigo viva, seguramente loca, y me ofrece una botella de agua.

Tenías razón: este foso de la tierra es el lugar más seguro de Sevilla.

Los bomberos han montado un refugio y sortean el muro con escaleras de incendios. En las tiendas en el extremo oeste, alguno aún alimenta a los gatos, porque es un espacio inaccesible para Ellos, aunque tampoco es que

haya visto a ninguno desde que llegué. Sevilla está patrullada y vacía, en calma.

De pronto, parece que vigilamos una amenaza que nos hemos imaginado.

Pienso en todos Ellos ahora, en los de la estación, los enfermos del granero, en Mario Volkswagen, al que un día vi ser un niño. Blaz y el anciano de la gasolinera. Sara y los cuerpos en la playa.

Si tú no estás aquí, ¿eso qué significa? Que he llegado aquí y aquí no hay nada; un plan que a lo mejor nunca hemos hecho y destapar el espejismo de que no existe. Esto es un foso de tierra. Yo sigo siendo yo y nunca he sabido cómo encontrarte.

Lo vuelvo a ver todo en la pantalla de la cámara, buscando el giro en el que me equivoqué de salida: árboles de autopista y una tumba llena de hojas. La chica que le habla a los chicles pensando que lo oirás tú.

La mujer de la botella se acerca y echa un vistazo sobre mi hombro.

—Chiquilla —me dice—, pero ¿tú de dónde vienes?

—¿Eh?

—¿Dónde has estado tú?

—En Wurzbur… —balbuceo sorprendida, y es la primera vez que hablo hoy—. En Alemania. De Alemania de intercambio, en un Erasmus.

—Por Dios… Eso que tienes ahí debería ser un documental.

No duermo bajo la lona de otra carpa nueva. No duermo por si puedes pasar de largo.

Estoy sentada bajo un puente en un agujero y te imagino caer como una estrella, justo cuando no miro. El cuerpo se me rinde en cabezadas sobre Alma, que durante el día se levanta y te busca en otros lugares. Ha ido a la urbanización y a la casa de tu madre. Le dije que se fuera a su casa con la suya, pero ya sabes cómo es: en tres horas, resolvió lo que sea y volvió

afónica de gritarle a Halim. Trajo una almohada y se sentó conmigo a esperarte como si esto no fuese una locura.

—El piso está cerrado —me retransmite—. He ido al aparcamiento y creo que no he visto el coche que me dices.

—Vale.

—¿Cómo era el coche?

—Citroën negro.

—A lo mejor lo he visto. No se veía un carajo en el aparcamiento de su madre.

—Vale.

—Cristo va a ir a ver a Cazalla. A lo mejor mañana, cuando le den la furgo… Pero aún no da tono el puto Movistar y aquí en el hoyo no da tono nada. Si mañana voy y le digo a tu padre…

—No.

—Diana, si le pregunto que…

—Va a sacarme de aquí —le repito—. Dame un día más. Falta un día.

No sé cuánto falta, pero estoy casi segura de que este es el tercero.

La chaqueta de Cristo es áspera y grande. Las grapas me escuecen una a una como un dedo escalando un teclado.

Sé que tengo que rendirme y limpiarme la infección que me late en la espalda, pero vuelvo a ver mi vida en una pantalla extraíble y se apaga este sol. En un rato anochecerá y hará frío. Me encontrará junto a una nevera apagada de yogures. Junto a un árbol, Alma amenaza a Cristo con que robará un coche y se irá, y esto es lo que he venido a hacer: esperarte, esperarte y esperarte.

Las pilas de la cámara se gastan al fin. Es como la culminación silenciosa de un milagro.

Durante un momento, espero a que se derrita entre mis manos y el mundo se acabe con un fundido, pero todo sigue. Miro el cielo y está extraño, aunque ya no me asusta. Si te he perdido, Laia, el cielo puede hacer lo que le dé la gana.

Me pongo en pie con las piernas entumecidas. Me paseo hasta el otro lado del muro y agarro la mochila y la botella de agua. La abro mientras contemplo el foso, pero el tapón se me cae de las manos y tengo que agacharme para…

¿Qué?

Un grafiti.

Hay algo blanco y recto dibujado en el suelo.

Lo destapo de debajo de los restos de huellas. Sigo su forma con las manos sucias. Es una mancha de pintura desdibujada, casi fresca, a la que le ha llovido encima. Cuando vuelvo a ponerme en pie, me descubro en el centro de ella: una «X» gigantesca pintada bajo el puente.

La cúpula late.

De repente, un zumbido de enjambre en un canalón. Una vibración en la base de las orejas. El ruido empieza mientras retrocedo y miro la pintada, luego las voces. Hay gente que exclama algo junto a las tiendas de campaña de los bomberos.

El foso se altera entonces y cambia de luz. No, es el foco del cielo: el mundo parpadea en azul como si estuviésemos bajo el agua.

Yo me giro, confundida, y veo una escalera de incendios tambalearse. Un par de personas bajan y otras les ordenan desde arriba. Alguien exclama y alguien se queja; alguien huye de la mujer y recorre el foso escaneándolo con la mirada, y tiene un peto vaquero roto en las rodillas, y cuando me encuentra con los ojos y se aparta el pelo

eres tú.

OceanofPDF.com



Diana está de pie bajo el puente.

Detrás, Olivia trata de avisar a la policía de que no fuercen la pierna de César. Delante, dos siluetas se giran y reconozco las caras de Alma y Cristo. El coche de mi madre sigue sobre la acera, abierto, y estoy aquí. Esta es la imagen que ha configurado mi vida: Diana de pie, con el pelo medio recogido sobre una chaqueta, la cara sucia, los ojos limpios, y las piernas se le doblan y, por un segundo, creo que caerá y se disolverá en mariposas.

Pero luego viene.

OceanofPDF.com



Voy hacia ti.

—¿Laia?

Me duele la herida y cojeo cada paso. Tiro la botella.

OceanofPDF.com



—Diana —digo, pero es más bien aire y estoy corriendo sobre el foso. Sorteo los árboles y los restos de cartones.

OceanofPDF.com



Me piso los cordones.

—Laia.

No puedo correr, pero corro. Tropiezo y continúo. Pestañeo y no te desvaneces, vienes corriendo hacia mí, una mancha de pelo rosa, azul, amarillo, y cuando vas a llegar de pronto me invento unas fuerzas que no tengo.

Abro los brazos y te atrapo.

OceanofPDF.com



Envuelvo a Diana entre mis brazos.

—Mi vida —la oigo decir cuando chocamos—. Laia. Laia.

Podría reconocerla solo por esto: la configuración de sus huesos. Mi oreja contra su mejilla, su mano en mi nuca, y huele a tierra y a azufre; a algo bajo su piel que nada podría borrarle.

—Estás aquí —sollozo—. Estás aquí.

Se tambalea y pierde el equilibrio. Nos desplomamos sobre el foso de rodillas.

Nos buscamos a la vez, nos comprobamos la cara con las manos: su nariz y su labio partido por una herida. Diana me agarra y me besa. Yo le repaso los pómulos con los pulgares, abro y no abro la boca, no tengo ni idea de lo que hacer. Quiero decírselo todo y me sale, a su vez, un ruido ininteligible que en realidad son lágrimas. Cuando la miro y la enfoco, tiene los ojos grises, la mancha roja sobre el párpado, y está llorando y eso me alerta, porque Diana no llora, así que intento solucionarlo limpiándole la mandíbula.

—Iba a… —empieza, pero no hace falta—. Te llamé a las diez…

—Lo sé. Te quiero. Te quiero.

Tiro de ella y vuelvo a besarla.

Diana me abraza y las manos me tiemblan mientras las hundo en su pelo; la compruebo como cerciorándome de que no es de mentira. En algún lado de este foso, Alma está haciéndolo con Oli. Cristo ha saltado un tronco para llegar hasta César, que lleva una muleta para las rocas que caen al río. Diana me abraza y de repente este es un momento que ha ocurrido más veces: todos nosotros aquí, gente a medio crecer, crecida, y quizá hay algo en lo que se equivocó la voz. No somos tan individuales.

Diana me toma de la cara y pega su frente a la mía. Siento el peso de Olivia llorando en mi hombro y Cristo balbucea un rezo sobre mi coronilla. Alma nos aprieta como peleándose con algo. Cuando César se echa encima, tapa el último trozo de sol.

Arriba, mientras atardece, el cielo se prepara para despegar. Es un temblor y una cosquilla en la nuca, algo innombrable. Una canción con mi nombre sonando en bucle en un canal de radio.

Levanto la cabeza y lo veo.

La cúpula entera se enciende.

Sus paneles nos ciegan con una lluvia de rojo, y la gente en la calle retrocede, la policía se prepara, pero nadie arranca los coches. Hay algo sobrecogedor en este momento. El imán selecciona las hojas secas del suelo, las partículas de nada, basura y envases. Cuando Diana me aprieta las manos y mira conmigo, creo que veo en sus ojos el reflejo azul de una piscina que parte el mundo.

En el horizonte, en el trozo de cielo que nos dejan ver los muros, distingo motas negras volando bajo las nubes y ahora entiendo que no vienen. Lo que vi en el sueño fue el momento exacto en el que se van. Cada segmento absorbe a una criatura: ganado de matadero, un ternero recién nacido, un toro de lidia que se llevará consigo el secreto de la silueta que delimita España.

Las últimas vacas del mundo se marchan a otro mundo mejor y nos dejan entre los restos que nos quedan de este. Será uno extraño, aún nuestro, sin cencerros en el monte.

Habrá que crecer e inventar otro ruido para aprender a invocar una luz en el cielo.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Cuando tenía cuatro años, mis padres me llevaron a una proyección sobre el Sistema Solar en el planetario de Isla Mágica. Era un documental en una pantalla curva, en forma de cúpula, en el que contaban que, dentro de millones de años, el Sol se iba a morir. Al día siguiente, la profesora de preescolar llamó a mi madre para que me recogiera de clase. «Clara está aterrorizando al resto de niños —le contó—, diciéndoles que se va a acabar el mundo».

Esta historia que acabas de leer es todo lo que sé de mí: Sevilla, el amor, el universo y el miedo secreto de que cada avión sea, en realidad, un meteorito. No te engañes, que me ha costado cinco años ponerla en pie. Laia y Diana requerían de algo que solo se puede sacar una vez de una misma: la verdad que se otorga cuando ambientas algo en los escenarios de tu infancia. Mi deseo es que las hayáis conocido en un grado tan microscópico que no tengáis más remedio que pensar que viven; que están en algún lado de este mundo intercambiando tornillos.

Como han sido muchos años, entenderás que tengo que agradecerle a mucha gente la paciencia infinita de oírme hablar sobre la supremacía de las vacas.

Primero de todo, a las personas que han hecho esto posible: a la primera editora de esta novela, Marta, que apostó por ella; a la segunda, Rosa, que la pulió y le sacó brillo. Al equipazo de profesionales de Molino, que la han hecho real; y a Hilde y todas las integrantes de Antonia Kerrigan, que me

acompañan y me cuidan. No me olvido de Anna López, que creyó en esta historia incluso cuando aún no era su momento. Gracias.

Gracias mayúsculas a Ici, que vive pegada a mi cerebro y todo lo que hago tiene algo que ver con ella. Me conociste diseñando esta idea y, dos gatos más tarde, me has visto crecer hasta poder ilustrarla. Todo lo que pueda escribir aquí es demasiado pasteloso como para que lo lean tus padres, así que me limitaré a decir: esta no te la dedico porque ya va a ser pesado, pero te lo dedico todo, te lo agradezco todo; esto es secretamente solo para ti.

Gracias a mi madre sevillana que va en bici a todas partes y que nos ganaría a todos en sobrevivir al apocalipsis. Gracias a mi padre cordobés que me enseñó *Contact* a los quince años y, mucho antes de eso, me construyó este amor y este terror por la ciencia del universo. Mi familia es todo lo contrario a que te abandonen en un arbusto, eso te lo puedo decir; y escribir esto ha sido, para mí, escribir continuamente sobre nosotros. Nuestra tierra, nuestra cultura, nuestra voz. Espero haberle hecho justicia. Gracias, especialmente, a mis tíos abuelos Robe y Maripaz, por esos trocitos de su cortijo en Cazalla de la Sierra que han sido la semilla de tantas cosas.

¡Mis amigos! Qué compendio de gente extraordinaria capaz de leerse un capítulo de treinta páginas siete veces.

Venga, la primera: Marta Suárez, absoluta madrina de esta historia, creyente acérrima durante media década de que yo podía acabar esto. Gracias por ser mi maestra y mi *cheerleader*. La segunda: Clara Cortés, con la cual comparto ya tanta cosa que está a punto de fusionarse conmigo. Gracias por tu compañía, por tu fe, por escribir a mi lado e inspirarme. La tercera: Al Antaire, Al(ba), amor de mi vida, un cuarto de mi personalidad.

Gracias por tu constancia (porque te pido una atención desbordante) y por acompañarme y crear conmigo.

Gracias a Nea, siempre a Nea, que me lee palabra a palabra según salen calentitas del teclado. ¿Qué haría yo sin ti? Algo mucho más triste y solitario. Gracias a Javi, mi Klaus, hermano apocalíptico, por darle la mano a esta historia en 2020 y no habérsela soltado. Gracias a Laura que la leyó desde el primer día. A Andie que me acompañó en cada tramo intermitente hasta terminarla. A Helena, club de fans oficial de Alma. A Nuria, prima andalusí.

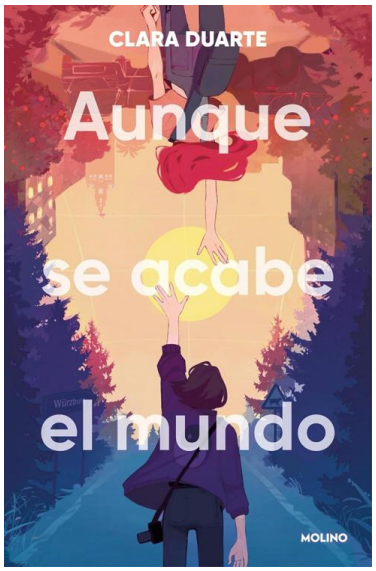
Te dije que iba a ser mucha gente. ¿Sigues leyendo? ¿Sigues aquí?

Pues gracias a ti, que tienes este libro entre las manos, persona escarabajo, una más de estas minúsculas y fascinantes hormigas. No sé si somos tan interesantes como para que nada ahí arriba nos esté observando, pero sé que lo somos como para escribirnos, para leernos, para buscarnos continuamente los unos a los otros.

¿No es eso no estar solos? ¿No es eso encontrar más vida en medio del universo?

OceanofPDF.com

Laia y Diana llevan toda la vida imposiblemente cerca. Ahora tendrán que sobrevivir al fin del mundo para volver a encontrarse.



El mundo empieza a acabarse así: el día que una cúpula aparece sobre la Tierra, un tercio de la humanidad deja de ser humano. Las nuevas personas vacías, inexpresivas como maniquíes, solo tienen el impulso de perseguir a los que quedan sanos y no parar hasta matarlos.

Laia lleva viéndolo en sueños desde que era una niña: el cielo dividido en cuadrados. Sevilla ardiendo bajo los rayos de luz que descienden desde la cúpula. Pero el fin del mundo estalla la primavera que Diana está en Alemania, tan lejos de ella.

Las comunicaciones caen. La electricidad se corta. Ninguna sabe si llegará hasta la otra con vida, pero lo único que pueden hacer ahora es intentarlo.

OceanofPDF.com

Clara Duarte (Sevilla, 1996) estudió Filología hispánica en la Universidad Complutense de Madrid y actualmente es novelista, ilustradora y guionista de cine y televisión. En 2019 publicó con La Galera su primera obra, *Luna 174*, a la que en 2020 le siguió *Cada seis meses*, traducida al francés por Hachette Livre y premiada por El Templo de las Mil Puertas. Desde 2021, Clara compagina su carrera de novelista con la escritura de guiones, y ha trabajado en múltiples proyectos para plataformas como Amazon y Disney+.

OceanofPDF.com

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Clara Duarte,
en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan,
por el texto y las ilustraciones
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Poema de la p. 7 (traducción de Clara Duarte): Laura Gilpin, «The Two-headed Calf»,
extraído de The Hocus Pocus of the Universe: © 1977, Laura Crafton Gilpin. Usado con permiso de Doubleday,
un sello editorial de Knopf Doubleday Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.
Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Meritxell Mateu
Ilustración de portada: Clara Duarte

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5797-9

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

OceanofPDF.com

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

OceanofPDF.com

[1] «¡Haced sitio!».
[2] Comienzo de la oración del padre nuestro en alemán.
[3] «Por favor, no se empujen unos a otros. Por favor, no se empujen unos a otros».
[4] «¡La chica! ¡La chica!».
[5] «Las gasolineras son las mismas en todo el mundo».
[6] Expresión francesa de asombro similar a «¡Dios mío!».
[7] «¿Cómo estás?».
[8] *Un ratón verde*, canción infantil francesa.
[9] Una X con los brazos sobre el pecho significa «te quiero» en lengua de signos.
[10] «Puta loca…».
[11] «¿Qué dice, la imbécil?».
[12] «Que tiene cojones».
[13] «¡Que te follen! ¿¡Y a mí qué me importa!?».
[14] «Están asaltando los bloques. No podemos dejar que se vayan».
[15] «¿Esa es la chaqueta de mi padre?».
[16] «Joder. ¡Aún no hemos recargado!».
[17] «¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?».
[18] «¡Tíralas!».
[19] «¿Aquí?».
[20] «¡Tíralas! ¡Que las sigan a ellas!».

OceanofPDF.com

Índice

Aunque se acabe el mundo

Prólogo. Laia

Prólogo. Diana

Abril

- Capítulo 1. Laia
- Capítulo 2. Laia
- Capítulo 3. Diana
- Capítulo 4. Diana
- Capítulo 5. Diana
- Capítulo 6. Diana
- Capítulo 7. Laia
- Capítulo 8. Diana
- Capítulo 9. Laia
- Capítulo 10
- Capítulo 11. Laia
- Capítulo 12. Diana
- Capítulo 13

Mayo

- Capítulo 14. Laia
- Capítulo 15. Diana

Capítulo 16. Laia
Capítulo 17. Diana
Capítulo 18. Laia
Capítulo 19. Diana
Capítulo 20. Laia
Capítulo 21. Diana
Capítulo 22. Laia
Capítulo 23. Diana
Capítulo 24. Diana
Capítulo 25. Diana
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28. Laia
Junio
Capítulo 29. Laia
Capítulo 30. Diana
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39. Laia

Capítulo 40. Diana
Capítulo 41
Capítulo 42. Laia
Capítulo 43
Capítulo 44. Laia
Capítulo 45. Laia
Capítulo 46. Diana
Capítulo 47. Laia
Capítulo 48. Diana
Capítulo 49. Laia
Capítulo 50. Diana
Capítulo 51. Laia
Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Clara Duarte

Créditos

Notas

OceanofPDF.com

Table of Contents

Aunque se acabe el mundo
Prólogo. Laia
Prólogo. Diana
Abril
Capítulo 1. Laia
Capítulo 2. Laia
Capítulo 3. Diana
Capítulo 4. Diana
Capítulo 5. Diana
Capítulo 6. Diana
Capítulo 7. Laia
Capítulo 8. Diana
Capítulo 9. Laia
Capítulo 10
Capítulo 11. Laia
Capítulo 12. Diana
Capítulo 13
Mayo
Capítulo 14. Laia
Capítulo 15. Diana
Capítulo 16. Laia
Capítulo 17. Diana
Capítulo 18. Laia
Capítulo 19. Diana
Capítulo 20. Laia
Capítulo 21. Diana
Capítulo 22. Laia
Capítulo 23. Diana
Capítulo 24. Diana
Capítulo 25. Diana
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28. Laia

Junio
Capítulo 29. Laia
Capítulo 30. Diana
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39. Laia
Capítulo 40. Diana
Capítulo 41
Capítulo 42. Laia
Capítulo 43
Capítulo 44. Laia
Capítulo 45. Laia
Capítulo 46. Diana
Capítulo 47. Laia
Capítulo 48. Diana
Capítulo 49. Laia
Capítulo 50. Diana
Capítulo 51. Laia
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Clara Duarte
Créditos
Notas

OceanofPDF.com